



# MEMORIAS

2018

TOMO

XLIV

M

ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA





MEMORIAS  
2018



ACADEMIA  
MEXICANA  
DE LA  
LENGUA



TEXTOS DE:  
*Enrique Fernando Nava López*  
*Jaime Labastida*  
*José María Murià*  
*Felipe Garrido*  
*Fernando Serrano Migallón*  
*Javier Garcíadiago*  
*Adolfo Castañón*  
*Eduardo Matos Moctezuma*  
*Ascensión Hernández Triviño*  
*Vicente Quirarte*  
*Francisco Javier Beltrán Cabrera*  
*Noé Jitrik*  
*Patrick Johansson Keraudren*  
*Roger Bartra*  
*Ruy Pérez Tamayo*  
*Margo Glantz*  
*Silvia Molina*  
*Germán Viveros*  
*Carlos Prieto*  
*Yolanda Lastra*  
*Gonzalo Celorio*  
*Tarsicio Herrera Zapién*  
*Pedro Martín Butragueño*  
*Alejandro Higashi*  
*Concepción Company Company*

# MEMORIAS 2018

**TOMO XLIV**

VIDA ACADÉMICA

DISCURSOS DE INGRESO

HOMENAJES

PREMIO INTERNACIONAL  
DE ENSAYO  
PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

TRABAJOS LEÍDOS  
EN SESIONES ORDINARIAS

Academia Mexicana de la Lengua

Memorias de la Academia Mexicana de la Lengua .—  
México: Academia Mexicana de la Lengua, 2019.  
459, [35] pp. : fotografías blanco y negro ; 17 x 23 cm.

Tomo XLIV (2018)

1. Academia Mexicana de la Lengua – Publicaciones periódicas.
2. Lengua española. 3. Literatura española. 4. Historia de la lengua española. 5. Literatura mexicana. 6. Español – México – Crítica literaria. 7. Español – México – Filología. 8. Español – México – Lingüística. 9. Español – México – Poesía. I. t.

Dewey 460.6

La Academia Mexicana de la Lengua realiza sus sesiones ordinarias los segundos y cuartos jueves de cada mes, de 17:30 a 20:00 horas. Los mismos días lo hace su Mesa Directiva, de 9:00 a 11:30 horas. Las comisiones de Consultas y de Lexicografía se reúnen con periodicidad semanal, los jueves, de 11:30 a 13:30 horas y de 10:00 a 12:00 horas (cuando no hay pleno) y de 16:00 a 17:30 horas (cuando sí lo hay), respectivamente. El Gabinete Editorial acuerda el primer y tercer miércoles de 12:30 a 14:00 horas. Todas estas reuniones tienen carácter privado.

La corporación atiende al público en sus oficinas, de lunes a jueves de 10:00 a 18:00 horas y viernes de 10:00 a 15:00 horas; y recibe consultas a través de su página electrónica: [academia.org.mx](http://academia.org.mx).

La Biblioteca Alberto María Carreño y el Archivo Histórico prestan sus servicios previa cita.

D. R. © 2019 Academia Mexicana de la Lengua, A. C.

Iztaccíhuatl 10, colonia Florida, Alcaldía Álvaro Obregón,  
01030 Ciudad de México

Conmutador: (+ 52 55) 5208 2526

C. e.: [academia@academia.org.mx](mailto:academia@academia.org.mx)

[recepcion@academia.org.mx](mailto:recepcion@academia.org.mx)

Sitio electrónico: [academia.org.mx](http://academia.org.mx)

Esta publicación cuenta con el apoyo de la Secretaría de Educación Pública y de la Fundación pro Academia Mexicana de la Lengua.



**EDUCACIÓN**  
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA

FUNDACIÓN PRO  
ACADEMIA MEXICANA  
DE LA LENGUA

Impreso y hecho en México

# ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA

[2018]

## MESA DIRECTIVA

*Director:* Jaime Labastida

*Director adjunto:* Felipe Garrido

*Secretario:* Vicente Quirarte

*Secretario adjunto:* Aurelio González Pérez

*Censor estatutario:* Fernando Serrano Migallón

*Bibliotecario-archivero:* Adolfo Castañón

*Tesorera:* Concepción Company Company

*Tesorero honorario:* Ruy Pérez Tamayo

## ACADÉMICOS DE NÚMERO:

Miguel León-Portilla	Germán Viveros
José Pascual Buxó	Javier Garcíadiago
Tarsicio Herrera Zapién	Hugo Hiriart
Margit Frenk	Roger Bartra
Gonzalo Celorio	Yolanda Lastra
Margo Glantz	José Luis Díaz Gómez
Mauricio Beuchot	Jesús Silva-Herzog Márquez
Julieta Fierro	Rosa Beltrán
Diego Valadés	Eduardo Matos Moctezuma
Eduardo Lizalde	Alejandro Higashi
Ascensión Hernández Triviño	Pedro Martín Butragueño
Patrick Johansson Keraudren	Silvia Molina
Carlos Prieto	Enrique Fernando Nava López



# ÍNDICE

## VIDA ACADÉMICA

Vida académica 2018 .....	15
---------------------------	----

## DISCURSOS DE INGRESO

ENRIQUE FERNANDO NAVA LÓPEZ <i>Para apreciar y aprender</i> .....	19
--	----

JAIIME LABASTIDA <i>Respuesta al discurso de ingreso de don Fernando Nava López</i> .....	39
--	----

JOSÉ MARÍA MURIÀ <i>La palabra charro</i> .....	45
--	----

FELIPE GARRIDO <i>Respuesta al discurso de ingreso de José M. Murià</i> .....	69
--	----

## HOMENAJES

FERNANDO SERRANO MIGALLÓN <i>Álvaro Matute</i> .....	81
---	----

JAVIER GARCIADIEGO <i>Álvaro Matute: el último historiador culto</i> .....	87
---	----

FERNANDO SERRANO MIGALLÓN	
<i>Ramón Xirau</i> . . . . .	107
ADOLFO CASTAÑÓN	
<i>Ramón Xirau sobre Quevedo</i> . . . . .	115
EDUARDO MATOS MOCTEZUMA	
<i>Diálogos son el tiempo</i> ... . . . .	127
ADOLFO CASTAÑÓN	
<i>Centenario de José Luis Martínez (1918-2018)</i> . . . . .	133
ASCENSIÓN HERNÁNDEZ TRIVIÑO	
<i>José Luis Martínez y el humanismo antiguo</i> . . . . .	151
FELIPE GARRIDO	
<i>Cien años de Alí Chumacero</i> . . . . .	197
VICENTE QUIRARTE	
<i>Una estatua para Alí Chumacero</i> . . . . .	207
FRANCISCO JAVIER BELTRÁN CABRERA	
<i>Miguel Capistrán y sus contemporáneos</i> . . . . .	213
VICENTE QUIRARTE	
<i>Miguel Capistrán</i> . . . . .	221
ADOLFO CASTAÑÓN	
<i>Miguel Capistrán 2018</i> . . . . .	227

**PREMIO INTERNACIONAL DE ENSAYO  
PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA**

NOÉ JITRIK  
*La palabra y la resonancia* . . . . . 237

JAIME LABASTIDA  
*Elogio de Noé Jitrik* . . . . . 245

**TRABAJOS LEÍDOS EN SESIONES ORDINARIAS**

PATRICK JOHANSSON KERAUDREN  
*Tlalolini. Los sismos en los códices nahuas* . . . . . 253

ROGER BARTRA  
*La construcción de una conciencia artificial* . . . . . 281

RUY PÉREZ TAMAYO  
*El conocimiento de la realidad y la realidad del conocimiento* . . . . . 289

MARGO GLANTZ  
*Los hijos de Juan Rulfo* . . . . . 301

SILVIA MOLINA  
*Zapatos nuevos* . . . . . 319

GERMÁN VIVEROS  
*Presencia de los clásicos en el teatro novohispano* . . . . . 329

EDUARDO MATOS MOCTEZUMA  
*Un documento engañoso* . . . . . 337

CARLOS PRIETO

*Las lenguas del mundo y la importancia de las lenguas  
y de la escritura del chino mandarín . . . . .* 343

YOLANDA LASTRA

*Algunos términos y relatos en comunidades indígenas  
en la Cuenca Alta del río Lerma . . . . .* 357

GONZALO CELORIO

*Dos sonetos eróticos de Francisco de Terrazas,  
primer poeta mexicano . . . . .* 373

TARSICIO HERRERA ZAPIÉN

*Pagaza, vate horaciano y virgiliano y primer árcade de América. . . . .* 381

PEDRO MARTÍN BUTRAGUEÑO

*Lengua nacional y lengua patrimonial . . . . .* 397

ALEJANDRO HIGASHI

*El lenguaje no sexista y las Academias de la Lengua . . . . .* 425

CONCEPCIÓN COMPANY COMPANY

*Saludos y despedidas en la América colonial . . . . .* 443

VIDA ACADÉMICA

---





## VIDA ACADÉMICA 2018

Durante el año que abarca este tomo XLIV (2018), se celebraron 15 plenos ordinarios y ocho públicos solemnes. Leyeron su discurso de ingreso un académico de número, don Enrique Fernando Nava López, el 26 de abril, en la sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Arte, y un académico correspondiente, don José María Murià, el 29 de noviembre, en El Colegio de Jalisco, en Zapopan; les dieron la bienvenida, respectivamente, don Jaime Labastida y don Felipe Garrido. También se conmemoraron los centenarios del nacimiento de dos distinguidos miembros de esta corporación, el de don José Luis Martínez, el 24 de mayo, con la participación de don Vicente Quirarte, don Felipe Garrido, don Adolfo Castañón y doña Ascensión Hernández Triviño, y el de don Alí Chumacero, el 28 de junio, con trabajos de don Jaime Labastida, don Vicente Quirarte y don Felipe Garrido. A lo largo del año se realizaron tres homenajes luctuosos; el primero a don Álvaro Matute, el 25 de enero, en el auditorio José María Vigil del Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la Universidad Nacional Autónoma de México, donde fue recordado por don Fernando Serrano Migallón y don Javier Garcíadiego; los méritos de don Ramón Xirau fueron reconocidos en una sesión del 22 de febrero, en la Sala Alfonso Reyes de El Colegio de México, en la que participaron don Fernando Serrano Migallón, don Adolfo Castañón y don Eduardo Matos Moctezuma; Miguel Capistrán recibió otro sentido homenaje a seis años de su fallecimiento, el 25 de octubre, con los trabajos de don Vicente Quirarte, don Adolfo Castañón y don Francisco Javier Beltrán Cabrera.

El 14 de noviembre tuvo lugar la ceremonia de entrega del V Premio Internacional de Ensayo Pedro Henríquez Ureña a don Noé Jitrik, en la Sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes, con una salutación de don Jaime Labastida.

En 2018, se presentaron 15 lecturas estatutarias a cargo de distintos académicos, conforme al orden siguiente: don Patrick Johansson Keraudren leyó el 11 de enero; don Roger Bartra, el 8 de febrero; don Ruy Pérez Tamayo, el 8 de marzo; doña Margo Glantz el 22 de marzo; doña Silvia Molina, el 12 de abril; don Germán Viveros, el 14 de junio; don Eduardo Matos Moctezuma, el 9 de agosto; don Carlos Prieto, el 23 de agosto; doña Yolanda Lastra, el 13 de septiembre; don Gonzalo Celorio, el 27 de septiembre; don Tarsicio Herrera Zapién, el 11 de octubre; don Francisco Javier Beltrán Cabrera, el 25 de octubre; don Pedro Martín Butragueño, el 8 de noviembre; don Alejandro Higashi, el 22 de noviembre y doña Concepción Company Company, el 13 de diciembre.

DISCURSOS DE INGRESO

---

D



## PARA APRECIAR Y APRENDER\*

---

Enrique Fernando Nava López

Don Jaime Labastida, director de la Academia Mexicana de la Lengua,  
Señoras y señores académicos de esta corporación,  
Familiares y amigos,  
muy buenas tardes.

### AGRADECIMIENTOS

Para comenzar, hago patente mi más sincero y profundo agradecimiento a doña Yolanda Lastra, a doña Ascensión Hernández Triviño y a don Pedro Martín Butragueño, así como a doña Concepción Company Company, por promover y formalizar la propuesta de mi ingreso a esta Academia. Con el mismo ánimo, doy las gracias a cuantos integrantes de esta corporación asistieron a su sesión ordinaria del 8 de junio de 2017 y, en forma unánime, votaron para considerarme como lo que sigo siendo hasta estos instantes: académico de número electo. Desde esa fecha hasta hace unos minutos, dentro de esta institución he visto, he oído y no he callado, porque en más de una ocasión he sido invitado por sus directivos a presentarme en diferentes reuniones a hablar de mis temas de interés, representando precisamente a nuestra Academia.

Pero deseo destacar que de lo visto y lo oído, tanto en la sala general de la casa, como en la pieza de la lexicografía —a la que prontamente fui llamado—, es un polimorfo y colorido ramillete de conocimientos y enseñanzas, de reconocimientos y homenajes, de palabras y pensamientos que, al lado de sus valores intrínsecos, tienen la plusvalía del ambiente cordial y del aire formal dentro de los cuales se escenifican. Hacerme

\* Discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, como miembro de número. Texto leído en la Sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes, el 26 de abril de 2018.

partícipe de esos contenidos y formas, queridos colegas, es algo que para mí no tiene precio.

Espero poder retribuir con algo más que fórmulas de agradecimiento, tanto a la Academia como a ustedes, quienes en la actualidad la tienen y sostienen ejemplarmente. A todo y a todos ofrezco lo que está a mi limitado alcance, desde el punto en que me encuentro en las pendientes de mi formación y de mi transformación, pendientes ascendentes, según estimo, dirigidas a mejorar mi currículum profesional y mi perfil ciudadano.

### LA SILLA XXIII

La silla XXIII de esta Academia, en vías de asignación, fue primeramente ocupada en 1954 por el autor de los primeros diccionarios extensos de americanismos y de mexicanismos: don Francisco J. Santamaría, hasta el día de su muerte, nueve años después, don Andrés Henestrosa lo sucede en 1964; gracias a su larga y prolífica existencia, este *binni za* —ciudadano zapoteco—, autor entre otras cosas de textos en su lengua materna y en español, permaneció en este sitio hasta 2008, año de su partida. Luego llega a ella, en 2011, don Leopoldo Valiñas, afortunadamente vivo, productivo y acompañándonos de cerca; no obstante, don Leopoldo decide levantarse de la silla en 2017, luego de lo que debió de haber sido para él una muy difícil decisión. Sobrados méritos reunió cada una de estas tres personalidades para ser nombradas, respectivamente, académicos de número de nuestra corporación, a quienes dedico en seguida unas cuantas líneas.

Don Francisco J. Santamaría fue acaso el lexicólogo que marcó el inicio de una época en la elaboración de los diccionarios de su género, debido al copioso número de americanismos y *mejicanismos* reunidos y por la gran sistematicidad con la que los trabajó en sus fastuosas publicaciones; el español de América difícilmente dejará de inclinarse ante estos monumentos. A lo anterior deben añadirse su producción de cuentos, narrativas, inserciones en los diarios, antologías, historias, autobiografía y ensayos dedicados, por ejemplo, a la cultura y el periodismo en Tabasco,

entidad que lo vio nacer y que por igual gozó del impulso editorial dado por Santamaría durante el sexenio en que la gobernó.

Don Andrés Henestrosa fue el primero de los miembros de número de esta Academia que declaró ser hablante nativo de una de las ahora reconocidas como lenguas indígenas nacionales de México, el *diidxazá* —o zapoteco de la planicie costera, del distrito de Juchitán, en Oaxaca—. Fluido escritor con producción tanto en zapoteco como en español que cultivó, principalmente, la narrativa, la poesía, el periodismo y el ensayo en atención a temas tales como la historia y la cultura zapotecas, la política y la misma literatura; por igual, fue autor de textos bilingües español-zapoteco para melodías tradicionales de su región. Participante comprometido de revistas culturales publicadas en la capital del país, en las que los inmigrantes oaxaqueños al Valle de México plasmaban con poemas o en prosa sus sentimientos y arraigo para con sus pueblos de origen. La historia de la lingüística mexicana tendrá presente que don Andrés participó en 1956 con consagrada autoridad en la concreción del *Alfabeto popular para la escritura del zapoteco del Istmo*, la primera iniciativa de una norma escrita propuesta en específico para una lengua indígena mexicana, con sustento científico y respaldo académico, y de la que fuera un celoso defensor y promotor don Víctor de la Cruz Pérez (1948-2015), otro zapoteco de enorme estatura, miembro correspondiente de la Academia durante los últimos cuatro años de su existencia. Testimonian sumatoriamente los conocimientos de lingüística que tuvo don Andrés su vocabulario zapoteco-español, tanto como su discurso de ingreso a esta institución, titulado *Los hispanismos en el idioma zapoteco*.

Y don Leopoldo Valiñas es una de las pocas personas relacionadas con esta institución que me dio clases de LINGÜÍSTICA —mediante las asignaturas de fonología y morfología, principalmente—, que me enseñó náhuatl —dentro y fuera del aula— y que me dirigió trabajos de campo —junto con otros estudiantes de lingüística de la aún entonces emblemática ENAH—, donde vivimos inolvidables sesiones, como aquella en San Pedro Amuzgos, Oaxaca, dedicada a identificar los tonos de la lengua de dicha localidad. También es el lingüista con quien he tenido la distinción de compartir el abanico más diverso de actividades académicas,

como fueron, agregadas a las anteriores, ponencias en coautoría, charlas de inducción al posgrado, talleres que tomamos juntos de las lenguas huichol y mazateca, su presencia como oyente en una de mis clases de lengua purépecha, así como las labores colegiadas que hasta el presente corresponden a los lingüistas del Instituto de Investigaciones Antropológicas de nuestra máxima Casa de Estudios, incluida entre ellos, desde luego, Yolanda Lastra, insigne integrante de esta Academia.

Los elementos antedichos, en parte autobiográficos, dan cuenta de una de las vetas de don Leopoldo: su versatilidad, comprendidos también sus perfiles de gramático y de sociolingüista. Mas sólo voy a proseguir hablando de él en torno a tres parámetros. *Primero*: sus objetos de estudio, de entre los cuales destaco las lenguas yuto-nahuas en su conjunto, con énfasis en el subgrupo sureño, en la lengua tarahumara y con sendas especializaciones en varios tópicos del complejo lingüístico náhuatl, en sus dos grandes conjuntos de variantes, las históricas y las modernas. Aquí deben añadirse sus investigaciones sobre las lenguas mixe y zoque, así como las que ha dedicado a la relación entre la lingüística y la educación, y la alfabetización de lenguas indígenas. *Segundo*: sus métodos de trabajo, soportados por inquebrantables pilares teóricos y de los que en este punto únicamente pondero el envidiable don de lograr competencia comunicativa en las lenguas que trabaja. La silueta que resulta de elegir tales objetos de estudio y de abrazarlos con dicha metodología es la de un ser sobradamente inteligente. Y, *tercero*: el que más admiro de él, de Polo, es el del punto de vista que tiene sobre la lengua, la que es, puesto en sus propias palabras: “Un universo de objetos de investigación”. Ciertamente, en sus escritos, pero sobre todo en sus clases —como lo podrán constatar los cientos de personas que hemos gozado, literalmente, de sus cátedras ante el pizarrón, ámbito donde le oímos decir cosas tales como que “La norma, la norma, la norma”—, ahí en el salón pues es evidente su perspectiva particular para desenmarañar la relación entre lengua, pensamiento, cultura y visión del mundo. Polo proyecta también una óptica específica en su decir que el estado natural del funcionamiento de las lenguas es el cambio y la variación; a la vez que ofrece una clara postura académica al declarar que no existe nada gratuito ni al azar en los hechos

de la lengua. Así, el retrato que resulta de este punto de vista es el de una persona comprometida. Y, como sucede para con todos los individuos, este o, mejor dicho, estos puntos de vista se entrecruzan con la actitud de Polo ante la vida y, no me dejarán mentir, por igual con su sentido del humor.

De acuerdo con una caracterización hecha por doña Concepción Company Company sobre nuestra profesión, en la respuesta dada por ella al discurso de ingreso de Valiñas, concluyó diciendo que Polo es un excelso practicante de la LINGÜÍSTICA BUENA Y COMPROMETIDA,<sup>1</sup> un admirado académico con quien me encuentro eternamente endeudado (pero a quien no le he aplaudido todas sus decisiones).

Es interesante, o al menos curioso, advertir un común denominador en torno a las tres figuras que me antecedieron en la silla XXIII: las lenguas indígenas. Un caso particular es el de don Andrés Henestrosa, quien tuvo, como antes lo dije, al *diidxazá* —también llamado zapoteco del Istmo— como lengua materna. Creo que es de muchos conocido mi interés en las lenguas de los pueblos indígenas, así como en otros componentes pretéritos y contemporáneos de sus culturas; también me parece que a varios les consta el esfuerzo que he invertido en aprender más de una de ellas, el ánimo que tengo para cultivarlas en casa... pero nunca he tenido la certeza de haber hecho algo trascendental en relación con dichas lenguas. No contribuí a destacarlas y a explicarlas dentro de la lengua española (que no justificarlas, como algunos pensaron o aún piensan que debe ser), como extensamente ocurrió con Santamaría; tampoco nací con ninguna de ellas para expresarme desde la sangre paterna y la leche materna, como artísticamente hizo Henestrosa; y nunca entendí, describí, o enseñé alguna de ellas como magistralmente sucedió en el caso de Valiñas. Quizá la suma de mis inclinaciones haya actuado a mi favor.

<sup>1</sup> Leopoldo Valiñas Coalla, *La unidad lingüística en torno a la diversidad. Discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua* (10 de marzo de 2011), respuesta de Concepción Company Company, Academia Mexicana de la Lengua – Universidad Nacional Autónoma de México, México, p. 70. En el párrafo anterior, hice algunas paráfrasis de esa publicación, empero más que recurrir al propio Valiñas, seguí a Company Company.

Mas un factor que considero de peso y que tengo el ánimo de potenciar de la manera más responsable posible desde la silla XXIII de nuestra Academia es la conciencia de sentirme un mexicano comprometido con determinados cambios ideológicos e institucionales de su tiempo; con esos cambios que, aunque pocos y con un caminar muy pausado, aspiran a la justicia social haciendo el esfuerzo de revertir, en particular, las tendencias adversas e históricamente perpetradas en contra de la población indígena de nuestro país. Esa conciencia no puede sino activar una determinada posición político-ciudadana. Además, si llevo el pan a la casa por los recursos públicos que me corresponden como investigador de la Universidad Nacional Autónoma de México, la posición es por igual político-académica.

MI DISCURSO DE INGRESO; CÓMO LLEGUÉ A ÉL,  
EN QUÉ CONSISTE Y CÓMO LO DESARROLLARÉ

Mi postura, la que acabo de referir, como investigador de la universidad pública ostensiblemente más grande de nuestro país, comenzó a infiltrarse en las cavilaciones que ya venía haciendo sobre mi discurso de ingreso a la Academia. Ahora, no sólo me hacía preguntas sobre un campo de conocimiento, sino que a ellas se comenzaban a sumar otras sobre la o las políticas académicas que estimo pertinentes para el caso. El cuestionamiento básico: *¿Cuál podría ser el tema de mi discurso?*, se fue tornando, a mi juicio, más complejo: *¿Desde qué perspectiva debía tratar el tema?* Al borde de un berenjenal, en fin, llegué a interrogarme: *¿Qué es el discurso de ingreso?* La resolutive por el momento era la siguiente premisa negativa: dicho discurso no podía quedar reducido a algo así como una ponencia.

Con el propósito de encontrar senderos que me condujeran a la puerta de entrada a mi discurso, repasé la historia de la Academia —de la que tenía muy presente su centenario por el timbre conmemorativo que para tal efecto Correos de México emitió en 1975—. Con el mismo motivo, leí sus estatutos, así como los últimos anuarios y algunas de sus publica-

ciones más recientes —asuntos de los que estaba actualizado por noticias que amablemente ponían a mi alcance don Germán Viveros y don Leopoldo Valiñas, precisamente—. Si bien después de dichos repasos y lecturas no contaba aún con todas las respuestas, iba ya dejando a un lado, por simple eliminación, ciertos temas y determinadas perspectivas de acercamiento; así, más que voltear al pasado y hacerlo en primera persona del singular, la balanza se iba inclinando por el tiempo en que vivimos, así como por aquello que es posible replantear de manera colectiva y con orientación prospectiva.

La incertidumbre comenzó a despejarse cuando doña Concepción Company Company y don Pedro Martín Butragueño, dos de los egregios lingüistas de esta corporación, organizaron la jornada *Pláticas de septiembre con la Academia Mexicana de la Lengua*, muy acertadamente llamada “Lengua, literatura y otras palabras peligrosas”. Llevada a cabo en septiembre del año pasado en la Ciudad de México, esta actividad se realizó con la finalidad de que los asistentes conocieran en persona a los académicos de la lengua y que éstos pudieran dialogar con el público; la jornada también fue concebida como “un pequeño esfuerzo para darle más visibilidad e inserción social a nuestra institución”, como lo señalaron sus promotores.

En efecto, tal jornada agilizó mi acercamiento a la Academia como asociación, así como a sus miembros, lo que habría sido más dilatado de sólo contar con las lecturas estatutarias de los colegas; de conformidad con el calendario académico de la institución, cuando más, sólo pueden programarse dos de ellas al mes (en concreto, entre la fecha en que fui invitado a asistir a la Academia y los días en que tuvo lugar la jornada, únicamente ocurrieron las lecturas de don Carlos Prieto y de doña Yolanda Lastra). Desde luego que es sencillo encontrar publicaciones de todos los integrantes de nuestra corporación —la propia institución las pone en nuestras manos—, así como es fácil cazarlos en los foros, coloquios y congresos a donde son invitados con frecuencia; pero esa forma de acercarse a ellos es poco o nada personal y desde luego que tampoco es productiva como vía de aproximación a la Academia.

Además, de manera favorablemente circunstancial, a menos de tres meses de ocurrida mi elección como miembro de número de esta cor-

poración, la jornada me colocó dócilmente frente al espejo de mi debutante realidad. Con ello, las reflexiones y los reflejos —sin faltar algunas refracciones— no se hicieron esperar. El simple, y en apariencia inocente, nombre de algunas de las mesas me resultó en sí mismo atrayente y estimulante; por ejemplo “Señas de identidad: qué es la Academia Mexicana de la Lengua”, “Cómo responder las consultas lingüísticas” y “La Academia Mexicana de la Lengua y la sociedad mexicana”. En dicha jornada escuché a algunos profesores con quienes años antes ya había tenido algún tipo de vínculo profesional, pero a los que nunca había visto en una reunión de esta categoría participando como integrantes de la Academia; es el caso de don Vicente Quirarte, don Jaime Labastida, don Eduardo Matos Moctezuma, don Alejandro Higashi, don Miguel León-Portilla, don Jesús Silva-Herzog Márquez, don Aurelio González y don Diego Valadés, así como los ya referidos doña Concepción y don Pedro. Desde luego que la jornada también me brindó la oportunidad de ver y escuchar por vez primera, de manera presencial, en un muypreciado acto de alta divulgación, a personalidades tales como doña Julieta Fierro, doña Margo Glantz, don Felipe Garrido, don Eduardo Lizalde, don Adolfo Castañón, don Ruy Pérez Tamayo y don José Luis Díaz.

Durante el primero y el segundo día de la jornada, bajo la sombra de las preocupaciones en torno a mi discurso, las preguntas que brotaron fueron de estos tipos: ¿Qué especialidades tendrán todos los integrantes de la Academia? Además de lo que ya había hablado con los académicos a quienes conocía previamente, y de los tópicos presentados por los profesores que acababa de oír, ¿de qué otras cosas podría conversar con ellos? Quizá más retador se me planteaba el hecho de encontrar las materias y temas, autores y obras, campos y conocimientos, ideologías y posturas, que pudiera compartir por interés, gusto, curiosidad o convicción con los colegas que aún no me había tocado escuchar. Y en paralelo a las interrogantes sobre las especialidades y/o los temas, afloró la siguiente duda: ¿será posible escribir, organizar o aplicar algo de manera colegiada y en nombre de la Academia con alguno o algunos de ellos?

Para mi completa fortuna, para el tercero y último día de la jornada, fuimos invitados a dar una ponencia conjunta sobre lenguas indígenas don Mario Chávez-Peón —doctor en Lingüística adscrito al Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social— y este humilde servidor. Nuestra participación fue en la mesa “La Academia Mexicana de la Lengua y la sociedad mexicana” y, en mi opinión, qué mejor forma de terminarla sino con el colofón preparado especialmente por don Mario para esa ocasión. Se trata de una glosa al lema de la Academia, mismo que me permito recordar aquí: “LIMPIA, FIJA Y DA ESPLENDOR”. Pues bien, la glosa desarrollada por don Mario en torno a dicho lema es: “Siempre necesitamos una institución que LIMPIA los prejuicios, FIJA la equidad y los derechos lingüísticos y DA ESPLENDOR a nuestra diversidad”.

Ya doña Concepción Company, en su respuesta al discurso de ingreso de don Leopoldo Valiñas, en 2011, hizo ver la vigencia del lema, cito: “pero ha cambiado la óptica aunque mantiene la esencia del objeto de estudio”.<sup>2</sup> En ese contexto, doña Concepción le hace también una glosa al lema, que si bien no entra en contradicción con la de don Mario Chávez-Peón, fue la de él la que me ayudó a despejar algunos de los problemas que tenía sobre este discurso. Me llevó a saber qué era lo que quería hacer: iniciar un diálogo con los miembros de número en activo de la corporación. Nombré al discurso “Para apreciar y aprender”, bajo la suposición de que, tarde o temprano, se revelarían ante mí los blancos estéticos o de conocimiento respecto de los cuales podría intercambiar interpretaciones, opiniones o juicios con unos y otros integrantes de la institución. La glosa de don Mario, pues, me llevó a confirmar que el discurso no debía ser una ponencia, sino algo más cercano a una declaración de principios.

Más allá de ocupar una de las sillas de la misma casa, pretendo saber, mediante el diálogo con los colegas, si tenemos la misma concepción de lo que es nuestra Academia, o en qué medida pudiéramos diferir en ello; si es que pensamos en lo mismo toda vez que pronunciamos la palabra

<sup>2</sup> De la respuesta de Company Company; en Valiñas Coalla, *op. cit.*, p. 75.

“lengua” —o en qué grado tenemos divergencias—; y, a fin de cuentas, si es que también —o tampoco— para cada uno de nosotros “México” viene a significar lo mismo.

¿Cómo iniciar los diálogos “Para apreciar y aprender”? A mi parecer, el diálogo puede establecerse a partir del discurso de ingreso a nuestra Academia de cada uno de los miembros; tal discurso conforma una ocasión más que buena para mis propósitos, en virtud de que en adhesión al tópico discutido, en general, aquí el sustentante manifiesta por igual enfoques, intenciones, propósitos, tareas y todas esas otras cosas por el estilo sobre las que me interesa dialogar con él.

Así las cosas, leí el discurso de ingreso de cada uno de los académicos. Tales textos traslucen inteligencia, erudición, imaginación, creatividad, razonamientos, conciencia de sujeto histórico, compromiso social, entre otros elementos, aunque en diferentes dosis y proporciones, como es lógico suponer. Por consiguiente, para elaborar mi discurso, identifiqué en el de los demás ideas, premisas, planteamientos, referencias, expresiones y determinados giros; con un discurso confeccionado en esta forma, no tengo otra pretensión que iniciar —en algunos casos continuar— encuentros dialogados con científicos, escritores, humanistas, poetas, ensayistas, pensadores, artistas, creadores y un etcétera de selectos perfiles intelectuales, para conversar de nuestros respectivos gustos, conocimientos, intereses y convicciones.

He ordenado los discursos de acuerdo con la fecha del ingreso de los colegas. De este modo, doy comienzo con los diálogos “Para apreciar y aprender” con el discurso de don Miguel León-Portilla, de 1962; y los finalizo con el de don Pedro Martín Butragueño, de octubre de 2016, fecha de la última incorporación antes de la del día de hoy. También dedicaré unas palabras a don Álvaro Matute, electo miembro de número durante el año pasado como su servidor, pero a quien la vida no le permitió el privilegio del que ahora gozo: merecer la atención de ustedes por el discurso que aquí les dirijo en este preciso momento.

Sólo me resta decir que el discurso lo desarrollaré de acuerdo con las formas en que vi dialogar a los poetas campesinos del noreste de Guanajuato, mi estado natal: cantando y en décimas.

PARA APRECIAR Y APRENDER:  
DIÁLOGOS CON LOS ACADÉMICOS DE NÚMERO ACTIVOS

Preludio

Xoo- chi- pi- tsaa- wak, aa- kin mits- tla- soj- tla',  
Xoo- chi- pi- tsaa- wak, aa- kin mits- ka- kis- ne- ki',  
x- mits- pa- choos, x- mits- wii- wii- tlas,  
mits- waal- paak- tiis, mits- waal- naan- ki- liis.

*Xoochipsaawak, aakin mitlasojtla'*, Flor menudita, quien te quiere,  
*Xoochipsaawak, aakin mitskakisneki'*; flor menudita, quien desea escucharte;  
*xmitspachos, xmitswiiwitlas,* no te pisará, no te arrancará de raíz;  
*mitswaalpaaktiis, mitswaalnaankiliis.* vendrá a alegrarte, vendrá a contestarte.<sup>3</sup>

<sup>3</sup> La música es anónima, corresponde al género *xoochipsaawak* del centro-sur de México; cf. la pieza *Xoochipsauak de mi corazón amado*, documentada en Hueyapan, Morelos, del fonograma *In Xóchiitl in cuicatl. Cantos de la tradición náhuatl de Morelos y Guerrero*, Instituto Nacional de Antropología e Historia – Discos Pentagrama, México, 2002. Agradezco la revisión al mensaje en náhuatl hecha por Ofelia Canuto Bello y la revisión a la ortografía hecha por Leopoldo Valiñas Coalla. La partitura de éste y de los demás cantos fueron elaboradas por José Humberto Sánchez Garza.

Ni- ra- sîn- ga- kin pi- re- chin, yâ- min- dui- chee- ri tsi- tsik \_\_\_\_\_,

i- ka- ran- tas- ka- kin ju- chiiit yu- rhi- ri- rhia \_\_\_\_\_.

*Nirasînkakini pirechini,  
yâmintuicheeri tsîtsiki,  
ikarant'askakini  
juchiiti yurhirirhu ya.*

Me dirijo a cantártelo,  
flor de todos,  
ya te he sembrado  
en mi sangre.<sup>4</sup>

Si- ca guie' nga na- ca dii- dxa' ni ria- le ne xti- dxa' jña- nu

za- da- le ne ba'- du' xti- nu zu- zaa- ni si- ca gu- bi- dxa.

*Sica guie' nga naca diidxa'  
ni riale ne xtiidxa' jñaanu;  
zadale ne ba'du' xtinu,  
zuzaaní' sica gubidxa.*

Como una flor es la lengua  
que nace con las palabras de nuestra madre;  
se multiplicará con nuestros hijos,  
brillará como (brilla) el sol.<sup>5</sup>

<sup>4</sup> La melodía corresponde a la *pirekua* llamada *Tsíkata urapiti*, “La gallina blanca”, de don Agapito Secundino Faustino (compositor nacido en 1927, originario de San Andrés Tziróndaro, Mpio. de Quiroga, Michoacán). Las diferencias que se observan entre la letra de la partitura y la de la estrofa aquí transcrita y traducida obedecen a la forma en que se canta —y se habla— la lengua purépecha.

<sup>5</sup> Esta copla es original de Vicente Marcial Cerqueda (nacido en 1957, en Juchitán, Oaxaca), escrita en *diidxazá*, o zapoteco del Istmo (zapoteco de la planicie costera, de acuerdo con el Inali), a solicitud expresa de parte mía; la música corresponde al son istmeño *La Sandunga*, anónimo.

Ésta es también una lengua.  
Ésta es también una flor.  
Tiene muchos encantos,  
la aman muchas personas.  
¿En qué extensión de campo la puedo sembrar?  
¿Cómo hacer para que crezca floreciente?<sup>6</sup>

Lenguas de esta casa esférica,  
ventanas del alma y mente,  
luces de este continente  
que terminó siendo América;  
las hizo luz periférica  
una historia ensangrentada  
que se escribió con la espada  
que cercenó a sus cultores  
y hoy son esos resplandores  
una aurora amenazada.

Tarsicio Herrera Zapién,  
a Alfonso Reyes leíste  
y en sus textos advertiste  
que Grecia y Roma se ven  
y dices que ambas también  
se proyectan muy galanas  
desde las horas tempranas,  
como marea con sus olas,  
de las letras españolas,  
como de las mexicanas.

Por los soles apagados  
y astros callados a coces,  
en defensa de esas voces,  
de esos verbos silenciados,  
“No estoy de brazos cruzados  
—dice Miguel León-Portilla—,  
gente del centro y la orilla:  
¡canten la Xochipitzáhuac!  
y que las lenguas de Anáhuac  
sean otra estrella que brilla”.

Fue José Pascual Buxó  
Quien, gracias a su retórica,  
descifró aquella alegórica  
que hace mucho se escribió.  
Las metáforas captó  
y hoy te digo con empeño.  
él me dio en tono halagüeño,  
sor Juana Inés de la Cruz,  
el despertar y la luz  
de aquel tu *primero sueño*.

<sup>6</sup> La elaboración/traducción del poema a la lengua de señas mexicana es obra de Eduardo Daniel Maya Ortega (nacido en 1970, en el entonces Distrito Federal), a partir de un intercambio de imágenes dado entre él y yo. Los dibujos son obra de Nayeli Yuyani Nava Peralta (nacida en 1998, en este mismo lugar).

Pide Ruy Pérez Tamayo  
conciliar pincel, poemas,  
con células y teoremas,  
con la explicación del rayo;  
soneto y tubo de ensayo  
van con igual cortapisa.  
Yo le hago eco a su premisa:  
meter a la ciencia dura  
dentro de nuestra cultura,  
en nada deshumaniza.

Gonzalo Celorio intuye  
aire de desplazamiento  
sin reposo, en movimiento,  
que a la ciudad la destruye.  
El asaltante que huye,  
aparador de oropel,  
ruido y gritos a granel,  
un nudo que no desato...  
y se envuelve en tu relato  
México, ciudad papel.

Jaime Labastida dijo:  
“La lingüística ha llegado  
y al filósofo ha ayudado  
siéndole un útil cobijo.  
El lenguaje es acertijo  
de compleja anatomía;  
de dos palabras, diría,  
de igualdades aparentes,  
las desnuda diferentes,  
como la noche y el día.”

Margit Frenk, me dijo un loro  
que tus libros le fascinan,  
porque ahí las aves trinan  
y canta el pez, como el toro;  
se oye el árabe y el moro,  
los pájaros carpinteros;  
páginas que con esmeros  
anudan todas las puntas.  
Cuántos saberes conjuntas  
en todos tus cancioneros.

Margo Glantz, el escribir  
para Rulfo y Gorostiza,  
dices que fue una sonrisa  
instantánea en su existir;  
pronto les dio por salir  
a un invierno silencioso.  
Gracias a tu texto hermoso  
nos es posible mirar  
lo que los llevó a dejar  
sus lápices en reposo.

Mauricio Beuchot diserta  
del lenguaje, por un lado,  
y cómo está vinculado  
con el ser, en gran afrenta.  
Mas su conclusión alienta,  
da una luz para entender  
que entre ambos podemos ver  
un especial maridaje:  
el ser contiene al lenguaje  
y éste es la voz del ser.

Vicente Quirarte, es fino  
tu estilo y también es fiesta  
para hablar de Jorge Cuesta,  
Pellicer y Elías Nandino.  
Los retratas y al camino  
nos llevas desde temprano;  
repasas con firme mano  
sus contemporáneas bocas  
y en mi libreta colocas  
un México más cercano.

Felipe Garrido invita  
a ser asiduos lectores,  
a dialogar con autores  
de obra honda y exquisita.  
Existe letra erudita,  
como también prosa fea;  
nos dejas una tarea,  
en esto yo te secundo,  
que para leer al mundo  
no hay que leer lo que sea.

Diego Valadés, andamos  
en busca de la igualdad,  
borrando la adversidad  
a cien idiomas que hablamos.  
Que a ningún idioma veamos  
agonizar en su lecho  
y hemos de llevar al techo  
la equidad a todo idioma,  
sin perder ni un punto o coma,  
porque es todo su derecho.

Julieta Fierro, en el sol  
puede que exista un jardín  
que desdibuja su fin  
con luminoso arbol.  
Allí come un caracol  
deshidratados rosales  
y extiende sus espirales  
como una escalera en rosa,  
por donde una mariposa  
escucha cuentos irreales.

Don Adolfo Castañón,  
te ocupas de Alfonso Reyes  
y hurgas en lomas y en muelles  
para hallar la explicación  
a un punto sin conclusión  
de su plan editorial;  
una antología especial  
no tuvo final feliz,  
en que diría del país  
toda su alma nacional.

Concepción Company explica  
que, en su estática aparente,  
todo idioma, sutilmente,  
cambia en todo, se reubica.  
El español ni se achica,  
ni lo mancha tinta o lodo;  
se estira de un verbo el modo,  
ya es flor lo antes indecible  
y aún así nos es posible  
comunicárnoslo todo.

Dice Fernando Serrano  
la palabra, aunque imperfecta,  
la usamos cual línea recta  
en la confección de un plano.  
Así la usa el ser humano  
al pensar todos sus retos;  
candado es de sus secretos  
y vigía de sus valores,  
con ella canta a las flores  
y redacta sus decretos.

Chonita Hernández Triviño  
nos has dado un historial:  
el pensar gramatical,  
cómo ha sido desde niño.  
Declaraste: “No me ciño  
a la Europa y su paisaje;  
porque, en ese largo viaje,  
el náhuatl o el otomí  
le han dado plata y rubí  
a la teoría del lenguaje.”

Carlos Prieto, al tocar  
pasa por la puerta abierta  
la música, que despierta  
las alegrías o el pesar.  
Hace las almas vibrar,  
también borra cicatrices;  
que si oímos los matices,  
la armonía gobernará  
y en ese momento habrá  
muchos más hombres felices.

Disgusta a Eduardo Lizalde  
que nuestra literatura  
en Europa no figura,  
es el agua fría del balde.  
¿No hay arte que la respalde?  
¿Son pobres nuestros renglones?  
Cambiarán las opiniones  
nuestros firmes edificios  
y caerán tales prejuicios  
con nuestras grandes creaciones.

Patrick Johansson expones  
que el náhuatl y el español  
han ocupado un crisol,  
pero librando tensiones.  
Removamos los telones  
para que sin dilación  
se hablen en todo rincón  
las dos lenguas a la vez,  
más que por orden de un juez,  
por conciencia y convicción.

Cuéntanos, Germán Viveros,  
de aquel teatro novohispano,  
del divino, del mundano,  
de virreyes y de arrieros;  
si ahí actuaban prisioneros  
de la escenificación,  
dramatizando pasión,  
cambiando pronto de traje,  
sin saber que era un montaje  
para ciega diversión.

Javier Garcíadiego trata  
de Reyes y Vasconcelos,  
de sus abrazos y duelos,  
de su charla y perorata.  
A ambos hombres los retrata  
de alma civilizadora;  
sobre sus obras explora  
la manera en que influía,  
porque cada uno fue guía  
para el México de ahora.

Se oyen, Aurelio González,  
romances de antiguo cuño  
en América, terruño  
donde florecieron cabales.  
Aunque cambiaron sus reales,  
armaduras y cocina:  
lava tripas Delgadina,  
son más señas del esposo,  
el francés es más famoso  
y hasta ayer vivía Martina.

Yolanda Lastra, te veo  
trabajando en escritorio,  
en medio de un gran jolgorio  
y en varios libros te leo.  
Siempre activa, sin recreo,  
buscando el fino cristal  
de un lexema, una vocal,  
de la narración de un mito,  
que no viven en lo escrito,  
sino en la expresión oral.

Roger Bartra, un ajolote  
traduce esta sociedad  
con su discontinuidad  
y estampa un mito sin mote.  
Su incongruencia, al primer bote,  
quizá nos lleve a encontrarnos;  
quiera sí o no traicionarnos,  
traduce y nos da razones  
que, aun con sus interrupciones,  
permitan interpretarnos.

Hugo Hiriart, nuestros muertos  
se van o los perpetuamos,  
el adiós lo prolongamos,  
de su alma hacemos injertos;  
disimulamos ser tuertos,  
puesto su nombre en la loza.  
Y nos pregunta la fosa:  
“¿Qué vamos a hacer con ellos,  
sin aliento, sin destellos,  
ya convertidos en cosa?”

Estudia, José Luis Díaz:  
cerebro, lengua y oído,  
comunicación, sentido,  
neuronas, fisiologías.  
Nueva sangre a las teorías,  
va el saber tras otros viajes;  
y dices en tus mensajes  
que somos, en conclusión,  
cadenas de información  
y un manojo de lenguajes.

Silvia Molina, al pedir  
 un trabajo, nos agrupas,  
 entregas lápices, lupas  
 y das pasos a seguir;  
 si invitas a seguir  
 un texto que nos aceche,  
 propiciarás que nos fleche  
 Luisa Josefina Hernández,  
 quien hizo con letras grandes  
 un retrato de Campeche.

Veo tu nombre, Eduardo Matos,  
 también eres Moctezuma,  
 nombre que evoca una espuma  
 que hoy reposa bajo estratos.  
 Lees en las piedras los datos:  
 polen y miel transparente,  
 sangre que pintó en torrente  
 el pensar de aquellos teólogos;  
 ¡descífrerlo los arqueólogos  
 y devuélvanlo a la gente!

Rosa Beltrán, hay un sello  
 que debe estimarse mucho,  
 de la novela *Cartucho*  
 que hizo Nellie Campobello.  
 Vista cual breve destello,  
 única en realización  
 de mujer con vocación  
 que escribió y no dejó escuela,  
 haciendo una gran novela  
 sobre la Revolución.

Jesús Silva-Herzog Márquez  
 a Reyes y a Paz repasas  
 como artífices de casas,  
 de espacios, calles y parques.  
 Sean los escritos que abarqués,  
 tendrás dos piezas de inicio  
 y aunque con distinto oficio,  
 la de Paz, para indignarse,  
 de Reyes, por conciliarse,  
 serán del mismo edificio.

Alejandro Higashi ve  
 una lectura de estudio  
 que permita el interludio  
 de insertar notas a pie.  
 ¿Quedar en blanco? ¿Por qué?  
 Soluciones las ha habido.  
 Acompañe al contenido,  
 para evitar tal blancura,  
 senda nota en la lectura  
 para entender lo leído.

Pedro Martín Butragueño,  
 en el español hablado  
 hay un tesoro guardado  
 de historia, presente y sueño.  
 Es de todos y sin dueño,  
 con guijarros y diamantes;  
 con las máquinas parlantes,  
 justo es que conozcamos  
 cómo es que nos escuchamos  
 todos los hispanohablantes.

Querido Álvaro Matute,  
tu lápiz enmudeció,  
el cuaderno se enredó  
con compasúchil y yute.  
Que la atmósfera se enlute  
sólo hasta el amanecer,  
pues con tu obra y tu saber  
regresarás por aquí  
y nos darás más de ti  
para apreciar y aprender.

Nahua y purépecha oyeron  
y zapoteco cantado,  
también español rimado  
y lengua de señas vieron.  
Si cinco lenguas cupieron  
en escasa media hora,  
¿cuántas, a partir de ahora,  
la Academia atenderá,  
como el mixe, el cucapá,  
el ch'ol, el huave y el cora?

Doy mis reconocimientos,  
Daniel Maya, en la ocasión,  
por esta interpretación,  
por traducir mis intentos.  
Agradezco sus talentos  
y el que me hayan hecho eco  
tú y mi amigo el juchiteco,  
con *La Sandunga* especial:  
son de Vicente Marcial  
los versos en zapoteco.

Gracias mil a Concepción,  
a Pedro, Ascensión, Yolanda,  
por hacerme propaganda  
promoviendo mi inserción  
a esta gran institución  
de gigantesca valía.  
En fin, recibo este día  
algo que yo no merezco  
y a todos les agradezco  
su atención y compañía.



## RESPUESTA AL DISCURSO DE INGRESO DE DON FERNANDO NAVA LÓPEZ\*

---

Jaime Labastida

Hemos oído el discurso por el cual don Fernando Nava López ingresa a nuestra institución para ocupar en ella la silla número XXIII, que antes de él fue ocupada por dos ilustres lingüistas y un hablante de una lengua amerindia de México: don Francisco J. Santamaría, don Andrés Henestrosa y don Leopoldo Valiñas Coalla. Sin duda, era necesario que esa silla la ocupara un lingüista experto en las lenguas autóctonas de nuestro país, como es el caso de don Fernando Nava López. En este sentido, no soy el más apto para responder a su discurso: debió ser un lingüista de su misma jerarquía, a la vez inmerso en el conocimiento de las lenguas amerindias, quien le respondiera. Sin embargo de lo anterior, don Fernando consideró que yo podría responder a su discurso, en la medida en que, como acaban de comprobar, estableció un bello y vivo diálogo con los miembros de nuestra corporación.

Don Fernando Nava es hombre de múltiples intereses. Su lengua materna es el español, pero sus apetitos intelectuales lo condujeron, desde joven, al estudio de la lengua náhuatl, primero, y al de la lengua p'urhepecha, después. Es además un músico, capaz de ejecutar su arte por medio de diversos instrumentos de cuerda frotada y cuerda pulsada, así como de aliento. Pero esos distintos apetitos lo han llevado a lo que acaso sea el más alto logro de su carrera: la fundación del Instituto Nacional de Lenguas Indígenas (Inali), del que fue su primer director general.

\* Respuesta al discurso de ingreso de don Enrique Fernando Nava López, como miembro de número. Texto leído en la Sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes, el 26 de abril de 2018. El Colegio de Sinaloa, Academia Mexicana de la Lengua, Seminario de Problemas Científicos y Filosóficos, Asociación Filosófica de México, Siglo XXI Editores.

Quisiera subrayar que, durante su gestión, se realizó el primer mapa de las lenguas indígenas de México, cuyo término haría la gloria de cualquier lingüista. Esa labor de importancia extrema se acompaña del *Catálogo de lenguas indígenas nacionales*, que lleva un largo subtítulo: *Variantes lingüísticas de México con sus autodenominaciones y referencias geoestadísticas*. Adviértanlo, por favor: se trata de un catálogo preciso en el que se establece la forma como los diferentes pueblos amerindios de nuestro país se autorreconocen, puesto que, se dice allí con razón, aunque “la mayoría de estos nombres son de origen indígena, por lo común fueron aplicados de manera exógena, es decir, desde fuera del respectivo pueblo indígena que designan”. Así, por ejemplo, la variante lingüística que en español conocemos como *mayo*, y que se sitúa en una zona que va del sur de Sonora al norte de Sinaloa, recibe el nombre de *yorem-nokki*: así se autodenomina el pueblo. Algo semejante ocurre con la lengua que en español llamamos *tarasca*: se debe llamar *p’urhepecha*. Tampoco, “en estricto apego a la realidad, existe la llamada lengua totonaca” y lo que conocemos por el nombre de *mixe* debiera ser *ayuk*, *ayuuk* o *eyuk*, según las variedades de las diferentes zonas de Oaxaca en las que se habla. A su vez, lo que en español se llama lengua *huichola* debe nombrarse *wixarika*.

Basten estos pocos ejemplos para dar cuenta de la investigación lingüística llevada a cabo por el Inali: un levantamiento minucioso, preciso, riguroso, de las múltiples variantes que contienen las lenguas vivas de los pueblos vivos de nuestro país. El trabajo de campo que permitió levantar este catálogo fue hecho a lo largo de poco más de cuatro años. Gracias a él disponemos de una herramienta que nos permite situar a las 11 familias lingüísticas, las 68 *agrupaciones lingüísticas* y las 364 *variantes lingüísticas* que se hablan en el territorio nacional. Nunca antes se había dispuesto de un sistema que mostrara la diversidad lingüística de México con este rigor, con esta precisión, una metodología rica y audaz a la vez.

El catálogo desciende hasta el nivel de localidades de entre uno y 100 habitantes y muestra la proporción de hablantes de las lenguas amerindias en la localidad de que se trate en relación con el número de sus habitantes. Este trabajo no fue, desde luego, tarea de un solo hombre. Pero no es posible soslayar el hecho de que se hizo bajo la dirección,

la inspiración y la tenacidad de quien fue el primer director general del Inali, don Fernando Nava.

Según datos del INEGI, en el año 2000 la población monolingüe que hablaba una lengua amerindia en México ascendía a poco más de 7% del total de nuestros habitantes, es decir, alrededor de siete millones de hablantes. En 2010, esa cifra se había elevado a 10 millones. La verdad es que no sabemos con toda precisión cuántos hay al día de hoy. Las estadísticas difieren, en tanto que sólo consideran a los hablantes monolingües o en que, por el contrario, les sumen los bilingües. Así, una de las estadísticas dice que en 2015 había cerca de 7.5 millones de hablantes monolingües, mientras que otra hace ascender esa cifra a más de 14 millones (acaso porque incorpora a los bilingües). A pesar de tales discrepancias, esto indica, a mi juicio, un crecimiento y no un decremento de la población total de hablantes de alguna lengua amerindia.

Descreo de las cifras que ofrecen los diversos demógrafos que nos hablan de más de 25 millones de indígenas al momento de la conquista y de más de 300 000 habitantes en México-Tenochtitlan (el islote en que se asentaba el gran centro ceremonial mexica apenas tenía nueve hectáreas, la mayor parte de las cuales las ocupaban los teocallis: la población vivía en los alrededores del lago, en sus milpas y sus calpullis). Descreo también del elevado número de muertos en las batallas sostenidas entre las huestes de Cortés y el pueblo mexica, así como del número tan alto de sacrificados por los mexicas. El primer conteo más o menos preciso se hizo en la época del virrey Mendoza y arrojó un total aproximado de 2.5 millones de amerindios. En 1804, Humboldt, apoyado en el censo de Revillagigedo, calculó poco más de 2.5 millones de indígenas sobre una población de 5.2 millones de habitantes en el conjunto de Nueva España, es decir, 40% del total. Por consecuencia del censo, Humboldt concluyó que la población originaria, lejos de haber disminuido, había aumentado en los últimos 50 años (entre 1750 y 1800).

Cuando Konrad Theodor Preuss visitó la meseta del Nayar, entre 1905 y 1907, halló que los coras sumaban 5 000 hablantes y los huicholes 8 000. Los consideró, de acuerdo con Eduard Seler, fósiles culturales, o sea, cuerpos orgánicos en proceso de extinción. Debo decir que su

predicción, por fortuna, fue errónea. El día de hoy hay más de 25 000 coras y más de 45 000 huicholes, lo que significa que se han multiplicado por cinco. Lo propio ocurre con pueblos hablantes de lenguas derivadas del maya (tzotziles y tzeltales), sus hablantes superan los 800 000. Los hablantes de náhuatl superan el millón.

Pero no deseo, en modo alguno, ofrecer un panorama tranquilizador: varias de nuestras lenguas se hallan en proceso de extinción: el número de sus hablantes decrece con rapidez y, por supuesto, su proporción, en relación con el total de hablantes de la lengua española, cada día se reduce más. He aquí la paradoja: crece en términos absolutos el número de hablantes de algunas lenguas amerindias, pero decrece en proporción con la población total del país. Examinar con atención el *Catálogo de las lenguas indígenas mexicanas*, esta obra extraordinaria que en lo fundamental es producto del tesón de don Fernando Nava, nos permite obtener estos resultados halagadores en un sentido, preocupantes en otro.

La Academia Mexicana de la Lengua se ocupa básicamente de la lengua en la que se expresa la mayoría de los habitantes de nuestra nación, la lengua española, una lengua universal que nos vincula con nuestros hermanos en las tres orillas que nos son comunes (las del Océano Atlántico y la larga franja del Océano Pacífico). Quisiera subrayar que el Instituto Nacional de Antropología e Historia investiga y preserva el patrimonio cultural de México de 1900 hacia atrás; que el Instituto Nacional de Bellas Artes investiga y preserva el patrimonio cultural y artístico de nuestro país de 1901 en adelante; que el Instituto Nacional de Lenguas Indígenas estudia las lenguas amerindias nacionales y que, a su vez, la Academia Mexicana de la Lengua investiga y preserva el patrimonio intangible de la nación, digo, la lengua española en sí misma y en sus relaciones con las diversas lenguas originarias: eso significa que no desdeñamos las lenguas nacionales, que también nos son propias.

México es un país pluriétnico, policultural y multilingüístico. No sólo debe enorgullecernos la cultura que nos da carácter y nos constituye, la cultura de Mesoamérica; hemos de preservar también la riqueza de la cultura y las lenguas de los pueblos vivos de México. Por esto, la AML tiene en su seno a los máximos cultivadores del náhuatl, a don Miguel

León-Portilla y a don Patrick Johansson, que investigan y preservan la cultura y la lengua de los pueblos originarios del periodo Clásico; a don Eduardo Matos, el arqueólogo más distinguido de hoy. Pero también a lingüistas que se ocupan de alguna lengua viva, la lengua ñandú, que en español conocemos bajo el nombre de *otomí*, doña Yolanda Lastra. Por todas estas razones, es motivo de orgullo y de júbilo para nuestra corporación que el día de hoy don Fernando Nava López ingrese a la Academia Mexicana de la Lengua. Bienvenido.



## LA PALABRA CHARRO\*

José María Murià

Amigos y amigas:

Es enorme la gratitud que siento por quienes hicieron posible esta reunión. Por un lado los académicos numerarios que avalaron mi candidatura: Javier Garciadiego y Felipe Garrido —antiguos compañeros de armas en otras trincheras—, Eduardo Matos Moctezuma, también añejo y bien conservado amigo, y Ascensión Hernández Triviño de León-Portilla con la complicidad de su marido y queridísimo maestro de este servidor de ustedes. La ausencia de ambos me resulta comprensible y me solidarizo con las razones. Pero de que los echo de menos, claro que los echo, mucho, de menos.

Pero hay más coludidos a quienes deseo manifestar también mi gratitud. Tal es el caso del director de la Academia, don Jaime Labastida y los puntales de la misma como los queridos y admirados amigos Vicente Quirarte y Adolfo Castañón, lo mismo que Gabriel Yáñez Ramírez.

Por supuesto, debo manifestar mi gratitud a todos los académicos que votaron por mí, como mi compañero Gonzalo Celorio, Alejandro Higashi y, ni más ni menos, que doña Concepción Company que se desplazaron hasta Zapopan y se hallan aquí esta noche.

Es redundante hablar de la importancia y la categoría de esta Academia, que se ostenta con orgullo y justicia, como Mexicana de la Lengua. Solamente diré que me siento muy orgulloso de pasar a formar parte de ella desde mi corral jalisciense.

Lo que sí quisiera, antes de entrar en materia, es hacer una cariñosa y respetuosa mención de algunos residentes aquí que me antecedieron y

\* Discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, como miembro correspondiente en Guadalajara, Jalisco. Texto leído en El Colegio de Jalisco, Zapopan, el 29 de noviembre de 2018.

los alcancé a conocer y hasta abrevar de su generoso saber y entender: José Cornejo Franco, atrincherado y atento siempre en la Biblioteca Pública del Estado de Jalisco; don Salvador Echavarría, con sus clases de literatura francesa; Adalberto Navarro Sánchez, de quien aprendí tanto de lengua española y de literatura jalisciense; Alfonso de Alba y su vocación laguense; Ernesto Flores, gran compañero y, como los demás, añorado amigo.

El último académico residente en Guadalajara en dejarnos, lo digo todavía conmocionado porque ya había manifestado su deseo de estar aquí, es Fernando del Paso. Hubiera sido mi único compañero en la plaza. Falleció precisamente cuando habíamos quedado en vernos en su casa para disponer lo necesario.

También quiero agradecer que el presidente de El Colegio de Jalisco, Javier Hurtado, y los demás directivos hayan abierto las puertas de esta casa que tanto significa para mí, dada la cantidad de años, padecimientos y angustias que le dediqué hasta hace más de tres lustros para ayudar a sacarla a flote y dejarla en condiciones decorosas. Resulta espléndido que siga así.

No es necesario destacar que contamos con la presencia de un contingente de admirados charros de verdad, pero si quiero manifestarles mi agradecimiento.

Finalmente, a cada uno de ustedes les digo que su presencia y solidaridad es la mejor recompensa. Sin embargo, permítaseme destacar dos nombres: la doctora Angélica Peregrina, por casi medio siglo de complicidad, y mi verdadero hermano mayor, Enrique Dau Flores.

Reciban, por favor, el más fuerte de los abrazos.

#### LA PALABRA *CHARRO*

La palabra *charro*, como es sabido, tiene para los mexicanos varios significados. Dos de ellos proceden de un territorio ibérico cercano a la ciudad de Salamanca. Allá, desde hace unas tres centurias, se refiere a un jinete con sombrero de ala corta que suele usar una pértiga o garrocha, de las que se emplean en muchas partes para controlar vacunos en espacios

relativamente pequeños; pero también alude a la cultura popular de la comarca y a su gusto por lo abigarrado y estridente.

Pero en México prevalecen otras connotaciones. Una de ellas tiene que ver con la fauna marina: hay dos tipos de peces relativamente parecidos, comestibles ambos, que viven en aguas templadas y pueden alcanzar hasta medio metro de largo. Al que habita en las costas del Pacífico, al sur del Trópico de Cáncer, los científicos le llaman *decapterus hypodus*. El otro, del Golfo de México, es conocido como *trachurus lathami*; mas los pescadores y los consumidores de uno y otro lado le llaman simplemente *charro* o *charrito*. Es posible que este nombre se deba a su vientre plateado y su lomo azul... Durante la Colonia española y en el siglo XIX, tal era el color dominante de las *calzoneras*, sobre el cual fulguraban los broches de plata, que se extraía sobre todo de las minas zacatecanas y duranguenses a donde iban periódicamente los rancheros de las alcaldías mayores de Santa María de los Lagos y de Nuestra Señora de la Asunción de las Aguascalientes.

La carencia durante largas temporadas de agua donde se hallaban los yacimientos de metales preciosos y, por consiguiente, también de pastura, requería que se les llevaran grandes hatos de vacunos al menos un par de veces al año, los cuales proporcionaban, aparte de su carne, el cuero para las indispensables correas y el sebo para que éstas fuesen más duraderas y hubiera luz en las profundidades.

Los lugares más cercanos con recursos hidráulicos suficientes para la crianza de tales animales, eran precisamente, como sus nombres lo indican, los parajes mencionados, aunque Aguascalientes se dedicó más bien a la crianza de equinos. De hecho fue su principal productor durante toda la época colonial y buena parte del siglo XIX, hasta que irrumpió el ferrocarril.

De ahí, pues, que la plata se incorporara a la vestimenta de *hidrocálidos* y de *laguenses*, lo mismo que de sus vecinos, y formara parte de su vida cotidiana y de los ahorros a los que siempre han sido muy dados los pobladores de los llamados Altos de Jalisco.

Otra acepción muy mexicana de *charro* procede de la picaresca política: designa a quien pertenece a un determinado colectivo, generalmente de

índole laboral, pero que en realidad defiende los intereses del empleador. Todos hemos oído la expresión “líderes charros”, que debe haber surgido en el siglo xx, cuando la palabra inglesa *leader* se incorporó a nuestro idioma, en tanto que se desarrollaban los sindicatos de trabajadores, cuyos dirigentes, con demasiada frecuencia, estuvieron más al servicio del gobierno o de los patrones que de sus agremiados.

Así lo define, precisamente, el *Diccionario de americanismos* publicado en Lima en 2010, por la Asociación de Academias de la Lengua Española: “Líder sindical que favorece al patrón”. En este diccionario se percibe también que el vocablo de nuestro interés y sus derivados tienen cierta presencia, con algunas variantes, en diversos países. Se dice que los líderes charros fueron llamados así porque Jesús Díaz de León, afamado cabecilla del Sindicato Mexicano de Ferrocarrileros durante el gobierno del presidente Miguel Alemán, solía vestirse a tal usanza.

De este último carácter, llamémoslo *sociopolítico* para darle cierta formalidad, no dan cuenta ni el *Diccionario de la lengua española*, publicado por la Real Academia, ni tampoco otros de gran postín, como el del... *Uso del español*, de María Moliner, o la *Enciclopedia del idioma* de Martín Alonso. Pero los tres sí consideran otros sentidos de los que se habla a continuación.

Por un lado, el diccionario de la Academia consigna “... de la cosa recargada de adornos, abigarrada y de mal gusto” y el significado que se le atribuye en nuestro país de “jinete o caballista que viste traje especial compuesto de chaqueta con bordados, pantalón ajustado, camisa blanca y sombrero de ala ancha y alta copa cónica”.

Cabe insistir también que la “alta copa cónica” dejó de usarse casi por completo hace mucho, cuando sus portadores ya no encaminaron ganado a grandes distancias y la dicha copa se hizo más chaparra y de dos o de cuatro “pedradas” o concavidades.

Mas el significado principal para casi todos los diccionarios solemnes es el de “aldeano de Salamanca y especialmente el de la región que comprende Alba, Vitigudino, Ciudad Rodrigo y Ledesma”. Martín Alonso, en su *Enciclopedia del idioma*, dice que “es un error llamar charros a todos los aldeanos de la provincia de Salamanca”. En cambio,

éste asegura también que *charro* “es el nombre representativo del pueblo mejicano”.

Alonso y otros ofrecen acepciones del término en Navarra, aunque señalan que están casi en desuso, “el que tiene mal genio... es de mala índole... desabrido... envidioso... antipático” o bien “desmedrado, flaco, raquíptico y pequeño”.

Ninguna de ellas conviene a nuestros altivos charros de hoy, ni a quienes sentimos admiración por ellos, pero debemos tomarlas en cuenta porque, al parecer, según lo asienta Joan Corominas en su *Diccionario crítico etimológico*, la palabra *charro* proviene en tiempos remotos del eusquera *txarr*, que se interpreta como “malo, defectuoso, débil, pequeño”, semejante a lo que dice Alonso, aunque no igual.

Ahora bien, el lingüista euskero-jalisciense José Luis Iturrioz, me explica que “txarr”, a secas, es un fonema que carece de valor por sí solo; para que el adjetivo se vuelva disponible requiere del sufijo “a”: “txarra” sin que ello indique género alguno pero sí califica.<sup>1</sup> Lógico es suponer que, cuando pasó al español o, en este caso, si se prefiere, al castellano y, sobre todo, convertirse en sustantivo masculino, la “o” haya sustituido a la “a” —*charro*— y esta última se reservara para el femenino.

De cualquier manera, tanto Alonso como Corominas y otros, dan fe de que el vocablo *charro* ya andaba cabalgando por España al menos desde principios del siglo XVII, pero con otro sabor un tanto peyorativo más parecido al original del euskera. Así lo confirma el añejo *Vocabulario de refranes y frases proverbiales y otras fórmulas comunes de la lengua castellana*, que recopiló Gonzalo Correas Íñigo para su publicación en 1627: “Dios nos dé con que riamos, y no sean hijos bobos y sandios [necios] charros”.<sup>2</sup> Un siglo después lo ratifica el famoso *Diccionario de autoridades*, publicado en 1726, que le atribuye el significado de “basto y rústico”.

Sea como fuere, la palabra nos concentra en el medio rural, como lo redondea con su visión elitista la enorme *Enciclopedia Espasa-Calpe*, plenamente identificada con el franquismo. *Charro*: “Dícese de una persona grosera y rústica como lo suelen ser muchos aldeanos”.

<sup>1</sup> Isaac López-Mendizábal, *Diccionario vasco-castellano*, Auñamendi, San Sebastián, 6ª ed., s.f.

<sup>2</sup> Página 159 de la 2ª ed., Madrid, 1924.

Vale decir que en Jalisco, a la postre se les llama *charros* a los rancheros de “mediano pasar”, como son generalmente los de Los Altos de Jalisco. Una simple ocurrencia podría sugerir que *ranchero* y, sobre todo, *ranchito* tiene una gran similitud fonética con “charro”.

También hay que avanzar que se apropiaron del nombre hacendados de gran alcurnia del centro de México.

Asimismo, es de subrayarse que, para el género femenino, entre nosotros se han preferido otras palabras: *china*, en recuerdo de la China Poblana, o *adelitas*, de fuerte sabor revolucionario. En España, en cambio, se utiliza normalmente la palabra *charra*. ¿Será porque nuestros charros son muy machos? Tal vez haya algo de eso, pero resulta que recientemente y con cierta timidez, la palabra se empieza a usar para referirse a las bellas *jinetas* de las llamadas “escaramuzas”.<sup>3</sup>

Debe hacerse mención aquí de dos diccionarios más. Uno de ellos, de plano “por no dejar” porque no aporta prácticamente nada: se trata del *Nuevo diccionario de la charrería*, del hidrocalido Miguel Ángel Argüelles, pésimamente editado en Aguascalientes.<sup>4</sup> Refiere, eso sí, el origen “vascuence” de la palabra, pero le atribuye el significado de “aldeano” y nada más. Igualmente reporta la versión salmantina diciendo “individuo que jinetea, laza [*sic*] y arrienda” y se suelta el pelo diciendo que “con su traje especial [*y*] con sus acciones, su figura viril y gallardía original condensa el símbolo de todo lo nuestro en tradición y auténticamente mexicano”.

Como es natural, el *Diccionario del español usual en México*, dirigido por Luis Fernando Lara,<sup>5</sup> se inclina hacia los significados enaltecidos que hoy tiene la palabra para nosotros, como es el caso, dice, del “jinete que exhibe sus destrezas en el manejo del lazo, en la doma de caballos y en otros ejercicios ecuestres ejecutados para manejar el ganado siguiendo las tradiciones campiranas mexicanas”. Pero no podía dejar fuera que también se refiere a quien “traiciona al gremio que representa”. Llama, eso sí, la

<sup>3</sup> *V. gr. El Informador*, Guadalajara, Jal., 26 de agosto de 2018, p. 6-B.

<sup>4</sup> Tiene una presentación de Joaquín Cruz Ramírez y un preámbulo del gobernador en 1992, Miguel Ángel Barberena. Puede suponerse que el gobierno de Aguascalientes es el editor y el nombre del autor se menciona solamente en los textos referidos. *Cf.*, p. 64.

<sup>5</sup> El Colegio de México, México, 2ª ed., 2009.

atención que Lara insista en la “alta copa cónica” del sombrero como una característica generalizada.

Asimismo apunta otros usos que tal vez existan en ciertas regiones del país, pero me atrevería a decir que en el occidente de México nunca se utiliza para quien “es tonto o torpe... [de] poca educación o cultura”.

También aparecen un par de acepciones de la interjección “¡charros!”: en España “orden de silencio” y en México “sorpresa e irritación”, pero falta la más socorrida entre nosotros: la que indica ¡cuidado!, ¡atención!, etc. Para mi gusto, este apreciable diccionario no acaba de dejar del todo claro el importante papel de los charros alteños de Jalisco que, desde el siglo xvii le dieron incluso forma al atuendo y marcaron el uso de ciertos utensilios. Su versión sucumbe al centralismo y se aviene más a la charrería catrina —*fift*— de los hacendados del centro de México que a la de los rancheros de Jalisco.

Dos elementos asaz significativos que forman parte del ajuar charro pueden bastar para hablar de este origen.

Por un lado el sombrero de ala ancha característico de quienes trasladan muchos animales a gran distancia, como fue el mencionado caso de las minas del norte de Zacatecas y de Durango. Las culturas ganaderas que se desenvuelven en terrenos pequeños y transitan distancias cortas con sus animales y, sobre todo, donde el ganado se halla en terrenos que, aunque grandes, estén bien delimitados y hasta cercados, como es el caso de la Salamanca hispana y los *cowboys* de Texas, por ejemplo, usan sombrero de ala corta. En cambio tenemos testimonios gráficos de que, en los mismos Estados Unidos o en el Cono Sur del continente, cuando fue necesario movilizar hatos a grandes distancias en espacios muy abiertos, los sombreros utilizados eran también de ala muy ancha, aunque de diferente forma.

Vale decir, además, que el *soyate* de hoja larga que se requería para el sombrero charro, se hallaba en abundancia en el fondo del cañón de Juchipila. Asimismo, no es casual que en Teocaltiche, tierra alteña, se haya desarrollado la industria del repujado y de las sillas de montar, así como en Colotlán, la del *pitiado* de los correajes y otros artículos de cuero como *fajos* y cartucheras.

En las haciendas del actual estado de Hidalgo, por muy grandes que hayan sido, no era necesario que caporales y peones usaran tamaño sombrero, del mismo modo que la pértiga, lanza o como quiera llamársele, a la manera de Salamanca, resultaba más útil para el manejo de los animales. De ahí que muchos *chinacos* del centro de México se hicieran famosos como lanceros, lo mismo que otros, de lugares más apartados de la capital, fueron formidables con la soga.

Pero cuando el espacio es muy grande y se corre el riesgo de que en el trasiego algún vacuno pueda separarse definitivamente de la manada, en la que además se revolvían animales de muy distintos propietarios, resultaba indispensable el uso eficiente de la reata, soga, lazo o como quiera llamársele. ¿Es imaginable un charro sin su gran sombrero y su lazo debidamente acomodado en la silla?

Es más probable que el atuendo charro de faena surgiera de Los Altos y lo hayan asumido y enriquecido con buenos paños y mejores adornos los ricos hacendados hidalguenses y mexiquenses, preferentemente dedicados al pulque, a efecto de parecer más mexicanos en un determinado momento o para emular a Maximiliano de Habsburgo, con quien hicieron buenas migas, pero no los podemos imaginar haciendo *por necesidad* las faenas de la peonada.

Así como en España, a la región salmantina ya señalada se le conoce desde hace mucho tiempo como *charrería*, en México la misma palabra se refiere a la esencia misma de nuestro charro y, además, hace poco más de un siglo que se comenzó a generalizar el término *charreada* para referirse al acontecimiento particular en el que se desarrollan las diferentes “suertes” inherentes a la *charrería*. Éstas, vale insistir en ello, habían constituido antiguamente regulares actividades indispensables de los rancheros que, ante la escasez de mano de obra en tierras de poca población indígena, como los mencionados Altos jaliscienses, requerían de la colaboración de vecinos y amigos y, con el tiempo, acabaron convirtiéndola en una actividad lúdica que derivó, por cuenta de los hacendados, en el llamado “más mexicano de los deportes”, a pesar de lo caro que resulta hoy tener y mantener uno o varios caballos.

Desde sus orígenes, a estas reuniones periódicas de comarcanos convocadas por los rancheros se les llamaba habitualmente “herraderos”, en los cuales, por cierto, se producía ya la competencia y el lucimiento de los más avezados, así como la conclusión en el convite que ofrecía el beneficiado a todos los asistentes, lo cual servía también para la comunicación y relación entre ellos y con ellas, con los resultados debidos.

Hoy, a la charrería se le vaticina un futuro incierto, precisamente por lo que cuesta tener caballos y no se les requiere para la vida cotidiana. Se dice que decae el número de practicantes y espectadores, pero lo cierto es que en el altiplano mexicano y, de manera muy especial en el estado de Jalisco y, más aún, en Los Altos, la charrería tiene todavía una presencia muy fuerte. Incluso en pueblos modestos existen “lien-zos” charros de buena stampa, sin mengua de que en lugares tan alejados como Chiapas, Yucatán y aun en el norte de la península de Baja California, no resulte raro hallar quienes la practiquen regularmente, por no decir que también en el sur de Estados Unidos el número de sus afiliados resulta significativo.



No deja de sorprender que de una vasta, compleja e intensa expresión cultural como la charrería, de la que se habla tanto y con tal entusiasmo, se haya escrito tan poquito. Además, gran parte de la tinta gastada está de tal manera henchida de cursilería y lugares comunes, que más bien tienden a que se difumine la naturaleza de su origen y el enorme valor social y cultural que posee esta actividad.

Predominan, en lo que podríamos llamar “literatura charra”, descripciones de suertes, de tipos de caballos, de instrumentos, de atuendos y arreos y, sobre todo, términos elogiosos para charros notables habidos durante la pasada centuria, personas muy pudientes todas; pero, repito, poco se dice de su contenido social y de sus antecedentes formativos.

En cambio llama la atención lo desmedido de los elogios a quienes se dedican a tal actividad, máxime cuando provienen de autores del mismo gremio y, más aún, los enormes alardes de mexicanidad y de

patriotismo que obligan a recordar aquello de “dime de que presumes y te diré de qué careces” o que “el elogio en boca propia es vituperio”. Lo cierto es que resulta clara la intención de esta literatura de concebir el nacionalismo mexicano a su imagen y semejanza.<sup>6</sup>

Veamos, sin mayor comentario, este texto de 1972, que se debe a José Ramón Ballesteros:

La charrería nos sobrecoge, nos subyuga, se adueña de nuestro espíritu, pero también se nos entrega porque, en lo más hondo de nuestro ser de mexicanos, saboreamos la gloria de poder sentirla plena y realmente nuestra.<sup>7</sup>

O este otro, que no tiene desperdicio, aparecido 25 años después en una revista turística, mal copiado de un texto anterior de la autoría, considerada clásica, de Carlos Rincón Gallardo.<sup>8</sup> Aparte de no citarlo, quien esto escribió, al tratar de hacer más breve el texto original empeora las cosas que, ya de por sí, no estaban muy bien:

El charro es noble, leal y valiente hasta la temeridad. Con deleite [*sic*] se juega la vida. Es hospitalario y sentimental; canta y baila con alegría y donaire; le atraen los ejercicios fuertes y peligrosos, dependiendo de la destreza, de la fuerza y de la serenidad. Por tradición es el símbolo genuino [*sic*] nacional, y en la historia ha destacado su bizarra estampa. El charro ha sido, es y será, la representación simbólica de nuestra adorada y respetada patria.<sup>9</sup>

<sup>6</sup> *V. gr. Cf.* Ana Cristina Ramírez, *La charrería. Tradición inventada y comunidad imaginada*, El Colegio de Michoacán, Zamora, 2000 (Ensayo inédito); Tania Carreño King, *El charro. La construcción de un estereotipo nacional (1920-1940)*, Instituto Nacional de Estudios de la Revolución Mexicana – Federación Mexicana de Charrería, México, 2000; Cristina Palomar Vereza, *En cada charro, un hermano. La charrería en el estado de Jalisco*, Gobierno del Estado de Jalisco, Guadalajara, 2004.

<sup>7</sup> José Ramón Ballesteros, *Origen y evolución del charro mexicano*, Manuel Porrúa (Biblioteca Mexicana, 43), México, 1972, p. 6.

<sup>8</sup> Carlos Rincón Gallardo, *El libro del charro mexicano*, Porrúa, México, 1939, p. 8.

<sup>9</sup> Guadalupe Silva Corchera, “La charrería. Representación simbólica de lo mexicano”, *Tips de Aeroméxico*, núm. 4, México, Jilguero – México Desconocido, verano de 1997, p. 14.

Otro charro notable, cuyo apellido podría decirse que en Jalisco es sinónimo de charrería, Juan Francisco Zermeño, afirmaba en una entrevista de prensa que “el charro es el principal baluarte y símbolo de México”. Y agrega: “Portar el traje charro y el nombre de charro es el compromiso más grande ante la sociedad, porque es uno la imagen viva de México”.<sup>10</sup>

En el libro *La charrería: tradición mexicana*, posterior a todas las obras mayores y más notables sobre el tema, Octavio Chávez, mexiquense, afirma que “la charrería es una de las tradiciones mexicanas más genuinas”, pero se desboca por obra y gracia de su entusiasmo, cuando fundamenta que es genuina “por su originalidad, arrojo, gallardía, colorido y alegría” que, a fin de cuentas, no constituyen un respaldo lógico de su aserto.<sup>11</sup>

Finalmente, en cuanto a charros se refiere, cabe decir que su institución oficial, la Asociación Nacional de Charros, por supuesto en la Ciudad de México, es un poco más parca en sus comentarios. Solamente afirma que la charrería es “una de las actividades más representativas del ser mexicano”,<sup>12</sup> con lo cual estamos cabalmente de acuerdo. Y podríamos agregar aun, como ya se dijo, que es “de enorme valor”.

Ahora bien, no sólo los propios charros han lanzado entusiastas afirmaciones de esta índole: Federico Gamboa, por caso, le escribía a Carlos Rincón Gallardo que “para nosotros, el ‘charro’ es nada menos que el tipo del mexicano por excelencia, el símbolo mismo de nuestra nacionalidad”; Tomás Perrín le decía al marqués de Guadalupe: “tu estampa charra es como un ¡Viva México!, ronco y bravío”.

El gran poeta Francisco González León, desde Lagos de Moreno, el meollo de la charrería, le escribiría a Rincón Gallardo en 1933 “que el día que en México desaparezca el ‘charro’, el alma nacional habrá dado un paso atrás en forma irreparable”.<sup>13</sup>

<sup>10</sup> *Mural*, Guadalajara, Jal., 17 de septiembre de 1999.

<sup>11</sup> Octavio Chávez, *La charrería: tradición mexicana*, pról. Alfonso Rincón Gallardo, Toluca, Instituto Mexiquense de Cultura, 1991.

<sup>12</sup> En: <[www.nacionaldecharros.com](http://www.nacionaldecharros.com)>, consultada en agosto de 2008.

<sup>13</sup> Carlos Rincón Gallardo, *op. cit.*, pp. XXXII, XXXIX, XLVII y LII.

So pena de resultar excesivo, entre una enorme cantidad de posibilidades, quiero referir también lo dicho por un historiador muy reconocido de la UNAM, de nombre José Valero Silva. En ocasión del CLXXV aniversario de la Independencia y el LXXV de la Revolución mexicana, escribió un *Libro de la charrería*,<sup>14</sup> muy catrín por cierto, que no se queda atrás:

La práctica del arte de la charrería, con sus alardes y destrezas, simboliza universalmente todo lo mexicano: el charro y la china son, hoy por hoy, los herederos de las nobles tradiciones campiranas de México, y representan a la raza mexicana, con toda su dignidad y sus valores.<sup>15</sup>



Resulta llamativo, en especial por tratarse de una figura de gran arraigo en la mexicanidad, que la palabra *charro* se introduzca tan tardíamente en nuestro medio y que, antes de adoptar el patriótico significado que ahora tiene, haya dado tantos rodeos.

Al parecer, la palabra brilló por su ausencia durante toda la época colonial y las primeras décadas de la vida independiente. Su aparición en las páginas mexicanas no se produce, al menos, según lo hallado, hasta ya entrada la segunda mitad del siglo XIX, y su generalización a finales de dicha centuria y principios de la siguiente.

Hay muchos textos que, aun refiriéndose a personajes que bien podrían definirse como charros por su hacer o su vestir, no emplean esa palabra. Pienso, por ejemplo, que *charro* no habría desentonado para hablar de varios protagonistas de *La hija del bandido o los subterráneos del Nevado*, escrito en la proximidad de 1887 por Refugio Barragán de Toscano (1846-1916), admirada injustamente más por su descendencia que por sus muchos méritos personales.

Lo mismo podría decirse de la famosa novela de José López Portillo y Rojas (1850-1923), *La parcela*, publicada primero en 1898. De hecho,

<sup>14</sup> José Valero Silva, *El libro de la charrería*, Gacela, México, 1987, p. v.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. vii.

cuando emprendí la búsqueda de “charros” en la literatura decimonónica, a pesar de haber leído ya años atrás la dicha novela, daba por seguro que, al menos don Simón Ocegüera, personaje importante de la trama, sería considerado en más de una ocasión como un verdadero charro; pero no fue así:

... era un ranchero a carta cabal... Gigantesco, de atezado rostro, pelo castaño y patilla española, representaba a maravilla el tipo de la gente de su clase. A pie era hombre perdido. Andaba despacio y a disgusto. Sus piernas enarcadas hacia las rodillas, tenían forma de paréntesis, sin duda por la costumbre de cabalgar y eran torpes para la marcha; pero una vez sobre los lomos del caballo, era tan listo como el mejor maestro de equitación. No descendía de su cabalgadura sino para dormir y comer... Jamás vestía traje que no fuera de piel de venado o cabra, más o menos adornado con bordados y botones de plata, según la gravedad de las circunstancias y la importancia de las fiestas.

O al menos Gonzalo Ruiz, el mejor de los contornos para “sostenerse sobre el lomo de los potros serranos o de los toretes recién herrados” o para “echar el lazo con mayor seguridad y donaire a la cabeza y patas de la res” o derribarla “a carrera tendida cogiéndola por la cola”.<sup>16</sup>

No podrá decirse que este López Portillo no estuviera interiorizado de la vida del campo jalisciense. *La parcela*, es una de las novelas más representativas en esa época del medio rural mexicano. En otros textos del autor, me topé con la misma ausencia.

En tales condiciones, ya no sorprende que ninguna de las muchas palabras reunidas bajo el título de *Los mexicanos vistos por sí mismos. Tipos y costumbres nacionales*, publicada en 1854,<sup>17</sup> estuviera la que buscamos. Sin embargo, uno de los seis autores participantes, Niceto de Zamacois, sí la utilizaría pocos años después. Así se verá enseguida, pero antes diré

<sup>16</sup> Cf. *La parcela*, cap. II.

<sup>17</sup> Fueron ellos: Hilarión Frías y Soto, José María Rivera, Juan de Dios Arias, Ignacio Ramírez, Pantaleón Tovar y Niceto de Zamacois; impresa en México por M. Murguía y Comp., con 290 páginas.

que la busqué *ex profeso* en otros muchos escritos del siglo XIX, con el mismo resultado. Menciono solamente algunos: Juan Díaz Covarrubias (1833-1889), *La clase media* (1858) y *El diablo en México* (1860); José T. de Cuéllar, “Facundo” (1830-1894), en sus tres novelas costumbristas, *Ensalada de pollos* (1871), *Baile y cochino* (1886) y *Las jamonas* (1891); Ángel del Campo, “Micrós” (1868-1908): *La rumba* (1890) y Pedro Robles, quien usa en *Los plateados de tierra caliente* (1891), precisamente el término “plateado” para personajes que muy bien podrían ser llamados *charros*. El mismo saldo se obtuvo de la revisión de narraciones más cortas publicadas en la famosa revista tapatía *La República Literaria* (1886-1890), de autores ya muy reconocidos entonces.<sup>18</sup>

Por otra parte, también hice una pesquisa, aunque no exhaustiva, con poco éxito, en la prensa de la segunda mitad del siglo XIX. No faltan comentarios o noticias en los que la palabra podría estar y no está. Un ejemplo es el de *La Voz de México*, “Diario político, religioso, científico y literario”, que se editó durante el primer semestre de 1881 en la capital. El día 10 de mayo comenta el acuerdo del Cabildo de la Ciudad de México de crear un “club” para contrarrestar lo que llama “decadencia del vigor del ganado caballar” y de “la fama de buenos ginetes [*sic*] que han tenido los mexicanos... debido a que desaparece de día en día la costumbre de ciertos ejercicios de equitación, como los coleaderos, man-ganeos y demás ejercicios varoniles que favorecen mucho el desarrollo físico de la juventud”.

Igual es el caso de *Mefistófeles*, “Semanario burlesco ilustrado” de mediados de 1878. El número del 12 de octubre lleva y trae a un personaje que tiene todas las características de un charro, pero el resultado es el mismo.<sup>19</sup>

Por su parte, *El Diablo Bromista*, aparecido en México durante el primer cuatrimestre de 1898, que se reputaba como “órgano de la clase

<sup>18</sup> Entre otros: Manuel Álvarez del Castillo, Manuel M. González, Salvador Quevedo y Zubieta, el ya citado José López Portillo y Rojas, Antonio Zaragoza, Ismael Palomino, Carmen Silva, Juan de Dios Peza, Miguel Álvarez, Mariano Coronado y Victoriano Salado Álvarez, vale señalar que en obras posteriores, ya muy entrado el siglo XX, este autor sí recurrió profusamente al término de referencia.

<sup>19</sup> Los propietarios eran Juan Pino y Adolfo Obregón.

obrero, azote del mal burgués y coco del mal gobierno”, publica en su primera página del 24 de febrero una caricatura de un sujeto vestido de charro, en representación del pueblo mexicano agobiado por “impuestos”, “contribuciones” y demás, pero tampoco se halla la palabra.

En cambio, podemos constatar que en Guadalajara el atuendo de charro se reconocía como tal desde antes de 1874. En este año, “por agradecer”, un cantante se vistió de charro para cantar *La Paloma*, en el Teatro Degollado.<sup>20</sup>

Asimismo, en 1893 y 1894 se hallan en *El Mercurio* y en *Juan Sin Miedo*, sendos anuncios de “sombremos charros” a buen precio.<sup>21</sup>

Lo que cabe señalar es que la palabra se dedica de preferencia a participantes en concursos, exhibiciones, etc., esto es, no se trata del charro del campo que trabaja en su rancho ni de quien gobierna su hacienda, sino de un partícipe de espectáculos y desfiles.

*El Sol* cuenta, por ejemplo, que con motivo de las fiestas patrias de 1899, en las calles de Atotonilco “hubo elegantes y vistosos carros, cabalgatas de charros, serenatas elegantes, discursos oficiales... con música y reinas”;<sup>22</sup> y el 1º de octubre contaba que “varios charros mexicanos” recorrían los Estados Unidos y se exhibían en “coleaderos y diversiones de esta especie”. Ellos habrían de participar en un concurso de jinetes y lazadores, ataviados “a la usanza de sus respectivas nacionalidades”, que se llevaría a cabo en San Luis Missouri.<sup>23</sup>

No es necesario recalcar que, a medida que avanzó el siglo xx, el uso del vocablo en toda la prensa mexicana se generalizó, lo mismo que en la literatura culta y popular, con lo que podemos dar por entronizado el término. Incluso autores reticentes en sus primeros escritos, como es el caso de Victoriano Salado Álvarez (1876-1931), cuando escribió sus *Memorias*, publicadas en 1946, y aun desde los primeros *Episodios nacionales*, que datan de principios del siglo xx, hizo gran uso de la palabra,

<sup>20</sup> *El Grito del Pueblo*, “Periódico de política y variedades”, núm. 9, Guadalajara, 11 de agosto de 1874, p. 3 [apareció de abril a octubre de 1874 y en enero de 1875].

<sup>21</sup> *El Mercurio*, “Literario, social, religioso”, Guadalajara, 9 de julio de 1893, p. 54; *Juan Sin Miedo*, “Semanario humorístico y de caricatura”, Guadalajara, 14 de octubre de 1894, p. 6.

<sup>22</sup> *El Sol*, Guadalajara, 28 de septiembre de 1899, p. 1.

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 2.

hasta para referirse a épocas remotas, como es el caso del atuendo que nos dice que portaba López de Santa Anna cuando vivió en las inmediaciones de la población colombiana de Turbaco.<sup>24</sup>

Vale insistir en que la mayor parte de las menciones de los charros en la literatura de las últimas dos décadas del siglo XIX, tienen el sentido del atuendo: el traje en su conjunto, que parece ser ya el que se consideraba “nacional”, el sombrero jarano, de ala ancha,<sup>25</sup> o alguna otra prenda en particular.

*El libro de mis recuerdos*, del eminente geógrafo Antonio García Cubas (1832-1912), publicado por vez primera en 1905, habla de los “abigarrados trajes de charro, recargados de bordados y alamares de plata” y de charros “de calzonera de paño con botonadura de plata y sombrero canelo galoneado”. Es lo que también se menciona como el atuendo del rancharo.<sup>26</sup>

En su famosa novela *Tomóchic*—publicada en 1894— Heriberto Frías (1870-1925) habla de quienes llegaron “ataviados a lo charro”,<sup>27</sup> y Guillermo Prieto (1818-1897) nos describe con sumo cuidado el atuendo del Charro Campa y, de paso, subraya su filiación republicana durante la Intervención.<sup>28</sup> Salvador Quevedo y Zubieta, tapatío (1859-1935), cuando escribió fuera de México sus *Recuerdos de un emigrado*, publicado en Madrid en 1883, lleno de nostalgia hace memoria de los rodeos y herraderos, pero la imagen del charro y la palabra sólo le viene a cuento un par de veces como bailador de jarabes.<sup>29</sup>

Por tratarse de quienes se trata, quiero hacer una mención especial de Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893) y de Manuel Payno (1810-1894). El primero de ellos, cuya prolongada estancia en Guadalajara dio

<sup>24</sup> Victoriano Salado Álvarez, *Episodios nacionales mexicanos*, cap. XII, “De Santa Anna a la Reforma”, Fondo de Cultura Económica, México, 1984 [ed. facsimilar], t. I, p. 181.

<sup>25</sup> “El charro de jarano y el currutaco de sombrero de copa alta” van a la procesión de *corpus* dice Luis González Obregón en *México Viejo*, publicado por primera vez en 1891 (Patria, México, 1966, p. 437).

<sup>26</sup> Antonio García Cubas, *El libro de mis recuerdos*, Porrúa, México, 1986, pp. 271, 316 y 329.

<sup>27</sup> Heriberto Frías, *Tomóchic*, SEP (Cartuchos al Viento), México, 1994, p. 209.

<sup>28</sup> Guillermo Prieto, *Musa callejera*, Porrúa (Sepan Cuantos..., 198), México, 1985, p. 279.

<sup>29</sup> *México. Recuerdos de un emigrado*, Sucesores de Rivadeneira, Madrid, 1883, pp. 149 y 210.

lugar a su novela *Clemencia* (1869), hace en ella diferentes referencias y descripciones de personajes que muy bien podrían haber sido llamados charros, pero no sucede así. En cambio en *El Zarco*, escrita unos 15 años después, inspirado en los alrededores de Yautepec, Morelos, nos dice lo siguiente: “El jinete estaba vestido como los bandidos de esa época, y como nuestros charros, los más charros de hoy”.<sup>30</sup>

Por su parte, la famosa novela de Payno, *Los bandidos de Río Frío*, publicada entre 1888 y 1891 por entregas, como se estilaba en la época, sorprende por el poco uso de la palabra, en tanto que abundan expresiones como “el traje nacional”, que portaba la mayoría de los rancheros. Quizá hasta podría decirse de nuevo que el término se refiere únicamente al atuendo. Existe incluso un capítulo, “El herradero”,<sup>31</sup> donde la palabra aparece alguna vez sin connotación definida. Ello ocurre al describir con detalle las faenas del caso sin que lleguen a definirse como *charrería*. Es evidente que, para Payno, el vocablo no tenía del todo el significado actual.

Puede verse que no es mucho lo que hay. En realidad, a finales del siglo XIX y primeros años del XX sólo se hallaron dos autores que utilizaran el término “charro” profusamente y no sólo por su atuendo y su condición ecuestre; es decir, mientras está ocupado en actividades cotidianas y no de exhibición. Y que, además de ponderarlo, le atribuyen cualidades tales como entereza, valentía, formalidad, cumplimiento de la palabra empeñada, enemigo de traiciones y de ventajas, etcétera.

Uno es el veracruzano Rafael Delgado (1853-1914), quien vivió en Jalisco durante muchos años a caballo del 1900. Sus obras son muchas, y la permanencia de la palabra charro, portador del “gallardo traje nacional”, como escribió en 1902,<sup>32</sup> es constante. En su novela *La calandria*, de 1890, habla reiteradamente del traje de charro,<sup>33</sup> aunque tal vez *Angelina*,

<sup>30</sup> Ignacio Manuel Altamirano, *El Zarco*, en *Obras completas*, t. IV, *Novelas y cuentos*, SEP, México, 1986, t. II, p. 118.

<sup>31</sup> Cap. XXXIII de la segunda parte.

<sup>32</sup> Rafael Delgado, *Los parientes ricos*, UNAM (Biblioteca del Estudiante Universitario), México, 1986, p. 72.

<sup>33</sup> Especialmente los caps. IV, V, IX y XVII.

de 1893, enaltezca más que otras la elegancia del atuendo,<sup>34</sup> además de que subraya su filiación rural y sobre todo ranchera.<sup>35</sup>

También habla con frecuencia de la condición de “charreador”, como es el caso en *Mi Semana Santa* y *Justicia popular*, entre otras.<sup>36</sup>

Ahora bien, aunque Luis González Obregón asegurara “que deja mucho que desear... en función de su antigüedad”, pues data de 1865, en plena Intervención francesa, hay que atender especialmente a la novela de Luis G. Inclán, titulada *Astucia. El jefe de los hermanos de la hoja o los charros contrabandistas de la rama. Novela histórica de costumbres medianas con episodios regionales*. Su escenario son las tierras de Michoacán, Morelos y Puebla, que el autor conoció muy bien, y la trama constituye un verdadero exhorto mexicanista que, en ese momento, asumió un significado muy especial. Son los “hermanos de la hoja... unos charros desengañados” que se han juntado para defenderse.<sup>37</sup>

Para empezar, vale decir que el héroe principal es Astucia, el jefe de los charros contrabandistas, con todas las cualidades del caso. Desde el prólogo el autor nos espeta:

En estos charros se ve patentizado a toda luz el verdadero carácter mexicano y virtudes naturales de los rancheros que figuran como gente de la clase media... ajenos de los fingimientos de falsa política, con la mejor buena fe manifiestan los sentimientos de su corazón, probando con hechos su franqueza, hospitalidad, desinterés, respeto, sincera amistad y cuanto bueno y útil puede tener un hombre para sus semejantes.

Obviamente la vestimenta desempeña un papel importante, aunque mucho menor que en textos que le sucedieron, a cambio de las cualidades del carácter de quien puede reputarse como “verdadero charro”<sup>38</sup> y

<sup>34</sup> Cf., caps. IX, XXX, XXXIII, XXXIV y XLIII.

<sup>35</sup> Cap. XLVII.

<sup>36</sup> *Breve noticia de los novelistas mexicanos en el siglo XIX*, Tipografía de O. R. Spíndola y Compañía, México, 1889, p. 24.

<sup>37</sup> Luis G. Inclán, *Astucia*, prólogo de Salvador Novo, Porrúa (Sepan Cuantos..., 63), México, 2003, cap. VI, p. 84.

<sup>38</sup> *Ibid.*, cap. VII, pp. 96 y 97.

de las suertes que saben ejecutar “tanto el manejo de la reata como en la agilidad y maestría en sortear un toro bravo, en colear y en manejar un caballo...”,<sup>39</sup> lo caritativos que son<sup>40</sup> o, en suma, que se trata de “hombres de bien”.<sup>41</sup>

Igualmente vale destacar que aparece la ya citada expresión “charritos de agua dulce” para aquellos que quieren parecer lo que no logran ser.<sup>42</sup>

Años después, en 1872, Inclán publicaría un extenso poema narrativo titulado *El capadero de la Hacienda de Ayala. Propiedad del señor José Trinidad Pliego, verificado en los días 25 y 26 de junio de 1872*. De él entresacamos versos de dos diferentes lados que hablan por sí solos:

Pasamos a la charreada,  
los dichos, las ocurrencias,  
los lances, las competencias,  
en los días de coleada...

... dio mil vueltas de liviano  
aplicadas con maestría,  
en el *Mirabién* corría  
y aunque dice estar pesado,  
es un charro consumado  
y su destreza lucía.

Luis G. Inclán, entre otras cosas, fue impresor hacia 1860 y tuvo oportunidad de hacer la segunda edición en 1861 de una obra, nada pequeña por cierto, escrita por Niceto de Zamacois (1820-1885) cuando éste se hallaba de regreso a su natal España. Había sido publicada un año antes, en 1860, por la imprenta de V. Segura, y había tenido gran éxito. Se trata de *El jarabe, obra de costumbres mexicanas, jocosa, simpática, burlesca, satírica y de carcajadas, escrita para desterrar el mal humor, herencia que nos legó*

<sup>39</sup> *Ibid.*, cap. xv, p. 101.

<sup>40</sup> *Ibid.*, cap. xvi, p. 314.

<sup>41</sup> *Ibid.*, cap. xvii, p. 318.

<sup>42</sup> *Ibid.*, cap. xv, p. 262.

*nuestro padre Adán por un necio antojo que quiso satisfacer.* Lo particular de esta obra, para el caso, es que constituye la más antigua utilización de la palabra charro de que tenemos noticia en México para hacer referencia al personaje de marras:

Ahí tienen ustedes, junto a esa robusta frutera, al *charro* (gente de campo cuyo traje de montar a caballo es enteramente nacional) mejicano con sus calzoneras de azul celeste.<sup>43</sup>

O bien:

Sólo le falta para completar el vestido de *charro*, la rica manga.<sup>44</sup>

Es, pues, el bilbaíno De Zamacois, a quien por el momento tenemos que considerar como el primero que puso en letra de imprenta la palabra “charro” en 1860 para referirse a los jinetes mexicanos. Por ello no deja de ser sugerente que un vocablo de origen vasco, que pervive en Navarra, haya sido utilizado allá cuando todavía no se estilaba mucho por acá, y por un escritor oriundo de aquellos lares del norte peninsular.

Lo que sí resulta extraño —como ya se dijo— es que dicha referencia o bautizo de una figura que se proclama tan mexicana no haya empezado a utilizarse hasta que declinaba el siglo XIX. De tal manera que, cada vez que se emplea hoy la palabra charro para hacer referencia a personajes anteriores a este tiempo, se está cometiendo un cierto anacronismo.

Por otro lado, conviene tener presente que esta palabra, que nombra a un digno jinete rural, tampoco acababa de consolidarse en España al mediar el siglo XIX. Antonio Llorente Maldonado de Guevara, así lo denota en su estudio sobre *Las comarcas históricas y actuales de la provincia de Salamanca*.<sup>45</sup> Aunque no lo toma en cuenta, abona este autor a lo dicho entre 1836 y 1857, en un *Semanario Pintoresco Español*, que dedica una

<sup>43</sup> *El jarabe...*, p. 221.

<sup>44</sup> *Ibid.*, p. 222.

<sup>45</sup> La primera edición data de 1976, pero se ha manejado aquí la tercera “revisada y puesta al día”, publicada en Salamanca por el Centro de Estudios Salmantinos en 1990, *cf.*, pp. 119-121.

corta loanza a los “charros de Castilla”, cuya honradez, dice, “es proverbial”, aunque lamenta que en “la ciudad son objeto de la burla de la gente soez”. Asimismo, habla en términos laudatorios de “las charras” a quienes define como “enamoradas y sensibles en sus sombrías soledades”.<sup>46</sup>

Tal vez por sus ideas políticas muy conservadoras, Llorente pasa por encima el hecho, en apariencia muy significativo, de que un “guerrillero de la guerra de la Independencia española”, llamado Julián Sánchez,<sup>47</sup> quien había sido “ganadero y mayoral de reses bravas,” alrededor de 1810 se alzara en armas contra los franceses al frente de una partida de jinetes y lanceros, como él, y se ganara precisamente el sobrenombre de *El charro*.

A pesar de que Sánchez contribuyó de manera importante al triunfo sobre los invasores, en muchos textos pasa desapercibido debido quizás a sus ideas liberales y, tal vez, también al sobrenombre, lo cual hizo que la mayor parte de su vida y, sobre todo, su muerte quedaran en la penumbra. Pero bien podemos suponer, por igual, que tales ideas dieran pie a que adoptara un apodo de raíces populares.<sup>48</sup>

Seguramente, por tal filiación del término, a diferencia de México, en España nunca se pensó en denominar “charro” a personajes en verdad de alcurnia y postín, cuantiménos de rancia nobleza. En el mejor de los casos daba para gente medianamente acomodada.

En México, en cambio, hallamos una línea de charros rancheros que nos lleva principalmente a los pequeños propietarios de Los Altos de Jalisco, quienes se asocian más fácilmente con el concepto de charro, pero no podemos negar, como se dijo, que del término también se adueñaron grandes hacendados pulqueros y mineros hidalguenses y, por extensión, los más adinerados terratenientes del centro de la República, que después de la Revolución, contribuyeron a convertirlo en el prototipo de la mexicanidad.

<sup>46</sup> Se consultó una selección de sus artículos realizada por Juan Francisco Blanco y publicada por el Centro de Cultura Tradicional de la Diputación de Salamanca, p. 28.

<sup>47</sup> Julián Sánchez, “El Charro”, era natural de Santiz (Salamanca) donde tenía su pequeña propiedad.

<sup>48</sup> Germám Bleiberg, *Diccionario de historia de España*, Alianza Editorial, Madrid, 1979.

De ahí, por ejemplo, que un norteamericano, Edward Larocque Tinker, quien se reputaba un gran conocedor de México porque había venido algunas veces —aunque solamente estuvo en la capital y sus alrededores— asentara tajantemente que “se conocía a los hacendados por el nombre de charros... mientras que a los servidores se les llamaba vaqueros”.<sup>49</sup>

El 4 de junio de 1921 se constituyó en la ciudad de México la Asociación Nacional de Charros, la primera organización formal que hubo, con lo que daría comienzo la historia institucional de la charrería como una actividad de esparcimiento y urbana. Pero no es el caso seguir aquí a estas agrupaciones, ya que este trabajo responde al interés por ahondar más bien en cómo hizo su aparición y se desarrolló en México la tan llevada y traída palabra *charro*, hasta convertirse en un elemento muy importante de la idea que muchos tienen o tenemos de nuestra identidad nacional y todos los jaliscienses de nuestra identidad regional. No de balde, el equipo de beisbol que tenemos en la primera fuerza se llama, sin que nadie lo haya cuestionado, precisamente *Charros de Jalisco*.

En 1928 apareció *Charrerías*, el libro clásico de Alfredo B. Cuéllar,<sup>50</sup> después un brillante economista, con el que se consolidaban y condensaban tantas cosas dichas ya sobre la charrería, con lo cual Tinker pudo haber tenido una idea mucho más clara si no se hubiera contentado, como tantos estadounidenses, con observaciones a las volandas. Asimismo, ya corría de boca en boca aquel famoso corrido que habla de la muerte del gran “caudillo del Sur”:

Montado con garbo en yegua alazana,  
era charro de admirar;  
y en el coleadero era su mangana  
la de un jinete cabal.

...

<sup>49</sup> *Los jinetes de las Américas y la literatura por ellos inspirada*, Kraft, Buenos Aires, 1952, pp. 69-70.

<sup>50</sup> Alfredo B. Cuéllar, *Charrerías*, Impr. Azteca, México, 1928.

Una rana en un charquito  
cantaba en su serenata  
—¿Dónde hubo un charro mejor  
que mi general Zapata?<sup>51</sup>

<sup>51</sup> Cf. Vicente T. Mendoza (selecc.), *El Corrido Mexicano*, Fondo de Cultura Económica, México, 1974, p. 82.



## RESPUESTA AL DISCURSO DE INGRESO DE JOSÉ M. MURIÀ\*

---

Felipe Garrido

Don Javier Hurtado, presidente de El Colegio de Jalisco,  
Don Jaime Labastida, director de la Academia Mexicana de la Lengua,  
Don Adolfo Castañón, bibliotecario archivero de la Academia,  
Don Vicente Quirarte, secretario de la Academia,  
Don José María Murià,  
queridos compañeros académicos; señoras y señores:

Esta tarde, que ya se nos va haciendo noche, la Academia Mexicana de la Lengua se ha reunido en El Colegio de Jalisco, cuya fraternal hospitalidad cumplida y gustosamente festeja, para recibir como académico correspondiente en Guadalajara a José María Murià.

Acabamos de escuchar las palabras de nuestro maestro, amigo y compañero, siempre apasionado, siempre docto, siempre ameno. José María nos contó cómo fue que la palabra *charro* cruzó la mar océano y, en el español de América, en especial en México, añadió nuevos significados a los que ya tenía. Cómo, a partir de acepciones bajas y aun peyorativas terminó, para sorpresa nuestra y de Murià, que lo suponíamos un fenómeno más temprano, ya en las postrimerías del siglo XIX, por designar al hombre que se distingue por su habilidad con el lazo y el caballo, por su carácter resuelto, por su decoro y su hombría, al punto de llegar a ser, para muchos, el símbolo más alto de la mexicanidad.

La lección del doctor Murià fue viva y clarísima: todas las lenguas están sometidas a cambios continuos en su vocabulario, su sintaxis, su

\* Respuesta al discurso de ingreso de don José María Murià, como miembro correspondiente en Guadalajara, Jalisco. Texto leído en El Colegio de Jalisco, Zapopan, el 29 de noviembre de 2018.

ortografía. Los idiomas son seres vivos. Los llamamos lenguas muertas cuando dejan de ser hablados, porque entonces dejan de cambiar. Cuando nadie los habla ni los lee, desaparecen, se extinguen, los perdemos. El náhuatl y el griego clásicos ya no sufren cambios porque ya no son lenguas habladas. Hay idiomas aún anteriores, como el que algún día resonó en Ur, de los que conocemos la escritura pero no sus formas sonoras. Los conservamos en monumentos escritos que son testimonios de las culturas que los crearon, de los hablantes que vertieron en los signos de su escritura lo que recordaban, sabían, esperaban o temían, lo que imaginaban o los conmovía o los hacía sentirse tocados por el aliento de la poesía.

No puedo, ni quiero, ni pretendo ocultar que me produce una enorme satisfacción que me corresponda a mí abrir oficialmente las puertas de nuestra Academia, con estas palabras, a José María Murià, historiador, investigador, escritor, funcionario, maestro, encendido columnista y polemista que, por derecho propio, tenía ganado este sitio desde hace tiempo.

Me alegra por razones que podrían parecer metalingüísticas; porque Murià ha sido siempre un denodado crítico del centralismo, un promotor del equilibrio entre el centro y la periferia. Admiro que lo haya hecho en la decena de obras que ha dedicado a la historia de la Nueva Galicia, Jalisco y Guadalajara, y aun en las que se ha ocupado de su otro gran tema: como dice Azuela, “Al champaña que ebulle en burbujas donde se descompone la luz de los candiles, Demetrio Macías prefiere el límpido tequila de Jalisco”. También José María.

La Academia Mexicana de la Lengua conoce bien lo que significa buscar el equilibrio entre el centro y la periferia. Por mucho tiempo hubo una única academia del español, la Real Academia Española, la RAE, fundada en 1713. Las guerras de independencia fraccionaron, al comenzar el siglo XIX, las antiguas posesiones americanas de España en un grupo de nuevas naciones. La RAE comenzó a crear, bajo su tutela, academias de la lengua en esos países. La primera fue la colombiana, en 1871; siguió la ecuatoriana, en 1874; la tercera fue la mexicana, en 1875. Era una nueva forma de dominio. Tan únicamente suya sentían los españoles nuestra

lengua, que la *Gramática* publicada en 1931 por la Real Academia no incluye ninguna cita de un autor que no sea español.

Sin embargo, en el primer tercio del siglo xx, entre otras obras, Azuela había publicado *Los de abajo*; Arguedas, *Raza de bronce*; Vallejo, *Los heraldos negros* y *Trilce*; Borges, *Cuaderno San Martín* y *Evaristo Carriego*; Pellicer, *Piedra de sacrificios*; Güiraldes, *Don Segundo Sombra*; Arlt, *El juguete rabioso*, *Los siete locos* y *Los lanzallamas*; Gallegos, *Doña Bárbara*; Gabriela Mistral, *Desolación* y *Ternura*; Neruda, *Crepusculario* y *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*; Guzmán, *El águila y la serpiente* y *La sombra del caudillo*; Juana de Ibarbourou, *La rosa de los vientos*; Huidobro, *Altazor...* Con éstos y otros libros, éstos y otros autores igualmente notables habían ido edificando nuestra lengua; incorporando a ella la savia y la sangre de América en diversas variantes de nuestra habla: todas vigorosas e igualmente legítimas que el español de Madrid, pues todas surgían de la historia, el genio y la necesidad de hablantes para los cuales el modo propio de expresión era el español.

Abundan en las obras mencionadas expresiones y voces que se apartan del español general; igual sucede con autores de allende el Atlántico. Un glosario y algunas notas facilitan la lectura de Arlt, Gallegos o Güiraldes... tanto como la de Valle-Inclán o Miró. En el *DRAE*, el español general terminaba por ser el de Madrid; se concentraba la atención en los españolismos y era muy poca la que recibían los americanismos.

En el primer tercio del siglo xx, la RAE era dueña del bien decir en español; las academias nacionales y la mayoría de los académicos acataban sin reparo sus disposiciones. Algunos espíritus libres, sin embargo, ya habían ido concluyendo que la corrección del español no podía depender de la forma de hablarlo y escribirlo en un centro único. En 1901, Unamuno escribió:

Desparrámase hoy la lengua castellana por muy dilatadas tierras, bajo muy distintas zonas, entre gente de muy diversas procedencias y que viven en diversos grados y condiciones de vida social; natural es que [...] se diversifique el habla. Y ¿por qué ha de pretender una de esas tierras ser la que dé

norma y tono al lenguaje de todas ellas? ¿Con qué derecho se ha de arrogar Castilla o España el cacicato lingüístico?

Tuvo que pasar medio siglo, e hizo falta que interviniera un presidente de la República para que la situación comenzara a cambiar: en 1950, el presidente de México, Miguel Alemán, propuso a la Academia que convocara a un congreso de todas las academias y todos los académicos del español. Nunca se había hecho. Fue el primero.

Se inauguró el 23 de abril de 1951 y fue muy accidentado; el gobierno franquista había prohibido a los académicos españoles que viajaran a México y los asistentes tuvieron que enfrentarse a un problema crucial. ¿Seguiría la RAE dominando el español, o ese poder debería estar ya no en el centro sino en la periferia, compartido por todas las academias? Don Martín Luis Guzmán propuso que de momento se rompieran los lazos con la RAE; su propuesta indignó a muchos de los asistentes...

La historia de este congreso está contada con detalle en un libro publicado por la Academia Mexicana de la Lengua. En su segunda edición, a minutos de aparecer, se titula *Orígenes de la Asociación de Academias de la Lengua Española*. Recomiendo vivamente su lectura, porque sus lecciones son útiles en numerosos terrenos, incluyendo el del lenguaje. José María habría disfrutado inmensamente haber participado en este congreso.

En el caso de Murià, el enfrentamiento de la periferia contra el centro tiene una raíz jalisciense que arranca en los conflictos entre la Nueva España y la Nueva Galicia que Nuño de Guzmán soñó como un reino autónomo, y luego avanza con los choques entre república e imperio, entre federalistas y centralistas, entre los gobiernos estatales y el gobierno central; hay además una raíz ultramarina, paralela y aún más antigua, de Cataluña frente al gobierno español. Y todo esto, a final de cuentas, hay que decirlo, hay que escribirlo, se traduce en lenguaje y es tema para la Academia.

Pues el propósito de la Academia Mexicana de la Lengua es el estudio del español, de sus variantes dialectales mexicanas y de los fenómenos que provoca el contacto con las lenguas originarias de nuestro territorio.

Vale la pena ver más de cerca las diferencias de Jalisco con el centro. El Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, la primera institución a la europea de educación superior en la Nueva España, se fundó en México —el centro— en 1536. Pasaron cuatro décadas antes de que en Guadalajara —la periferia— los niños pudieran acudir al Colegio de Señor San Pedro (1570), y las niñas al de Santa Catalina de Siena (¿1576?).

La imprenta llegó a México en 1539; a Guadalajara más de dos siglos y medio después, en 1793.

La Real y Pontificia Universidad de México abrió sus puertas en 1553. En 1791, más de dos siglos más tarde, Carlos IV, jinete en *El caballito* —de Tolsá, como el proyecto del Hospicio Cabañas—, autorizó una universidad para Guadalajara.

La imprenta, la Universidad, la acumulación de tribunales, colegios, conventos y escuelas, la corte virreinal y el obispado concentraron en México el tráfico de libros, congregaron ingenios, propiciaron justas poéticas, estimularon la circulación de manuscritos. No tuvo Guadalajara parejas condiciones. Pero ya en los remotos días en que Jalisco y sus alrededores fueron la Nueva Galicia hubo, allende el de las audiencias, un enfrentamiento igualmente encarnizado, que sería muy revelador seguir —no ahora, no en este momento ni aquí— en ese tan importante y tan hecho a un lado territorio de los poderes eclesiásticos.

La Nueva Galicia, desde un principio, se había atrevido a medirse con la Nueva España. Y con el tiempo creció el afán de emulación. Fue evidente con la revolución en contra del gobierno virreinal. En aquella primera prensa, tan tardíamente llegada a Guadalajara, Francisco Severo Maldonado imprimió para Hidalgo los siete números de *El Despertador Americano*, el primer periódico insurgente, entre diciembre de 1810 y enero de 1811.

Lograda la Independencia, la imprenta comenzó a multiplicarse y los ilustrados progresistas se fueron tornando románticos y liberales. Un grupo de estudiantes de leyes creó la Sociedad Guadalupeña de Amigos Deseosos de Ilustración, de filiación masónica, y publicó *La Estrella Polar* (1824-1828). Los talleres de impresión llegaron a Lagos de Moreno en 1850; a San Juan de los Lagos en 1859; a Zapotlán el Grande en 1863.

Doce años después, en la capital del país se fundó la Academia Mexicana, el 25 de septiembre de 1875.

Y entreverados con los intelectuales, con los insurgentes y los realistas, con los obispos y los corregidores, los charros se lucían en las faenas cotidianas del manejo del ganado, aunque aún no los llamaran así. En aquella sociedad montar en burro, en mula, en macho eran faenas indispensables; montar un buen caballo y saberlo manejar era atributo enormemente apreciado.

Aunque la palabra *charro* aún no se usara, el primer tapatío que cambió el rumbo de nuestras letras, Fernando Calderón, fue un hombre de a caballo —su familia era de hacendados— que nació un año antes de que Hidalgo aboliera la esclavitud —en esa misma ciudad—.

Cuando los “amigos deseosos de ilustración”, un grupo de liberales, fueron perseguidos, Calderón se marchó a Zacatecas, que estaba alzada contra el gobierno central —no sólo Jalisco tenía conflictos—. En 1835 se alistó con las fuerzas que intentaron defender la ciudad y fueron derrotadas por Santa Anna. Entre 1837 y 1839, en México, conoció a Heredia y asistió a la Academia de Letrán. Escribió los dramas que le conocemos, y poemas. “El sueño del tirano” se refiere a Santa Anna, que acababa de perder Tejas: “¡Ya tiene con fuego/ marcada la frente/ del vil delincuente/ la mano de Dios!”.

Costumbre de románticos, Calderón murió antes de cumplir 35 años. Lo recuerdo aquí con sus encendidos poemas, con su teatro que busca tierras y tiempos remotos —*El torneo, Herman o la vuelta del cruzado*— para describir lo que sucedía en la República porque, con Rodríguez Galván, él inauguró nuestro romanticismo.

Las nuevas ideas políticas y estéticas alentaron, entre 1849 y 1867, las primeras revistas literarias en Guadalajara: *El Ensayo Literario*; *La Aurora Poética de Jalisco*; *La Ilustración*; *La República*, *La Prensa...* En *La Esperanza*, figuran José María Vigil y Jesús López Portillo, un gobernador que se daba tiempo para escribir. (Un siglo después lo harían Agustín Yáñez en Jalisco, y en Colima Griselda Álvarez —nacida en Guadalajara, en 1913—, gobernadora la primera del país y poeta rabiosamente vital: “Nací para vivir. Para el dispendio./ Para salvar la rosa

de la espina,/ para aumentar con llamas el incendio,/ para soñar la gloria que alucina”.)

Lo que hoy es México es un territorio donde se ha ejercido siempre, desde tiempos de los mexicas y aun anteriores, un riguroso centralismo. Mitigado pasajeramente por el desorden de la guerra de Independencia y el espíritu federalista de algunos liberales, volvió a crecer del porfiriato en adelante y ahora está de nuevo potenciado. También Guadalajara lo ha profesado, sobre Jalisco y sobre el Occidente. Salado Álvarez, Azuela, Martínez, Chumacero, Rulfo, Alatorre, Arreola fueron de Teocaltiche, Lagos, Atoyac, Acaponeta, Apulco, Autlán de la Grana, Zapotlán el Grande a Guadalajara y después a México.

Incluso un poeta con vocación de ermitaño, González León, tuvo que ir de Lagos a Guadalajara para hacerse boticario. Su amigo y paisano Azuela lo vio, hacia 1895, en La Fama Italiana,

a las inmediaciones de la mesa de los literatos que a diario concurrían a la hora del aperitivo. Manuel Puga y Acal, recién llegado de Europa, con el prestigio de la divina Lutecia; Victoriano Salado Álvarez, enfático y satírico; Jorge Delorme y Campos, atildado y definitivo [...] El oscuro estudiante de farmacia, alelado, no perdía palabra, inconsciente todavía de que ni en temperamento ni en comprensión tenía nada que envidiarles.

Un siglo después, cuando Ernesto Flores reunió sus poemas tituló el libro *Mensajes desde el olvido* porque, dijo, “nadie sabe que existimos los de provincia, y los que escribimos lo hacemos desde el olvido”. Especialista en González León, poeta, melómano, descubridor y encaminador de vocaciones, editor de jóvenes —como Nandino, Arreola, Carballo, Batis, Gutiérrez Vega— Flores llegó a Guadalajara de Santiago Ixcuintla, Nayarit, donde nació en 1930. Se abstuvo de acabar en México y también del retorno a la aldea; a “la vieja casa conventual y fría;/ las grandes y recónditas alcobas;/ los cuentos de los duendes que ahí andaban/ cambiando de lugar a las escobas”, dijo González León.

El florecimiento de las letras de Jalisco, en la capital, su vigorosa contribución a la *literatura*, es asunto del siglo xx. Si las editoriales, la crítica,

las academias, los diarios y revistas de alcance nacional, los colegios, el público y la puerta al mundo estaban en la capital del país, allá había que ir. Y allá fueron los escritores de Jalisco, cada uno con los fantasmas de su infancia a cuestas. Tres factores contaron para su buen éxito:

- 1) Habían hecho sus primera letras con maestros de excepción, lectores convencidos de que la literatura tiene un papel central para formar a una persona —algo que ha olvidado nuestra escuela—: en Lagos, el Liceo del Padre Guerra para González León y Azuela; en Zapotlán el Grande, la escuela de Los Aceves para José Luis Martínez y Arreola; en Autlán, la de María Mares para Alatorre...
- 2) La Guadalajara que los recibió —*gala y flor de nuestra tierra*, la llama Prieto— tenía una intensa vida cultural —sigo a José Luis Martínez— que había crecido desde finales del siglo XIX en torno a escritores, juristas, historiadores como López Portillo y Rojas, Puga y Acal, Álvarez del Castillo, Vallarta, Pérez Verdía y Vigil. Había varios centros de formación musical y conciertos tanto privados —Tula Meyer— como del Teatro Degollado y de la academia de José Rolón; bibliotecas como las de Efraín González Luna y José Cornejo Franco; discotecas como las de José Arriola Adame y Enrique Díaz de León; las lecturas en casa de Agustín Basave; las tertulias del Museo, que presidían Ixca Farías y Manuel Martínez Valadez; librerías como la Font; y un espíritu solidario que permitía compartir estos espacios y recursos.
- 3) Quienes luego llegaron a México encontraron un movimiento cultural aún más intenso, trabajaron juntos, aprendieron unos de otros, y de muchos más, arribados de otros sitios: Reyes, Torri, Gorostiza, Revueltas, Monterroso... por mencionar unos cuantos.

Ya que no era posible florecer por entero en la periferia, lo hicieron en el centro.

Debo confesar que nunca he visto a un académico vestido de charro. Yo esperaba que José María llegara hoy con chaqueta corta, calzoneras y sombrero galoneado. Ya será otro día. Conozco una única foto de uno de nuestros académicos a caballo. Viste traje

charro, aunque no de lujo sino de faena; sombrero de soyate con alta copa cónica; apoya un codo en la cabeza de la silla; al lado pende el lazo. Es Joaquín García Icazbalceta: historiador, escritor, editor, filólogo, bibliógrafo. Dueño de la Hacienda de Santa Clara de Montefalco y de otras fincas, en Morelos. En 1875, cuando tenía 50 años, fue uno de los fundadores de la Academia Mexicana, y su secretario hasta 1883, cuando pasó a ser su tercer director, hasta 1894, cuando murió.

★ ★ ★

Esta noche la Academia Mexicana de la Lengua quiere romper una lanza más en favor de la periferia; quiere propiciar una mayor cercanía con sus miembros correspondientes y establecer con ellos formas de laborar que vuelvan rutinario el trabajo conjunto de todos sus miembros. Por eso en el año próximo volveremos a establecer una Comisión de Enlace encargada de esta tarea y de establecer firmes nexos de colaboración con otras instituciones de cultura y de educación superior, como El Colegio de Jalisco; por eso estamos esta noche aquí, en este patio aromado y fresco.

Antes que José María Murià ha habido otros 12 académicos correspondientes en Guadalajara. El primero fue don Atenógenes Silva (1848-1911), electo el 1º de enero de 1900. Los seis últimos en el medio siglo transcurrido desde 1969, cuando fue electo Adalberto Navarro Sánchez (e. 1969-1987), hasta nuestros días. Los otros cinco son Ernesto Ramos Meza (e. 1973-1992), Miguel de Anda Jacobsen (e. 1975-2001), Alfonso de Alba (e. 1978-1996), Ernesto Flores (e. 1995-2014) y Fernando del Paso (e. 2006-2018) que, como nos dijo José María, debió haber estado aquí hoy.

Antonio Alatorre ha sido el único académico honorario nacido en Jalisco. Los miembros de número han sido 23, desde José María Vigil, que nació en 1829, ocupó la silla XV en 1881 y de 1894 a 1909 dirigió la corporación, hasta mi muy humilde persona. Desde 2004 soy el único jalisciense actualmente miembro de número en la Academia, y desde 2011 su director adjunto. Algunos de esos 23 académicos son José López

Portillo y Rojas, Victoriano Salado Álvarez, José Ignacio Dávila Garibi, Carlos González Peña, Enrique González Martínez, Agustín Yáñez, Antonio Gómez Robledo, José Luis Martínez, Juan Rulfo, José Rogelio Álvarez, Vicente Leñero, Hugo Gutiérrez Vega y José G. Moreno de Alba.

No ha estado Jalisco mal representado en la Academia. Tal vez sea el estado que mayor atención ha recibido. Estoy seguro de que, a partir de su vocación en favor de la periferia, nuestro nuevo académico correspondiente encontrará las formas que hagan falta para que la Academia se beneficie con una colaboración más activa de sus académicos correspondientes, en todo el país. Bienvenido, querido y admirado amigo, compañero de armas, don José María Murià; tu academia te recibe con los brazos abiertos.

HOMENAJES

---

HI



## ÁLVARO MATUTE\*

---

Fernando Serrano Migallón

Nace en Ciudad de México en 1943, momento en que el desenlace de la Segunda Guerra Mundial es inminente. Una época decisiva para la humanidad y un parteaguas de la historia.

El triunfo de los Aliados hace suponer, de manera por demás optimista e inocente, que aunque el futuro inminente sea todavía violento, al final de éste, se augure una larga temporada de paz y tranquilidad. En ese ambiente de optimismo inicia sus estudios. Y cuando en 1963, ingresa a la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, y posteriormente, en 1965, tras una reorientación en su vocación, a la de Filosofía y Letras, el ambiente, a pesar de la Guerra Fría, está pleno de motivaciones intelectuales y retos académicos. La propia facultad está imbuida de grandes intelectuales mexicanos y extranjeros que, a causa de los conflictos de la Segunda Guerra Mundial, vinieron y se quedaron en México. Ahí conocerá a profesores como Eduardo Nicol, José Gaos, Miguel León-Portilla, Eduardo Blanquel, Juan Ortega y Medina o Edmundo O’Gorman, quienes lo marcarán en sus estudios, en la forma de investigar y lo que es mucho más importante, en el fortalecimiento de su vocación.

Las causas de los conflictos recién terminados, su evolución y su desenlace serán motivo de análisis comparativo con la realidad mexicana; y el periodo histórico nacional, causa y motivo de sus desvelos e inquietudes.

El siglo XIX y la Revolución mexicana hacen que el análisis de sus estudios sean un referente indispensable a quienes nos acercamos a ese

\* Texto leído en la sesión pública solemne del 25 de enero de 2018, en el Auditorio José María Vigil, del Instituto de Investigaciones Bibliográficas, con motivo del homenaje luctuoso a don Álvaro Matute.

periodo. Lo analiza como nadie hasta ese momento, con un estilo perfectamente encadenado entre lo sucedido hasta el conflictivo y disolvente siglo XIX y la culminación de la identidad nacional que fue la Revolución mexicana. Con sus motivos y sus consecuencias pero, sobre todo, con el modo en que se fragua el México moderno.

Sus análisis sobre el periodo revolucionario hicieron hincapié en una serie de elementos que historiadores nacionales y extranjeros ya habían tratado en diferentes textos sobre sus países, como el caso de Francisco Xavier Guerra de la nuestra, es Matute el que dará la actualidad y la vigencia en el análisis que lo que se había hecho hasta ese momento. Sus estudios sobre los efectos económicos del proceso revolucionario, sus consecuencias de desarrollo social y, por supuesto, el equilibrio político que a la postre traería la conclusión del conflicto.

Como humanista, su pluralidad de intereses y puntos de vista es notable, el análisis que hace de la personalidad de los actores fundamentales del proceso revolucionario es, sobre todo, un hecho por demás interesante y novedoso; el efecto económico, social y político que produjeron esas personalidades en los grupos que muchas veces por razones ideológicas lo seguían, pero también otras muchas por una simple casualidad geográfica que, a la postre, tendría consecuencias de todo tipo.

Es importante destacar el impacto que sus obras tuvieron en la formación histórica mexicana de aquellas generaciones y las que lo siguieron. Desde hacía mucho tiempo se formaban con una visión unitaria del pasado mexicano que nunca debió de haber sido distinta; sin embargo, hubo que esperar a que Matute —junto con compañeros de esfuerzos históricos y académicos— lograra llevar a cabo. A él se debe, junto con un movimiento generalizado en esos momentos, la introducción de nuevos temas y periodos históricos, la transformación del uso de la historia y la ampliación de los géneros históricos que habían estado limitados durante los años de la Reforma y la República; esos serán los años más importantes de la nueva historiografía mexicana y son muchos quienes coinciden en afirmar que a partir de ese momento es cuando podemos empezar a hablar de una “Historia nacional”, en contraste con el ya anquilosado término de “Historia universal”.

Muchos son los factores que concurren en la personalidad de Álvaro Matute; variados y distintos que definen su pensamiento y acción, y que en conjunto hacen de él un hombre singular, marcado por el talento desde temprana edad y con grandes convicciones. Como docente, sus alumnos coinciden en que era un magnífico expositor, claro, preciso e informado; sobre todo, en sus cursos hizo lo que debe hacer todo profesor, no sólo transmitir conocimientos o descubrir nuevas verdades sino crear conciencia y fomentar inquietudes y expectativas en sus alumnos, abrir nuevas sendas intelectuales y caminos independientes para incursionar de manera autónoma y personal en sus propios estudios, sin crear capillas intelectuales ni camarillas administrativas.

Como conferenciante, son proverbiales sus intervenciones, claras, precisas y objetivas, aunque como cualquier investigador tiene filias y fobias que en el momento de exponer trataba de dejar a un lado, para ser lo más objetivo que un ser humano puede ser. Era, como en sus cursos académicos, una puerta que se abría ante sus escuchas para ser analizado su punto de vista personal, pero siempre con una amplísima objetividad en la presentación.

La claridad en la expresión se acentuaba cuando la hacía de forma escrita, la pulcritud de sus textos son un ejemplo del bien expresarse y de una excelente calidad discursiva. Fue autor de una prolija obra bibliográfica y entusiasmado escritor, advertencia de ello fue la publicación de su tesis de licenciatura *Lorenzo Boturini y el pensamiento histórico de Vico*, en 1976, cuando habían transcurrido seis años después de la obtención de dicho grado académico. En este trabajo se presentan los rasgos característicos de toda su obra escrita posterior: el historicismo, como el hincapié en el método historiográfico y su relación con el pensamiento filosófico, así como la defensa de los postulados que sostienen que la historia es un conocimiento vivo y vinculado con el presente. Su libro *Teoría de la historia en México*, recientemente reeditado, es un estudio imprescindible para entender lo que él llamaba la “historia de la Historia”.

Es notable el uso original de figuras y palabras; figuras de pensamiento y recursos como la adjetivación que permiten que el lector de historia

—como el de literatura— no solamente perciba una narración de hechos materia de su interés, sino un objeto en los discursos que, si bien de forma indirecta, enriquezcan la narración, faciliten su comprensión y nutran en general a la obra.

Estaba consciente que el historiador debe siempre buscar la belleza en su discurso. En ese sentido, fiel seguidor de Juan Ortega y Medina, quien afirmaba que en los conceptos trascendentales sólo la belleza era perceptible por los sentidos. Ni la justicia, ni la bondad, ni ningún otro podían ser percibidos. Por eso afirmaba que si lo verdadero se decía con belleza, por el hecho simple de decirlo de esa forma, dos conceptos trascendentales, ambos se enriquecían mutuamente, de manera que lo dicho se convertía, así, en algo bello más verdadero.

Su presencia en nuestra corporación fue tardía, pero se convirtió en un aliciente para nuestros trabajos. Es una lástima que se haya producido tan tarde. Pero no fue su culpa, por supuesto, pues contaba desde hace mucho tiempo con todos los méritos suficientes para pertenecer a la Academia; este retraso no fue su culpa, lo fue nuestra. Su ausencia deja un vacío difícil de llenar, su paso fugaz por la institución será siempre reconocido por sus cualidades y características académicas y docentes pero, sobre todo, por su homonimia y su alegría en la expresión en nuestra lengua. Hay una cualidad adicional muy difícil de concretar, que es su espíritu y formación universitarias. Fue un universitario de tiempo completo, destacó en la cátedra, en la investigación y en la dirección de nuestra casa de estudios, que lo reconoció con los máximos galardones que otorga: Premio Universidad Nacional, Investigador Emérito, miembro de consejos y comisiones académicas y de la Junta de Gobierno. Fuera de la UNAM, recibió otros premios, como el Nacional de Ciencias y Artes, en el área de Historia, Ciencias Sociales y Filosofía, en 2008. El rector Ignacio Chávez afirmaba que había dos tipos de universitarios: los que ligaban su vida a la Universidad Nacional, pero tenían de forma paralela otras actividades; y los que por el contrario, hacían de la universidad su único centro de actividad, sin incursionar en ninguna otra. Don Álvaro pertenecía sin duda a este segundo grupo, la Universidad Nacional fue su centro y foco de actividad, y todo lo que realizó lo hizo

en torno y por ella con una devoción sin límites desde 1967, cuando inició su carrera magisterial en la Preparatoria 4 de la UNAM.

Desde entonces data su vocación y entrega a esta institución. Él sabía y demostraba con el ejemplo que la vida y el rumbo de la UNAM se definían, día a día, en la labor cotidiana y con una decisión permanente, y que el éxito sólo podría alcanzarse con trabajo y esfuerzo.

Sus decisiones en los órganos colegiados, en particular en la Junta de Gobierno, pusieron siempre de manifiesto no sólo su cordura en la toma de decisiones, sino también su autonomía y honestidad.

A todos nos duele su desaparición física, su personalidad afable y desbordante de inteligencia, será un hueco que difícilmente se podrá llenar. Sin embargo, existe el aliciente de que su legado vive en cada uno de sus alumnos, en sus escritos y en sus enseñanzas. Los hombres excepcionales como él dejan una huella imborrable.

Es nuestra obligación recordar a Álvaro Matute, no con una finalidad apologética, sino para rescatar el valor de su ejemplo. Por todo ello, gracias, muchas gracias, a don Álvaro Matute.



# ÁLVARO MATUTE: EL ÚLTIMO HISTORIADOR CULTO\*

---

Javier Garcíadiego\*\*

## I. ORÍGENES Y FORMACIÓN

Curioso: demasiado joven para haber sido mi profesor, y sin una coincidencia generacional o institucional que favoreciera una amistad íntima, Álvaro Matute fue uno de los colegas con los que tuve contactos más constantes y duraderos. Si bien es cierto que tuvimos algunas diferencias académicas, con pocos tuve más similitudes: “chilangos” de clase media con ancestros jaliscienses, un mutuo paso por la Facultad de Ciencias Políticas, interés profesional en la Revolución mexicana, y a últimas fechas haber sido miembros de la Junta de Gobierno de la UNAM, de la Academia Mexicana de la Historia, y más recientemente de la Academia Mexicana de la Lengua, en la que nos quedará siempre la curiosidad por lo que hubiera sido su discurso de ingreso y en la que sólo disfrutamos su grata y sabia presencia por un tiempo demasiado breve.

En términos más concretos, fue sinodal en mi examen para obtener el doctorado en El Colegio de México, presentó un par de libros míos, colaboramos en varios proyectos colectivos<sup>1</sup> y coincidimos en incontables exámenes de grado y posgrado y en numerosas presentaciones de libros, mesas redondas, coloquios y demás actividades académicas del tenor. Tuvo una presencia constante en mi vida profesional. Siempre lo

\* Texto leído en la sesión pública solemne del 25 de enero de 2018, en el auditorio José María Vigil, del Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la Universidad Nacional Autónoma de México, con motivo del homenaje luctuoso a don Álvaro Matute.

\*\* Javier Garcíadiego, Capilla Alfonsina / El Colegio Nacional. Agradezco a mi asistente de investigación Omar Urbina Pineda por el apoyo brindado en la elaboración de este texto.

<sup>1</sup> Pienso en el multivoluminoso proyecto de 1985, *Así fue la Revolución mexicana*, y a últimas fechas en *La historia de la Revolución mexicana*, de El Colegio de México.

vi como un hombre íntegro, respetuoso y sabio, de admirables conocimientos históricos e historiográficos.

Obvio: gustosamente participé en el libro de homenaje que organizó José Ortiz Monasterio, en 2009,<sup>2</sup> para celebrar al “universitario excepcional” que se había caracterizado “por cultivar el conocimiento y la reflexión acerca del quehacer de los historiadores”. Mi colaboración en dicho libro, sobre Pedro Henríquez Ureña, revela una faceta importantísima de mi relación con Álvaro: mi finada esposa, Ángeles Ruiz, había sido su ayudante en la elaboración del libro *José Vasconcelos y la Universidad*, de 1983, y también participó con él en el proyecto histórico-hemerográfico *Nuestro México*. Ángeles siempre lo consideró un jefe estimulante y tolerante, de una caballerosidad total.

Lo primero que debe señalarse es que sus enormes y variados conocimientos fueron, más que tempranos, congénitos. En efecto, su abuelo materno, con quien vivió hasta que cumplió seis años, era el general Amado Aguirre, cercano a Manuel Diéguez y al general Álvaro Obregón, en cuyo gabinete colaboró como secretario de Comunicaciones. Amado Aguirre fue uno de los muchos jóvenes profesionistas de la clase media —era ingeniero— que se incorporaron a la lucha armada, ya fuera contra el gerontocrático régimen de Díaz o contra el anticivilista proyecto de Huerta. Comprensiblemente, ese ingeniero y militar tenía intereses intelectuales: recuérdese que también había sido gobernador del distrito norte de Baja California.<sup>3</sup> Tenía una biblioteca con un retrato de Álvaro Obregón,<sup>4</sup> algunas esculturas y bustos (Dante, Cervantes y Napoleón) y muchos libros. Allí Álvaro leyó su primer libro de historia, un álbum conmemorativo del centenario de la Independencia

<sup>2</sup> José Ortiz Monasterio, *Homenaje a Álvaro Matute Aguirre*, México, UNAM, 2009. El libro contiene 15 ensayos sobre algún aspecto de la obra de Matute, más una entrevista que le hizo el propio José Ortiz Monasterio y una amplia bibliografía que atinadamente incluye sus reseñas.

<sup>3</sup> Para un acercamiento biográfico deben consultarse sus propias *Memorias de campaña*, publicadas en 1953 y reeditadas en 1985.

<sup>4</sup> En la mitología del gremio corría la versión de que el retrato de Obregón estaba en el “cuarto de juegos”, y que eso determinó su interés casi congénito por la historia, por la Revolución mexicana y por el propio Obregón. Álvaro mismo me sacó del precioso error: “en mi casa no había ‘cuarto de juegos’ —me dijo— el retrato estaba en un pasillo”.

que llegaba hasta el porfiriato, con textos de Luis González Obregón y numerosas ilustraciones.<sup>5</sup>

Otra fuente de conocimientos, desde una época muy temprana de su vida, fue su propia madre, doña Estela Aguirre, quien estudiara Letras en Mascarones y desde muy joven fuera amiga de escritores como Xavier Villaurrutia, Salvador Novo, Rafael Solana o Sergio Pitol. No hay duda, la casa y su familia estimulaban la lectura y el interés por la historia. Desde entonces se definieron sus dos principales características intelectuales: tener un interés por la historia prácticamente innato, congénito, al grado de que un día me confesó que debía indirectamente su nombre de pila al general Obregón, jefe militar y político de su abuelo. “Indirectamente” por lo que sigue: su padre había nacido en septiembre de 1915, recién pasados los grandes triunfos del sonoreense sobre Villa, por lo que es probable que le hayan puesto Álvaro, nombre sin antecedentes en la familia paterna, por la popularidad del carismático militar. Confieso que en ocasiones asocio esta experiencia de Álvaro con la que tuvo Octavio Paz con su abuelo Ireneo, general liberal y periodista porfirista, autor de varias novelas históricas.<sup>6</sup> Ambos fueron patriarcas ilustrados de sus

<sup>5</sup> Para elaborar esta semblanza han sido especialmente útiles varias entrevistas con Álvaro Matute en diferentes momentos y circunstancias. Organizadas cronológicamente, estas serían: Salvador Rueda, “Álvaro Matute. La vida del pasado”, *Historia e historias. Cincuenta años de vida académica del Instituto de Investigaciones Históricas*, México, UNAM, 1998, pp. 187-215; Alicia Salmerón y Elisa Speckman, “Entrevista a Álvaro Matute”, *Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, núm 55, México, mayo-agosto de 1999, pp. 38-44; Rodrigo Díaz, “Álvaro Matute y el pensamiento historicista”, en Ortiz Monasterio, *op. cit.*, pp. 19-32. Alexander Betancourt, “Álvaro Matute: a veces tenemos que luchar contra la imposición de modas a seguir, que hacen olvidar las buenas tradiciones que tenemos...”, *HiSTORELo. Revista de Historia Regional y Local*, vol. 7, núm 13, Medellín, enero-junio de 2015, pp. 362-365; Adolfo Castañón, “Entre Álvaro y Matute. Entrevista en el Instituto de Investigaciones Históricas”, entrevista realizada para TV-UNAM en febrero de 2010; Javier Mac Gregor, “Álvaro Matute: el quehacer integral del historiador”, *20/10. Memoria de las revoluciones de México*, núm 6, México, 2010, pp. 151-160; Silvia Molina, “Cuando valoramos un discurso histórico, el valor preponderante es su autenticidad”, *Revista del Seminario de Cultura Mexicana*, Primera época, año 6, núm. 10, México, 2016, pp. 65-73. Por último, también consulté la larga entrevista en medios audiovisuales que Roxana Álvarez realizó entre 2015-2016 para el “Programa de entrevistas a los miembros de número de la Academia Mexicana de la Historia”, que se encuentra en proceso de edición.

<sup>6</sup> Varias veces se refirió Paz a su abuelo, a su carácter y su naturaleza, pero sobre todo a su impacto en él. Como ejemplo véase “Silueta a Ireneo Paz”, *Obras completas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1994, vol. 14, pp. 141-149.

respectivas familias: en el caso de Paz predominó la veta literaria de su abuelo; en Álvaro Matute terminó por imponerse el interés por la historia, con una marcada preferencia por el periodo de la Revolución mexicana.

Además del “propicio” ambiente familiar, Álvaro también fue influido por el vecindario en el que creció, el del convento de Churubusco, pues pronto adquirió conciencia de que habían tenido lugar sucesos de importancia “enfrente de donde yo vivía”.<sup>7</sup> Luego terminó de conformar sus intereses con dos benéficas influencias en su educación preuniversitaria. Para comenzar, en algún año de la secundaria tuvo como profesor de historia a Eduardo Blanquel, quien le dejó una “huella imborrable”. El propio Álvaro lo dijo de manera clarísima: “Aunque yo traía lo mío desde la infancia, la presencia de Blanquel fue importantísima”; fue “definitiva” gracias a sus virtudes de “gran expositor”. Junto con esa temprana afición por la historia, fue un precoz lector de buena literatura, pues tuvo en la preparatoria (en “la 5”, bien al sur de la ciudad) una maestra decisiva, Margo Glantz, que lo inició en la “lectura inteligente de la literatura”, lo hizo “leer maravillas” y le enseñó “a comentar literatura”.<sup>8</sup>

## II. UNIVERSITARIO CABAL

Comprensible en una familia que procedía de un importante político posrevolucionario, Álvaro Matute tuvo también un claro interés por los problemas políticos de México y del mundo. Así, a principios de los años sesenta, marcados en el mundo por la Revolución cubana y la “crisis de los misiles”, por la irrupción apabullante —y su brutal desaparición— de Kennedy y por la construcción del Muro de Berlín, y aquí por las represiones a ferrocarrileras y docentes y por el asesinato del líder campesino Rubén Jaramillo,<sup>9</sup> Álvaro decidió ingresar a la entonces Escuela

<sup>7</sup> Molina, *op. cit.*, p. 65.

<sup>8</sup> Díaz, *op. cit.*, p. 15; Castañón, *op. cit.*, p. 19. Molina, *op. cit.*, p. 66.

<sup>9</sup> Para el movimiento opositor magisterial de Othón Salazar, véase el libro de Aurora Loyo, *El movimiento magisterial de 1958*, Era, México, 1979. Sobre el movimiento ferrocarrilero de

Nacional de Ciencias Políticas. Aunque pronto la abandonó, sus años en ella fueron muy provechosos. Primero, en términos vocacionales descubrió que la política práctica no era lo suyo, aunque reconocía que era “fascinante como fenómeno a estudiar”; tampoco lo satisfizo la investigación sociológica empírica. Por otro lado, esos dos años en Ciencias Políticas fueron muy enriquecedores en términos académicos, por el encuentro con los “clásicos de la política”, comenzando por Marx, en las clases de Enrique González Pedrero, y el descubrimiento de los textos fundacionales de la sociología en los cursos de Francisco López Cámara. De hecho, fue allí donde tuvo un encuentro decisivo —para el resto de su vida— nada menos que con el historicismo, a través de Vico y Wilhelm Dilthey. Por si esto fuera poco, tomó un curso notable de geografía con el ingeniero Jorge L. Tamayo, a quién no dudó Matute en llamarlo “ilustre”. Esto es, en Ciencias Políticas surgieron dos temas a los que amaría por el resto de su vida: Vico y la geografía. Como lo resumió el propio Matute, la política no era lo suyo, pero aquella escuela de Ciencias Políticas fue “un propedéutico sensacional”.<sup>10</sup>

Decidió entonces cambiarse a la Facultad de Filosofía y Letras. Lo difícil fue escoger a qué disciplina. “Incertidumbre” es la palabra que usó el propio Matute para describir el dilema que enfrentaba: podía ser Filosofía o Historia, e incluso Letras. Aunque eligió la segunda —Historia—, lo cierto es que le “costó trabajo” decidirse, pues las plantillas docentes de ambas carreras eran espléndidas. De cualquier modo, llegó a una facultad caracterizada entonces por la interdisciplinariedad.<sup>11</sup> Sus años como estudiante de historia, a partir de 1965, fueron de permanente

---

Demetrio Vallejo, véase el libro de una alumna de Matute, Begoña Hernández, *Demetrio Vallejo Martínez: un luchador social, 1910-1985*, Sociedad Cooperativa Trabajadores de Pascual/ Fundación Cultural Trabajadores de Pascual, México, 2011. Sobre Rubén Jaramillo véase Raúl Macín, *Jaramillo: un profeta olvidado*, Tierra Nueva, Montevideo, 1970.

<sup>10</sup> Rueda, *op. cit.*, p. 189; Díaz, *op. cit.*, pp. 43-45; Castañón, *op. cit.*, pp. 7-9. El descubrimiento vocacional negativo a que se refiere, su “rayo de Damasco”, fue una investigación sobre las condiciones urbanas de un barrio en Iztapalapa, solicitada por don Ricardo Pozas, “un hombre por demás estimable”.

<sup>11</sup> Determinó la decisión, por un lado, su poco gusto por la filosofía analítica; por el otro, el grato recuerdo que tenía de una conferencia impartida por O’Gorman sobre Heródoto. Cf. Díaz, *op. cit.*, p. 44; Castañón, *op. cit.*, pp. 9-11; Betancourt, *op. cit.*, pp. 366-367.

embeleso, tanto por sus condiscípulos como por sus maestros. Entre éstos, claro, el de mayor impacto fue Edmundo O’Gorman, con sus cursos de Filosofía de la historia y su Seminario de historiografía. Hubo varios más igualmente buenos: Eduardo Blanquel, su viejo conocido, comenzó a impartir, en sustitución de O’Gorman, el curso de Geografía histórica;<sup>12</sup> además, con él tomó el curso de Comentario de textos, el que acaso fue su primer contacto académico con la Revolución mexicana.<sup>13</sup> También tuvo a Juan Ortega y Medina, exiliado español que le inculcó “la pasión por la historiografía general”.<sup>14</sup> Igualmente decisivos fueron los cursos de Jorge Alberto Manrique, Josefina Zoraida Vázquez, Ernesto de la Torre Villar y Carlos Bosch García, abrevando de estos dos últimos la técnica, el oficio, el aprender a “cómo hacer las cosas”.<sup>15</sup> Matute luego reconocería que de todos estos maestros el de mayor influencia habían sido O’Gorman y De la Torre Villar. Uno por ser “la amalgama del filósofo de la historia con el historiador”; el segundo por ser un “especialista en muchos campos”.<sup>16</sup>

Como debe haber quedado claro, Álvaro Matute gozaba del arte, no sólo de la música, por lo que buscó darse la más rigurosa formación cultural que se pudiera. Fue así como asistió con auténtico deleite a los cursos de Justino Fernández, sin “el eros pedagógico de O’Gorman”, pero con clases de gran contenido aunque impartidas en forma “medio opaca”; a los de Francisco de la Maza, éste sí “fogoso”, apasionado, cuya clase —Arte colonial— fue la “más emotiva” que tuvo durante toda la

<sup>12</sup> Rueda, *op. cit.*, p. 191. Véase Josefina Mac Gregor (coord.), *Eduardo Blanquel, a veinticinco años... Su presencia*, UNAM-Facultad de Filosofía y Letras, México, 2013.

<sup>13</sup> Díaz, p. 46.

<sup>14</sup> Amaya Garritz (coord.), *Un hombre entre Europa y América. Homenaje a Juan Antonio Ortega y Medina*, UNAM-Instituto de Investigaciones Históricas, México, 1993.

<sup>15</sup> Sobre los profesores de Álvaro Matute véanse Jorge Alberto Manrique, *Una visión del arte y de la historia*, UNAM-Instituto de Investigaciones Estéticas, México, 2007; Luis Jáuregui y José Antonio Serrano Ortega, *Historia y nación: Actas del Congreso en homenaje a Josefina Zoraida Vázquez*, El Colegio de México, México, 1998; Marcela Terrazas y Alicia Mayer (eds.), *Carlos Bosch García. El maestro, el amigo, el hombre. Homenaje*, UNAM-Instituto de Investigaciones Históricas, México, 2004; Alicia Mayer, *Un hombre de libros: homenaje a Ernesto de la Torre Villar*, UNAM-Instituto de Investigaciones Históricas, México, 2012.

<sup>16</sup> Rueda, *op. cit.*, pp. 190-191; Mac Gregor, *op. cit.*, p. 151.

carrera, y con Ida Rodríguez Prampolini, cuya clase le pareció simplemente “maravillosa”: de “pasión mesurada, no desbordada” como De la Maza, Matute reconoce que a ella le debió “en gran medida” lo que llegó a saber de arte universal moderno y contemporáneo, digamos del Impresionismo a nuestros días.<sup>17</sup>

Concluidos sus estudios en forma encomiástica, su tesis de licenciatura, sobre la influencia de Vico en Lorenzo Boturini, le permitió combinar sus dos mayores intereses académicos: la filosofía de la historia, con Vico, y la historiografía mexicana con Lorenzo Boturini, el ilustrado italiano que dedicó varios años de su azarosa vida a estudiar y coleccionar objetos de la historia antigua de México.<sup>18</sup>

Una característica evidente de Matute era su cultura, amplia y profunda, la que sólo pudo ser adquirida aprovechando las diversas actividades extracurriculares que le ofreció la UNAM. Me limito a mencionar tres: fue parte del grupo de teatro de Héctor Azar; fue un lóngo colaborador de la *Revista de la Universidad*, prácticamente desde sus inicios como profesor universitario hasta poco antes de morir;<sup>19</sup> por último, siendo muy joven trabajó para Radio-UNAM, como reseñista de libros en un programa coordinado por Ramón Xirau, y como corrector de estilo de los guiones de Irene Nicholson, corresponsal del *Times* de Londres y de la BBC. Sobra decir que el mismo Matute reconocía que su experiencia como actor teatral había sido “fundamental” en su carrera docente. También fue muy útil para su desarrollo como académico su labor en Radio-UNAM: fueron cosa de seis años en el programa *Los libros del día*, labor en la que aprendió “a leer rápido, bien, y a decir algo sobre los libros”.<sup>20</sup> A partir de entonces la reseña de libros se convirtió para él en

<sup>17</sup> Castañón, *op. cit.*, pp. 28-29. Donald Robertson, *Del arte: Homenaje a Justino Fernández*, UNAM-Instituto de Investigaciones Estéticas, México, 1977; Elisa Vargaslugo, “Recordando a Francisco de la Maza”, *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, vol. xxvi, núm. 84, 2004, pp. 189-204; Rita Eder y Olga Sáenz (coords.), *Del carnaval a la academia. Homenaje a Ida Rodríguez Prampolini*, Domés, México, 1987.

<sup>18</sup> Su tesis de licenciatura fue pronto adaptada como libro y publicada con el título de *Lorenzo Boturini y el pensamiento histórico de Vico*, UNAM, México, 1976.

<sup>19</sup> “Notas sobre Jaime García Terres, la difusión cultural y la *Revista de la Universidad*”, *Biblioteca de México*, núm. 96, pp. 13-15.

<sup>20</sup> Molina, *op. cit.*, p. 67.

“algo natural”.<sup>21</sup> En efecto, ésta fue una de las principales características de su labor académica, pudiendo decirse que Matute terminó siendo el mayor reseñista del ámbito de las humanidades en México.

Luego de concluir su licenciatura en la UNAM, Álvaro Matute se encaminó a la Universidad de Texas, en Austin, para hacer una maestría. Después de tomar un par de cursos con Netie Lee Benson —siglo XIX— y con Stanley Ross —Revolución— la aventura texana fue interrumpida, durando tan sólo cerca de un año. Todo parece indicar que regresó a México para concursar por una plaza de investigador en el Instituto de Investigaciones Históricas. Corría el año de 1970. A partir de entonces Matute habría de desarrollar toda su carrera profesional en la UNAM, como estudiante de posgrado, investigador y profesor.<sup>22</sup> Sí, cubrió con creces todas las facetas que puede tener una carrera académica plena.

Su trayectoria universitaria fue tan amplia y prolongada que es imposible sintetizarla en pocas líneas. Su base estaba en el Instituto de Investigaciones Históricas, al que ingresó como becario hacia 1968 y terminó siendo emérito, distinción que alcanzó en 2004. Allí, además, dirigió durante varios años la revista *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea*.<sup>23</sup> Durante sus casi 50 años como miembro del Instituto de Históricas publicó varios libros, muchos artículos y numerosas reseñas; también escribió varios capítulos de libro, tanto en trabajos coordinados por él como en volúmenes editados por otros colegas. Aunque prevalecen los escritos monográficos, no fueron pocos sus trabajos de apoyo a la docencia y de divulgación.<sup>24</sup> La cantidad y constancia de sus publicaciones es semejante a su calidad. Todos los escritos de Matute tuvieron siempre una sólida

<sup>21</sup> Rueda, *op. cit.*, pp. 190-191; Castañón, *op. cit.*, pp. 19-21; Rodrigo Moreno, “Álvaro Matute: editor, profesor, historiador, historiógrafo, historicista, historiólogo, universitario”, *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea*, año 37, vol. 54, México, 2017, p. 3.

<sup>22</sup> Salmerón y Speckman, *op. cit.*, pp. 38 y 44.

<sup>23</sup> Moreno, *op. cit.*, pp. 1-4. Según Moreno, dirigió la revista entre 1976 y 1998, durante las cuales aparecieron 14 números, colaborando Matute, personalmente, “con casi 40 textos, entre artículos, reseñas y comentarios”.

<sup>24</sup> Una descripción de la elaboración de su muy lograda antología en Rueda, *op. cit.*, p. 215. Véase también la bibliografía citada en la nota 2.

documentación, espléndidamente escritos, bien estructurados, con hipótesis y conclusiones atinadas.

Si dejamos de lado el tamaño y la naturaleza de sus escritos, para pasar a dividirlos según sus contenidos, resulta evidente que Álvaro Matute trabajó básicamente en tres temas:<sup>25</sup> historia de México, quizá menos siglo XIX y más Revolución mexicana, historiografía mexicana y mexicanista, y filosofía de la historia. Por lo que respecta al siglo XIX su obra de mayor impacto es la antología documental *México en el siglo XIX*, hecha en 1972 para los alumnos del naciente sistema del Colegio de Ciencias y Humanidades. Su objetivo era que los jóvenes distinguieran lo que era la “materia prima”, tan distinta de la “materia digerida”.<sup>26</sup>

En cuanto a la Revolución mexicana prefiero sus tres aportaciones a la multivoluminosa *Historia de la Revolución* editada por El Colegio de México: el primero cubre el periodo de la presidencia de Carranza; el segundo lo dedicó al conflicto político y militar que definió a la campaña electoral de 1920, que concluyó con la revuelta de Agua Prieta.<sup>27</sup> Tan recientemente como el año pasado apareció el tercer tomo, dedicado a la presidencia de Obregón. Dos virtudes de Matute se reflejan en esta obra tripartita: su mesura y su ecuanimidad, pues estudia a Carranza y a Obregón sin predilecciones ni preferencias, sino analizando las aportaciones y limitaciones de cada uno. También son dignos de encomio los ensayos que componen el libro *La Revolución mexicana: actores, escenarios y acciones*, de 1993, donde confirma su amplio abanico de conocimientos, al moverse con igual destreza y misma soltura en la historia política y militar del proceso armado, con personajes como Obregón y Felipe Ángeles, enemigos en los campos de Celaya, pero compañeros desde la sana perspectiva histórica que caracterizó a Matute, quien también estudió a Vasconcelos, Martín Luis Guzmán, Pedro Henríquez Ureña o

<sup>25</sup> Un seguimiento puntual y ordenado de sus principales libros puede consultarse en Ortiz Monasterio, *op. cit.*, pp. 33-87. Una autoevaluación de su obra escrita en Rueda, *op. cit.*, pp. 201-212.

<sup>26</sup> Rueda, *op. cit.*, p. 214; Mac Gregor, *op. cit.*, p. 151.

<sup>27</sup> Sus títulos son *Las dificultades del nuevo Estado*, de 1995, y *La carrera del caudillo*, de 1980.

Diego Rivera, en admirables páginas de auténtica historia cultural.<sup>28</sup> Nadie lo puede poner en duda: su imparcialidad —que de ninguna manera debe ser confundida con asepsia— es absolutamente ejemplar. Igual de admirable fue la amplitud temática de sus conocimientos.

En cuanto a la historia de la historiografía, desde su primer trabajo anunció la originalidad de su visión. En efecto, *Lorenzo Boturini y el pensamiento histórico de Vico* fue el primer estudio de un mexicano sobre este pensador napolitano, más barroco que ilustrado. Si Vico se convirtió en su presencia filosófica más permanente, Edmundo O’Gorman sería su tema historiográfico más recurrente, aunque Matute fue un historiador y un historiógrafo que conoció la concepción histórica de todos los pensadores relevantes. Así, sólo él pudo hacer la antología titulada *La teoría de la historia en México*, de 1974,<sup>29</sup> en la que fiel a su espíritu plural hace convivir a positivistas, marxistas e historicistas, aunque ellos estuvieran fatalmente enfrentados en términos teóricos, metodológicos, prácticos e institucionales. Intelectual con intereses vitalicios, Matute luego hizo otras dos antologías de historia de la historiografía mexicana del siglo xx: *La desintegración del positivismo*, que cubría los años previos al primer tomo; esto es, de la Revolución a la llegada del exilio español, en cuyo largo estudio introductorio llegó a una muy novedosa conclusión: que el positivismo no desapareció con la caída de Porfirio Díaz y de los “Científicos”, sino que sus estertores se prolongaron hasta los años treinta. El tercer volumen de la serie lo publicó en 2002, *El historicismo en México. Historia y antología*, tomo en el que el protagonista es José Gaos, y a través de él Ortega y Gasset, de quien Álvaro fue puntual lector.<sup>30</sup>

Finalmente, habría que mencionar los ensayos dedicados a revisar la teoría y la filosofía de la historia de sus autores preferidos, como Ramón Iglesia, José Gaos y sobre todo Edmundo O’Gorman, de quien publicó también una valiosa antología y fue un “profundo conocedor”. Podría dedicar mucho más tiempo a glosar los principales libros de Álvaro

<sup>28</sup> Véase su pequeño gran libro, *El Ateneo de México*, de sólo 95 páginas, publicado por el Fondo de Cultura Económica en 1999.

<sup>29</sup> El mismo Matute hizo después, en 1981, una nueva versión, corregida y aumentada.

<sup>30</sup> Ortiz Monasterio, *op. cit.*, p. 47.

Matute.<sup>31</sup> Permítaseme concluir el análisis de su producción bibliográfica con dos reflexiones. La primera: Matute nunca mantuvo totalmente separados sus intereses histórico e historiográfico; al contrario, permanentemente los conjuntó,<sup>32</sup> como lo prueba su constante interés en la historiografía de la Revolución mexicana. Tan le atraía este tema, que fue el de su discurso de ingreso en 1998 a la Academia Mexicana de la Historia,<sup>33</sup> interés ratificado siete años después, cuando en 2005 publicó un libro que recopilaba sus muchas reseñas y presentaciones de libros de tema revolucionario. Resulta innecesario señalar que sus intereses en cuanto a la historiografía mexicana no se circunscribían al periodo revolucionario sino que abarcaban toda la segunda mitad del siglo XIX.<sup>34</sup>

Como bien se ha señalado, en su método y oficio como reseñista Matute se distanció de su maestro O’Gorman: éste tenía un “espíritu contencioso”, de abogado o pugilista; mientras que Matute fue un crítico generoso, interesado en ser un intermediario con el lector en la comprensión de la obra ajena, no en demolerla.<sup>35</sup> La segunda reflexión es que aunque Matute fue siempre un historiador muy ecuánime, precozmente maduro, no por ello fue un historiador ascético, neutral. Téngase siempre en cuenta que se ufanaba de definirse como un “antipositivista militante”.<sup>36</sup>

Matute tuvo otra función y otro espacio en la UNAM: la Facultad de Filosofía y Letras, donde impartió clases por más de 40 años, aunque su práctica docente se remonta a unos cursos vespertinos que impartió en la Preparatoria 4. En la Facultad de Filosofía y Letras el curso que impartió

<sup>31</sup> El elogioso termino es de Ortiz Monasterio, quien también dice que el prólogo a la antología de O’Gorman es “la mejor síntesis” que sobre éste se escribiera, cf. Ortiz Monasterio, *op. cit.*, p. 72. Tituló la antología como *Historiología: teoría y práctica*, término que proceder de Ortega y Gasset.

<sup>32</sup> Castañón, *op. cit.*, p. 30.

<sup>33</sup> Álvaro Matute, “Orígenes del revisionismo historiográfico de la Revolución mexicana”, *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia. Correspondiente a la Real de Madrid*, Imprenta Aldina, México, 1998, t. XLI, pp. 153-168.

<sup>34</sup> Véase su libro *Cuestiones de historiografía mexicana*, Seminario de Cultura Mexicana, México, 2014. Incluye textos sobre la Guerra del 47, sobre Juárez y la Constitución de 1857, así como sobre Olavarría y Salado Álvarez.

<sup>35</sup> Ortiz Monasterio, *op. cit.*, pp. 80-81.

<sup>36</sup> Salmerón y Speckman, *op. cit.*, p. 43.

en forma constante fue el de Historiografía mexicana, materia que él había tomado con Jorge Gurría Lacroix. Obviamente sus clases eran metódicas, rigurosas y ecuanímes, y su voz era pausada y serena. Matute siempre vio ambas labores, investigación y docencia, como unidas y complementarias. Sería estéril practicar sólo una labor, pues “se estimulan mutuamente”; no concebía un divorcio entre ellas.<sup>37</sup>

### III. EL HISTORIADOR

¿Qué clase de historiador fue Álvaro Matute? Como buen historicista, él hubiera contestado que eso dependió de su contexto y su circunstancia. Esto es, se alejó de la Escuela de Ciencias Políticas, donde predominaba el marxismo, y se asentó en la Facultad de Filosofía y Letras, donde en la carrera de Historia campeaban los historicistas. Álvaro Matute asumió dicha tradición y puede decirse, sin riesgo a error alguno, que fue el principal historicista de su generación, el que mejor conoció dicha escuela. Durante sus últimos años fue faro, guía y bandera.

En la Facultad de Filosofía y Letras también había una gran tradición de análisis historiográfico, encabezada por Gaos, O’Gorman y Ortega y Medina. En este campo también fue el gran continuador, y nadie osaría cuestionar que fue el mayor historiógrafo de los últimos decenios. El mismo Álvaro dijo en varias ocasiones que le interesaba más la historiografía y la filosofía de la historia que la propia historia; esto es, más que los hechos le atraía conocer cómo es que éstos se reconstruían, se analizaban y narraban. De hecho, Matute afirmó claramente que su preferencia por la historiografía se debía a que ésta combinaba sus tres principales intereses intelectuales: historia, filosofía y literatura.<sup>38</sup>

También fue decisivo, como parte de su contexto y circunstancia, que se forjara como historiador a finales de los años sesenta y principios de los setenta. Esto es, cuando surgieron las primeras críticas a la Revolución mexicana, tanto al proceso mismo como a sus resultados sociopolíticos

<sup>37</sup> *Ibid.*, p. 44; Castañón, *op. cit.*, pp. 2, 14 y 22; Moreno, *op. cit.*, p. 1; Molina, *op. cit.*, p. 68.

<sup>38</sup> Salmerón y Speckman, *op. cit.*, pp. 40-41.

y a su historiografía, dominada por dos corrientes, la llamada “historia oficial” y la historia consensual, corrientes siempre convergentes. Para su beneplácito, comenzó a dedicarse a la historia de la Revolución cuando apareció la llamada escuela “revisionista”,<sup>39</sup> con nuevos temas, distintos protagonistas y perspectivas sociales y regionales. Menciono a algunos de sus practicantes; de fuera: James Cockcroft, Friedrich Katz, Michael Meyer, John Womack y Alan Knight; de aquí: Luis González, Bertha Ulloa, Eduardo Blanquel, Arnaldo Córdova, Lorenzo Meyer, Héctor Aguilar, Enrique Krauze y Carlos Martínez Assad, junto con los “trasterrados” Adolfo Gilly y Jean Meyer. Obviamente, también en este grupo se ubica Álvaro Matute, cuyos trabajos sobre Carranza y Obregón fueron significativos, igual que sus escritos sobre la historiografía de la Revolución.

En efecto, Álvaro gustaba recordar que al término de su carrera, luego del movimiento estudiantil de 1968, fueron muy refrescantes las polémicas sobre las diferentes conceptualizaciones posibles de la Revolución, al grado que se llegó a plantear si ésta era ya un proceso histórico concluido. En concreto, recordaba como “muy valiosa” la lectura de la obra de Stanley Ross, *Is The Mexican Revolution Dead?*, libro “luminosísimo” que le permitió conocer las definiciones que de la Revolución tenían desde Luis Cabrera, Jesús Silva Herzog y Daniel Cosío Villegas, hasta José Revueltas: “más que los hechos mismos, me interesaba cómo se había contado su historia y a que conclusiones se llegaba”.<sup>40</sup>

Además de la historia con ideas, a Álvaro Matute le gustaba la historia con compromiso social, lo que no debe confundirse con una historia ideologizada, más instrumento de lucha política que disciplina humanística. Hace exactamente 10 años definió lo que él creía que era “la responsabilidad social del historiador”.<sup>41</sup> En síntesis, afirmó que el conocimiento histórico es un bien inapreciable, un auténtico patrimonio, no cuantificable, inmaterial, pero de inmenso valor. Ahora bien, para que

<sup>39</sup> Betancourt, *op. cit.*, pp. 369-371.

<sup>40</sup> Rodrigo Díaz, *op. cit.*, p. 47.

<sup>41</sup> Discurso al recibir en 2007 la Medalla al mérito Histórico Capitán Alonso de León, otorgada por la Sociedad Nuevoleonesa de Historia, Geografía y Estadística, Álvaro Matute, “La responsabilidad social del historiador”, en *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, núm. 80, septiembre-diciembre de 2007, pp. 2-5.

este saber alcance su valía es preciso que esté compartido, que sea un valor social, no uno individual. Por lo tanto, lo que los historiadores debemos hacer es difundir nuestros conocimientos. Pero difundirlos no es lo mismo que compartirlos con nuestros colegas; peor aún, como dijera Ramón Iglesia, tan admirado por Matute, compartirlos con “media docena de colegas”.<sup>42</sup> Nuestro objetivo debe ser “hacer partícipe del conocimiento histórico a los más amplios sectores de la sociedad”. No es una labor fácil, “quijotesca” la llama Matute; término del que disiento, pues no es un objetivo incierto, y menos inalcanzable o insensato.

Lo que debemos hacer es expresarnos bien, claramente, sin jergas ni conceptos confusos, los que terminan siempre por provocar “el rezongo del público”.<sup>43</sup> Además, debemos aprovechar los medios masivos de comunicación, sin rubor pero con buen gusto, los que pueden terminar siendo utilísimos para difundir nuestros conocimientos “de manera atractiva y persuasiva”. Obviamente, Álvaro Matute no creía que nuestro objetivo fuera darle simple entretenimiento a la sociedad; tampoco podría ser nuestra finalidad saciar su curiosidad. Se trata de algo mucho más importante y valioso: al adquirir conocimientos históricos sobre hechos concretos, el ser humano comienza a conformar una “conciencia histórica”—el término proviene de Gaos—, y una vez que dicha “conciencia histórica” se convierta en colectiva, o sea mayoritaria, podremos hablar de una sociedad sana y de un país —o una institución— fuerte; de seres humanos con identidad. También confiaba en la elaboración de biografías de todo tipo de personajes históricos,<sup>44</sup> pues conocer la vida de protagonistas negativos suele resultar útil. Además de difundir generosamente sus conocimientos, el historiador tiene otros dos compromisos: uno, proceder éticamente, “con honestidad intelectual”, sin pretender usar o “manipular” la historia “para crear adeptos de una causa.”<sup>45</sup> El otro compromiso es escribir bien. Ambos los cumplió Matute a plenitud.

<sup>42</sup> Álvaro Matute, “Ramón Iglesia: del historiador como héroe trágico”, *Revista de la Universidad de México*, núms. 591-592, 2000, pp. 67-70.

<sup>43</sup> La atinada frase la utilizó Luis González en su discurso de ingreso a El Colegio Nacional.

<sup>44</sup> Mac Gregor, pp. 156-157.

<sup>45</sup> Matute, “La responsabilidad del historiador”, *op. cit.*

#### IV. ¿HISTORIADOR O ESCRITOR?

Para Álvaro Matute escribir bien no era adorno de algunos historiadores sino una obligación de todos. Conocedor a profundidad la historia de la historiografía, sabía que en el periodo Clásico grecolatino la historia era una rama de la literatura, por lo que Heródoto o Tucídides alternaban con Homero o con los dramaturgos y los poetas, mientras Tácito y Suetonio lo hacían con Horacio o con Séneca. Esta fraternidad se prolongó por siglos, en todas las latitudes y lugares. ¿Alguien podría decir que Bernal Díaz del Castillo es inferior a Bernardo de Balbuena, o que Clavijero lo es a Diego José Abad? Los historiadores del periodo de la Ilustración fueron grandes escritores, como Gibbon, y los grandes escritores fueron también grandes historiadores, como Voltaire. En gran parte del siglo XIX persistió la fraternidad entre la literatura y la historia, como lo prueban Chateaubriand, Renan, Michelet, Macaulay y Carlyle, o incluso Ranke, Burckhardt y sobre todo Theodor Mommsen, ganador del Premio Nobel de Literatura en 1902. En nuestro medio, Matute reconoce a Justo Sierra como autor de “una prosa perfecta”.<sup>46</sup>

El lamentable divorcio entre la literatura y la historia lo asociaba Matute con el triunfo de su odiado positivismo, a finales del siglo XIX y principios del XX. Lo asociaba también al momento en que la historia se alejó de las disciplinas humanísticas para convertirse en una de las llamadas ciencias sociales, “codo a codo” con la economía, la ciencia política y la sociología. Para Álvaro el embate contra la historia de buen estilo literario era también cosa del presente, con las presiones de carácter cuantitativista de los omnipresentes sistemas de evaluación y estímulos, alegando que la profesionalización de la historia ha prohijado el surgimiento de historiadores muy rigurosos, pero que dan prioridad al método sobre el contenido y la presentación. Hoy nadie correría el riesgo de demorar la entrega de un texto por cuidar con esmero su estilo; asimismo, casi todos prefieren en la actualidad realizar investigaciones sobre

<sup>46</sup> Díaz, pp. 48-49.

temas acotados, sin pretender aventurarse en los grandes temas, como los historiadores de los siglos anteriores.<sup>47</sup>

Insisto, para Matute escribir bien no era una gracia adicional sino una obligación, una condición que el historiador debía atender y cumplir desde el principio. De no cuidar su estilo, el historiador nunca será un buen historiador, pues “no hay nada peor que un libro de historia mal escrito”.<sup>48</sup> Matute estaba en lo correcto al denunciar que la historia mal escrita y de temas poco significativos había generado un rompimiento con los potenciales lectores. También estaba en lo cierto al prevenirnos contra las malas novelas históricas, cuyos autores se han aprovechado de la orfandad del público lector. Sin duda este tipo de novelas entretiene, pero no enriquece al lector con conocimientos sólidos, y menos aún le ayuda para ir conformando su conciencia histórica. Para él, la historia y la literatura debían hermanarse, pero no confundirse.

Su recomendación al respecto es atinada y, además, deleitable. Lo que debemos hacer permanentemente los historiadores —nos manda Álvaro— es leer buena literatura. Lo hizo él desde niño; gracias a su madre y al “propicio” ambiente familiar leyó a Edmundo de Amicis, Salgari y Pinocho.<sup>49</sup> Lo hizo siendo joven, gracias a su maestra preparatoriana Margo Glantz. De hecho, nunca dejó de leer buena literatura, por puro gusto y porque estaba convencido de que esa costumbre enriquecía su oficio de historiador. Pocos años antes de morir Matute leyó, una a una, *Las mil y una noches*, aunque nunca precisó —Evelia lo sabrá— cuantos desvelos le costó dicha aventura arábiga; además tenía el propósito de que al concluir las volvería a Cervantes. Ojalá lo haya logrado. También disfrutó mucho recientemente la novela del cubano Leonardo Padura sobre el asesinato de Trotsky,<sup>50</sup> admirable muestra de la hermandad de la literatura y la historia. En otra ocasión reconoció que sus autores favoritos eran Borges, Vargas Llosa, Cortázar y Carpentier, pero sobre todo

<sup>47</sup> Ideas similares expresadas por Matute a Salmerón y Speckman, p. 41.

<sup>48</sup> Díaz, p. 48.

<sup>49</sup> Castañón, pp. 2-3; Moreno, p. 3.

<sup>50</sup> Molina, p. 71.

el primero;<sup>51</sup> respecto a los mexicanos sus preferencias iban por Rulfo e Ibarguengoitia, del que leyó “más de una vez cada libro”. Antes de ellos, Vasconcelos, Reyes y Martín Luis Guzmán, así como los poetas del grupo “Contemporáneos”; de Paz afirmó que su primera lectura de *El laberinto de la soledad* lo “trastornó por completo”.<sup>52</sup>

Que quede claro, la literatura fue para Matute mucho más que un pasatiempo. Era, paradójicamente, una obligación placentera. Por eso llegó a decir que un buen historiador “es igual a cualquier otro tipo de escritor”, pues se debe proceder “igual al narrar una historia verídica que una no verídica”, aunque reconocía que el novelista “tiene licencia para establecer sus propios ámbitos de realidad”. Incluso Matute nos invitaba a “reflexionar y escribir como escritores, pero conscientes de que hacemos no ficción” y de que debemos proceder con rigor, exhibiendo nuestros materiales documentales y el aparato crítico. Tan era consciente de que historia y literatura “compartían mucho”,<sup>53</sup> que en una ocasión escribió un precioso ensayo en el que argumentó que *La feria*, de Arreola, y *Pueblo en vilo*, de Luis González, eran igualmente útiles y válidos para conocer la naturaleza y la historia de los pueblos criollos y charros del occidente del país.<sup>54</sup>

## V. EPÍLOGO

Precisamente por su íntima y longeva relación con la literatura, así como por su firme convicción de que la historia debe estar bien escrita y de que el historiador es también un escritor,<sup>55</sup> Álvaro Matute fue electo por unanimidad, en la sesión del 27 de abril de 2017, para ocupar la

<sup>51</sup> Al preguntársele por sus cinco autores favoritos, dijo que podría repetir cinco veces el nombre de Borges. Cf. Ortiz Monasterio, pp. 15-16.

<sup>52</sup> Castañón, p. 30.

<sup>53</sup> Díaz, p. 50.

<sup>54</sup> Álvaro Matute, “*La feria y Pueblo en vilo*. La experiencia pueblerina”, *Revista de la Universidad de México*, núm. 111, México, 2013, pp. 49-56.

<sup>55</sup> Entrevista con Reyna Paz Avendaño, “El buen historiador será aquel que se considere escritor”, *La Crónica*, 7 de junio de 2017.

silla XXXIII de la Academia Mexicana de la Lengua.<sup>56</sup> Sabemos que Álvaro recibió con gusto la invitación. Después de tantos reconocimientos y membresías a lo largo de su carrera, como el Premio Universidad en 1997, el Premio Nacional de Ciencias y Artes 2008 o su incorporación al Seminario de Cultura Mexicana, ingresar a la Academia Mexicana de la Lengua lo vio como una “bonita conclusión”.<sup>57</sup> De mi parte estoy absolutamente convencido de que su ingreso fue justificadísimo, aunque tardío. La muerte, en este caso prematura, desorientada y torpe, impidió que leyera su discurso de ingreso y nos robó el placer de escucharlo, de aprender algo de él otra vez. Corrijo respetuosamente, con Álvaro la muerte se equivocó de año, pero no de día: murió un 12 de septiembre, oficialmente día del historiador.<sup>58</sup> ¿Quién mejor que Matute para representar al gremio en el santoral o en el calendario cultural?

Cuando Álvaro murió estaba entero, trabajando y produciendo. Todavía me obsequió dos textos suyos publicados en 2017, probablemente los últimos que alcanzó a ver: uno es un trabajo de prosopografía, esto es de biografías comparadas, de los constituyentes de 1917, uno de los cuales era —por el 11° distrito de Jalisco— su añorado abuelo.<sup>59</sup> Hermosa manera de cerrar su relación con él, de decirle “misión cumplida”. El otro libro es el de la historiografía de aquel Congreso Constituyente, en el que analiza todo lo que se ha escrito sobre la Asamblea de Querétaro:<sup>60</sup> comienza con Juan de Dios Bojórquez y Félix Palavicini y el último párrafo termina con una breve reseña de un trabajo que publiqué sobre el tema. Hasta el final, nuestras vidas e intereses siguieron cruzándose.

<sup>56</sup> Silla para historiadores, sus anteriores ocupantes fueron Elías Trabulse, su antecesor directo, Roberto Moreno de los Arcos y José Ignacio Dávila Garibi, el primero de ellos.

<sup>57</sup> *La Jornada*, 12 de septiembre de 2017.

<sup>58</sup> Me percaté de ello al leer el reportaje de Judith Amador Tello, “Álvaro Matute, la historia en las venas”, *Proceso*, núm. 2133, 17 de septiembre de 2017, pp. 62-64. Lo destacó también *La Jornada*, 12 de septiembre de 2017. Cf. <<http://www.jornada.unam.mx/ultimas/2017/09/12>>.

<sup>59</sup> Álvaro Matute, “Los constituyentes del 17. Biografía colectiva”, *El Constituyente de 1916-1917. Calendario cívico 2017*, México, Secretaría de Gobernación, 2016.

<sup>60</sup> Álvaro Matute, “Vida historiada del Congreso Constituyente y la Constitución de 1917”, en Gerardo Esquivel, Francisco Ibarra Palafox, y Pedro Salazar Ugarte (coords.), *Cien ensayos para el centenario*, México, UNAM – Instituto Belisario Domínguez, 2017, t. 1, pp. 273-288.

Asimismo, cuando Álvaro Matute murió tenía varios planes entre manos. Desconozco que tan avanzados dejó aquellos trabajos, y si podrán ser concluidos por Evelia Trejo, su esposa y coautora, o por algún discípulo cercano. Se sabe que tenía muy avanzada la edición —prólogo y notas— de las “memorias” de un general zapastista llamado Enrique Rodríguez Mora, “el Tallarín”, al que imagino igual de flaco que Álvaro, que ingresó de niño a la lucha y que todavía en los años treinta estuvo involucrado en algunas rebeliones locales.<sup>61</sup> También planeaba compilar varios escritos previos sobre Gaos, Ramón Iglesia, O’Gorman y Justino Fernández, para reunirlos en un libro a titularse *Cuatro historicistas hispano-mexicanos*.<sup>62</sup> Obvio, “en primer lugar” tenía el deseo de hacer un libro sobre su muy querido Vico.<sup>63</sup> Además, seguramente estaba trabajando en el discurso que ya no pudo leer y que nosotros no podremos oír. Evelia Trejo me dice que el tema iba a ser “La Historia y su lenguaje”, o “El lenguaje de la Historia”, tema muy apropiado para la ocasión y que además ratificaba la fidelidad a sus preferencias.

Con la muerte de Álvaro Matute, Evelia y su hijo e hijas perdieron a un gran padre y esposo; los profesores de la Facultad de Filosofía y los investigadores del Instituto de Históricas perdieron a un ejemplar colega; muchos jóvenes perdieron a un docente serio y dedicado;<sup>64</sup> la UNAM perdió a un universitario cabal,<sup>65</sup> y en la Academia Mexicana de la Lengua

<sup>61</sup> Entrevista Reyna Paz Avendaño, *La Crónica*, 7 de junio de 2017; Molina, p. 70.

<sup>62</sup> Llama la atención que Matute no haya estudiado a Leopoldo Zea, también historicista.

<sup>63</sup> Castañón, p. 29. En la conversación con éste reconoció que “siempre” había tenido “ganas” de escribir un libro sobre Vico. Si éste era su autor favorito entre los antiguos, entre sus contemporáneos al que más admiró y utilizó fue a Hayden White, el autor de la *Metahistoria*, libro que sin duda fue el que más influyó en él. Cf. Salmerón y Speckman, p. 39.

<sup>64</sup> En el tumultuoso velorio se congregaron colegas y alumnos de varias generaciones. Véanse sus expresiones de duelo y sus motivos de reconocimiento a Matute, “Historias del historiador: Álvaro Matute Aguirre (1943-2017)”, *Nexos*, 13 de septiembre de 2017, en: <<https://cultura.nexos.com.mx/?p=13446>>; véase también la nota necrológica de Rebeca Villalobos en H-México; <<http://www.h-mexico.unam.mx/node/20408>>; así como la semblanza escrita por Pedro Salmerón en *La Jornada*, 13 de septiembre de 2017.

<sup>65</sup> Leonardo Lomelí, Secretario General de la UNAM, pero sobre todo discípulo de Matute, dijo atinadamente que en muy “pocos universitarios” se encuentra el equilibrio que logró Matute entre investigación, docencia, difusión y “participación institucional”. Cf. <<http://www.h-mexico.unam.mx/node/20409>>.

perdimos a quien iba a ser un gran compañero. Además de su gratísimo recuerdo nos deja un gran ejemplo, pero también un gran reto: que el historiador debe escribir bien, y yo agregaría, pensando precisamente en Álvaro, que también todo historiador tiene que ser una persona auténticamente culta.<sup>66</sup>

Permítaseme concluir con una anécdota, al fin que los historiadores creemos que algunas anécdotas pueden ser muy significativas. Tuvo lugar hace cinco meses, a mediados de agosto en la población de Teoloyucan, de enorme importancia para los que nos dedicamos a la Revolución mexicana. Fue el último acto en que estuvimos juntos. También estaban Felipe Ávila y Salvador Rueda Smithers. Al tomar la palabra dijo Álvaro que estaba muy orgulloso de estar con dos exdiscípulos, refiriéndose a Ávila y a Rueda Smithers. Luego tomé yo el micrófono y dije que si en efecto tu nunca habías sido mi profesor, siempre te había considerado mi maestro. Hoy lo repito: siempre te vi como un maestro, y por eso termino mi participación diciendo: “Adiós Álvaro; adiós ‘maestro’ Matute: muchísimas gracias por los más de cuarenta años de provechosisima amistad”.

<sup>66</sup> Rodrigo Moreno describió a Matute como un hombre de “cultura desbordada”. Cf. Moreno, p. 1.

## RAMÓN XIRAU\*

---

Fernando Serrano Migallón

Nace en Barcelona a principios de 1924 y permanece en esa ciudad hasta los 14 años de edad; luego, el exilio inducido por su familia lo condujo de forma solitaria a Francia, y un año después, hasta que sus padres pueden salir de España, se reencontrará con ellos para emigrar a México.

Uno de los recuerdos que tiene en México, más remotos, es la inauguración de la Casa de España, fundada por Alfonso Reyes. En compañía de sus padres acudió a dicha recepción; este hecho, y las ocasiones en las que acompañaba a su padre a impartir sus clases a la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, en el edificio de Mascarones, contribuyeron a adquirir una vocación intelectual y académica.

Su instrucción básica, fuertemente marcada por la reforma educativa de la República española, la recibió en el Colegio Montessori, en Barcelona, fundado y frecuentemente visitado por la propia María Montessori, a invitación del padre de Ramón Xirau. Fue una institución que se encontraba a la vanguardia de las transformaciones educativas.

Los cambios en materia de educación fueron uno de los ejes rectores de la política republicana y una de sus cartas de presentación. Un modelo educativo sustentado en la participación activa del estudiante, transformando la enseñanza dogmática en una pedagogía que impulsaba el debate y la discusión de ideas.

En este entorno Xirau obtuvo los conocimientos básicos y elementales que habrían de brindarle una perspectiva del mundo profundamente abierta y esperanzadora. Es por ello que desde niño estuvo marcado por

\* Texto leído en la sesión pública solemne del 22 de febrero de 2018, en la Sala Alfonso Reyes de El Colegio de México, con motivo del homenaje luctuoso a don Ramón Xirau.

el entusiasmo intelectual. Lamentablemente, esa formación se vio trágicamente coartada por el crudo y cruel ambiente propiciado por la Guerra Civil: vivió los primeros bombardeos, según recordaba el propio Xirau, mismos que lo condujeron a crear uno de sus primeros versos sobre los bombardeos a Barcelona.

En Francia, fue acogido en casa de dos amigas de sus abuelos, y es aquí donde se da cuenta de la necesidad de aprender francés: pues sus hospitalarias protectoras no hablaban ni español ni catalán; luego continuaría su educación en el Liceo Michel-Montaigne, en París, y en el Liceo Périer, en Marsella. Donde comenzó las lecturas de Rimbaud y Verlaine, que lo animaron a aprender de forma integral el francés, casi como lengua materna.

Fuera de las experiencias escolares, recordaba una atmósfera propicia para el estudio, la reflexión y la lectura. Mencionaba el propio Xirau: “vivía en una casa con una gran cantidad de libros y una ventana por donde podía ver el mar”.

Sin embargo, fue en nuestro país donde despertó y fraguó su vocación a la que consideró, ya estaba predestinado; es célebre su exclamación “estaba condenado a ser filósofo”.

En el año de 1942, cuando ingresó a la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM en el viejo y virreinal edificio de Mascarones, allí conoció y se acercó con sus maestros Caso, García Bacca, Reyes, Gaos, Lida, y compañeros con los que forjaría una sólida amistad como: Rosario Castellanos, Emilio Uranga, Jorge Portilla y una gran generación de jóvenes españoles, con los que compartía su calidad de transterrados. Una compilación de sus recuerdos en ese recinto, puede encontrarse en su maravilloso texto “Memorial de Mascarones y otros ensayos”.

Fue en nuestra casa de estudios, donde además de la licenciatura en Filosofía, obtuvo también la maestría y el doctorado. En su época de estudiante destacaba como un joven brillante, con una notable voracidad de conocimiento impresionante, así como una inteligencia privilegiada.

Recién egresado de la licenciatura inició su carrera como docente, tras la muerte de su padre, con sólo 22 años, heredó una cátedra de francés y latín, en el Liceo Franco-Mexicano, y luego la de profesor de filosofía.

Sus alumnos dan testimonio de sus virtudes frente a grupo: actitud sugerente y siempre abierta a los cuestionamientos y a la discusión, lo cual refuerza y potencializa sus cualidades humanistas. Su método de enseñanza, herencia de su padre, era aquel en el que el estudio se asimila más a una actividad recreativa o lúdica, y alejado de un sistema que identifica al estudio con una carga.

En este periodo publica sus dos obras primigenias: “Método y metafísica en la filosofía de Descartes” (1946), que fue la consolidación de años de estudio y reflexión en torno a este filósofo, y a su relación con la poesía. Descartes, como filósofo de la precisión matemática, la combinaba con el gusto por la poesía.

Y la segunda, un año después “Duración y existencia”, donde pone de manifiesto la influencia filosófica de Henri Bergson; pensador de vanguardia en el rechazo del positivismo como postura dominante en aquel momento. En esta obra, Xirau comenzó a desarrollar uno de los tópicos que marcarían su obra posterior: el sentido de la presencia, tema eminentemente hispánico y que sólo los poetas pueden inducirnos a su cabal comprensión. Y fue el eje alrededor del que construyó su discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua en 1993.

Su trayectoria en la UNAM es brillante como pocas, le entregó lo mejor de sí durante más de 60 años, primero como estudiante, luego como profesor e investigador; lo que hizo de forma paralela desde 1949, tanto en la Facultad de Filosofía y Letras como en el Instituto de Investigaciones Filosóficas.

Obtuvo los máximos reconocimientos que otorga nuestra Universidad Nacional: profesor emérito y Premio Universidad Nacional en Investigación en Humanidades; fuera de la UNAM recibió otros reconocimientos, como la distinción de creador emérito del Sistema Nacional de Creadores de Arte, el Premio Nacional de Ciencias y Artes en la Categoría de Historia, Ciencias Sociales y Filosofía y la medalla Bellas Artes. Recibió también condecoraciones por parte de Francia, Italia y España, y el doctorado *honoris causa* por la Universidad Autónoma de Barcelona.

Como todos los intelectuales del exilio español en México, configuró esa sinergia entre el estudio de la filosofía europea vanguardista de los

años treinta, el pensamiento mexicano y las corrientes contemporáneas, como la filosofía analítica y el pragmatismo de tradición anglosajona, sin faltar por supuesto, sus propias ideas originales.

Al hablar de Ramón Xirau, tratar de cubrir todos los aspectos que concurrieron en él es una tarea muy difícil de lograr: historiador de la filosofía, filósofo, crítico literario, poeta, historiador académico y editor. Sin embargo, si existe alguna expresión que pudiera englobar todas esas actividades, sería: “hombre de letras”. Ramón Xirau es un protagonista de la cultura mexicana, iberoamericana y latinoamericana, el calificativo de “hombre-puente”, acuñado para él por Octavio Paz, no pudo haber sido más afortunado: los diversos y múltiples vasos comunicantes que construyó desde su obra entre la filosofía, la literatura, la poesía y la historia; entre la tradición cultural europea y la americana; entre la juventud y la experiencia; entre el catalán y el castellano; así como entre España y México, en particular Cataluña, por mencionar sólo algunos tópicos, le hacen justicia a ese calificativo. Se trata, pues, de un hombre cosmopolita y proclive al pluralismo, de lucha contra el chovinismo y los localismos.

De su obra poética llama la atención el hecho de que estuviera escrita en catalán, la razón de esto que, a decir del propio Xirau, el catalán es un idioma mucho más fácil de sintetizar, más afín a la economía del lenguaje, que favorece la intuición y sensibilidad del escritor que, como él, había practicado la cadencia del catalán desde su infancia y le era mucho más accesible. Este hecho le valió una gran difusión de su obra en Europa y que se le considerara un referente obligado en la literatura catalana contemporánea.

Su poesía, estuvo fuertemente influenciada por la corriente vitalista; los tintes de entusiasmo y alegría son constantes, así como los de misterio de la existencia del mundo mismo.

Desde su primer libro de poesía, *10 poemas*, editado de forma autónoma en 1951, hasta *Merla* publicado en 2004, se encuentran elementos comunes en toda su obra poética; el constante uso de imágenes, los acercamientos a los orígenes, las aproximaciones a las fronteras entre lo decible y lo indecible, las numerosas alusiones al silencio —tema al que

también recurriría después Octavio Paz—, así como las referencias a los aspectos místicos o religiosos; hacen de la actividad poética de Xirau una valiosa contribución al arte y la cultura.

El arte poético debe expandirse a todos los ámbitos de la vida y no que sus efectos queden estrictamente limitados al entorno estético o académico, pues la poesía para Xirau implicaba algo que trascendía más allá de una valoración estética, que poseía también una percepción del mundo y de la vida.

Como bien decía él: mientras la poesía ve, descubre y encuentra sin argüir; para la filosofía, el lenguaje es el de la argumentación y, en algunos casos, el de la prueba. Sin embargo, sostenía que existe un mundo en el que ambas confluyen: la metafísica. Y pone como ejemplos a Platón, Henri Bergson y Martin Heidegger.

Dentro de su pensamiento pueden encontrarse dos grandes caminos para aproximarse a las relaciones entre la poesía y el conocimiento: uno relacionado con el retorno a los orígenes del mundo en el que priman las manifestaciones poéticas como una especie de memoria colectiva. Por otra parte, el segundo camino o vertiente para arrojar luz sobre la relación existente entre el conocimiento y la poesía está aquella que defiende la presencia de la actividad racional en el arte poético.

Xirau fue un apasionado de la literatura, no sólo en una vertiente creadora, sino también desde el análisis y la valoración. La revisión de autores iberoamericanos como Arreola, Rulfo, Borges, Huidobro, Neruda o Gorostiza lo apasionó, esta faceta de Xirau no fue menor, pues en su ensayo “Poesía hispanoamericana y española”, editado por la Universidad Nacional, por primera vez pone de manifiesto la inquietud por establecer puentes y vínculos entre el arte y el conocimiento; como crítico literario su obra es rica, brillante y fundamental en su devenir intelectual. Sus escritos son una magnífica combinación entre la disertación literaria, las aproximaciones filosóficas y la soltura de su prosa.

Su libro *Introducción a la historia de la filosofía*, reeditado en 13 ocasiones, mantiene su carácter de texto obligado en los cursos de bachillerato, e incluso en los básicos de la licenciatura. Después de más de 50 años desde su primera edición, sigue siendo común verlo en los pasillos de

diversas instituciones de educación superior. El hecho de que haya interesado a jóvenes estudiantes en el estudio de los filósofos clásicos constituye ya un mérito suficiente; sin embargo, aún en su condición de manual, el nivel científico de la obra, su originalidad, el sentido crítico plasmado en ella, sus virtudes didácticas, así como su vigencia, lo convierten en un libro lleno de actualidad académica y pedagógica. La sensibilidad histórica subyacente en todo el texto, así como el valor conciliatorio de la obra entre las diversas teorías y corriente filosóficas, es decir, la ausencia de filias o fobias, son un ejemplo de objetividad y rigor académico. Confluyen en él armónicamente el racionalismo, las posturas fenomenológicas y el existencialismo cristiano, produciendo un texto único y original. El libro es producto de años de enseñanza, pues la misma metodología empleada en sus cátedras puede encontrarse en el desarrollo de esta obra: la concepción de la filosofía como un intercambio de ideas vivo, oral y vigente.

Es, al mismo tiempo, su primera contribución sólida y seria al discurso filosófico, pues partiendo de dos preguntas que pudieran antojarse sencillas: ¿por qué la vida?, y ¿para qué nuestra vida?, desarrolla un vasto recorrido a través de la historia del pensamiento filosófico, y es a través de esta revisión de la trayectoria filosófica universal como pueden obtenerse respuestas a esas interrogantes trascendentales, pues para Xirau la filosofía es en sí misma una cuestión de vida y más allá de la vida, siendo el núcleo en que se basa cualquier disertación filosófica.

Otra razón por la que Xirau considera a la filosofía como un medio por el que se podría llegar al conocimiento de aquellas preguntas que fungían como premisas centrales de esta obra, era que la filosofía es en sí misma historia, convivencia y entendimiento con el pensamiento pasado. Su análisis de la historia de la filosofía un compendio de periodos concatenados entre las intuiciones creadoras, las grandes sumas y los periodos de crisis constituyen, indudablemente, una síntesis valiosa, pero al mismo tiempo sencilla, de los grandes acontecimientos que surgen en el mundo de las ideas.

No se puede hablar de Ramón Xirau sin mencionar sus virtudes personales: trato afable y cordial, forma sencilla y clara de expresarse,

agradable erudición, capacidad de conversar de forma ágil y cálida sobre cualquier tema, cualidades que serán un hueco difícil de llenar en nuestra corporación.

Nos queda, sin embargo, el aliciente de que Xirau vive entre nosotros, mediante el vehículo que representan sus enseñanzas, sus escritos, los conocimientos que brindó a sus estudiantes. Sus aportaciones a la cultura, a la filosofía, a la historia y a la literatura, deben recordarse no sólo con fines apologéticos, sino para conocerlas y tenerlas presentes como un legado valiosísimo y fundamental para comprender la realidad de nuestra época. Por todo ello, muchas gracias, a don Ramón Xirau.



# RAMÓN XIRAU SOBRE QUEVEDO\*

Adolfo Castañón

## I

A los 22 años, cinco años después de su llegada a México en marzo de 1939, Ramón Xirau publica en la revista trimestral del IFAL un ensayo sobre Quevedo. El texto llama la atención por la familiaridad que el autor tiene con la obra de Quevedo en su conjunto, con su poesía y su prosa, y por su voluntad de comprensión del proyecto e itinerario, en el sentido espiritual, del gran poeta español. También llama la atención por su capacidad para situar al autor en su tiempo y para esbozar desde esa situación un retrato íntegro. Salta a la vista que el joven catalán que escribe prosa en español y poesía en la lengua de Maragall tiene además una idea afinada de lo que está en juego en la empresa, pensamiento y hazañas quevedianas. Hasta donde sabemos, Xirau no recogería este texto escrito en sus mocedades, que nos ayuda a comprender de soslayo a su autor tanto como al sujeto que es el tema de su construcción. La presencia de Quevedo estaría diseminada en la ensayística de Xirau, su verso, prosa y pensamiento forman parte de las coordenadas intelectuales en que se desenvuelve el hijo de Joaquín Xirau Palau, quien ha recordado en su “Memorial de Mascarones”:

Mi padre, Joaquín Xirau, murió en un accidente cuando estábamos frente a la facultad. Era abril de 1946. En el número de la revista del IFAL, espléndida revista en aquel entonces, aparecían, al mismo tiempo y de manera sucesiva, un texto de mi padre sobre Antonio Caso que acababa de morir, una nota de la revista sobre la muerte de mi padre, que tanto había hecho

\* Texto leído en la sesión pública solemne del 22 de febrero de 2018, en la Sala Alfonso Reyes de El Colegio de México, con motivo del homenaje luctuoso a don Ramón Xirau.

para el IFAL, y mi primer artículo, donde discutía las posibles relaciones entre la filosofía e la existencia y nada menos que don Francisco de Quevedo. No me he releído. Tal vez era un buen artículo. ¿Coincidencias dramáticas? Así de terribles pueden llegar a ser las cosas.<sup>1</sup>

La revista salió a la luz 10 días antes de que su padre muriera... Es concebible que el ensayo escrito por Ramón sobre Quevedo haya sido el último que pudo haber visto don Joaquín, y acaso incluyó algunas observaciones tuyas. Puede imaginarse también que este escrito es uno de los eslabones donde se anuda la fibra inteligente de este linaje de filósofos. Pero quizá sea más adelante en la poesía de Xirau, donde puedan discernirse algunos ecos de la poética quevediana.

El ensayo del joven Ramón Xirau sobre Quevedo quizás explique cómo, más adelante, se dará un encuentro fecundo y fervoroso entre Octavio Paz —otro lector de Quevedo— y Xirau. En ese número 4 de *La Revue de L'Ifal* del 31 de marzo de 1946 aflora un microcosmos franco-latinoamericano de la posguerra: hay un mensaje de Gabriela Mistral dirigido a la Francia recién liberada, un saludo “A Francia” brindado por Vicente Huidobro, un texto sobre “La literatura clandestina y la literatura del mañana” de Jean Guehenno y “Tres poemas de la resistencia”, firmados por Paul Eluard, Robert Desnos, Max Jacob. A esos textos se suman ensayos de Salvador Toscano, sobre “El arte y la historia tarascos”, y del antropólogo catalán P. Bosch-Gimpera, sobre “Los Foceos y el Lejano Occidente”. Una breve nota de Emilio Uranga, discípulo de Joaquín Xirau, sobre el filósofo francés León Brunschvicg y unas páginas dedicadas a “El aniversario del Instituto Francés de América Latina”, amenizadas con fotografías del flamante edificio de la calle de Río Nazas, inaugurado por Jaime Torres Bodet en 1944. La revista incluía muchos otros ecos de Francia en México y en América Latina, y noticias curiosas,

<sup>1</sup> Ramón Xirau, “Memorial de Mascarones”, *Otras Españas. Antología sobre literatura del exilio*, selección y advertencia de Adolfo Castañón, El Colegio de México, México, 2011. También se menciona éste relato en el artículo de Adriana del Moral “Joaquín y Ramón Xirau, hombres en tiempos oscuros”, *La Jornada*, 12 de abril de 2009, en: <<http://www.jornada.unam.mx/2009/04/12/sem-adriana.html>>.

como por ejemplo la de que el IFAL proyectaba la fundación de un laboratorio de fonética dirigido por el lingüista Guido de Silva, quien luego sería un ilustre autor de diccionarios, o la del homenaje a Paul Verlaine en Caracas, en marzo de 1946, con la participación de los poetas Pedro Emilio Coll y Vicente Gerbasi. La publicación tenía 186 páginas, con pocos anuncios, uno de ellos dedicado al Lycée Fanco Mexicain, entonces situado en Melchor Ocampo 193.

★ ★ ★

EN TORNO A QUEVEDO<sup>2</sup>

Ramón Xirau

*Se tiende a creer que la obra de Quevedo, por la gran diversidad de sus temas, carece de sentido unitario. ¿Dónde encontrar un punto de convergencia entre la sátira agria y amarga del Buscón y las severas reflexiones de la Providencia de Dios, entre los sonetos burlescos (“Erase un hombre a una nariz pegado”, por ejemplo) y la concepción religiosa de un poema como el que trata del Desengaño de la exterior apariencia con el examen interior y verdadero, entre los sarcasmos políticos del libelo titulado La cabeza del Cardenal y las elevadas razones de sus tratados políticos, entre la farsa y la filosofía, la depravación y la doctrina moral, la pasión desordenada de las obras críticas y la serena presencia de los Tratados teológicos?*

*Todo parece indicar que en la obra de Quevedo no existe un hilo conductor que preste sentido a su vida y a su doctrina. Nada hay, sin embargo, más erróneo. Nuestra intención es mostrar que cualesquiera que sean las apariencias hay, en el fondo, una profunda unidad. Unidad dialéctica y vital, jamás estática, pero unidad al fin, que una vez vislumbrada ninguna apariencia engañosa podrá nunca enturbiar.*

*El mundo es vario: no podemos bañarnos dos veces en las aguas del mismo río. Pero el mundo es, también, uno: unidad en la variedad, estatismo en el cambio; lucha de contrarios que pugnan por una unión suprema: la vida y la muerte, el amor*

<sup>2</sup> “En torno a Quevedo”, Ramón Xirau, *Les lettres hispaniques, Revue trimestrielle de L’institut Français d’Amérique Latine*, México, 31 de marzo de 1946, pp. 35-42.

y el odio, la presencia del ser por encima de las sombras fugaces de lo huidizo, la eternidad y la vanidad del tiempo. Ante este mundo de contradicciones, varias actitudes son posibles. En la España del siglo xvii, podemos hallar dos direcciones principales. Por una parte Góngora y los poetas de su escuela creen encontrar en la huida de la realidad y en la creación de una ficción poética, alejada de las penas de este bajo mundo, la solución de todas las contradicciones, aguzadas en la España de la época por un hálito de decadencia, flotante en el ambiente de la corte. Por otra, Quevedo mira el mundo cara a cara para encontrar, en la lucha, en la penetración de esta realidad rebelde el sentido unitario de la vida.

Vemos pues cómo esta intención unificadora, intención moral y religiosa más bien que metafísica, constituye la viga maestra sobre la cual descansa el edificio de la obra de Quevedo. No es difícil concebir, por ejemplo, cómo un solo autor ha podido conciliar la crítica acre y amarga con la doctrina moral más pura. La propia sátira, ¿no necesita acaso, para poder existir, de dos mundos, de dos polos opuestos, de la contradicción misma? La sátira supone dos realidades y mediante ella logramos poner en contacto las facetas más contrarias: lo feo no resalta sino ante la presencia de lo bello, el mal no se destaca sino cuando aparece en contraste con el bien. Vemos, pues, cómo en la contradicción, en la sátira, en la penetración de la realidad por vías opuestas, reside la base de la unidad. La sátira supone una dialéctica en la cual se basa; y en esta dialéctica que va del bien al mal, de la verdad al error, de la vida a la muerte encontraremos la raíz misma de la obra de Quevedo, el último fundamento de su unidad.

Es necesario, para comprender los orígenes de la crítica y la sátira de Quevedo, que vislumbremos, en rápido vistazo, cuáles fueron sus experiencias durante la juventud. Solo —la soledad va a proyectarse como una sombra sobre el curso entero de su vida— Quevedo tiene una niñez muy corta. Pronto se encuentra lanzado al mundo de la corte, abandonado a sus instintos, precoz en sus deseos; él mismo nos confiesa que era “hombre dado al diablo, prestado al mundo, encomendado a la carne”. Imbuido de las costumbres de la corte, entregada a una vida decadente, se da el caso de que, antes de los veinte años, Quevedo es un joven con los sentimientos de un viejo. Siente repugnancia por todo lo que ha visto: de ahí las amargas páginas que, casi niño, escribe sobre la sociedad de su tiempo. En esta época de su vida hay que buscar, por lo menos en gran parte, los orígenes de su actitud amarga. Su experiencia prematura le lleva de la mano a una reacción violenta, nace la crítica

*agria y aguzada, como un estilete, mediante la cual pretende intervenir en la realidad que le envuelve, para devolverle su sanidad perdida.*

*Tres tipos de contradicciones fundamentales y, por consiguiente, tres tipos de superación de las mismas, tendrá que aparecer en nuestro trabajo. Para ello habrá que contestar a tres preguntas: ¿Cómo es posible que exista la virtud si este mundo es un mundo de vicio? ¿Cómo buscar la probidad política en una época de decrepitud entre los grandes? ¿Por qué vivir la vida si todo lo que se ve no es sino la sombra de la muerte? En cada uno de estos casos Quevedo procede mediante una doble actitud. Por una parte, la crítica, la sátira, la burla, el sarcasmo, el razonamiento pesimista. Por la otra, la doctrina. En los tres casos resalta este doble movimiento.*

#### LA SOCIEDAD

*La vida social estaba en plena decadencia. Era necesario acicatear el cuerpo decrepito de la sociedad para que reaccionara ésta contra sus propios vicios. Por esto, en el Mundo por dentro nos dice Quevedo que su libro contiene “burlas que llevan en la risa, disimulado, algún vicio”<sup>(1)</sup>. Los Sueños, en gran parte, nos muestran esta faceta de la obra. Ataca a los alguaciles —en el Alguacil alguacilado llama a un pobre alguacil endemoniado: “hipócrita, embeleco vivo, mentira con alma y fábula con voz” —porque, representantes de la justicia, no defienden a la sociedad; antes bien la minan y la destruyen con sus robos y sus abusos. Arremete contra la pereza de sus contemporáneos que se contentan, sin hacer nada, diciendo: “Mañana se hará”, “tiempo hay”, como los funcionarios del siglo XIX, descritos por Larra, con sus célebre “Vuelva usted mañana”. Critica a las mujeres que no saben pensar sino en vestirse y adornarse y en burlona parodia dice de ellas:*

*“Sus arreos son tocarse  
su descanso ataviarse”<sup>(2)</sup>.*

*Y ante esta época de desengaños, en que este mundo cuya calle primicial es la calle de la Hipocresía, recuerda a los españoles, sus contemporáneos, la grandeza de sus*

<sup>(1)</sup> *Los sueños*, Colección Universal, vol. II, p. 5.

<sup>(2)</sup> *Genealogía de los modernos*, Aguilar, p. 7.

antepasados que, mediante una vida sombría y sencilla, supieron conquistar un mundo:

“Carnero y vaca fue principio y cabo  
y con rojos pimientos y ajos duros,  
tan bien vivió el señor como el esclavo”<sup>(3)</sup>.

Ante esta sociedad de truhanes y gariteros, de jueces corrompidos y de pereza general, ¿cuál es la actitud que hay que adoptar? La reacción contra su propia experiencia en esta sociedad le lleva a dar algunos consejos a los hombres de su tiempo para que puedan reaccionar contra sus vicios.

Es necesario, por una parte, temer a la muerte; si no se sabe que la vida es paso —“sueño”— que lleva hacia una vida superior, se corre el riesgo de abandonarse a los instintos y de hacer de esta vida —que no es más que medio— el fin de todas las actividades del hombre. Pero ello no significa que el hombre deba temer excesivamente a la muerte: el temor mata la acción. De ahí la segunda sentencia: “Entre las desventuras ninguna hay mayor que la falta de alegría”. Hay que temer la muerte para no caer en el vicio, porque después de la muerte está la justicia divina. Pero si la vida es bien vivida, nada hay que temer de la muerte; y nada hay de más puro, que el gozo elevado, el optimismo bien entendido. He ahí la tercera advertencia de Quevedo: “No es filósofo el que sabe dónde está el tesoro, sino el que trabaja y lo saca. Ni aun ese lo es del todo, sino el que después de poseído usa bien de él”<sup>(4)</sup>. Aquí vemos el sentido profundamente español —recordemos el refrán: “A Dios rogando y con el mazo dando”— del pensamiento de Quevedo. Su carácter arraigadamente “práctico”, como veremos más abajo, moral.

Ante la pereza, requiere la acción; ante el vicio, el temor del castigo eterno. Y a quien sepa hacer el bien, le recomienda el gozo, suprema virtud del hombre en esta tierra.

## POLÍTICA

El mismo movimiento, de la crítica a la doctrina, encontramos también en la política de Quevedo. Ante los hechos de su época —recuérdese que la vida de Quevedo

<sup>(3)</sup> *Antología poética*, Colección Austral, p. 150.

<sup>(4)</sup> *Los sueños*, op. cit., p. 17.

se desarrolla entre los años de 1580 y de 1645, tiempos en que la crisis empieza ya a vislumbrarse en el horizonte— reacciona Quevedo criticando para después edificar. España, antes todopoderosa, empieza a perder fuerzas; y hay para ello dos causas fundamentales: los ataques de los países extranjeros y la decadencia interior. Quevedo, en esta parte de su obra, reacciona acaso con más amargura que nunca. Las flores extranjeras son “sanguijuelas” que los “extranjeros han echado desde España al cerro del Potosí”. Los holandeses y los ingleses atacan los convoyes españoles que cruzan todos los mares de la tierra. La defensa se hace cada vez más difícil. Los flamencos protegidos por los franceses —cuya caballería”, aclamada hasta hoy por nobles y valiente, hoy queda condenada por sacrílega”—, se sublevan en el Norte. Los catalanes se levantan en armas contra los abusos de las tropas de Castilla. La unidad del país está en peligro y hay que defenderse de alguna manera. La crítica y la sátira se desencadenan y el espíritu mordaz de Quevedo se lanza al ataque contra el exterior y contra el interior. Contra los gobernantes extranjeros y contra los privados que se aprovechan de su influencia sobre el rey para hacerse todopoderosos en el reino. El típico, desde este punto de vista, el cuento de Quevedo sobre aquellos franceses que, en los Pirineos, se encuentran con un español que va en dirección a Francia. Los franceses vienen a España a vender sus instrumentos; el español va a redimirse de una falta, combatiendo, en Flandes, por su rey. Los viajeros entran en conversación. A las preguntas del español que les interroga acerca de su presencia por aquellos parajes, responde uno de los franceses: “Nosotros somos gentilhombres, malcontentos del rey de Francia; hémonos perdido en los rumores y yo he perdido más por haber hecho tres viajes a España, donde en este carretoncillo y esta muela sola he mascado a Castilla mucho y gran número de pistolas, que vosotros llamáis doblones”<sup>(5)</sup>. Y añade más tarde el mercader: “Vosotros debéis mirar a los amoladores de tijeras como a flota terrestre, con que vamos amolando más vuestra barras de oro que vuestros cuchillos”.

El español, indignado con las bravuconadas de los extranjeros, grita a voz en cuello; “Yo haré que España sepa estimar su caspa y su moho, para que vayáis al infierno con vuestro fuelles y vuestras ratoneras”. Y diciendo esto, se “abernarda”, y degúes de desparramar los instrumentos de los franceses por todas partes, exclama: “Ya empiezo a servir a mi rey”. ¡Cuántas sugerencias en un pequeño cuento!

(5) Para este cuento véase *La hora de todos*, *Los Sueños*, Colección Universal, pp. 70-74.

*¡Quién no verá en él una especie de anticipo de lo que más tarde habrá de representar el progreso técnico e industrial de los países europeos frente a una España cada vez más cerrada que empieza a envanecerse de su moho!*

*La actitud de Quevedo es intransigente. España, sola, no creo que sea pura coincidencia el hecho de que Góngora en esta época escriba sus “Soledades” —se cierra en sí misma y se alimenta de su propia carne. Como en la época del Renacimiento, en que Vives levantaba una voz nueva y noble, España sigue siendo la defensora de la Cristiandad. Pero ¡a costa de cuántas pérdidas! A costa de la pérdida misma del sentido de España, de aquella España que, siglos antes, proyectara, por los más remotos confines del mundo, su fuerza y su evangelio. Quevedo, que piensa aún como humanista, siente ya de muy distinta manera que los hombres del siglo xv y del siglo xvi. Ante la amenaza, se pone en actitud de defensa —no olvidemos su España defendida—. Y la defensa indica, las más de las veces, falta de imaginación y de proyectos. En América, unos cuantos españoles intentaron encarnar la Utopía que andaba huída por los cielos de las tierras nórdicas. En el siglo xvii, España, en el fondo, no cree ya en su sentido de misión. Quevedo lo ve y cree que, afirmando más este sentido, mostrándose más intransigente, llegará a renacer el ideal perdido. Pero la sombra del derrumbe se yergue en el futuro.*

*De ahí la contradicción entre su crítica y su doctrina política. Esta conserva aun el ideal misionero de los humanistas del siglo xvi. Pero, en la práctica, actúa ya como hombre de su siglo. Quevedo se encierra, solo en su castillo. No cesa, empero, en su empeño de deshacer entuertos; lucha, critica, ataca. Góngora, solo, se cierra en el espacio multiforme de su mundo poético y, envuelto en el ropaje luminoso de su verso, sueña. El uno se afronta a la realidad; el otro huye de ella. Ellos son los símbolos de dos actitudes diversas ante las mismas circunstancias. España es el hecho.*

*La Teoría Política de Quevedo, expuesta principalmente en su “Política de Dios y Gobierno de Cristo”, conserva aun las características idealistas de los mejores tiempos. Contra los tiranos y contra los privados, predicando la misericordia y la justicia, sigue paso a paso los Evangelios y propone el reino de Cristo en la tierra.*

*Nos parece que, en un rápido resumen como éste, es necesario centrar la Política de Quevedo en torno a un tema fundamental: el de la razón de Estado. Los Privados y los Reyes siguiendo, en la práctica, las doctrinas de Maquiavelo, ponían ante todo y por encima de todo la razón de Estado. La injusticia misma podía considerarse justa si servía para salvar a la patria o —en el peor de los casos— para*

*favorecer a intereses individuales. Quevedo arremete contra una doctrina de tal especie; porque la doctrina política de Quevedo es doctrina moral y porque, a su parecer, es imposible separar la Ética de la política. Los filósofos, como Hobbes o Maquiavelo pretendían erigir en normas morales lo que veían en la experiencia. Pero el hecho de que en la práctica el hombre sea un lobo para el hombre, no quiere decir que ello sea justo ni que así deba ser. El reino del acontecer tiene que someterse a las leyes del Deber Ser. La base de la doctrina está en los Evangelios. Y Cristo fue pastor —y “pastor”—. El ideal de la Política es el ideal Cristiano, como lo era para Vives y para Victoria, para Suárez y para Ayala. Entre Moral y Política hay una profunda unidad; en el mundo cabe pensar en una “Ciudad de Dios”.*

#### LA VIDA Y LA MUERTE

*En los planos más altos de la experiencia humana rige aún la misma oposición. Si todo es muerte en este mundo; ¿cuál ha de ser el sentido de la vida? Esta parte de la doctrina de Quevedo, principalmente su doctrina de la muerte, que prefigura, en muchas parte, los pensamientos de escritores modernos —pensamos, por ejemplo, en Unamuno— adquiere en nuestros días, en que la filosofía parece teñirse de un matiz fuertemente existencialista, una importancia capital.*

*La teoría de la muerte la encontramos, en toda la obra de Quevedo, esparcida, aunque principalmente centrada en su comentario, hecho párrafo por párrafo de una obra de Séneca; “De los remedios de cualquier fortuna”.*

*Mucho se ha hablado del senequismo de Quevedo. Pero nos parece que hay en Quevedo mucho más que un mero comentario del filósofo hispano-romano. En el texto de Séneca encontramos la actitud puramente estoica, de resignación ante lo inevitable. En Quevedo no hay resignación; hay lucha, hay un sentimiento “agónico” de la vida, como diría Unamuno, y hay, sobre todo, una seguridad indeleble hacia la verdad de la vida eterna. Tras la muerte está la verdadera vida, y la vida no es sino tránsito y muerte; más aún, la vida es la muerte que se va haciendo y, considerada en sí misma, se reduce a la nada; porque lo esencial, en ella, es el tránsito, el tiempo; y el tiempo es muerte. La vida es la nada que se va anonadando. Si el hombre se encerrara en este mundo pasajero; sí, enmurallado dentro de los lindes de su propio ser, perdiera la fe en la vida eterna que lo trasciende y le da una razón para el ser de su vida, podría entregarse, en cuerpo y alma, a la desesperación, a la*

angustia más desconsoladora. La vida es lucha —es guerra— dirá Quevedo. Y Cristo vino a traernos guerra. El hombre es un ser de anhelos y de impacencias y, en él, no todo es razón. Hay que luchar para conseguir la salvación, para llegar a la vida eterna, sino, ante los hombres se abre el abismo de la nada. Dejemos a Quevedo hablarnos con sus propias palabras:

“‘Morirás’. Fuera verdad entera si dijeras: Has muerto y mueres. Lo que pasó lo tiene la muerte, lo que paso lo va llevando... Morirás. No dices bien; di que acabaré de morir bien; di que acabaré de morir y acertarás, pues con la vida empecé la muerte... Morirás. Si he vivido bien, empezaré a vivir; si mal, empezaré a morir”<sup>(6)</sup>.

Pero de esta oscilante luz que es la vida, muerte ya desde empezada, se puede salir por dos caminos; el de la salvación o el del anonadamiento. Quevedo acepta; pero sus razones son poderosas. Tampoco el paralelo entre Quevedo y Unamuno es del todo exacto. Porque el sentimiento trágico de la vida, en éste, proviene, sobre todo, de la duda: duda de la vida eterna. En Quevedo la tragedia está en la vida misma. Pero más allá de la vida y de la muerte, existe la eternidad.

Ahora entenderemos el último paso de la obra de Quevedo. La superación de todas las oposiciones, la unidad que buscamos en las cosas de la vida, hay que buscarla más allá de ella, en la eternidad. “Morirás”, dice, escuchando el eco de las palabras de Séneca. Y responde: “tanto menos tendré que morir cuanto menos viviere”<sup>(7)</sup>, “Caí en manos de los ladrones”, dice Séneca. Y Quevedo responde: “En naciendo caíste en ellas, pues caíste en las manos del tiempo, que es el mayo ladrón de todos, y el que a todos los ladrones hurta lo que hurtaron. El tiempo te hurtó la vida que tenías, te hurta la que tienes, te hurtará la que tuvieres”<sup>(8)</sup>. Pero no hay que temer a la muerte. Ya santa Teresa, ya san Juan, hablaban así en sus versos: “muero porque no muero”. Porque por encima de la muerte está la vida, una vida eterna de amor.

“Vencida de la edad sentí mi espada,  
y no hallé cosa en qué poner los ojos,  
que no fuera recuerdo de la muerte”<sup>(9)</sup>.

<sup>(6)</sup> De los remedios de cualquier fortuna, Aguilar, p. 885.

<sup>(7)</sup> *Ibid.*, p. 887.

<sup>(8)</sup> *Ibid.*, p. 896.

<sup>(9)</sup> Antología poética, op. cit., p. 38.

*Así habla Quevedo. Pero su contestación está pronta:*

*“Alma a quien todo un Dios prisión ha sido,  
venza, que humor a tanto fuego ha dado  
médulas que han gloriosamente ardido,  
su cuerpo dexarán, no su cuidado;  
serán cenizas, pero tendrá sentido,  
polvo será, más polvo enamorado”<sup>(10)</sup>.*

*En una doctrina del amor, principalmente desarrollada en su Sonetos y en sus Sentencias, culmina la concepción del mundo que se puede destacar entre las páginas de Quevedo. Por encima de la muerte está la vida. Y ya no hay contradicción entre la vida y la muerte. Más allá de ambas, la eternidad espera. Y así Quevedo puede decirnos:*

*“El amor es la última filosofía de la tierra y del cielo”.  
“El amor, sustento de la vida humana; hambriento vive el siglo,  
mucho ha, de su sustento”.*

*Si no fuera por la presencia de un ser amoroso que por nosotros vela y que a los hombres guía, nada en el mundo habría que no fuera “recuerdo de la muerte”.  
La vida tiene su sentido y podemos repetir con Quevedo:*

*“Entre las desventuras, ninguna hay mayor que la falta de alegrías”.*

*Como hemos visto, la obra de Quevedo que podía parecernos tan dispar, al contemplarla por sus diversas, tan diversas facetas, ha adquirido una unidad indudable. Mediante una dialéctica clarísima, paso a paso, del mundo de lo temporal, al reino de lo eterno. Quevedo lanza un puente que no es posible derribar. Todo queda unido bajo la presencia de la unidad misma. El mundo entero, desde las burlas picarescas del “Buscón” hasta las reflexiones Teológicas de la “Providencia de Dios”, queda ahora comprendido dentro de una totalidad indestructible.*

<sup>(10)</sup> *Ibid.*, p. 24.

*Quevedo, en la encrucijada de los siglos, sintiendo un pasado que abre de par en par al mundo sus ventanas, para que penetren las brisas de la tierra, y contemplando en su porvenir la presencia de todas sus ilusiones, busca más allá de los afanes de la tierra, la raíz última de la vida. Y, desde el fondo de la caverna oscura, en que una luz dudosa se mezcla a las tinieblas, vislumbra el brillo resplandeciente, bajo cuya presencia todo se sume en la unidad.*

## DIÁLOGOS SON EL TIEMPO...\*

Eduardo Matos Moctezuma

### EL POETA

*La vida vino como rosa verde  
en un campo de nieve que relumbra.  
La noche era muy clara.  
Más que muy clara: transparente y pura,  
siempre distante de ella misma y plena,  
enriquecida siempre con las nieves de espuma.*

Xirau, “5 cantos de amor”, fragmento, 1951

Ramón Xirau le cantó a la vida, al amor, a la esperanza. Fue un filósofo-cantor que supo vivir la vida y transformarla en poesía. También supo vivir y cantar a la muerte. Ramón transitó de una guerra llena de dolor que lo hizo —para nuestra fortuna— venir a parar a tierras mexicanas. Las guerras —máquinas de dolor y muerte— siempre dejan huellas profundas que a veces el tiempo no logra borrar. Quedan allí como marca indeleble que perdura a lo largo de los días, de los meses, de los años. Sin embargo, el poeta se rebela y logra romper, aunque sea por un instante, con la carga que le había sido heredada y convierte el tiempo en palabras de aliento que llegan al infinito.

La presencia constante en su poesía de las barcas y el color verde me llevan a elucubrar sobre arcanos insondables del poeta. Quizá la barca es la imagen de la vida misma que se niega a hundirse en mares borrascosos. Quizá es el poeta que guía la nave hacia horizontes insospechados, o quizá sea el yo interno que se mueve al vaivén de las olas. No lo sé.

\* Texto leído en la sesión pública solemne del 22 de febrero de 2018, en la Sala Alfonso Reyes de El Colegio de México, con motivo del homenaje luctuoso a don Ramón Xirau.

Pero es indudable que una constante en sus poemas es esta figura que por algo está allí, perenne. La otra es el color verde. El verde puede ser muchas cosas: lo primero que llega a mí es el simbolismo de la esperanza. El verde es vida que va más allá de la vida. También puede ser un átomo de luz que se transporta en el tiempo. Puede serlo todo...

## EL AMOR

¿Qué busco en este mundo, sino  
tu silenciosa voz  
que en el mal pone amor y encuentra amor?

Pero las luces de la ciudad especulan  
con el níquel de las ventanas  
y no hay vida que no tenga  
algún principio puro,

ni nacimiento sin la muerte,  
ni fulgor sin espuma,  
ni negación total sin la presencia.

¿Y qué busco en las cosas,  
sino tu huella llameante,  
tu herida luminosa en los ramajes  
trémulos de los pájaros?

Nacimiento sin muerte,  
vida que me enmuralla y que me busca,  
¿dónde tu mar secreto,  
inmóvil como el tiempo  
de la saeta?

Una voz de desierto se estremece en las faunas  
diminutas del árbol.

*“Playas de la presencia”, 1974*

Este poema lo dedica Ramón —el esposo eterno— a Anita, su esposa eterna. Lo tituló “Presencia”. Destaco la frase “nacimiento sin muerte”, pues en ella se manifiesta un mundo de posibilidades. Yo, irreverente, me permito el descaro de interpretarla: todo nacimiento conlleva en sí la muerte. Sin embargo, cuando las palabras cobran su pleno significado, todo cambia. El poeta tiene el poder de hacer esa transformación y es así como el amor nace y será constante, eterno, y en él no tendrá cabida la muerte.

Así es la relación entre Anita y Ramón. Este amor perdura después de la muerte y sobrepasa los límites del tiempo.

En una ocasión escribí acerca del amor eterno y puse en duda su existencia. Relaté cómo un joven griego de la época épica de la Grecia antigua regresaba de la guerra y era recibido por jóvenes mujeres que le regalaban rosas. Una de ellas atrajo su atención y comenzó un idilio. Él le dedicaba palabras bellas y, pasado el tiempo, ella hilaba, en la rueca, sus propios cabellos que subían por las paredes y salían por las ventanas llenando los espacios. Años más tarde se separaron y aquel amor se perdió en la espuma del mar. Epílogo: el amor no es eterno. Sin embargo, Anita y Ramón parecen contradecir esto...

## EL FILÓSOFO

Filosofar es vivir, nos dice el poeta-filósofo. Y fue así como comenzó su transitar por los pensamientos de tantos y tantos hombres que depositaron el sentido de su existencia en el ser y el no ser. Si la filosofía es la manera de entender el mundo, bien pudiéramos decir que Ramón Xirau apprehendió el mundo, lo hizo suyo y lo convirtió en poesía.

Para el filósofo, es necesario entender la filosofía como una cuestión de vida que es también un asunto de supervivencia más allá de la vida. De esta manera emprende su transitar por el mundo de ideas, de concepciones que llevan a sus protagonistas a los límites del, pensamiento que trasciende su propia existencia y deja pedazos de vivencias como parte de la historia.

No pasa desapercibida para Ramón la presencia fundamental de los filósofos griegos en el pensamiento occidental. Así, en su libro *Introducción a la historia de la filosofía*, parte de Sócrates y trata sobre san Agustín de Hipona, Kant, Pascal, Vico, Hegel, Marx, Nietzsche, Bergson y muchos más hasta llegar al jesuita Teilhard de Chardin. En la introducción juega con los dos conceptos centrales: *historia* y *filosofía*. Nos dice Xirau: “Una filosofía sin tradición es tan inconcebible como una vida sin tiempo o una civilización sin historia”.<sup>1</sup>

#### LA MUERTE

Punzan, abejas, las estrellas  
 calladamente. Cachorro. Silencio.  
 Cantan. Todo canta. ¿El mal?  
 Está en el mundo y no en el mundo  
 y la muerte y la muerte y la muerte  
 ¿Y la muerte de la muerte?  
 El alma viva de las algas sabe  
 que la muerte no es muerte,  
 sabe que nació para matar la muerte.  
 Ligeras, ligeramente, las gaviotas  
 son barcas barcas  
 rodeadoras de islas.

*“Gradas”, fragmento, 1979*

Los versos de “Gradas” están dedicados a su hijo Joaquín Xirau Icaza, “también poeta, como dice el maestro. Y en una breve nota mínima señala “es inútil explicar mis poemas”. Y tiene razón. Joaquín Xirau murió en 1976, año en que se encontraba estudiando una maestría en la Universidad de Harvard y publicó su libro de poemas con la presentación de Octavio Paz. Así, la poesía acorta el espacio entre padre e hijo y se

<sup>1</sup> Ramón Xirau, *Introducción a la historia de la filosofía*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2003.

convierte en punto de unión que conlleva un dolor que siempre estará presente. Lo natural es que mueran los abuelos, después los padres. Cuando este eslabón biológico se invierte y primero muere el hijo, resulta algo incomprensible, inaceptable, que agota, que no corresponde a la lógica de la vida... ni de la muerte.

“Ramón fue profundamente catalán y profundamente mexicano”. Lo uno por nacimiento; lo otro por convicción. Estas palabras las dije ante el cuerpo del poeta cuando su vida se acababa de convertir en poesía. Su féretro lo cubría una bandera catalana: amarillo y rojo.” ¿Y la bandera mexicana?”, me preguntó un asistente. Mi respuesta fue esa: Ramón era profundamente catalán y profundamente mexicano. Su cuerpo quedó arrojado en la tierra en que amó, donde gozó y sufrió, donde queda el recuerdo del poeta, del filósofo, del maestro, del esposo y del padre. Al igual que el pensamiento de los antiguos mexicanos, su cuerpo es como una semilla de la que habrán de nacer futuras generaciones que verán en Ramón Xirau un ejemplo a seguir. El rumbo está marcado, simplemente hay que seguirlo...



# CENTENARIO DE JOSÉ LUIS MARTÍNEZ (1918-2018)\*, <sup>1</sup>

---

Adolfo Castañón

## I

Estoy en la casa de la calle de Rousseau núm. 53 esperando a que baje don José Luis Martínez, mi maestro y amigo. Subí las escaleras de piedra blanca que están antes de la puerta. Como siempre, toqué el timbre dos veces, y primero se asoman por una ventanilla lateral y luego me abren la puerta Toña o Nancy, la madre y la hija que lo cuidan desde que perdió a su esposa Lydia Baracs, madre de Rodrigo y de Andrea. Me acompañan a la gran sala llena de libros de piso a techo y me dejan solo frente al escritorio del maestro que bajará en un momento. Es un mueble grande, muy parecido a la mesa que se encuentra en otra sala de la casa que antes fue de su mentor, jefe y amigo Jaime Torres Bodet, como me lo recordaría Arturo Acuña Borbolla en una nota que me mandó después de publicado un texto mío sobre Martínez. Cito parte de la carta de Arturo por la sencilla razón de que esos muebles en realidad eran el eje no sólo de la biblioteca de Martínez sino casi de la literatura mexicana.

(...) A un gesto suyo me senté a la mesa, rígido y nervioso, de espaldas a un ventanal. Él había dispuesto meticulosamente las revistas y los libros que previamente le pedí consultar; generosamente, había añadido otras publicaciones periódicas y otras obras que me sugirió revisar. Él tenía que irse

\* Texto leído en la sesión pública solemne del 24 de mayo de 2018, en el Foro Polivalente Antonieta Rivas Mercado de la Biblioteca de México, con motivo del homenaje luctuoso a don José Luis Martínez.

<sup>1</sup> Sin José Luis Martínez la literatura mexicana del siglo xx y parte del XXI no sería lo que es. Se dice rápido pero se trata casi de un milagro.

volando a sus oficinas en el Fondo de Cultura Económica, pero antes tuvo la paciencia de explicarme brevemente la relación de cada revista y de cada libro con el tema de mi interés. Para hacerme sentir bienvenido a su casa, se sonrió y me dijo que no tenía que agotar la lectura en una sola mañana. Se apresuró hacia la puerta, dio dos pasos y luego, como si hubiera olvidado algo de veras importante, se volvió de nuevo hacia mí, sonrió con una pizca de malicia y me dijo: “Por cierto, está usted sentado en la mesa donde se mató Torres Bodet”. [Carta de Arturo Acuña Borbolla, México, D.F., a 5 de agosto de 2013.]

## II

Sobre la fina tabla de aquella otra mesa, hermana de este escritorio se suicidó, en efecto, Torres Bodet, quien menciona a Martínez cariñosamente en sus memorias y recuerda por ejemplo sus conversaciones en Lima. El escritorio está lleno de libros y papeles. El visitante asiduo sabe advertir que esos montones no están inmóviles: se van desplazando a medida que don José Luis los trabaja, copia, transcribe, coteja, recorta, subraya, estudia. Por ahí pasaron las miles de páginas de la vida de Hernán Cortés y de los *Documentos cortesianos* que escribió y arregló haciéndolos acompañarse y respaldarse. Ésta es, sin duda, una de sus mayores obras como escritor, historiador, obra juiciosa, criba inteligente, capaz de destilar de ese acervo la miel de su sentido y relación. El escritorio tiene pocos adornos. Una lámpara. Hay una estatuilla que ha recordado su hijo y biógrafo Rodrigo, y un par de lagartijas verdes de bronce, que sirven como pisapapeles. Creía que eran portuguesas, o que fueron compradas en Portugal, en Lisboa o en Sintra, pues yo compré, años después unas casi iguales sin saberlo y cuando le pregunté a él y me dijo su origen, me aclaró que eran chinas (como luego me diría su hijo Rodrigo), sonrió levemente como una traviesa salamandra acostumbrada a vivir en el fuego. Al escritorio lo rodean, del lado izquierdo, los libros encuadernados en piel de sus maestros y amigos: Alfonso Reyes, Xavier Villaurrutia, Carlos Pellicer, Salvador Novo, Octavio Paz; junto a un gran sillón hay libros de arte de gran tamaño: sobre Miguel Ángel, Rafael,

Leonardo da Vinci, Arte bizantino y San Jerónimo, uno de los paladines de la cultura, cuya admiración compartimos. El otro hijo de Martínez, José Luis, heredó la pasión por los libros de arte. Martínez no sólo es un hombre elegante, es un artista, un esteta, un hombre educado en el aprecio de las formas y de su música. Del lado derecho, junto a los libros de esos amigos sobre los cuales ha escrito y a quienes ha editado, se encuentra una pequeña puerta que lleva a un acceso secreto. Ahí guarda Martínez papeles privados y objetos de valor, manuscritos; probablemente se alojaban en ese sitio las carpetas confidenciales bien ordenadas que le entregó Alfonso Reyes y que llevan por título “El cerro de la silla”, ahí también quizá se encuentran las cartas que intercambió con Alfonso Reyes a lo largo de muchos años. [Y que años después se publican gracias a los buenos oficios de su hijo Rodrigo Martínez y a los de su devota asistente María Guadalupe Ramírez de Lira, hijos custodios de sus papeles.] Alguna vez me pidió don José Luis que entrara a ese escondite para llevarle algo de ahí al escritorio conociendo con exactitud la ubicación de lo que buscaba. Mientras espero a que don José Luis baje, o termine de bajar, repaso en mi mente las muchas veces que lo he visitado en esta casa-biblioteca que tiene algo de navío en el océano de las letras, rememoro los recorridos que hemos hecho por los salones, pasillos y estanterías donde se alojan las revistas en que colaboró o que leyó de joven, que luego encuadernó y, siendo director del Fondo de Cultura Económica, tuvo la fortuna de hacer editar: *Contemporáneos*, *El Maestro*, *Examen*, *Letras de México*, *El Hijo Pródigo*, *Rueca*, entre otras. Al pensar en esas revistas pienso en la forma intensa y peculiar en que Martínez vivió las letras y en la forma en que supo reconocer en los cafés y en los convivios a esos autores cuyas obras estudiaría y coleccionaría. Esa vida literaria quintaesenciada ha sido salvada por él en su forma material y en su sentido, dada la rara cualidad de sus virtudes como arquitecto y mecenas. Sé que no soy el único visitante. Abajo, en otro salón, se encuentra la otra mesa mencionada que parece tener como otros muebles de la casa vida y leyenda propias. La casa-biblioteca se ha abierto a muchos amigos e investigadores: desde Luis Mario Schneider y Serge Zaitzeff hasta Enrique Krauze, Guillermo Sheridan, el citado Arturo Acuña, Christopher

Domínguez, Manuel Fernández Perera, Víctor Díaz Arciniega, Guadalupe Loeza, Pável Granados, entre muchos otros. Esto me lleva a pensar a don José Luis como un anfitrión: el guardián, el ángel de la guarda de una vasta casa de huéspedes de la literatura y de las artes de México e Hispanoamérica, el custodio del canon. Pienso en todo esto cuando por fin llega caminando con paso lento; don José Luis, se sienta, me saluda y me pregunta más bien afirmando: “¿Ya te ofrecieron algo?”, mientras mira el vaso de agua de jamaica de la mesa y se acomoda para empezar a trabajar.

### III

Estas imágenes de las visitas a la casa de don José Luis Martínez me vienen a la mente al tratar de leer la deslumbrante correspondencia que tuvo con Alfonso Reyes, editada por los citados Rodrigo y María Guadalupe.

Pero antes de entrar en materia vuelvo al escritorio: el de José Luis Martínez participaba del altar y del baúl, del arca del tesoro y de la mesa de operaciones. En un extremo de su vasta superficie se amontonaban los periódicos y revistas junto con unos recortes preciosos extraídos de esas canteras. Uno de los autores cuyos artículos recortaba Martínez era Federico Álvarez, el yerno de Max Aub, de quien había sido vecino, otro era José de la Colina, ambos escritores trasatlánticos nacidos en España y crecidos y madurados bajo el sol mexicano. A José de la Colina, Martínez le dictó tramos de sus inéditas memorias que Rodrigo Martínez, su historiador de cabecera, ha sabido aprovechar como buen tapicero para rellenar huecos noticiosos de la correspondencia sostenida entre Alfonso Reyes y José Luis Martínez. Si éste apreciaba en el trasterrado mexicano la plasticidad y viveza del estilo del crítico, De la Colina, a su vez, admiraba la prosa de Martínez, inspirada según él en ciertos autores franceses: uno de ellos Jules Renard, autor a su vez leído y traducido por Julio Torri, uno de sus maestros. La prosa de Renard, como la de Paul Valéry es precisa como la de un cirujano. Algo hay en la escritura de Martínez de esa exactitud quirúrgica. No se debe olvidar que su padre fue médico y que los primeros estudios de José Luis Martínez, al igual que los de

Luis Villoro y Jaime Sabines fueron los de medicina. En el pulcro escritorio se practicaban con la luz helada de las estrellas disecciones literarias llamadas a salvar y explayar “por dentro” la poesía de Ramón López Velarde. La escritura de Alfonso Reyes, Octavio Paz, Manuel Gutiérrez Nájera o las cartas de relación de Hernán Cortés, o en fin, las experiencias de pasajeros de Indias en el siglo XVI. El tablón de ese escritorio era el eje de la biblioteca que lo rodeaba como una ciudad de jardines errantes en el espacio —para tomar prestado el título de las cartas de Octavio Paz a Jean Clarence Lambert—. El lugar tenía algo de santuario pero también de taller y laboratorio hecho para contar los hilos de la palabra en el telar mayor de las composiciones que iban saliendo de ahí como paisaje a escala y miniaturas diseñadas para salvar y comprender los ciclos literarios, las sístoles y diástoles de la historias. No recuerdo con precisión si había por ahí un reloj. José Luis Martínez sabía de memoria la hora y el día que era. Sabía el cuándo y el cómo de nuestro dónde, como un campesino de Jalisco. No es extraño que ahora ese maestro que sabía exponer la literatura en un pizarrón para enseñarnos a resolver sus problemas nos haga tanta falta y que su figura sea como la de un transportador intelectual, ese instrumento de la geometría que sirve para medir los ángulos y los grados de los círculos.

#### IV

Retomo el hilo anunciado. La correspondencia Alfonso Reyes / José Luis Martínez 1942-1959 tiene un valor múltiple: es como uno de esos escritorios antiguos, un *secrétaire*, uno de esos muebles llenos de cajoncitos y compartimentos. Abarca 17 años de relaciones intensas y féculdas, consta de más cartas de Reyes a Martínez y de varias más de éste dirigidas a Manuela Mota, Alfonso Reyes Mota, Alicia Reyes y, además, de Manuela Mota a José Luis Martínez. Todo esto hace constar que en los mensajes que intercambiaron había inteligencia, intimidad e indudablemente complicidad y amistad: amor. El paisaje que dibuja este biombo de letras es en parte el de la cultura literaria mexicana en esos años,

en parte el de la evolución de la obra del propio Alfonso Reyes, en parte el de la vida y escritos de José Luis Martínez; al sesgo y en el reojo se advierten las figuras y siluetas de los escritores mexicanos que los rodean a ambos con sus intrigas y pequeñeces. Es visible cómo ambos se hacen fuertes uno al otro, se apoyan, se buscan, ayudan y adoptan como amigos y aliados. La amistad como un valor intelectual es una de las líneas rectoras en la vida tanto de Martínez como de Reyes, la amistad como la línea de la vida de la mano, que cada uno lleva impresa, es una de las manecillas que dan la hora interior del hombre, de su perfil, de Andrenio, del hombre desnudo; en José Luis Martínez esa línea está trazada con profundidad y hondura en ese otro epistolario intercambiado con Octavio Paz: *Al calor de la amistad*, preparado siempre por Rodrigo, escudero fiel de su padre. Casi cabría dibujar un triángulo dorado con las afinidades que se trazan entre ambos epistolarios. Este triángulo se toca con las manos en las cartas de Octavio Paz a Alfonso Reyes, del 9 de mayo de 1950, a propósito de las consultas sobre traducción para la antología de la poesía mexicana que estaba haciendo Octavio Paz para la UNESCO aquí incluida y en la de José Luis Martínez del 12 de noviembre de 1950, incluida en el volumen de *Al calor de la amistad*. Las consultas que hace Paz a Reyes y que este pide a Martínez que resuelva versan sobre cuestiones de traducción relacionadas con voces mexicanas principalmente, que aparecen en poemas de Justo Sierra y de Ignacio Manuel Altamirano (por ejemplo “ahuejote”, especie de sauce que crece en las chinampas de Xochimilco) y que hacen ver que el tema de la amistad cruza entre Martínez, Reyes y Paz por dos polos: México y la lengua española, y casi podría decirse que en ambos se encierra como signo de interrogación la pregunta: ¿Cómo ser mexicano? ¿Cómo ser un mexicano inteligente? ¿Cómo se da en México la inteligencia americana? Varios son los temas que reúne este ramo de cartas: uno en particular tiene que ver precisamente con la amistad. Es la crónica del accidentado ingreso —quién lo diría— de José Luis Martínez a la Academia Mexicana de la Lengua y a cuya candidatura estuvo a punto de renunciar por la campaña en su contra. Toda semejanza con algún caso actual y cercano es mera coincidencia. Hago un paréntesis aquí para subrayar la importancia indudable

de Martínez en la Academia Mexicana de la Lengua como miembro de número y luego como director entre 1980 y 2002 y director honorario perpetuo hasta su muerte el 20 de marzo de 2007. Martínez fue director de la Academia prácticamente 20 años, que coinciden con la elección de buena parte de los académicos actuales y recientes. Desde esta posición, que supo armonizar con sus tareas administrativas, particularmente director del Fondo de Cultura Económica que concluyó en 1982. Esta conjunción de autoridad intelectual y de poder administrativo singularizan la figura de Martínez, quien era de un lado un escritor fino y discreto y del otro un editor en el sentido más fuerte de la palabra.

## V

Huelga decir que el editor de la correspondencia Reyes–Martínez, Rodrigo, sigue las huellas de las huellas de los autores editados y sabe escuchar, como buen historiador, los recuerdos de los recuerdos. Estas preguntas pasan o calan por la criba crítica de la cultura hispánica y española. Un ejemplo revelador es el de la carta que hace Martínez a José Romano Muñoz el 10 de agosto de 1950, transmitiendo el escrito que Alfonso Reyes hizo sobre el *Diccionario de construcción y régimen de la lengua española* del filólogo colombiano Rufino José Cuervo, cuya edición proyectaba la SEP. En esa carta aparece la inquietante noticia de que la Biblioteca de Autores Españoles publicada por Manuel Rivadeneyra entre 1846–1880 no es del todo confiable. Durante algunos años se creyó en su infalible condición canónica. Alfonso Reyes, discípulo del gran hispanista Raymond Foulché–Delbosc, estaba al tanto y compartía la perplejidad del filólogo colombiano Rufino José Cuervo, quien descubrió que la Biblioteca de Autores Españoles que varias veces hemos citado, ha decaído muy notablemente desde que se han cotejado las obras que contiene con las ediciones originales. Muchos de sus volúmenes, y no de los menos importantes, son trabajos de cargazón, hechos al parecer sin otro esfuerzo que el de adquirir un ejemplar vulgar y darlo a la imprenta sin recelar que pueda ser defectuoso y sin quebrarse los ojos corrigiendo

errores; no siendo raro que el editor mismo se haya complacido en adular los textos. Esta colección será acaso de alguna utilidad a los que quieran tener idea de nuestra literatura, pero en general no pueden servir de base para estudios históricos sobre nuestra lengua.

Reyes continúa expresando la experiencia de Cuervo con la Rivadeneira: “esta colección no completamente sustituida hasta hoy, aunque no siempre recomendable para estudios textuales” —al consultar en Europa muchas deficiencias de los textos que habían servido de fundamento a su agobiante labor—. [1]

La historia, la historia literaria, la historia de la literatura mexicana está en juego en la baraja abierta de estas cartas cruzadas entre Reyes y Martínez. Son el marco contra el cual se recortan ellas mismas como figuras y los textos que ambos escribieron sobre la literatura mexicana por encargo de Jaime Torres Bodet, el de las letras de la Nueva España de Reyes y el de la literatura mexicana del siglo XIX. En el juego de estas cartas aparecen algunas incidencias personales que tienen que ver con la historia de los textos y más allá con la raíz de esta amistad en la cual aparece incluso la figura de la primera esposa de José Luis, Amalia Hernández, quien escribe a Reyes una carta que no dejó de tener eficacia pues finalmente, gracias a ella, cada uno escribió su parte e imprimió su sello personal.

## VI

En uno de sus escritos finales José Luis Martínez acuña un medallón sobre los caciques intelectuales (*Letras Libres*, 31 de julio de 1999) para referirse a ciertos escritores: Justo Sierra, José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Octavio Paz, Fernando Benítez, en quienes la palabra produce poder o desemboca en él. Esta denominación original y heterodoxa le conviene a él. Nuestro José Luis Martínez no sólo fue un hombre de letras sino también un hombre de poder, un funcionario, un mecenas, un constructor de bibliotecas, un bibliotecario, un patriarca de la cultura que supo mantener la cordura en medio de la malaria demagógica, un epicuro ávido de sobriedad que sabía lo que traía entre manos. Me tocó

ser testigo, siendo muy joven, de los efectos políticos de uno de sus gestos como director del Fondo de Cultura Económica: de un año para otro decidió devolver buena parte del presupuesto que se le tenía designado a la editorial. Los gerentes saltaron hasta el techo, por así decir, no lograban disuadirlo de esta medida que iba a dar en el blanco de la restauración editorial promovida durante su mandato. Si la editorial sigue un ritmo de sístoles y diástoles, a él le tocó hacerse fuerte en la sístole de la reducción y de la compactación y de la reinención de la editorial en y desde lo estrictamente editorial. Prueba del sentido práctico de la amistad y el mecenazgo que tenía José Luis Martínez es la red de ayudas que años atrás había tejido para ayudar discretamente desde su puesto en Ferrocarriles Nacionales de México a los amigos escritores que lo merecían (Octavio Paz, Juan Rulfo, Emilio Uranga, entre otros pocos). Estas ayudas puntuales distribuidas muy confidencialmente tendían puentes hacia los creadores y les ayudaron a consolidar una obra. Cabe preguntarse cómo le vino a Martínez esa idea. Tal vez se la inspiró el estudio de la vida y obra del ministro Justo Sierra, tal vez en un horizonte más remoto su lectura de Horacio y el elogio que éste hace en sus *Sátiras* de su amigo Mecenas. Por cierto, este autor latino es uno de los puntos de contacto entre Reyes y Martínez. Como prueba de esta práctica me permito citar la carta que le escribió Emilio Uranga a José Luis Martínez en París, el 23 de diciembre de 1956, y que aparecerá en el libro *Años de Alemania*, de Emilio Uranga, de próxima publicación:

Carta de Emilio Uranga a José Luis Martínez[2]

*Emilio Uranga*  
*Cité Universitaire*  
*Maison du Mexique*  
*9 Bd. Jourdan*  
*Paris XIV<sup>e</sup>.*  
*FRANCE*

*París 23 de diciembre de 1956*

Sr. José Luis Martínez  
 Ferrocarriles Mexicanos  
 Bolívar 19  
 México D.F.  
 República Mexicana.

Querido José Luis:

*Un nuevo año que vuelve la página, un año más de vejez y un año más que caigo sobre ti, como mendigo en vísperas de Navidad, para suplicarte que la asignación con que me sostienes no me falte en los meses que vienen.*

*Es claro que como siempre no puedo apoyar mi petición en nada sino que depende de tu buena voluntad y de tu generosidad. Pero ¿puedo dudar que seguirá amparándome?*

*Acabo de terminar un libro. El manuscrito estará ya, confío, en las manos de don Alfonso Reyes, pues se lo debo al Colegio de México y además me encantaría verlo publicado en sus colecciones. Su tema: Marx y la Filosofía, un estudio de los manuscritos parisinos de 1844. El estilo —salvo tu docto parecer—, me parece popular y accesible para el público. Me gustaría ver qué opinas —o leer mejor— de mi “nueva tendencia”. Se lo dedicaré a don Alfonso Caso con quien, de paso por París, tuve una sabrosa plática.*

*Querido José Luis: Te debo mi estancia en Europa. Sin tu ayuda no hubiera podido sobrevivir y además, con gesto de señor, me la has dado sin condiciones. Esto no lo podré olvidar nunca. Te suplico le transmitas al Lic. Amorós mi agradecimiento y le hagas ver que si en algo he podido mejorar quisiera poner a su servicio tal mejoría.*

*Confío estar pronto en México. Todo depende de que “ahorre” (jironía de pobre!) y reúna lo del pasaje. No te pido que me ayudes pues sería impudicia de mi parte. De santos me doy con que tu generosidad no me abandone y que con lo que me “asignas” pueda ir tirando hasta conseguir algo aceptable.*

*No sé lo que últimamente has hecho y escrito pero estoy seguro que como siempre será excelente. Mis calurosas felicitaciones de Navidad y de Año Nuevo. Lo mismo para el Lic. Amorós.*

*Con la confianza de saber pronto de ti me despido con un abrazo.*

[Firma] Emilio

A esta carta la preceden numerosos registros que hace Uranga de los envíos hechos por Martínez en las cartas que dirige a Luis Villoro.

## VII

Mi padre, Jesús Castañón Rodríguez, nacido en 1916, dos años antes que José Luis Martínez me contaba que éste hacía tertulia en el café París con quienes él llamaba “Los Octavios”: Octavio G. Barreda y Octavio Paz. No eran amigos pero tenían amistades, proveedores y paisajes en común: Andrés Henestrosa, Alí Chumacero, la red de librerías de viejo del Centro Histórico encabezada por Rafael y Manuel Porrúa, Amado Vélez, Ubaldo López, Fernando Rodríguez y el licenciado Álvarez. Para mí, evocar a José Luis Martínez es recordar los paisajes de esas ciudades de libros hoy, si no desaparecidas, transformadas radicalmente, donde cada libro provenía de una cantera, de una brecha y donde la historia de sus dueños llegaba a ser parte de la historia del libro mismo, como demuestra admirablemente Martínez en su pequeña obra maestra *Bibliofilia*, también interrogada y estudiada por su hijo Rodrigo en *La biblioteca de mi padre*. José Luis Martínez recuerda al referirse a la *Rhetorica christiana* de Diego Valadés, por ejemplo, que con la publicación de ésta se podría celebrar el IV Centenario de esta importante obra que sólo pudo ver la estampa 10 años después. Recuerdo que a finales de 1989 o principios de 1990 me tocó llevarle a su casa el ejemplar flamante, recién impreso, a Tarsicio Herrera, cuando ya José Luis Martínez no era director del Fondo. Dice José Luis: “... en lugar de cuentos suelo contar a mis hijos historias de mis libros” (*Bibliofilia*, p. 45). Otra obra de la que habla es la adquisición del *Diccionario universal de historia y de geografía*, coordinado por Manuel Orozco y Berra junto con el editor José María Andrade, y de la historia del librero y del perrito y de los dos gatitos, que tiene que ver con el comercio de los libros viejos. Esta simpática historia da cuenta del peculiar sentido del humor que tenía José Luis Martínez a la hora de tratarse de la compra y venta de los libros. Ese sentido del humor, esa risa alegre y jubilosa recorre en filigrana las páginas de su

*Bibliofilia* y más allá campea como una luz risueña tanto por sus escritos como por aquellos que le ha dedicado Rodrigo, particularmente en la memorable *La biblioteca de mi padre*.

## VIII

Insisto. Fui a la casa de Rousseau varias veces a llevarle a don José Luis las pruebas de su *Hernán Cortés*. La obra comprende cuatro tomos además de la biografía de Hernán Cortés. Los *Documentos cortesianos* de cuya publicación y edición y anotación estaba, no en vano, tan orgulloso. Además de otros méritos éticos, críticos y estéticos, la biografía de Martínez aspiraba a ser la única biografía que había tomado en cuenta para su redacción la totalidad de los *Documentos cortesianos*. Esto que se dice en un parpadeo no es poca cosa. La simple búsqueda, la lectura, la interpretación, la transcripción, la paleografía de esa masa documental hacen de la biografía de Martínez sobre Cortés una obra excepcional.

## IX

La obra del crítico José Luis Martínez gira en torno a tres ejes: en un primer eje están los tiempos inaugurales de México antes de la Conquista, la obra sobre Nezahualcóyotl y luego la magna biografía de Hernán Cortés, los escritos sobre Bernardino de Sahagún, Bernal Díaz del Castillo y los cronistas de la Colonia, amén de los testigos menores como los viajeros privados del siglo XVI; en un segundo eje se encuentran los estudios en torno a la literatura mexicana en el siglo XIX y *La expresión nacional* (los estudios sobre Altamirano, Ramírez, Justo Sierra, Manuel Gutiérrez Nájera, entre otros) en un tercero se encuentran los testimonios de apuntes relacionados con la literatura contemporánea concentrados en *El trato con los escritores*. Si la biografía de Cortés presenta el relato juicioso y equilibrado de un momento en el cual surge la nacionalidad mexicana, en los estudios sobre Altamirano y Ramírez en el siglo XIX se

desvelan al lector acucioso las señas de identidad de esa cultura. Este desvelo con y por los orígenes está asociado a la idea de la conservación de la pureza del lenguaje que siempre desveló a Martínez (véase, por ejemplo, “Misión de las letras y del escritor”, *Problemas Literarios*, p. 143. El texto citado es de 45 y está escrito un año después de concluida la Segunda Guerra Mundial. La relación entre la necesidad de conservación del lenguaje y la conciencia de la destrucción se encuentran íntimamente ligadas.

## X

Otro de los temas que llama la atención: en la correspondencia con Alfonso Reyes, José Luis Martínez subraya cuánto le ha gustado la página “Digresión sobre la compañera”, elogio velado a su esposa Manuela Mota y lección de vida: “... la verdadera misión de la esposa (...) es anular en torno al poeta las preocupaciones extrañas, acallar los ruidos parásitos y evitarle las materialidades enojosas, respetar y hacer respetar sus sueños de ojos abiertos —oh dioses— llevarle el genio sin que se sienta demasiado” (t. xxii, p. 248).

## XI

Gracias a José Luis Martínez Hernández, a Andrea Guadalupe y a Rodrigo Martínez Baracs por haber tenido la idea de recordar el centenario del natalicio del autor de sus días José Luis Martínez Rodríguez, tutor, maestro, guía de muchos estudiosos de las letras mexicanas dentro y fuera de México y amigo protector de algunos otros entenados espirituales. Varias veces afortunado, don José Luis tuvo la suerte de formarse bajo las sombras de Alfonso Reyes, Enrique Díez Canedo, Jaime Torres Bodet; convivió y fue amigo y lector de Octavio Paz, José Arreola, Alí Chumacero, Agustín Yáñez, Jorge González Durán, entre los más cercanos; fue testigo de varias épocas de la vida literaria mexicana, colaboró en revistas y proyectos editoriales como *Letras de México*, *El Hijo Pródigo*, *Cuadernos*

*Americanos* y formó con Jorge González Durán y Leopoldo Zea la revista *Tierra Nueva*. Su legado como crítico e historiador de la literatura se da en varias direcciones: panoramas, historias, ediciones de autores, antologías, semblanzas, retratos, puntualizaciones teóricas; a ese legado hay que añadir la biografía de Hernán Cortés con su cauda de documentos, su legado como editor, mecenas y arquitecto de la memoria en el Fondo de Cultura Económica a través de la colección *Revistas Literarias Mexicanas Modernas*, sus estudios sobre Sahagún. Esas herencias se materializarían en una biblioteca alojada y salvada en esta ciudad de los libros. Tuvo la fortuna José Luis Martínez de tener además los hijos que tuvo y en particular la de haber dado a luz al historiador y escritor Rodrigo Martínez Baracs, quien ha sido su primer biógrafo en la guía titulada *La biblioteca de mi padre* (2010), obra que participa de la historia privada y del catálogo razonado. Ha tenido Martínez, además de amigos y discípulos como los aquí presentes o como Felipe Garrido, asistentes como María Guadalupe Ramírez de Lira, su devota secretaria. Hombre-biblioteca, Martínez fue además un escritor fino y pulcro y desde luego un maestro que nunca perdió la viveza la humildad y sobriedad del aficionado gustoso. Su obra personal es más vasta de lo que parece, aunque acaso permanezca o haya permanecido oculta. José Luis Martínez se me figura a la distancia como uno de esos niños viejos y prodigiosos que en la cultura tibetana afloran en la sonrisa, en la mirada particular que dan a conocer a los sacerdotes de la identidad del nuevo Dalai Lama. El alma vieja que animaba al niño hizo también que el niño se conservara en el interior del cuerpo que iba madurando y envejeciendo. Las paradojas del conocimiento y de la posteridad las conoció sin duda Martínez, quien resume el cuento de Max Beerbhom, “Enoch Soames”, en una reseña escrita en 1950 y publicada en sus *Problemas Literarios*:

Enoch Soames es un escritor extravagante y sin éxito, pero abriga la seguridad de que un siglo más tarde sería famoso. El Diablo sabe su esperanza y le ofrece un trato: le permitirá visitar en 1997 la sala de lecturas del Museo Británico a cambio de su alma. El escritor acepta y se realiza el milagro. Soames visita efectivamente la biblioteca cien años después, y va derecho a

su objeto: buscar entre las enciclopedias, los diccionarios biográficos y los estudios críticos del futuro el reconocimiento de su valor. Nada. Pero al fin encuentra su nombre: era el personaje, considerado “ficticio” de un cuento en el que se le describe como “un poeta de tercera categoría que se creía un genio e hizo pacto con el Diablo para saber qué pensaría de él la posteridad. El cuento lo iría a escribir un amigo suyo, algunos años más tarde, que, al traer noticias de aquello protesta que no tiene la menor intención de hacerlo. El Diablo vuelve por Soames, el cuento se escribe y cien años más tarde un fantasma anacrónico entrará a la sala de lecturas del Museo Británico (p. 134).

El cuento de Max Beerhom recogido en la *Literatura fantástica* de Jorge Luis Borges, Adolfo Bioy Casares y Silvina Ocampo y, “abreviado” por Martínez es una prueba de que éste también tenía conciencia del carácter fantástico y si se quiere demoniaco del oficio de crítico literario.

## XII

José Luis Martínez ha evocado con hermosas palabras cómo a la muerte del rey poeta Nezahualcóyotl sus amigos iban a visitar al rey muerto y se ponían a conversar de cosas que le hubiesen agradado al difunto. Pienso, por mi parte, que un acto como éste se parece, de un lado, a una reunión en la cual los herederos se dan la palabra unos a otros para oír a través de ella la voz del maestro que habla por medio suyo y en cierta forma cobra cuerpo en ellos; y, del otro, una distribución de las prendas del difunto, donde cada uno de los deudos se prueba la ropa del desaparecido para ver si le queda.

## XIII

La correspondencia cruzada entre Alfonso Reyes y José Luis Martínez es un epistolario lleno de secretos y guiños amistosos y confidenciales. Uno de esos secretos es el archivo que Alfonso Reyes guardaba con el título

“El cerro de la silla” y en el cual se concentraban una serie de noticias y expresiones críticas sobre su figura y su obra que le parecía conveniente que guardara su hijo espiritual, por así decirlo, su discípulo más cercano. Esa lista contiene textos cuyo enunciado suscita la curiosidad y que quizá algún día se decida su publicación, para poder conocer mejor el proceso de recepción de la figura y la obra de Alfonso Reyes. El archivo según advierte Rodrigo Martínez, hijo y discípulo de su padre, y en cierto modo nieto espiritual de Alfonso Reyes, está abierto para la consulta de los estudiosos.

## XIV

Mañana, día 19 de enero, se cumple el centenario de José Luis Martínez y celebraré un diálogo con su hijo José Luis Martínez Hernández en Tijuana. Creo tener una pista sobre por qué se da ese acto ese día. En un mensaje escrito a Rodrigo hacer unos días le decía:

Es una travesura de la Providencia. En un café de Tijuana conocí a tu medio-tío Juan Martínez, gracias a Alberto Blanco, Luis Cortés Bargalló y Alfonso René Gutiérrez. Me impresionó su actitud y desprendimiento. Creo que vivía casi en la calle y escribía en papel gastado. Su centenario también se celebra este 2018. Así el Ángel de fuego y su simétrico y fraterno ángel de fuego y hielo, estarán juntos, al menos en mi mente. Tengo todavía en casa el Tigre que me regalaste. Al volver del viaje a México, le pregunté a don José Luis si en verdad era su hermano. Me dijo que era su medio-hermano y que cada quien había seguido su camino... A Juan Martínez lo menciono en la correspondencia Orfila-Paz. Al parecer, según Sergio Mondragón, Juan le presentó a Homero Aridjis, a Octavio Paz, pero Juan no fue incluido en *Poesía en movimiento*, pues sólo había publicado la *plaque* que le había hecho Arreola, “En las palabras del viento”.

## XV

La coincidencia providencial no es tan fortuita. A José Luis Martínez lo desveló el canon de la cultura mexicana. A su medio hermano Juan (1933)

le quitó el sueño de las letras la inspiración de una cultura disidente y en cierto modo la invención desde la poesía de una contracultura. Curiosamente ambas figuras han sido comprendidas, es decir, abrazadas por Rodrigo Martínez, quien supo editar la obra de su tío Juan y rescatarla.



# JOSÉ LUIS MARTÍNEZ Y EL HUMANISMO ANTIGUO\*

---

Ascensión Hernández Triviño

## INTRODUCCIÓN

Este año de 2018 se cumplen cien del nacimiento de José Luis Martínez en Atoyac, Jalisco. Estas páginas son un reconocimiento a su tarea como un gran humanista estudioso de las creaciones literarias e históricas en el universo de las culturas. A once años de su muerte, su memoria está muy presente en el ámbito académico mexicano por sus aportaciones en el conocimiento de la literatura y la historia de México. De entre todas ellas, escojo para recordarle su gran contribución al conocimiento de las culturas del mundo antiguo contenida en los seis volúmenes que preparó y publicó con el nombre de *El mundo antiguo. Panorama cultural*. En ellos se manifiesta el humanista que supo valorar las creaciones de los pueblos de la Antigüedad, a veces olvidadas. José Luis las presentó en todo su esplendor.

## PLAN DE LA OBRA

En 1974, José Luis Martínez recibió un encargo inesperado: la preparación de un trabajo que, en cierto modo, continuara la tarea emprendida por José Vasconcelos en sus *Lecturas clásicas para niños*. Se trataba, dice el propio José Luis, “de una obra que contribuyera a la formación espiritual y

\* Texto leído en la sesión pública solemne del 24 de mayo de 2018, en el Foro Polivalente Antonieta Rivas Mercado de la Biblioteca de México, con motivo del homenaje luctuoso a don José Luis Martínez.

cultural del hombre de nuestro tiempo”.<sup>1</sup> La tarea no era fácil pues José Luis había concentrado sus investigaciones en torno a la literatura desde sus años de juventud y con sus publicaciones en este campo, se había ganado un primer lugar en el mundo académico de las letras.<sup>2</sup> No sabemos qué le respondió al secretario de Educación don Víctor Bravo Ahuja, aunque podemos imaginar que le dio una respuesta positiva, porque dice el propio José Luis, inmediatamente “emprendí la tarea y aplacé cuanto tenía entre manos”. Pudo así, en poco tiempo, elaborar un proyecto de gran aliento, el de presentar las grandes culturas de la humanidad a través del pensamiento que en ellas se guarda y en el que se manifiesta la lengua y las reflexiones de los hombres en torno a creencias, ideas, mitos y toda clase de relatos movidos por la imaginación; en una palabra, a través del humanismo.<sup>3</sup>

Resultado de este encargo son los seis volúmenes que salieron a la luz dos años después, en 1976, dedicados a las culturas originarias de la humanidad: Egipto y Mesopotamia, Persia y el Islam, India, China y Japón, además de las más cercanas de Grecia y Roma y de las culturas de la América antigua, muchas de ellas vivas y presentes entre nosotros. José Luis enfocó su tarea en presentar una imagen de cada una desde sus orígenes hasta el encuentro y fusión con otras culturas y lo hizo con base en textos extraídos de fuentes originales. Para ello José Luis tuvo que hacer una selección de escritos, dado el inmenso material histórico que tuvo a la mano y escogió textos representativos del pensamiento de cada una: orígenes cosmogónicos, creencias religiosas, relatos literarios y toda clase de creaciones en el mundo del pensamiento y el arte: en una palabra aquellos documentos que nos muestran qué hicieron y qué pensaron los hombres que han movido nuestra historia.

Ahora bien, para manejar la enorme masa de textos existentes, organizó un modelo: comienza él con una introducción en la que esboza un

<sup>1</sup> José Luis Martínez, *El mundo antiguo*, 1976, v. I, “Introducción general”, p. 9.

<sup>2</sup> Su gusto por la literatura está bien descrito en el ensayo de su hijo Rodrigo Martínez Baracs, “José Luis Martínez, cien años”, 2018.

<sup>3</sup> En el proyecto tuvo dos colaboradores excelentes, según dice el mismo José Luis en el “Nuevo preliminar”. Fueron ellos Felipe Garrido y Roberto Suárez Argüello.

contexto geográfico y una secuencia histórica. Ambas coordenadas, la geográfica y la histórica le permiten crear un contexto completo para situar los textos que, a su vez, organiza según su naturaleza y siguiendo una cronología. Finalmente, termina el capítulo con uno o varios estudios de autores modernos que se han ocupado de la historia de las culturas, dispuestos a manera de epílogo. Con este método, el trabajo tomó cuerpo como un repositorio de las culturas originarias de la humanidad y no como una mera antología de textos sabios y bellos. Esta es la grandeza de los seis volúmenes que constituyen *El mundo antiguo*, obra que se reimprimió dos veces y que nunca debería faltar en las bibliotecas y centros universitarios y también en los de bachillerato. Además, por su prosa bella, elegante y amena es también una obra para un público amplio que busca tener una opinión propia sobre la capacidad del ser humano como motor de la historia y creador de culturas. Yo creo que gracias a esta obra, el literato se hizo historiador con su propio método y análisis y pudo interpretar las grandes crónicas del siglo xvi con una mirada nueva y renovadora. Prueba de ello es que en los años siguientes, José Luis publicó estudios brillantes sobre Jerónimo de Mendieta (1524-1604), fray Bernardino de Sahagún (1499-1590) y su magna obra sobre Hernán Cortés (1485-1547) en 1992, acompañada de cuatro volúmenes de fuentes, obra cardinal en el pensamiento y en la construcción histórica del México moderno.

Mucho es lo que se podría decir sobre el contenido de estos seis volúmenes en los que se presentan las culturas desde el interior de ellas mismas, en su origen y evolución. Si observamos la descripción de cada una veremos que en todas hay un desarrollo lineal basado en tres elementos: espacio, tiempo y pensamiento. Para describir el espacio se sirve de la geografía; para describir el tiempo, de la historia de los acontecimientos, es decir, de la *res gestae*; para describir y analizar el pensamiento se sirve de los textos escritos organizados por su contenido y por el momento en el que fueron escritos. El resultado es una enciclopedia de nuestras culturas, asequible a todos, en la que se refleja la evolución de la historia humana y se hace visible la creatividad y la imaginación del hombre.

Las palabras que siguen son un intento de asomarnos a esta enciclopedia. Pero la ocasión pide brevedad y se impone un recorrido rápido, aunque compendioso y abarcador para mostrar la historia antigua de Egipto y Mesopotamia, India, Persia y el Islam, China, Japón, Grecia y Roma y los pueblos americanos en especial, nahuas, mayas y quechuas; si miramos el mapa, en este libro están las culturas más representativas de los cuatro continentes que integran nuestro planeta.

### EL ORIENTE PRÓXIMO: EGIPTO Y MESOPOTAMIA

La cultura más antigua es, tal vez, la de Egipto, las tierras desérticas alrededor del río más largo del mundo, el Nilo. En 1799, las tropas de Napoleón Bonaparte encontraron en el delta de este río, en Rosetta, una piedra de diorita grabada con tres alfabetos, uno de ellos, el griego y dos desconocidos. La comunidad científica europea en pleno neoclasicismo, recibió un gran impacto y varios eruditos comenzaron a estudiarla. Uno de ellos, el joven François Champollion (1790-1832), en 1822, logró descifrar las dos escrituras desconocidas con ayuda de una lengua semítica hablada en Etiopía, el copto, pariente muy cercano de la lengua del antiguo Egipto. Con el desciframiento de las escrituras contenidas en la piedra gracias al griego, se abría una era en el conocimiento del mundo antiguo. Desde ahora se podrían leer e interpretar aquellos jeroglíficos misteriosos que los eruditos europeos del Renacimiento y del Barroco admiraron en los obeliscos y en algunas esculturas traídas de aquel lejano país. Martínez nos presenta esta cultura en su total desarrollo desde el principio del tercer milenio antes de nuestra era hasta la conquista de Alejandro Magno (356-323) en 332 a.C. en una introducción en la que recorre los momentos culminantes de las 30 dinastías del Imperio egipcio. El calendario y la escritura aparecen como la raíz del pensamiento del que tenemos un enorme corpus de textos escritos en jeroglíficos sobre las paredes de las tumbas, de las pirámides, de los templos, en piedras y esculturas y en papiros, pues los egipcios inventaron la primera forma de papel conocida aprovechando el papiro, una planta que crece en el delta del Nilo.

Difícil tarea para José Luis fue la de escoger unos cuantos textos para darnos a conocer las creaciones principales de esta cultura y lo hizo presentando de todo un poco, en especial escritos religiosos y literarios: himnos a los dioses, cantos de amor, consejos de sabiduría y varios capítulos del *Libro de los muertos*, el libro que contiene la columna vertebral del pensamiento egipcio y que nos hace ver la importancia del más allá para este pueblo que el historiador griego Heródoto (c. 484–425) consideró el más religioso de la Antigüedad. El *Libro de los muertos* está presente a lo largo de los tres mil años de vida egipcia desde los *Textos de las pirámides*, y de él José Luis reproduce muchos fragmentos, en especial “la confesión negativa”, es decir, lo que el muerto recita ante Osiris para liberarse de los pecados. Así comienza el *Libro*: “Aquí se inician los capítulos del ‘Surgir del día’ y los cánticos de alabanza y de celebración y del salir y del entrar en el glorioso Neter-Jert y en el hermoso Amenter que deben recitarse en el día del sepelio, gracias a lo cual, el difunto penetra después del surgir”.<sup>4</sup>

Pero no todo es el *Libro de los muertos*. Aquí recuerdo dos pequeños fragmentos de la vida cotidiana: un canto que anticipa el tono amoroso de *El cantar de los cantares* de la *Biblia* y una reflexión de los escribas, aquellos que inventaron la escritura y nos dejaron su palabra:

Veo venir a mi hermana y mi corazón se llena de júbilo. Mis brazos están abiertos para abrazarla y mi corazón se regocija en su sitio cuando mi dueña viene a mí. Oh, quien fuera el anillo de su dedo.

*Hazte escriba:*

Los sabios escribas  
sus nombres seguirán vigentes hasta la eternidad.

<sup>4</sup> Esta versión del *Libro de los muertos* procede del *Papiro de Ani* (c. 1600 a.C.) conservado en el Museo Británico. Este papiro es el único que contiene el texto completo del citado libro y fue traducido por primera vez por el egiptólogo Karl Richard Lepsius, en 1842.

Aunque hayan desaparecido  
 aunque haya terminado el tiempo de su vida  
 la posteridad los haya olvidado  
 y no se les hayan hecho pirámides ni estelas de hierro.

En suma, son muchos los escritos que iluminan esta cultura y José Luis cierra su descripción con dos ensayos clásicos sobre ella: “Notas sobre el alma egipcia”, de José Ortega y Gasset, 1925 y “El descubrimiento de la tumba de Tutankamón”, de Leonard Cotrell, 1960.

En este volumen dedicado a Egipto, el primero de los seis, está también la cultura de Mesopotamia, el país que cuenta con una secuencia de imperios y culturas de tres milenios y en cierta manera, país gemelo de Egipto en la evolución de la historia antigua. Martínez se encarga de hacer una síntesis sobre ellas comenzando por la más antigua, la sumeria, que surge en las ciudades de la desembocadura de los dos grandes ríos, el Eufrates y el Tigris. La vida urbana comienza allí donde los dos grandes ríos se acercan para desembocar en el Golfo Pérsico y, con la vida urbana, viene la escritura en tablillas de arcilla que se guardaron en palacios y templos hasta que el francés Émile Botta (1802-1870), cónsul en Mosul y el inglés Henry Layard (1817-1894) descubrieron, en 1846, las ruinas de Nínive y en ellas una enorme biblioteca de tablillas con escritura cuneiforme de un famoso rey, Asurbanipal (668-627 a.C.). Cuando ambos descubrieron Nínive, otro inglés, Henry Rawlison (1810-1895) acaba de descifrar la escritura cuneiforme.<sup>5</sup>

Con ambos descubrimientos se hacía presente la historia de un mundo antiguo enterrado en la arena con sus ciudades, grandes templos, zigurats, esculturas en piedras cristalinas, artefactos de metal y bellos jardines. Poco a poco Martínez nos introduce en ese mundo y nos habla de los primeros habitantes, los sumerios, hablantes de una lengua única, sin parientes conocidos y de los imperios que los sucedieron, caldeos,

<sup>5</sup> En 1837 Henry Rawlison, oficial del ejército inglés en la India y después cónsul en Mosul, estudioso del sánscrito y del antiguo persa, logró descifrar un fragmento de la enorme inscripción del rey Darío en la roca de Behistum escrita con caracteres cuneiformes en tres lenguas: persa, elamita y caldea.

babilonios y asirios, de lengua semítica. De nuevo, la dificultad para escoger los textos adecuados en un universo casi infinito de tablillas que contenían literatura sagrada y profana, además de muchos escritos de carácter administrativo y comercial: relatos cosmogónicos, himnos a los dioses, el primer código de leyes hecho por el rey babilonio Hammurabi, hacia el 2077 a.C., y el gran escrito sumerio reformulado una y otra vez durante miles de años: *La epopeya de Gilgamesh*, la columna vertebral de las culturas de Mesopotamia. La epopeya es, tal vez, el relato más impresionante sobre la preocupación del hombre por encontrar la inmortalidad y ha sido traducida y publicada infinidad de veces; con ella, dice José Luis, se “inicia la literatura conocida de la humanidad” [...] “sus protagonistas —dice él— ‘son héroes con problemas humanos: el tiempo y el poder, la amistad y el amor, la muerte y la inmortalidad’” (vol. 1, p. 31). José Luis escoge el principio del relato y uno de los episodios más significativos del poema, el del diluvio, cuando uno de los dioses decide enviar la lluvia a la ciudad de Shuruppak y avisa a uno de sus habitantes para que construya una nave y la llene de bastimentos. El relato sigue con la descripción de la tormenta y el episodio final:

Durante seis días y seis noches  
Sopló el viento del diluvio  
La tormenta del sur barrió la tierra  
Al séptimo día  
La tempestad empezó a ceder  
El mar se calmó, la tormenta amainó,  
La inundación cesó.  
Observé el tiempo: reinaba la calma  
Y la humanidad se había cambiado en barro.

He aquí el origen del “diluvio universal”, que no es el único relato que pasó a la cultura judía de la cual somos herederos. Hay otros más de los que José Luis reproduce un canto de amor al rey sumerio Shu-sin, quien reinó hacia el 2500 a.C., y que él considera el primer canto de amor conocido de la literatura; nos recuerda *El cantar de los cantares*:

Esposo amado de mi corazón  
 grande es tu hermosura.  
 León amado de mi corazón  
 grande es tu hermosura, dulce como la miel.  
 Esposo, deja que te acaricie,  
 mi caricia amorosa es más suave que la miel.

El capítulo de Mesopotamia se cierra con dos estudios de especialistas conocidos, Ralph Turner, sobre “La cultura sumeria”, 1941, y Samuel Noah Kramer, “Algunas creaciones de la cultura sumeria”, 1959. Ambos ofrecen una visión moderna y completa de las culturas y el pensamiento de Mesopotamia.

#### PERSIA Y EL ISLAM

En su marcha hacia las culturas del Oriente lejano, Martínez se detuvo en un extenso territorio entre Mesopotamia y la India, Persia. Es ésta una región a veces olvidada que sólo aparece en los libros de historia cuando se habla de las guerras médicas entre griegos y persas. José Luis le dio su lugar en uno de sus volúmenes, el quinto, juntamente con el Islam. Persia, afirma José Luis en su introducción, “[...] ocupa una situación intermedia entre las grandes civilizaciones de Mesopotamia y las del Extremo Oriente... lo cual determinó que fuera, en ciertos periodos un gran imperio y en otros un campo de invasiones, y siempre, un lugar de cruce de pueblos y civilizaciones”. En estas palabras de José Luis se guarda una consideración importante sobre el devenir histórico, la de que las culturas están expuestas a la geografía y que esto a veces es una desventaja, aunque puede ser una gran ventaja: algunas culturas parece que desaparecen tras un choque con otra pero después resurgen enriquecidas y pujantes.

Es el caso de Persia expuesta a las invasiones de los pueblos de Occidente y de Oriente. El gran imperio de los aqueménidas fundado por Ciro el Grande en el año 559 a.C. absorbió los territorios de Mesopotamia y Egipto, y se convirtió en una amenaza terrible para las ciudades griegas. Sucumbió ante el empuje de Alejandro Magno en 333 a.C. pero,

a la muerte de éste, uno de sus generales, Seleuco Nicator, en 312 a.C., logró reunir los territorios de Asia en un nuevo imperio cuyas fronteras eran similares a las del Imperio aqueménida. El nuevo imperio, con capital en Seleucia, cerca de Babilonia, fue un foco de helenismo ya que en él se habló griego y se cultivó la cultura griega, a la vez que sus gobernantes establecieron contacto con la India de los Guptas. Una parte de este imperio cayó ante la expansión romana, pero otra parte quedó en manos de los persas, quienes lograron reconstruir de nuevo la unidad política que se conoce como el Imperio Sasánida, que se expandió desde Mesopotamia hasta la India y fue el rival de Roma por siglos.<sup>6</sup> Finalmente, la cultura persa es englobada por el Islam cuando el país fue conquistado por los árabes en el año 637 y, dos siglos después, el territorio persa fue presa de los turcos convertidos al Islam. En este escenario, Martínez da paso a una síntesis histórica muy completa, desde los orígenes de este país poblado por grupos indoeuropeos hasta la llegada de los mongoles de Tamerlán en el siglo xv de nuestra era.

En resumen, en un primer momento, los persas formaron el Imperio aqueménida que mira al Occidente, a Mesopotamia y a Egipto, y de estos países tomaron muchos elementos culturales, entre otros la escritura cuneiforme. En este imperio surge una religión, el zoroastrismo, por obra de Zaratustra, que da cohesión e identidad a un pensamiento propio: se elaboran los primeros textos, religiosos y literarios alrededor de un cuerpo de doctrina, el zoroastrismo, en una lengua indoeuropea, el persa antiguo o avéstico cercano a lengua de los Vedas. En el reino sasánida, el zoroastrismo cobra gran fuerza con el maniqueísmo consolidado por Manes (c. 216–254 d.C.) y toma su forma definitiva en el *Avesta*, el libro sagrado redactado en pehlevi, cercano al avéstico;<sup>7</sup> es también un periodo en el que el pensamiento de la India empieza a fluir hacia Occidente.

<sup>6</sup> El Imperio seléucida cayó en el año 64 a.C. conquistado por Pompeyo. Los territorios cercanos al Mediterráneo pasaron a ser la provincia romana de Siria. El nombre de sasánida corresponde a la palabra *shah an shan*, rey de reyes y se fija su origen en el año 226 d.C., el momento en que Ardacher I empieza a reinar en Ctesifonte.

<sup>7</sup> Se admite que el *Avesta*, libro sagrado del zoroastrismo, contiene pensamientos cercanos a los *Vedas* (Martínez, vol. 5, p. 15). Fue traducido al francés por Anquetil Duperron y publicado en 1771. El zoroastrismo sigue vivo, cultivado por los parsis, exiliados persas establecidos en India.

Ejemplo de ello es la traducción al persa del *Panchatantra* hecha por el médico Zurzoe en el año 550, por encargo del rey sasánida Cosroes II. Martínez reproduce un texto largo del *Avesta* del cual tomo un fragmento:

Con las manos extendidas llegaré a ti, oh Sabio  
 a ti como Justicia y con la veneración del ardiente  
 a ti con el vigor del Buen Pensamiento.  
 A la casa del canto que Zaratustra ha prometido a los hombres  
 del Sacramento  
 entró el primero el Señor Sabio  
 y esa casa está prometida a vosotros por vuestro Buen Pensamiento  
 y vuestra Justicia  
 en todos sus beneficios.

En el siglo VII, el Imperio sasánida cae ante el empuje del Islam y Persia de nuevo reconstruye su identidad bajo el signo de una nueva religión, la contenida en el *Corán*. Irán se convierte en una suma de culturas y además del pensamiento de la India se produce un trasvase del pensamiento griego —filosófico, médico y geográfico— gracias a las traducciones al árabe de los cristianos sirios de Damasco y Bagdad; tal vez el mejor representante de este nuevo pensamiento surgido en el ámbito cultural persa es el médico y filósofo Avicena (Ibn Sina, 980-1037), autor del *Canon* (*Al Qanun*), cumbre del pensamiento médico medieval. Pero además surge un movimiento literario con figuras como Firdusi (c. 935-1020) y Omar Khayyam (Al-Kayyami 1015-c. 1123). Firdusi es el autor de un extenso poema sobre la historia de Persia desde sus comienzos aqueménidas hasta la conquista árabe; lo tituló *El libro de los reyes*, *Shahnama*, y es considerado la epopeya nacional de Irán. Omar Khayyam es tal vez el poeta más conocido de la cultura persa, siempre angustiado por el destino humano. He aquí una muestra de los textos recogidos por José Luis de ambos poetas:

Dije a ese ciprés esbelto: Oh, cara de Luna, cuéntame durante esta noche esta historia, háblame del bien y del mal que hace el cielo tan lleno

de contradicciones que traen a cada hombre una suerte diversa. Nadie conoce su voz ni su humor, ni ve claramente las heridas que hace ni lo que puede curarlas. Respodiome: escucha mi cuento y ponlo en verso según este libro, en pehlevi (*El libro de los reyes*. Introducción).

El vasto mundo: un grano de polvo en el espacio.  
La vana ciencia de los hombres: las palabras.  
El fruto de tu continua meditación: nada.  
Nada me interesa ya: levántate y dame vino.  
Esta noche, tu boca es la más bella flor del universo.  
¡Vino rosado como tus mejillas!  
y que mis remordimientos sean tan leves como tus rizos.

(Omar Khayyam, *Rubaiyat*)

El capítulo de Persia se cierra con un extenso texto de Ralph Turner sobre “La cultura irania” tomado de *Las grandes culturas de la humanidad*, 1941, en el cual el autor ofrece una interpretación propia de la compleja cultura de Irán, que tuvo un papel relevante en el Islam.

Persia fue en una época el corazón del Islam y tal vez por ello José Luis incluyó en un mismo volumen el pensamiento de aquel país y el de un extenso territorio que es el Islam; tan extenso que abarcaba desde el occidente de Europa hasta las islas Filipinas en el oriente de Asia. Espacio, tiempo y pensamiento de un territorio tal es difícil de describir en medio volumen. José Luis lo hace en una introducción muy extensa en la que partiendo del espacio, la península Arábiga, expone la transformación de una cultura marginal en un universo en el que conviven muchos pueblos con sus lenguas y culturas unidas por un pensamiento religioso que surge en el siglo vi de nuestra era gracias a Mahoma (570-632). Martínez se introduce en el momento en que Mahoma y los califas que le sucedieron, cambiaron la faz del mundo antiguo en torno a un pensamiento contenido en un libro, el *Corán*, del cual el autor presenta varios capítulos. Delimita las dos grandes dinastías árabes, la de los Omeyas (660-750), con capital en Damasco y la de los Abasies, (750-1258) con

capital en Bagdad, en donde vivieron los grandes califas Al Mansur (754-775), Harum al Raschid (786-809) y Al Mamun (813-833). El apogeo cultural del Islam se presenta con profundidad y con las fuentes que lo vivificaron: por un lado la filosofía y la ciencia de Grecia trasvasada al árabe por los cristianos sirios; por el otro, la sabiduría literaria y matemática de la India vertida al persa y al árabe. Estos dos grandes legados culturales recorrieron el mundo árabe y penetraron en Europa a través de España. “Durante cuatro o cinco siglos”, afirma Fernand Braudel, “el Islam fue la civilización más brillante de todo el Viejo Mundo”.<sup>8</sup> Y, podríamos añadir, el extremo occidental del Islam fue el puente de transmisión de un pensamiento greco-árabe que vivificó las universidades europeas a través de varios pensadores en especial de Abentofail (c. 1126-1185) y Averroes (Mohamed Ibn Rochs 1126-1198), tal vez el mejor discípulo de Aristóteles. No es extraño que a la España árabe José Luis le dedicara una buena parte de su estudio.

El conjunto de textos escogidos por José Luis es muy grande, como lo requiere la extensión de la cultura del Islam en el espacio y en el tiempo: hay textos religiosos, muchos de *El Corán (Al Qur'an)*, históricos y sobre todo literarios en los que se refleja la vida de los pueblos que integraron este extenso imperio. En los albores de la palabra escrita en el desierto arábigo, los poetas beduinos cantan al amor. Uno de ellos, Imru'Al Qays (siglo VI), nos dejó su palabra:

EN LA ARENA,  
LA HUELLA DE NUESTROS CUERPOS

Con tiernas manos leves recibe de las más  
zarcillos de las viñas y palillos de Ishil.  
Y al caer la noche, el brillo de tu frente  
disipa las tinieblas...  
Doncella cuyos ojos resaltan su blancura  
y que ha hecho brotar agua abundante y clara...

<sup>8</sup> Apud José Luis Martínez, *El mundo antiguo*, vol. 5, p. 81.

Muchos son los textos que José Luis nos presenta, textos de muy variadas culturas, todos ellos precedidos de introducciones en las que se traza un buen contexto del autor. José Luis reconoce que a veces es difícil saber si un poeta escribe conforme a la tradición de su propio país de origen o la de una lengua que se universaliza y se hace clásica. De la época de los Abasies procede la colección de cuentos tal vez más rica y famosa, *Las mil y una noches*, de las que reproduce muchas historias precedidas de una explicación muy amplia, de modo que el lector pueda valorar este legado del califa Harum al Raschid.<sup>9</sup> Más allá de estos cuentos, he aquí dos ejemplos de la riqueza poética de este extenso Islam, uno de un poeta beduino Rummah (siglo VIII) y otro de Al Buthuri (c. 819-897) poeta sirio de la corte de Bagdad:

#### MUJER VELADA

Entre todos los vestidos, ¡que Alá confunda el velo!  
Mientras vivamos será un azote para los jóvenes  
Nos esconde a las bellas sin que podamos verlas  
Y disimula a las feas para inducirnos a errar.

Nunca olvidaré nuestra noche  
un largo abrazo en que el viento violento del deseo  
no cesó de mezclar de una y otro  
nuestras ramas sensibles.

Una última parte hay que destacar en este dilatado Islam: la dedicada a la España árabe, Al Andalus. Este tema es la ocasión para que el autor se adentre en la civilización hispano-árabe con sus ciudades, mezquitas, productos orientales y sobre todo su legado de humanismo y de ciencia

<sup>9</sup> José Luis Martínez, en la introducción hace un estudio de esta colección de cuentos y recoge opiniones de estudiosos árabes sobre su origen, procedencia y estilo. Se considera que el esquema narrativo procede de la literatura hindú y llegó a los árabes a través de los persas. Existen varias versiones de los textos y se sabe que se fueron recopilando poco a poco; a partir del siglo XVIII se hicieron bastantes traducciones y ediciones en varias lenguas europeas.

con un gran fondo griego. Son muchos los textos que José Luis escoge para mostrar el pensamiento de Al Andalus en derecho, medicina, filosofía aristotélica, mística y poesía lírica. Recoge las palabras del arabista Emilio García Gómez (1905-1995), el gran traductor de la poesía árabe-española, quien afirma que en esta cultura se produce “un delirio universal por la poesía” (vol. 5, p. 88). De ellos reproduzco una de Ibn Hazan de Córdoba (994-1063), incluida en su obra maestra, *El collar de paloma*, un tratado sobre el amor refinado y sutil, rico en imágenes literarias de gran belleza.<sup>10</sup>

Me quedé con ella a solas sin más tercero que el vino  
mientras el ala de la tiniebla nocturna se abría suavemente.  
Era una muchacha sin cuya vecindad perdería la vida  
¡Ay de ti! ¿Es pecado este anhelo de vivir?  
Yo, ella, la copa, el vino blanco y la oscuridad  
parecíamos tierra, lluvia, perla, oro y azabache.

Termina José Luis este rico capítulo sobre el Islam con una figura universal: el historiador Ibn Jaldún (1332-1406) autor del *Libro de los ejemplos instructivos y registro de los orígenes y los hechos de la historia de los árabes, persas y bereberes*. José Luis comenta el primer capítulo llamado “Los prolegómenos” y lo califica como “el primer intento sistemático para investigar las leyes que gobiernan la evolución de la sociedad y la cultura”.<sup>11</sup> Hoy día Ibn Jaldún es una figura clave en la historiografía mundial, pionero de la historia moderna por su forma de enfocar el devenir histórico teniendo en cuenta los fenómenos sociales.

Tres estudios sirven de epílogo a este volumen: El primero de Renier Dozy sobre “Bagdad”; el segundo de Fernand Braudel sobre “Tierras y mares del Islam” y el tercero, de H. A. R. Gibb, sobre “Literatura árabe”.

<sup>10</sup> En la introducción José Luis informa, siguiendo al prestigiado arabista Emilio García Gómez, que Ibn Hazan tuvo una vida muy agitada en la política. A los 28 años se retiró a Játiva (Valencia) para escribir su obra maestra, *El collar de la paloma*.

<sup>11</sup> Ibn Jaldún o Khaldun nació en Túnez y realizó misiones diplomáticas en Sevilla, Granada y Damasco. Enseñó en la mezquita de El Cairo, ciudad en la que murió.

## EL ORIENTE LEJANO: INDIA, CHINA Y JAPÓN

Más lejos de nosotros están las culturas de India, China y Japón. Más lejos en el espacio, pero cada vez más próximas en el tiempo, ya que en las últimas décadas y gracias a los avances tecnológicos, hombres y culturas se acercan más y más. Nuestro tiempo es hoy tiempo de todos y el Oriente lejano es ya un Oriente cercano que mucho nos interesa. En realidad, el interés empezó a surgir en el siglo XVIII, cuando los académicos europeos se interesaron por las culturas y las lenguas de India, China y Japón. Tanto es así que estos nuevos sabios fueron llamados “orientalistas”. Hoy no es necesario ser orientalista para saber de estas culturas; José Luis las incluyó en sus seis volúmenes sobre *El mundo antiguo* (vols. 1 y 4) y las incluyó con tres estudios muy completos.

El primero, sobre India, abarca un tiempo largo, desde la llegada de los indoeuropeos (segundo milenio a.C.) hasta la época moderna, poco antes que los ingleses se anexaran el país. Y aquí conviene recordar que el pensamiento de la India, a diferencia de otras culturas, no ha perdido su esencia desde la época védica de tal manera que espacio, tiempo y pensamiento siguen funcionando como una unidad armónica. La India, afirma José Luis, “es uno de los crisoles de la humanidad del que han surgido concepciones religiosas y morales, mitos, epopeyas, cuentos y poesías de poderoso espiritualismo e imaginación” (vol. 1, p. 177). En esta frase está condensado el sentir del autor y la meta de su estudio, que es la de dar a conocer la originalidad y la profundidad de las creaciones de este pueblo a través de los textos escritos. Parte él de identificar un espacio geográfico que poco a poco toma cuerpo como una unidad política con la llegada de los indoeuropeos y la sucesiva expansión de ellos hasta formar un gran imperio. Destaca también que es un pueblo sujeto a invasiones desde la época persa y después con Alejandro, el introductor del helenismo; finalmente, los árabes extienden el Islam por este territorio y los mongoles se asientan en él y dejan su huella.

Pero también en este ir y venir de culturas, la India conserva y enriquece su identidad construida alrededor del bramanismo y el budismo y expresada en un cúmulo de textos en muchas lenguas. Supongo

que no le fue fácil a José Luis escoger un corpus de textos representativo del desarrollo histórico del pensamiento hindú, dada la cantidad y calidad de los escritos en lenguas de la India en especial el sánscrito y sus hijas, el prácrito y el pali. De los muchos textos aquí reunidos escojo dos, ambos de la literatura védica, uno de índole cosmogónica, tomado del *Rig Veda*, en sánscrito arcaico, y el otro de índole religiosa tomado de los *Upanishadas*, que son tratados en los que se plasman los esfuerzos del hombre por llegar al principio creador, universal, el *bratman* y encontrar la armonía entre tal principio y el principio individual, el *atman*; ellos son como la columna vertebral del pensamiento que movió a la India a lo largo de su historia.<sup>12</sup>

Entonces el no ser no existía  
ni tampoco existía el ser.  
No existía el espacio etéreo  
ni, más allá, la bóveda celeste...  
No existía la muerte  
ni existía lo inmortal...  
Solo el Uno respiraba  
sin aire, por su propia fuerza...

Aquel que entre los hombres es feliz y rico... he aquí la suprema felicidad. Y cien felicidades humanas equivalen a una felicidad de los Padres que conquistaron el Cielo. Y cien felicidades de los Padres equivalen a una felicidad de los dioses que consiguieron su divinidad mediante sus buenas obras... y cien felicidades de los dioses equivalen a una felicidad en el mundo de Prahapati.<sup>13</sup> Y cien felicidades del mundo de Prahapati equivalen a una felicidad en el mundo de Brahman. Y esta es la felicidad suprema.

<sup>12</sup> Se considera que la literatura védica se genera a partir del año 1200 a.C. y se trasmite por tradición oral. Los Vedas están en un sánscrito arcaico. Hacia el siglo IV a.C. comienza a usarse la escritura conocida como *brahmi*. Los *Upanishadas* datan del primer milenio a.C. y están escritos en sánscrito clásico. Fueron traducidos al latín por el ya citado orientalista Anquetil Duperron y publicados en 1801.

<sup>13</sup> Prahapati en los textos védicos, dios creador o dios supremo. Los lingüistas conectan la palabra *praha* con la griega *protou*, primero.

Sobre esta idea de la armonía *bratman-atman* gira el pensamiento de la India, que al entrar en contacto con otras culturas, a veces de forma violenta, no perdió su columna vertebral, antes bien, la enriqueció a través de su historia. Si quisiéramos representarlo en una línea tendríamos que escoger la espiral y buscar su origen en el *Rig Veda*. La espiral traspasa el tiempo y se expande y ensancha con reflexiones llenas de imaginación y poesía. Como final, tomo un ejemplo de la literatura del siglo XVI, del poeta Vidyapati quien meditó profundamente sobre el amor y la muerte:

El amor de mi amor es cruel como la muerte.  
Construí un hogar para encontrar la dicha  
y el fuego del fogón lo ha consumido.  
Esperaba bañarme en un mar de placeres  
y ¡ay!, el mar estaba envenenado.  
Lo poco que tenía lo perdí todo  
mientras buscaba la fortuna.  
Mi amor se complace en mostrar mi vergüenza  
mi amor que es cruel como la muerte.

Cuatro estudios magistrales completan la presentación que Martínez hace de la India: de José Vasconcelos sobre la “Relación del Buda con Jesucristo”; de Albert Schweitzer sobre “El Buda y su doctrina”; uno más, de Charles Simond, sobre “La India y el Occidente”; y, finalmente, el de Mircea Eliade sobre “Las posturas y la disciplina en el yoga”.

Las culturas de China y Japón quedan lejos y tal vez por ello, Martínez las quiso acercar al mundo europeo con una descripción amplia y profunda centrada en el espacio, tiempo y pensamiento. China es, para el autor, un país complejo y refinado “con un vivo sentido histórico; generación tras generación, los chinos consignaron en voluminosos anales relatos detallados de sus principales acontecimientos” (*El mundo antiguo*, vol. 4, p. 20). Por ello, José Luis en su introducción no duda en presentar un tiempo histórico de larga duración en un extensísimo espacio, desde los primeros tiempos (segundo milenio a.C.) hasta la última dinastía, la de los manchúes, la llamada dinastía Ch’ing (1644-siglo xx).

Tantos años de vida de un país son analizados por Martínez como una cultura bien delimitada en la que se va formando un pensamiento propio. Los comienzos están en el segundo milenio a.C. con la dinastía Shang, en un espacio vivificado y delimitado por los dos grandes ríos de China, el Hoang-ho, río Amarillo y el Yang-tse-kiang, río Azul. De esta época son los primeros escritos y se levantan las primeras piedras de la Gran Muralla; el país logra su unidad política y cultural.<sup>14</sup> A esta dinastía sucede la Chou (1122-221 a.C.) de casi un milenio, durante la cual se consolida la escritura y comienza la literatura histórica en forma de Anales. Además, se redactan los cinco libros clásicos de China.<sup>15</sup> Durante esta dinastía nacen Confucio (c. 551-479) y Lao-Tsé (c. 604 a.C.).

Momento de esplendor es la dinastía Han (206 a.C.-220 d.C.) cuando China llega al Turquestán; se construyen grandes ciudades y la doctrina de Confucio contenida en las *Analectas* es adoptada como religión de Estado, cuando ya era “conducta de vida”; entran los misioneros budistas y se institucionaliza la ruta de la seda que llega hasta el Mediterráneo a través de Persia y con ella se establece una red de comunicación con Occidente, con el Imperio romano. Hacia el año 100 a.C. se inventa el papel, se fija la caligrafía y se hace el primer catálogo de textos con sentido filológico. Hay más momentos de esplendor en la historia china que José Luis destaca en la introducción y que aquí cito de pasada: la época de la dinastía Tang (618-907) en la que se establece una formidable red administrativa, se descubre la brújula, la pólvora y las prensas móviles. Otro momento importante es la conquista de China por Gengis Kan y la instalación de una nueva dinastía mongólica con Kublai Kan, 1258, quien establece la corte en Pekín. En 1275 llega a China Marco Polo. A la invasión de los mongoles siguió la dinastía Ming (1368-1644) durante la cual Occidente entra en China: los portugueses establecen factorías comerciales en la costa y los jesuitas penetran en la

<sup>14</sup> A la dinastía Shang siguió la Chou (1122-221 a.C.) en la cual se extiende el uso del hierro y se forma la gran corriente de pensamiento de Confucio (Kung-Fu-Tse) y Lao-Tse. A esta la dinastía sucede la breve de los Ch'in que reunifica el país, unifica la escritura y termina la construcción de la gran Muralla.

<sup>15</sup> Son ellos el *I King*, libro de las mutaciones; *Shu King*, libro de la historia; *Che king*, libro de canciones; *Li King*, libro de ritos y *Ch'un*, Anales de primavera.

corte de los Ming. La lengua y la cultura china se extienden a Indochina, Mongolia y Manchuria.

Sobre este sustrato histórico José Luis traza las líneas de una cultura milenaria en la que se va formando un pensamiento religioso y filosófico basado en un canon formado por el taoísmo, confucianismo y budismo. Para José Luis, el libro de Lao-Tsé, el *Tao te King*, *Libro del camino*, es “fascinante” por sus principios filosóficos, el *ying-yang* y por sus consejos prácticos: “en él se propone un camino para acercarnos a la comprensión de los principios vitales que rigen la naturaleza y la existencia del hombre y nos induce a una renuncia, a un olvido de nosotros mismos”. De entre los muchos ejemplos traigo un fragmento del *Tao te King*:

El Tao que puede ser expresado no es el Tao absoluto.  
El nombre que puede ser revelado no es el Tao absoluto.  
Sin nombre es el principio del Cielo y la Tierra.  
Con nombre es el principio de todas las cosas.  
Este principio se llama Infinita Profundidad.  
Profundidad no develada aún por el hombre  
que es la puerta de todas las maravillas del Universo.

No es menor la profundidad contenida en las *Analectas*, en las que se manifiesta la búsqueda del bien supremo a través de la educación y se busca el perfeccionamiento del hombre como meta y fin de la vida, dentro de un camino regido por el equilibrio, la armonía y la libertad. He aquí una reflexión de esta obra de Confucio cuyas reflexiones son universales: “La costumbre, como fuerza espiritual tiene que afirmar y regular la naturaleza en forma tal que no quede violentada, sino que se someta voluntariamente a la dirección del espíritu. Así se torna buena y los peligros que se provocarían por un conflicto entre el espíritu y la carne, son evitados”.

En suma, taoísmo y confucianismo dan forma y contenido al alma China y conforman un pensamiento centrado en reflexiones acerca del principio del universo y de la conducta humana, reflexiones que sirven en todo tiempo y en todo espacio a todos los hombres. Ambos libros, el *Tao te King* y las *Analectas* son, además, un manantial de creación literaria

desde la época de los Chou, creación que tiene su mayor florecimiento en la poesía de la época Tang y en el cuento de la época de los Ming. Entre los muchos ejemplos de la obra de José Luis, escojo tres poemas de tres épocas distantes: el primero, de la dinastía Shang, conservado en el *Che King*, el *Libro de las canciones*:

Pesa el rocío sobre las hierbas. Al fin se puso el sol.  
 Llenad, llenad las ánforas de jade  
 la noche sólo ha comenzado.  
 Toda la noche pesa el rocío  
 sobre las hierbas y sobre el trébol.  
 ¡Tan pronto, tan pronto secará el rocío!  
 ¡Tan pronto pasará la noche!

El segundo es de Li Po (701-762), considerado el mayor poeta chino:

¿Por qué vivo en la colina verde jade?  
 Río y no respondo. Mi corazón sereno  
 flor de durazno que arrastra la corriente  
 no el mundo de los hombres  
 bajo otro cielo vivo, en otra tierra.

El último, de Su Tung P'o (1037-1101), político y literato destacado:

Diez años: cada día más lejos  
 cada día más borrosos, la muerta y el vivo.  
 No es que quiera recordarla: no puedo olvidar.  
 A miles de *li* su tumba sola  
 pensamientos de ella, hacia ella: sin ella.

El capítulo sobre China se completa con cuatro estudios: un capítulo de la obra de Marco Polo sobre “El palacio del Gran Kan”; un capítulo de Ralph Turner sobre “Cultura y literatura chinas” y un ensayo de Kenneth Scott Latourett sobre “Aspectos de la cultura China”.

Los chinos pusieron el nombre a la isla que tenían al norte y al oriente de su país, Je-Pen, País del Sol naciente, nombre que cambió a Ni-pon cuando los habitantes de esa isla leyeron los ideogramas chinos. La isla eran muchas islas, o como José Luis dice:

[...] un rosario de islas e islotes en el Extremo Oriente... con un territorio montañoso y numerosos volcanes que han provocado erupciones y deslizamientos terrestres... Esta naturaleza, de numerosos contrastes y contingencias meteorológicas, determinó la formación de un pueblo que ha tenido que luchar duramente para sobrevivir y que se mostró siempre sensible a las variaciones del mundo que lo rodea (p. 203).

Sobre este espacio José Luis construyó el pensamiento de un pueblo a lo largo de su historia, desde los orígenes hasta la época moderna. En la introducción coloca al lector en un tiempo dividido en periodos que nos dan la pauta del cambio histórico de Japón: señala él que hay un primer periodo Azuka en los siglos VI y VII precedido de un tiempo en el que la isla sufre una gran llegada de gente de China y de Corea, que empuja a los habitantes originales, los hainu, hacia el norte, a la isla de Hokaido. Con la llegada de estos grupos se introduce el budismo y la escritura, y comienza la historia de Japón. Se establece el primer *mikado*, emperador, y poco después, en 710, se unifica el país con capital en Nara. Se abre paso un periodo innovador en el que se redactan las primeras crónicas y se compone la primera antología poética: la *Colección de las mil hojas*.<sup>16</sup>

Al periodo Nara sucede el periodo Heian (794-1192) con cambios importantes: la capital se muda a Kyoto y se consolida la potestad del emperador, aunque los shogunes conservan parte del poder. El país se cierra a los influjos chinos de la dinastía Tang y la cultura japonesa empieza tomar un rostro propio; se simplifica la escritura china, se extiende el budismo sobre el sustrato shintoista original y surge una literatura brillante, plasmada en la poesía y en la novela. Y en este punto, es

<sup>16</sup> Esta obra incluye 4496 poemas.

interesante resaltar la importancia de la novela cultivada por mujeres, entre las cuales están dos muy reconocidas, Sei Shonagon (c. 965-1013) y Murasaki Shibuki (c. 979-1031), de las cuales se dice que sabían leer la escritura china. Sei es autora de *El libro de la almohada*, *Mapura no soshi*, conjunto de novelas cortas y cuentos sobre la naturaleza y sobre la vida cotidiana de la gente; Murasaki dejó una obra clásica, *La historia de Genji*, *Genji monogatari*, novela amorosa entre un principal y una mujer humilde y el hijo de ambos. La trama es compleja y está llena de amores y pasiones narrados con gran intensidad. Al periodo Heian sigue un largo periodo que, José Luis —tomando las palabras de Fernand Braudel— califica de “una interminable Edad Media”. Es una etapa de larga duración que incluye dos periodos, Kamakura (1192-1333) y Muromachi (1333-1573). Durante el periodo Kamakura la historia interna de Japón vive momentos difíciles: ataques de los mongoles y guerras civiles entre los shogunes. Es también cuando se introduce el budismo zen (meditación) que se constituye como columna vertebral de la cultura japonesa. El budismo zen se deriva de una corriente de pensamiento dentro del budismo Mahayana, generada en el norte de India hacia el siglo II d.C.<sup>17</sup>

El budismo zen —afirma Martínez— que en China fue solo una especulación religioso-filosófica sin mayor relieve, en Japón se transforma en una corriente que libera a los samuráis de inhibiciones morales al mismo tiempo que es la base de una estética de la contemplación pura que da origen a memorables obras de arte (vol. 4, p. 210).

Poco a poco pierden poder los shogunes y en el siguiente periodo Muromachi (1333-1573) el país se organiza en dos capitales y con dos emperadores. En este periodo pasan cosas muy importantes: se restablecen las relaciones con China y en 1542 llegan los portugueses, con armas de fuego, hecho que produce un gran impacto. Pero no fue menor otro impacto: en 1549 llegan los misioneros jesuitas con Francisco Javier

<sup>17</sup> Mahayana significa gran meditación, de *maha*, magna y *dhyana*, meditación.

(1506-1552) al frente predicando una nueva religión.<sup>18</sup> Pronto el impacto se tradujo en una reacción: a finales del siglo, en 1587, un nuevo mikado Hideyoshi, expulsó a los misioneros portugueses y en 1597, empezó la persecución contra los cristianos. Los sucesores de Hideyoshi, que pertenecen a un nuevo periodo, el llamado Edo, continuaron la política de aislar a Japón y en 1637, Ieyatsu cerró las puertas del país a extranjeros y prohibió salir a los japoneses. Durante dos siglos y medio Japón vivió en sí mismo y para sí mismo hasta 1867, año en que el comodoro Mathew Perry (1794-1858) forzó la apertura.

Parte importante del pensamiento japonés está contenido en su literatura y desde luego en su poesía. La poesía está presente a lo largo de la historia de Japón y, de ella, José Luis presenta una muestra muy amplia que incluye poemas desde los primeros escritos del periodo Nara hasta las creaciones del siglo XVIII, siempre precedidos de una introducción para ubicar al autor en el espacio y en el tiempo. He aquí un poema de Kaki no Moto (c. 680-710).

#### EL ESPEJO

Quando me ocurre  
detener la mirada  
en las profundidades  
de mi espejo claro,  
al que allí encuentro  
es un desconocido

Del periodo Heian recuerdo dos poemas: uno de Ono no Komachi (810-880) dama de la corte y otro de Ki no Tsurayuki (c. 868-946), quien también fue crítico literario.<sup>19</sup> Ambos poemas recogen un sentimiento universal: el destino humano.

<sup>18</sup> Francisco Javier llegó a Kagoshima, al sur de Japón en 1549, con Cosme de Torres. Predicó en la zona dos años y tres meses y dejó una pequeña comunidad cristiana. Regresó a India y se embarcó para China. Murió en la isla de Shang-Chuan, en 1552.

<sup>19</sup> Tsurayuki fue el encargado por el emperador, con otros dos poetas, de elaborar una antología Kokinshu, en la que se recopilaron 1111 poemas ordenados en 20 libros (Martínez, vol. 4, p. 223).

¿Es sueño  
o es real este mundo?  
¿Puedo saber  
Qué es real, que es sueño  
Yo que ya no soy?

Luna en el agua  
recogida en la concha  
de una mano.  
¿Es real o irreal?  
Eso fui yo en el mundo.

El centro de la poesía lo ocupa, sin duda, el gran poeta Matsúo Basho (1644-1694), el autor del conocido poema *Sendas de Oku*, 1689. Oku profesó un estricto budismo zen y pasó su vida como peregrino de la belleza y la meditación. José Luis lo define como “explorador solitario que viaja a través de las ásperas provincias del norte en busca de valores estéticos y morales” (p. 240). Oku es también el más conocido creador de haikús, composición poética generada y muy cultivada en Japón. José Luis reproduce varios haikús tomados de la traducción que de Basho hizo Octavio Paz (1914-1998) con Eikichi Hayashiya (1919-2016) en el libro *Sendas de Oku*, 1957. He aquí una muestra:

Este camino  
Nadie ya lo recorre  
Salvo el crepúsculo.

La poesía japonesa es fecunda y original, tiene su propia morfología y significado y culmina en el haikú, en el cual se logra una síntesis poética resultado de una meditación. Pero más allá del haikú hay también poesía amorosa, popular, anónima como ésta de una geisha:

#### LA CARTA

Si no hay luna  
en invierno la leeré en la claridad de la nieve  
en verano, al resplandor de las luciérnagas

y si no hay luna ni luciérnagas,  
en la oscuridad la leeré con mi corazón.

La riqueza de la literatura japonesa culmina con el teatro Noh al cual José Luis le dedica una buena parte de su libro, puesto que lo considera una creación original del Japón. Según Martínez el creador es Kan'ami Kiyotsugu (1333-1384). El depuró los elementos de las representaciones religiosas antiguas y formó la pieza escénica en la que entra la música, la poesía, la danza, el coro y la mímica. José Luis hace una profunda descripción de la naturaleza y el contenido de este teatro y presenta dos piezas completas del creador de género, Kiyotsugu y de su hijo Zeami Motokiyo.

El final del capítulo son tres estudios: de Donald Keene sobre “La poesía japonesa”, de Kazuya Sakai sobre “El teatro Noh” y de Jean M. Rivière sobre “La pintura zen y la ceremonia del té”.

#### EUROPA MEDITERRÁNEA: GRECIA Y ROMA

De Oriente regresamos a Occidente, a Grecia y a Roma, dos culturas hermanas como sus lenguas, aunque el desarrollo histórico de ambas corriera por cauces muy diferentes: Grecia, floreció en sí misma, en ciudades independientes. Roma fue tal vez, la fuerza política creadora del mayor imperio de la Antigüedad. Ambas culturas están descritas con gran amplitud, en especial la griega, que abarca un volumen completo, el segundo. Grecia es para José Luis, “el apogeo de la belleza y la razón” (vol. 2, “Introducción”, p. 15). Esta es la idea central de la exposición de José Luis en la que podemos visualizar una descripción organizada conforme a espacio, tiempo y pensamiento. Y dentro del espacio, un territorio siempre cerca del mar y cerca de alguna isla. Grecia es una civilización marítima que se expande por el Mediterráneo gracias a las ciudades fundadas por los griegos en costas tan lejanas como las de Hesperia (*Vesperia*, hoy España). En este dilatado espacio José Luis dibuja un tiempo largo, desde el segundo milenio a.C. con la llegada de los pueblos indoeuropeos, hasta la conquista de Grecia por Roma en el año 146.

En ese tiempo se desarrolla la cultura de Creta, las guerras micénicas y la consolidación de un espacio común lingüístico y cultural alrededor del Mar Egeo, perturbado por las guerras médicas durante más de un siglo (546-480); tras el triunfo sobre los persas y el final de la guerra del Peloponeso entre las ciudades griegas, surge el imperio de Alejandro Magno y finalmente la caída de la Hélade ante Roma, tras la toma de la ciudad de Corinto en el año 146 a.C.

En este tiempo largo, Martínez presenta una síntesis sustanciosa no sólo de la *res gestae*, sino también de la evolución social, de la literatura y el arte, y sobre todo, de la creación de un pensamiento basado en el desarrollo de la lógica y la filosofía, del cual somos deudores directos. El tiempo griego tiene un epílogo en el que se logra una extraordinaria expansión de este pensamiento más allá de las fronteras de la lengua: es el tiempo conocido como el periodo helenístico, en el cual, partir de la conquista de una gran parte de Asia por Alejandro Magno (356-323 a.C.) la cultura griega se expande hasta la India y deja una huella profunda en todo el Mediterráneo oriental y en el Oriente próximo.

Un cúmulo de textos, dispuestos en orden diacrónico, son fuentes en las que el lector puede examinar el origen y desarrollo de este pensamiento cuyo primer impulso se manifiesta en la adaptación de la escritura fenicia. Gracias a la escritura conocemos los relatos cosmogónicos, las primeras reflexiones filosóficas sobre el origen del universo, los primeros relatos históricos y literarios y las primeras instituciones y leyes para crear una sociedad nueva que cristaliza en la *polis*, la ciudad, el espacio donde comienza nuestra modernidad política. En los albores de la polis son protagonistas Homero y Hesiodo, los que elaboran los primeros escritos en verso y en prosa. En este periodo ya hay una voluntad de separar lo humano de lo divino y de ahondar en el conocimiento de lo humano: “numerosas son las maravillas del mundo, pero la mayor de las maravillas es el hombre”, decía Sófocles (vol. 5, p. 417). José Luis prosigue esta búsqueda de lo humano, de la condición humana y del destino final en textos del periodo clásico, del teatro de Esquilo, Sófocles, Eurípides y Aristófanes, de los que reproduce fragmentos esenciales. Parte importante de este pensamiento es la filosofía a la cual, Martínez concede un

lugar muy destacado a tal grado que las páginas dedicadas a este tema son una excelente introducción a la filosofía griega. Comienza con Heráclito (c. 576-480 a.C.) del que reproduce muchas reflexiones. He aquí una en el que se muestra la separación de lo divino y lo humano: “Este mundo, el mismo para todos, no lo hizo ninguno de los dioses ni de los hombres, sino que ha sido eternamente y es y será un fuego eternamente viviente, que se enciende según medidas y se apaga según medidas” (vol. 5, p. 19).

La exposición de José Luis, verdaderamente profunda y didáctica, abarca las grandes figuras de la filosofía: los presocráticos, Sócrates, Platón, Aristóteles, Plotino, Hiparco, con introducciones sobre la vida y la obra de cada uno de ellos y con información basada en estudios de especialistas. José Luis centra su interés en las aportaciones en el campo de la teoría del conocimiento, de las clasificaciones, de la física, de la metafísica y del diálogo dialéctico, siempre abierto a nuevas soluciones. Puede decirse que en las páginas de José Luis se logra un breve tratado de historia de la filosofía muy provechoso para todo aquel que quiera acercarse al pensamiento originario de la ciencia y el humanismo. De no menor importancia es la parte dedicada a la literatura, concretamente a la poesía. En ella se refleja el espíritu de Martínez, siempre amante de la literatura y volcado a la poesía; el autor se recrea en la poesía de Safo (fl. 621 a.C.) y de otros muchos nombres que nos han llegado a través de la llamada *Antología griega*, formada a su vez por dos colecciones de poemas: la *Antología palatina*, recopilada por un erudito bizantino en el año 980 y la *Antología* del monje Máximo Planudes, un humanista de Bizancio, en 1301. He aquí una brevísima selección de poemas: los dos primeros son de Safo; el tercero de la poeta Anyte (siglo III a.C.); el cuarto, de Agatías (531-580 d.C.).

#### SOLEDAD

Se fue la luna  
se pusieron las Pléyades  
es medianoche  
pasa el tiempo  
estoy sola.

Madre dulce, mi tela  
tejer no puedo.  
Afrodita suave, me vence  
y de mi amado siento el deseo.

EPITAFIO DE UN ESCLAVO

Vivo,  
este hombre fue Manes, el esclavo.  
Muerto  
ya es par del rey Darío.

LA MUJER DE LOT

Ésta es la tumba  
sin cadáver dentro.  
Ésta es la muerta  
sin la tumba afuera.  
Ser en su estar  
y caracol cadáver  
mujer de sal  
que es tumba de sí misma.

Una más de Safo, cierra este pequeño florilegio griego:

Debo darle gracias a la poesía,  
me hizo feliz.  
Y ahora que estoy muerta,  
no caerá sobre mí el olvido.

Espacio, tiempo y pensamiento griego se completan con tres lecturas: una de Gilbert Murray sobre “El valor de Grecia para el futuro del

mundo; la segunda de Werner Jaeger sobre “El valor de los griegos en la educación humana” y la tercera, de Alfonso Reyes sobre “La expansión helenística”.

El camino de Grecia lleva a Roma, pues la cultura romana es casi siempre descrita unida a la griega, aun cuando cada una tiene su espacio y tiempo propios, pero comparten pensamiento, ya que Roma fue heredera directa de las creaciones de los griegos. Romanos y griegos entraron en contacto en el siglo III a.C. en la Magna Grecia, territorio del sur de Italia y Sicilia en el que las ciudades de la Hélade habían establecido colonias a partir del siglo VII a.C. Para trazar la historia de Roma, José Luis sigue el esquema de siempre: espacio, tiempo y pensamiento. Italia es una península larga y estrecha rodeada de mares con una cadena montañosa como columna vertebral y una gran cordillera en el norte que corre en horizontal y que la separa del centro del continente europeo. El tiempo de Italia es un tiempo largo desde la fundación de Roma en el año 753 a.C. hasta la caída del imperio romano en el año 476 d.C. Destaca José Luis los momentos clave en los que se consolida el poder de Roma: la separación del reino etrusco, en el siglo VII, la constitución del nuevo país dentro de una estructura en forma de república en el año 509 a.C. que termina con el triunfo del poder personal con Julio César en el año 49 a.C. y, poco después, sigue el imperio en el 27 a.C. con Augusto.

La república es un periodo de consolidación de instituciones con una incipiente estructura tripartita de reparto de poder: magistratura, senado y asambleas populares. Fue también tiempo de luchas sociales, de guerras civiles y de invención de leyes que cristalizan en un sistema de derecho con una arquitectura muy bien organizada, del cual somos deudores. Pero también es un periodo de conquistas, de grandes victorias sobre los pueblos que hacen de Roma la dueña de más y más tierras cada vez más lejanas al Mediterráneo hasta conformar un extenso imperio, tal vez el más extenso de la antigüedad. Estas tierras, organizadas en provincias, fueron romanizadas con una lengua, el latín y con una estructura político-social según el modelo diseñado por Roma desde sus primeras conquistas en la península Itálica.

En estos siglos de la historia de Roma que José Luis describe en la introducción suceden muchas cosas. Hay distintos sucesos de *res gestae* que los historiadores han analizado minuciosamente y que nos permiten conocer la génesis y la caída del imperio, las dinastías imperiales, las luchas, las victorias y los fracasos, el día a día del vivir romano. A José Luis le interesa el pensamiento, y para adentrarse en él, escoge un conjunto de textos de diversa índole ordenados en una secuencia cronológica, con introducciones muy sustanciosas en cada autor. Un rasgo muy destacado por José Luis es la falta de textos escritos en los primeros siglos de la historia de Roma; estos aparecen en el siglo III a.C. cuando los romanos entran en contacto con el pensamiento griego en la magna Grecia. En realidad, los primeros textos son de los comediógrafos Plauto (c. 245-184 a.C.) y Terencio (c. 190-159 a.C.). Ambos están muy inspirados en el teatro del griego Menandro (342-292 a.C.) y cultivaron el género de la comedia *palliata*, en la cual, los personajes actúan ataviados con el *pallium* griego. Los temas siguen el estilo griego de crítica social y de crítica a la condición humana.

Ya en siglo I a.C. se desata el saqueo de los tesoros artísticos de Grecia y muchos romanos acuden a Atenas a estudiar la lengua y la cultura griegas; con el tiempo se les llamó “aticistas”. Es el caso de Cicerón (106.-43 a.C.), el gran sistematizador de la retórica y la elocuencia griegas, quien se formó con el estoico griego Posidonio de Apamea (135-51 a.C.) y vivió un tiempo en Atenas con su amigo Ático. Punto culminante de la admiración a la historia y la cultura griega lo representa el poeta Publio Virgilio Marón (70-19 a.C.) quien trazó la historia de Roma en un grandioso poema épico, *La Eneida*. Tal obra, verdadera epopeya del mundo clásico, se sustenta en Eneas, el héroe de la Guerra de Troya que derrotado, se embarca y llega primero a Cartago y después funda Roma. Además de estos autores José Luis presenta textos de filosofía de gran interés pues en ellos se confirma la influencia griega en el pensamiento latino. Es el caso de Séneca (4 a.C. 65 d.C.) y Marco Aurelio (121-180 d.C.) ambos de origen hispano y máximos representantes del estoicismo, que como es sabido, fue creado por Zenón de Citium (335-264 a.C.) y llevado a Roma por el filósofo Crates de Malo, embajador del rey Atalo I de Pérgamo en el año 176 a.C.

El estoicismo permeó el pensamiento romano y José Luis destaca este hecho en las introducciones a los textos de los autores que presenta. Como ejemplo recuerdo un fragmento de la obra de Marco Aurelio, *Pensamientos*, en la que se recogen las meditaciones de un emperador estoico:

El tiempo de la vida humana es un punto; la sustancia, fuente; la sensación, oscurecida; toda la constitución del cuerpo, corruptible; el alma, inquieta; el destino, enigmático; la fama indefinible; en resumen, todas las cosas propias del cuerpo son a manera de un río; las del alma, sueño y vaho; la vida, una lucha, un destierro; la fama, la posteridad, un olvido. ¿Qué hay, pues, que nos pueda llevar a salvamento? Una sola y única cosa: la Filosofía.

Ahora bien, más allá de la filosofía estoica y del pensamiento heredado de los griegos está la literatura latina que tiene su momento culminante en la poesía del final de la República y de la época imperial, con las grandes figuras presentes en las antologías de todos los tiempos. José Luis dedica muchas páginas a recordar esta época de oro que comienza con Cayo Valerio Catulo (c. 87-c. 54 a.C) y llega a su cenit con Virgilio, Horacio y Propertio por citar sólo tres nombres. De entre los muchos textos que José Luis ofrece de esta generación de poetas recuerdo dos, uno de Catulo, incluido en los *Cármenes* y otro de Horacio, sacado de las *Odas*:

Vivamos, Lesbia mía y amemos...  
Dame mil besos y después un ciento  
luego otros mil seguidos, luego segundo ciento  
luego otros mil seguidos, después ciento  
luego, cuando habremos hecho muchos miles  
los turbaremos porque no sepamos  
o no pueda ver algún malvado  
cuando sepa qué tanto había de besos.

Melpómene, tu gloria  
por mis afanes, gózate, hoy empieza.  
Viva conserva el mundo tu memoria

y ciñe en prenda de ínclita victoria  
con el délfico lauro mi cabeza.

Para terminar este breve apartado sobre la literatura latina traigo a la memoria la figura de Lucio Apuleyo, nacido en el norte de África (c. 125 d.C.). Apuleyo es el autor que nos dejó un repertorio de cuentos recogidos de la tradición grecolatina en su libro, *El Asno de oro* o *Metamorfosis*, que fue traducido al español por el humanista Diego López de Cortegana (1455-1524) y publicado en Sevilla hacia 1515. Fue una obra muy leída a juzgar por las ediciones que de ella se hicieron y algunos de los cuentos pasaron a la tradición oral náhuatl. José Luis reproduce el famoso cuento de *Amor y Psique*, en el cual se narra la historia de una muchacha bellísima, de la cual se enamoró Cupido. Venus le tuvo celos y Cupido se tuvo que hacer invisible para tener amor con Psique; al final, todo acaba en una boda con asistencia de los dioses. El cuento fue reformulado por Jeanne Marie Leprince de Beaumont (1711-1780) con el título de *La belle et la bête* y fue reinterpretado por los nahuas del centro de México. En época moderna lo recogió Pablo González Casanova (1889-1936) en *Cuentos indígenas*.<sup>20</sup>

En suma, espacio, tiempo y pensamiento de Roma se completa con dos estudios: uno de Ernest Barker sobre “El concepto del Imperio romano” y otro de Ludwig Friedländer sobre “La literatura en la sociedad romana”.

#### HEBREOS Y CRISTIANOS

El humanismo del mundo antiguo culmina con el estudio que José Luis dedicó a los hebreos y cristianos en el volumen 3 de su obra, que comparte con el estudio de la cultura romana ya descrito. El título nos remite, en primer lugar, a dos religiones, la hebrea y la cristiana como expresiones

<sup>20</sup> Pablo González Casanova (1889-1936), recogió dos versiones del cuento en náhuatl y lo tradujo al español con el título de *Cizuanton huan yolhcatl*, ambas incluidas en su obra, *Cuentos indígenas*, 1946. Además, sobre este cuento, don Pablo escribió un ensayo titulado “Un cuento griego en el folklore azteca”, *Ehtnos*, 1925, t. 1, núms. ½, pp. 16-24.

de un pensamiento religioso. Y así lo dice el autor en la introducción: “en tanto que el judaísmo estuvo desde el principio ligado al pueblo hebreo, el cristianismo no se encuentra asociado a un pueblo o a una cultura determinados sino que, desde sus orígenes, se proclama una religión de la humanidad, un ecumenismo”. La realidad es que ambas religiones tienen su propia historia y su propio pensamiento, sin duda muy relacionado entre sí, ya que el cristianismo surgió dentro del pensamiento hebreo. Respecto del espacio hay que señalar que ninguna de las dos lo tienen delimitado: el judaísmo se extiende por muchos países y el cristianismo también. De tal manera que en ambas religiones el espacio es cambiante y se sostiene en el tiempo, un tiempo de larguísima duración, desde la salida de Abraham de la ciudad de Ur en Mesopotamia (siglo XVII a.C.) hasta nuestros días en el caso de los hebreos; en el caso de los cristianos desde el nacimiento de Cristo hasta nuestros días.

Para José Luis, la salida de Abraham y su grupo de la ciudad de Ur marca el desprendimiento de un grupo caldeo hacia el occidente y su establecimiento en Canaán, después Judea. Son ellos los hebreos, los llamados *ibrim*, “los de más allá”, que van generando un pensamiento religioso monoteísta y una cultura propia, al tiempo que su lengua va evolucionando y separándose del acadio o caldeo. Su espacio vital, muy pequeño, contrasta con los grandes imperios de Oriente Próximo —Egipto, Babilónico, Persa y Macedonio—. En este espacio, los hebreos sufren invasiones y deportaciones, aunque siempre recuperan su territorio y reconstruyen su templo de Jerusalén, símbolo de su identidad. Los imperios caen pero los hebreos permanecen. Al fin Judea sucumbe bajo la dominación de Roma en la época del emperador Tito, quien en el año 70 destruyó el templo y ordenó la dispersión: las comunidades judías se diseminaron alrededor del Mediterráneo, pero conservaron su identidad; y así hubo una convivencia en la Edad Media con los pueblos europeos e islámicos, no sin persecuciones: en 1290 y 1347 son expulsados de Inglaterra; en 1306 y 1394, de Francia; 1492 de España y en 1496 de Portugal. Dentro de esta etapa medieval Martínez dedica unas páginas al florecimiento de la cultura judía en la España de Al Andalus con su figura central, el filósofo Maimónides (1135-1204).

El espacio de los hebreos se convierte en una tierra cambiante en la que ellos logran hacer su propio tiempo amarrado a un calendario, a un ritual y a un pensamiento religioso estrictamente monoteísta y grabado en un libro, la Biblia, que es la médula del judaísmo, escrita en hebreo y con su propio alfabeto. José Luis, en su trabajo, ofrece una descripción detallada del contenido de este libro que para los hebreos está integrado por 46 libros que forman el Antiguo Testamento.<sup>21</sup> Los libros son de diversa índole: cosmogónicos, históricos, legales, proféticos, sapienciales y literarios, en especial poéticos. Pero hay un hilo conductor en el que se guarda la esencia del pensamiento hebreo: la creación del universo y del hombre, el pacto del pueblo hebreo con Yehová y el transcurrir del tiempo, es decir, la historia de Israel y de sus vecinos.

Dentro del pueblo hebreo, de su espacio, tiempo y pensamiento, surgió el cristianismo. Jesús, nacido en Nazaret, trajo un nuevo mensaje dentro de la ley de Moisés: el nuevo mensaje en palabras de José Luis, era de “amor fraternal y defensa de los humildes, una incipiente justicia social; un mensaje revolucionario”. Y esta doctrina, destaca Martínez, “ha permitido que en nuestro tiempo se establezca un paralelo entre el cristianismo y el socialismo” (introducción al volumen 3, p. 10).<sup>22</sup> Esta doctrina, recogida en los Evangelios y en escritos de los apóstoles, marca el inicio de una nueva era, el cristianismo. Durante los primeros años, el cristianismo compartió espacio y tiempo con el judaísmo, pues la primera comunidad cristiana se estableció 50 días después de muerto Jesús. Pero a partir de la predicación de Paulo de Tarso, que comienza en el año 37, la nueva doctrina rompe fronteras y se esparce; primero por el oriente del Mediterráneo, en especial en territorios de cultura griega y después por todo el Imperio romano.<sup>23</sup> En los primeros siglos, la nueva religión sufrió persecuciones pero en el siglo IV acaba por triunfar y se convierte incluso en la religión del Imperio romano.<sup>24</sup>

<sup>21</sup> Martínez incluye en su descripción el *Nuevo Testamento*.

<sup>22</sup> Cita José Luis Martínez el artículo de Federico Engels publicado en 1894 “Acerca de la historia del cristianismo primitivo” (introducción al vol. 3, p. 10).

<sup>23</sup> En el año 40, Pedro es nombrado obispo de Roma y en el año 45 se empiezan a elaborar los Evangelios.

<sup>24</sup> José Luis documenta estas persecuciones con autores romanos en su citada “Introducción”.

A la caída de este imperio, el cristianismo siguió su proceso de expansión en Europa y a partir del siglo XVI, en el Nuevo Mundo a través de un proceso de evangelización que llega a nuestros días; un cristianismo sin fronteras. Para José Luis, “el cristianismo es el acontecimiento más importante en la historia espiritual de la humanidad” (“Introducción”, p. 12).

En su proceso de expansión, el cristianismo fue perfilando un pensamiento abierto a las culturas con las que entraba en contacto. En sus orígenes, fue profundamente influido por la filosofía y el arte de Grecia y por las instituciones romanas. Puede decirse que el cristianismo se helenizó y se romanizó al tiempo que el Imperio romano se cristianizó. La lengua de la nueva doctrina fue el latín y gran parte de la evangelización en América se hizo en las lenguas de este continente. Aceptó desde siempre la Biblia, en su versión del Antiguo Testamento y la enriqueció con el Nuevo Testamento. De esta manera, la Biblia se convirtió en la columna vertebral del pensamiento cristiano. Para José Luis, la Biblia, “además de su importancia como libro de la revelación, como expresión de un pueblo y como doctrina de una fe, es una de las obras más bellas de la literatura universal, obra sin par en nuestra civilización” (introducción al vol. 3, pp. 15-16). Como obra de literatura José Luis hace una enorme selección de textos de los que aquí traigo algunos ejemplos: dos del Antiguo Testamento —de los Salmos y del Eclesiastés— y dos de los Evangelios, uno de san Mateo y uno más de san Juan, quien lo escribió en griego.

SALMO 130:

Desde lo profundo grito a ti, Yahvé  
¡Señor, escucha mi clamor!  
Estén atentos tus oídos  
a la voz de mis súplicas.  
Si tomas en cuenta las culpas, ¡oh, Yahvé!  
¿quién, señor se tendrá en pie?,  
Mas el perdón se encuentra junto a ti.

EL TIEMPO Y LA MUERTE

Todo tiene su momento  
y cada cosa su tiempo bajo el cielo.  
Su tiempo el nacer  
y su tiempo el morir.  
Su tiempo el amar  
y su tiempo el odiar  
Su tiempo la guerra  
y su tiempo la paz.

*Evangelio de san Mateo:*

Vosotros sois la sal de la tierra. Mas si la sal se desvirtúa ¿con qué se la salará? Ya no sirve para nada. Vosotros sois la luz del mundo. No puede estar oculta una ciudad en la cima del monte. Brille así vuestra luz delante de los hombres para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro padre que está en los cielos.

PRINCIPIO DEL EVANGELIO DE SAN JUAN

En el principio era la palabra (el verbo, el *logos*)  
y la palabra estaba con Dios  
y la palabra era Dios.  
En ella estaba la vida  
y la vida era la luz de los hombres  
y la luz brilla en las tinieblas.

Como complemento de este pensamiento, José Luis incluye cuatro estudios: uno de John B. Steinmueller sobre “Poesía en el Antiguo Testamento”; otro de Ralph Turner sobre “La oposición de las culturas hebrea y helénica”; un tercero de Erich Kahler, “Del judaísmo al cristianismo”; y, el último de León Tolstoi sobre “¿Qué es el Evangelio?”.

AMÉRICA ANTIGUA:  
NAHUAS / MAYAS / QUECHUAS Y OTRAS CULTURAS

América antigua es el último volumen de la colección, el sexto. Ante la enorme extensión de este continente y la diversidad lingüística y cultural que en él existe, el autor puso en la portada los nombres de las tres culturas más representativas: nahuas, mayas, y quechuas y, al hablar de otras culturas, dio noticia de la importancia de pueblos y lenguas de este continente. Pero hay que reconocer que, ante una pluralidad tal de lenguas y textos el autor se vio impelido a escoger y presentar el pensamiento y las creaciones sólo de algunos pueblos como muestra de un universo riquísimo.

Y de nuevo, aplicó su método a estas culturas comenzando por la de los nahuas. Para ello delimitó un espacio y una secuencia histórica, el territorio que hoy constituye la República Mexicana y Guatemala desde el preclásico hasta el siglo xvi, incluyendo la información proporcionada por los primeros cronistas de la etapa virreinal, en especial tres; Bernal Díaz del Castillo (1495-1583), fray Diego Durán (c. 1537-1588) y fray Bernardino de Sahagún (1499-1590). Para hacer más asequible un tiempo tan largo, José Luis lo centra en los grandes focos civilizatorios: Teotihuacán (200 a.C.-800 d.C.), toltecas (726-1200), tezcocanos y mexicas, y presenta datos suficientes para que el lector pueda seguir la evolución histórica de estos pueblos. Espacio y tiempo son las coordenadas en las que se desarrolla un pensamiento propio basado en un conjunto de dogmas y preceptos religiosos regulados en un calendario de 260 días, que se articula, a su vez, con el calendario solar de 365 días dispuesto conforme al sistema vigesimal de veintenenas. En la cúspide de este pensamiento están los dioses y en la cúspide de los dioses, la dualidad. Este pensamiento es el sustrato de la vida de los pueblos nahuas y sus vecinos, dueños de un sistema social comunitario y una economía basada en la agricultura y el comercio.

Abundan los textos acerca del pensamiento y la historia de los pueblos nahuas, en piedra y en libros, códices en cuero y en papel de amate escritos con caracteres iconográficos y fonéticos. En el siglo xvi se produjo una lluvia de textos alfabéticos en los que se trasvasó la oralidad y

el contenido de los códices al papel, en náhuatl y en español. Con ellos se ha reconstruido la cosmogonía, la historia, la vida cotidiana, la prosa poética de los *huehuetlahtolli* (la antigua palabra) y la poesía. De estos géneros históricos y literarios José Luis ofrece abundantes fragmentos, siempre precedidos de una “Introducción”, con los cuales el lector puede adentrarse en el tema. Entre los que tratan de la cosmogonía recordaré la *Leyenda de los Soles*, la *Historia de los mexicanos por sus pinturas* y la creación del sol de movimiento en *Teotihuacán*. He aquí un fragmento de la *Leyenda de los Soles*:

El nombre de este Sol es *naolin* (*nahui ollin*) “cuatro movimiento”. Éste ya es de nosotros, de los que hoy vivimos. Ésta ya es su señal, la que aquí está, porque cayó en el horno divino de Teotihuacán. Fue el mismo sol de Topiltzin (nuestro hijo), de Tlollan, de Quetzalcóatl... Lo que aquí está se nombra *teotexcalli* (horno divino) que cuatro años estuvo ardiendo. Antes de este Sol fue su nombre Nanáhuatl que era de Tamoanchan.

Siguen textos religiosos como el mito de Quetzalcóatl, los himnos a los dioses recogidos por Sahagún y los escritos que contienen la “filosofía moral”, los *huehuetlahtolli*, la antigua palabra; en ellos, en forma de discurso, se trazan códigos de conducta moral que marcan los momentos esenciales en la vida del hombre. Son libros de “retórica y filosofía moral” y puede decirse también que son libros sapienciales. He aquí un fragmento recogido por fray Andrés de Olmos en la década de 1530:

Hijo mío, joya mía, mi rico plumaje de quetzal. Has llegado a la vida, te ha hecho venir al mundo el Creador y Dueño. Te forjó, te hizo nacer Aquel por quien se vive. Por breve tiempo has venido a contemplar las cosas... has venido a crecer. Un día o acaso dos te tendremos en préstamo. ¿vas a lograrlo acaso? ¿Vas a vivir en la tierra? Ojalá que pacíficamente crezcas y te acrescieras. ¡Qué no resultes vano! ¡Qué no seas un ser frustrado!

Como muestra de la riqueza poética de este pueblo, José Luis presenta una selección de poemas en los que se refleja la creación de los nahuas

del Posclásico, preocupados por la guerra, el amor y el destino final del hombre. Sirva de modelo uno de los poemas escritos por Nezahualcóyotl (1402-1472).

Con flores pintas, dador de la vida  
Con cantos das color  
A todo lo que ha de vivir en la tierra  
Luego queda rota la orden de Águilas y Tigres  
¡Sólo en tu pintura  
Hemos vivido aquí en la tierra!

Completan el capítulo fragmentos de los escritos de los cronistas del siglo XVI en los que se refleja la vida y el pensamiento de los pueblos del México antiguo y tres estudios de autores modernos: Eduard Seler sobre “Quetzalcóatl”, Miguel León-Portilla sobre “Teotihuacán y Tula” y Alfonso Caso sobre el “Águila y el nopal”.

La otra gran civilización del México antiguo es la representada por el mundo maya. Comienza José Luis por delimitar muy bien el espacio, el sur de lo que ahora llamamos Mesoamérica, el territorio entre los ríos Grijalva, en Tabasco, Ulúa en Honduras y Lempa en El Salvador. El tiempo es largo, desde el segundo milenio a.C. hasta el siglo XVI el autor se centra en el momento de esplendor de la época Clásica (siglos III-X), en la que brillan muchas ciudades como unidades políticas independientes, con sus pirámides y palacios decorados con textos en los que se exalta el poder y las victorias, con las ofrendas a sus dioses, con la presencia de cómputos de tiempo que descansan en un calendario basado en el sistema vigesimal. Y el tiempo nos lleva al pensamiento, ya que el tiempo fue, junto con lo sagrado, la columna vertebral de las reflexiones de los mayas. La descripción que José Luis hace del cómputo del tiempo basado en los dos calendarios, el solar (*tzolkin*) y el ritual o adivinatorio (*haab*), sigue siendo válida a pesar de los cuantiosos estudios posteriores en el campo del desciframiento de la escritura maya. Destaca él la idea expresada por uno de los más reconocidos mayistas, Eric S. Thompson de que, “ningún pueblo ha tomado tal interés en el tiempo como lo

hizo el maya; como tampoco cultura alguna ha elaborado en forma semejante una filosofía alrededor del tema del tiempo” (vol. 5, p. 168).

Otro tema que José Luis aborda con pasión es el de la escritura que, en el periodo Clásico alcanzó un nivel único de desarrollo en el continente americano. José Luis reconoce al silabario de fray Diego de Landa (1524-1579) como la “Piedra de Rosetta” para la lectura de los glifos mayas y acepta tres clases de signos usados en la escritura: pictográficos o figurativos, ideográficos y fonéticos; sobre ellos aporta una descripción útil y precisa al mismo tiempo que recuerda personas y fechas importantes en el trabajo de desciframiento. Pero, más allá del Clásico, el pensamiento maya continua en el Posclásico como puede verse en los tres códices mayas de Yucatán y en los textos que se recogieron con escritura alfabética en el siglo xvi. Con ellos se puede reconstruir un pensamiento cosmogónico, religioso, histórico y literario y su persistencia hasta nuestros días. He aquí tres ejemplos escogidos de los varios fragmentos reproducidos por José Luis. El primero es el comienzo del *Popol Vuh, Libro de la comunidad*, el libro sagrado de los quichés de Guatemala:

Esta es la relación de cómo todo estaba en suspenso, todo en calma, en silencio; todo inmóvil, callado y vacía la extensión del cielo. No había todavía un hombre, ni un animal... sólo el cielo existía. No se manifestaba la faz de la tierra. Sólo estaba el mar en calma y el cielo en toda su extensión... No había nada dotado de existencia... Sólo el Creador, el formador, Tepeu Gucumatz... Llegó entonces la palabra: Tepeu y Gucumatz hablaron entre sí... juntaron sus palabras y su pensamiento.

De entre los textos literarios, José Luis reproduce un fragmento del *Libro de los cantares de Dzibalché*, descubierto en el siglo xx. Se trata de la “Danza del arquero flechador”, del cual recuerdo una estrofa:

Así como asoma el sol  
por sobre el bosque al oriente  
comienza, del flechador arquero

el canto. Aquellos escuderos,  
peleadores, lo ponen todo.

Finalmente, he aquí un fragmento de una oración para una ofrenda de balché y cacao entre los lacandones: “Frente a ti sirvo, vierto mi agua sagrada (*balch'é*) que es para ti y este cacao. Estando frente a ti te doy esta agua sagrada; es para ti, llévala al padre. Frente a ti hago esta ofrenda de agua sagrada. Es para ti, para ti” (recogido por Alfred Tozzer, *c.* 1920). El capítulo se complementa con dos estudios: uno de Salvador Toscano sobre “Los mayas del Antiguo Imperio” y otro se Román Piña Chan sobre “La cultura maya”.

A las dos culturas de Mesoamérica —la náhuatl y la maya— sigue el mundo andino, representado por la civilización quechua. En la introducción, José Luis delimita el espacio como una franja costera desértica que corre desde lo que hoy es Ecuador hasta el centro de Chile, delimitada por la cordillera de Los Andes en el oriente y el mar en el occidente, con mesetas muy altas. Al este de la cordillera quedaban las grades llanuras amazónicas, límite del Imperio incaico. Éste era, dice José Luis “el territorio que los incas llamaron el Tawantinsuyo (los cuatro rumbos), gobernado desde la capital, Cuzco. “El Inca era el nombre del emperador e incas eran llamados los miembros de su familia”. El Imperio inca se había consolidado un siglo antes de la llegada de los españoles y José Luis destaca que la cultura incaica recibió muchos elementos culturales de los pueblos que a lo largo de milenios habían creado unidades políticas y culturales en los territorios que después conquistaron los incas. De manera que José Luis abarca en su exposición un tiempo largo desde la cultura de Chavín de Huántar (primer milenio a.C.) hasta el siglo XVI. En tantos siglos, se fue formando un pensamiento que se manifiesta en una cosmovisión que incluye lo sagrado, alrededor de un dios creador, Viracocha, un calendario y un ritual que rige la vida de los pueblos incas y preincas. Se fue creando también un Estado “muy preocupado principalmente por la solidez de su estructura económica”, en palabras del autor.

La literatura de los incas abarca muchos temas como se puede ver en el libro de José Luis en el que abundan los textos de prosa y poesía,

sagrada y lírica, además de una obra de teatro famosa, *Ollántay*. Como ejemplo de poesía sacra y a la vez reveladora del pensamiento cosmogónico reproduzco un himno anónimo y uno más recogido por Juan Santa Cruz Pachacuti Yamqui, autor de la *Relación de las antigüedades deste Reyno del Pirú*, 1613.

Dios, origen del Universo  
 creador de todo  
 oro que ardes tan solo  
 entre la noche del corazón  
 que la alegría de tus ojos venga en el alba  
 que el calor de tu aliento, venga en el viento.

Del mundo de arriba  
 del mundo de abajo  
 del océano extendido  
 El Hacedor....  
 que sea este hombre  
 que sea esta mujer  
 Diciendo, ordenando  
 a la mujer verdadera  
 te formé. ¿Quién eres? ¿Dónde estás?  
 ¿Qué dices? Habla ya.

En este conjunto de textos que José Luis reunió para mostrar la historia y la literatura de los incas, varios provienen de los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso de la Vega (1539-1616). Para José Luis, el Inca Garcilaso es figura cumbre de las letras en las que mostró “primor narrativo y sentido poético”. Muestra de ello es esta poesía, tan breve como intensa:

Al cántico  
 dormirás.  
 Media noche  
 yo vendré.

El capítulo sobre los quechuas se completa con relatos del cronista Francisco de Jerez (1497-1539) sobre la conquista del Perú y con los estudios de Ventura García Calderón sobre “La literatura inca” y de Sebastián Salazar Bondy sobre la “Poesía quechua”.

El estudio de estas tres grandes culturas, sin duda las más representativas del continente americano, se complementa con un apartado que cierra este volumen y que el autor titula “Otras culturas de la América antigua”. En él, el autor aborda temas generales de gran interés sobre la población indígena, áreas culturales, lenguas, irradiación, contactos y afinidades, además de mitos y tradiciones. En la sección no falta la poesía de pueblos bien conocidos como los guaraníes y araucanos de América del Sur; tainos, mixtecos, tarascos y coras de Mesoamérica; creek, kutenais, haidas, navajos y esquimales de América del Norte y otros más que sería tedioso enumerar. Como ejemplo de la capacidad creadora de estos pueblos y para finalizar, he aquí una creación poética de los navajos, *El caminante*:

Por el sendero marcado por el polen, caminaré  
Con saltamontes entre mis pies caminaré  
Con rocío sobre mis pies, caminaré  
Con belleza caminaré  
Con belleza ante mí, caminaré  
Con belleza detrás de mí, caminaré  
Con belleza encima de mí caminaré  
Con belleza debajo de mí, caminaré  
Con belleza alrededor de mí, caminaré  
En la vejez, vagando por un sendero de belleza, alegremente caminaré  
En la vejez, vagando por un sendero de belleza, volviendo a vivir, caminaré  
Todo ha sido hecho con belleza.

#### REFLEXIONES FINALES

En estas páginas he querido presentar el recorrido por las culturas originarias de la humanidad siguiendo la reconstrucción que de ellas hizo

José Luis Martínez es sus seis volúmenes de *El mundo antiguo...* El recorrido es como una aventura al pasado, como visitar las aquellas culturas y hablar con las mujeres y los hombres que las crearon. Gracias a la escritura podemos hablar con ellos, compartir sus pensamientos y creaciones y valorar su imaginación: las grandes especulaciones espirituales, el destino del hombre, su preocupación por el origen y el más allá, por el misterio de la condición humana; recoger las voces del amor, la belleza, la angustia, el heroísmo. En los textos se conservan múltiples voces que nos muestran la unidad y la diversidad de las culturas y que acercan el pasado a nuestro presente. Y algo más: José Luis escogió los textos de traductores de habla española de ambas orillas del Atlántico con lo cual mostró el humanismo de nuestra cultura.

Espacio, tiempo y pensamiento son las tres coordenadas que sustentan el desarrollo de cada cultura y nos permitan ubicar cada una de ellas en este pedazo de universo que es la Tierra y en un momento determinado en el tiempo que es la Historia: nos permiten también penetrar en cada una de ellas, en su interior, en lo mejor de ellas mismas, en las creaciones que nos llevan a un proceso civilizatorio en el que todos participamos y compartimos nuestra capacidad de imaginar. Yo creo que José Luis, en estos seis volúmenes, quiso rescatar lo mejor de cada cultura, sin las luchas, las guerras, ni la sangre. Podemos concluir recordando aquella frase de Américo Castro, “La trama de la historia es una textura de horror y maravilla”, en su libro *Aspectos del vivir hispánico* (p. 85). José Luis escogió la maravilla y la dejó para siempre en estos libros que todos debemos disfrutar.

#### LIBROS CITADOS

- Braudel, Fernand, *Las civilizaciones actuales. Estudios de historia económica y social*, traducción de J. Gómez Mendoza y Gonzalo Anes, Tecnos, Madrid, 1973.
- Castro, Américo, *Aspectos del vivir hispánico*, Alianza Editorial, Madrid, 1987.
- Martínez, José Luis, *El mundo antiguo. Panorama cultural*, Secretaría de Educación Pública, México, 1976 (vol. 1, *Mesopotamia, Egipto, India*; vol. 2, *Grecia*; vol. 3,

*Hebreos y cristianos/ Roma*; vol. 4, *China/ Japón*; vol. 5, *Persia/ Islam*; vol. 6, *América antigua*).

———, “Gerónimo de Mendieta”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, vol. xvi, núm. 14, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1980.

———, Bernardino de Sahagún, *El México antiguo*, edición, prólogo, notas y cronología de José Luis Martínez, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1981.

———, *Hernán Cortés*, Fondo de Cultura Económica, México, 1990.

Martínez Baracs, Rodrigo, “José Luis Martínez, cien años”, *Letras Libres*, México, enero de 2018, pp. 38-42.

Moral, Rafael del, *Lenguas del mundo. Diccionario Espasa*, Espasa, Madrid, 2002.



## CIEN AÑOS DE ALÍ CHUMACERO\*

Felipe Garrido

Abundan las razones para recordar a Alí Chumacero. Entre otras, sus tres libros de poemas: *Páramo de sueños*, *Imágenes desterradas* y *Palabras en reposo*. En 1980 Premiá Editora publicó su *Poesía completa*, con prólogo de Marco Antonio Campos. Un volumen de 164 páginas. Sus ensayos, presentaciones, reseñas y prólogos reunidos por Miguel Ángel Flores en *Los momentos críticos* (Fondo de Cultura Económica, 1987) tienen 550 páginas, más de tres veces más.

Con José Luis Martínez, Leopoldo Zea y Jorge González Durán, Alí fundó y dirigió *Tierra Nueva* (1940-1942) —el nombre se lo dio Alfonso Reyes—. Fue uno de los principales colaboradores de *Letras de México* (1937-1947) y *El Hijo Pródigo* (1943-1946), las dos publicaciones de Octavio G. Barreda en que puede decirse que comenzó la actual literatura mexicana. En 1949 participó en la fundación de *México en la Cultura*, el suplemento que Fernando Benítez dirigió hasta 1961; en esos y otros medios, Alí Chumacero publicó semanal y aun diariamente artículos y reseñas.

Alí poeta, Alí crítico... hay una tercera cara. En *El Hijo Pródigo*, a la sombra de Octavio G. Barreda y al lado de Isaac Rojas Rosillo, Chumacero inició su carrera como tipógrafo y editor. Fue, además, el segundo colaborador más prolífico: 30 publicaciones en 42 números; sólo Xavier Villaurrutia publicó más: 42 en 42. La carrera de Alí como editor culminó en sus siete decenios de trabajo en el Fondo de Cultura Económica. Ahí organizó, corrigió, anotó miles de libros; les buscó

\* Texto leído en la sesión pública solemne del 28 de junio de 2018, en el Foro Polivalente Antonieta Rivas Mercado de la Biblioteca de México, con motivo del homenaje luctuoso a don Alí Chumacero.

ilustraciones; les hizo prólogos, solapas, índices; aprobó sus forros. Entre los constructores de la cultura nuestra —la que se habla en español— Alí Chumacero ocupa un lugar central.



A Chumacero le gustaba decir que era un obrero. Amaba su trabajo; sabía que todo es pasajero y nada es demasiado importante —con tres salvedades: la poesía, los toros y la mujer—; ponía el mismo cuidado para elegir una palabra en un verso que para decidir los blancos de una página. Conocía el valor de los libros: cuando sus hijos eran niños, los llevaba a casa “para dárselos de castigo, si se portaban mal”.

Inmenso era su escritorio en aquel Fondo de Cultura de Universidad y Parroquia. Era doble, de lámina gris, marcado por el tiempo. Alí se instalaba al levante; el ventanal a sus espaldas dejaba entrar el sol y las jacarandas, rayados por las persianas. Sostenía su oficina la Minerva que Herbert Hofmann Ysenbourg esculpió en basalto para aquel edificio y que hoy custodia la sede de la editorial en el Camino al Ajusco. Hacían falta la sapiente diosa y su lechuza para mantener en vilo la sabiduría de Alí. Pues antes que poeta y erudito, editor y taurófilo, compañero y maestro, Alí era un hombre sabio, que sabía gozar la vida.

Muchos días, al dar la una de la tarde —estaba allí desde las nueve, nueve y media—, Alí echaba llave al escritorio y cruzaba la calle para instalarse con un par de amigos —Jorge González Durán, Óscar Soberrón, Agustín Pineda—, trabajadores del Fondo también, en el bar del Sanborns de Plaza Universidad. Hasta las tres o tres y media, hora de salida. Si hacía falta, allí se lo podía encontrar.

Yo compartía con Marco Antonio Pulido un cubículo anexo al de Alí. Nos separaba un gran librero del techo al piso, abierto a su oficina y a la nuestra: un lugar privilegiado para verlo y oírlo trabajar. Allí, sin proponérselo, nos dictaba cátedra, a Marco y a mí: recibía a los autores, a los traductores, a los compañeros que querían consultar alguna duda, a sus amigos. Los editores aprenden su oficio trabajando con otros editores. La teoría es breve, la práctica lleva toda la vida.



Seis o siete meses después, Alí me encargó que organizara las reimpressiones. La editorial tenía un catálogo espléndido... de títulos agotados; el director, José Luis Martínez, quería recuperarlo. Las reimpressiones cobraron tanta importancia como las novedades. Fue la manera mejor de conocer a fondo el Fondo. Alí supervisaba mis labores, como lo hacía con todos, sin que sintiéramos el peso de su mando. En el camino enmendamos algunos tueritos. *Hija de la Revolución*, de John Reed, perdió la pintoresca portada que tenía, con una Adelita de cananas erizadas, para adoptar el tono bolchevique que le corresponde. La foliación de *La región más transparente* recuperó el orden, trastocado 10 ediciones antes, en la segunda, cuando Fuentes añadió una lista de personajes.

A medida que los libros se reimprimían iban renovándose los forros. Rafael López Castro dirigía el Departamento de Diseño. Alí, era un hombre de buen humor permanente, y se los festejaba, pero tenía cierta nostalgia por las cubiertas puramente tipográficas, en rojo y negro: el nombre del autor, el título del libro, el sello de la editorial, ¿para qué más? Como editor y como tipógrafo —como poeta y como crítico— Alí era un artista austero, clásico, sobrio. Cuando llegaba el momento de encarar un problema de la edición —esa coma que falta, esa cita que está erróneamente atribuida a otro autor, ese blanco excesivo, darle al texto de la contra 10 líneas justas, de 60 golpes cada una—, hacía a un lado el sentido del humor; era el torero que suspende la faena cuajada de adornos y se pone serio para entrar a matar. Un buen editor es un maniático de los detalles, un perfeccionista.



Una mañana, a principios de 1978, Alí me pidió que me sentara a su enorme escritorio, frente a él, y me contó que había convenido con el director, José Luis Martínez, dejar la Gerencia de Producción. Alí, que llegaba entonces a los 60 años, pasaría a ser asesor de la Dirección; hacía falta alguien que ocupara su puesto. Alí quería saber si me interesaba.

Excepto la contratación de los libros, en ese tiempo la Gerencia de Producción se ocupaba de todo el proceso de edición: revisar los originales y las traducciones; acordar con los autores cuanto hiciera falta; redactar las solapas; encargar los índices; discutir las portadas con Diseño; supervisar la tipografía, la impresión y la encuadernación; colaborar con Ventas para decidir qué libros debían reimprimirse y para decidir estrategias de distribución y publicidad... Allí lo había hecho durante tres décadas.

Allí me pidió que me sentara frente a él y me dio una libreta. “Ya viste cómo hacemos los libros —me dijo—; te voy a decir cómo deberíamos hacerlos”. En las dos horas siguientes me dio un curso completo. Puso en orden lo que yo lo había visto hacer en los dos años anteriores. Cuando cerré el cuaderno, me miró de frente y me dijo: “Bueno, ahora tú eres el jefecillo, así que vente para acá”. Se puso de pie y cambiamos lugares. Cuando nos vimos en nuestros nuevos sitios, soltamos una carcajada. Yo era el gerente, pero él era entonces y es ahora, el maestro.

Resumo la enseñanza de Allí: la tarea del editor es llevar al público lo que ha escrito un autor. El editor decide qué tamaño tendrá el libro, cómo estará organizado, qué espacio ocuparán la caja y los márgenes, cuál será el cuerpo del texto, las cabezas, los subtítulos, las cornisas, las notas y las leyendas para las ilustraciones; cómo estarán dispuestos los cuadros y dónde irán; en qué papel conviene imprimirlo, a cuántas tintas, cómo será la encuadernación... Todo con un propósito: hacer legible el libro. El editor trabaja para el lector. Esenciales son el costo y el tiempo. Un buen editor no desperdicia recursos, evita que haga falta repetir procesos, se anticipa a los problemas, vive en diálogo con autores, traductores, correctores, ilustradores, diseñadores, tipógrafos, impresores, encuadernadores, vendedores y otros editores.

Un editor, decía Allí, “sabe cosas”; sigue algunas reglas pero, lo más importante, se forma un criterio. Un editor detecta que algo está mal: una cifra, un nombre, una fecha... Un editor tiene la maldición de abrir el libro que acaba de recibir de la imprenta y ver de golpe una errata. Un editor sabe que algunas cosas no tienen remedio: una vez impresa una

portada, si hay una errata inadmisibile —en el nombre del autor, por ejemplo— no hay más que arrancarla y repetirla —y mientras, más vale cruzar la calle, entrar al bar y pedir un whisky doble—. Alguna vez Salinas publicó en el Fondo, en sus días de subsecretario, 15 tomos de leyes hacendarias; como acostumbran los funcionarios de ese nivel, entregó el original con un par de meses de retraso y en seguida comenzó a presionar: “¿Cuándo van a estar, maestro?” “Nomás que estén, están”, fue la respuesta de Alí.

Por esos días yo había terminado un librito de cuentos, *Con canto no aprendido*. Le pedí a Alí que le echara un vistazo. Unos días más tarde, me dijo que ya lo había mandado a tipografía. Sentí vértigo. Le dije que quería hacerle unos retoques. Me contestó que ya era tarde. A Alí le debo, entre tantas otras cosas, la publicación de mi primer libro de cuentos.



Llegar con Alí al Fondo fue un reencuentro. Ya habíamos trabajado juntos. En 1965, Díaz Ordaz cesó a Arnaldo Orfila como director del Fondo —había publicado libros incómodos— y nombró en su lugar a Salvador Azuela. El equipo de Orfila, Alí incluido, fue a dar a la calle; algunos fundaron, con Orfila, Siglo XXI Editores. Alí se quedó en la calle.

Según decía, nunca en su vida ganó tanto dinero. Sus amigos lo incluyeron en las nóminas de las dependencias que dirigían. Los días de quincena no le alcanzaba el tiempo para cobrar. Cuatro años después una mujer eminente, María del Carmen Millán, le pidió que le ayudara a organizar SepSetentas, una empresa editorial de la Secretaría de Educación Pública, que entonces —hasta 2000— cumplía con su obligación de editar los libros que hacen falta para equilibrar la oferta de los editores privados.

De 1971 a 1976, SepSetentas publicó 315 títulos. Cada semana una novedad llegaba a los puestos de periódicos y a las librerías. Detrás de ese milagro había una cuidadosa planeación editorial, organizada por Alí. Para garantizar que hubiera un libro por semana había que trabajar, en

distintos talleres, simultáneamente, por lo menos 20 títulos. El almacén guardaba siempre tres o cuatro ediciones terminadas, en espera de salir a la calle. Hacían posible la colección la eficacia de Gonzalo Aguirre Beltrán, subsecretario de Cultura en la SEP; la capacidad de convocatoria de la doctora Millán, la experiencia de Alí, el orden de Roberto Suárez Argüello, el trabajo de Huberto Batis, Marco Antonio Pulido, Miguel Ángel Guzmán, Martha Acevedo...

Aquello no era el Fondo; al lado de la gran editorial parecía un juguete; pero Alí estaba contento porque estaba haciendo libros, en forma regular, todos los días. Y hay pocos placeres que puedan compararse al de hacer libros.

Un día, la doctora Millán me invitó a formar parte del equipo. Llegué en la semana en que apareció el número 18, *Cartas alemanas*, de Jorge Arturo Ojeda. Sergio Galindo, que administraba la colección, había sido nombrado director del INBA y dejaba su lugar a Roberto Suárez Argüello; Gustavo Sáinz dejaba SepSetentas para emprender nuevas aventuras y yo llegué a reemplazarlo. El primer libro a mi cuidado —junto con Eduardo Matos Moctezuma— fue el número 24, *Arqueología e indigenismo*, de Manuel Gamio.

Yo había trabajado como reportero y había hecho revistas. Hacer libros fue una revelación. Cuando terminó aquel sexenio yo estaba seguro de que seguiría haciendo libros hasta el último de mis días. La vida ha sido generosa, los he seguido haciendo siempre

En SepSetentas conocí a Alí, que tenía 54 años. Estaba en la plenitud de la vida. Su obra como poeta —no como crítico— ya estaba completa. Había publicado *Páramo de sueños* en 1944, *Imágenes desterradas* en 1948, *Palabras en reposo* en 1956, y había participado, como editor y como autor en una revista representativa del medio literario del país a principios de aquellos cuarenta, *El Hijo Pródigo*.

Un día, cuando yo cumplía más o menos un año de haber llegado a SepSetentas, Alí fue llamado de regreso al Fondo por su director de entonces, Francisco Javier Alejo. Esa vez ocupé su lugar sin ceremonia. Alí me dio un abrazo y me deseó suerte. “Te paso los trastes”, me dijo al despedirse, como si me diera la alternativa.



Enemigo de solemnidades, siempre la broma a flor de labios, Alí Chumacero, mi maestro, mi amigo, colega nuestro en la Academia, se inició como tipógrafo y editor a sus 22 años, en *Tierra Nueva* (1940-1942), de la que fue responsable junto con Jorge González Durán, Leopoldo Zea y José Luis Martínez. En los 14 números de la revista, publicó unas 20 reseñas y siete poemas. Entre ellos, “A una flor inmersa”, su primer gran poema:

Cae la rosa, cae  
atravesando el agua,  
lenta por el cristal de sombra  
en que su tallo ahoga;  
desciende imperceptible,  
clara, ingrávida, pura  
y las olas la cubren, la desnudan,  
la vuelven a su aroma,  
hácenla navegante por la savia  
que de la tierra nace  
y asciende temblorosa,  
desborda la ternura de su tacto  
en verde prisionero,  
y al fin revienta en flor  
como el esclavo que de noche [...]



Un día, en 1979, llegaron para Letras Mexicanas las *Obras* de Gilberto Owen, con prólogo de Alí Chumacero. Lo separé para trabajarlo yo.

Hasta entonces Alí era un enigma para mí. Ese hombre corpulento, canoso y jovial, espléndido bebedor, fascinado por las mujeres, que sabía de danzones y hablaba de fútbol, taurino más que experto, con alma de obrero, confesado antiintelectual, ¿cómo podía escribir versos como los que yo leía en el “Responso del peregrino”:

Aunque a cuchillo caigan nuestros hijos  
 e impávida del rostro airado baje a ellos  
 la furia del escarnio; aunque la ira  
 en signo de expiación señale el fiel de la balanza  
 y encima de su voz suspenda  
 el filo de la espada incandescente,  
 prolonga de tu barro mi linaje  
 —contrita descendencia secuestrada  
 en la fúnebre Pathmos, isla mía—  
 mientras mi lengua en su aflicción te nombra  
 la primogénita del alma. [...]

¿Cómo podía ser autor de esos poemas en principio casi impenetrables, vueltos sobre ellos mismos, llenos de ecos clásicos, de indecible violencia y desolación. Aquel prólogo me deslumbró y me dio algunas claves de Alí.

Dice Alí de Owen:

Lo antiintelectual de la palabra hablada en la camaradería del bar, o a la orilla de una mesa de café, escondía al hombre que aprendió a labrar una de las poesías más hondas de las últimas generaciones mexicanas. No fue un intelectual; fue un poeta. Sabía que su obra era la dócil respuesta a la contemplación de lo que muere frente a nuestros ojos, y entraba en la poesía dejando a la puerta toda esperanza. Contra un muro de estériles lamentaciones, aceptaba el único refugio: la desesperación. Mas nunca el grito, el escándalo, el gastar la pólvora en infiernitos, sino la horizontal desolación que acompaña a quien, encerrado en sí mismo, se ajusta a las normas que su soledad le da.

Aunque hable de Owen, en este prólogo Alí habla de Alí, y se nos muestra, se nos revela, se nos desnuda tan claramente como cuando dice, en “Amor entre ruinas”:

Vivo bajo la piel  
 y soy la sombra sólida  
 que contra el sueño lucha:

respiro inconsolado reposando  
en tus labios los míos temblorosos,  
agonizante entre tus manos  
como náufrago o ala sin espacio,  
dejando inmóvil mi desnudo  
tal un sonido amargo de sílabas deshechas,  
y soy un balbuceo,  
un aroma caído entre tus piernas rocas:  
soy un eco.



# UNA ESTATUA PARA ALÍ CHUMACERO\*

---

Vicente Quirarte

## I

Poeta mayor desde sus primeros versos, Alí Chumacero tituló su discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, “Acerca del poeta y su mundo”. Espléndida lección de creación y vida, herencia de sus maestros los Contemporáneos, su primera intención era desentrañar los misterios y herramientas de la creación poética pero, en otro nivel no menos estoico, dejar desde un principio claro que los poetas “no son ciudadanos recomendables para disponer de algo más que de su propia conciencia”. Con absoluto convencimiento y sin falsa modestia, afirmaba que su oficio era el de corrector de pruebas. Sin embargo, no todo corrector de pruebas puede ser poeta y, lo que es aún más difícil, no todo poeta puede ser corrector de pruebas, especialidad que exige una larga preparación, un ojo entrenado que no tiene que ser necesariamente el del poeta.

Aunque no fuera autor de tres libros señeros de nuestra poesía, bastarían sus innumerables y nunca firmadas cuartas de forros para hacerlo miembro de la Academia. Ceñidos y sabios, son textos que no hubieran nacido si su autor no hubiera la concentración y el poderío de un poeta. En una ocasión nos dijo que el poeta sólo tiene una obligación: escribir, porque es como el piloto de carreras que domina las curvas, calcula la potencia de su automóvil y tiene además esa habilidad extraordinaria que se llama inspiración, ángel o duende. El poeta, resumía, debe manejar

\* Texto leído en la sesión pública solemne del 28 de junio de 2018, en el Foro Polivalente Antonieta Rivas Mercado de la Biblioteca de México, con motivo del homenaje luctuoso a don Alí Chumacero.

bien el coche aunque nada sepa de mecánica: someter el motor, obligarlo a que dé todo de sí, hacer que la velocidad y la belleza sean convulsivas o no sean.

## II

La víspera de la festividad de san Pedro y san Pablo de 1937, un joven que aún no cumple los 20 años de edad llega, proveniente de Guadalajara, a Ciudad de México. Nimbado por el aura de los caídos; expulsado por el activismo político que ha desplegado como la bandera que más fielmente traduce los latidos de su corazón rebelde, se instala en un cuarto de la populosa calle de Costa Rica, en la parte vieja y alegre, pobre y fecunda y promiscua de la capital. Quienes miraban al joven Alí Chumacero caminar por las calles del venerable Centro, enamorar a la mesera en turno en un íntimo, decadente y generoso café de chinos, participar en la ceremonia casi eucarística del vino barato compartido con hermanos de gloria e infortunio, no podían sospechar que en esa su cotidiana existencia se gestaba una de las más grandes odiseas del idioma. Poseedor desde siempre de la poderosa tristeza que blindada la coraza del solo, en su auténtica vocación por la palabra descubriría la veta que en él hallaría a uno de sus más fervientes y afortunados mineros.

La sutil relación existente entre el hombre que vive y el poeta que crea es uno de los grandes misterios, tanto para los estudiosos de la literatura como para quienes cotidianamente conviven con el hombre que, además de respirar, amar y cumplir con sus más comunes necesidades fisiológicas, tiene la terquedad de traducir el mundo. Quienes tuvimos el privilegio de pasar de la iniciación en la galería de esculturas verbales que es la poesía de Alí Chumacero, al conocimiento del niño travieso e irreverente, siempre dispuesto a provocar la alegría de sus compañeros de jornada, no dejamos de preguntarnos el secreto de la fórmula que le permitió labrar una de las poesías tan perfectas como desencantadas de nuestro ámbito y, al mismo tiempo, ser uno de los hombres más escandalosamente felices que habitan nuestra Pequeña República Letrada y la más suave y vasta patria que lo supo su hijo predilecto.

Su lugar en nuestras letras lo ocupó tempranamente con la seguridad de que las palabras son criaturas vivas, obligadas a traducir esplendores y carencias de siempre. Al igual que las letras de su nombre, escribió tres libros clásicos, que iluminan mejor con el paso de los años. Pero no dejó de escribir con la publicación, en 1956, de *Palabras en reposo*. Entonces dio comienzo otra forma de comunión con la palabra, ésa que lo condujo a formar juventudes, a dar aliento a quien demostraba vocación auténtica; a desalentar a quien en nombre de la palabra pretendía prostituirse y prostituirla. Educador a pesar suyo, el magisterio de Alí Chumacero nunca se impuso como autoridad omnímoda y sí por la potencia de su obra. Jamás acudió a actividades ajenas a la literatura para asentarse, orgulloso y firme en la aventura de la poesía mexicana. En alguna ocasión escuché al poeta Eduardo Langagne referirse al juicio de Chumacero en los siempre veleidosos y relativos concursos literarios. Ante la insistencia de mi amigo en la supuesta calidad de la obra que defendía, el maestro respondió: “Quítale los adjetivos y si nada queda es que nada hay”. Semejante rigor crítico, que era el primero en imponerse, trajo consigo la aparición de una de las más sugerentes empresas críticas de nuestro tiempo. Cuántos lectores bisonños pudimos encaminar nuestros balbuceantes pasos gracias a la guía segura de Alí Chumacero, ya en los iluminadores estudios preliminares a la obra de Xavier Villaurrutia y Gilberto Owen, ya en su cuidadosa selección de nuestros poetas románticos.

### III

Alí Chumacero nació inmortal. No sólo por sus versos que nacieron eternos, sino por el resplandor de su ánimo, el vigor de su persona, su avasallante presencia, tan cotidiana que llegó a ser parte esencial de un vasto nosotros que se sabía invencible. Nunca dejaremos de agradecer el talento de su obra. Más, mucho más, el genio de su vida. Enorme, sólido y entero fue el poeta desde su nacimiento. Tuvo el reconocimiento de sus pares y la admiración de las exigentes nuevas generaciones que en él reconocieron el valor de su silencio, pero también su insuperable capacidad

desacralizadora, su capacidad para hacer explotar la bomba de la risa en medio del escenario más solemne. Fue unánimemente amado porque no peleó posiciones de poder ni causó daño para conquistar el sitio que desde muy joven alcanzó.

En labios suyos, historias de siempre, o aquellas por él forjadas, adquirían frescura inédita. Sin embargo, nadie como él sabía separar muy bien su ser lúdico del ente con obligaciones comunes a la especie. El tiempo fue una de sus principales obsesiones, tanto en sus poemas como en sus hábitos cotidianos. Puntual y educado, tomaba el tiempo de las intervenciones de los otros y era el más exigente cuando le correspondía hacer uso de él. Uno tras otro castigaba sus renglones hasta quedar, a lo sumo, con una cuartilla, invariablemente mecanografiada en una máquina de escribir tradicional de la que nunca se separó. Antes de hacer una nueva cita acudía a una tarjeta en la que tenía apuntados, con un método indiscifrable a otros ojos que no fueran los suyos, los compromisos del mes. Ser metódico le permitía soltar la rienda de su bestia y rendir el mejor homenaje a sus apetitos. Una de sus grandes, inolvidables lecciones fue el gozo del placer sin lastimar al prójimo, la temperancia en medio del exceso. Alí Chumacero fue poeta, uno de los más altos que dio el siglo xx, el país, la lengua. Valen las hipérbolos porque él se encargó de consumarlas y aterrizarlas. Sin hacer alarde de una bohemia estéril, todo cuanto hizo giró alrededor de su misión nuclear de poeta y de lector, pero su vida fue la del hombre común que él amaba ser.

Alí Chumacero será siempre el patriarca de una enorme familia. La más amplia está integrada por la República de las Letras, que olvidaba sus veleidades y disputas al momento de compartir la mesa con él, reír con él, aprender de él... Sin embargo, nadie como él sabía separar muy bien su ser lúdico del ente con obligaciones comunes a la especie. Nos llevaba a iniciarnos en una cantina llamada *La Recta Final*, a una cuadra del cementerio de Tepic, y por la tarde se sentaba, estoico y educado, a soportar discursos, conciertos y banquetes.

Con Lourdes formó una familia que fue el eje de sus mejores afanes, y los Chumacero transformaron la casa de San Miguel Chapultepec en un espacio hospitalario de puertas siempre abiertas. Imberbes y ansiosos,

nos acercábamos al poeta para tratar de entender qué era eso que se llama literatura. A cambio, nos invitó a tratar de saber lo que es la vida. Su esposa Lourdes se encargó de completar nuestra educación: nos enseñó a mirar un cuadro, a comer como los dioses, a poner una mesa hermosa, a comprar en Colima sal de mar, a llenar la casa de flores que conseguía en peregrinaciones al mercado de Jamaica. Cuando Lourdes se adelantó a su Alí, María, única hija de la dinastía Chumacero, la relevó en la conducción de la orquesta para que la ceremonia no se perdiera y el 8 de julio continuara siendo un homenaje a la vida del poeta que tan pródigamente, al festejarse, festejaba a los otros.

Hombre de familia, era animal de costumbres. En un hermoso texto titulado “¿Adónde va Alí?”, Ángeles Mastretta evoca las veces en que a través de su ventana miraba al poeta, desde hora temprana, salir a la calle —luego lo supo— rumbo al baño de vapor. Era una delicia escuchar al poeta narrar los detalles de ese diario, irrepetible rito que le provocaba placer y salud y lo hacía sentirse diario fundador de la ciudad. En una comida, asediado por un grupo de admiradoras que lo interrogaba sobre la dieta y los hábitos que llevaba para verse tan bien, una de ellas se atrevió a preguntarle si en el baño de vapor se vestía de traje. Con su voz pausada y grave y nayarita, sembrada de sabios silencios, respondió que lo hacía de vuelta a casa y una vez armado caballero, al mirarse al espejo exclamaba: “Qué tigre, hasta a mí me doy miedo”.

Alí era un anfitrión insuperable. Recibía al primero de sus invitados y despedía al último. “Qué bueno que vinieron y que bueno que se van”, rubricaba sus despedidas con ese humor implacable que sólo él era capaz de transformar en travesura infantil, en rudo abrazo fraterno.

Como pocos de nuestros poetas, Alí nos enseñó que el hombre dotado de poderío verbal tiene la obligación de ejercer sus dones en la más alta y lujosa de las escalas, pero también la más honrosa de iluminar con su corazón de amante, camarada y hermano el alma de sus semejantes. Amó los libros como seres vivos y además de editarlos y reunirlos los cuidó y los procuró. Cuando la enfermedad amenazó con impedirle plena movilidad, decidió instalar su cama en su biblioteca y seguir viajando a través de sus compañeros de navegación. Sus anaqueles se llenaban cada vez más

del oro de las encuadernaciones: devotamente enviaba cada mes al maestro Roberto Chávez nuevos y desnudos compañeros para que regresaran a los librerías con flamantes corazas.

Sus lecciones están en cada uno de nosotros, como cada uno de nosotros conserva una historia, una anécdota, un aforismo suyo que llevamos cosido en el alma y nos sorprende como la primera vez que lo escuchamos. Sin embargo, y porque nuestro egoísmo lo quiere en tiempo presente para siempre, ya comenzamos a extrañarlo. Nos hace falta su honestidad sin ostentaciones, su inquebrantable sentido del humor que mantuvo hasta sus últimos combates, su cabellera entera, sus suaves y firmes manos de pianista, su risa de pícaro y de niño, de sátiro y patriarca. Nos ayuda saber que invisible como el aire, imprescindible como el aire, siempre estará allí, hermano mayor que nos protege sin esperar nada a cambio.

El homenaje a un poeta nos da oportunidad para expresarle la gratitud por las soledades que nos permite compartir y por las victorias que en nombre del poema se consuman. Rendir homenaje a un poeta es semejante a construirle una estatua. ¿Cómo sería la de Alí Chumacero? La clave es proporcionada por Oscar Wilde en el cuento “El príncipe feliz”, metáfora del artista que reparte su riqueza a una ciudad que lo admira por sus destellos exteriores pero que ignora el dolor de su corazón. Alí Cumacero es de esa calidad: un hombre que ofrece felicidad a los otros y transforma la desgracia cotidiana en poemas que lo convierten en muchacho rebelde y devoto cultivador de la sonrisa en labios de su prójimo.

## MIGUEL CAPISTRÁN Y SUS CONTEMPORÁNEOS\*

---

Francisco Javier Beltrán Cabrera

Cuando un hombre de cultura dedica su vida a los varios aspectos que implica este concepto, no puede ser sino la pasión por ella lo que lo define y caracteriza. Múltiples fueron las actividades que emprendió Miguel Capistrán: divulgador de la obra plástica de autores veracruzanos, de la cultura del Tajín, director de museo, promotor cultural, destacado en su labor de rescate y conservación del patrimonio cultural de México, particularmente de Veracruz, crítico literario y gestor cultural, entre otras facetas, reconocidas por sus paisanos y por los conocedores de este hombre dedicado en cuerpo y alma a las hemerotecas y a sus personajes. Entre todo lo anterior, destaco su trabajo de recuperación de obra y pensamiento del grupo de escritores aglutinados bajo el nombre de Contemporáneos.

De algún modo, esta pasión empeñada en conocerlos trasciende a quienes nos hemos acercado para inquirir sobre el famoso “archipiélago de soledades”, encontrándonos con una andanada de documentos, de información y anécdotas que nos llevan a enterarnos de la parte más íntima, y sin embargo ordinaria, de estas individualidades, y su contribución a las letras de nuestro país. No fueron los únicos, es cierto, pero en su circunstancia de poco conocidos en la segunda mitad del siglo xx, el trabajo de Capistrán los dignifica y nos recuerda que el tema no está agotado. Su trabajo comprende varios aspectos, entre los cuales también destaca la edición de las obras literarias de algunos de ellos; la difusión de documentos que en su búsqueda constante no guardó para sí, sino que los fue dando a conocer en revistas de Ciudad de México y fuera

\* Texto leído en la sesión pública solemne del 25 de octubre de 2018, en la Capilla Alfonsina de Ciudad de México, con motivo del homenaje luctuoso a don Miguel Capistrán.

de ella. Debo decir que me asombra que nunca perdió el hilo conductor de toda su labor de rescate. Escucharlo o leerlo exigía la necesidad de dedicarle la atención y el tiempo para no perder la estrecha relación de acontecimientos y fechas que van desde el nacimiento de sus protagonistas, cuando a los 10 años de edad escuchó por primera vez el nombre y la leyenda de su paisano, Jorge Cuesta, según lo escribió y contó ante distintos auditorios.

Hoy debería reunirse en un solo libro todos los artículos escritos por él, los documentos que rescató, sus declaraciones y aclaraciones para entender la visión de conjunto que practicó, pues hay información dispersa que obliga a los perezosos como yo a realizar la labor de hormiga, persiguiéndolo en todas las publicaciones que dignificó. Que si la revista se editaba en Guadalajara, para allá iban entonces las cartas que Villaurrutia intercambiaba con escritores jaliscienses. Propongo esta edición porque hasta ahora nos hemos conformado con *Los Contemporáneos por sí mismos*, libro meritorio que ha gozado de gran divulgación, útil en su conformación, placentero en su lectura y abierto a todas las posibilidades de interpretación, pues ofrece la voz y pensamiento que sólo pueden dar la intimidad de los textos autobiográficos que el libro contiene. Reconozco el acierto de ceder el paso a quienes fueron dueños de sus palabras. Su labor de filólogo es discreta, porque así tiene que ser para que luzca la palabra original.

Su acucioso trabajo de investigación y rescate fue destacado por la difusión del pensamiento y la obra de estos escritores, pero fue mayor su empeño en ser el biógrafo e historiador de esta generación. En ese sentido, destaco que supo darles la vida y la voz que el juicio vertiginoso e inmaduro de la crítica les había opacado. Permanecieron haciendo lo que aprendieron y quisieron hacer: que este país tuviera el reconocimiento que las letras universales otorgan a los más sobresalientes del orbe. Aunque en este país se les dificultó tal distinción, fueron rescatados del silencio al que el ostracismo los condenó, y revalorados por muchos investigadores, entre ellos Miguel Capistrán, que siguiendo su instinto y ayudado de su perseverancia se encargó de perseguir documentos, entrevistas, declaraciones, pistas todas ellas de voces y pensamientos que rescata de sus perseguidos.

¿Por qué es relevante lo anterior? Porque Capistrán prefiere darles voz recurriendo a sus escritos, a sus declaraciones, a las expresiones propias de cada autor. Como Pirandello en *Seis personajes en busca de autor*, los Contemporáneos se expresan por sí mismos, los escuchamos y valoramos en sus propias palabras. Capistrán ya hizo su trabajo de perseguidor, los presenta y nos deja escucharlos. Así nos acercamos a ellos, por su propia voz.

El Capistrán del que hoy hablamos y recordamos no podía nacer en otro lugar que no fuera Córdoba, Veracruz, la misma tierra en donde nació Jorge Cuesta, circunstancia que los ligó en calidad de perseguido éste y perseguidor el otro; unidos en la pasión, la de Cuesta por la inteligencia, y la de Capistrán por desmembrarla, por saber quién fue ese paisano suyo, y en su generosidad, divulgarlo.

En esa afinidad, fue sospechando que hubo acontecimientos que ya los emparentaba por nacer en un México en construcción, un México en busca de sí mismo, labor en la que mucho contribuyeron la provincia y sus jóvenes. Provinciano él, Capistrán, se adentró en una época en que cada lugar de nacimiento de sus personajes era una semilla en sí misma, que había virtudes y preocupaciones culturales que los acercaba. Sospechó así que Owen y Cuesta, dos de sus personajes preferidos, se conocieron en 1921 en Córdoba, Veracruz, y no en 1923 en la Ciudad de México. Me refiero aquí a este caso.

En 1920 Gilberto Owen era secretario de la Cámara Local Estudiantil del viejo Instituto Científico y Literario. Las funciones del secretario, además de levantar el acta de las sesiones vespertinas o prácticamente nocturnas que se organizaban, era ser responsable político y representante principal, en caso de ausencia del presidente de la misma. También llevaba la obligación de seguir los acuerdos y dar respuesta a los sucesos en los cuales intervenía la cámara. En una ocasión, ante el cambio de director del instituto, el gobernador del estado permitió que la Cámara Local Estudiantil propusiera una terna de profesores que, a su juicio, mereciera ser el director. La terna fue propuesta, pero ninguno de los candidatos de los estudiantes ocupó el cargo; no podía ser de otro modo ante el verticalismo que siempre se ha practicado en la toma de este tipo de

decisiones en nuestra sacrosanta institución. Otro dato importante es que los integrantes de esta cámara se declararon a favor de la educación socialista, por lo cual asistían a eventos *ex profeso* organizados en otros estados del país. Owen, pues, tenía una responsabilidad mayor, además de disposición por el viaje que el propio presidente no tenía.

La primera vez que tuve contacto con Miguel Capistrán me preguntó si Owen no pertenecía a alguna organización estudiantil mientras estuvo en Toluca. Su sospecha era que Cuesta y Owen se hubieran conocido en alguna de estas reuniones que entonces se organizaban en el país. Dudo que Cuesta se haya declarado favorable a la educación socialista, lo que para Owen no representaba ninguna afrenta, pero es probable que Cuesta también perteneciera a alguna agrupación estudiantil. Capistrán debió saberlo. Tal vez los archivos personales que dejó en manos de la Academia Mexicana de la Lengua guarden algún documento que demuestre que es muy probable que los entrañables amigos se conocieran antes de ingresar a la Escuela Nacional Preparatoria, y ello confirme su sospecha.

¿Fantasía, o exceso de imaginación? Tal vez, pero a Toluca llegaron sendas convocatorias de eventos literarios y musicales emitidos en la ciudad de Córdoba, Veracruz, para celebrar el centenario de la firma de los Tratados de Córdoba, con lo cual se dio término a la Guerra de Independencia de México en 1821. Una de ellas fue emitida por la Sociedad de Beneficencia, Cultura y Recreo “Liceo de Veracruz”, convocando a un certamen literario. Está emitida en Córdoba, Veracruz, el 18 de abril de 1921, y avalada por “El Director, T. S. Pérez Peniche; el Subdirector, Manuel A. Marengo; el Secretario General, Vicente Morán; el Presidente de la sección de Recreo, Saúl Marengo; el Secretario, Jorge [sic] Cuesta...” (*Gaceta de Gobierno del Estado de México*, mayo de 1921, p. 262).

Owen divulgó que conoció a Jorge Cuesta en la Escuela Nacional Preparatoria, cuando el profesor pronunció la “impenetrable e inquietadora frase: ‘Los ejércitos caminaron día y noche bajo el sol’”. Dejemos que sea el propio Owen quien lo cuente:

Porque nos asfixiaba, aquella tarde, como nunca, la mordaza del aula, y porque aquel profesor hablaba y hablaba monótono e insípido, repitiendo cosas

que ya sabíamos, adormeciendo a los más e irritándome a mí, cuando pronunció el disparate comenté en voz alta: “¿Cómo iban a caminar esos ejércitos, *día y noche*, bajo los rayos del sol?” El silencio de segundos que siguió a mi impertinencia se rompió de pronto, cuando mi compañero de la izquierda echó a reír. Ruidosamente, con una áspera risa, echando la cabeza hacia atrás. Y luego el dómine:

—Los señores Owen y Cuesta se servirán abandonar el salón. El rector será notificado.

Fue la primera vez que oímos nuestros nombres asociados, y ahí se inició una amistad que después los largos lustros de mi destierro iban a dejar languidecer irremediamente, pero que nunca di ni daré nunca por muerta (Owen, 1979: 240-241).

Debo decir que no eran extrañas esas ocurrencias que Villaurrutia llamaba “juego de asociaciones y disociaciones de Gilberto Owen” (Capistrán, 1994: 201). Ya Owen había escrito la referida anécdota en una publicación periódica de Toluca, un año antes de conocer a Cuesta, atribuyéndosela a un profesor del Instituto Científico y Literario del Estado de México. Owen mentía, tal vez en las dos ocasiones, pero al parecer la frase que generó la anécdota le gustó tanto que la acomodó en un momento más significativo e impactante que el lugar donde la concibió o la descubrió.

En el número 1 de la revista *Raza Nueva*, dirigida por Gilberto Owen, y publicada el 3 de junio de 1922 en Toluca, encontramos la sección “Efemérides triviales”, donde Owen juega con un personaje al que denomina Filosofía de la Historia, y que se pasea por ese “típico mentidero toluqueño que se llama Los Portales”:

Y así va ella. Yo la encuentro a diario, y me tiene desolado la visible degeneración de su elocuencia. Hasta ha olvidado sus insignes vocablos en *mente*, aquellos inefabables adverbios “nuncamente” y “acostadamente”, y aquella impenetrable e inquietadora frase “*día y noche bajo los rayos del sol*”, que nos deslumbraban en el aula institutense. Ahora habla un español sanchopanesco y banal, y, cuando pretende ponerse patética, apenas si

alcanza las dos cumbres unánimes que son el señor Vargas Vila y la costurera que vive y sueña en los bajos de mi casa (Owen, 1922: 9).

Lo que tienen en común las dos anécdotas es que la disparatada frase ocurrió en un salón de clase y quien la enuncia es, irónicamente, la Filosofía de la Historia, prosopopeya creada al peculiar estilo oweniano.

Este antecedente viene a cuento porque Miguel Capistrán se hubiera sorprendido al saber, como se sorprendía con todo lo de Contemporáneos que caía en sus manos, que la frase es de 1922 y no de 1923, pues Owen ajustó algunos nombres y circunstancias. Y tal vez hubiera sonreído aún dentro de su seriedad, porque viene a ser un dato más que incrementa la que fue, en este punto, una de sus últimas sospechas.

Y hay más pistas de posibles encuentros previos, como el poema de Villaurrutia, “Zozobra”, que Owen publicó en Toluca en 1920, o que Owen se carteara con Rafael Heliodoro Valle y que publicara junto con éste dos de sus primeros poemas en *Varietades* y en *Banderas de Provincia* de Guadalajara, antes de encontrarse juntos en la Nacional Preparatoria. Tantos nexos y relaciones que a Capistrán le hubiera —aunque el hubiera no existe— gustado precisar.

#### FUENTES DE CONSULTA

- Capistrán, Miguel (1967), “México, Alfonso Reyes y los Contemporáneos (Cartas y notas)”, *Revista de la Universidad de México*, núm. 9, México, mayo de 1967, pp. I-XII.
- (1989), “Julio Torri. El otro centenario ilustre del 89”, *La Cultura en México*, núm. 1881, México, 19 de julio de 1989, pp. 43-43.
- (1990), “Literatura: Creación y crítica. Un apéndice”, *Revista de la Universidad de México*, núm. 468, México, enero de 1990, pp. 78-79.
- (1994), *Los Contemporáneos por sí mismos*, México, Conaculta (Lecturas Mexicanas, 3ª serie), incluye las cartas y documentos rescatados por Capistrán y que fueron publicados por la *Revista de la Universidad de México*, núm. 9, México, mayo de 1967, pp. I-XII.

- \_\_\_\_\_ (1995), *La sangre de su sombra. En el XLV aniversario de la muerte de Xavier Villaurrutia*, INBA – Museo de Arte Moderno, México.
- \_\_\_\_\_ (1999), *Borges y México*, Plaza & Janés México, México.
- \_\_\_\_\_ (2001), “Introducción” al libro *Prosa. José Gorostiza*, recopilación y notas de Miguel Capistrán, Conaculta – Instituto de Cultura de Tabasco (Lecturas Mexicanas, 4ª serie), México.
- \_\_\_\_\_ (2003a), “De José Gorostiza”, en Álvaro Ruiz Abreu, *Crítica sin fin*, Conaculta, México, pp.107-126.
- \_\_\_\_\_ (2003b), “Villaurrutia inédito”, en: <<http://www.letraslibres.com/mexico/villaurrutia-inedito>> (consultado el 17 de mayo de 2018).
- Capistrán, Miguel, y Pável Granados (comps.) (2010), *El edén subvertido. Poemas de la Revolución mexicana*, Conaculta – INBA – Jus – UANL (Antologías de los Centenarios), México, 2010.
- Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA) (2015b), “Miguel Capistrán: el último de los Contemporáneos”, actividad en homenaje al investigador veracruzano, en el Instituto Nacional de Bellas Artes, *Prensa INBA*, en: <[https://www.inba.gob.mx/multimedia/prensa/galerias/749/749-bol.\\_1273\\_miguel\\_capistran,\\_el\\_ultimo\\_de\\_los\\_contemporaneos,\\_actividad\\_en\\_homenaje\\_al\\_investigador\\_veracruzano.pdf](https://www.inba.gob.mx/multimedia/prensa/galerias/749/749-bol._1273_miguel_capistran,_el_ultimo_de_los_contemporaneos,_actividad_en_homenaje_al_investigador_veracruzano.pdf)> (consultado el 17 de mayo de 2018).
- Morales V., Francisco (2015a), “Va acervo de Capistrán a AML”, *Reforma*, en: <<https://www.reforma.com/aplicacioneslibre/articulo/default.aspx?id=649156&md5=c65450c89216e99baee9317a70bc2244&ta=0dfdbac11765226904c16cb9ad1b2efe>> (17 de mayo de 2018).
- Owen, Gilberto (1922), “Efemérides triviales”, *Raza Nueva*, núm. 1, Toluca, 3 de junio.
- \_\_\_\_\_ (1979), *Obras*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Tagle, Tania (2013), “Miguel Capistrán. El protagonista tras la tramoya”, *Replicante. Cultura Crítica y Periodismo Digital*, en: <<http://revistareplicante.com/miguel-capistran/>> (consultado el 17 de mayo de 2018).



## MIGUEL CAPISTRÁN\*

Vicente Quirarte

Nuestra veleidosa e inconforme República Literaria se llenó unánimemente de alegría al enterarse del ingreso de Miguel Capistrán a la Academia Mexicana de la Lengua. Se trataba de un acto de justicia para quien, lejos de reflectores y estridencias, había contribuido a iluminar, difundir y hacer accesibles la vida y la obra de los poetas llamados convencionalmente los Contemporáneos. El estudiante que en 1972 entraba a los salones de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM estaba consciente de que 100 pesos eran entonces el precio de un hotel de paso o el de las *Obras* de Xavier Villaurrutia. La decisión era difícil, pues ambas pasiones eran tan urgentes como necesarias. El amor hirió donde debía, duró lo que dolía, pero firmes permanecen las palabras del poeta que escribió versos inscritos a fuego en la memoria, los cuales han llegado hasta el patrimonio colectivo y democrático del bolero:

Amar es una angustia, una pregunta,  
una suspensa y luminosa duda:  
es un querer saber todo lo tuyo  
y a la vez un temor de al fin saberlo.

El libro de Villaurrutia permanece conmigo y ha sido desde entonces compañero de vigiliyas y combates. Sólo el paso de los años permitió que la curiosidad y el espíritu de investigación fueran, para bien y para mal, más allá del deslumbramiento. Para bien, porque toda nueva sabiduría nos hace menos ignorantes y secretamente más dignos. Para mal, porque

\* Texto leído en la sesión pública solemne del 25 de octubre de 2018, en la Capilla Alfonsina de Ciudad de México, con motivo del homenaje luctuoso a don Miguel Capistrán.

perdemos la pureza al adentrarnos en la objetividad de la bibliografía. Aparentemente, pues el brillo de la inteligencia esta siempre allí. Miguel Capistrán fue una leyenda antes de conocer su persona. Su nombre aparecía en primer término, como recopilador de textos, junto al de Alí Chumacero y Luis Mario Schneider en la edición aumentada hecha por el Fondo de Cultura Económica, en 1966, de las *Obras* de Xavier Villaurrutia. Luego nos enteramos de su recopilación de las *Obras* de Jorge Cuesta, como él oriundo de la ciudad de Córdoba, Veracruz, que nuestra Universidad Nacional dio a la luz en cuatro volúmenes de la Colección Poemas y Ensayos. Capistrán se afanó en estudiar a Cuesta desde todos los ángulos, para combatir la leyenda negra que su trágica muerte propiciaba entre los laxos lectores. A Capistrán se debe igualmente la creación del premio Jorge Cuesta, que su ciudad natal otorga a quien ha hecho de la poesía su centro de irradiación más importante.

El nombre de Miguel Capistrán se volvía tan repetido como necesario, en toda aventura que tuviera relación con el rescate de autores y obras de la literatura mexicana. Sin su imprescindible libro que reúne la *Crítica cinematográfica* de Xavier Villaurrutia y el estudio que lo antecede, no se explican trabajos posteriores como los de Víctor Soto Ferrel. Lo mismo sucede con el libro *Borges y México*, donde aparecen no sólo textos que el gran argentino dedicó a nuestro país sino testimonios de mexicanos que sobre él hablaron o estuvieron cerca de él. En todas las investigaciones sobre los Contemporáneos, Luis Mario Schneider era el primero en reconocer la complicidad de Miguel Capistrán, a quien llamaba “compañero de navegaciones”. Por eso es justo hacer un homenaje a ese investigador sin sueldo fijo que tanto hizo por nuestra cultura y al que acudieron todas nuestras instituciones, como lo hacemos ante el detective consultor para resolver nuestras *enormes minucias*. Como directora del Instituto de Investigaciones Bibliográficas, la maestra María del Carmen Ruiz Castañeda tuvo por él una particular y explicable inclinación, pues Capistrán supo llevar a cabo la paciente labor del buzo y del minero y hacer de la hemerografía una obra de arte antes que una herramienta para llegar a la iluminación. En esa verdadera modestia radica la grandeza de Capistrán.

El 2004 fue el encargado de curar en nuestra Biblioteca Nacional la exposición y el coloquio *El breve fuego de Ulises*, cuando Celestino Gorostiza, Salvador Novo y Gilberto Owen llegaron al año cien de su nacimiento. Capistrán prefería llamarla generación de Ulises, en honor a la revista de ese nombre que en 1927 fundaron Villaurrutia y Novo con el subtítulo que signaría su espíritu: curiosidad y crítica. *El breve fuego de Ulises*. La frase es de Salvador Novo y alude a los años del primer tercio del siglo xx cuando él y sus cofrades modificaron con inteligencia, juventud y visión profética, el panorama de la cultura mexicana. Lapso en que la revista bautizada en honor del navegante ancestral, el grupo de teatro y los libros del mismo sello pusieron a nuestro país en consonancia con lo que se realizaba en otras partes del mundo.

El palacio de Bellas Artes está ligado en forma permanente a Miguel Capistrán. En sus escaleras, un día me abordó con entusiasmo adolescente para decirme que había descubierto la primera vez en que Gilberto Owen se puso en contacto con la generación a la que por edad y afinidad pertenecía. Para mí, las palabras del maestro Capistrán eran dogma inapelable, sobre todo porque sus afirmaciones provenían de la investigación acuciosa, de la lectura entre líneas de la vida y la obra, de la vida en la obra y viceversa. Antes de incorporarse al delgado y compacto volumen titulado *Los Contemporáneos por sí mismos*, los textos iluminadores de Capistrán habían aparecido en las publicaciones periódicas más importantes de México: la *Nueva Revista de Filología Hispánica*, *Vuelta*, la *Revista de la Universidad de México*.

En la sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes iba a ingresar como miembro de número de la Academia Mexicana de la Lengua. Lo había hecho en innumerables ocasiones, como cuando en esa sala se presentó la edición de *Poesía y prosa* de José Gorostiza, que Miguel hizo en compañía de Jaime Labastida y Martha Gorostiza. Los familiarizados con el trabajo y la persona de los seres que se concentran en José Gorostiza encontrarán en ese libro señas familiares, pero también, por fortuna, el rasgo inédito, la página escasamente difundida que nos lleva a leerlo de otra forma, a encontrar un matiz antes no advertido o una nueva forma de interpretarlo. Cualquier nuevo dato que se añada al conocimiento de

alguien que dedica su existencia a hacer más puras las palabras de la tribu, es digno de nuestra gratitud. Tal es el caso del “Nocturno de San Juan de Letrán” de Xavier Villaurrutia, rescatado y reconstruido por Capistrán; una fotografía de Gilberto Owen en traje de baño en el Callao; un autógrafo de Celestino Gorostiza en un ejemplar suyo en la Biblioteca Nacional; la última fotografía de Jorge Cuesta, todos son documentos que contribuyen a descifrar a ese grupo que crece con el paso de los años y que añade nuevas lecturas y lectores a su cofradía de numerables. En ese libro de Gorostiza, donde campea la erudición de Capistrán, está prácticamente todo lo que con fines de publicación salió de la pluma del escritor. Para los admiradores del poeta puro, reticente, medido en sus palabras y más aún en su obra, pueden resultar un lastre las páginas donde se aprecia al servidor público y al arquitecto y defensor de proyectos culturales; para el interesado en estudiar a la persona dentro del poeta y el misterio de la creación, resultan un material de primer orden. En el álbum de familia de los Contemporáneos, José Gorostiza es enigmático por su transparencia, hermético por su claridad. Cada uno de sus cofrades supo forjarse una leyenda, unos a partir del alarde de su verdad sexual —Salvador Novo, Elías Nandino— otros a partir de la odisea amorosa o ética —Gilberto Owen, Xavier Villaurrutia, uno más, Jorge Cuesta, al ser atrapado por el vértigo de la locura sin retorno—. No escapan a este destino ni siquiera los aparentemente más alejados del desplante público o el escándalo, Jaime Torres Bodet o Bernardo Ortiz de Montellano. Como criaturas de creación, como poetas conscientes de que llevaban a cabo una tarea crítica y transformadora y revolucionaria en el más profundo y auténtico sentido del término, fueron pararrayos de pasiones. José Gorostiza no fue la excepción. Su ejemplaridad reside en la discreción —que en su caso es valentía— con la cual supo llevar la doble vida de quien se la gana en la diaria tarea y del que salva su espíritu al arriesgarlo en el juego siempre incierto de la escritura. Uno, entre muchos ejemplos. En 1963, a punto de ocupar la Secretaría de Relaciones Exteriores en el gobierno de Adolfo López Mateos, Gorostiza es el encargado de pronunciar el discurso con motivo de la inhumación de los restos de López Velarde en la Rotonda de los Hombres Ilustres. El poeta

Gorostiza salva el escollo del hombre público y traza un retrato donde la elevación y la exactitud de la prosa no están reñidos con el lenguaje crítico. Retrato de poeta a poeta, el López Velarde del segundo Gorostiza llega con su leyenda pero también con su más cautivadora realidad, la de ser simplemente un poeta que imanta con nueva fuerza las palabras de la tribu. En el citado ensayo *La poesía actual de México* (1937) señala que la actitud crítica de los Contemporáneos ha provocado “un profundo enrarecimiento de la forma poética; un prodigioso equilibrio que le permite ‘no caer’, pero que no le permite ‘andar’, un estrangulamiento, en suma que la constriñe a sustentarse casi exclusivamente a expensas de la imagen”.

Miguel Capistrán llegó al fin de su aventura terrestre el 25 de septiembre de 2012. Ya no pudo ver la exposición de 2016 bajo el título *Los Contemporáneos y su tiempo*, que basada en la colección de Arturo Saucedo, tuvo lugar en las salas principales del Palacio de Bellas Artes. No es arriesgado decir que la minuciosa y muy completa muestra tenía el espíritu de Capistrán. En el bello catálogo resultante de la exposición, el primero de los textos es obra duya y lleva por título “Sobre el origen del nombre Contemporáneos”. Con su falta de complacencia característica, el autor rastrea el origen de la palabra que hoy bautiza a la generación. Gracias a sus afanes podemos concluir que ser Contemporáneo es desconfiar de la impresión inmediata y buscar el misterio en lo inocente, según recomendaba Edgar Allan Poe; ser Contemporáneo es armar y demostrar un teorema donde Góngora es a la pintura de Cézanne lo que Velázquez a la poesía de Mallarmé: no emotividad traducida sino tejido de una red capaz de eternizar la fugacidad de lo vivido; ser Contemporáneo es comprender esta aparente deshumanización del arte para llegar a resultados duraderos; ser Contemporáneo es apasionarse en los objetos y no apasionarse con ellos, para otorgarles la pureza y libertad en que nacieron; ser Contemporáneo es adelantarse al tiempo para volver a México contemporáneo del mundo.

Sin embargo, esta celebración no convierte a Capistrán y sus estudios en estatuas de sal: la mayor parte de sus actos y de su escritura mantiene la provocación y la intensidad que en su momento despertaron.

Hoy los Contemporáneos son patrimonio nacional. Sus nombres se otorgan a bibliotecas, parques públicos, museos, premios literarios. Pero en su momento de *soberana juventud* se enfrentaron al mundo con la audacia y la rebeldía de los años verdes. Eran insolentemente jóvenes cuando se atrevieron a hacer la revolución en la cultura, con la misma violencia y radicalismo con que otros hicieron la revolución armada. Modificaron nuestra manera de ejercer con plenitud *los seis sentidos mágicos de antes*.

Miguel Capistrán fue un paciente recolector que daba el pase inteligente y necesario para la anotación del tanto de la victoria. De tal manera creó un grupo de selectos y rigurosos discípulos que en la bibliografía y en la paciente labor hemerográfica encuentran una forma suprema de alegría. Menciono sólo a algunos de ellos: Pável Granados y su pasión por la lectura heterodoxa; Sergio Téllez-Pon y su necesidad de examinar los interminables caminos de una generación que este año alcanza su nonagésimo aniversario y es más joven que nunca. Acaba de aparecer en dos volúmenes la obra de Antonieta Rivas Mercado, preparada por Tayde Acosta Gamas, una de las eruditas más cercanas a Miguel.

El ingreso del acervo de Miguel Capistrán a su casa, la Academia Mexicana de la Lengua, hace de esta ceremonia su verdadero ingreso, la herencia viva que deja para presentes y futuras generaciones. Merezcamos y hagamos un continuo recordatorio de nuestro amigo y maestro, valiéndonos de las armas que él veló y templó con ejemplar arrojo, inteligencia y valentía.

## MIGUEL CAPISTRÁN 2018\*

Adolfo Castañón

### I

¿No es una coincidencia afortunada que nuestro amigo y compañero Miguel Capistrán, haya venido al mundo el mismo año en que terminó de construirse esta Capilla Alfonsina?

Miguel Capistrán Lagunes (1939-2012), nacido en Córdoba, Veracruz, al igual que Jorge Cuesta, estuvo enamorado desde siempre de las letras y las artes. Frecuentó desde muy joven a lectores y escritores. Se hizo amigo de Salvador Novo, de quien existen en su colección diversas carpetas con algunos de sus manuscritos. Desde muy joven se interesó por la figura de los escritores y poetas de la generación de los Contemporáneos, como Jorge Cuesta, Xavier Villaurrutia, José Gorostiza, Gilberto Owen, Carlos Pellicer. Entre los papeles, cuadros, objetos y fotografías que se encuentran en la colección de la cual hoy la Academia Mexicana de la Lengua da constancia de haber recibido como donación por parte de sus hermanas Julia y Francisca Capistrán, están, en 77 cajas, libros dedicados, imágenes, revistas y proyectos promocionales, cartas, textos sueltos, manuscritos y documentos escolares de Jorge Cuesta (se encuentra aquí, por ejemplo, el manuscrito definitivo de su poema “Canto a un Dios mineral”), dibujos de artistas y escritores como Xavier Villaurrutia, Alí Chumacero, Agustín Lazo y Roberto Montenegro, libros de Alfonso Reyes, Jorge Luis Borges, entre muchos. La colección que recibimos de Miguel Capistrán es un acervo selecto, compuesto por 3 120 libros y por más de 100 objetos y manuscritos. Este rico y subversivo tesoro servirá

\* Texto leído en la sesión pública solemne del 25 de octubre de 2018, en la Capilla Alfonsina de Ciudad de México, con motivo del homenaje luctuoso a don Miguel Capistrán.

para alimentar algún día ediciones completas y críticas, anotadas, iconografías y libros documentales de estos escritores mexicanos. Manuscritos y mecanoscritos, acuarelas, retratos y autorretratos, folletos, afiches, carteles, invitaciones, conviven con algunos objetos, como adornos, platonos, fruteros, plata, platos o jarras de finales de siglo XIX y principios del XX.

Al recibir esta colección, unas palabras vienen a los labios: gratitud por el fervor. Gratitud por el fervor que guió a un joven que fue madurando con el fuego de los años y de la pasión por el conocimiento para hacer que sus días y calendario desembocaran en una especie de museo personal, una especie de capilla ferviente donde conviven fundamentalmente los escritores y poetas de la revista *Contemporáneos* con algunos otros como Alfonso Reyes, Jorge Luis Borges, Octavio Paz, Diego Rivera, Juan Rulfo (de quien se encuentra aquí, misteriosamente, el diploma que la Sociedad Alfonsina le otorgó al narrador jalisciense por su novela *Pedro Páramo* en 1955). Entre todos los autores, aquí cosechados destacan tres: Jorge Cuesta, José Gorostiza y Xavier Villaurrutia. No es extraño, Capistrán dedicó a esos tres, y a otros más, largas horas de trabajo e investigación. Junto con Luis Mario Schneider, Capistrán hizo la primera edición de las *Obras completas* de Jorge Cuesta. Estaba preparándose para hacer una edición de las *Obras completas* de Xavier Villaurrutia, que no pudo terminar como sí logro hacer las de José Gorostiza.

Habrá que brindar amorosos cuidados para organizar, custodiar y poner a disposición del público, en un futuro que quisiéramos próximo, este valioso caudal que hacemos constar aquí, que se ha recibido por parte de sus hermanas, previo la clasificación y custodia de estas piezas por la Dirección de Literatura del Instituto Nacional de Bellas Artes, a la que también damos las gracias.

## II

Cierto: Miguel Capistrán no tuvo hijos, pero sí ha tenido seguidores, amigos y colaboradores afinados con sus intenciones salvadoras: investi-

gadores y escritores como Alberto Paredes,<sup>1</sup> Michael K. Schuessler, Hakobo Morá,<sup>2</sup> Josué Castillo,<sup>3</sup> Tania Tagle,<sup>4</sup> Sergio Téllez-Pon,<sup>5</sup> quienes han reconocido en él, para citar a Téllez-Pon, a “el último de los Contemporáneos” y han sabido tomar el relevo de sus indagaciones para armar el cuerpo disperso de la tradición subterránea que, como un río debajo del río, fluye todavía por abajo del legado de los escritores congregados en torno a las revistas *Ulises*, *Contemporáneos*, *Examen*, *Letras de México*, *El Hijo Pródigo*, entre otras. Miguel Capistrán era consciente de que su trabajo se inscribía en una red de ayuda y colaboración. De ahí que haya dejado constancia a su vez de sus deudas. Por ejemplo, en el prólogo a la prosa de José Gorostiza publicada por la Universidad de Guanajuato (1969) dice:

Mi agradecimiento vivo, profundo, a quienes con su ayuda hicieron posible la realidad de este libro. Quede testimonio aquí al enunciar sus nombres: Srita. María Teresa Villaurrutia, Sra. Natalia Cuesta, Srita. María del Carmen Ruiz Castañeda, Sr. José Gorostiza, Sr. Emmanuel Carballo, Sr. José Luis Martínez, Sr. Alí Chumacero, Sr. Eduardo Luquín, Sr. José Emilio Pacheco.<sup>6</sup>

### III

¿No habría que hacer con Miguel Capistrán lo mismo que él hizo con los Contemporáneos? ¿No habría que buscar los papeles perdidos y sueltos de este hijo distinguido del ayuntamiento de Córdoba y armar el día de

<sup>1</sup> “Cartearse para quererse”, *Proceso*, núm. 995, 20 de febrero de 1995, pp. 72-73.

<sup>2</sup> “Algo sobre la muerte del investigador Miguel Capistrán Lagunes”, *Milenio*, 26 de septiembre de 2012.

<sup>3</sup> “Borges y México, de Miguel Capistrán”, *Vísperas. Revista contemporánea de reseñas literarias*, 2 de diciembre de 2013; “Las afinidades irremediables (a partir de la última entrevista a Miguel Capistrán)”, Blog Performance.

<sup>4</sup> “Miguel Capistrán: el protagonista tras la tramoya”, *Revista Replicante*, 14 de junio de 2013.

<sup>5</sup> “Miguel Capistrán, el último Contemporáneo”, Confabulario, *El Universal*, 27 de septiembre de 2014.

<sup>6</sup> José Gorostiza, *Prosa*, recopilación, introducción, bibliografía y notas por Miguel Capistrán, epílogo de Alfonso Reyes, Universidad de Guanajuato, México, 1969, pp. ix-x.

mañana una miscelánea con sus pliegos sueltos? No son muchos pero tampoco son escasos. Está, por ejemplo, el que dedicó a “El caso de don Alfonso y Novo”.<sup>7</sup> Cierro incitando a la lectura de otro, que rescato aquí y que fue publicado en la revista *Espejo*. Se trata de un fragmento de una amplia investigación que Miguel pensaba hacer sobre “De México y los extranjeros en el siglo xx” que trae un epígrafe de Octavio Paz que me gustaría repetir para saludar la memoria de este ilustre anfitrión de las letras que supo armar, entre otros muchos proyectos, el libro *Borges y México*.

¿Qué tierra es ésta?  
¿qué extraña violencia alimenta  
en su cáscara pétrea?

*Octavio Paz*

Algunas otras menciones de Capistrán por Novo:

22 de enero de 1966: “Los que están en cuclillas, también de izquierda a derecha, son los siguientes: [...] Miguel Capistrán, un muchacho muy talentoso que empieza a escribir o a ver publicadas sus investigaciones literarias” (Salvador Novo, *La vida en México en el periodo presidencial de Gustavo Díaz Ordaz*, prólogo de Antonio Saborit, Conaculta [Memorias Mexicanas], México, 1998, t. 1, p. 123).

12 de noviembre de 1966: “Nos falta una sola clase para concluir el segundo y último semestre de este seminario de historia de la ciudad de México cuya impartición me ha puesto en contacto con un grupo no sólo simpático, sino distinguido, selecto, de estudiantes de letras. Como al parecer en toda la Universidad, las muchachas están en mayoría. En el grupo de 10 o 12, sólo hay tres varones: el muy serio y formal Luis Terrán, de quien no he visto aún nada publicado, y Roberto Páramo y Miguel Capistrán, que contrastan: Roberto delgado y rubio, Miguel gordito y moreno. [...] Miguel es un investigador formidable. Él preparó la edición universitaria de la obra, tan dispersa, de su coterráneo

<sup>7</sup> *Nueva Revista de Filología Hispánica*, t. xxxvii, núm. 2, 1989, pp. 339-363.

Jorge Cuesta, y dio con textos que nadie conocía. Maneja la hemeroteca con familiaridad y descubre datos y fechas inéditos en cualquier investigación que emprenda” (*ibid.*, p. 209).

10 de diciembre de 1966: “El sábado 5 de noviembre cumplí un año de haber sido honrado por el señor presidente con la designación de cronista de la ciudad. Mis alumnos lo recordaron [...] resolvieron celebrarlo con una reunión para la cual la mamá de Carmen Galindo brindó amablemente su casa, a quien invitó a cenar a todo el grupo. Cerca de las ocho pasaron por mí Roberto Páramo, Luis Terán y Miguel Capistrán, y llegamos en los Jardines del Pedregal a una mansión fabulosa” (*ibid.*, p. 220).

10 de diciembre de 1966: “El interesado que haya, llegado hasta aquí con su lectura, bien puede aventurarse la lista de nombres, mañana eminentemente, de los que conformamos el *team* de *futuros cronistas* [...] el crítico Miguel Capistrán, futura eminencia gris” (*ibid.*, p. 222).

30 de septiembre de 1967: “La cena en casa de las chicas Galindo fue más numerosa de invitados importantes: los Torres Bodet, los José Luis Martínez, Arnaiz y Freg, los Salinas Lozano, y naturalmente la *nueva ola* a que pertenecen las muchachas Carmen y Magdalena: Miguel Capistrán, Roberto Páramo, Luis Terán, José Luis Cuevas, Carlos Monsiváis, Luis Guillermo Piazza...” (*ibid.*, p. 299).

8 de junio de 1968: “El día del Maestro se acordaron del suyo y decidieron comer con él no los Arpíos, que me tienen muy olvidado y apenas uno que otro me telefoneó, como Dantés y Rosamaría, sino Carmen y Malena Galindo, Miguelito Capistrán, Roberto Páramo y Luis Terán” (Salvador Novo, *La vida en México en el periodo presidencial de Gustavo Díaz Ordaz*, Conaculta (Memorias Mexicanas), México, 1998, t. II, p. 374).

25 de septiembre de 1968: “El miércoles tuve el gusto de que comieran conmigo cuatro jóvenes de *El Heraldo*: Gabriel Alarcón Jr. [...] Nicolás Sánchez Osorio [...] Neuvillate [...], y el penetrante husmeador de hemerotecas que es Miguel Capistrán” (*ibid.*, p. 408).

4 de diciembre de 1968: “Para las siete treinta había yo citado a junta a los miembros de la mesa directiva de la Asociación de Escritores de México. Sólo asistieron Edmundo Valadés y Miguel Capistrán” (*ibid.*, p. 435).

30 de abril de 1969: “Miguel Capistrán había ido conmigo, parte él, del jurado de los juegos” (*ibid.*, 493). [Sobre un viaje a Tuxtla Gutiérrez, “Donde se consagraba a la memoria de B. Traven una serie de ceremonias que incluían los juegos florales”.]

30 de abril de 1969: “La mañana del viernes se presentaba trágica. En el hotel no había luz para afeitarse con eléctrica, ni agua para siquiera un buche. Capistrán se lanzó a la alberca, yo me conservé en mi jugo” (*ibid.*, p. 494).

1° de julio de 1970: “El primero en informarme, todavía vagamente, de que ‘Valdés Peza había sufrido un accidente’, fue Miguel Capistrán” (*ibid.*, p. 587).

17 de marzo de 1971: “Y hoy disfrutaré de otro mundo estimulante. Mis Galindas Carmen y Malena Galindo me van a llevar a comer al Delmonico’s del Pedregal con otros alumnos de nuestro curso de historia de la ciudad: Roberto Páramo, Luis Terán y Miguel Capistrán. Para no salirles tan caro, les obligaré a tomar aquí el aperitivo” (Salvador Novo, *La vida en México en el periodo presidencial de Luis Echeverría*, prólogo de Sergio González Rodríguez, Conaculta (Memorias Mexicanas), México, 2000, p. 43).

14 de abril de 1971: “Con los papeles que dejó a su muerte [José Juan Tablada] en las manos abaciales de José María de Mendoza (con todas las atrocidades que debe haber guardado, pero que el Abate, siempre celoso de las imágenes respetables para la “posteridad”, debe haber inquisicionado, expurgado para el seminario que dirigía en la UNAM) ha habido muchos líos, discusiones, acusaciones, aclaraciones y declaraciones entre Conchita, viuda y heredera del Abate, y Miguel Capistrán, investigador minucioso)” (*ibid.*, p. 52).

25 de agosto de 1971: “Y sea el segundo que después de años de no incidir en viajes, y de escudarme para conjurarlos en la prohibición médica de probar más altura que la mía, ni respirar otro que el esmog alojado a mis mermados pulmones: cuando he debido decepcionar a más de un potencialmente generoso anfitrión resuelto a transportarme más allá del D.F., el inderrottable Miguel Capistrán transfirió el teléfono desde cuya bocina me saludaba, a la voz persuasiva, cortés, del seguramente

joven licenciado secretario particular del señor gobernador de Veracruz, en cuyo nombre me invitaba” (*ibid.*, p. 105).

1° de septiembre de 1971: “Y Miguel Capistrán se apuntó un diez con la conferencia-discurso con que dio a conocer, *in situ*, la historia, decadencia y nueva grandeza del edificio en que le escuchábamos y vimos al licenciado Moya Palencia felicitarle” (*ibid.*, p. 110).

10 de noviembre de 1971: “Decididamente: Miguel Capistrán (*no kin to other Capistranos*, ni aludido en *When the willows come back to Capistrano*) es una implacable rata de hemeroteca. Da con las noticias y piezas literarias más insólitas. Y en busca de las calaveras y sus orígenes (que él fija en el Pensador Mexicano) ha ido a dar con las anónimamente escritas gran tiempo ha por José Juan Tablada, de quien aparte de los epigramas repentinos tan repetidos, ya se sabía que era el autor del irreverente *Tenorio maderista*; y por otro escriba contemporáneo y homónimo mío que entre 1922 y 1923 —¡pronto hará medio siglo!— se botó la puntada de colaborar en un curioso periódico semanal llamado *El Chafirete*” (*ibid.*, pp. 135-136).

21 de febrero de 1973: “(Y siguen los paréntesis: si alguien sabe de Miguel Capistrán y de Luis Terán —promesas de la literatura mexicana demasiado afectos a quedarse en promesas— favor de suplicarles que se comuniquen conmigo a la más urgente brevedad)” (*ibid.*, p. 346).

12 de diciembre de 1973: “Luego, el viernes, Televisa iba a discutirse con una comida a Jorge Luis Borges, a que Miguel Capistrán, que ha actuado como su *manager* desde su importación, invitó a veintitantas personas ilustres. El hecho de que el convivio fuera en la Capilla facilitaría nuestro encuentro, que no pudo efectuarse; ni ahí, donde según mi capitán todo lo que Borges comió fue un poco de consomé con arroz; ni en la otra Capilla, la Alfonsina; ni ayer domingo, cuando muy a deshoras me habló Miguel para preguntar si podrían traer a Borges a saludarme” (*ibid.*, p. 169).

“Recado urgente y sos a Miguel Capistrán: si no has de terminar el trabajo, devuélveme rápidamente las herramientas. Quedan muy pocos días para entregarlo. ¡sos!”.<sup>8</sup>

<sup>8</sup> Salvador Novo, *La vida en México en el periodo presidencial de Luis Echeverría*, prólogo de Sergio González Rodríguez, Conaculta (Memorias Mexicanas), México, 2000, p. 355.



PREMIO INTERNACIONAL DE ENSAYO  
PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

---

P



## LA PALABRA Y LA RESONANCIA\*

Noé Jitrik

Regreso, de otra manera, a este palacio. Vuelven a mis oídos voces que en su momento parecían indicar mi pertenencia a un mundo que sentía deseable y grato. Recuerdo que fue aquí que llegó alguien, desolado, creo que era Juan Rulfo, diciendo que había muerto Julio Cortázar; recuerdo, asombrado, la manera en que Fernando Benítez contó cómo había muerto tiempo después, vaya la coincidencia, el mismo Juan Rulfo; no puedo olvidar la puesta en escena que, desafiante, vanguardista, preparó José Antonio Alcaraz de una ópera tradicional, desplazándose, orondo, entre tenores y sopranos. El tiempo, que todo lo alisa, no logra reducir la memoria y sólo nos permite un fugaz presente como el que, resignado, propone Louis Aragon, reflexivo y tristón: “Uno piensa en todo y en nada/ uno escribe versos o prosa/ hay que negociar cualquier cosa/ esperando la madrugada/. /Muchos murieron muchos viven/ no a todos nos tocan las mismas cartas/ antes que otro deberé partir/ muchos se fueron yo sigo soñando”.

Y sí, en efecto, sigo soñando y pienso mucho en los que ya no están, mis entrañables, Tito Monterroso, José Luis González, Luis Giménez Cacho, José Antonio Alcaraz, Julieta Campos, Ludvik Margules y, en los más distantes, que me iluminaron, José Luis Martínez, Joaquín Díez Canedo, Arnaldo Orfila Reynal, Carlos Fuentes, José Emilio Pacheco, Sergio Galindo, Gabriel García Márquez, Luis Cardoza y Aragón y luego en los que me hicieron llegar a México, esos admirables espectros de un México en gestación, Manuel Payno, Federico Gamboa, Martín Luis

\* Discurso leído en la Sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes, con motivo de la recepción del V Premio Internacional de Ensayo Pedro Henríquez Ureña, el 14 de noviembre de 2018.

Guzmán, Emilio Fernández, José Gorostiza, José Vasconcelos, John Womack, Manuel Maples Arce, pero también en los que siguen estando conmigo, Margo Glantz, Gonzalo Celorio, Hugo Hiriart, Elena Poniatowska, Margit Frenk, Jaime Labastida, Hernán Lara Zavala, Guadalupe Loaeza, Carlos Pereda, Miguel Díaz Reinoso, Fernando Ortiz Monasterio, Guadalupe Ferrer, David Huerta, Adolfo Castañón, Mariclaire Acosta, y luego los otros, el relevo, Esther Cohen, César González, Luisa Ruiz Moreno, Fabio Morábito, Raúl Dorra, Fernando Castaños. ¿Y mis argentinos, que compartieron el exilio y siguieron viviendo en México y a quienes recuerdo día a día, entrañablemente ligados a una de las mayores experiencias de mi vida, eso que suena dramático, el exilio, pero que fue para Tununa, Oliverio y Magdalena una increíble saturación de imaginario, eso que los hizo vivir y crear acompañados por el ángel de la poesía.

¿Para qué seguir? La red que define mi vida en México es inextricable y hoy me vuelve como un suave viento, como si todos ellos, voces calladas o voces sonoras, me estuvieran hablando: sólo sé, y me basta, que están conmigo, asumen de alguna manera mi transcurso y mi permanencia. Debo, por lo tanto, detener este flujo y lo hago con tres solemnes declaraciones: la primera, temblorosa y frágil, nunca me fui de México, la segunda, firme y decidida, la vejez no existe. Y una tercera, la tarea, lo que se denomina la tarea, está por delante, el pasado es de otros, el futuro está aquí.

Y tiene que ver en este día, ejemplarmente, como lo que se prolonga de la gesta de Pedro Henríquez Ureña y su intento por desentrañar nada menos que el enigma de la identidad de América Latina. Imagen triste la suya, de exilio y orgullosa soledad: oí de él cuando empezaban mis devaneos con la literatura, por su obra de editor en la mítica editorial Losada y luego por su trabajo en el Instituto de Filología Hispánica presidido por Amado Alonso, cuyos resultados se prolongan hasta El Colegio de México, y esos primeros libros, para mí, *Corrientes literarias en América Latina* y *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, hasta su novelesca muerte en un solitario vagón de un tren que debía conducirlo a la ciudad de La Plata; pero supe algo más mucho más tarde gracias a las

evocaciones de Vasconcelos en sus deslumbrantes memorias y la veneración que por él sentía Alfonso Reyes. Maestro lo llamaba, como yo lo llamo a él y a Reyes. Destino impreciso de maestro preciso, impulsado por un deseo latinoamericano sin falla pese a que la historia, con cuyos giros tuvo tanto que ver, le reservara un papel de reclusión y de lejanía: Henríquez Ureña debía haber terminado sus días en ese México al que ayudó a comprenderse y, como había dicho Borges a propósito de un remoto Laprida, por un juego nefasto del destino se cumplió su destino sudamericano en otra parte, más cercana a mí, que no sé si llegó a ser otra patria para él.

Me fascinó en aquellos libros de Henríquez Ureña la palabra “busca”; tal como la instalaba la entendí, sin ir más lejos, por su objetivo, América Latina, esa designación generosa que empezó a inquietarme; ¿cómo podría, sin mayores recursos, recluso en un fascinante Buenos Aires que se me ofrecía en un adentro autosuficiente, encontrar una cifra para comprender esa inmensidad semántica y física? Todavía no había leído el *Canto general* de Neruda, me faltó para comprenderla mi propio exilio en México, pero luego, muy luego, ahora, creo que puedo comprenderla con y en la literatura misma que parece búsqueda desde siempre, en la palabra y en la resonancia de esas cosas inertes que la palabra despierta, cuya paradójica vivacidad carece de la noción de descanso. ¿Descansa acaso igualmente América Latina, en su desdicha, en su forma, en su relación con el mundo? Buscar, intentar, ensayar.

De dónde la palabra ensayo, que rotula esto que está sucediendo y que hoy me tiene como una suerte de protagonista gracias a una decisión que no estaba en mis fantasías: la Academia Mexicana de la Lengua la conformó, espero que no demasiado arduamente y no vaciló en concederme ese papel. Me reconoció como ensayista, palabra ambigua si cabe, y en ese papel una historia de mis relaciones con la literatura, eso que se llama trayectoria, palabra que traduce, metafóricamente, una obstinación, la de mi mirada. ¿Será ésa la virtud de lo que se reconoce como ensayo, una mirada que se convierte en acto y que establece un puente muy extraño con el objeto entrevistado y lo que de esa relación puede ampliar una comprensión? Comprensión del objeto pero, simultáneamente,

de eso que se designa como realidad o mundo o trascendencia o destino o humanidad, que todo eso es lo que indica la posición de la literatura en el combate discursivo que anima la existencia social y le da un sentido.

Eso es lo que entendí en otro momento de los llamados ensayos de Ezequiel Martínez Estrada apenas me asomé a lo que veía en una realidad díscola, atravesada por raras pulsiones, por singulares talentos. ¿Como lo que me ocurrió cuando me asomé a la obra de Octavio Paz que con su *Sor Juana* se pone junto al Hudson y al José Hernández de Martínez Estrada? ¿Como a la obra de José Luis Martínez que recuperó una historia turbia o siniestra de un Cortés sobrevolando en los orígenes de este país? No como imágenes invertidas, sólo como diálogos entre poderes, la palabra, la inteligencia, la percepción.

Lejos de mí la pretensión de considerarme heredero de esas magnitudes. Lo mío ha sido de otro tipo y escala: si en aquellos ensayos y otros de parecida dimensión, la autobiografía de Vasconcelos incluida, a la que el sesgo narrativo no le quita carácter de interpretación histórica, el helenismo de Reyes o el americanismo de Henríquez Ureña, prima un objeto único, para mí, en cambio y como variante, el objeto incitador fue siempre singular, un parpadeo semiótico que se me aparece como un llamado y que me lleva a expandirlo, a internamente en un espesor, a comprender eso que los filósofos del lenguaje llamaron perlocución, actos que las palabras generan.

Eso, quizá, la inmersión en lo particular y casi inadvertido en un texto, en un sueño, en una discusión, en un incidente, constituye lo que otros definen como ensayo, pero no para mí, remiso a reglamentaciones; para mí sólo es ensayo porque toda escritura que comienza lo es, y así como ensayo una reflexión que tiene una pretensión teórica, cuasi filosófica, ensayo un poema, que juega con las palabras siguiendo vagas instrucciones de Mallarmé, y ensayo una narración que desafía las implacables leyes de la verosimilitud y ensayo un documento y ensayo una carta, pero eso no me hace un “ensayista”, renuncio a esa distinguida y al mismo tiempo marginal designación, cuasiprofesionista, porque en todos los casos titubeo y busco una forma —Rubén Darío lo dijo, “busco una forma”, escribí, ¡y vaya si la encontraba!— que sigue o elige diversas direcciones,

la calle del poema, la avenida de la narración, el escondrijo de la filosofía, los meandros del periodismo, todas dialogan entre ellas, todas buscan lo mismo, una acción, un acercamiento siempre vacilante a eso que Drummond de Andrade dibujó como presencia e imposibilidad: “Mundo, mundo, vasto mundo/ si me llamase Raymundo/ eso sería una rima/ no sería una solución/”, en versos que no parecen deberle nada a Heidegger; para todos el problema es el mundo y, para algunos, la palabra es el vehículo para llegar a sus muros, inexpugnables, apenas fisurados, esas levísimas fisuras por donde penetra el intento, eso que en otra parte puedo pensar que es lo que se conoce como crítica.

Mi primer trabajo en esta dirección data de 1955, ya no lo recuerdo con precisión; el último de hace pocas semanas, más de 60 años de intentos, no sé qué queda de ellos: generosamente, la Academia Mexicana de la Lengua se arriesga a un rescate, no puedo menos que reconocerlo y, reconfortado, agradecerlo vivamente, pero también me gustaría saber, con el objeto de iniciar una conversación que me ayudaría a justificar mi ser en el tiempo y en el espacio, qué han visto en ese caudal que no logro ver yo mismo: las palabras de Jaime Labastida me acercan, me esclarecen, me hacen verme a mí mismo desde otro lugar. Pero algo hay, al menos, respetuosamente, un continuo como el que reivindicaba Reyes para su poesía.

Entre comienzo, preciso, y final, indefinido, hubo una evolución de mi mirada: inicialmente se posó en objetos literarios, grandes nombres, grandes obras, primero en Argentina —Sarmiento, Hernández, Borges, Arlt—, luego en Francia —Cortázar, Macedonio Fernández—, luego, por fin, en México —Vasconcelos, Gorostiza, Rulfo, Fuentes, Monterroso, Celorio, Pacheco, López Velarde, Maples Arce—, objetos atrayentes y en casi todos los casos cubiertos de lecturas y de interpretaciones, objetos a descubrir en su cara oculta para, por fin, entregarme a la fascinación de conceptos naturalizados en el uso de la lengua —acorde, blanco, significación, adjetivos, traducción, discurso, negatividad, escritura— que intento, ensayo, desnaturalizar. La literatura, en general, como decisión discursiva, sigue empero brillando enigmáticamente pero, poco a poco, lo que se vislumbra cuando se entreatren las puertas

de ese vasto mundo, me sorprende, luego me deslumbra y, por fin, empiezo a ser escrito por ello.

Pero eso, ahora, no importa; ahora quiero decir que aunque no hay destino pura y exclusivamente individual sino vinculado con lo que recorre la vida social, incluido desde luego y no en menor medida lo político, existe el espacio de la libertad con cierto margen de elección: en parte es pulsional, reside en el ser humano mismo, en parte se nos otorga o permite; ese uso de la libertad nos individualiza y nos mide y por esa medida se nos juzga: la ética, creo, nace en esos intersticios y es, tal vez, lo que nos lleva a hacernos preguntas. Todas esas líneas se conjugan en un ritmo que sostiene lo que llamaba la tarea, con mayúscula, no la hegeliana del final de la Historia, esa meta en la que resplandecería el sentido que han tenido sufrimientos y esperanzas, mensajes y respuestas.

Pero estoy situado, es la literatura y sus perplejidades. No ceso de preguntarme, ya no por lo que pude haber hecho con ella y de ella, sino por su posición en el comercio discursivo; lo menos que puede decirse es que ya no se parece a lo que llevó a Vasconcelos a formular su delirante y maravilloso proyecto de publicar griegos y latinos cuando todavía subsistían los fuegos de la Revolución; ahora la literatura descreo de su poder, no descansa en una fe que parecía inamovible, la máxima expresión de una cultura; pese a extraordinarios y múltiples escritores que sacuden la conciencia latinoamericana, veo algunos aquí, otros me iluminan desde lejos, ahora, en estos tiempos turbios, está en riesgo, parece una mercancía entre otras pero más precaria y prescindible, envuelta en el proceloso mundo financiero que se ha convertido en la “forma mentis” de una política que promete el ahogo y se aprovecha del dispendio. Contra eso es arduo pero no inútil luchar, no sólo porque algunos, muchos, juegan su vida en el mundo simbólico, en la poesía, en el arte, en la conversación, sino porque la humanidad tiene derechos, puede aspirar a lo más alto para resistir a lo más bajo. Shakespeare es lo único que queda en el mundo feliz que, temeroso, imaginó Huxley cuando todavía no estábamos en esto.

¿Tiene que ver con lo que digo lo que está sucediendo en este momento, lo que la Academia Mexicana de la Lengua articuló y que justifica

tantos actos de resistencia, esa fe que remite a un pasado que nos enorgullece y nos promete un futuro digno de ser vivido?

Henríquez Ureña pensó en una América Latina posible; no era el único. Me pregunto cómo vería lo que se quiere hacer de ella en estos tiempos, cuando el aparato jurídico trastabilla en Brasil, en Nicaragua, en Argentina, en Ecuador; cuando la economía asfixia y no acude para que los pueblos respiren; cuando en la política predomina la transacción y las ideas se desvanecen, cuando la cultura se burocratiza y el dinero, para unos pocos, es la medida de todas las cosas. Lo que un Henríquez Ureña pensó no sería una Arcadía sino tan sólo una posibilidad que todavía seguimos acariciando. México la está respirando en estos días. Eso me hace comprender y compartir las grandes esperanzas que se abren, como habría dicho Dickens, en un pueblo que merece reconocerse más allá de la frustración y la tragedia. Lo que estoy recibiendo precisamente en estos momentos está teñido de esas esperanzas.



## ELOGIO DE NOÉ JITRIK\*

Jaime Labastida\*\*

¿Por cuál de las múltiples aristas que posee la escritura de Noé Jitrik se podrá iniciar su elogio? ¿Es un semiólogo? ¿Un crítico literario? ¿Un creador de vastos proyectos críticos y de investigación? Jitrik es todo esto, sin duda, un escritor lleno de meandros, moderno y audaz; pero, antes que ninguna otra cosa, un hombre que se define en función de la escritura pues, para ser escritor y ejercer la función de la escritura, es preciso ser un ávido lector. Y Jitrik lo es en grado superlativo.

¿De qué manera, me pregunto, se constituye la trama, el texto, el tejido, la escritura de Jitrik? Un hombre que ha publicado cerca de un centenar de libros, dos terceras partes de los cuales son ensayos (el resto lo forman poemas y narraciones), es, acaso y por encima de todo, un ensayista, sí, pero, ¿qué clase de ensayista? Podría responder, con rapidez, un crítico literario porque, en verdad, su escritura se ha centrado en el examen de la escritura de otros escritores, desde Colón y Sarmiento hasta Borges y Roa Bastos. Empero, por el lejano año de 1963, Jitrik apuntó que no se consideraba un escritor que ejerciera la función profesional de crítico literario y que cumplir esa función era, para él, otra manera de “hacer literatura”, aun si esto se encontrara en los linderos de la literatura o hasta fuera una forma opuesta a la literatura misma.

Lo cierto es que Jitrik, que nació en un pequeño poblado de Argentina, situado al sur de Buenos Aires y de difícil localización en el mapa, apenas niño se trasladó a Buenos Aires. Había empezado su función de lector

\* Respuesta al discurso leído por Noé Jitrik en la Sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes, con motivo de la recepción del V Premio Internacional de Ensayo Pedro Henríquez Ureña, el 14 de noviembre de 2018.

\*\* El Colegio de Sinaloa, Academia Mexicana de la Lengua, Seminario de Problemas Científicos y Filosóficos, Asociación Filosófica de México, Siglo XXI Editores.

en la biblioteca de aquel pueblo y, poco a poco, amplió su horizonte en la capital y, más tarde, en París. Al llegar a la capital de Francia, advirtió los límites de lo que había aprendido en la universidad argentina; allí lo iluminaron los trabajos de la nueva crítica. El imperio de Sartre y de Camus se hallaba en su apogeo, pero se iniciaba ya su declive. Nuevas corrientes se anunciaban y el joven Jitrik las absorbía con emoción. Se apoyaba en ese libro extraordinario, *Mímesis*, de Erich Auerbach, pero lo asombró Maurice Blanchot; después, y en no menor medida, lo hicieron De Saussure, Freud, Lévi-Strauss, Barthes, Foucault, Lacan, Derrida, en fin, los estructuralistas. Es de suyo obvio que la cultura francesa, contemporánea y clásica, impregna a Jitrik por cada uno de sus poros. Añado que no se adhirió a ninguna de esas corrientes. Abrevó en ellas, pero elaboró criterios propios. No es un estructuralista ni un semiólogo ni un deconstructivista.

Entre otros más, destaco algunos conceptos clave en la teoría de Jitrik. Primero, la función de la *mirada*. Segundo, la función de la *escritura*. Tercero, el concepto de *semiótica*.

Jitrik establece una tesis: Cristóbal Colón inaugura la escritura en español en América Latina. En su libro *Historia de una mirada. El signo de la cruz en las escrituras de Colón*, dice que la primera mirada sobre el continente que después será llamado América la plasmó en sus cartas a los Reyes Católicos el Almirante de la Mar Océana. Jitrik realiza una auténtica disección de la escritura colombina: como Adán en el Paraíso, Colón despliega su afán por dar nuevos nombres a los objetos que aparecen ante su mirada; bautiza las islas y, por ese medio, toma posesión de ellas en nombre de Isabel y de Fernando. Como se sabe, Colón lleva un diario de la navegación en su primer viaje; después, escribe cartas a los reyes. Jitrik examina con cuidado extremo el proceso de la escritura colombina, muestra que esas cartas denuncian la lengua de Colón: un letrado italiano que ha vivido en Portugal y que asume como suya, finalmente, la lengua española que, de acuerdo con Elio Antonio de Nebrija, habría de ser la lengua nacional del imperio que nacía.

Las cartas de Colón tenían como destinatarios iniciales a Isabel y Fernando, pero, tras de ellos, Colón sabe que también los sabios habrían de

leerlas. El carácter privado de las cartas se desvanece, dice Jitrik: Colón escribe para el futuro, en tanto que es consciente de la trascendencia de su acto. En lo personal, creo que no sólo puso al descubierto un Mundo Nuevo, como lo llamó, el primero, Pedro Mártir de Anglería, sino que descubrió el planeta entero: sin su hazaña, no habrían sido posibles la teoría de Copérnico ni las audaces afirmaciones de Galileo. Lo decisivo del análisis que hace Jitrik de la escritura colombina es el de hacernos notar que, con ella, se inicia la historia de la escritura española en América.

Por otro lado, en el inicio de la sociedad humana, dice Jitrik, la escritura era privilegio de unos pocos. La diferencia entre hablar y escribir era un hecho casi natural y la mayoría de los seres humanos no se planteaba ni siquiera la posibilidad de escribir. Ágrafos, pueblos y seres humanos se satisfacían con el acto de hablar. Hoy, ya no es así, afirma Jitrik: “vivimos en la casi universalidad de su presencia”. En ese sentido, Jitrik examina con extremo cuidado el proceso de la escritura. No es igual tallar una piedra, hundir un estilo en una tablilla de cera que escribir con tinta sobre algún pergamino. *El estilo es el hombre*, dijo el conde de Buffon; invirtamos la expresión y digamos *el hombre es el estilo*. Si esto fuera así, somos aquello con lo que escribimos: piedra pulida sobre otra piedra inerte; cincel que incide en una lápida; estilo (punzón) sobre una tableta de cera; pluma sobre un papel en blanco; luz en la pantalla de una computadora. Sucede lo mismo en el proceso de la lectura: no es igual acudir al templo en el que están inscritos los jeroglíficos, que visitar un recinto en el que se depositan los lienzos de la escritura; hoy, adquirir un libro impreso. Vivimos en la Galaxia Gutenberg y Jitrik lo sabe: el circuito de la escritura entre escritor y lector tiene una doble vía, lo mismo que el camino de la lectura: leer nos edifica. La imprenta democratizó la razón y la lectura, e hizo entrar los libros en las casas de todos los hombres.

Como ustedes saben, Noé Jitrik vivió varios años en México. El exilio se lo impuso la dictadura argentina. En nuestro país, dictó clases en la Universidad Nacional, en El Colegio de México y en la Universidad de Puebla. Aquí publicó varios de sus libros. Quisiera destacar uno de ellos, *El callejón*. Para él, un callejón es un camino sin salida, ¿por qué?

¿Qué clase de metáfora nos aguarda en ese título? Jitrik hizo de este país algo más profundo que una etapa de tránsito. El callejón podría tener salidas. Se hizo de múltiples amigos mexicanos, además de que frecuentó a los suyos (y enterró en esta tierra a varios de ellos). Pero lo decisivo, a mi juicio, radica en el hecho de que México le otorgó señales de su presencia, entre otros, su cultura, tanto clásica como popular. En *El callejón* aparecen, como imágenes nada fugaces, la voz de cantantes populares y la música de los grandes maestros; Jitrik, añadido, es un melómano consumado. Además, México le produjo una *revelación*, subrayo el sustantivo: “a saber, que entre caminata y escritura existe una relación estrecha, fecunda y productora, de esencia y no sólo de anécdota en el sentido de que al caminar se ‘ven’ cosas que se pueden escribir”. México se abrió ante los ojos asombrados de Noé, otorgándole otra forma de entender la cultura y la lectura pero, sobre todo, la escritura. “Pensé, dice Jitrik, de regreso a mí mismo, que no caí en este país por desgracia, pero que la desgracia del mío me instaló aquí”.

Quisiera destacar otro aspecto de los vastos trabajos de Noé Jitrik. Desde hace más de 20 años, se trazó el objetivo de realizar una *Historia crítica de la literatura argentina*. La tarea, lo comprendió de inmediato, no podía ser sino de carácter colectivo. De ese modo, convocó a decenas de estudiosos que respondieron con entusiasmo a su llamado. El fruto son 12 densos y gruesos volúmenes que, dirigidos por él, han culminado final y felizmente apenas en este año de 2018. Los tomos, organizados de manera cuidadosa de acuerdo con temas conceptuales, se han publicado poco a poco (el primero apareció en 1999 y, sin embargo, corresponde, en el orden, al número X; se llama *La irrupción de la crítica*): esto indica que los tomos se publicaron conforme fueron escritos. Asombran los títulos, que revelan un orden interno más que una simple cronología. El primer volumen tiene por nombre: *Una patria literaria* (se publicó en 2014). Todos responden a conceptos teóricos y revelan, por consecuencia, el carácter de cada etapa: *La lucha de los lenguajes*, *El brote de los géneros*, *El oficio se afirma*, *Rupturas*, *La narración gana la partida* y, el último, el XII, *Una literatura en aflicción*. Dos de los volúmenes se dedican a un solo autor y llevan este título, sencillo: *Sarmiento* (el IV) y *Macedonio* (el VIII).

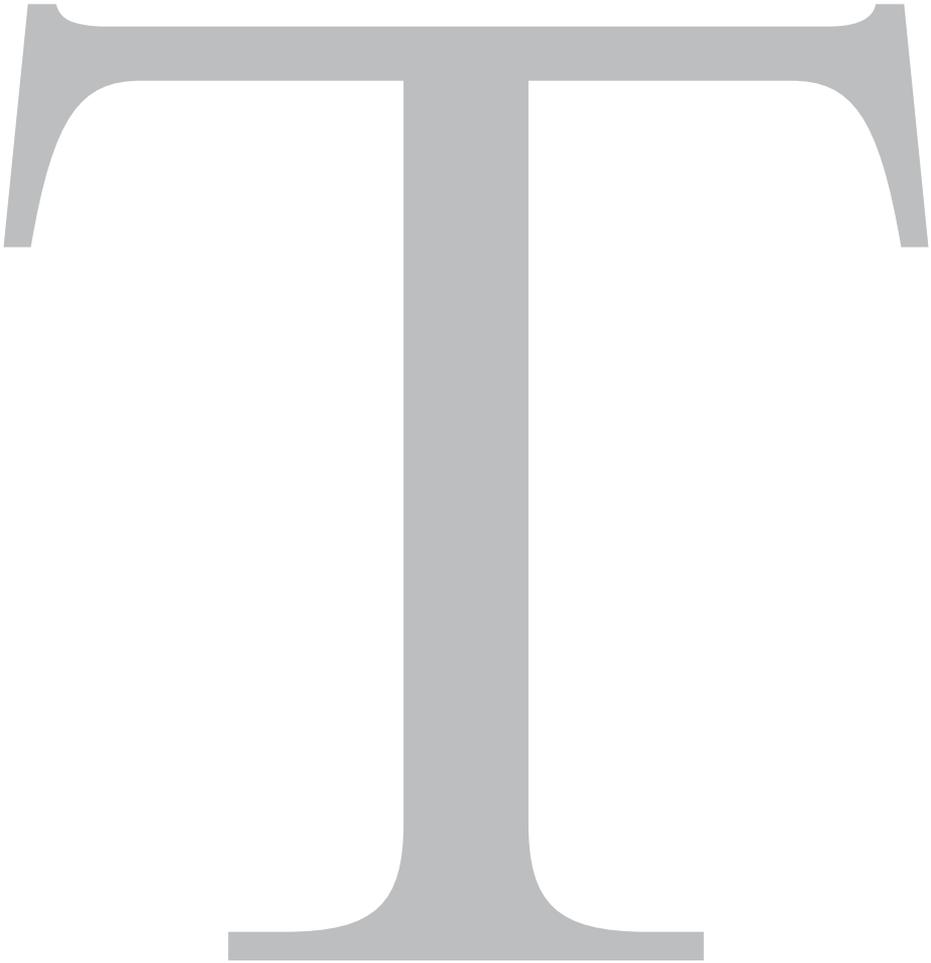
Este trabajo monumental revela que Jitrik no quiere ni puede abandonar las tareas que le son gratas, tareas a las que ha dedicado los mejores años de su vida y que es capaz de continuar, incansable, con los sueños que lo impulsaron desde que leyó el primer libro que puso en sus manos un bibliotecario en aquel pequeño poblado al que arribaron sus padres, inmigrantes que provenían de Bielorrusia.

Noé Jitrik regresa a México, que lo recibe con los brazos abiertos, para reparar lo que podría ser una injusticia: reconocemos en él a uno de los mejores ensayistas en la lengua española, un digno discípulo del maestro que fue Pedro Henríquez Ureña, razón por la cual se le entrega ahora el premio que lleva su nombre, según decisión unánime del jurado.



TRABAJOS LEÍDOS EN  
SESIONES ORDINARIAS

---





# TLALOLINI LOS SISMOS EN LOS CÓDICOS NAHUAS\*

---

Patrick Johansson Keraudren

Manifestación geológica de las fuerzas de la naturaleza y parte entrañable de la historia de México, los sismos han sido considerados de manera distinta según los momentos y los lugares. En tiempos prehispánicos, su carácter catastrófico, destructivo y mortífero, fue procesado mitológicamente (*tlamachiliztlahtolzazaniliztica*) como una expresión de la madre tierra. Los temblores se integraban en una cosmología, y su ocurrencia era cronológicamente registradas en documentos pictográficos llamados *cexiuhtlahcuilolli* o *cexiuhamatl*, anales que indicaban, además del año, la intensidad y la frecuencia de los movimientos telúricos. Después de la Conquista, la mayoría de los libros indígenas *amoxtli* fueron destruidos, pero algunos se volvieron a pintar, por diversas razones, con cambios formales notorios y eventuales alteraciones en los contenidos. Asimismo, bajo las embestidas doctrinales de los frailes, el temblor de tierra perdió la función cosmogónica que había tenido para manifestar la ira del Dios cristiano.

## 1. COSMOLOGÍA PREHISPÁNICA DE LOS TEMBLORES

Como los eclipses, la aparición repentina de cometas, el movimiento de las constelaciones en la bóveda celeste, y todo tipo de fenómenos naturales, los temblores tenían una razón cosmológica de ser.

\* Lectura estatutaria presentada en la sesión ordinaria del 11 de enero de 2018, en la sede de la Academia Mexicana de la Lengua, Iztaccíhuatl 10, Col. Florida, Ciudad de México.

### 1.1. Tlalli “la tierra”

En tiempos prehispánicos, la tierra sobre la cual andan los seres humanos es *tlalticpac*, literalmente “sobre la tierra”, elemento telúrico con carácter genésico en cuyas entrañas el hombre fue creado *in illo tempore*, y donde se “siembra” (*toca*) a los muertos. *Mictlan* es el espacio-tiempo infraterrenal regido por el dios Mictlantecuhtli, de donde salieron los seres humanos y adonde regresan inexorablemente un día. La tierra madre es el *Alfa* y el *Omega*.

Es también la dimensión de la que sale la vegetación y, particularmente, el alimento por excelencia: el maíz, gracias al agua de lluvia y a los rayos del sol. Tlaltecuhli, “el señor de la tierra”, encarna lo que la tierra devora. A su vez, el dios del fuego Xiuhtecuhtli, el dios viejo Huehuetotl, alias el anciano de los cuatro rumbos Nauhyohuehue, reside en el “ombligo de la tierra” *tlalxico*.<sup>1</sup> Esto confiere a la tierra una vitalidad cosmológica cuya expresión esencial será el movimiento *ollin* y, entre sus distintas manifestaciones, el movimiento de tierra *tlalolini*.

### 1.2. La era de tierra: primera etapa en la gestación del mundo

El mito (*tlamachiliztlahtolzacanilli*) de la creación, o mejor dicho de la expansión del mundo, conocido como “Leyenda de los Soles”<sup>2</sup> refiere etapas formativas que culminaron con el quinto sol *4-ollin*, “4-movimiento”, espacio-tiempo viable para la humanidad y en el cual estamos viviendo todavía. Empezó con la era de tierra *Ocelotonatiuh*, “Era o sol de los jaguares” (fig. 1).

*Inin tonatiuh nahui ocelotl ocatca - 676 años. Inique in izçepan onoca ocelloqualloque ipan nahui oçellotl in tonatiuh. Auh in quiquaya chicome malinalli in itonacayouh catca. Auh inic nenque centzonxihuitl ipan matlacpohualxihuitl ipan yepohual xihuitl ypan ye no caxtolxihuitl oze. Auh inic tequanqualloque matlacxi-*

<sup>1</sup> Tlalli “tierra”, *-xictli* “ombligo”, *-co* locativo.

<sup>2</sup> “Leyenda de los Soles”, *Códice Chimalpopoca*, ff. 75-76.



Figura 1. La Piedra del Sol, Museo Nacional de Antropología, México.

*huítl ipan ye xihuítl inic popoliuhque inic tlamito. Auh iquac polliuh in tonatiuh. Auh in inxiuh catca çe acatl. Auh inic peuhque in qualloque in cemilhuitonalli nahui oçelotl, çan no ye inic tlamito inic popoliuhque.*<sup>3</sup>

Este sol fue 4-jaguar - 676 años. Los que allí estuvieron (viviendo) en esta primera (edad) fueron comidos por los jaguares, en la edad 4- jaguar. Y lo que comían (era) 7-malinalli, que era su sustento. Y vivieron 676 años. Y fueron devorados por fieras; trece años duró. Así fueron destruidos, así acabaron. Fue cuando la edad (el sol) fue destruida(o). Su año era 1-caña. Y así empezaron a ser comidos, durante el día/signo 4-jaguar. Asimismo fue como acabó, así fueron destruidos.

En este contexto, la era de tierra cardinotemporalmente situada en el Este, como lo define su año *1-acatl*, “1-caña”, y que duró 13 veces 52 años

<sup>3</sup> *Id.*

(676 años) fue la primera.<sup>4</sup> Su signo fue *4-ocelotl*, “4-jaguar”. El hecho de que los seres que entonces vivían fueran “devorados” por los jaguares podría ser una metáfora de su transformación en dichos felinos, los que se volverán en una entidad singular: *tepeyollotl*, “el corazón del monte” (fig. 2), corazón telúrico cuyos latidos fueron probablemente los primeros temblores.

Otra versión de la era de tierra atribuye precisamente al sismo *ilalolini* su destrucción, sin mencionar explícitamente a los jaguares:

Cumplidos 158 años después del gran huracán, y cuatro mil novecientos noventa y cuatro de la creación del mundo, tuvieron otra destrucción los de esta tierra que fueron los quinametín, gigantes que vivían en esta rincónada que se dice ahora Nueva España, la cual destrucción fue de un gran temblor de tierra, que los tragó y mató, reventando los altos montes volcanes, de suerte que se destruyeron todos sin escapar ninguno, y si escapó alguno fue de los que estaban más hacia la tierra dentro; y asimismo muchos de los tultecas murieron y los chichimecas, sus circunvecinos, que fue el año *ce técpatl*; y esta edad la llamaron *tacchitonatiuh* (*tlachitonatiuh*), quiere decir sol de tierra.<sup>5</sup>

Esta versión sitúa la era de tierra después de *Ehecatonatiuh* “la era de viento”, y el año *ce técpatl* “1-pedernal” la orienta hacia *mictlampa* “el norte”, es decir, hacia lo más profundo de la tierra. En este contexto narrativo colonial, los gigantes fueron tragados por ella y los que estaban “tierra adentro” y se salvaron se volvieron, quizá, jaguares ya que la dinámica actancial del mito implica una transformación. En este contexto, cabe mencionar que el nombre náhuatl de los gigantes *quinametín*, mencionado por Alva Ixtlilxóchitl, está compuesto del radical léxico *quina*, del morfema del plural *-me*, y de otro morfema del plural *-tín*.<sup>6</sup> Ahora bien *quina*

<sup>4</sup> Ciertas fuentes aducen otro orden, pero la sistematicidad mitológica de la mencionada versión pone la tierra como fundamento cronológico de la gesta.

<sup>5</sup> Alva Ixtlilxóchitl, I, pp. 264-265.

<sup>6</sup> La marca doble del plural sugiere que se consideró que *quiname* era el nombre singular, por lo que se añadió *-tín* para pluralizarlo.



Figura 2. El jaguar telúrico, Códice Telleriano Remensis, lámina 9v.

es la parte medular del vocablo para “gruñir” o “rugir”: *quiquinaca*,<sup>7</sup> lo que permitiría suponer que los referidos gigantes eran jaguares.

### 1.3. Ocelotl, “el jaguar”: el corazón de la tierra madre

La asociación del jaguar con la tierra es una constante en la mitología y la mitografía nahuas prehispánicas. Una imagen del *Códice Nuttall* lo revela de manera inconfundible (fig. 3). En dicha imagen, la tierra preñada ha sido fecundada por una flecha solar, con tenor fálico. Se observa el jaguar como fecha calendárica *6-ocelotl*, “6-jaguar”, y como morador de los espacios telúricos.

#### *La tierra “hace sentimiento”*

*Tēpeyollotl*, el corazón del monte, el jaguar, es también el nombre que se le daba a la diosa Toci, “Nuestra abuela”, una imagen de la tierra. En el contexto del mes festivo *Ochpaniztli*, “el barrido del camino”, preparaban a una mujer, imagen de la diosa, para el sacrificio:

A esta india purificaban y lavaban como a los demás esclavos que representaban dioses, y en su purificación le ponían el nombre de la diosa, que era Toci, y Madre de los dioses y Corazón de la Tierra. Y para que sepamos por qué la llamaban Corazón de la tierra, dicen que porque cuando quería hacía temblar la tierra.<sup>8</sup>

En este mismo contexto, la diosa (un indígena revestido con la piel de la mujer sacrificada que había encarnado a Toci) asistía al sacrificio de otras víctimas. Estaba rodeada de huastecos provistos de escobas ensangrentadas. Cuando se habían llenado las jícaras con la sangre de los cautivos:

Bajábase el indio que representaba la diosa y mojaba el dedo en aquella sangre humana y chupábase el dedo con la boca. Acabado el chupar así,

<sup>7</sup> Es decir, *quina* con una duplicación del radical, que indica “intensidad” o “reiteración”, más *-ca*.

<sup>8</sup> Durán, I, p. 145.

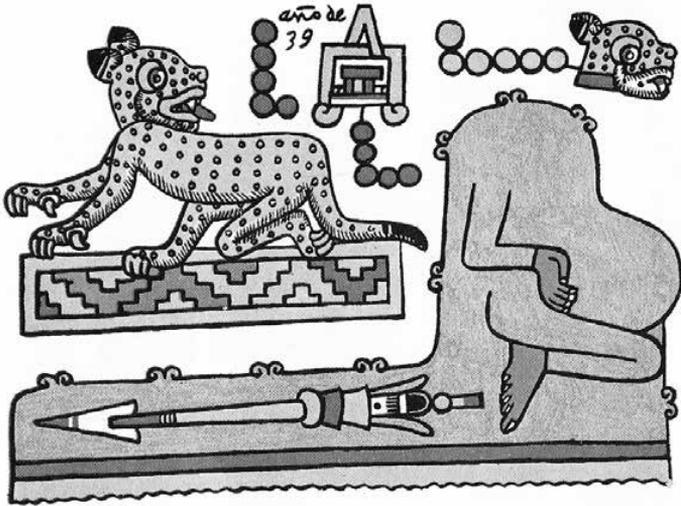


Figura 3. La tierra madre y el jaguar, corazón de la tierra,  
*Códice Nuttall*, lámina 82.

inclinado empezaba a gemir dolorosamente. A los cuales gemidos se estre-  
mecían todos y cobraban temor. Y dicen que la tierra hacía sentimiento y  
temblaba en aquel instante.<sup>9</sup>

#### 1.4. Camachalli “la quijada” de Malinalli: la parte movable de la tierra

Un signo calendárico: *malinalli*, “hierba”,<sup>10</sup> común al *tonalpohualli* y al *cempoallapohualli*, aparece en los libros pictográficos como una quijada ósea, con la hierba seca correspondiente al nombre de la planta, y una voluta cuyo color parece remitir a lo excrementicio (fig. 4).

En una representación del *Códice Magliabechiano* (fig. 5) también corres-  
pondiente a *malinalli*, observamos la cabellera (*tzontli*) de un cráneo  
(*cuaxicalli*) que sería la hierba (y más generalmente la vegetación) que crece  
en la parte epidérmica de la tierra, y una quijada *camachalli*, es decir, la  
parte movable de lo que sería una representación de la muerte *miquiztli*.

<sup>9</sup> Durán, I, p. 147.

<sup>10</sup> Hierba torcida.



Figura 4. El signo calendárico *malinalli*, *Códice Borgia*, lámina 56 (detalle).



Figura 5. *Malinalli*, hierba, diosa telúrica y signo calendárico, *Códice Magliabechiano*, lámina 12v.

Le relación de la hierba con la tierra y la muerte es patente, y es probable que la quijada represente el movimiento telúrico.

Por otra parte, en la “Leyenda de los Soles” antes aducida, la referencia calendárica a lo que comían los seres que vivían entonces, *7-malinalli*, remite al número 7 y al signo-hierba-diosa *malinalli*. En la sintaxis cronológica del *tonalpohualli*, “cuenta de los días-destinos”, *7-malinalli* es la culminación “sensible” de una trecena cuya “nota” calendárica tónica es el signo *1-miquiztli*, “1-muerte”, cuya “dominante” (la quinta) sería *itzcuintli*, “el perro”, simbólicamente asociado al fuego.

En el contexto mitológico maya-quiché del *Popol Vuh*, la quijada del dios telúrico-lunar Wucub K’auix (“7-guacamaya”) fue “desquiciada” por el tiro de cerbatana de Hunahpú.<sup>11</sup> Después de algunas peripecias, un viejo curandero le compuso la quijada pero sustituyó los dientes por maíz molido. Además, el viejo curandero le reventó las niñas de los ojos (*neek’ich* en maya yucateco, literalmente “semilla del ojo”). Dicho dios tenía dos hijos: Cipacná, que hacía las montañas en una noche, y Kab racan (“Dos pies”) que hacía temblar la tierra y derribaba las montañas.<sup>12</sup>

<sup>11</sup> *Popol Vuh. Las antiguas historias del Quiché*, traducción, introducción y notas de Adrián Recinos, pp. 32-48.

<sup>12</sup> Hoy en día el nombre que los indígenas quichés de Guatemala dan a los temblores es *Kab racan*. Cf. *Popol Vuh. Antiguas historias de los indios quichés de Guatemala*, versión de Albertina Saravia, Porrúa, México, p. xxi.

No podemos extendernos, en el contexto de este artículo, sobre los esquemas narrativos de esta secuencia, pero es probable que haya existido una relación “mito-lógica” entre la quijada, su movimiento, y los temblores en tiempos anteriores a la Conquista. Los dientes de Wukub K’auix, sustituidos por dientes postizos de masa de maíz, y las niñas (semillas) reventadas de los ojos, estarían también vinculados con fenómenos telúricos.

### 1.5. Ollin “el movimiento” y tlalolini “el temblor”

La gestación del espacio-tiempo náhuatl prehispánico mediante las cuatro eras de tierra, de aire, de fuego y de agua culminó con la era de movimiento *4-ollin* “4-movimiento”. En esta última era nació el sol, y es precisamente el andar cíclico del sol y de la luna el que consagró el *movimiento* como principio motor de la existencia. Ahora bien, este movimiento astral podría haber sido precedido por un movimiento telúrico que hubiera generado la luz del amanecer. El análisis semiológico del ideograma del movimiento *ollin* (fig. 6) parece confirmar lo anterior.

La imagen representa lo que parecen aspas divergentes, de color amarillo y verde, con franjas rojas, en torno a un centro axial en el que está un ojo estelar que remite al cielo nocturno, a la noche o a la muerte. En las partes laterales figuran dos aros cuyo espacio interior es rojo. Entre estas aspas, pasando por el centro se observa una flecha cuya punta ostenta

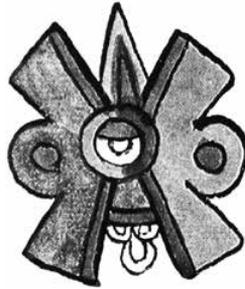


Figura 6. *Ollin* “el movimiento”,  
*Códice Magliabechiano*, lámina 13  
(detalle).

los tres colores mencionados. La franja interior roja de las aspas constituye lo que fuera un eje que se rompe y diverge en cuatro, en torno al ojo central. Los aros laterales constituyen a su vez un eje transversal que pasa también por el centro. La imagen es dinámica, y la divergencia de las aspas manifiesta una separación de lo que estuviera unido.

La curvatura de las dos aspas y de los dos ejes (franjas rojas) define cuatro partes (sin ruptura) que corresponden a las cuatro eras anteriores, como lo muestra la imagen de la Piedra del Sol (fig. 1). La quinta era, o quinto sol: *4-ollin*, es la totalidad tetralógica, ahora con el centro axial y la flecha que indica el Este.<sup>13</sup>

Si juntamos las partes divergentes, al reconstituir el rectángulo, las franjas rojas coinciden y conforman el eje que vincula las dos partes, respectivamente verde y amarilla. Ahora bien, como consecuencia de la ruptura de lo que fuera una totalidad rectangular, dentro del espacio abierto que dejó la divergencia axial roja, se insinuó la flecha la cual apunta al Este, a la fecha *13-acatl*, “13-caña” (fig. 1), momento/lugar del nacimiento del sol, y orienta el movimiento espacio-temporal. Esta figura remite claramente a la cancha del juego de pelota *tlachtli*, con sus aros laterales. Al apuntar al Este, la flecha establece el eje *Este-Oeste*, por lo que los aros se sitúan sobre el eje *Norte* (izquierda)–eje *Sur* (derecha).

Cada uno de estos paradigmas iconográficos configura una epifanía visual, aprehensible de manera espontánea: la de un amanecer telúrico; contracciones sísmicas de la madre tierra que anteceden el nacimiento del sol.

La glosa en español de esta imagen (*7-ollin*) tiende a confirmar lo anterior:

Chicome uli. La primera sílaba breve y la última luenga. Que quiere decir tiembla la tierra.<sup>14</sup>

La aclaración con carácter fonético concierne a la palabra *uli* (*ollin*).

<sup>13</sup> En la Piedra del Sol se indica también la fecha de nacimiento del astro-rey: *13-acatl*, “13-caña”.

<sup>14</sup> *Códice Magliabechiano*, lámina 13r.

### 1.6. En el año 13-acatl, día 4-ollin: el sol nació de un temblor

Como consecuencia de la creación del fuego por Tata y Nene, en la versión de la “Leyenda de los Soles”, o del salto de Nanahuatzin en la hoguera en la variante del *Códice Florentino*, nace el sol en el año 13-acatl, “13-caña”, el día 4-ollin, “4-movimiento”.

*Yn ypan in 13-acatl quilmach yez ypan yn tlacat yn axcan onmantiuh tonatiuh, yz ihcuac tlathuic yn axcan onmantiuh olintonatiuh. 4-ollin yn itonal.*<sup>15</sup>

En el (año) 13-acatl, se dice que es cuando nació el sol (la era) que ahora se extiende, cuando amaneció, cuando se hizo la luz. La que hoy se va extendiendo es la era de movimiento.

4-movimiento es su signo.

En ambas versiones, el fuego que yace en “el ombligo de la tierra” (*tlalxico*) es el generador de la temporalidad, pero el discurso pictórico de ciertos códices sugiere que los sacudimientos sísmicos de un temblor podrían haber constituido las contracciones telúrico-obstétricas mediante las cuales la tierra madre dio a luz al sol. Un análisis de la semiología de la imagen en la representación de Nanahuatzin, contenida en la lámina 10 del *Códice Borgia* (fig. 7) establece una relación entre el sol por nacer (Nanahuatzin) y el temblor.

En la parte derecha de la imagen, el ideograma del movimiento (*ollin*) muestra, de manera arquetípica, los ejes cardinales del mundo, con sus colores respectivos: el color rojo del Este, azul del Sur, y en ambos, una franja amarilla correspondiente al Oeste. Las aspas están torcidas y abrazadas, en torno a un centro axial blanco (o plenamente acromático) que podría aludir al Norte, aunque el cromatismo del Norte es generalmente negro. En la parte mediana de cada eje, en el lugar exacto donde se doblan, figura el formema<sup>16</sup> “piedra” (*tetl*) el cual remite más generalmente

<sup>15</sup> “Anales de Cuauhtitlan”, en Lehmann y Kutscher, p. 63.

<sup>16</sup> Unidad mínima de significado en la semiología de la imagen.

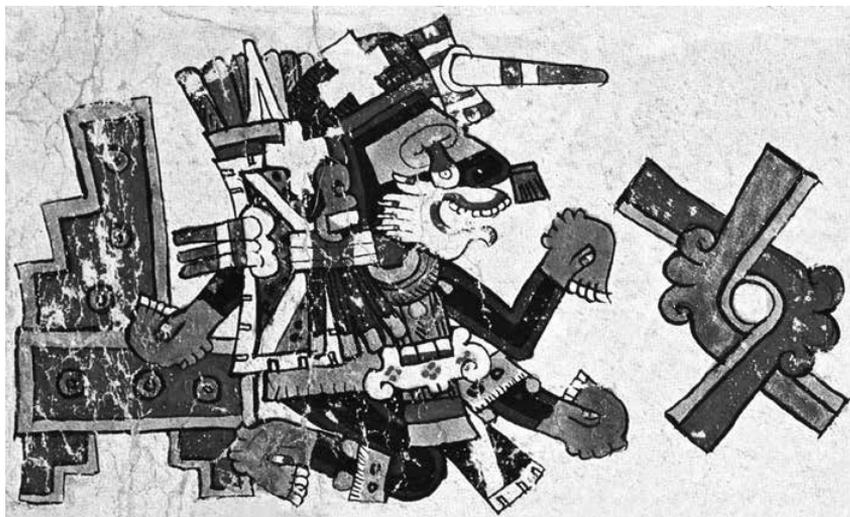


Figura 7. Nanahuatzin, *Códice Borgia*, lámina 10 (detalle).

a la tierra. Según lo plantea implícitamente esta imagen el movimiento sería entonces “de tierra”.

A la izquierda figura Nanahuatzin, dios todavía andrógino, futuro sol, astro todavía en gestación. Su cuerpo es negro, lo que podría remitir a la tierra, o a la función sacerdotal. Sus manos torcidas y sus pies en forma de manos (torcidos también) tienen el formema “piedra”. Entre las múltiples palabras para “torcido” en náhuatl figuran *tamalintli* y *tlamalinaliztli*, precisamente, vocablos que contienen el radical léxico *malina*. En términos cromáticos, el color de sus manos retorcidas es el mismo que la franja de su rostro (*ixtlaantli*) y de su oreja: ocre. En sus miembros inferiores, debajo de la rodilla, está un ornamento en piel moteada de jaguar. En la parte central de su cuerpo, colgada del cuello, se observa una representación ósea de la quijada (*camachalli*), imagen de Malinalli, ya sea el signo calendárico o la deidad misma. Una mano (*matl*) blanca (*iztac*) con contornos rojos cubre la boca (*camatli*) abierta de Nanahuatzin. Éste podría estar bostezando (*camachaloa*). En el cabello y la nuca figuran cruces blancas, imágenes del espacio. En lo que parece ser un carcaj, en su

espalda, hay cañas de varios colores entre las que destaca la punta blanca de una flecha que tiene un valor direccional y, en última instancia, podría indicar el lugar donde aparecerá el sol: el Este. El ojo exorbitado que cuelga, rojo y blanco, recuerda el ojo que figura en el centro axial de la representación de *ollin* (fig. 6), y en el contexto cultural maya ya evocado, el ojo reventado de Wukub K'aquix.

De la oreja (*nacaztli*), que remite al cuadro y a las direcciones cardinales, cuelga una orejera de papel blanco y rojo. Es interesante recordar, que en ciertos contextos es la nariz (*yacatl*) la que “guía” (*teyacana*), la que orienta, es decir, que representa el Este; la nuca el oeste, la oreja izquierda el Norte y la derecha el Sur.

La incógnita que se podría despejar de esta compleja “ecuación pictográfica” parece ser el temblor de tierra *tlalolini*, que dio a luz al sol el día 4-movimiento del año 13-caña.

## 2. LOS SISMOS COMO PRESAGIOS

Aun cuando el movimiento de la tierra era una manifestación natural, en un contexto agrícola era considerado como un mal augurio:

Decían que el temblar de la tierra era señal de que se había de acabar presto el maíz de las trojes.<sup>17</sup>

En este mismo contexto profético el temblor podía presagiar una derrota:

En el primer año de la elección del rey Axayácatl, sexto rey de México, dice que temblaron tres cerros altos en la provincia de Xuchitepec (que es en la costa de Anahuac) pronosticando aquel inusitado temblor y movimiento de tierra a los naturales de aquella tierra, la sujeción en que Axayacatl los había de poner.<sup>18</sup>

<sup>17</sup> Torquemada, III, p. 130.

<sup>18</sup> *Ibid.*, I, p. 243.

El temblor venía a veces acompañado de algún portento:

Al cuarto año del reinado de Ahuitzotl (1489), dicen que tembló muy reciamente la tierra y apareció un fantasma que llamaron toyohualitohua y debió ser anuncio de algunas muertes.<sup>19</sup>

*Toyohualitohua* es en náhuatl “nuestra noche habla”. Es probable que esta frase refiera la aparición de un cometa *xiuhtli* (*Códice Telleriano Remensis*, folio 39v) presagio que “habla” y predice alguna catástrofe. El *Códice Mexicanus* registró estos acontecimientos (fig. 8). En la parte izquierda de la lámina, relacionada arriba de la fecha *10-calli*, “10-casa” (1489) figura el glifo del sismo. Arriba de la fecha *13-tecpatl*, “13-pedernal” (1492) se observa la imagen del cometa.

La llegada de los españoles fue asimismo anunciada, el año de 1489, por un temblor acompañado de un portento distinto, pero mediante el que “la noche hablaba”. En efecto, en tiempos de Nezahualpilli...

Tembló la tierra el año siguiente (1489) y a queste mismo año apareció un gran pájaro a manera de paloma torcaz, con cabeza de hombre que pronosticaba la velocidad con que venían los que habían de desaposicionar [*sic*] de sus reinos.<sup>20</sup>

### 3. LOS TEMBLORES DE TIERRA EN LOS ANALES *CEXIUHTLAHCUILOLLI*

Es en una perspectiva cosmogónica que adquiriría un matiz catastrófico, después de la Conquista, que los anales *cexiuhtlahcuilolli* referían la ocurrencia de los temblores.

Una de las primeras referencias a un temblor en los libros pictográficos indígenas se encuentra en el *Códice Azcatitlan*, durante la llamada “Peregrinación de los mexicas” hacia lo que fuera el lugar de su asentamiento definitivo (fig. 9). Cabe señalar que si bien refiere acontecimientos

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 258.

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 294.

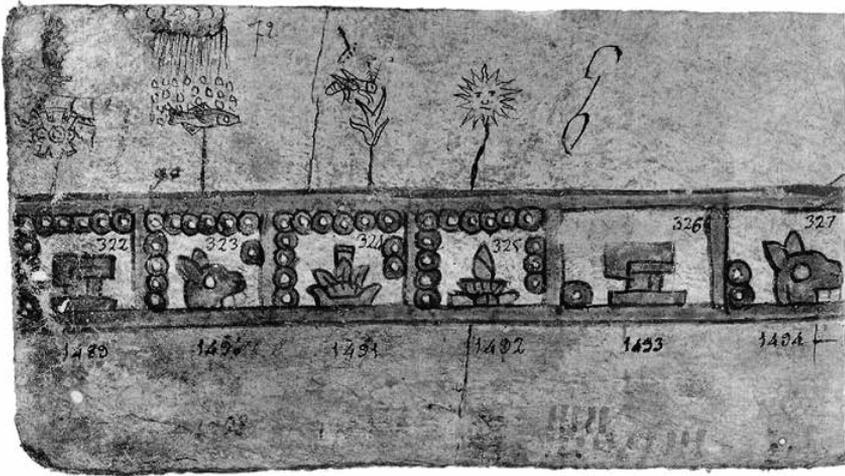


Figura 8. Códice Mexicanus, lámina LXXII.

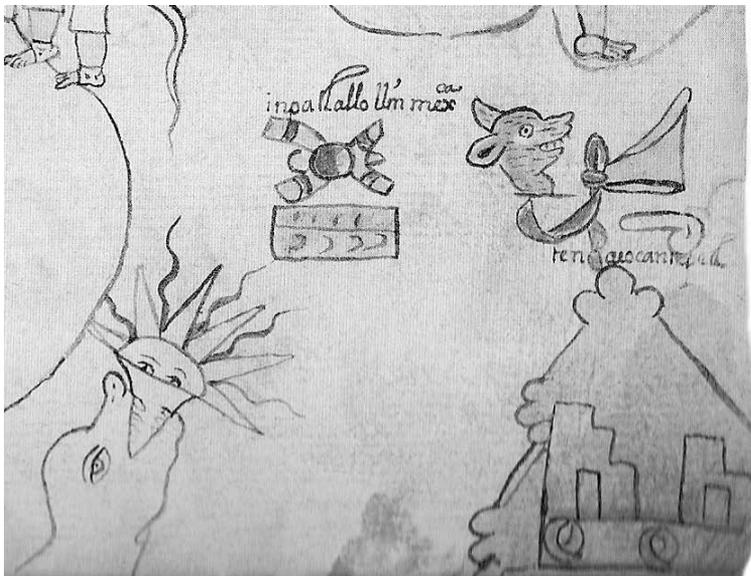


Figura 9. Códice Azcatitlan, lámina 9r.

prehispánicos, el documento fue elaborado en la época de la Colonia con base en un libro indígena, pero con cambios en distintos aspectos formales y de contenido. Aun cuando, en la imagen, el sismo está situado cerca de Tenayucan, éste se produjo durante la estancia de los mexicas en Pantitlan. Un eclipse está también señalado, en una misma fecha o una fecha cercana, mediante una imagen del sol siendo devorado por un ofidio. El códice no relaciona claramente el hecho con la fecha, pero tiene que haber sido entre *3-tecpatl* y *6-acatl*, “3-pedernal” y “6-caña” (1300-1303), en su primera estancia, o entre *2-tecpatl* y *5-acatl*, “2-pedernal” y “5-caña” (1312-1315), durante su segunda estancia.<sup>21</sup> La representación pictográfica del temblor consta de una extensión rectangular de tierra (*tlalli*) dividida en dos partes, y del signo del movimiento (*ollin*), es decir, *tlalolini*. El signo *ollin* tiene los atributos cromáticos arquetípicos, pero el trazo algo descuidado muestra un cambio manifiesto en la semiología de la imagen.

Una vez fundada México-Tenochtitlan y asentados los mexicas, en el año *7-tecpatl*, “7-pedernal” (1460), tembló la tierra (fig. 10). La imagen del sismo es el glifo del movimiento *ollin* en un cuadrado de tierra (*tlalli*) señalada por puntos. La división en dos partes podría indicar que hubo dos temblores o expresar la intensidad del sismo. El texto en español que glosa la imagen del documento indica:

Año de siete navajas y de 1460 según la nuestra, hubo un temblor de tierra y es de saber que como ellos tenían que había de perecer el mundo ora vez por temblores de tierra y pintando todos los años los agujeros que acaecían.<sup>22</sup>

En el año *9-acatl*, “9-caña” (1475) ocurrió un temblor de fuerte intensidad (fig. 11). La imagen del sismo consta de un templo derruido y el glifo del movimiento con tepalcates (pedazos). El fraile Juan de Torquemada, quien tuvo a la vista unos anales indígenas, evocó este temblor:

<sup>21</sup> Según el *Códice Boturini* y el *Códice Aubin*, los mexicas permanecieron en Pantitlan cuatro años, se fueron a Amalinalpan y regresaron a Pantitlan, donde permanecieron otros cuatro años antes de dirigirse a Acolnahuac.

<sup>22</sup> *Códice Telleriano Remensis*, lámina 33r.

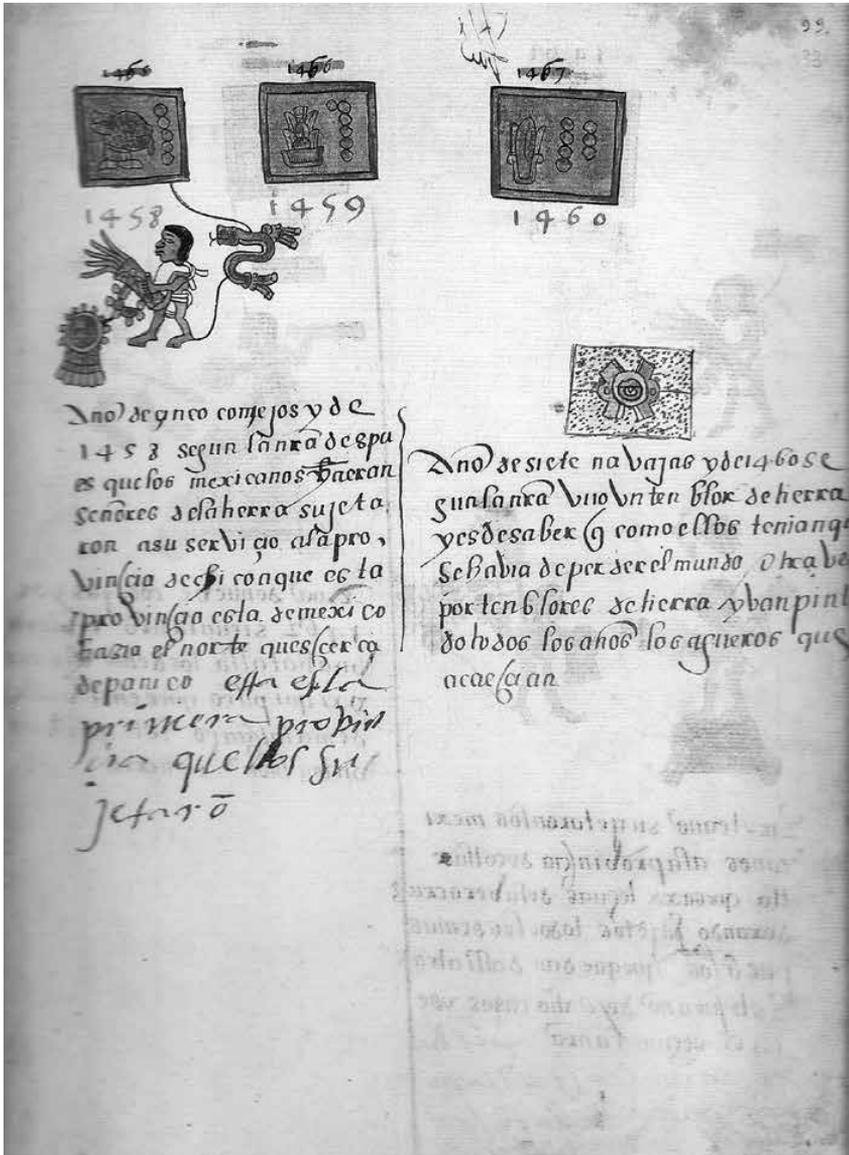


Figura 10. Códice Telleriano Remensis, lámina 33r.

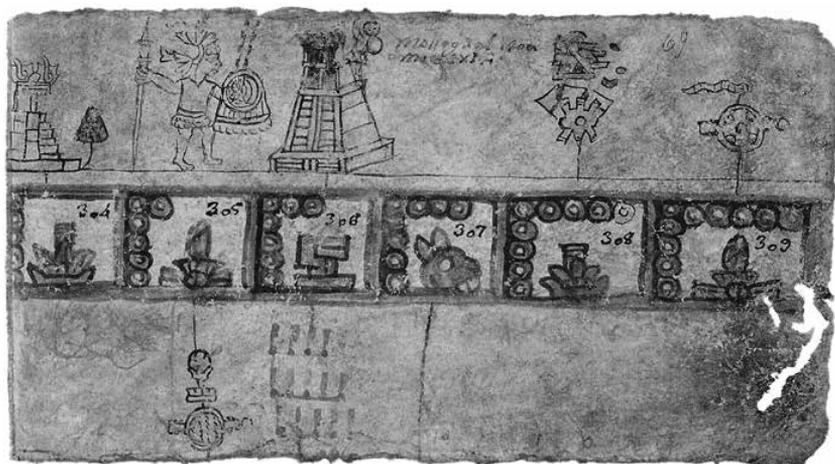


Figura 11. *Códice Mexicanus*, lámina LXIX.

Al sexto año del reinado de este rey (Axayácatl, 1475), tembló la tierra y fue tan recio este temblor que no sólo se cayeron muchas casas, pero los montes y sierras en muchas partes se desmoronaron y se deshicieron”.<sup>23</sup>

En 1507, año de la entronización de Motecuhzoma como *tlahtoani* de México-Tenochtitlan, ocurrieron un temblor y un eclipse de sol (fig. 12). En el año *6-acatl*, “6-caña” (1511), “tembló la tierra tres veces” (fig. 13).

#### 4. LOS TEMBLORES DE TIERRA Y EL CRISTIANISMO

Con la llegada de los españoles y del cristianismo, los sismos cosmogónicos prehispánicos adquirieron otro sentido.

Había ciento sesenta y seis años que ajustaron sus años y tiempos con el equinoccio, y dos cientos setenta que los gigantes se habían destruido cuando el sol y la luna eclipsó y tembló la tierra y se quebraron las piedras

<sup>23</sup> Torquemada, I, p. 250.



Figura 12. El temblor del año 2-acatl, “2-caña” (1507),  
 Códice Telleriano Remensis, lámina 42r.



y muchas otras cosas y señales sucedieron, aunque no hubo calamidades en los hombres, que fue en el año *ce calli*, lo cual ajustada esta cuenta con la nuestra, viene a ser en el mismo tiempo cuando Cristo nuestro señor padeció y dicen que fue a los primeros días del año.<sup>24</sup>

En el testimonio de Alva Ixtlilxóchitl los eclipses de sol y de luna, así como el temblor de tierra, ocurridos en tierras mexicanas, se relacionan curiosamente con la Pasión de Cristo.

La aparición portentosa de una estrella humeante acompañó al temblor del año *2-calli*, “2-casa” (1533), según lo muestra la lámina 44v del *Códice Telleriano Remensis* (fig. 14). Una nota contigua a la imagen dice: “Desta manera finjen el temblor de tierra” y abajo, el texto en español que glosa la imagen indica:

Año de dos casas y de 1533 tembló una vez la tierra y finjen que humeaba la estrella que ellos llaman Sitlal choloha que es la que nosotros dezimos Venus que es una estrella con quien ellos tenían gran cuenta.<sup>25</sup>

*Cital choloa* “la estrella que huye”, Venus, habría humeado este año lo que habría representado un presagio nefasto.

En el año *10-calli*, “10-casa” (1541), un temblor de mucha intensidad sacudió México-Tenochtitlan (fig. 15). El *Códice Telleriano Remensis* refiere el mismo temblor pero un año después (fig. 16). La diferencia en las fechas (1541/1542) podría tener una razón simple: los acontecimientos del año *10-calli*, “10-casa”, siendo numerosos, en el *Códice Telleriano Remensis*, es probable que el *tlahcuilo* pasara el temblor al año siguiente.

El manuscrito ilustrado, conocido como *Códice Aubin*, indica que en 1581 se produjeron varios temblores (fig. 17):

*Ynic XI abril yn mantica niman op(p)a tlalolin; ceppa yovatzinco; ceppa Nepantla Tonatiuh.*<sup>26</sup>

<sup>24</sup> Alva Ixtlilxóchitl, I, pp. 264-265.

<sup>25</sup> *Códice Telleriano Remensis*, folio 44v.

<sup>26</sup> *Códice Aubin*, folio 62v.

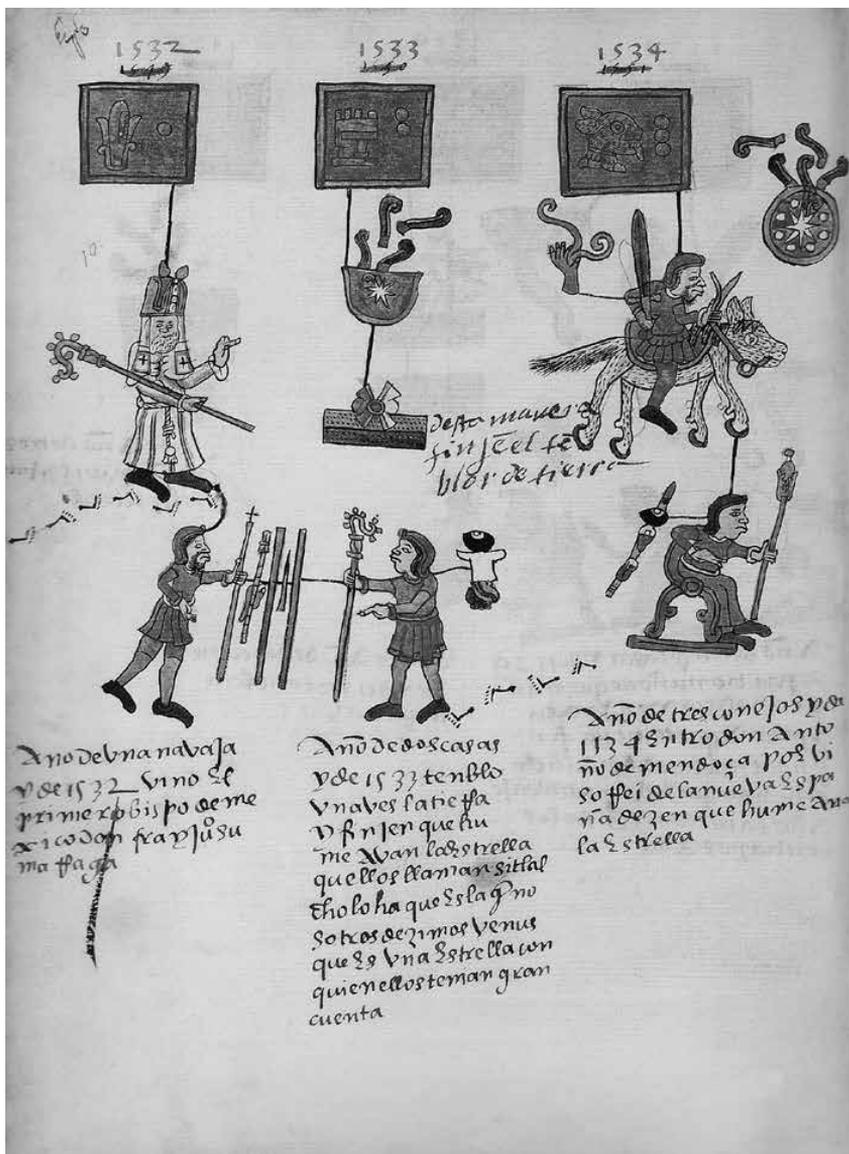


Figura 14. Códice Telleriano Remensis, fol. 44v.

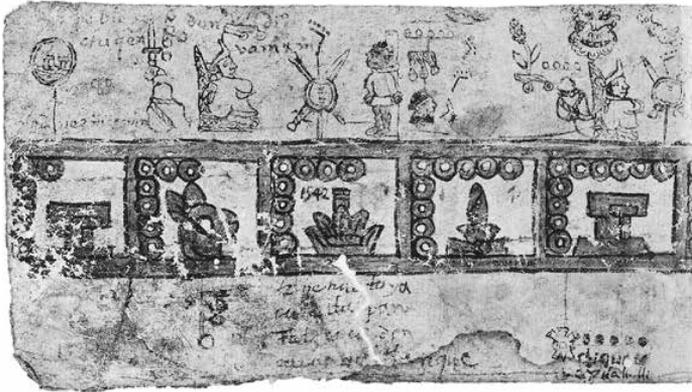


Figura 15. *Códice Mexicanus*, lámina LXXX.

El 11 de abril, luego tembló dos veces; una vez en la madrugada; una vez al mediodía.

Asimismo, según este mismo códice, tembló el 11 de septiembre. Es uno de estos temblores que describió Torquemada:

Este mismo año (1581), hubo otro tan recio en la Nueva España, en especial en esta comarca de México. Que pensaron los moradores y vecinos ser tragados de la tierra; a lo menos yo diré que morando en esta sazón en el convento de Tlacupan, que es una legua de México, y comenzando a temblar la tierra, nos salimos el guardián y yo huyendo a la huerta, temiendo el peligro de caerse la casa, y vimos el campanario y torre donde están las campanas, que es muy grande y bueno, hacer muy grandes movimientos, y con ellos se tañeron las campanas mayores, que son muy grandes, y a cada vaivén que daba la torre, parecía inclinarse más de dos varas, que nos puso grandísimo espanto a los dos, y a muchos otros que de fuera lo vieron”.<sup>27</sup>

La campanita que se observa al lado derecho de la imagen (fig. 17) podría referir el tañer de las campanas.

<sup>27</sup> Torquemada, IV, p. 407.

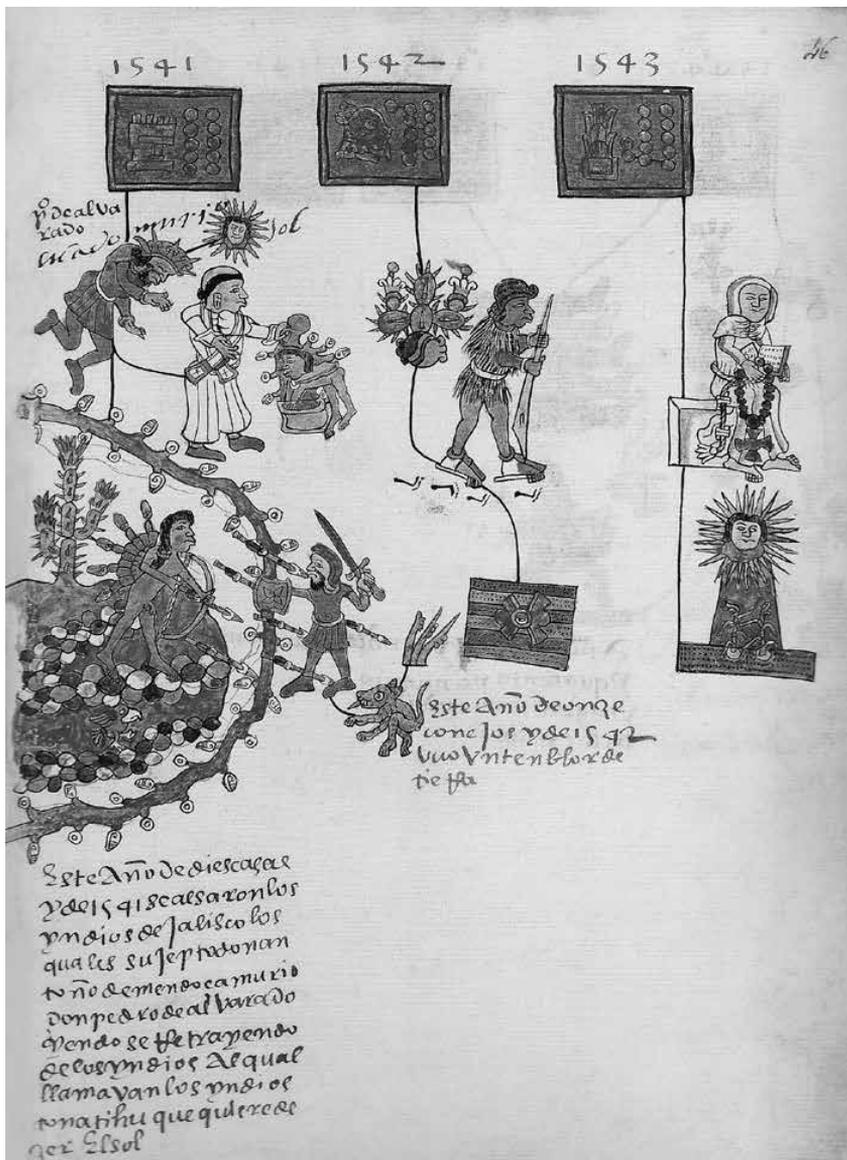


Figura 16. Códice Telleriano Remensis, fol. 46r.

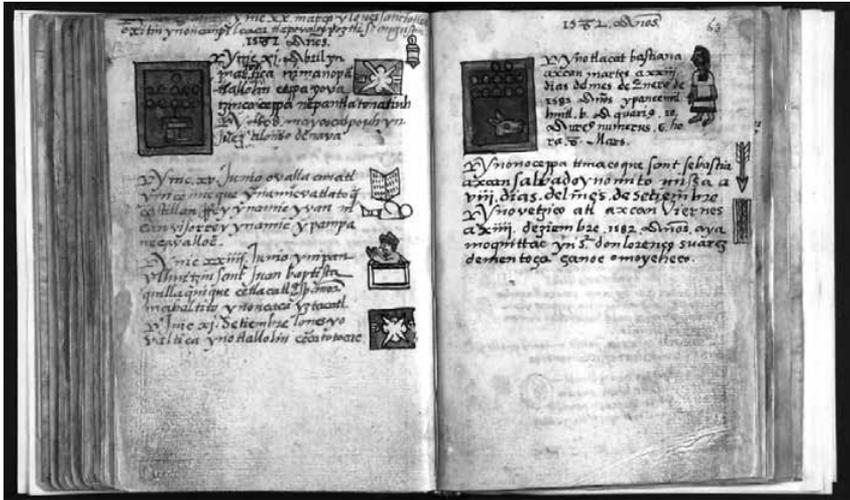


Figura 17. Códice Aubin, folio 62v.

El rugir del jaguar, atribuido entonces al dios cristiano, advertía a veces de la inminencia del sismo:

Luego, el año de ochenta y seis, a nueve de julio, fue el de la ciudad de los Reyes [...] En este temblor fue gran misericordia del señor prevenir la gente con un ruido grande que sintieron poco antes del temblor y, como están allí advertidos, por la costumbre se pusieron en cobro, saliendo a las calles, plazas y huertas que son partes descubiertas; y así aunque arruinó mucho la ciudad y los principales edificios de ella los derribó, o maltrató mucho, pero de la gente sólo refieren haber muerto hasta catorce o veinte personas”<sup>28</sup>.

Con la escritura alfabética y la prohibición por el clero español de recordar un pasado plagado de herejías, el uso de la pictografía indígena se fue perdiendo paulatinamente, quedando los mapas que definían los linderos de las tierras o documentos pictográficos con valor notarial.

<sup>28</sup> *Id.*

El registro de los temblores se conservó en crónicas manuscritas. Citemos tan sólo dos de ellas: gobernando don Luis de Velasco (con título de marqués de Salinas)...

Este mismo año de once (1611) por el mes de agosto, tembló la tierra en este mexicano reino y en algunas partes tan recio, que hizo mucho daño; en especial en esta ciudad que arruinó algunos edificios y cayeron otros y parte de el frontispicio de la capilla de S. Joseph de el convento de San francisco, y en la de Xochimilco, cuatro leguas adelante, abrió la iglesia (que es un insigne edificio) y la desplomó un paño y pared.<sup>29</sup>

Algunos temblores que ocurrieron fuera de la ciudad de México son mencionados en las fuentes, si bien ningún códice pictográfico los registró.

En tierra de Xalisco, en la provincia que llaman Ávalos (porque le cupieron aquellos pueblos en encomienda) tembló la tierra y se abrió por muchas partes, y pasando a la sazón por allí un arriero, con una grande recua de mulas, se los tragó a todos y dicen que sin quedar cosa de ellos que más pareciese”.<sup>30</sup>

## 5. EL MUNDO ACABARÁ EN UN TEMBLOR

La era correspondiente al movimiento vital *4-ollin*, en la que los ciclos del sol y de la luna mantienen vigente la temporalidad existencial, y en la cual vivimos todavía, fue generada por un temblor. Pero esta era también tendrá un fin.

*Yn inic macuilli tonatiuh*

*4 ollin yn itonal.*

*Mitoe olintonatiuh ypanpa molini yn otlatoca.*

<sup>29</sup> Torquemada, II, p. 577.

<sup>30</sup> *Ibid.*, IV, p. 408.

*Auh yn yuh conitotihui yn huehuetque:  
Ypan inyn mochihuaz tlalloliniz mayanaloz  
ynic tipolihuizque.*<sup>31</sup>

El quinto sol.

4-movimiento es su signo (día).

Se le dice “sol de movimiento” porque se mueve, sigue un camino.

Y así lo venían diciendo lo ancianos:

En ésta (esta era) ocurrirá, la tierra temblará, habrá una hambruna.

Así pereceremos.

Si consideramos la dinámica cíclica del tiempo en su contexto náhuatl prehispánico, en la que el *Alfa* coincide con el *Omega*, el fin del mundo, es decir el fin de la era actual, se producirá en los mismos términos que su comienzo: con un temblor.

Será en un año *13-acatl*, “13-caña”, y el día será *4-ollin*, “4-movimiento”. Cada 52 años se repiten estas fechas. Estemos prevenidos...

#### BIBLIOGRAFÍA DE LAS OBRAS CITADAS

Alva Ixtlilxóchitl, Fernando, *Obras históricas*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1975.

*Códice Aubin* (1576), edición, versión paleográfica y traducción directa del náhuatl de Charles E. Dibble, José Porrúa Turanzas, Madrid, 1963.

*Códice Azcatitlan* (facsimil), Bibliothèque Nationale de France – Société des Américanistes, París, 1995.

*Códice Borgia* (facsimil), comentarios de Eduard Seler, Fondo de Cultura Económica, México, 3 vols., 1980.

“Códice Boturini o Tira de la Peregrinación”, *Arqueología Mexicana* (edición especial códices), estudio introductorio y análisis de Patrick Johansson, México, 2007.

<sup>31</sup> “Anales de Cuauhtitlan”, en Lehmann y Kutscher, p. 62.

- Códice Chimalpopoca (Anales de Cuauhtitlan y Leyenda de los Soles)*, traducción del náhuatl de Primo Feliciano Velázquez, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 3ª ed., 1992.
- Códice Florentino* (testimonios de los informantes de Sahagún), facsímil elaborado por el Gobierno de la República Mexicana, Giunta Barbera, México, 1979.
- Códice Magliabechiano*, Akademische Druck und Verlagsanstalt, Graz, 1970.
- Códice Mexicanus*, publicado por Ernest Mengin, “Commentaire du Codex Mexicanus No. 23-24 de la Bibliothèque Nationale de Paris”, *Journal de la Société de Américanistes*, núm. 41, 1952, pp. 377-498.
- Códice Nuttall*, Akademische Druck und Verlagsanstalt – Fondo de Cultura Económica, México, 1992.
- Códice Telleriano-Remensis*, comentado por Eloise Quiñones Keber, University of Texas Press, Austin, 1995.
- Durán, Diego, *Historia de las Indias de Nueva España e islas de Tierra Firme*, Porrúa, México, 2 t., 1967.
- Lehmann, Walter, y Gerd Kutscher, *Die Geschichte der Königreiche von Culhuacan und Mexico*, Verlag W. Kohlhammer, Berlín, 1974.
- Popol Vuh. Antiguas historias de los indios quichés de Guatemala*, versión de Albertina Saravia, Porrúa, México, 1997.
- Popol Vuh. Las antiguas historias del Quiché*, traducción, introducción y notas de Adrián Recinos, Fondo de Cultura Económica, México, 2012.
- Torquemada, fray Juan de, *Monarquía indiana*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, t. I y IV, 1992.

## LA CONSTRUCCIÓN DE UNA CONCIENCIA ARTIFICIAL\*

Roger Bartra

Los circuitos exocerebrales de la conciencia humana son totalmente artificiales. No tienen un carácter orgánico. Forman parte de la cultura y de las extensas redes sociales que nos rodean. Pero son capaces de producir efectos en la operación de los circuitos neuronales, como he comprobado al reflexionar sobre la influencia de los placebos. Los artificios del ritual médico o chamánico y de sus simulacros generan efectos en la bioquímica neuronal. Algunos segmentos de los circuitos exocerebrales son prótesis mecánicas dotadas de inteligencia artificial, como las computadoras o los teléfonos móviles. Cuando prótesis electrónicas y digitales inteligentes se conectan al cerebro, se transforman en una parte artificial e inorgánica de nuestra conciencia. Es evidente que el estudio de la manera en que se comportan estos segmentos artificiales de la conciencia tiene una gran importancia en la comprensión de las posibilidades de expansión de máquinas dotadas de una poderosa inteligencia artificial capaces de alcanzar niveles humanos e incluso superhumanos. Aquí surge la pregunta: ¿las máquinas caracterizadas por tener una potente inteligencia podrán algún día desarrollar una conciencia y una autonomía similares a las humanas?

Para responder a esta pregunta es necesario partir de una teoría sobre la conciencia. Hay quienes, como Susan Blackmore, creen que la conciencia es una ilusión, un fenómeno que existe pero que no es lo que parece ser.<sup>1</sup> Ella llega a la conclusión de que cualquier máquina capaz de imitación podría adquirir esta clase de ilusión. Se trata —dice Blackmore—

\* Lectura estatutaria presentada en la sesión ordinaria del 8 de febrero de 2018, en la sede de la Academia Mexicana de la Lengua, Iztaccíhuatl 10, colonia Florida.

<sup>1</sup> “Consciousness in Meme Machines”, *Machine Consciousness*, editado por Owen Holland, *Journal of Consciousness Studies* 10 (4-5), 2003.

de una ilusión creada por memes con el objeto de reproducirse, pero no es otra cosa que la falsa idea de un yo consciente que persiste a lo largo de una vida. Ella ha adoptado la teoría de los memes propuesta por Richard Dawkins, que concibe la existencia de conglomerados de información cultural que funcionan como los genes biológicos.

La teoría de los memes es la base para creer que unos robots que imiten a los humanos podrían adquirir la ilusión de un yo y de una conciencia, de la misma manera en que lo hacen los humanos. Las máquinas capaces de imitar y copiar podrían albergar un proceso evolutivo de sus memes que las llevaría a convertirse eventualmente en entidades autorreplicantes, sin que este proceso de emergencia sea controlado por los humanos. Tales robots inventarían espontáneamente los procesos de autorreferencia. Se trataría de máquinas que, como nosotros, tendrían la peculiar ilusión de ser conscientes. Una ilusión es algo que engaña o provoca una falsa interpretación. Las razones por las cuales Blackmore cree saber que la conciencia es una falsa interpretación, una ilusión, son oscuras. De la definición de la conciencia humana como una ilusión se desprende que los memes que operan en los robots podrían crear la misma falsa impresión de que albergan un yo dotado de continuidad. La idea de que nuestra conciencia es una ilusión nos lleva a tratar de explicar por qué somos conscientes de que nuestra conciencia es una ilusión. Esto nos introduce en una inútil regresión infinita.

En el polo opuesto tenemos la opinión del matemático Roger Penrose, quien está convencido de que la conciencia se basa en procesos no computacionales. En consecuencia, para Penrose es imposible que una inteligencia artificial desarrolle una mente consciente como la humana; está convencido de que un algoritmo, mediante una computadora, no puede producir una mente consciente.<sup>2</sup>

Estas discusiones muestran, a mi parecer, que la exploración del territorio teórico de la conciencia y la inteligencia artificiales es una buena oportunidad para poner a prueba las teorías que tratan de explicar la manera en que la mente humana crea la identidad personal y dibuja el

<sup>2</sup> Véase *The Emperor's New Mind*, Oxford University Press, Oxford, 1989.

contorno de ese yo que percibe y siente. Por su lado, también los ingenieros dedicados a construir y programar máquinas inteligentes, si quieren crear conciencias artificiales, necesitan algunas guías teóricas que los orienten en su trabajo. Hay que admitir que la construcción de máquinas inteligentes y conscientes no está obligada a seguir exclusivamente el modelo humano. Pero, sin duda, el ejemplo de la conciencia humana encarnada en un organismo biológico puede estimular a los nuevos ingenieros de almas.

Desde mi punto de vista, la conciencia no es únicamente un fenómeno biológico. La conciencia es un híbrido que enlaza circuitos neuronales con redes socioculturales. Es una confluencia de señales electroquímicas en el cerebro con símbolos culturales en el entorno social. Esta congregación es particularmente importante en los momentos en que los humanos comprueban no sin angustia que para sobrevivir o superar dificultades no pueden confiar ciegamente en sus recursos biológicos; tienen que acudir a apoyos extrasomáticos de carácter cultural. En estas circunstancias los circuitos cerebrales se conectan a prótesis culturales. Y en esta conexión saltan las chispas de la autoconciencia, ya que las redes neuronales se percatan de la exterioridad y extrañeza de esos canales simbólicos y lingüísticos. Los circuitos neuronales son sensibles a su carácter incompleto. Me gusta imaginar que tienen una sensibilidad como la del cangrejo ermitaño que cuando crece tiene que abandonar desnudo un exoesqueleto ajeno para alojarse en otro más grande. La conciencia humana contiene esa sensibilidad ante la incompletitud de los circuitos cerebrales y al mismo tiempo reacciona ante el hecho de que las prótesis culturales a las que se conecta tienen un carácter extraño, no biológico. El resultado es esa peculiar subjetividad que caracteriza a los humanos y que es tan difícil de explicar. Los resortes neuronales de esta singular sensibilidad siguen siendo un misterio que los neurocientíficos deben aclarar. Son los resortes de una conexión entre señales biológicas y símbolos culturales, dos esferas muy diferentes que interactúan con precisión en forma asombrosa. No se ha logrado todavía construir una teoría unificada que abarque las dos esferas, de la misma manera en que los físicos todavía no logran unificar la mecánica gravitacional con la cuántica.

Cuando un médico o un chamán realiza un ritual simbólico se suele producir un efecto biológico comprobable, el llamado efecto placebo. De manera similar, cuando un ingeniero crea un programa y lo inserta en una máquina produce un efecto mecánico útil. Lo podríamos llamar el efecto robótico. En ambos casos hay un artificio intelectual que provoca efectos tangibles en un cuerpo, sea orgánico o mecánico. En el caso del efecto placebo hay un requisito indispensable sin el cual no opera: el sujeto cuyo cuerpo se quiere sanar debe ser *plenamente consciente* de que está siendo sometido a un proceso de curación. Pero la persona *no es consciente* de que se le están administrando fármacos inocuos. En contraste, la máquina dotada de un programa de cómputo *no es consciente* de lo que está sucediendo, lo cual no impide que se produzca un efecto robótico y el artefacto se ponga a funcionar encaminado a un objetivo predeterminado. La comunidad científica no cree que los robots, tal como los conocemos hoy, tengan una conciencia similar a la humana (y ni siquiera parecida a la de un ratón o un conejo).

Los robots que conocemos son dispositivos que pueden realizar tareas de forma relativamente autónoma, perciben su entorno y logran actuar intencionalmente porque tienen incorporada una inteligencia artificial creada por el ingenio humano.<sup>3</sup> Los robots no suelen ser capaces de obtener en forma autónoma la energía que necesitan para sustentarse, no se autorreparan ni crecen físicamente y tampoco se reproducen fabricando copias de sí mismos. No es imposible que puedan lograr estas proezas y de hecho ya hay casos en los cuales estas incapacidades se intentan superar.

Algunos ingenieros constructores de inteligencias artificiales no les atribuyen a sus artefactos una conciencia fenoménica. Pero creen que la atribución a las máquinas de una conciencia de este tipo es meramente una actitud de los que observan al artefacto. Se trata solamente de un problema de atribución, por lo que predice que habrá algún día agentes programados suficientemente inteligentes, capaces y comunicativos como para que la gente asuma simplemente que son artefactos conscientes. Entonces el problema de la conciencia de una máquina ya no será relevante.

<sup>3</sup> Véase Alan Winfield, *Robotics*, Oxford University Press, Oxford, 2012, p. 8.

Un experto en robótica, Alan Winfield, concluye de manera muy similar sus reflexiones. Está convencido de que, en principio, será posible en el futuro construir un androide tan perfecto como Data, el famoso robot de la serie *Star Trek: The Next Generation*. Estos robots humanoides podrían ser diseñados para comportarse como si fueran conscientes de manera tan convincente que deberían ser contemplados como si realmente fueran conscientes. Pero Winfield agrega una nota irónica: una imitación tan perfecta sería capaz de discutir con un filósofo y convencerlo de que no es verdaderamente consciente y que es solamente un robot. Una máquina como ésta se ganaría nuestra confianza, nuestro respeto y un reconocimiento a su identidad personal. Y sería un reto para nuestras profundamente enraizadas ideas sobre lo que significa ser humano.<sup>4</sup> Desde la perspectiva de la ingeniería robótica no es necesario esperar a que los filósofos o los neurocientíficos resuelvan el misterio de la conciencia. De hecho, puede ocurrir que los ingenieros contribuyan a resolver este misterio al construir robots cada vez más hábiles e inteligentes.

Desde una perspectiva tecnológica, la construcción de robots no requiere de precisión terminológica. Vincenzo Tagliasco ha escrito que, a diferencia del trabajo científico (que requiere definiciones), la tecnología supera las ambigüedades cuando los diseños aterrizan en la construcción de prototipos que tienen que funcionar correctamente en el mundo real.<sup>5</sup>

El objetivo, desde esta perspectiva, consiste en construir un robot aparentemente consciente que se comporte como tal. La robótica puede hacer a un lado las emociones, los sentimientos, los dolores y los deseos, olvidarse de la sangre, la carne y las hormonas para concentrarse en construir máquinas cada vez más sofisticadas que algún día llegarán, se espera, a generar una extraordinaria singularidad tecnológica: el surgimiento de inteligencias artificiales conscientes mucho más poderosas que el intelecto con que la naturaleza ha dotado a los humanos.<sup>6</sup> El efecto robótico se genera cuando una máquina controlada por un programa se

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 132.

<sup>5</sup> Vincenzo Tagliasco, "Artificial Consciousness: A Technological Discipline", *Artificial Consciousness* (editado por Antonio Chella y Riccardo Manzotti).

<sup>6</sup> Murray Shanahan, *The Technological Singularity*, MIT Press, Cambridge, Mass., 2015.

transforma en un artefacto que muestra una inteligencia y un comportamiento aparentemente humanos. En su versión más avanzada —imaginada, deseada y temida, pero todavía muy lejana— mostraría todas las señales de poseer una conciencia muy similar a la nuestra, sin que se pueda asegurar que verdaderamente el robot no sea más que un zombi muy eficiente. En el efecto robótico el ingenio humano construye unas prótesis complejas e inteligentes que forman parte de la conciencia de sus creadores. Los ingenieros sueñan con que estas máquinas logren en el futuro una autonomía que liberaría a las prótesis de sus dueños y creadores. Al adquirir formas de conciencia autónoma, los artefactos esclavizados se liberarían de sus amos.

El problema de la autonomía de los aparatos gobernados por sistemas de inteligencia artificial es fundamental. ¿Puede un robot aprender en forma independiente a realizar tareas para las cuales no ha sido programado y sobre las cuales no tiene información en su memoria? En 1997 la supercomputadora *Deep Blue* derrotó al campeón de ajedrez Garri Kaspárov en un juego. Fue un hecho que causó sensación, pues una máquina inteligente logró por primera vez ganar la partida a un campeón mundial. Pero *Deep Blue* logró ganar gracias a sus ventajas en capacidad de memoria y de cómputo, no porque fuese capaz de aprender. Igualmente, el programa AlphaGo ha logrado ganar en el juego de *go* a varios campeones mundiales. Pero *Google DeepMind* creó un sistema llamado *AlphaGo Zero* que es capaz de derrotar a las versiones previas del programa. Lo logra gracias a que es capaz de aprender a jugar sin ayuda humana alguna a partir de cero. La máquina carece de una memoria en la que se hayan instalado previamente modelos de partidas. Aprende sola durante juegos en los que se enfrenta consigo misma, hasta que alcanza un altísimo nivel que le permite ganarle a los sistemas anteriores que funcionan gracias a que se les han implantado en la memoria millones de movimientos posibles a partir de partidas jugadas por humanos.

Estos nuevos sistemas parten de un algoritmo denominado aprendizaje profundo por refuerzo (*deep reinforcement learning*). El refuerzo consiste en dar una recompensa si se alcanza un objetivo, lo que impulsa al sistema a lograrlo de nuevo, de la misma manera en que se entrena a un

perro a aprender cosas nuevas, dándole una sabrosa galleta si tiene éxito. Este aprendizaje es “profundo” porque contiene varias capas; la primera recibe la información (*input*) y la última le da salida (*output*). Las capas intermedias u ocultas van transformando en forma no lineal la información y la transmiten a la siguiente capa.

Las mismas herramientas diseñadas para el aprendizaje profundo han sido usadas para que una máquina sea capaz de reconocer imágenes. Se trata de una red neuronal circunvolucional (*convolutional neural network*, CNN) que, al igual que las máquinas jugadoras, no necesita ser programada para reconocer peculiaridades específicas de las imágenes que se le presentan. El proceso CNN puede ser también usado en los vehículos autónomos, sin conductor, para que puedan reconocer bien a los peatones. En medicina la herramienta escanea imágenes y las interpreta, lo que es muy útil en lugares donde no hay personal entrenado para hacerlo. Y como una aplicación de teléfono móvil puede hacer diagnósticos rápidos y baratos, como reconocer cáncer en la piel.<sup>7</sup> Por otro lado, Facebook emplea el aprendizaje profundo en la emisión de recomendaciones y avisos, YouTube lo usa para hacer propuestas a los usuarios y *Siri*, la asistente personal de voz, lo aprovecha para responder preguntas.

Hay una dimensión de la inteligencia artificial donde se han producido avances notables, apoyada en el aprendizaje profundo. Me refiero a los traductores de lenguas, entre los cuales destaca el de Google. La calidad de las traducciones automáticas ha mejorado mucho. Pero basta jugar un poco con el traductor de Google para llegar a la conclusión de que el sistema no entiende lo que está procesando. Por ejemplo, si partimos de un texto en español y lo traducimos al húngaro, para enseguida traducirlo de esta lengua al chino e inmediatamente al español de nuevo veremos por los cambios ocurridos que el procesador de lenguaje no ha entendido nada. No es de sorprenderse: ya John Searle había usado su famoso argumento de la habitación china para mostrarlo. Por ejemplo, la frase inicial en español fue la siguiente: “La muchacha que camina por el bosque ama las mariposas”. Después del circuito a través del húngaro

<sup>7</sup> Apurv Mishra, “Ai that Sees Like Humans”, *Scientific American*, diciembre de 2017.

y el chino la frase quedó así: “La niña en el bosque parece una mariposa”. Obviamente una parte importante del significado se perdió por el camino debido a que el sistema traductor no entiende lo que hace. Carece de conciencia. Lo mismo sucede con las máquinas que reconocen imágenes o que juegan *go*. El carácter autónomo o automático no implica que el procesador sea consciente.

La autonomía en el proceso de aprendizaje es un logro muy notable. Aunque las máquinas no adquieren una conciencia similar a la humana, sin duda muestran en ciertas tareas una inteligencia superior a la nuestra, si pensamos que la inteligencia consiste en la habilidad para lograr objetivos complejos. Esta clase de inteligencia está basada en información y computación, pero no incluye las formas emocionales e intelectuales cuyas finalidades no se pueden definir con precisión y que se consideran asociadas a un cuerpo biológico. La inteligencia artificial no parece albergar o ligarse a las emociones, las imaginaciones y las fantasías que impulsan a un intelecto humano.

La inteligencia artificial que computa y procesa información se ha expandido extraordinariamente y sigue desarrollando formas cada vez más sofisticadas. Uno de los aspectos de esta inteligencia artificial supera con creces a la humana: el espectacular crecimiento de la memoria de las máquinas; y la velocidad de cómputo se está también multiplicando en forma exponencial. Se han creado máquinas especializadas que realizan tareas mucho mejor que los humanos: son más rápidas, más precisas y más eficientes. Pero, como observa Murray Shanahan, hasta ahora se ha fracasado en la invención de máquinas dotadas de una inteligencia orientada a propósitos generales. *Deep Blue* sólo sabe jugar ajedrez, *AlphaGo* únicamente puede jugar *go* y el sistema CNN no puede reconocer más que imágenes. Esta especialización no existe en los humanos, que se aplican cotidianamente a muchas actividades y están dotados de una inteligencia que se adapta a muy diferentes circunstancias.<sup>8</sup>

<sup>8</sup> Murray Shanahan, *The Technological Singularity*, MIT Press, Cambridge, Mass., 2015, p. 3.

# EL CONOCIMIENTO DE LA REALIDAD Y LA REALIDAD DEL CONOCIMIENTO\*

---

Ruy Pérez Tamayo

*A León Olivé*

En este año el Seminario de Problemas Científicos y Filosóficos ha concentrado su interés en diversos temas relacionados con el conocimiento. Lo hemos explorado en su relación con diferentes disciplinas, como el darwinismo, la matemática maya, la química, la física, la pedagogía, el psicoanálisis, la lógica, los sistemas complejos, la teoría de sistemas y otros aspectos más. Pero todavía no lo hemos considerado como sujeto de estudio, como el conocimiento del conocimiento mismo. Esto es lo que se me ocurrió hacer para la última sesión de 2006, antes del brindis tradicional de fin de año.

Me puse manos a la obra y pronto me di cuenta de que era un problema primariamente epistemológico, por lo que recurrí a mis textos clásicos (todos preparatorianos) de lógica y de filosofía. Mis resultados fueron casi totalmente negativos, lo que podía haberse predicho, porque son libros que datan de 1940-1941, o sea de hace 65 años. Mi siguiente paso fue releer ese espléndido texto de Luis Villoro, titulado *Creer, saber, conocer*, publicado por Siglo XXI Editores en 1982; mi copia está repleta de subrayados, de signos de admiración, de signos de interrogación y de no pocos “bravos” escritos hace por lo menos 20 años en el margen de sus 310 apretadas páginas. Este texto me volvió a absorber por su sólida (a veces casi impenetrable) densidad conceptual, su rigorismo racional y

\* Lectura estatutaria presentada en la sesión ordinaria del 8 de marzo de 2018, en la sede de la Academia Mexicana de la Lengua, Iztaccíhuatl 10, colonia Florida. Presentado también en el Seminario de Problemas Científicos y Filosóficos (2006).

su estructura barroca, casi manuelina. Pero al principio de su discurso (p. 12), Villoro nos dice:

Porque la filosofía no es una ciencia. La filosofía no descubre hechos nuevos ni propone leyes que expliquen su comportamiento. La filosofía analiza, clarifica, sistematiza conceptos. Al hacerlo, pone en cuestión las creencias recibidas, reordena nuestros saberes y puede reformar nuestros marcos conceptuales. El análisis de los conceptos epistémicos es tarea de la filosofía, la explicación de los hechos de conocimiento, asunto de la ciencia; la pregunta por la verdad y justificación de nuestras creencias compete a la filosofía; la pregunta por su génesis y resultados, a la ciencia.

Mi interés es intentar un análisis científico del concepto de *conocimiento*, pero según Villoro esto no es posible, porque la ciencia no analiza conceptos; sin embargo, como científico yo puedo analizar el concepto físico de *masa*, o el concepto biológico de la *evolución*, o el concepto astronómico de la *expansión del universo*. Los filósofos podrían objetar diciendo que esos no son conceptos sino hechos, que la filosofía se refiere a aspectos teóricos del conocimiento (lo que se conoce como epistemología), mientras que la ciencia se ocupa de la realidad objetiva. Sin embargo, con terquedad característica, yo me pregunto: ¿qué es pues el conocimiento? ¿Es un concepto o es un hecho? Según Villoro, es un concepto y, por lo tanto, le pertenece a la filosofía. Pero por otro lado, el conocimiento de algo, digamos de la estructura tridimensional de una molécula, ya no es un concepto abstracto porque tiene un contenido objetivo y, por lo tanto, es una cosa que ocurre en el mundo real. Quizá la respuesta a la pregunta es que la naturaleza que le asignemos al conocimiento dependerá del contexto en que estamos trabajando: si nos referimos al conocimiento abstracto, entonces es un concepto y le pertenece a la filosofía, específicamente a la epistemología, pero si hablamos del conocimiento de algo, si le asignamos un contenido, se convierte en un hecho, una cosa, un objeto del mundo real (aunque no necesariamente material) y podemos estudiarlo científicamente.

Aclaro que mi planteamiento no es psicológico ni mucho menos fisiológico (no estoy buscando qué circuitos neuronales se activan cuando

aprendo un nuevo dato, o sea cuando aumento mi conocimiento de algo); la respuesta que me interesa se refiere al *objeto* o *cosa* llamado “conocimiento” cuando es de algo, cuando especifica el tipo de relación que existe entre el sujeto que conoce y el hecho conocido; deseo examinar su naturaleza, rastrear su origen, definir sus alcances y precisar otras propiedades más, como su duración, su historia, su precisión y su significado actual.

Me interesa detenerme en este punto, la diferencia entre el conocimiento como concepto abstracto y el conocimiento de algo, el conocimiento con contenido, porque no estoy completamente convencido de que la distinción sea válida. ¿Qué quiere decir el conocimiento como concepto abstracto? Si nos atenemos al significado del término “conocimiento” en el Diccionario de la Real Academia, que dice: “*acción y efecto de conocer...*” y para la voz “conocer” dice: “*Averiguar por el ejercicio de las facultades intelectuales la naturaleza, cualidades y relaciones de las cosas...*”, o sea que en ausencia de las cosas el conocimiento no existe. No hay conocimiento, punto; el conocimiento es siempre de algo. Incluso la discusión de si existe el conocimiento abstracto (en ausencia de contenido) se justifica porque se refiere a algo objetivo: la existencia del conocimiento en ausencia de contenido. En esto se parece a la conciencia (de hecho, no es fácil distinguir entre el conocimiento y la conciencia), que para un grupo importante de sus estudiosos es impensable sin un referente externo: no se puede estar consciente de nada, cuando esto se afirma es porque se tiene conciencia de que no se puede estar consciente de nada.

Pero no deseo distraer su atención con malabarismos filosóficos. La primera parte de mi tema es el conocimiento de la realidad. Esto presupone dos cosas: la existencia de la realidad y la capacidad para conocerla, tanto del ser humano como de todos los seres vivos. Tomando primero la realidad, confieso que a mí nunca se me hubiera ocurrido dudar de su existencia, y sospecho que lo mismo sucede con todos ustedes. Pero resulta que el concepto de *realidad* presenta ciertos problemas. Desde los tiempos en que el doctor Johnson reaccionó a las ideas del obispo Berkeley, de que la existencia del mundo real dependía de su percepción

(*esse est percipi*), pateando una gran piedra mientras decía: “¡Así es como lo refuto!”, hasta nuestra época, en que los constructivistas nos escamotean la realidad detrás de una cortina de marcos conceptuales, de tradiciones históricas, de usos y costumbres, de limitaciones de nuestros órganos de los sentidos y otras más que mencionaré en su momento, pasando por la camisa de fuerza de los imperativos categóricos de Kant, la existencia misma de la realidad y la posibilidad de su conocimiento directo han sido puestos seriamente en duda.

El obispo Berkeley estaba interesado en demostrar la existencia de Dios, para lo que inventó que los objetos materiales sólo existen cuando son percibidos por alguien; cuando no hay nadie mirando a ese árbol, el árbol no existe. Pero como el árbol sí existe, entonces es porque Dios siempre está mirando todo, y por lo tanto Dios sí existe. Para el obispo Berkeley ésta era una forma incontrovertible de demostrar la existencia de Dios, aunque a mí no me parece tan definitiva. Russell cita un par de versitos (atribuidos a Ronald Knox) que resumen la teoría de la existencia de los objetos materiales de Berkeley:

*There was a young man who said: “God  
must think it extremely odd  
if he finds that this tree  
continues to be  
When there’s no one about in the Quad”.*

Respuesta:

*Dear Sir:  
Your ashtonishment’s odd  
I am always about in the Quad  
and that’s why the tree  
will continue to be  
Since observed by  
Yours faithfully,  
God.*

Esto ocurría en el siglo XVIII, pero no sin antecedentes de gran peso y tradición, entre los que el primero y el más importante es Platón. Cuando se dice que los griegos fueron los precursores de la ciencia moderna se está pensando en los filósofos presocráticos, quienes fueron los primeros en abandonar las explicaciones mitológicas y sobrenaturales de la naturaleza, e intentaron otras igualmente imaginarias, pero restringidas a la realidad y concebidas puramente por medio de la razón. En cambio, Platón veía con cierto desprecio el estudio de la realidad, de los fenómenos de la naturaleza. En la opinión de Cornford, Sócrates logró cambiar el rumbo de la filosofía natural, que hasta su tiempo tuvo esa orientación, por un interés primario en el individuo y en su alma. Como uno de los fundadores de la filosofía (no de la ciencia) Platón postuló que lo que debería intentarse era llegar al mundo de las ideas, en donde todo es perfección absoluta. Recuérdese el modelo de la cueva, que culmina con la liberación de uno de los prisioneros, que logra alejarse del mundo de las sombras (nuestra realidad), salir y encontrarse con el verdadero mundo de la realidad, o sea el mundo de las ideas. El racionalismo y el subjetivismo son dos caras de la misma moneda, acuñada originalmente para la cultura occidental por Platón. Sin embargo, este autor no negaba la existencia del mundo real; simplemente la relegaba a la esfera de las opiniones (*doxa*), mientras que el conocimiento (*episteme*) se refería a las matemáticas y a la geometría, y en especial al mundo de las ideas puras.

Con la emergencia del cristianismo y el crecimiento de la Iglesia católica, apostólica y romana se generalizó el concepto de que este mundo es un valle de lágrimas y la vida humana una oportunidad para sufrir y de esta manera ganar la gloria eterna. La vida monástica, o mejor aún la del ermitaño asceta, que se deshace de todos sus bienes terrenales y se aleja de su familia y de la sociedad, preocupado sólo por la meditación en el Más Allá, se consideraba como la de mayor pureza, mientras que el estudio de los fenómenos naturales era visto con desprecio, cuando no con sospecha. Aristóteles prevaleció durante los 1 000 años de la Edad Media como la fuente principal de conocimiento del mundo real. Además, estos fueron los tiempos en que los milagros eran más frecuentes; desde entonces se han escaseado bastante. En el Renacimiento ya es

posible reconocer dos tipos generales de actividades: las aristocráticas, humanistas o imitativas, cuyo interés central era la recuperación de los clásicos griegos y latinos, y las populares, científicas o no imitativas, cuya mirada estaba dirigida no al pasado sino al futuro. Los humanistas eran un grupo de hombres verdaderamente educados, los árbitros de la cultura y del buen gusto de su tiempo, aristócratas y nobles, no sólo de la sociedad sino del espíritu, que perfeccionaban sus conocimientos de idiomas, de artes y de humanidades a lo largo de muchos años de estudio y dedicación. Sus trabajos recuperaron a la cultura clásica para todos los tiempos y establecieron la profesión y el oficio de humanista. En cambio, los miembros del grupo de los científicos conocían poco el latín y menos el griego, eran iconoclastas y rebeldes, algunos hasta francamente rudos y antisociales, y sus enemigos los llamaban bárbaros y analfabetos, algunas veces con razón. Pero entre ellos hubo varios talentos geniales que estudiaban distintos aspectos de la naturaleza, y lo que finalmente lograron crear fue mucho más original y desempeñó un papel mucho más importante en la transformación del mundo medieval en moderno, que los frutos de los trabajos de los humanistas de su tiempo. Burckhardt llamó la atención sobre un hecho interesante, que es la brevedad del tiempo en que se produjo ese cambio, históricamente casi momentáneo: basta recordar que Paracelso murió apenas dos años antes de la publicación, en 1543, de los libros de Copérnico y de Vesalio, que Leonardo era amigo de Maquiavelo y contemporáneo de Miguel Ángel, de Rafael, de Durero, de Cristóbal Colón, de Antonio Benivieni, de Vesalio, de Martín Lutero y de Savonarola. Galileo nació el día en que murió Miguel Ángel y fue contemporáneo de Descartes, Bacon, Harvey y Kepler; Newton murió en 1727, cerrando los menos de 200 años más estelares de la humanidad. Esta excursión anecdótica sirve para subrayar que a lo largo de toda la historia registrada, desde sus orígenes hasta el siglo XVII, la relación entre el entendimiento del *Homo sapiens* y su mundo real se consideró simple y directa: cuando se deseaba saber algo en relación con la naturaleza se realizaban las acciones relevantes (casi siempre examinar directamente los fenómenos pertinentes) y de las observaciones registradas se derivaban las conclusiones racionales. Al producto de estas operaciones

se le llamaba “conocimiento”. Este “conocimiento” casi nunca prevaleció sobre otras formas de relación del *Homo sapiens* con la realidad; eran más importantes las creencias sobrenaturales, los mitos, las tradiciones, las presiones sociales, los intereses políticos, etc. Pero que al día sigue la noche, que el fuego quema, que la nieve es fría, que hay estrellas en el cielo, que los animales y los hombres se mueren, eran y siguen siendo hechos reales e incontrovertibles, cualquiera que haya sido y siga siendo su explicación aceptada.

Creo que entre las primeras dudas pretendidamente racionales que surgieron en el hemisferio occidental sobre la existencia de la realidad, una de las más conocidas fue la del obispo Berkeley, que me sirvió para iniciar esta plática, sobre el conocimiento de la realidad. El buen obispo postula que las cosas sólo existen cuando alguien las está viendo, y a continuación se pregunta: ¿cómo es posible que este árbol exista cuando yo no lo estoy viendo?; su respuesta es, porque Dios lo está viendo, y con esto demuestra la existencia de Dios. Esto es el siglo xvii, pero no se piense que en el campo del racionalismo científico hemos avanzado mucho. En nuestro tiempo (en 2003) un distinguido filósofo de la ciencia (Collins) ha dicho que: “... el mundo natural desempeña un papel menor o inexistente en la construcción del conocimiento científico”, y otro comentarista de estos temas (Gergen) ha escrito que la validez de los conceptos científicos “... no tiene nada que ver con los hechos reales”.

¿De veras existe un divorcio entre la ciencia y la realidad? Cuando yo llego a mi laboratorio a trabajar para intentar contestarme una pregunta científica bien definida (cuáles son los mecanismos moleculares del daño producido en los tejidos de animales susceptibles a *E. Histolytica*?), mi respuesta (si es que la alcanzo) va a depender del marco conceptual desde el que hago la pregunta, que incluye mi formación profesional como médico-investigador, la pertinencia de la pregunta, la teoría infecciosa de la enfermedad, la validez de la extrapolación de los resultados de un modelo experimental a la enfermedad humana, etc. Cualquiera que sea el resultado de mi investigación (si es que es correcto) lo voy a considerar como un hecho real, como algo que es independiente no sólo de mí y de mis circunstancias, sino de todo el marco conceptual en el que

ocurre, la época, las ideas contrarias y hasta las dudas *no documentadas* sobre su legitimidad. Yo postulo, con plena convicción basada en mi experiencia como investigador, que mis resultados, si son correctos, revelan un hecho que existe en la naturaleza, en el mundo que está “ahí afuera” y que, por lo tanto, cualquiera que quisiera reproducir mis resultados lo podrá hacer fácilmente si sigue mis protocolos experimentales.

A esto los relativistas objetarían que mis resultados sólo son válidos dentro de mi marco conceptual, pero que hay otras culturas con otros marcos conceptuales en los que no tendrían la validez mencionada, e incluso hasta podrían ser ininteligibles. Enfrentado a uno de estos personajes (también conocidos como constructivistas) Dawkins le hizo la siguiente pregunta: “Supongamos que hay una tribu que cree que la Luna es una vieja calabaza que fue aventada encima de los árboles. ¿Dice usted que la creencia de esa tribu es tan cierta como nuestra creencia científica de que la Luna es un satélite de la Tierra que se encuentra a un cuarto de millón de millas de distancia?”.

La respuesta fue que la verdad es una construcción social y, por lo tanto, la creencia de la tribu es tan cierta como la nuestra. A lo que Dawkins comentó: “Porqué los sociólogos o los críticos literarios que viajan a congresos y conferencias no lo hacen en alfombras mágicas en vez de Boeings”. Y concluyó: “Muéstrenme un relativista cultural a 30 000 pies de altura y yo les mostraré un hipócrita...”.

No hay duda de que las diferencias de opinión acerca de la naturaleza de la luna en las dos culturas son aparentes. Pero cuando se concluye que las dos son igualmente válidas, cada una dentro de su respectivo marco conceptual, también se está postulando que no existe forma alguna de establecer cuál de las dos opiniones está más cerca de la verdad, porque no hay tal cosa que pudiéramos llamar “la Verdad”, no existen criterios universales para adjudicarle mayor credibilidad a alguna de las dos versiones. León Olivé llama a esta postura la tesis relativista epistemológica y la describe como sigue:

No puede haber una única, completa y verdadera descripción acerca del mundo. Puede haber, y de hecho ha habido, una amplia variedad de con-

cepciones del mundo, cada una de las cuales ha tenido creencias justificadas y verdaderas. Pero no es posible decidir cuál de las diferentes concepciones —aunque puedan estar en competencia— es la “realmente verdadera... Esas concepciones del mundo han presupuesto marcos conceptuales distintos, algunos de los cuales han sido inconmensurables entre sí, es decir no ha habido un conjunto de criterios o de patrones comunes a ambos marcos conceptuales con base en los cuales pudiera haberse decidido cuál de los dos es preferible.

Aquí el concepto crucial es, en mi opinión, el de la necesidad de un marco conceptual desde el que nos asomamos a ver el mundo. Olivé lo señala de la manera siguiente:

... ningún sujeto puede apelar a un mundo de hechos y objetos independiente de todo marco conceptual para decidir cuál de las perspectivas o marcos conceptuales que en un momento dado se consideren en competencia o en disputa es “realmente verdadero”, es decir, cuál es el que dice cómo es realmente el mundo. Pero esto no se puede hacer por una obvia limitación epistemológica: nadie puede apelar al mundo con fines cognoscitivos, independientemente de todo marco conceptual; necesariamente debe conceptualizar al mundo, y esto trivialmente requiere algún marco conceptual.

¿De veras no es posible distinguir entre distintas concepciones de la realidad, determinadas por diferentes marcos conceptuales, en función del nivel de cercanía que tengan con ella? Supongamos que dos personas se disponen a cruzar un puente sobre un precipicio muy profundo, pero alguien les advierte que el puente está dañado y puede caerse; uno de ellos decide no cruzarlo pero el otro cree que Dios lo protegerá y avanza sobre el puente, que naturalmente no tolera el peso, se cae y el hombre se mata. En este caso es claro que el concepto de la realidad determinado por el marco conceptual del fallecido resultó no ser adecuado para su supervivencia, por lo que podría concluirse que no era verdadero, o que por lo menos se acercaba menos a la realidad que el del sujeto

que prefirió no cruzar el precipicio usando el puente. Este ejemplo —un poco grotesco— me sirve para afirmar que una forma perfectamente válida de juzgar cómo es la realidad del mundo es por las consecuencias de nuestras creencias y acciones, determinadas a su vez por nuestro marco conceptual. El propio Olivé lo señala, al discutir el principio de verificación o refutación, con el siguiente ejemplo:

... si la disputa de una comunidad es acerca de si hay una fuente de abastecimiento de agua lo suficientemente cerca de un cierto lugar como para permitir ahí un asentamiento humano, la disputa debería dirimirse mediante el procedimiento de verificar o refutar la idea de que efectivamente existe una fuente a una prudente distancia. Para verificar o refutar eso deberían enviarse exploradores. Si regresan antes de que todos los miembros de la comunidad hayan muerto de sed, se verifica que la fuente de abastecimiento está dentro de los límites admisibles. Si todos han muerto, entonces es claro que no lo está.

Este problema del relativismo, sea moderado o a ultranza, podría caracterizarse como indiferencia a las consecuencias de las acciones determinadas por un marco conceptual X. Cuando éstas se toman en cuenta, el resultado puede tener tres variantes que pueden distinguirse como sigue: 1) Las consecuencias de una acción determinada, sea sobre un fenómeno de la naturaleza o sobre un juicio de valor, resultan congruentes con el marco conceptual que la especifica y, por lo tanto, lo refuerzan, permitiendo al mismo tiempo que forme parte del razonamiento usado para la comunicación con otros marcos conceptuales compatibles. Es el caso en que las predicciones hechas a partir de formulaciones teóricas (que pueden ser meras hipótesis, leyes establecidas y hasta teorías generales) se cumplen a carta cabal. Un ejemplo sería: “Si le administro un gramo de cianuro a este gato, se muere pronto”. Como en este experimento el resultado es exactamente el predicho, todo el aparato *presupuesto* en la acción, o sea la idea del tóxico, de su actividad como bloqueador de la respiración celular a través de su efecto inhibitorio sobre las mitocondrias, de la susceptibilidad del gato, de la rapidez de la muerte, de la

impunidad del experimentador, etc., se ve reforzado. 2) El caso opuesto es cuando los resultados de una acción o juicio moral son totalmente inesperados e incongruentes con el marco conceptual del sujeto o comunidad que lo ejecuta. Para seguir con el ejemplo anterior, después de recibir la dosis de un gramo de arsénico el gato no sólo no se muere, sino que empieza a bailar alegremente. Este resultado no es compatible con el marco conceptual, lo que puede resolverse de varias maneras: considerando que el gato es la excepción a la regla, en vista de que los 10 gatos anteriores sometidos al mismo experimento todos se murieron pronto; o bien, que por error en lugar de arsénico se le administró cloruro de sodio; o bien, que el técnico del laboratorio sea un fanático de los gatos y haya fingido darle el tóxico para salvarle la vida, etc. Pero también cabe el expediente de modificar el marco conceptual desde el que se contempla la acción, de manera que ahora la sobrevivencia del gato no resulte inesperada. Lo que este ejemplo pretende ilustrar es que la experiencia de la realidad puede influir en la forma en que la conocemos y la interpretamos. De hecho, las preguntas científicas que vale la pena tratar de responder son aquellas cuyas respuestas desconocemos, y que, por lo tanto, tienen la posibilidad potencial de cambiar nuestras hipótesis y, con ellas, nuestras distintas maneras de ver el mundo. 3) Otra forma de darse los resultados de acciones o juicios de valor, que generalmente no se contempla en las discusiones filosóficas sobre marcos conceptuales, y que subraya el carácter principal de la investigación científica, es la serendipia, o sea la *capacidad de hacer descubrimientos por accidente y sagacidad, cuando se está buscando otra cosa*. ¿Qué hacer entonces? Recuerdo la primera vez que me tropecé con la serendipia: era estudiante de primer año de medicina y estaba aprendiendo a hacer investigación científica con mi amigo y compañero Raúl Hernández Peón, quien entonces ya sabía lo que quería ser: fisiólogo. Como era hijo de un médico, su padre le había hecho un pequeño laboratorio en el sótano de su casa, y ahí Raúl hacía experimentos con gatos anestesiados. Él estudiaba entonces la regulación nerviosa de la circulación intrarrenal, estimulando eléctricamente los nervios que rodean a las arterias renales y observando lo que ocurría con el color del riñón. En esos experimentos lo que se veía es

que, cuando se estimulaban los nervios aferentes, el riñón ipsilateral se ponía blanco (normalmente es de color rojo intenso) porque disminuía la circulación. Pero un día los dos nos dimos cuenta de que al mismo tiempo que el riñón se ponía blanco, el hígado también palidecía. Este dato era totalmente inesperado y, como nos reveló la búsqueda de la literatura de esos tiempos, desconocido. Lo que hicimos fue cambiar nuestro marco conceptual para acomodar este resultado, fue el hecho el que indujo la reestructuración de nuestras ideas, y no al revés.

Pero ya me he extendido demasiado. Voy a intentar resumir lo que he tratado de señalar en este comentario. Postulé que el conocimiento de la realidad está en gran parte determinado por los *presupuestos* que sustentan los marcos conceptuales de los sujetos y las comunidades, pero que al mismo tiempo estos marcos conceptuales se modifican y se enriquecen con las consecuencias de las acciones y de los juicios de valor, y que al hacerlo se van acercando cada vez más a la realidad misma. Por lo tanto, postulo que la realidad externa existe, que es en parte independiente de nuestros marcos conceptuales, y que ella contribuye a los criterios necesarios para discriminar y valorar los conceptos derivados de los distintos marcos conceptuales.

## LOS HIJOS DE JUAN RULFO\*

Margo Glantz

Agradezco cumplidamente la invitación del Instituto Iberoamericano de Berlín para asistir al coloquio celebratorio de los cien años del nacimiento de Juan Rulfo, gracias a su directora la doctora Barbara Goebel, al doctor Friedhelm Schmidt Welle y a la profesora Vittoria Borso de la Universidad de Dusseldorf, colegas y queridos amigos.

Cuando vine por primera vez a esta ciudad, Berlín era una isla dividida por un muro, la ciudad occidental era luminosa, alegre, festiva; a la ciudad oriental se entraba por el famoso Check Point Charlie detrás del cual las calles eran oscuras, conservaban aún las huellas de la guerra en las paredes horadadas de los edificios, el Museo Pérgamo también sombrío ostentaba sus tesoros, había prácticamente sólo un gran café, el Einstein, en la avenida Unter den Linden, un bello edificio destinado a la ópera, la Universidad Humboldt y el teatro de Bertold Brecht dirigido por Helen Weigel, su viuda, y presidiéndolo todo la puerta de Brandemburgo.

En ese entonces y del lado occidental el doctor Briesemeister, filólogo y romanista, dirigía el instituto que ahora nos alberga; el Instituto de la Freie Universtät estaba y sigue orgullosamente instalado en un edificio del Bauhaus al lado de barrios totalmente reconstruidos después de la guerra. Por las noches paseábamos y tomábamos *prosseco* en los bares de la Kurfursterdamm y visitábamos la torre emblemática de la iglesia del káiser Guillermo.

Mi tono se vuelve idílico como si la fracción occidental de Berlín antes de la caída del muro fuese semejante a la Comala que le describe Dolores Preciado a su hijo.

\* Lectura estatutaria presentada en la sesión ordinaria del 22 de marzo de 2018, en la sede de la Academia Mexicana de la Lengua, Iztaccíhuatl 10, colonia Florida.

Volví en 1988, luego en 1990, sólo quedaban pedazos grafitados del muro y el Check Point Charlie iba perdiendo su carácter siniestro lentamente, circulaban automóviles de corte soviético y los orientales caminaban con desconfianza por la ciudad: año tras año regresaba. La ciudad crecía, se transformaba y las grúas y las plumas llenaban el horizonte, vi construirse el Museo Judío junto a la casa de uno de mis autores preferidos, el cuentista decimonónico E. T. A. Hoffmann, edificio que al visitarlo me recordó a Walter Benjamin y a Paul Celan; el barrio judío y su sinagoga volvían a la vida y también pude ver año tras año cómo se iba edificando el Memorial del Holocausto y los impactantes edificios de Postdammer Platz y otras plazas semejantes... Nostalgia pura.

### 1. LOS HIJOS DE PEDRO PÁRAMO

Octavio Paz se preocupó por insertarnos en una genealogía. Gracias a él somos los hijos de la Malinche, hijos simbólicos y colectivos, hijos anónimos, jamás parecidos a los verdaderos hijos históricos, los mestizos Martín Cortés y María Jaramillo. Alguna vez yo me preocupé por saber si la Malinche había dejado también y circulando por el mundo hijas putativas. Y encontré que las había y que esas hijas practicaban el oficio de escritoras, se trataba por lo menos de Elena Garro en sus cuentos de *Las semana de colores*, y especialmente “La culpa es de los tlaxcaltecas”; Rosario Castellanos con *Balún Canán* y Elena Poniatowska en *La flor de lis* y sobre todo en su papel de entrevistadora de Jesusa Palancares en *Hasta no verte Jesús mío*; narradoras perseguidas por la culpa, creadoras de personajes implícitamente autobiográficos, racialmente diferentes de las mestizas y de las indígenas, pertenecientes a las altas clases medias, y del sexo por excelencia, como famosamente dijo Carlos Marx cuando le nació por tercera vez una niña.

Es evidente que Pedro Páramo tuvo hijos, quizá muchos más que la Malinche. Y sin embargo nadie nos ha otorgado esa paternidad, nadie nos conoce como los hijos de Pedro Páramo, aunque lo mereceríamos, y mucho menos conocen a quienes pudiéramos ser sus hijas.

¿Pero tuvo hijas Pedro Páramo?

Si leo con atención y por centésima vez *Pedro Páramo* y comparo el libro publicado con las distintas versiones que de él Rulfo dejó en sus *Cuadernos*, advierto de inmediato una curiosa por no decir perversa relación con la paternidad, una paternidad colectiva confusa y en general anónima, muchas veces incestuosa pero históricamente evidente durante el Porfiriato, porque Comala además de estar llena de “Ruidos. Voces. Rumores. Canciones lejanas” (Rulfo, 1959: 58), está poblada por varios de los hijos bastardos de Pedro Páramo, de los cuales sólo sabemos que, a pesar de ser sus hijos, como explica el arriero Abundio, él mismo uno de ellos, sus madres los han malparido sobre un petate.

En este sentido es revelador el hermoso diálogo que un personaje anónimo, “aquel hombre” (Rulfo, 1994: 70), en realidad el propio Abundio, sostiene en *Los cuadernos* con un Juan Preciado aún no muy bien delineado y todavía anónimo, por lo menos en ese fragmento, mientras ambos caminan hacia una Comala también aún innombrada:

El ejemplo lo tengo en propia casa. Ya le presentaré a mi señora cuando estemos allá... la verá usted junto al comal frío, como un ladrillo más del pretil de la cocina. Ya sin obligaciones, habiendo dado lo que pudo dar de sí. Pero tuvo once hijos, de los cuales nada más dos fueron míos, los otros eran ajenos, de esos que se consiguen sin saber cómo, que salen como de rebote. Un día amanecen allí, nuevecitos, todavía friolentos por el aire. Y los ojos inocentes de nuestra mujer que nos miran suplicantes, pidiendo que les cuidemos al retoño; que lo llevemos a bautizar para que no se muera lejos de los lazos de Cristo. Yo he tenido que hacer eso nueve veces... ¿Y usted sabe de quién eran aquellos hijos?

—No tengo la menor idea.

—De Pedro Páramo. De él eran. Hállele usted... (Rulfo, 1994: 71).

Párrafo maravilloso: demuestra el trabajo extraordinario que Rulfo hizo para lograr que su novela fuera lo que es. ¿Qué hubiese sucedido si “aquel hombre”, ese personaje que luego se convertiría en el verdadero y casi mudo y antes locuaz Abundio novelesco no hubiese sido

hijo bastardo de Pedro Páramo? Como diría Borges, el mérito de una obra no está en la longitud, sino en su delicado ajuste verbal.

De esta pródiga paternidad que prolifera sin domeñarse, antes de definirse en la novela, nos enteramos en *Los cuadernos*; allí los personajes aparecen, reaparecen, desaparecen, son hijos o son padres, son primos o esposos, hay pocas madres y muy pocas hijas, las filiaciones se confunden. Un ejemplo importante por su papel en la novela y su función dentro de ella como único representante de la Iglesia en el pueblo, es el del personaje que luego será el padre Rentería, originariamente el padre Villalpando en *Los cuadernos*, cuyo origen, aunque borroso, lo identifica de manera definitiva allí como hijo de Pedro Páramo, durante mucho tiempo llamado por Rulfo Maurilio Gutiérrez:

El padre Villalpando era hijo natural de Rómula Benavides, una de las más viejas sirvientas de Maurilio Gutiérrez. Se decía que su padre había sido el mayordomo Villalpando, o su hijo que fue durante muchos años caporal, o de un primo de ellos, que vivía dentro de la hacienda. Ni ella misma lo sabía: “Fueron tantos”, decía cuando se lo preguntaban, pero debió haber sido uno de los Villalpando, pues ellos eran los que más la habían transitado.

Maurilio Gutiérrez se encargó de su educación [...]

Y cuando al fin vino el padre Villalpando a hacerse cargo de la iglesia de Comala, él le habló de “usted” y se arrodilló como todo el mundo y le besó la mano (Rulfo, 1994: 53).

Una anotación al calce, el personaje que protagonizaría *La cordillera*, esa novela perpetuamente anunciada por Rulfo, se llama en *Los cuadernos*: Tránsito Pinzón, nombre significativo en este contexto por la importancia que nuestro autor siempre le concedió a los nombres que debían identificar a sus personajes. De esa manera podríamos inferir que de haber trascendido literariamente, Tránsito Pinzón hubiera sido hijo de una mujer intensamente transitada.

Y de verdad, una verdad oscurecida por las borraduras novelescas, el padre Villalpando, refigurado en la novela como el padre Rentería, era hijo bastardo de Pedro Páramo en *Los cuadernos*: “Quiso decirle:

‘Muchacho estás hecho un hombre’. Pero se le secó en la boca el cariño de aquel que consideraba como criatura suya. Porque la verdad es que sí lo era, sólo que la Rómula se hubiera muerto de haberlo descubierto” (Rulfo, 1994: 54).

## 2. LOS BASTARDOS, LOS NATURALES Y LOS LEGÍTIMOS

En un fragmento intitulado “Mi pueblo. Mi lucha contra Maurilio Gutiérrez”, Villalpando exclama: “Yo mismo pensaba: soy un capricho de él y como yo, hay muchos, quizá este pueblo esté plagado de bastardos que llevan su sangre y a quienes ha envenenado con su autoridad insana y concupiscente” (Rulfo, 1994: 55).

Hay tres hijos con nombre en Pedro Páramo: Juan Preciado, Miguel Páramo y Abundio Martínez, o sea el hijo legítimo con apellido de bastardo, el natural con nombre legítimo y el bastardo asesino, conductor de su medio hermano al reino de la muerte en vida.

Pedro Páramo se casa con Dolores Preciado, la de los bellos y tiernos ojos, la dueña legítima de La Media Luna, esa hacienda que cimentará su fortuna. Dolores la despojada, la deslegitimizada, la que por casarse legítimamente con Pedro Páramo deslegitima y deshereda a su propio hijo.

Roa Bastos dice en su ensayo sobre nuestro autor:

Pero Juan Preciado, el hijo legítimo —el mestizo puro— llevaba muy adentro de su íntima oquedad otra manda casi póstuma no menos sagrada: la esperanza de reencuentro con su padre. Llega a Comala guiado por su medio hermano Abundio —digamos el hijo natural, el mestizo desnaturalizado— quien ya ha ejecutado la venganza. El acto de Abundio lo desobliga, sin saberlo, del ajuste de cuentas. Pero es un acto de un tornatrás hecho por un tornatrás. No lo libra de esa pesada carga que se le ha ido formando como “un mundo alrededor de la esperanza que era aquel señor llamado Pedro Páramo”. No lo nombra mi padre sino el marido de mi madre (Roa Bastos, en Campbell, 2003: 205).

Un hijo legítimo que llama a su padre legítimo el marido de mi madre, legitimando su condición de deshijado, y convirtiéndose así en hijo legítimo de un padre desconocido. Miguel, llamado primero Esteban en *Los cuadernos* y destinado allí a ser esposo de Susana San Juan, bautizada en ese fragmento como Susana Foster consumando *avant la lettre* un incesto narrativo, no tiene literalmente madre pues ésta ha muerto al alumbrarlo. Si caigo en la pedantería de los juegos de palabras diría que Miguel se convierte en el desmadrado y Juan en el despadrado.

El padre Rentería, cuya sobrina Ana fue violada por Miguel Páramo, habla así del padre y del hijo mientras reflexiona si debe concederle el perdón al joven:

El asunto comenzó —pensó— cuando Pedro Páramo, de cosa baja que era, se alzó a mayor. Fue creciendo como una mala yerba. Lo malo de todo esto es que todo lo obtuvo de mí: “Me acuso padre de que tuve un hijo de Pedro Páramo. Me acuso de que tuve un hijo de Pedro Páramo”. “De que le presté mi hija a Pedro Páramo”. Siempre esperé que él viniera a acusarse de algo; pero nunca vino. Y ahora él estiró los brazos de su maldad con ese hijo que tuvo. Al que él reconoció, sólo Dios sabe por qué. Lo que sí sé es que yo puse en sus manos ese instrumento (Rulfo, 1959: 85-86).

Y curiosamente, Pedro Páramo que no siente dolor al enterarse de que ha muerto el único hijo que ha reconocido como suyo, recuerda en ese momento a su padre y también a su madre, muertos cuando era niño. Sobra añadir que eso nos remite a la propia experiencia biográfica de Carlos Juan Nepomuceno Pérez Rulfo Vizcaíno, en la época en que no era más que un niño que cargaba el peso de un nombre extremadamente largo:

Vino hasta su memoria la muerte de su padre, también en un amanecer como éste; aunque en aquel entonces la puerta estaba abierta y traslucía el color gris de un cielo hecho de ceniza, triste como fue entonces. Y a una mujer conteniendo el llanto, recostada contra la puerta. Una madre de la que él ya se había olvidado y olvidado muchas veces, diciéndole: “¡Han matado a tu padre!”. Con aquella voz quebrada, deshecha, sólo unida por

el hilo del sollozo. Nunca quiso revivir ese recuerdo porque le traía otros, como si rompiera un costal repleto y luego quisiera contener el grano. La muerte de su padre que arrastró otras muertes y en cada una de ellas estaba siempre la imagen de la cara despedazada; roto un ojo, mirando vengativo al otro. Y otro y otro más, hasta que la había borrado del recuerdo cuando ya no había nadie que se la recordara (Rulfo, 1959: 83).

En plena borrachera, como sonámbulo, Abundio, el hijo natural, asesina al padre y en medio de su estupor sólo recuerda a su mujer, la Cuca, apenas fallecida. Para enterrarla pide limosna a Pedro Páramo que espera sentado en su equipal a que la muerte lo acerque a Susana San Juan. A Abundio, oxímoron perfecto de su mismo nombre, arriero miserable, le toca el doble papel de guía de su medio hermano y de asesino del cacique, Abundio, privado al mismo tiempo de su mujer, de su hijo, de su libertad y de su padre. Abundio tuvo un hijito “que se les murió apenas nacido, dizque porque ella estaba incapacitada: el mal de ojo y los ríos y la rescoldera y no sé cuántos males que tenía su mujer, según le dijo el doctor que fue a verla ya a última hora, cuando tuvo que vender a sus burros para traerlo hasta acá, por el cobro tan alto que el pidió...” (Rulfo, 1959: 149).

### 3. UN INTERLUDIO ONOMÁSTICO

Enumerar los nombre de los personajes, los definitivos y los tentativos se vuelve un ejercicio poético:

Tránsito Pinzón  
Ovillado  
Fulgor Sedano  
Galileo  
Abundio Martínez  
Toribio Aldrete  
Cleotilde  
Pedro y Miguel Páramo

Juan y Dolores Preciado  
Odilón  
Eduviges y María Dyada  
Dorotea la Cuarraca  
Damiana y Sixtina Cisneros  
Maurilio Gutiérrez  
Esteban Páramo  
Susana Foster  
padre Gabriel Sebastián Villalpando  
Ana Rentería  
Justina Díaz  
Fausta  
Micaela  
Susana y Bartolomé San Juan  
Inocencio Osorio o Saltapericos  
Jesús  
Terencio Lubianes  
Los Fregoso  
Chona  
Esperanza  
Rómula Benavides  
Florencio  
mi tía Carolina  
Donís  
El Tartamudo  
Damasio el Tilcuate  
Perseverancio  
el hombre y la mujer  
Isaías  
Gerardo Trujillo  
Casildo  
Ángeles  
el doctor Valencia  
Gamaliel Villalpando

mi general Obregón  
madre Villa  
Juan Nepomuceno Rulfo Navarro  
María Vizcaíno Arias  
Cecilia  
Eulalia  
Julián Sandoval  
Sebastián Rentería  
santa Nunilona, virgen y mártir  
Anercio, obispo  
Sants Salomé, viuda  
Alodia o Elodia y Nulina, vírgenes  
Córdula y Donato  
Toribio Mateos  
Jacinto Trujillo  
Manuel Mantilla  
Eusebio Osorio,  
etc., etcétera.

#### 4. EL EJERCICIO DE LAS TACHADURAS O LAS TACHADURAS COMO ESCRITURA

En un texto de los numerosos que he escrito sobre Rulfo, añadido a los otros numerosísimos que sobre él se han escrito y se siguen escribiendo sin agotarlo, decía yo lo siguiente, refiriéndome a las múltiples borraduras a las que sometió sus textos:

Gracias a la publicación de sus borradores en *Los cuadernos de Juan Rulfo* (1994) verificamos que en el proceso de su escritura, la escritura de Rulfo al escribir *Pedro Páramo* se ha decantado de manera parecida a la poesía de César Vallejo, a fuerza de hachazos efectuados sobre el cuerpo del texto, despojándolo de cualquier excrecencia explicativa o hasta narrativa [...] es en *Los cuadernos* donde se advierte con mayor nitidez ese procedimiento

esencial en sus obras: las variantes conservadas —sobre las que se extendió largamente su editora Yvette Jiménez de Baez— dan cuenta de anécdotas, acciones y diálogos totalmente rulfianos pero que, por no estar sometidos a la operación de limpieza devastadora que les da sentido, se nos antojan superfluos, hasta los nombres de los protagonistas Maurilio Gutiérrez, Esteban Páramo, Susana Foster enfrentados a los nombres ya acuñados, Pedro Páramo, Miguel Páramo, Susana San Juan, carecen de densidad y hasta de repercusión sonora. Es como la lectura de ciertos versos aún no deshuesados frente a la versión definitiva que nos dejó Vallejo o como la lectura de “Primero sueño” si intentáramos, como lo hizo Méndez Planarte, ordenar los versos de acuerdo con la sintaxis ordinaria (Glantz, en Campbell, 2003: 370).

En una entrevista muy citada que le hizo Fernando Benítez de quien era muy amigo y con quien comía periódicamente, Rulfo explica:

[...] llenaba los vacíos y [...] descubrí que el escritor llenaba los espacios desiertos con divagaciones y elucubraciones. Yo antes había hecho lo mismo y pensé que lo que contaba eran los hechos y por eso busqué a personajes muertos que no están dentro del tiempo y del espacio. Suprimí las ideas con las que el autor llenaba los vacíos [—como quien dice, intervingo, destomasmanizó a la novela en un momento en que todos leían *La montaña mágica*—] y evité la adjetivación entonces de moda [—¿la de Yáñez en *Al filo del agua*?—]. Se creía que adornaba el estilo, y sólo destruía la sustancia esencial de la obra, es decir lo sustantivo.

Y agrega contundente:

*Pedro Páramo* es un ejercicio de eliminación [—esto es decir, vuelvo a intervenir, un ejercicio de borraduras—]. Escribí 250 páginas donde otra vez el autor metía su cuchara. La práctica del cuento me disciplinó, me hizo ver la necesidad de que el autor desapareciera y dejara a sus personajes hablar libremente, lo que provocó, en apariencia, una falta de estructura. Sí hay en *Pedro Páramo* una estructura, pero es una estructura

construida de silencios, de hilos colgantes, de escenas cortadas, donde todo ocurre en un tiempo simultáneo que es un no tiempo. También perseguía el fin de dejarle al lector la oportunidad de colaborar con el autor y que llenara él mismo los vacíos. [—¿La obra abierta, apocalíptica, no integrada?—]. En el mundo de los muertos el autor no puede intervenir más que con su escritura [—insisto y reitero, ¿éste es el escritor al que se le acusaba de no ser un intelectual y que no sabía cómo reflexionar sobre su obra?—] (Benítez, en Campbell, 2003: 546).

## 5. LOS NOMBRES DEL PADRE

Y las borraduras se extienden de manera incisiva y constante a las relaciones familiares. Relaciones confusas, enracimadas, inextricables, casi imposibles de desenredar, mientras Rulfo las iba pensando y organizando para luego decir, una vez publicada la novela, reeditada mil veces y traducida a todos los idiomas que: “Di con un realismo que no existe, con un hecho que nunca ocurrió y con gentes que nunca existieron” (Benítez, en Campbell, 2003: 547).

En uno de los borradores de *Pedro Páramo*, el padre Villalpando, hijo como hemos visto de Maurilio Gutiérrez y convertido en sacerdote gracias a su impulso, habla del pueblo donde ha nacido y donde gobierna un cacique, como si se tratara de un hecho natural, idílico, la época dorada del mito, en cierto paralelismo con los recuerdos de Pedro Páramo niño evocando a Susana San Juan o la región próspera, arcádica, con que Dolores Preciado envía a su hijo a la tierra prometida:

Eran cosas que después de hechas se olvidaban, más en un lugar en que todos hacían lo mismo y en que tener un hijo Dios sabía de quién no se trataba con menosprecio, antes por el contrario, aquello representaba una ayuda, a veces permanente, pero casi siempre real.

Comala había vivido siempre así, desde tiempos remotos. El abuelo de don Maurilio comenzó la historia. Y este hombre, que había heredado una riqueza acumulada y un poder acumulado, no se detuvo, sino que le había

dado impulso a las viejas costumbres, haciendo de las mujeres de Comala sus mujeres, regalándoles hijos y bienes y paz y comida y hombres para regalo de sus noches.

Lo querían. Lo aceptaban como lo que tenía que ser. Sus hombres trabajaban para él en los campos, cuidándole sus bienes de los que ellos participaban. Eran hijos de él, no podrían rebelarse contra su padre, pues dice el catecismo: “Cualquiera que sea tu padre, hónralo y respétalo” (Rulfo, 2003: 57).

Como si la fractura producida por la Revolución y la Cristería —acontecimientos que, como se ha subrayado continuamente, están tratados por Rulfo de una manera tangencial, como borrados o solamente esbozados en el texto— diesen cuenta de una época en la que como recuerda Doloritas: “Sólo hay [...] Llanuras verdes. Ver subir y bajar el horizonte con el viento que mueve las espigas, el rizar de la tarde con la lluvia de triples rizos. El color de la tierra, el olor de la alfalfa y del pan. Un pueblo que huele a miel recién derramada” (Rulfo, 1959: 25).

¿La tierra de leche y miel de la Biblia? ¿La tierra gobernada por los Maurilios Gutiérrez y más tarde en la versión terminada por los Pedros Páramos? ¿Ese Pedro Páramo que arruina a su pueblo que no se une a su dolor que no lamenta la muerte de su amada y la festeja como si en lugar de un duelo se celebrase una romería? “Don Pedro ni hablaba, dice el narrador, no salía de su cuarto. Juró vengarse de Comala: Me cruzaré de brazos y Comala se morirá de hambre. Y así lo hizo...” (Rulfo, 1959: 143).

Y su deseo se cumple como en el Apocalipsis: “Desde entonces la tierra se quedó baldía” (Rulfo, 1959: 143).

## 6. LA DESAPARICIÓN O EL EXCESO DE LO MATERNAL

Siempre en *Los cuadernos*, en el fragmento con el que se inician, que fue intitulado por los editores “Palabras, dichos, frases”, leo textos entretreverados como el siguiente: “Los rayos del sol entraban al cuarto por una pequeña ventanita (ya viene Dios, digo)”; al siguiente renglón, y

aislada, la palabra “cuñado”, y cerca de éstas, otras frases: “Los aires se enojan y enojándose producen mal de ojos” o “Hemiplejia” (ataques espasmódicos), y de repente una que me llama la atención: Dice simplemente: “María Dyada (La diosa entre los tepehuanes)” (Rulfo, 2003: 28).

Eduviges Dyada pudo haber sido, como ella misma dice, la madre de Juan Preciado: “Perdóname que te hable de tú: lo hago porque te considero como mi hijo —Sí, muchas veces dije: ‘El hijo de Dolores debió haber sido mío’. Después te diré por qué—” (Rulfo, 1959: 16).

No lo fue casi por milagro, pero, en cambio, tuvo muchos otros hijos. Lo descubrimos por un monólogo del padre Rentería. Acosado por los remordimientos haber otorgado el perdón a Miguel Páramo, el violador de su sobrina y el asesino de su hermano, recuerda a María Dyada quien le había rogado que absolviera a Eduviges, su hermana, culpable de adelantarse a la voluntad de Dios: de saber, como ella le explica a JP, “que todo consiste en morir, Dios mediante, cuando uno quiera y no cuando Él lo disponga. O si tú quieres, forzarlo a disponer antes de tiempo” (Rulfo, 1959: 16).

María Dyada suplica, pide la absolución, informa: “Ella sirvió siempre a sus semejantes. Les dio todo lo que tuvo. Hasta les dio un hijo a todos. Y se los puso enfrente para que alguien lo reconociera como suyo. Pero nadie lo quiso hacer. Entonces les dijo: En ese caso yo soy también su padre, aunque por casualidad haya sido su madre” (Rulfo, 1959: 40).

¿Por qué le habrá fascinado tanto a Rulfo el nombre de María Dyada, personaje que existe textualmente sólo al ser convocada por el padre Rentería?

¿Y por qué le puso, asimismo, ese apellido a quien será en el texto Eduviges, la primera mujer que visita Juan Preciado, conducido hasta su fonda por Abundio el mensajero, Abundio, emisario entre el adentro y el afuera de Comala, como todos los arrieros cuando aún existía ese oficio en México?

Eduviges, la madre de todos, la madre universal, una madre primigenia, primordial, ¿una diosa?

Si Pedro Páramo es padre de todos los hijos desparramados por el pueblo, obviamente, el verdadero protagonista de su novela, como el mismo Juan Rulfo reitera en una de sus entrevistas, la humilde Eduviges sería mucho más; en el texto se le concede sutilmente la misión de condensar en una sola persona la doble función de la madre y del padre, aunque en su discurso se privilegie la paternidad, cuando reitera que “se es madre por casualidad”. Curiosa frase, “se es madre por casualidad”, y más aún una madre promiscua, fuera de la ley, la que siendo madre asume el rol de padre, una función que Pedro Páramo apenas ejerció y que voluntaria y generosamente ella asume. Podría concluirse si no se oyera como discurso demagógico que en el universo de Comala ella es la representante de la paternidad responsable.

El modelo de parentesco de la tríada familiar (padre-madre-hijo) subyace en casi todos los cuentos y en *Pedro Páramo* —concluye Yvette Jiménez de Báez en su “Juan Rulfo. Del páramo a la esperanza (estructura y sentido)”, *NRFH*: 501-566, con quien estoy sólo en parte de acuerdo—. La tríada se modifica conforme se destruye un orden patriarcal y opresor preexistente. El proceso, fundador por excelencia, determina el trabajo de la escritura. En los cuentos la escisión del núcleo familiar es la marca textual que indica el inicio de la transformación. Ésta puede darse por la muerte, ausencia o disfunción explícita o implícita del padre.

Rota la relación básica del modelo patriarcal —la díada padre-hijo generadora de la vida— se va desplazando, al mismo tiempo, la función mediadora y relacionante de la madre, quien gradualmente ocupa el centro del modelo (el lugar de la ley). Este desplazamiento de la madre determina un tiempo propicio a las transformaciones y a la regeneración individual y colectiva (Jiménez de Báez, 1988: 502).

En esta sucesión de mujeres que se le aparecen a Juan Preciado para acogerlo y guiarlo hasta el país de los muertos, Damiana Cisneros es quien sustituye a Eduviges cuando ésta desaparece de la fonda donde fue ahorcado Toribio Aldrete: “Mi madre me habló de una tal Damiana Cisneros que me había cuidado desde que nací” (Rulfo, 1959: 43).

Hay madres biológicas y otro tipo de madres. Las madres sustitutas. Damiana asume ese papel en la novela. Cuando es aún niño Juan y vive

con su madre en Comala, Damiana se convierte en su nana, papel que asimismo desempeñará con Miguel Páramo.

Don Pedro —dice el padre Rentería— llevándole a un recién nacido, la madre murió al alumbrarlo. Dijo que era de usted. Aquí lo tiene...

Y él ni lo dudó, solamente dijo:

—¿Por qué no se queda con él padre? Hágalo cura.

—Con la sangre que lleva dentro no quiero tener esa responsabilidad.

—¿De verdad cree que tengo mala sangre?

—Realmente sí, don Pedro.

—Le probaré que no es cierto. Dejéme aquí. Sobra quién se encargue de cuidarlo.

—En eso pensé, precisamente. Al menos con usted no le faltará cobijo. El muchachito se retorció, pequeño como era, como una víbora.

—¡Damiana! Encárgate de esa cosa. Es mi hijo (Rulfo, 1959: 86).

Madres universales, como las chichihuas de *Los bandidos de Río Frío* de Manuel Payno, siempre dispuestas a amamantar, a prohijar. Un caso paralelo en la novela sería el de Justina, la nana eterna de Susana San Juan, Justina quien la cuida al morir su madre y la que siempre se interpone entre ella y Pedro Páramo.

Mi madre murió entonces, relata Susana, separada de los otros muertos en su imponente mausoleo...

—Que yo debía haber gritado; que mis manos tenían que haberse hecho pedazos estrujando su desesperación... ¿Te acuerdas, Justina? Acomodaste las sillas a lo largo del corredor para que la gente que viniera a verla esperara su turno. Estuvieron vacías— (Rulfo, 1959: 95).

Y Damiana Cisneros, personaje que ya anda rondando en *Los cuadernos* desempeñando distintos papeles allí, mantiene durante toda la novela este carácter, la de eterna servidora, atenta a los problemas y necesidades de los demás, a la que acude Pedro Páramo herido de muerte por Abundio: “Se apoyó en los hombros de Damiana Cisneros e hizo el

intento de caminar. Después de unos cuantos pasos cayó, suplicando por dentro; pero sin decir una sola palabra. Dio un golpe seco contra la tierra y se fue desmoronando como si fuera un montón de piedras” (Rulfo, 1959: 152). Y agregada al de Damiana, la muerte de Miguel Páramo hace aparecer un tercer personaje decisivo en este texto, Dorotea la Cuarraca, la mujer estéril, la madre fallida, la loca, la imagen invertida de Susana, una doble espuria, “la única mujer en el pueblo a quien le gustan los bebés”, como le dice burlonamente Fulgor Sedano a Miguel Páramo.

Y encadenando con malicia y perfección a unas mujeres con otras, Rulfo introduce a Dorotea en su doble papel de alienada y de alcahueta. Dorotea se confiesa con el padre Rentería, después del velorio de Miguel Páramo:

Ya que no puedo causarle ningún perjuicio, le diré que era yo quien le conseguía muchachas al difunto Miguelito Páramo... desde que fue hombrequito. Desde que lo agarró el chincual...

—¿Se las llevabas?

—Algunas veces, sí. En otras nomás se las apalabraba. Y con otras nomás le daba el norte. Usted sabe: la hora en que estaban solas y en que él podía agarrarlas descuidadas... (Rulfo, 1959: 91).

Y la ilusión que ha llevado a Juan Preciado a Comala esperando encontrar allí a su padre, es también el fantasma con el que vive Dorotea:

—¿La ilusión?, eso cuesta caro. A mí me costó vivir más de lo debido. Pagué con eso la deuda de encontrar a mi hijo, que no fue, por decirlo así, sino una ilusión más, porque nunca tuve ningún hijo. Ahora que estoy muerta... me he dado tiempo para pensar y enterarme de todo. Ni siquiera el nido para guardarlo me dio Dios (Rulfo, 1959: 74).

La ilusión le ha llegado con un sueño, dice Dorotea: “En el cielo me dijeron que se habían equivocado conmigo. Que me habían dado un corazón de madre, pero el seno de una cualquiera” (Rulfo, 1959: 75).

Enterrada en la misma sepultura que Juan Preciado, sin robarle siquiera tierra a la tierra, porque está acostada encima de él, “en el hueco de sus brazos”, acunada por él, Dorotea se convierte en la hija de Juan Preciado y éste en su madre primordial.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Benítez, Fernando (2004), “Conversaciones con Juan Rulfo”, en Campbell, *op. cit.*
- Campbell, Federico (2003), *La ficción de la memoria. Juan Rulfo ante la crítica*, Universidad Nacional Autónoma de México – Era, México.
- Glantz, Margo (2004), “Juan Rulfo: la forma de la muerte”, Era, México.
- (2003), “Juan Rulfo: la forma de la muerte”, en Campbell, *op. cit.*
- Jiménez de Báez, Yvette (1988), “Juan Rulfo. Del páramo a la esperanza (estructura y sentido)”, *NRFH*, vol. xxxvi, núm. 1, pp. 501-566.
- Roa Bastos, Augusto (2003), “Los trasterrados de Comala”, en Campbell, *op. cit.*
- Rulfo, Juan (1994) [1959], *Pedro Páramo*, Fondo de Cultura Económica, México.
- (2003), *Los cuadernos de Juan Rulfo*, Era, México.



## ZAPATOS NUEVOS\*

Silvia Molina

### MI PRIMERA CASA

En aquel tiempo mi madre y yo vivíamos en un cuarto de azotea que tenía una gran ventana por donde, al amanecer, entraban los primeros rayos del sol y el trino de los gorriones que iban despertando.

Nunca usé pijama, por si te surge esa curiosidad: no teníamos dinero para semejante lujo, y en la tradición de mi madre eso no existía. Dormí toda la infancia en camiseta y calzones, incluso en invierno, cuando un airecito helado se colaba por debajo de la puerta y las rendijas de la ventana. Entonces me ponía un suéter viejo, me tapaba hasta la cabeza y me hacía bolita para no sufrir el frío. Y si de plano me estaba helando, me pasaba a la maca de mi madre para que me calentara los pies.

Aún recuerdo esa sensación de abrir los ojos con aquella alegría que revoloteaba entre las ramas de los pirules, llenas de frutos que encantan a las aves. Ese gozo provocado por canturreos, es uno de los recuerdos más alegres de mi niñez. También me acuerdo del calor agradable que me echaba fuera del cobertor: si cierro los ojos, todavía me veo tumbado en la cama con el corazón brincoteándome con rapidez al ritmo de los cantos. Para ese momento mi madre ya estaba en la cocina, preparando el desayuno de doña Rosa y el mío, o barriendo la calle, o sacudiendo por ahí.

En esa casa nunca hubo macetas o jardín en el patio, y mi madre no desperdiciaba el agua regando las losas, porque sabía lo que significa no tenerla. Sólo la usaba cuando un gato se metía a perseguir ratones o pájaros, cuyos restos o plumas quedaban en las esquinas.

\* Lectura estatutaria presentada en la sesión ordinaria del 12 de abril 2018, en la sede de la Academia Mexicana de la Lengua, Iztaccíhuatl 10, colonia Florida.

Me daba tanta rabia ver los restos de esos animales que me soñaba esperando al gato con la resortera lista para darle un buen susto. Yo creo que por eso los gatos no me gustan.

Mi madre, quien amaba las plantas —entonces yo ignoraba por qué—, había hecho un pequeño vivero en la azotea. Cultivaba rosas. En invierno, luego de podarlas, plantaba los tallos, “estacas” decía ella, en macetas hechas con latas de comida; por eso guardaba las que iba abriendo para cocinar.

Cuando era necesario, traíamos tierra de nuestros paseos: dos o tres bolsas medianas. No podíamos cargar más y con eso bastaba. Las flores se le daban con tanta facilidad como ponerse los calcetines o lavarse las manos, como si fueran parte de ella. La alegraba cada hoja nueva, cada botón, cada floración. Molía las cáscaras de huevo para abonar las plantas y nunca la vi tirar el café usado, porque los granos suelen acabar con algunas plagas.

Me enseñaba:

—Fíjate bien Bernardino: cuando una rosa se marchita, debes cortarla hasta donde la rama tenga cinco o siete hojas. ¿Ves? Esa yema es la que prosperará. Corta en forma sesgada. Así es mejor.

Y sí, de allí brotaba otra ramita con rapidez.

La observaba con atención: las manos callosas de mujer trabajadora, la cara quemada por el sol, los ojos negros y brillantes como los de los gatos. Me enorgullecía su capacidad para hacer tantas cosas bien y no quejarse.

Por eso procuré ayudarla: apenas me despertaba, me vestía, me ponía los zapatos viejos y corría escaleras abajo para barrer o trapear o lo que fuera. Y me sentía contento de hacer encarguitos a esa hora de la mañana, cuando ella no podía ir a ningún lado.

—Bernardino, vuélale a La Zarzamora y tráeme un cuarto de jamón para el desayuno de doña Rosa.

Yo corría a la esquina, al estanquillo o a la panadería San Román, y regresaba justo para subirle su desayuno a doña Rosa: un huevo revuelto con jamón o pan dulce caliente; le gustaban los cuernos, a los que untaba un poco de mantequilla y mermelada de naranja, que me parecía amarga. Yo siempre preferí la de fresa.

Al trabajar con las plantas, mi madre, una muchacha ruda para su edad, se transformaba en una joven tranquila; se veía tan contenta que parecía otra: una persona feliz sin ninguna pena encima.

Me fijaba con detenimiento en lo que hacía, para gozar tanto como ella: más que una tarea, me parecía un entretenimiento aquello de ayudarla a quitar hojas secas, flores marchitas o las plantitas silvestres que crecían en la tierra, a las que llamaba “chupones”, porque le “chupan” la fuerza a las plantas.

—No hay que dejarlos crecer. Que no se te olvide —insistía.

El cultivo es una actividad que tiene que ver con los sentimientos. Si pones unos cuantos frijoles en un vaso con algodón y lo mantienes húmedo experimentarás la emoción que se siente cuando, al cabo de unos días, mires brotar el tallo y las primeras hojas. Eso hará que te alegres y te apasionen, como cuando crías animales.

Si se seca una planta, sientes un malestar extraño, como si no la hubieras cuidado, como si hubiera sido tu culpa. Es lo mismo que cuando ves salir unos polluelos amarillos de las alas de la gallina: te emocionas y te admiras de esas criaturas simpáticas que van tras su madre un poco distraídas por lo que van encontrando en el camino.

### MI PEQUEÑO MUNDO

De vez en cuando mi madre le regalaba flores a sus amigas o las vendía, porque entre los vecinos se había corrido la voz de que tenía rosales a la venta, y así conseguía unos centavos más para nosotros. Entonces envolvía la planta en periódico y hacía un cucurucho para que no se estropearan los pétalos rojos, amarillos, rosas o blancos...

Por las tardes, mientras yo leía y mi madre cuidaba a doña Rosa, escuchaba el ruido que se metía por la ventana de nuestro cuarto. El tránsito: los cláxones, el motor de las motocicletas y el cambio de las velocidades de los autobuses de la avenida Masaryk, porque estábamos cerca; eso le hacía compañía a mi soledad, sobre todo cuando oía a los niños de la cuadra que salían a andar en bicicleta o en patines, o que jugaban con la pelota o a las escondidillas.

Nunca me dejaron compartir los juegos con ellos.

Ni mi madre ni doña Rosa. Quién sabe por qué. A veces bajaba corriendo al patio para verlos mejor, un poco más de cerca; entonces envidiaba su libertad y me sentía desgraciado y triste. Infeliz.

Me rebelaba contra mi madre, quien me prohibía cosas que para mí no eran complicadas. Imaginaba ser uno de ellos para competir contra el más fuerte. Pero no: jamás tendría bicicleta ni patines, eso estaba claro. Para mi madre la prioridad era mandar dinero a sus papás.

Aquellas risas y gritos, aquellos chirridos y enfrenones eran como una música conocida para mí, como el atole caliente que tomaba en las mañanas antes de emprender el camino hacia la escuela, después de un vasto desayuno.

La escuela estaba cerca de la casa de doña Rosa. Pero si me permitían caminar para allá e ir por encargos a la mercería, a la panadería, la tlapalería y otros lugares, ¿por qué no me dejaban salir a jugar en la misma cuadra donde vivíamos? ¿Por qué eran niños ricos que podían lastimarme? Me hacía falta un amigo, lo deseaba con todo el corazón.

Desde la ventana del cuarto también miraba, no muy lejos, el Bosque y el Castillo de Chapultepec, además de una parte de la ciudad llena de casas y azoteas con ropa aireándose como bandera, igual que la nuestra, y edificios enormes, altísimos. Más lejos, en el horizonte, se distinguían los volcanes. Era una vista que me fascinaba, porque siempre los veía completamente cubiertos de nieve; no como ahora. Un paisaje mágico, maravilloso, que contemplaba embobado, sin saber que más adelante viviría en sus faldas. A través de la ventana conocía el mundo que me rodeaba.

A veces, por las noches, acostados mi madre y yo en su cama, observábamos las estrellas. Era un tiempo en que el cielo aún resplandecía de luces plateadas que parpadeaban o brillaban estáticas en la oscuridad.

Mi madre y yo jugábamos a ver cuál de los dos descubría primero Venus o las constelaciones a las que ella conocía por los nombres que les daba su papá: Mono, Alacrán, Serpiente, Jaguar... Y yo las asimilé así, hasta que mucho tiempo después supe sus nombres clásicos: Osa Mayor, Centauro, Lira...

Me parecía increíble que, aunque mi madre fuera una mujer tan simple, conociera las estrellas tanto como el lugar exacto donde guardaba los utensilios de la cocina o las medicinas de doña Rosa, porque a esa edad, aunque yo era un chamaco como tú, me daba cuenta de su ignorancia: de algunas cosas sabía menos que yo, pues ella había dejado la escuela. Sin embargo, cuando me hallaba tan cerca de mi madre como entonces, mirando las estrellas, olvidaba todo el coraje y el dolor por las cosas que callaba. En esos momentos sentía su calor, la comunicación verdadera entre madre e hijo. No necesitaba decirme cuánto me amaba, porque yo lo sentía y esa sensación de cariño me llenaba de alegría.

Te confieso que algunas veces me avergoncé de su ingenuidad: pese a que conocía el principio y el final de las estaciones del año, no se daba cuenta de cosas tan obvias como que la Tierra no es plana. Más tarde comprendí que no tuvo la oportunidad de estudiar y que todo lo que sabía le fue transmitido por la tradición familiar, al igual que le ocurrió a su papá.

Desde niño supe que el reloj del campo era el cielo, tanto de día como de noche, así como las campanadas de la iglesia. Entonces, aún en Ciudad de México, las campanas repicaban para llamar a misa. Y mi madre me urgía:

—Ándale, Bernardino, ya son las siete. ¿No oíste?

Sí oía, pero no estaba acostumbrado a contar las campanadas. Hasta que lo logré.

Una tarde a lo lejos y desde la azotea, donde mi madre colgaba la ropa para que se secara, vimos el arcoíris: enorme, bajo, cercano a la tierra. Fue la primera vez que lo miré y me dejó sin habla por su belleza.

Ese día, ella dijo que llovería. Y llovió. Le habían enseñado a observar lo que sucedía en el cielo y el movimiento de la luna y el sol. Para ella, de su color, su forma y su altura dependían la siembra o la cosecha; incluso la locura de la gente, el bramido de los toros, el canto de los gallos y el comportamiento de otros animales.

Yo me moría de ganas de conocer al abuelo. Me lo imaginaba bondadoso, entusiasmado conmigo, querendón tras sorprenderse de mi existencia, deseoso de enseñarme la vida del campo y más. Soñaba que me

parecía a él y que, al verme por primera vez, lloraría de gusto, de contento; sin embargo, mi madre se rehusaba ir a verlo.

—¿Por qué? —insistía yo, lleno de ira—. Quiero conocer a los abuelos.

Jamás me contestó. Callaba muchas cosas.

### LA ESCUELA BENITO JUÁREZ, MI SEGUNDA CASA

Don Arnulfo Pineda, el director, siempre nos esperaba en la calle, a la entrada de la escuela, con su traje lustroso y sus zapatos boleados. Se paraba en la puerta y nos iba dando los buenos días uno por uno. A mí me decía siempre lo mismo:

—Pásele, pásele, Oso, ¡no se duerma!

Es cierto que yo era robusto debido a la vida sedentaria que llevaba, con tan poco ejercicio, tendido en la cama leyendo —aunque no lo creas—. Sin embargo, según el director, él me apodaba así porque mi nombre significa “oso valiente”. Lo de “oso” se me olvidaría con el tiempo, aunque lo de “valiente” no, ya que pasé por muchos sobresaltos que ya te contaré. Me decía a mí mismo: “Soy valiente, soy valiente”.

Mis compañeros comenzaron a llamarme Oso. Al principio me disgustó tanto que contribuí a afianzar otros apodos que iba poniendo el director, como Pollo, Güerito, Pelón y Chino, hasta que me resigné. Odiaba tanto el sobrenombre —todos pensaban que era por regordete— que nunca se lo mencioné a mi madre. No fuera a ser que ella también empezara a llamarme así.

En compensación, los alumnos le pusieron un apodo al director. Le decían Ideas Frescas; al principio creí que por abusado, pues era un tipo inteligente y generoso, pero luego supe que se lo pusieron por calvo.

Don Arnulfo fue una buena persona. A quienes llegaban sin peinarse o con la cara sucia los apartaba y los mandaba a asearse al baño. Luego ya les permitía entrar a las aulas.

Cuando la mayoría había llegado y eran las ocho en punto, dejaba en la puerta a don Chucho, el conserje, con la instrucción de que sí dejara

pasar a los lentos y a los demorados, ya que prefería ponerles un retardo a que les pasara algo en la calle.

El patio del recreo era el lugar más extenso de la escuela, porque en las aulas apenas si cabíamos veinte niños. Aunque tenía cancha de fútbol y de voleibol; varios espiros; un área para los niños pequeños, donde había un arenero; y un último espacio, arbolado, para otros juegos. Allí sacábamos las canicas, los álbumes o los cochecitos.

Yo no tenía un cochecito para jugar que valiera la pena y me limitaba a observar a los otros niños pintar con gis, en el piso del cemento, “carreteras” llenas de curvas, para después hacer correr los coches por éstas. Todos gritábamos de emoción cuando un carrito no rebasaba las curvas, pues eran muchos los que se salían y ya no podían continuar el juego.

Desde que divisaba la reja de la escuela, el corazón me latía a mil por hora: era una emoción incontrolable, una sorpresa diaria. La escuela me entretenía y me ofrecía la posibilidad de sentirme parte de una familia numerosa.

Doña Rosa opinaba que usar uniforme escolar era una gran ventaja para el orden y, sobre todo, para el bolsillo de los papás. Y tenía razón. Nuestras pertenencias siempre fueron escasas, pero no me gustaba llevar zapatos gastados a la escuela, aunque los lustrara mucho, mucho. Llevamos una vida sobria, pero nunca nos faltó nada. Gozábamos de lo principal: un techo y comida, una patrona amable e incluso cariñosa... aunque a veces explotara, se saliera de sus casillas y mi madre sufriera aguantándola; a los cinco minutos se le olvidaba todo, pero ya había lastimado.

Conmigo siempre fue gentil y cálida. Nunca le estorbé, nunca me ordenó salir de su habitación, nunca me trató mal y nunca me regañó. Conmigo era como una abuelita: me alentaba a estudiar, me aplaudía las buenas calificaciones y me enseñaba buenos modales.

Cuando se sentía sola, tanto como yo, enviaba a mi madre por mí y veíamos televisión o me hablaba de cuando sus hijos eran niños; si estaba muy de buenas, hasta un cuento me narraba. Sus hijos decían que, cuando sufría aquellos arrebatos, era a causa de los dolores que le recorrían el cuerpo.

Contábamos con poca ropa, y aunque estaba gastada, lucía impecable. Mi madre la remendaba con frecuencia para que se conservara en buen estado. No nos hacía falta más.

Al llegar de la escuela me quitaba el uniforme y, si no lo había ensuciado, lo colgaba detrás de la puerta del cuarto. Luego me ponía la ropa de siempre, que para entonces mi madre ya había lavado y planchado. Si el uniforme estaba sucio, yo mismo lo echaba a remojar con jabón en una cubeta, para que a mi madre le costara menos trabajo sacarle la tierra o restregar la mancha verde del pasto en las rodillas.

Después se iba a revisar las plantas para ver si no hacía falta quitar hojas secas o chupones, y cortaba la flor más bonita para ponerla en un florero sobre la charola de comida de doña Rosa, quien se alegraba al verla. Bueno, eso decía mi madre.

Como el cuarto de lavado y planchado era amplio y su ventanal dejaba entrar la luz toda la tarde, mi madre acondicionó una tabla sobre dos cubetas llenas de arena, a modo de una mesa de trabajo para mí.

Sentado en una vieja sillita de baño, yo dibujaba o hacía la tarea, mientras ella hacía de comer o planchaba, por lo general con la radio encendida. Le gustaba la música que hablaba de amores. Su favorito era Pedro Infante, un cantante y actor, ídolo del cine mexicano de la Época de Oro. En una pared del cuarto tenía un calendario con su fotografía, debajo de la cual se leía *AMORCITO CORAZÓN*. Y cuando estaba de buenas, cantaba entonada, como si la plancha le marcara el ritmo. Aún la escucho:

Ya no estoy más a tu lado, corazón,  
 en el alma sólo tengo soledad;  
 y si ya no puedo verte,  
 ¿por qué Dios me hizo quererte,  
 para hacerme sufrir más?

Yo sabía, aunque no lo dijera, que extrañaba a mi papá. Pero, ¿quién era mi papá? ¿Vivía? ¿Dónde vivía? ¿Cómo era? ¿Por qué nos había dejado? Cuando le preguntaba a mi madre estas cosas, ella cambiaba la conversación o se hacía la que no me oía, aunque yo insistiera:

—*Nimitztlautia, nonatzin.*

—Qué favor ni qué favor. ¿Ya terminaste la tarea?

También estaba seguro de que a mi madre le hacían falta sus papás y sus hermanos. La familia es importante, ¿verdad?



# PRESENCIA DE LOS CLÁSICOS EN EL TEATRO NOVOHISPANO\*

---

Germán Viveros

## A MODO DE PREÁMBULO

Es creíble considerar la idiosincrasia mexicana como resultado de la suma y cohesión, cambiantes y evolutivas, de tres componentes formativos esenciales: el prehispánico, el hispano y el clásico grecorromano; así, si se quiere comprender a cabalidad nuestra unidad intelectual, es preciso conocer y entender a plenitud esos factores, su grado de presencia, su intensidad, su pervivencia, su contribución a la unidad cultural mexicana, a qué nivel de profundidad llegaron y han llegado. Un intento de esta índole es vasto, complejo y de difícil logro, incluso por parte de una generación; sin embargo, el solo esfuerzo por realizarlo merece la pena y hay que empeñarse en él, aunque aquí sea como mera aproximación a un tema restringido: el teatro virreinal, del que ni siquiera se dispone de un inventario general.

Ante este amplísimo horizonte de estudio, es necesario parcelarlo. Ahora el propósito es incipiente, pues únicamente se ha intentado responder a preguntas como ¿qué recibió la dramaturgia novohispana de la cultura clásica y qué hizo con ella? ¿La acogió? ¿En qué medida? ¿La recreó? ¿Fue innovador el resultado? Estas preguntas pueden resultar sugerentes, pues llevan a repetirlas en relación con otros ámbitos de nuestra cultura no menos relevantes: la filosofía, la historia, las ciencias, el derecho, la educación, las artes, la literatura. Cabe recordar aquí que la instrucción impartida por la Real Universidad de México incluía en sus *Constituciones* —siguiendo el modelo salmantino— obras y autores

\* Lectura estatutaria presentada en la sesión ordinaria del 14 de junio de 2018, en la sede de la Academia Mexicana de la Lengua, Iztaccíhuatl 10, colonia Florida.

de la Antigüedad clásica, sobre todo griegos, a pesar de la dificultad que ofrecía el idioma a los estudiantes, quienes pronto pidieron que fuera sustituido por el latín. En el ámbito de la filosofía encontramos a Aristóteles y a Platón; en la medicina a Hipócrates y a Galeno, por sólo mencionar a algunos de los más representativos en sus áreas respectivas.

Se hablará aquí de “tradición clásica” entendida, para el caso del teatro novohispano, como un modo de adopción, imitación o, en el mejor de los casos, de reelaboración, de donde pudo derivar mérito u originalidad de esa dramaturgia, exceptuada la concerniente al proceso evangelizador que, por su propia índole, se dio casi completamente al margen de esa tradición.

En el caso del teatro novohispano (colegial, de coliseo, callejero), se ha procurado aquí determinar qué acontecimientos de la Antigüedad, qué personajes suyos, qué mitos, qué ideas, qué temas se hallan en piezas teatrales características de los siglos virreinales, y cómo fueron aprovechados, no tanto desde un punto de vista imitativo, sino particularmente del de la imaginación reelaboradora que derivó en originalidad ideológica o escénica.

Cabe decir aquí que la simbología creada por los clásicos se prestaba para su reelaboración, hecho que explica, dentro de una visión amplia del teatro virreinal hispanoamericano, a Orfeo visto como Cristo, o a Iris como la virgen María en textos teatrales del siglo XVII. Otro tanto puede decirse de la teatralidad jesuítica novohispana, que se sirvió de Faetón y de las Parcas en la *Comedia de san Francisco de Borja*, o bien de Febo y Apelles en el *Coloquio de la nueva conversión y bautismo de los cuatro últimos reyes de Tlaxcala en la Nueva España*. También se valió de Aristeo, Ícaro y Nise en la loa y comedia *Elegir al enemigo*. Pero no sólo mitos y personajes de la Antigüedad clásica dejaron huella en la dramaturgia novohispana —particularmente en la colegial y en la de coliseo—, sino también aspectos externos a ella, como la organización y programación del espectáculo a partir de la acción estatal.

Desde luego, la modalidad teatral antigua, que en lo esencial se hizo más notoria en la dramaturgia colegial y en la de coliseo, fue especialmente la de los comediógrafos Plauto y Terencio, tal vez por el matiz burlesco

y de cotidianidad que se encuentra en ellos y que los aproximaba al gusto de la mayor parte de neófitos y sencillos espectadores novohispanos. No obstante, individualidades del drama griego se hicieron presentes de algún modo en el teatro novohispano, fue el caso de Antígona en la comedia dieciochesca *La libertad americana*, en donde el personaje femenino central defiende su derecho y su integridad frente al máximo representante del poder establecido.

Por otra parte, el no inusual asunto de demenciales conductas trágicas de la Antigüedad clásica (Áyax o Medea, por ejemplo) tiene también un modo de proyección en el teatro callejero novohispano, pero desprovisto del todo de su dramatismo, para en cambio asumir un tono burlesco, como el de los frailes de San Hipólito que intervienen en la *Mojiganga de los frailes*, que los presenta más irreflexivos e inconstantes que los enfermos mentales a los que deben cuidar.

En textos teatrales novohispanos hay alternancia de motivos clásicos con otros de origen bíblico, en particular en la dramaturgia colegial, dada su fundamental aunque no exclusiva intención formativa, de matices aristocráticos y de adaptación de preceptiva clásica (Aristóteles y Horacio, especialmente), pasada ésta por el tamiz de autores posteriores: Alonso López Pinciano y su *Filosofía antigua poética*, Francisco de Cascales y sus *Tablas poéticas*, o bien Ignacio de Luzán y su *Poética*, todo esto sin considerar trabajos equiparables como el *Discurso sobre los dramas*, que en 1786 compuso y publicó en Nueva España Silvestre Díaz de la Vega.

El modo de recreación dramática a partir de mitos clásicos —por su significación colectiva o universal— es lo que hace decir a Hugo Rahner que es el momento en el que pareciera que el mito griego se transformara en “misterio” cristiano; que es cuando erróneamente se haría posible imaginar un paralelismo entre los “iniciados de Eleusis” y los convertidos en cristianos mediante el bautismo, aunque sin caer en extremos ni en tentaciones cuestionables que podrían conducir a establecer similitudes aparentes; se trataría más bien de detectar auténticas dependencias, no tópicos irrelevantes, ni de confundir raíces que no son comparables. Hay que describir influencias ciertas y sobre todo el modo en que han sido recreadas con originalidad desde una perspectiva diferente.

## MODOS DE TEATRALIDAD NOVOHISPANA

Desde mediados del siglo xvi y a lo largo del virreinato hubo en Nueva España varios modos de manifestación teatral: el evangelizador, el colegial y de convento, el de coliseo, el callejero y la llamada “máquina de muñecos”. De éstos me referiré ahora al “de coliseo”, que junto con las corridas de toros y las peleas de gallos (ocurridas a veces sobre el espacio de representación) tuvo mayor relevancia popular y más éxito; fue además el que tuvo consideración especial por parte de la autoridad virreinal, por la capacidad de orientación cívica que se le concedía y por ser fuente insustituible para el sostenimiento de los hospitales. Esta modalidad escénica tuvo evidente y triple finalidad durante el virreinato: beneficencia, formación cívica y entretenimiento. La segunda de las mencionadas fue ampliamente cultivada, debido al interés gubernamental por procurar —según testimonios documentales— la honestidad, la moderación y la corrección de vicios. Así, interés cívico y dramaturgia de coliseo convivieron indisolublemente. Aseveraciones de censores y de jueces de teatro lo confirman, en particular durante el ilustrado siglo xviii novohispano cuando, para beneficio comunitario, eran buscados paradigmas de toda índole, fueran éstos de naturaleza histórica, literaria o mítica.

En el caso del teatro de coliseo, los clásicos del Siglo de Oro español eran los elegidos, especialmente Calderón de la Barca quien en Nueva España era considerado arquetipo por excelencia y el dramaturgo al que invariablemente se recurría para suplir ausencias impredecibles en los programas teatrales, pero modelos a seguir eran también los ubicables en la Antigüedad clásica, sobre todo si se trataba de abordar cuestiones relativas a honduras de la mente humana: destino, divinidad o inmortalidad, por ejemplo, o bien asuntos más próximos a la cotidianidad: ambición, soberbia, vileza. Esto indica que la tradición clásica seguía establecida y evolucionando en el ámbito teatral novohispano, e incluso en el posterior mexicano, como no ha dejado de hacerlo hasta hoy en día, cuando vemos que el mito de Edipo ha dado pie a una dramaturgia mexicana contemporánea, para escribir una comedia de esencia policíaca. Me refiero a

*El enigma del esqueleto azul*, de Norma Román. Caso equiparable a éste es el drama *Los gallos salvajes*, en donde la leyenda del mítico Orestes parece haber dado origen a la pieza de Hugo Argüelles.

En general, la mirada vuelta hacia los clásicos obedecía a un empeño por aprovecharlos tópicamente y de modo superficial, aunque erudito, con el propósito de prestigiar un texto dramático o de darle matiz amonestador de índole cristiana, que así cumplía con la intención formativa que la autoridad virreinal quería para el teatro de coliseo. Esto denota que el afán compositivo de un dramaturgo no recreaba piezas clásicas íntegras ni desarrollaba cabalmente un tema relevante por sí mismo e intemporal, sino solamente se ocupaba de una intención, de mitos, de personajes, y de mostrar escénicamente sus efectos secundarios o laterales, que en alguna medida remitían a los ancestros clásicos. El nivel intelectual de este teatro no pretendió alcanzar el de sus antepasados, pero sí evidenció su filiación y originalidad reelaboradora, derivada unas veces de asimilación de elementos de cultura clásica —considerada impía—, y otras alternando equilibradamente con figuras y tópicos bíblicos; en ambos casos aplicando con sencillez sus recursos definatorios, de modo natural y a veces no tanto, pero dando lugar con frecuencia a pinceladas moralizadoras; esta proclividad es la que explica, por otra parte, la no extraña presencia de reinterpretados personajes senecanos, ofrecidos al heterogéneo público de los coliseos, que tal vez esperaba que sobre la escena se diera mayor atención a su realidad contemporánea, cosa que es de suponer a la vista de títulos de piezas que incluso fueron objeto de censura como fue el caso, hacia finales del siglo XVIII, de la comedia *México rebelado*, muestra de una línea temática historicista en el teatro novohispano de coliseo; cabe aquí también recordar títulos como *Hernán Cortés triunfante en Tlaxcala*, *Atahualpa* o *Rendido México*, textos censurados, por otra parte, para los que se pedía apego a principios dramáticos como eran (según criterio de un censor teatral) la “calidad de variedad, unidad, regularidad, orden y proporción con la verdad de los hechos”, todo ello para evitar cualquier exageración o distorsión de sucesos históricos, cumpliendo así, de paso, con un propósito muy querido por la autoridad virreinal que pedía “deleitar aprovechando”, pues estaba consciente de la necesidad

de aplicar en el teatro el precepto horaciano expresado en la *Epístola a los Pisones* (vv. 343-344).

Es importante decir aquí que parte significativa de ese teatro de coliseo asumió muchas veces, como punto de partida, el teatro español peninsular, derivado de asuntos clásicos como fue el caso, por ejemplo, de *El maestro de Alejandro* (al que me referiré más adelante), o bien *El anillo de Gíges*. Hace falta decir, además, que el teatro novohispano de coliseo, particularmente durante el siglo XVIII, se sirvió no sólo de componentes de comedias clásicas, sino incluso de su sistema compositivo, es decir de la *contaminación*. En efecto, se encuentra a veces que un autor o un empresario teatral utilizaban textos de dos comedias para elaborar una nueva, o bien unían pasajes de comedias diversas, conocidas como *follas*, que al menos una vez por semana hacían parte del programa mensual de los coliseos con la intención de incrementar los ingresos en la taquilla, pero sin pasar por alto el esencial propósito gubernamental de educar cívica y moralmente a los espectadores, y considerando en segundo plano la calidad artístico-literaria de las piezas escenificables, a las que los censores muchas veces les disculpaban sus carencias de preceptiva dramática, con tal de que satisficieran la norma de instruir deleitando.

Es posible considerar muestra significativa de esta dramaturgia el texto de la comedia *El maestro de Alejandro*, pieza de origen español, tal vez compuesta y representada en Madrid por Fernando Zárata Castronovo a finales del siglo XVII o inicios del XVIII, con éxito relevante, sobre todo en Nueva España, en cuya ciudad de Puebla fue incluso representada en varias ocasiones y editada allí en 1794. Se trata de una comedia arquetípica del teatro de coliseo que podía presenciarse en Nueva España, complaciendo el gusto de espectadores de origen peninsular, o bien criollos y mestizos que se habían aficionado a esta modalidad teatral y que no diferenciaban —ni les interesaba hacerlo— entre una comedia escrita en la España ultramarina y otra compuesta en América. Los que estaban conscientes de ello eran las autoridades gubernamentales y los empresarios teatrales, quienes, ante la necesidad de elegir entre un libreto de autoría peninsular y otro novohispano, preferían invariablemente el primero, porque así no había que pagar cuota alguna por derechos de representación,

y evitaban también el proceso de la censura, circunstancias de las que no escapaba el autor novohispano, quien incluso debía pagar el permiso de escenificación. Esto hizo, entre otras cosas, que el trasiego de textos teatrales fuera un hecho común entre coliseos de dos continentes.

*El maestro de Alejandro* es una comedia de reminiscencias históricas que tiene como eje la actuación de dos figuras célebres: Aristóteles y su discípulo Alejandro, a los que se suma Octavia, la enamorada del caudillo hijo de Filipo y de Olimpia. La obra se desarrolla a partir de una intriga amorosa, de la que son parte esencial Alejandro y Octavia, quienes ven obstaculizado su trato por la confabulación del rey y de Aristóteles para evitarlo; este último aparece aquí como un personaje amonestador, que utiliza su capacidad reflexiva y su modo de argumentación sólo para impedir la boda de Alejandro y de Octavia. El primero de éstos se muestra menos alejado del prototipo histórico conocido, pues en la pieza se alude a su participación en la batalla entre griegos y persas y al reconocimiento que obtuvo por sus triunfos bélicos; no obstante, en la obra Alejandro reprocha lo que él llama la traición de Aristóteles, cargo del que éste se defiende muy discretamente y sin gran convicción.

Fuera de la actitud sugerente —aunque intrigante— de Aristóteles y de la fugaz referencia a las hazañas guerreras de Alejandro, la comedia sólo utilizó y distorsionó dos tópicos de la Antigüedad para constituirse; así, el autor también se dio ocasión para ofrecer una pieza teatral de mera intención de entretenimiento, con lo que Fernando Zárata se ubicó en la línea de la reelaboración literaria, trazada a partir de elementos de cultura clásica.

Con lo hasta aquí expresado he pretendido mostrar un panorama general y tentativo acerca de la relación existente entre mitos, temas y personajes de la Antigüedad clásica y la reinterpretación (enriquecida, disminuida o simplemente distinta) que se ofrece en algunos textos teatrales novohispanos o aquí escenificados cuya nómina completa, por otra parte, todavía no es conocida; más aún, y dicho al margen, al parecer no hay conciencia cabal de la repercusión y trascendencia que ha tenido la intemporalidad y significados múltiples de leyendas y relatos clásicos en el teatro novohispano e incluso en el mexicano de nuestro tiempo, así permiten suponerlo autores como Argüelles, Reyes o Usigli.



## UN DOCUMENTO ENGAÑOSO\*

Eduardo Matos Moctezuma

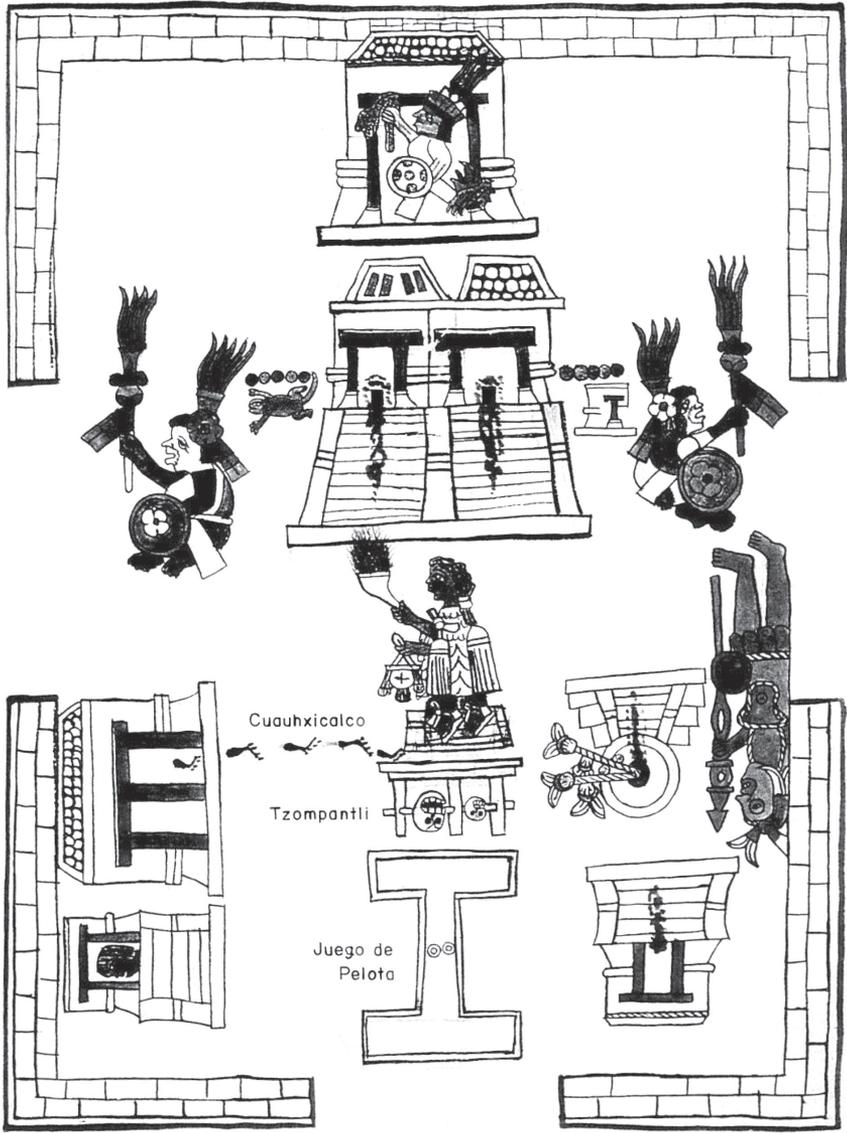
Entre la magna obra del franciscano fray Bernardino de Sahagún quisiera destacar aquella que se conoce como *Primeros memoriales*, nombre que le fue asignado por don Francisco del Paso y Troncoso, miembro distinguido de esta corporación. No pocos investigadores han acudido a esta pictografía para hacer diversas interpretaciones, sin faltar aquellos que consideran, como el doctor Henry Nicholson, que no se trata del recinto ceremonial tenochca, con lo que no estamos de acuerdo. Del documento en cuestión voy a comentar la lámina en la que se aprecia la plaza principal o recinto sagrado de Tenochtitlan. Se puede observar la plataforma que limita el recinto o plaza principal y en su interior vemos, en primer lugar, el Templo Mayor con sus dos escalinatas de acceso que conducen a la parte superior del edificio donde se encuentran los dos adoratorios dedicados a Tláloc, dios relacionado con la lluvia y el agua y por ende con la fertilidad y la producción agrícola, y al de Huitzilopochtli, deidad solar y de la guerra, es decir, todo aquello que conlleva la conquista militar y el sometimiento de otros grupos a los que se les imponía un tributo tan necesario para Tenochtitlan. De esta manera, vida y muerte, dualidad por excelencia de la antigua Mesoamérica, se veía representada en el principal edificio mexicana.

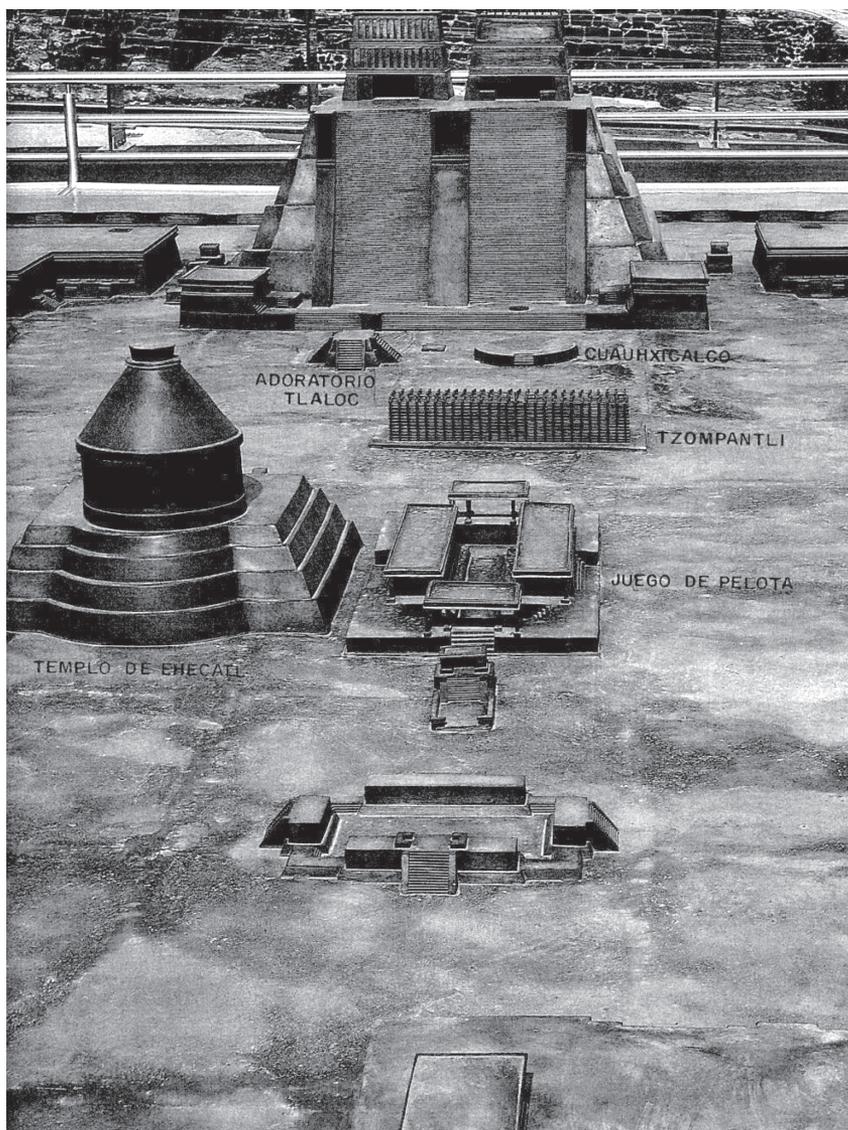
Lo que nos interesa destacar es la serie de edificios que se encuentran frente al Templo Mayor y vemos cómo se ubican a lo largo del lado poniente de la gran plaza de la ciudad tenochca y forman de esta manera un eje que guarda relación con la muerte. En primer lugar tenemos un basamento de poca altura sobre el que se encuentra de pie un sacerdote con un sahumador en la mano. Enseguida observamos un basamento que se caracteriza por tener postes hincados sobre él y se aprecia un cráneo

\* Lectura estatutaria presentada en la sesión ordinaria del 9 de agosto de 2018, en la sede de la Academia Mexicana de la Lengua, Iztaccíhuatl 10, colonia Florida.

atravesado por las sienes. Se trata del *tzompantli* o muro de calaveras que tanta impresión causara en los conquistadores españoles. A continuación sigue el juego de pelota o *teotlachco*, al que el mismo Sahagún denomina con ese nombre por tratarse de la cancha donde se practicaba el juego que a su vez revestía un simbolismo importante: era el juego de los dioses y simbolizaba la alternancia de noche y día; de vida y muerte. En su interior se llevaban a cabo sacrificios de personas relacionadas con diversas deidades, principalmente en la fiesta de Panquetzaliztli, dedicada en honor del dios de la guerra, Huitzilopochtli. Así lo señala el franciscano: “El trigésimonoveno edificio se llamaba *Teotlachco*; éste era un juego de pelota que estaba en el mismo templo; aquí mataban unos cautivos que llamaban *amapanme*, en la fiesta de *Panquetzaliztli*...” (Sahagún, 1956, I: 237).

Lo interesante de esta lámina es que todos estos edificios han sido encontrados en los últimos años por la arqueología. En efecto, el Proyecto Templo Mayor y el Programa de Arqueología Urbana (PAU), instaurados por mí en 1978 y 1991, respectivamente, han permitido corroborar lo que los *Primeros memoriales* señalan. Pero... si bien el documento nos dice de algunas características de cada uno de estos monumentos de los que la arqueología ha podido confirmar su presencia, resulta, sin embargo, resulta engañoso ya que coloca los edificios, todos ellos relacionados con muerte y sacrificio, como si fueran los únicos que existieran y colocados exactamente frente al Templo Mayor. Resulta que, como dijimos antes, la arqueología ha permitido encontrar estos edificios relacionados con la muerte pero, en primer lugar, no se ubican directamente frente al Templo Mayor, sino que están colocados frente al lado correspondiente a Huitzilopochtli, lo que de inmediato llamó nuestra atención, pues parecía que se trataba de un desfase en relación con el templo en su conjunto. Pronto la duda se disipó: lo que ocurría era que frente al lado del dios del agua, Tláloc, también se encontraban edificios ubicados de oriente a poniente, paralelos a los antes señalados y en este caso tenían relación con la vida. Se trataba de dos de ellos: un altar dedicado al dios de la lluvia exactamente al pie del Templo Mayor en el lado de Tláloc y más al poniente otro, de gran tamaño, erigido en honor de Ehécatl-Quetzalcóatl, dios del viento. La relación de este último con el numen del agua es evidente. Según Sahagún:





Este Quetzalcóatl, aunque fue hombre, teníanle por dios y decían que barría el camino a los dioses del agua y esto adivinaban porque antes que comienzan las aguas hay grandes vientos y polvo, y por esto decían que Quetzalcóatl, dios de los vientos, barría los caminos a los dioses de las lluvias para que viniesen a llover (Sahagún, 1956, I: 45).

La conclusión a la que llegamos está clara: en el documento se representan solamente los edificios relacionados con la muerte (Cuauhxicalco, lugar de enterramiento de algunos tlatoanis; *tzompantli*, basamento en el que se colocaban los cráneos de los decapitados; juego de pelota, lugar de sacrificio y de la lucha entre la noche y el día). En cambio, no tomaron en cuenta aquellas estructuras arquitectónicas que de igual manera se han encontrado frente al lado dedicado a Tláloc. ¿La razón? Sabemos de la preponderancia que la guerra tenía entre los mexicas, manifiesta en muchos de sus mitos principales (Leyenda de los Soles, lucha entre Coyolxauhqui y Huitzilopochtli), además de que era precisamente la guerra uno de los medios para ascender socialmente en la sociedad mexicana. El dios solar y de la guerra guardaba así una presencia dominante en los acontecimientos cotidianos que se reflejaba en el Templo Mayor de la ciudad tenochca, según lo expresado en los *Primeros memoriales*. Pese a esto, en la realidad presente en el interior del recinto sagrado vemos cómo se trataba de dos ejes de edificios que corrían paralelos, uno de muerte correspondiente a Huitzilopochtli y otro de vida relacionado con el dios de la lluvia Tláloc... (Matos, 2018). Era, una vez más, la dualidad vida-muerte presente en el principal edificio mexicano.

La arqueología había venido, pues, a poner las cosas en su lugar...

#### CITAS

Matos Moctezuma, Eduardo, “Los ejes de vida y muerte en el Templo Mayor y en el recinto sagrado de Tenochtitlan”, *Revista Arqueología Mexicana*, núm. especial 81, México, 2018.

Sahagún, fray Bernardino, *Historia de las cosas de la Nueva España*, Porrúa, México, 1956, t. I.



# LAS LENGUAS DEL MUNDO Y LA IMPORTANCIA DE LAS LENGUAS Y DE LA ESCRITURA DEL CHINO MANDARÍN\*

Carlos Prieto

Las 10 lenguas más habladas representan 0.14% del total de lenguas en el planeta, pero son habladas por 44.4% de la población mundial; 3 985 millones de personas, o sea 54.7% de la población mundial tienen como lengua materna alguna de las 20 lenguas más habladas de la tierra, 0.28% del total de lenguas.

Si incluyéramos entre hablantes de una lengua además de los “nativos” a aquellos que la han aprendido como segunda lengua —lengua vehicular o franca— el orden cambiaría de manera importante.

CUADRO 1. Distribución geográfica de lenguas vivas y dialectos en 2014<sup>a</sup>

<i>Región</i>	<i>Número de lenguas vivas</i>	<i>Porcentaje del total</i>	<i>Número de hablantes (millones)</i>	<i>Número de lenguas en extinción</i>
Asia	2 294	32.3	4 359	191
África	2 144	30.2	1 178	134
Pacífico	1 313	18.5	39.3	204
América	1 061	14.9	975	341
Europa	287	4.0	739	50
<i>Total</i>	<i>7 099</i>	<i>100</i>	<i>7,291</i>	<i>920</i>

<sup>a</sup> *Ethnologue. Languages of the World*, 2017.

\* Lectura estatutaria presentada en la sesión ordinaria del 23 de agosto de 2018, en la sede de la Academia Mexicana de la Lengua, Iztaccíhuatl 10, colonia Florida.

CUADRO 2. Distribución de lenguas según el número de hablantes nativos<sup>b</sup>

<i>Número de hablantes por lengua</i>	<i>Número de lenguas</i>	<i>Porcentaje de lenguas (en relación con total de lenguas habladas)</i>	<i>Número de hablantes (millones)</i>
Más de 100 millones	10	0.14	3 158
Entre 100 y 10 millones	80	1.10	2 809
Entre 10 y un millones	307	4.30	949
Entre un millón y 100 000	956	13.50	305
Entre 100 000 y 10 000	1 811	25.50	61.8
Entre 10 000 y 1 000	1 980	27.90	7.63
Entre 1 000 y 100	1 064	15.00	470
Menos de 100 (y desconocidos)	891	12.60	12.9
<i>Tótal</i>	<i>7 099</i>	<i>100.00</i>	<i>7 291</i>

<sup>b</sup> *Ethnologue. Languages of the World, 2017.*

CUADRO 3. Los 20 idiomas más hablados<sup>c</sup>

<i>Idioma</i>	<i>Hablantes nativos (millones de personas)</i>	<i>Porcentaje de la población mundial</i>
1. Chino mandarín	898	12.0
2. Español	478	6.6
3. Inglés	372	5.1
4. Hindi/urdu	329	4.5
5. Árabe	295	4.0
6. Bengalí	242	3.3
7. Portugués	219	3.0
8. Ruso	154	2.1
9. Japonés	128	1.8
10. Láhnda (Pakistán)	119	1.6
Subtotal. Hablantes nativos de las 10 lenguas más habladas (millones)	3 234	44.4
11. Javanés (Java)	84	1.2
12. Chino Wú	80.1	1.1
13. Coreano	77	1.1
14. Alemán	77	1.1
15. Francés	76	1.0
16. Telugu (India)	74	1.0
17. Chino Yue	72.9	1.0
18. Maratí (India)	72	1.0
19. Turco	71	1.0
20. Tamil (India y Pakistán)	68	0.9
Total. Hablantes nativos de las 20 lenguas más habladas	3 985	54.7

<sup>c</sup> *Ethnologue. Languages of the World, 2017.*

CUADRO 4. Las 10 lenguas más habladas o “megalenguas”,  
incluidas la lengua materna y la segunda lengua<sup>d</sup>

<i>Lengua</i>	<i>Millones de hablantes</i>	<i>Países o regiones del mundo</i>
1. Chino mandarín	1 092	China, Taiwán, Singapur, Malasia
2. Inglés	984	Estados Unidos, Gran Bretaña, Canadá, Australia, Nueva Zelanda, países de Asia, África, India, etc.
3. Español	552	Hispanoamérica, España, Estados Unidos, Filipinas, países de África, etc.
4. Hindi/urdu	544	India, Pakistán, Mauricio
5. Árabe	422	Arabia Saudita, del este de África al Golfo Pérsico y al Medio Oriente (todas las variedades)
6. Ruso	268	Rusia, antiguas Repúblicas Soviéticas, Europa del Este
7. Bengalí	262	Bangladesh, India, Nepal
8. Francés	230	Francia, Bélgica, Suiza, Luxemburgo, Canadá, países de África, Caribe, Islas del Pacífico, etc.
9. Portugués	229	Portugal, Brasil, Angola, Mozambique, etcétera
10. Japonés	128	Japón, Brasil, Estados Unidos

<sup>d</sup> *Ethnologue. Languages of the World*, 20<sup>a</sup> ed., febrero de 2017.

## LAS LENGUAS Y LA ESCRITURA DE CHINA

Se hablan muy diversas lenguas en China, muchas no inteligibles entre sí, pertenecientes a tres familias lingüísticas, la sinotibetana, la altaica y la áustrica.

CUADRO 5. Principales lenguas de China. Familias lingüísticas

<i>Lengua</i>	<i>Millones de habitantes</i>	<i>Región en donde se habla</i>
<i>Familia sinotibetana</i>		
<i>Grupo chino</i>		
Mandarín	915	Toda China, Singapur y Malasia
Wuyú o wu	82	Shanghái
Cantonés o hue	56	Cantón, Hong-Kong, Macao
Min	53	Hong-Kong y Taiwán
Huanés o xiang	39	Hunan y Vietnam
Hakka	30	Cantón, Fujian, Jiangxi, Hunan
Ganyú	20	Kiangsi
Otros	5	Diversas comunidades
<i>Total grupo chino</i>	<i>1 200</i>	
<i>Grupo Tibetano</i>		
Ñi o lolo	7	China (Yunnan y Sichuan)
Tibetano	6	China (Tibet)
Bai	2	China (Yunnan)
<i>Total familia sinotibetana</i>	<i>1 215</i>	
<i>Familia altaica</i>		
Mongol	5	China (Mongolia Interior)
<i>Familia áustrica</i>		
Miao y yao	12	Vietnam y sur de China

## EL MANDARÍN, LENGUA OFICIAL DE CHINA

El mandarín, lengua originaria de Beijing, se difundió por toda China debido a la influencia centenaria de Beijing en la vida del país. Es desde hace 60 años la lengua oficial de China, donde se le llama *pǔtōnghuà* (lengua oficial o lengua común). Es la lengua de la enseñanza y la que por disposición gubernamental deben llegar a hablar todos los ciudadanos del país.

Las lenguas chinas se caracterizan por sus palabras monosilábicas. La pronunciación de cada sílaba tiene un tono característico que define su significado. En mandarín existen cuatro tonos: alto, bajo, ascendente y descendente. El siguiente ejemplo muestra cómo los tonos alteran radicalmente el significado de una misma sílaba:

*ma* (tono alto): madre

*ma* (tono bajo): caballo

*má* (tono ascendente):<sup>1</sup> cáñamo

*ma* (tono descendente): insultar

Numerosas lenguas de China difieren tanto del chino mandarín que no permiten la intercomprensión. A este problema se refirió el primer ministro Zhou Enlai en un discurso pronunciado en 1958, en el que dijo:

... Tarea fundamental es la popularización de la lengua común (*pǔtōnghuà*). Entre los Han [la población étnicamente “china”] existe una gran variedad de lenguas y dialectos... Los habitantes de regiones diferentes hablan sus propios dialectos y no pueden comprenderse entre sí. Incluso a los habitantes de una misma provincia les resulta difícil tener una conversación (por ejemplo, Fujian del Norte y Fujian del Sur, o Kiangsi del Norte y del Sur). Esta diversidad de dialectos tiene consecuencias desfavorables en la vida política, económica y cultural de nuestro pueblo... Sin una lengua común,

<sup>1</sup> El tono ascendente recuerda el tono que se usa en español y en otros idiomas al hacer una pregunta.

dificultades de diversa magnitud obstaculizarán nuestra tarea de construcción nacional...

Desde la liberación, China ha logrado una unidad que jamás había conocido antes. Bajo la dirección del Partido Comunista y del gobierno, el pueblo en todo el país persigue el objetivo común de construir el socialismo. Todos sienten cada vez más la urgente necesidad de contar con una lengua común, por lo que es importante la tarea política de popularizarla vigorosamente, con la pronunciación de Beijing como norma.<sup>2</sup>

Muchos chinos aún no hablan el idioma mandarín, pese al enorme esfuerzo realizado. El gobierno chino ha empezado un ambicioso programa de enseñanza del *pǔtōnghuà* fuera de China con el establecimiento de los Institutos Confucio, centros culturales al estilo de la Alliance Française, el British Council, el Instituto Cervantes, el Goethe Institut, el Instituto Alfonso Reyes.

#### LA ESCRITURA CHINA

Ahora bien, la escritura china sí es el medio que permite la comunicación entre casi todos los chinos. Los ideogramas que la componen son comunes a todas las lenguas de China, independientemente de su pronunciación.<sup>3</sup> La escritura china no es la más antigua de la humanidad. Los jeroglíficos egipcios y la escritura cuneiforme sumeria aparecen hacia el año 3000 a.C., en tanto que la escritura china más antigua data aproximadamente del siglo XIV a.C. En la época de la dinastía Shang<sup>4</sup> existían ya caracteres que muestran similitud con los usados posteriormente, los más remotos consisten en inscripciones en huesos y caparazones de tortuga (1300 a.C.) y, más tarde, en tiras de bambú escritas con

<sup>2</sup> Chou Enlai, *Current Tasks of Reforming the Written Language*, 1958; 2ª ed. (traducción revisada), 1965.

<sup>3</sup> No me refiero a las lenguas de minorías étnicas no *han* como la mongol, la tibetana, la uygur u otras que tienen su propia escritura radicalmente diferente.

<sup>4</sup> La dinastía Shang, la primera documentada históricamente, existió entre los siglos XVIII (?) y XI a.C.

pincel y tinta y atadas con cuerdas.<sup>5</sup> Los jeroglíficos egipcios y la escritura sumeria se extinguieron, en tanto que la china —basada en ideogramas— sigue en uso, aunque con los cambios naturales impuestos por el paso de los siglos. Se trata, pues, de la escritura más antigua aún en uso.

La escritura china no es alfabética o fonética. No es un código que define los sonidos de las sílabas y de las palabras, como es el caso de los alfabetos latino, griego, cirílico, árabe o hebreo. Se puede aprender el significado de un ideograma sin conocer su pronunciación. Los ideogramas significan lo mismo, aunque sea radicalmente distinta su expresión verbal en las múltiples lenguas del país. De ahí que la literatura china sea patrimonio de todas las lenguas chinas a pesar de que éstas no sean inteligibles entre sí. Los ideogramas son comparables a los números arábigos, por ejemplo:  $2 + 3 = 5$  es una operación comprensible para un ruso, un italiano y un japonés, aunque se diga de manera diferente en cada una de esas lenguas. Los chinos de distintas lenguas se pueden entender, por tanto, perfectamente por escrito. Un buen número de ideogramas chinos son incluso comprensibles en países que lingüísticamente pertenecen a otras familias, como Japón, en los que la cultura china ejerció una poderosa influencia.

Los caracteres chinos tienen generalmente un origen pictográfico, es decir, basado en la representación de objetos y conceptos. Veamos dos ejemplos:

El sol. Antigua representación:  . Representación actual: 日

Luna. Antigua representación:  . Representación actual: 月

Algunos ideogramas actuales han conservado su carácter pictográfico como *hombre* (人 : el cuerpo y dos piernas) y *árbol* (木 : tronco y ramas del árbol).

Otros caracteres ideográficos o ideogramas son más complejos, como se podrá advertir en los siguientes ejemplos:

<sup>5</sup> Flora Botton Beja, *China. Su historia y cultura hasta 1800*, El Colegio de México, México, 1984, p. 49.

Bosque: 林 (dos árboles).

La palabra China ( 中国 , Zhōngguó, en mandarín) se compone del carácter 中 (zhōng: centro, medio) y del carácter 国 (guó, país). 中国 significa, pues, el “país del medio” o “el país del centro”.

La palabra Japón ( 日本 , Rìběn) se compone del carácter 日 (rì, sol) y del carácter 本 běn, origen o raíz. 日本 significa, pues, *origen del sol* o *el país del sol naciente*.

La palabra Francia 法国 (Fǎguó) consta de dos caracteres: 法 (fǎ), que significa *ley*; y 国 (guó), que significa —ya lo hemos visto— país. *Faguó* (Francia) proviene de *país de las leyes*.

La palabra *bueno* (o *ser bueno*) consta de dos caracteres: 好 (hao). El primero, 女 (nǚ), significa *mujer*; el segundo, 子 (zi), niño o niña. El ideograma representado por *mujer y su hijo* significa, *bueno* o *ser bueno* o *bien*.

La palabra *paz* se escribe con el carácter *mujer bajo un techo*, el segundo, 子 (zi), *niño* o *niña*. El ideograma representado por *mujer y su hijo* significa, *bueno* o *ser bueno* o *bien*.

La palabra *paz* se escribe con el carácter *mujer bajo un techo*.

La palabra *jirafa* se escribe con los caracteres *chang ping lun*, *venado de largo cuello*.

Langosta es *long xia*, *camarón dragón*.

Útero es *zi gong*, *palacio infantil*.

Existen también caracteres fonéticos, algunos de los cuales se utilizan para designar nombres extranjeros, con la pretensión de que su pronunciación se parezca lo más posible a la manera de decirlo en el país de que se trata. Veamos algunos ejemplos:

India: **印度** : **印** yìn, **度** dù. *Yìndù*

México: **墨西哥** : **墨** muo, **西** xi **哥** ge. *Muoxige*

España: **西班牙** : **西** xi, **班** ba, **牙** nya. *Xibanya*

Los ideogramas son muy numerosos. Al terminar los estudios primarios un niño chino debe saber distinguir y escribir unos 1 000 ideogramas. Un universitario culto conoce alrededor de 5 000 ideogramas. El diccionario de K'ang Hi cuenta con ¡40 000 caracteres!<sup>6</sup> Pero el asunto no es, para efectos prácticos, tan dramático como parece. Según el *Diccionario de frecuencia del chino moderno*, 400 y 900 caracteres permiten la comprensión de entre 66% y 88% del chino escrito, respectivamente.<sup>7</sup> El conocimiento de 2 500 caracteres permite la lectura de un periódico, revista o de un libro no muy complejo.

La caligrafía china tiene una dimensión estética muy importante, inexistente en la de las lenguas occidentales. La escritura china adorna las casas y es objeto de exposiciones en museos. Los más notables calígrafos participan en concursos nacionales e internacionales y la victoria se adjudica a quienes dibujan los caracteres con más arte, personalidad y armonía. De las grandes civilizaciones, la china es la única cuya escritura no conoció el formidable salto hacia la abstracción que representa la aparición del alfabeto. En eso estriba su gran dificultad y el número de años requeridos para su aprendizaje. La ventaja de los ideogramas es su universalidad, al dotar de un medio de comunicación a centenares de millones de personas que hablan idiomas y dialectos diferentes.

Cuando Leibniz conoció la escritura china, concibió la idea de que pudiera convertirse en una escritura universal, común a todas las lenguas. Escribió Leibniz:

<sup>6</sup> Étiemble, *L'écriture*, Gallimard, París, 1973.

<sup>7</sup> Joel Bellassen, y Zhang Pengpeng, *Méthode d'Initiation à la Langue et à l'Écriture chinoises*, La Compagnie, París, 1989, p. 10.

Por ejemplo, podría uno tomar como signo de la palabra *grandeza* o *grande* el carácter que los chinos escriben 大 (*dà*) y ello en todas las naciones, pese a la diferente manera de decirlo en cada lengua. Lo que los chinos pronunciarían 大 (*da*), los griegos lo pronunciarían *μεγας* (*meγas*); los romanos, *magnus*, los alemanes, *gross*.<sup>8</sup>

### SIMPLIFICACIÓN DE LOS CARACTERES CHINOS

El gobierno chino adoptó una postura pragmática acerca de la escritura y tomó dos decisiones trascendentales: la simplificación de los caracteres y la implantación de un alfabeto fonético.<sup>9</sup> En el discurso ya citado de 1958, el primer ministro Zhou Enlai dijo:

La primera tarea es la simplificación de los caracteres chinos... En los dos años transcurridos desde la publicación del Esquema Oficial de Simplificación, los caracteres simplificados se han utilizado en los periódicos, revistas, libros de texto y libros en general y han logrado una aceptación general. Las grandes masas de la población los han encontrado útiles y convenientes. La simplificación ha sido particularmente útil para los niños y los adultos que han empezado a aprender los caracteres. Cuando un maestro de escuela en Hunan les dijo a sus alumnos que el carácter 豐 (*feng*, abundante) se podría simplificar a 丰 (tres rasgos horizontales y uno vertical) los alumnos quedaron tan encantados que prorrumpieron en aplausos y expresiones de júbilo.

Un trabajador de Tientsin dijo que pasó medio año en el estudio de tres caracteres: 轟 (que significa *extractor*), 邊 (*margen*), y 辦 (*hacer*) y no lograba

<sup>8</sup> Étiembre, *op. cit.*, p. 113.

<sup>9</sup> Desde la época de la República de China en Nanking (1928-1937), durante el gobierno de Chiang Kaishek, se habían creado dos comisiones: una para la simplificación de los caracteres (*hanzi*), y otra para establecer un sistema chino de transliteración de los caracteres chinos a lenguas romances y otras. Lo que hizo el gobierno de la República Popular China fue retomar el trabajo de esas comisiones... y acelerar el trabajo para concluirlo en 1958, en cuanto a la simplificación de los caracteres, y hasta la década de los ochenta en cuanto a la entrada en vigor del *pinyin* (Comunicación de Eugenio Anguiano, enero de 2008).

recordarlos. Cuando dichos caracteres se simplificaron a 尽, 边, 办, los aprendió inmediatamente...<sup>10</sup>

Todas las publicaciones en China y en Singapur utilizan en la actualidad los caracteres simplificados, escritos horizontalmente de izquierda a derecha. En Taiwán y en los *Chinatowns* de Occidente se siguen usando los caracteres antiguos, escritos verticalmente de derecha a izquierda.

### EL ALFABETO PINYIN

Por otra parte, el gobierno chino decidió implantar un alfabeto fonético con el propósito de definir con claridad la pronunciación de los caracteres y proveer de un alfabeto común a todas las minorías no *han* (no étnicamente chinas), muchas de las cuales carecían de una lengua escrita propia y para las cuales se juzgó inadecuada la escritura china. El resultado fue el sistema llamado *pinyin* (*pin*, ortografía; *yin*, sonido), aprobado en 1958 y adoptado en 1979 por la República Popular China, que utiliza el alfabeto latino para transcribir lo más fielmente posible el chino mandarín. El *pinyin* ha sido aceptado por el gobierno de Singapur, la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos y muchas organizaciones internacionales. Sólo daré algunos ejemplos de nombres chinos en su transliteración al alfabeto pinyin:

Ortografía pinyin		Vieja ortografía según el método Wades-Giles <sup>11</sup>
Palabra	Pronunciación	
Běijīng	“j” como en jeep	Pekín
Mao Zedong	“Z” como en “dz” en inglés	Mao Tse Tung
Deng Xiaoping	“X” como en “she” en inglés	Teng Hsaio Ping
Zhou Enlai	“Zh” como en “Joe” en inglés	Chou En-lai
Guangzhou	“G” como en “good” en inglés	Cantón
Qingdao	“Q” equivale a “ch” como en China	Tsingtao

<sup>10</sup> Chou Enlai, *Current Tasks of Reforming*, *op. cit.*

<sup>11</sup> Hubo varios métodos de transliteración del chino en otras lenguas. Uno de los más conocidos fue el método Wades-Giles, que quedó reemplazado por el *pinyin*.

## ALGUNOS IDEOGRAMAS COMUNES A CHINA Y JAPÓN

En Japón se utilizan los ideogramas de origen chino (los llamados *kanji*) en combinación con sistemas alfabéticos propiamente japoneses como el *hiragana* y el *katakana*. La abundancia de ideogramas chinos en el japonés escrito permite que un chino comprenda el sentido general de un periódico japonés. Del mismo modo, un japonés de mediana cultura es capaz de comprender parcialmente periódicos y revistas chinas. En Corea, en cambio, la utilización de ideogramas chinos —antes muy importante— ha disminuido considerablemente.

El siguiente cuadro muestra el parecido de palabras escritas en chino —válidas para todas las lenguas chinas— y en japonés, aunque su pronunciación es radicalmente diferente.

Buena parte del vocabulario japonés es de origen chino, debido a la poderosa y centenaria influencia de la cultura china. Pero el japonés dispone de numerosos sinónimos de origen puramente japonés, que se escriben con los mismos ideogramas y se dicen, por supuesto, de manera diferente. Se trata de un fenómeno parecido, en cierta medida, a la influencia que ejerció el francés en la lengua inglesa. Los numerosos sinónimos o cuasisinónimos que caracterizan al inglés se originan en muchos de los viejos términos anglosajones que tienen su equivalente en palabras procedentes del francés.

## EL ORIGEN DE LAS PALABRAS CHINA Y CATHAY

Los nombres de los países suelen parecerse cuando se traducen a otras lenguas. México es Mexique en francés, Mexico en inglés y Mieksika en ruso. Francia es France en francés y en inglés y Frantsiya en ruso. Rusia es Russie en francés, Russia en inglés y Rossiya en ruso. Igual sucede con los nombres de numerosos países.

No ocurre lo mismo en el caso de China. En mandarín, China se dice Zhongguó (*el país del centro*). ¿Cómo explicar que el país tenga un nombre tan distinto en las lenguas occidentales y se llame China en español,

CUADRO 13.3. Algunos ideogramas comunes a China y Japón

Palabras	Chino simplificado			Japonés	
	Ideograma(s)	Pronunciación (alfabeto pinyin)	Kanji <sup>a</sup>	ON-YOMI <sup>b</sup>	KUN-YOMI <sup>c</sup>
País	国	guó	国	koku	kuni
Centro, medio	中	zhōng	中	chyuu	naka
China	中国	zhōngguó	中国	Chugoku	
Sol	日	ri	日	hi	nichi; m'ka
Origen, raíz	本	běn	本	Jon (origen, libro)	moto (origen)
Japón	日本	rìběn	日本		Nihon
Persona, hombre	人	rén	人	yin	Jito
Chino (persona)	中国人	zhōngguórén	中国人	chugoku-yin	
Japonés (persona)	日本人	rìběnrén	日本人	nihon-yin	nihon-yin
Niño, niña	子	zǐ	子	shi (niño, hijo)	ko
Grande	大	dà	大	tai, dai	ooki
Luna, mes	月	yuè	月	getsu	tsuki
Día	日	rì	日	hi	nichi; m'ka
Árbol	木	mù	木	moku (madera)	ki (árbol, madera)
				boku (árbol)	
Bosque	林	lín	林	rin (bosque, madera)	jayashi (bosque, madera)

<sup>a</sup> Los *kanji* son caracteres de origen chino usados en Japón.<sup>b</sup> Palabras japonesas de origen chino.<sup>c</sup> Palabras de origen japonés y de significado equivalente o parecido.

portugués, inglés y alemán; Chine en francés, Ciña en italiano y Kíva (Kina) en griego? El motivo es que el término *China* proviene del nombre del primer emperador, Qin (pronunciado Chin) que, en el segundo siglo a.C. unificó por primera vez los territorios del país. El país tendió a ser conocido por los visitantes extranjeros, particularmente los europeos, como *el país de Chin* o *China* o, en latín, *Sina*.<sup>12</sup>

En el norte de China, en Manchuria, el grupo étnico de los Khitan fue dominante en los siglos x y xi de nuestra era. Los árabes los llamaron los Khata. Los términos *Khitan* y *Khata* persisten en nuestros días en las palabras *Kitai* —como se dice China en ruso— en *Catai* (portugués antiguo y nombre que usó Marco Polo para referirse a China) y *Cathai* o *Cathay* (nombre antiguo de China en inglés), que se usa todavía ocasionalmente en nuestros días.<sup>13</sup>

Este tema es de la mayor importancia, porque “China” es una palabra con la que nos encontraremos con frecuencia creciente dado el progreso —al parecer incontenible— de este país en la industria, el comercio, la ciencia, la tecnología y el arte.

<sup>12</sup> Del término latino *Sina* provienen palabras tales como *sinotibetana*, *sinoamericano*, etcétera.

<sup>13</sup> Como en el nombre de la compañía de aviación Cathay Pacific Airlines.

# ALGUNOS TÉRMINOS Y RELATOS EN COMUNIDADES INDÍGENAS EN LA CUENCA ALTA DEL RÍO LERMA\*

---

Yolanda Lastra

Hace dos años, Javier Delgado, del Instituto de Geografía de la UNAM, me invitó a participar en un atlas sobre la Cuenca Alta del río Lerma con un trabajo sobre los nombres del paisaje en algunas comunidades indígenas de esa zona.

Hicimos el recorrido Paola Ledesma, mi ayudante por parte del SNI, y yo; al principio acompañadas por el doctor Delgado. La región de estudio incluía la cuenca y la periferia regional. Comprendía ocho zonas denominadas así:

Morelos  
Michoacán  
Querétaro  
Guanajuato  
Noroeste del Estado de México  
Sur del Estado de México  
Toluca-Lerma  
Valle de Bravo

Para cada una de ellas nos proporcionaron una lista de comunidades donde había población hablante de alguna lengua indígena.

Decidimos eliminar el Bajío de Michoacán porque la población pu-répecha que se encuentra ahí no corresponde a sitios originarios. Selec-

\* Lectura estatutaria presentada en la sesión ordinaria del 13 de septiembre 2018, en la sede de la Academia Mexicana de la Lengua, Iztaccíhuatl 10, colonia Florida.

cionamos dos de cada una de las otras zonas. A continuación se mencionan los sitios estudiados.

1. Los Morales, Comonfort, *Guanajuato* (otomí).
2. San Ildefonso Tultepec, Amealco, *Querétaro* (otomí).
3. Santiago Mezquitilán, Amealco, *Querétaro* (otomí).
4. Pueblo Nuevo, Acambay, *noroeste del Estado de México* (otomí).
5. Pastores, Temascalcingo, *noroeste del Estado de México* (mazahua).
6. San Marcos Tlazalpan, San Bartolo Morelos, *noroeste del Estado de México* (otomí).
7. San Felipe Santiago, Jiquipilco, *noroeste del Estado de México* (otomí).
8. Santiago Tilapa, Tianguistenco, *Toluca-Lerma* (otomí).
9. San Juan Atzingo, Ocuilan *Toluca-Lerma* (tlahuica).
10. Francisco Serrato, Zitácuaro (antes San Bartolo), *noreste de Michoacán* (mazahua).
11. San Simón de La Laguna, Donato Guerra, *Valle de Bravo* (mazahua).
12. San Mateo Almomoloa, Temascaltepec, *sur del Estado de México* (náhuatl).
13. San Francisco Oxtotilpan, Temascaltepec, *sur del Estado de México* (natlatzinca).
14. Cuentepec, Temixco, *Morelos* (náhuatl).

De los 14 sitios estudiados, hay siete donde la lengua indígena que todavía se habla es el otomí, en tres se habla el mazahua, en dos el náhuatl, en uno el tlahuica (antes denominado ocuilteca) y en uno el matlatzinca. De estas lenguas, el náhuatl pertenece al tronco yutoazteca y las demás son de la familia otopame del tronco otomangue.

Los sitios son todos pequeños, la mayoría cuenta con unos 2500 habitantes entre los cuales sólo un mínimo porcentaje de personas mayores habla una lengua indígena. La excepción es Santiago Tilapa que tiene como 10 000 habitantes. Cuentepec es el único lugar que cuenta con niños hablantes.

Para el proyecto interesaba primordialmente el vocabulario sobre el paisaje: nombres de cerros, ríos arroyos, barrancas, planicies, etc., tanto en español como en la lengua originaria. En algunos sitios la persona

que proporcionaba los datos sabía el topónimo en las dos lenguas, pero en algunos sólo los sabía en español o sólo en la lengua del lugar. En el cuadro siguiente se da un resumen de estos datos:

<i>Nombre del pueblo</i>	<i>Topónimos en español</i>	<i>En la lengua del lugar</i>
Los Morales	14	4
Mezquititlán	13	12
Tultepec	12	10
Acambay	18	17
Temascalcingo	26	17
Jiquipilco	7	7
Tilapa	13	8
Atzingo	36	40
Serrato	9	8
San Simón	12	13
Almomoloa	9	7
San Fco. Oxtotilpan	7	11
Cuatepec	4	2

Por curiosidad incluyo los diferentes términos empleados en algunos sitios para denominar al Nevado de Toluca cuyo nombre oficial es Xinantecatl:

<i>Nombre del sitio</i>	<i>Topónimo</i>	<i>Traducción literal</i>
Acambay	tʔøhø ca	cerro blanco
Jiquipilco	tʔaštʔehe	cerro blanco
Tilapa	taškete	cerro blanco
Atzingo	n ebadu sindi høts	nevado blanco cerro
Almomoloa	santos sierra	
San Fco. Oxtotilpan	in rrómáni ču tata	

La toponimia de Xinantecatli está estudiada por Arturo Montero Alarcón quien afirma que el nombre náhuatl original fue *chichnauh(i)tecatli* que significa nueve cerros. Se apoya en el *Código Xólotl* y en la *Relación de Temascaltepec*.

También se recogieron nombres de animales y plantas y algunos relatos que proporcionaron los informantes tales como lo que se dice en Jiquipilco: que el Nevado, Jocotitlán y la Bufa gritarán a un tiempo para anunciar el fin del mundo; las tres montañas son visibles desde San Felipe Santiago.

En Cuentepec hacen un ritual para pedir y agradecer a la madre tierra y para pedir buen temporal. Se visitaron varias casas en donde hay una piedra cuadrada que al parecer eran de alguna pirámide.

CUENCA ALTA DEL RÍO LERMA



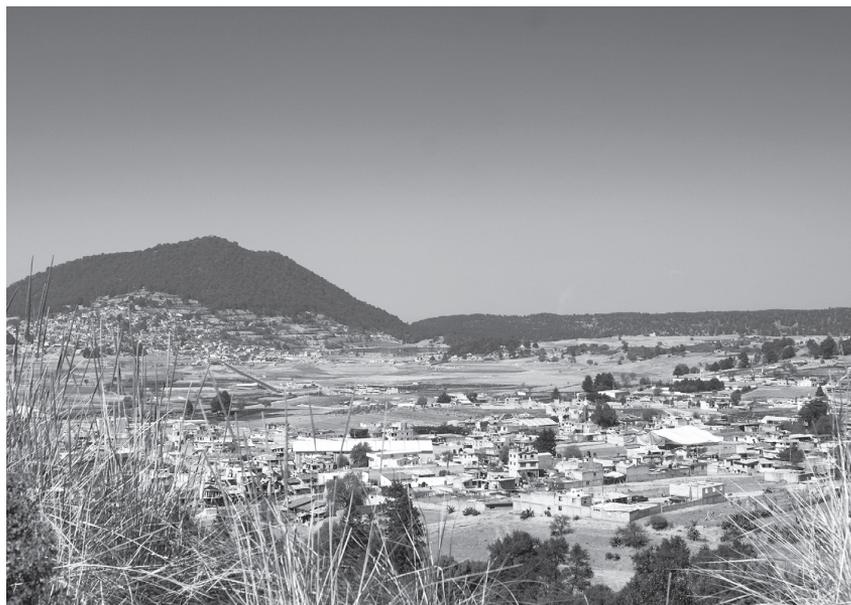
En Santiago Mezquitlán, como en otros sitios, se cree que donde en la noche aparecen luces que suben y bajan es que hay brujos que suben al cerro. Prenden sus velas a medianoche para hacer sus encantos. En esos lugares y en algunas cuevas durante el día se encuentran muchas velas.

De este vocabulario llaman la atención términos utilizados localmente que no parecen ser del español usado generalmente en México. Antes de referirnos a ellos, les mostraré algunas fotografías de los sitios visitados.















Ahora me referiré a las palabras cuyo significado no parece ser el que generalmente se le da en otras zonas de México. Hice una lista y en seguida las busqué en el *Diccionario de mexicanismos* de la Academia Mexicana de la Lengua (2010), en el *Diccionario de mexicanismos* de Santamaría (1978), en el *Diccionario del español de México* (2010) y el *Diccionario de la lengua española* (2014). Los resultados aparecen en la siguiente tabla:

<i>Término</i>	<i>Sitio</i>	<i>Lengua</i>	<i>AML</i>	<i>DM</i>	<i>DEM</i>	<i>DILE</i>	<i>Local</i>
<i>puchote</i>	Mor.	Ot	Puchote, pochote. Árbol bombacáceo	Variante vulgar de pochote. Tipo de ceiba	—	pochota. Árbol bombacáceo	No explicó
<i>micle</i>	Mor.	Ot	Micle, muicle. Descripción botánica; su infusión se emplea en la	Planta tintórea, especie de añil	—	—	Se usa para pintar tortillas con molde. Hay rojo y hay negro

<i>Término</i>	<i>Sitio</i>	<i>Lengua</i>	<i>AML</i>	<i>DM</i>	<i>DEM</i>	<i>DILE</i>	<i>Local</i>
<i>micle</i>	Mor.	Ot	medicina tradicional especialmente para la circulación sanguínea	—	—	—	—
<i>caveros</i>	Tlal.	Ot	—	—	Gavilla grupo reducido de ladrones o cuatrerros	Sitio en que se juntan y amontonan las gavillas en la siega	Dicen que son unos enanitos que vivían en La Lomita; si los ve uno comer se enferma o se muere; si se encuentra uno pequeñas vasijas de barro hay que devolverlas a su lugar porque son peligrosas
<i>tlatol</i>	Atzingo	Tlahuica	—	—	—	—	Variación honorífica de la lengua; es casi cantada
<i>guchal</i>	Serrato	Maz.	—	—	—	—	Bolsa para guardar granitos comestibles
<i>pulque de sende</i>	Serrato	Maz.	—	Sendechó, bebida preparada con maíz amarillo en granos que se echa a nacer en agua, se seca y se machaca y vuelto a remojar por una noche se remuele y cuece, se cuele y luego hierva agregándole piloncillo rayado	—	—	—

<i>Término</i>	<i>Sitio</i>	<i>Lengua</i>	<i>AML</i>	<i>DM</i>	<i>DEM</i>	<i>DILE</i>	<i>Local</i>
<i>chivatito</i>	S. Mateo	N	—	Romero cimarrón	—	—	Un quelite
<i>lalapitu</i>	S. Mateo	N	—	—	—	—	El que abre la iglesia; cargo ocupado periódicamente por hombres mayores de 18 años (de: apoa “abrir”)
<i>añle</i>	S. Fco.	Mat	—	Aliso, abedul	—	—	También en Serrato
<i>ocopal</i>	S. Fco.	Mat	—	—	—	ocotal	La resina que en otras partes se llama copal
<i>ocojal</i>	S. Fco.	Mat.	Ocojal, hojarasca y maleza seca que cubre el suelo de los bosques de ocotes	—	—	—	—
<i>perilla</i>	S. Fco.	Mat.	—	—	—	—	La flor parece una perla, pero las ramas se usan para barrer
<i>atolocate</i>	S. Fco.	Mat.	Está atepocate, renacuajo	—	—	Renacuajo	—
<i>loco</i>	S. Mateo	N	Otros significados	Otros significados	Otros significados	Otros significados	Hongo no comestible
<i>alucinante</i>	S. Mateo	N	—	—	Hongos alucinógenos	Fantástico, asombroso	Hongos alucinógenos
<i>naylo</i>	S. Mateo	N	Naylon, pero con otro significado	—	—	—	Plástico como manta
<i>sapo</i>	S. Mateo	N	—	—	—	—	Rana
<i>gaznate</i>	S. Mateo	N	Sí, pero como dulce	Dulce	—	Garguero tráquea	Garganta
<i>zarcear</i>	S. Mateo	N	—	—	—	—	Cortar zarsas

<i>Término</i>	<i>Sitio</i>	<i>Lengua</i>	<i>AML</i>	<i>DM</i>	<i>DEM</i>	<i>DILE</i>	<i>Local</i>
<i>comba</i>	S. Mateo	N	—	—	—	Inflexión que toman algunos cuerpos sólidos cuando se curvan	Tipo de alubia que todos comen; antes no había frijoles
<i>zacate de maíz</i>	S. Mateo	N	—	Rastrojo	Planta de maíz, trigo o cebada ... que secas y desprovistas de granos o mazorcas sirven de alimento para el ganado o para hacer adobes	Pasto, forraje	Forraje
<i>escorpión</i>	S. Mateo	N	Reptil venenoso y poco agresivo	—	Alacrán, reptil venenoso	Arácnido	Reptil, grande como de una cuarta, brincan y pican con la cola
<i>menón</i>	S. Mateo	N	—	—	—	—	Gusano de adobe
<i>escama</i>	S. Mateo	N	—	—	Con el significado usual	Con el significado usual	Grieta en la piel
<i>navaja</i>	S. Mateo	N	—	Corta plumas	Con el significado usual	Con el significado usual	Cuchillo
<i>lama</i>	S. Mateo	N	Con otros significados	Musgo, moho	Estiércol que sirve de abono	Con otros significados	Estiércol

Se puede decir, en conclusión, que las cinco lenguas indígenas que subsisten en la región están en vías de extinción, que los hablantes que quedan y sus descendientes saben mucho de su pasado y que el español ahora les es útil para la comunicación con los miembros de las diversas etnias y los hablantes de español.

#### REFERENCIAS CITADAS

- Academia Mexicana de la Lengua, *Diccionario de mexicanismos*, Siglo XXI Editores, 2010.
- Lara, Luis Fernando (direc.), *Diccionario del español de México*, El Colegio de México, México, 2014.
- Montero, Arturo, “Xinantecatl”, consultado en 2018, en: <[www.montero.org.mx](http://www.montero.org.mx)>.
- Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*, Espasa, Barcelona, 2014.
- Santamaría, Francisco J., *Diccionario de mejicanismos*, Porrúa, México, 1978 [1959].



## DOS SONETOS ERÓTICOS DE FRANCISCO DE TERRAZAS, PRIMER POETA MEXICANO\*

---

Gonzalo Celorio

La tradición poética mexicana de lengua española nace en la época del virreinato bajo la tutela de las instituciones novohispanas: la Iglesia, que impone una temática religiosa; la Real y Pontificia Universidad de México, que establece cánones académicos e induce a la verbosidad; el Tribunal del Santo Oficio, que ejerce la censura para evitar cualquier desviación de la ortodoxia católica e inhibe, al fomentar la autocensura, la libre expresión del pensamiento y aun el pensamiento mismo. Así las cosas, buena parte de los poetas de aquellos tiempos o no tienen nada que decir o no pueden decir lo que tienen. Aunque ciertamente proliferan. Y a tal grado, que Hernán González de Eslava, haciendo una apreciación no sólo cuantitativa sino también cualitativa, dice por boca de doña Murmuración, uno de sus personajes, que en la capital de la Nueva España “hay más poetas que estiércol”.

En tales condiciones, tan concordantes con la severidad senequista hispánica, parecería impensable que nuestra poesía se regocijara en las veleidades del erotismo y recorriera los sinuosos caminos del amor-pasión. No obstante, el primer poeta mexicano de lengua española del que se tenga noticia, Francisco de Terrazas, hijo del conquistador del mismo nombre que fue mayordomo de Hernán Cortés, inaugura nuestra tradición poética con cinco sonetos amorosos —recogidos en la famosa antología que por primera vez reúne a poetas criollos y peninsulares, *Flores*

\* Lectura estatutaria presentada en la sesión ordinaria del 27 de septiembre de 2018, en la sede de la Academia Mexicana de la Lengua, Iztaccíhuatl 10, colonia Florida.

*de baria poesía* de 1577—,<sup>1</sup> uno de los cuales es de tal manera entusiasta y licencioso que Joaquín García Icazbalceta optó por no copiarlo en el libro que escribió a propósito de éste y de otros poetas del siglo XVI por considerarlo “sobradamente libre”.<sup>2</sup> Este soneto inaugural, que mereció el elogio de la censura académica de tan ilustre bibliófilo, está dedicado nada menos que a las piernas de una mujer y establece una sabrosa y audaz comparación entre el cuerpo femenino y un edificio, que no puede pensarse sino barroco aun cuando la arquitectura de la época de Terrazas, si bien rica y elegante, todavía no se contorsionara al reclamo de las exuberancias propias de tal estilo. El soneto dice así:

¡Ay basas de marfil, vivo edificio  
 obrado del artífice del cielo,  
 columnas de alabastro que en el suelo  
 nos dais del bien supremo claro indicio!

¡Hermosos capiteles y artificio  
 del arco que aun de mí me pone celo!  
 ¡Altar donde el tirano dios mozuelo  
 hiciera de sí mismo sacrificio!

¡Ay puerta de la gloria de Cupido  
 y guarda de la flor más estimada  
 de cuantas en el mundo son ni han sido!

Sepamos hasta cuándo estáis cerrada  
 y el cristalino cielo es defendido  
 a quien jamás gustó fruta vedada.

<sup>1</sup> Cf. *Flores de baria poesía*, prólogo, edición, crítica e índices de Margarita Peña, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1980.

<sup>2</sup> Joaquín García Icazbalceta, *Francisco Terrazas y otros poetas del siglo XVI*, José Porrúa Turanzas (Bibliotheca Tenanitla. Libros españoles e hispanoamericanos), Madrid, 1962, p. 13.

Empiezo por destacar la significación de que Francisco de Terrazas haya incursionado en la poesía lírica cuando todo parecía indicar que habría de mantenerse en el ejercicio de la poesía épica. En la sola elección del género hay una propensión a la intimidad, al tono menor, en los que el poeta se siente digamos que más cómodo, más entonado que en sus incursiones épicas, y que no sólo son características propias de la lírica, sino, en opinión de algunos estudiosos de nuestras letras, propias también de la mexicanidad, si es que puede hablarse de semejante entelequia en referencia a tiempos todavía tan tempranos en la configuración de la cultura criolla. Bien para legitimar los fueros y los privilegios que han heredado, bien para quejarse amargamente de la merma de los mismos, los primeros criollos se ven obligados a enaltecer las hazañas de sus mayores. En los últimos años del siglo xvi, los hijos y los nietos de los conquistadores, muchos de los cuales, ajenos a los sudores del trabajo, habían quedado reducidos a la miseria, querían formar una especie de aristocracia criolla, desdeñosa del comercio o de las labores de la tierra, y fastidiaban a la corte virreinal con las relaciones de los méritos de sus antepasados sin ocultar su recelo ante los españoles peninsulares aquí avecindados, quienes, aunque dispuestos al trabajo, eran descalificados por advenedizos. Se presenta desde entonces una rivalidad entre los españoles de aquí y los de allá que no se resolverá sino siglos después, con la independencia política de México. En correspondencia a su condición de criollo, esto es de *junior*, Francisco de Terrazas no puede menos que escribir un poema largo, que dejó inconcluso, titulado “Nuevo Mundo y conquista”, con el cual se inaugura el llamado “ciclo cortesiano”, en el que habrán de inscribirse los poetas Antonio de Saavedra Guzmán con *El peregrino indiano* y Gaspar Pérez de Villagrà con los “treinta mortales cantos” de su *Historia de la Nueva México*,<sup>3</sup> poemas “que llevaban mezclado —según García Icazbalceta— un granillo de memorial de pretendiente, porque en ellos se encarecían las hazañas de los conquistadores”.<sup>4</sup> Hay que decir, empero, que la voz presuntamente

<sup>3</sup> Cf. Alfonso Reyes, *Letras de la Nueva España, Obras completas de...*, Fondo de Cultura Económica (Letras Mexicanas), México, t. xii, 1960, p. 339.

<sup>4</sup> Joaquín García Icazbalceta, *op. cit.*, p. 60.

épica de Terrazas no tiene la emoción ni el orgullo ni el coraje de quienes participaron en la historia, “la pluma ora en la mano, ora la espada”. Ya Humboldt advirtió que la verdadera emoción de la conquista de México está en los cronistas, soldados o misioneros, que a un tiempo son testigos y protagonistas de las historias que relatan, y no en los poetas, que pierden fuerza en el dilatado proceso de la versificación o que, como nuestro poeta, cantan lánguidamente hazañas en las que no participaron. En efecto, las estancias épicas no son las más felices del poema “Nuevo Mundo y conquista”, el cual sólo se salva por algunos momentos líricos, que responden mejor al tono y al temperamento de su autor, como el idilio de Quétzal y Huítzol, el episodio del rescate de fray Jerónimo de Aguilar o los discursos de Cortés a los indios de Yucatán. A propósito de este poema épico de Terrazas, Fernando Benítez dice:

Al fin de cuentas lo que nos queda de él se distingue por su falta de originalidad. Su Nuevo Mundo y Conquista, escrito con evidente desgana, carece de emoción auténtica y está inspirado en *La Araucana* de Ercilla. No vivió la Conquista, la guerra es ajena a su modo de ser y sólo la siente en lo que tiene de genealogía para apoyar los defectos de su casta. La trompetería guerrera le va mal a la intimidación psicológica de un hombre que detesta lo extremoso y siente un manifiesto horror a toda la guardarropía tradicional de la gloria. El hecho de que el poema [...] quedara incompleto acentúa la frustración del lloroso y delicado criollo metido a cantor de ajenas hazañas.<sup>5</sup>

Al descalificar al poeta épico, Benítez, indirectamente, reconoce las cualidades del poeta lírico, como si precisamente en su ineptitud para un género residiera su talento para el otro, pues dice en voz baja, a medio tono, con íntima delicadeza, lo que debería cantarse con impetuosa exaltación. Quedémonos entonces con el poeta lírico, con el que escribió el primer poema erótico de nuestro país en nuestra lengua y que mereció el elogio de nadie menos que Cervantes, quien no detiene la

<sup>5</sup> Fernando Benítez, *Los primeros mexicanos*, Era, México, 2ª. ed., 1962, p. 271.

pluma para llamarlo “nuevo Apolo”. La lírica de Terrazas es de corte petrarquista. Muy posiblemente conoció algunos poemas del cancionero *Flores de baria poesía* que lo expusieron a la influencia italiana, particularmente a través de Juan de la Cueva, compilador de la antología, y de Gutierre de Cetina, introductor del petrarquismo en la Nueva España. El extraordinario soneto “Dejad las hebras de oro ensortijado...” posee, en mi opinión, un erotismo más fino que el anterior, si bien más controvertido. Dice así:

Dejad las hebras de oro ensortijado  
que el ánima me tienen enlazada,  
y volved a la nieve no pisada  
lo blanco de esas rosas matizado.

Dejad las perlas y el coral preciado  
de que esa boca está tan adornada;  
y al cielo, de quien sois tan envidiada,  
volved los soles que le habéis robado.

La gracia y discreción que muestra ha sido  
del gran saber del celestial maestro  
volvédsele a la angélica natura;

Y todo aquesto así restituido,  
veréis que lo que os queda es propio vuestro:  
ser áspera, cruel, ingrata y dura.

En esta espléndida muestra de su poesía lírica, Terrazas toma como modelo el poema de Camoens cuyo primer verso dice: “Tornai essa brancura á alva assucena...” y lo sigue muy de cerca, al grado que para Alfonso Reyes, más que una imitación del poema portugués, es una paráfrasis suya. Y, sin embargo, es un poema que, por su tono y por esa suerte de cortesía de aplazar hasta el último verso lo que se quisiera decir desde el primero, corresponde a un cierto gusto mexicano. Es verdad que en él no

se hace ninguna referencia al contexto de la Nueva España, pero tal omisión no necesariamente lo aleja de nosotros, pues la originalidad de nuestra literatura desde los tiempos virreinales no ha de buscarse en sus alusiones contextuales, sino en su voz o, si se prefiere, en la peculiar manera de reproducir, en cuanto eco, la voz peninsular. Y el hecho de que siga puntillosamente los dictados de la poesía petrarquista europea tampoco le resta mexicanidad, porque, temerosos de perder su identidad en estas tierras donde nacieron casualmente, los criollos propenden a lo europeo, al contrario de los peninsulares llegados a la Nueva España, que piensan que es aquí, en el Nuevo Mundo, donde su expresión poética habrá de cobrar renovados bríos. ¿En dónde estriba, así las cosas, la originalidad del poema de Terrazas en particular, o de la poesía criolla en general, si no tiene referentes contextuales y se empeña en seguir fidedignamente los modelos europeos en vez de esforzarse por romperlos?

Algunos estudiosos de las letras mexicanas han señalado como rasgo distintivo de nuestra poesía, desde los tiempos novohispanos, el tono menor, que parece persistir en la poesía mexicana moderna: la hora crepuscular y el color opalino, de los que hablaba Xavier Villaurrutia; el pudor, la intimidad, el espíritu meditativo, la contención reflexiva. Escrita en voz baja, como con sordina, nuestra poesía se corresponde con la ya proverbial cortesía mexicana, pletórica, en su expresión verbal, de diminutivos, eufemismos, silencios pudorosos. Ya en los albores del siglo xxvii, Bernardo de Balbuena dijo que en México la lengua española se viste de un “bellísimo ropaje”. Y ese “bellísimo ropaje”, confeccionado con la “mayor cortesanía”, viste engañosamente la hueca o ríspida realidad. En este soneto de Terrazas la aspereza, la crueldad, la ingratitud y la dureza de la dama a la que va dirigido ha sido ataviada con exaltados elogios a lo largo de los dos cuartetos y el primer terceto. Si bien el poeta despoja a la dama de los atributos que le prodigó la naturaleza, enuncia estas cualidades y al hacerlo le rinde pleitesía a la destinataria del soneto. No es sino hasta el último verso, cuando no le queda más remedio, que le espeta lo que motivó la escritura del poema, la verdadera sustancia de su ser, desnudado de las prendas que le fueron concedidas sin mérito ninguno. Me parece que este soneto, si bien concluye en el agravio, tiene,

como el otro, un erotismo delicioso toda vez que sigue un proceso de desnudamiento, que parte de una rica indumentaria —las prendas femeninas que adornan a la dama en cuestión y que son minuciosamente descritas por el poeta con el único propósito de despojarla de las mismas para llegar a su intimidad profunda, aunque ésta le resulte deleznable—. Ya lo dijo Vicente Quirarte —y con sus palabras concluyo—: “la primera condición para desvestir a una mujer es que esté muy vestida”.



# PAGAZA, VATE HORACIANO Y VIRGILIANO Y PRIMER ÁRCADE DE AMÉRICA\*

---

Tarsicio Herrera Zapién

EN EL CENTENARIO MORTUORIO DE PAGAZA

Joaquín Arcadio Pagaza fue un joven y robusto poeta que, si hubiera sido militar, habría llegado a general de división por su imponente catadura... “Una hermosa cabeza de águila”. Tal dice el humanista Balbino Dávalos.<sup>1</sup> Pero Alfonso Junco añade que su corpachón externo coordinaba, paradójicamente, con la interior ingenuidad de un alma de niño.

Por cierto que sus lecturas poéticas lo inducían a hablar con palabras un tanto aristocráticas. Así, cuenta una anécdota que, cuando ya era canónigo de la Catedral de México, después de cierta solemnidad religiosa en que el gentío se arremolinaba, don Joaquín le dijo a su arzobispo don Próspero María Alarcón: —¿La nimia multitud ha oprimido a Vuestra Reverencia?

A lo que don Próspero replicó, en no pensada antítesis:

—Sí, hijito. ¡Cómo me han apachurrado!

Pero, eso sí: el citado académico Alfonso Junco declara: “Lo que en Pagaza me seduce y convence es su autenticidad poética. He aquí a un hombre que de veras se extasía ante el crepúsculo, que espía la aurora, que conoce “individualmente” los árboles, que no siente las horas cuando se embelesa ante el ruido del agua y el juego de las nubes; que absorbe con hondo amor todas las voces, formas y matices de la inexhausta naturaleza. Alma fina, sensible, melancólica, vuelve y vuelve a su Valle

\* Lectura estatutaria presentada en la sesión ordinaria del 11 de octubre de 2018, en la sede de la Academia Mexicana de la Lengua, Iztaccíhuatl 10, colonia Florida.

<sup>1</sup> “J. A. Pagaza, el hombre y el poeta”, *Abside*, III, 1939, pp. 8-24.

de Bravo natal, a recorrer evocador sus sitios que nunca se cansa de gozar y de cantar”.<sup>2</sup>

En efecto, Pagaza era un admirador innato del paisaje, el cual conocía a fondo pues el Valle de Bravo en que nació, en enero de 1839, es un magnífico rincón del Estado de México, y desde luego, sin duda ya es un “Pueblo Mágico” de los más admirados del país.

Pagaza vivió como párroco más de 20 años, viviendo sucesivamente en Taxco, en Cuernavaca y en Tenango del Valle y cuatro como rector del Seminario Conciliar de México. Pasó a ser electo obispo de Jalapa, ciudad en que vivió los 23 años iniciales del siglo xx, hasta morir hace un siglo, en 1918, a los 79 años.

Y Pagaza le ha cantado a su amado Valle de Bravo, versos como éstos:

Yo los primeros himnos inmortales  
aprendí en estos bosques y breñales...

Un destino feliz solo lo vivo  
cuando vengo a este Valle, fugitivo.

Pues prefiero a un palacio, las pajizas  
chozas de aquí, son vuestras mis cenizas.<sup>3</sup>

Era uno de los más auténticos poetas de México cuya gloria se perfiló desde que comenzó a admirar con fruición los ríos y las cascadas de su villa natal. Su gloria máxima se vislumbró cuando fue descubierto por Manuel José Othón en sus *Sitios poéticos del Valle de Bravo*.

Fue en 1890 cuando apareció en *La República Literaria*, de Guadalajara, la reseña del enorme vate potosino Manuel José Othón titulada “El padre Pagaza”, en la que subraya la majestad épica de la poesía mayor de Pagaza, con su “sol de fuego, su aire pletórico de rumores y perfumes y sus noches majestuosas”.

<sup>2</sup> A. Junco, *Sotanas de México*, Jus, México, 1955, pp. 95-128.

<sup>3</sup> J. A. Pagaza, *Himno a Valle de Bravo, en su consagración episcopal*, 1895.

En la sonriente villa de Valle de Bravo prosperaba hace más de medio siglo un opulento bosque subtropical en el sitio en que, hacia 1950 se estructuró el embalse del río en el actual lago, para fines hidroeléctricos.

Desde mi primera juventud yo, que no conocí ese bosque más que en los tan comentados sonetos del álbum *Sitios poéticos del Valle de Bravo*, encontré retratado de cuerpo entero a monseñor Pagaza, ni más ni menos que como se descubre a Nervo en *La amada inmóvil* y a Gutiérrez Nájera en sus sonetos del Jockey Club. La majestad musical de ese bosque resuena en sonetos de esos *Sitios poéticos* tales como “Los guayabos” (soneto X), donde leemos: “Un bosque antiguo, pálido y sonante/ de árboles corvos de cimera hirsuta”. Y sobre todo, en ese bosque canta “El río” (soneto III):

Es el blando nenúfar tu atavío;  
tus cuernos de coral, tu barba de oro.  
Los jilguerillos tupreciado coro,  
tu espléndida mansión, el bosque umbrío.

Y también canta en “Ixtapan del oro”:

Frígido, claro y virginal arroyo  
serpea, y bulle y parla en la floresta,  
donde remecen la dorada cresta  
los cidros y el fragante chirimoyo.

En su propia villa natal fue iniciado el joven Joaquín Arcadio en las letras hispanas y latinas por su párroco don Mariano Téllez, quien lo encaminó con naturalidad hacia el estudio levítico. Y es curioso que ese joven seminarista que deseaba alejarse de la sociedad y de los negocios, haya tenido que soportar toda clase de sobresaltos para poder proseguir sus estudios en esos años centrales del siglo XIX, tan densos de altibajos entre liberales y conservadores.

¿Y qué se ha de decir de sus batallas internas? Que Pagaza las sentía todavía más peligrosas. Pero él nos ha testificado que la lectura de los

clásicos, el deleite que trae la poesía “... me libraron de las asechanzas y peligros en la época más arriesgada de mi vida”.<sup>4</sup>

#### CORRIENDO TRAS LOS OBISPOS

Cuando Pagaza hubo completado sus estudios clericales, en 1861, el arzobispo de México, Lázaro de la Garza y Ballesteros, estaba exiliado. Buscando a otro obispo que le confiriera el sacerdocio, Pagaza, junto con varios otros diáconos, hicieron un ajetreado viaje en uno de aquellos frágiles carruajes que llamaban *guayines* hasta Monterrey, donde residía el obispo Madrid. Pero cuando por fin llegaron a esa lejana ciudad, tampoco encontraron al anhelado prelado. ¿Qué ocupación lo habría hurtado a sus deberes? Muy sencillo, y muy triste: acababa de fallecer.

Nuestro poeta regresó a México para prepararse a viajar de nuevo, ahora hasta Orizaba, donde supo que vivía el obispo Francisco Ramírez. El joven levita estaba dispuesto a embarcarse por el Golfo de México hasta la propia Cuba para obtener la ansiada ordenación sacerdotal. Pero toda fatiga tiene su límite. Ya en Orizaba logró recibir la ordenación de manos del citado obispo Francisco Ramírez, junto con sus compañeros teólogos. Era el 19 de mayo de 1862.

Don Joaquín Arcadio estaba destinado a iniciar y a culminar su vida sacerdotal en el estado de Veracruz, pues allí se ordenó sacerdote a los 23 años de edad; y allí comenzaban los 30 años que vivió en inacabables fatigas apostólicas, no menos que en largas veladas de poeta. Y en la propia sede de obispo de Jalapa iba a vivir felizmente otros 23 años culminantes de su vida como obispo de Veracruz.

Pero vino una dificultad. Para poder retornar al Estado de México, el flamante padre Pagaza tuvo que solicitar de urgencia un pasaporte al general Ignacio Zaragoza, quien no estaba por entonces en Orizaba, sino en El Palmar. La guerra civil exigía conseguir pasaporte territorial. Y todo viajero era amenazado constantemente —comenta Alberto María

<sup>4</sup> J. A. Pagaza, *Murmulllos de la selva*, México, 1889.

Carreño, quien escribe sobre nuestro poeta—. Se desconfiaba mucho de los viajeros y de toda clase de “salvadores del pueblo”, según pintoresca denominación, tanto los “puros y mochos”, que eran los conservadores, como los “rojos y cangrejos”, que eran los liberales. Pero todos constituían un riesgo para los caminantes sin escolta.

Más que ¡peligro! Era aventurado el viaje de retorno de los recién ordenados porque, además de los riesgos que corría el débil guayín que transportaba a los jóvenes levitas, el peso del carruaje se aumentaba peligrosamente con los 200 kilos que pesaban las ánforas gigantes que transportaban los santos óleos que les encomendaba el obispo Francisco Ramírez para nada menos que tres catedrales: la de México, la de Puebla y la de Morelia, para los bautismos, confirmaciones y bodas que se vendrían durante meses y hasta años enteros. A veces hasta tuvieron que cargar en sus débiles espaldas las enormes ánforas para atravesar barrancos riesgosos.

#### LAS TRAVESÍAS DEL POETA SACERDOTE

Claro que el gran Pagaza —como es frecuente entre los eclesiásticos—, no se limitó a vivir primero aquí en Valle de Bravo y luego en su sede de Jalapa. En sus 20 años de ministerio, recuerda cuando fue ascendido a párroco del Sagrario Metropolitano de la Catedral de México. Allí contaba Pagaza que una vez le llevaron a bendecir un crucifijo sobre una charola. Cuando él se acercó a bendecirlo, notó que algo se movía. Preguntó a la señora que lo llevaba, qué era lo que se movía. Ella dijo que no había nada... Mas pronto se descubrió que bajo el crucifijo viajaba bien acurrucada, una temible víbora. ¡Vaya susto! Se ve que esa indígena católica todavía veneraba a Cuatlicue.

Luego, por cuatro años, fue rector del Seminario de México. En esos años en que fue maestro de latín agudizó su perspicacia para disfrutar a Virgilio y Horacio, vates romanos en cuya versión destacó Pagaza entre todos los poetas de América. Y este récord es admirable, pues Pagaza llega a superar como latinista hasta al genial colombiano Miguel Antonio Caro, único humanista en toda Latinoamérica que llegó a ser presidente

de su país natal. En competencia, Pagaza llegó a ser el primer árcade romano del continente por sus espléndidas versiones del latín.

#### EL OBISPO HUMANISTA

Y ahora veámoslo ya de obispo de Veracruz. En efecto, ya en 1895, su prestigio de excelente canónigo poeta lo llevó a ser nombrado obispo de Xalapa. Lo curioso del caso fue que, ante el poeta consagrado obispo, el diario de vanguardia *El Partido Liberal*, publicó un entusiasta elogio “para el obispo libertario que es amigo sincero de todos los escritores liberales”.

¿Saben ustedes por qué vieron a Pagaza muy liberal? Pues porque su fraseología lírica elevadamente latina estaba a la altura del más culto de los políticos, cosa que sucedía exactamente igual en Manuel José Othón. Nuestros vates poseían tal cantidad de léxico ultraculto, que lo colocaba a la mayor altura entre los hablantes mexicanos.

La sociedad culta de México se enorgullecía de contar con un vate que era tan inspirado como gallardo. Los latinismos usuales en su poesía eran BISÍLABOS como: POMA, HAMO, TRIVIO, NIMBO, LINFA, HADO, NUMEN, LIMEN, TIBIA, RUGA, DIVA. MOLA, GLEBA, NAUTA.

O trisílabos como: PUERICIA, ÍNCOLA, AURIGA, EXVOTO, SENECTUD, ÁNCORA, ÓSCULO, MÍLITE, PIÉLAGO, FÁMULO, TRÍPODE, TÁLAMO, CLÁMIDE, PÓLICE, PÁBULO.

O hasta cuadr sílabos como: CONCÚBITO, UMBRÁCULO, IMPLICARSE, ACRIMINAR, CIRCUNVALAR, AVIGORAR, etcétera.

Y oigamos ahora a Pagaza ante HORACIO y ante VIRGILIO.

#### EL ILUSTRE PAGAZA ANTE HORACIO

El mayor crítico hispano de hace un siglo, don Marcelino Menéndez y Pelayo, cuando recibió de Pagaza su volumen titulado *Horacio*, con todas sus ODAS y ÉPODOS vertidos por su propia pluma, lo consideró de un golpe “el mayor intérprete de Horacio que existe en América” y lo tituló

con entusiasmo: “el cultísimo poeta mexicano”. Menéndez y Pelayo se vuelca en elogios; “Si Horacio ha sido interpretado alguna vez más a la letra, pocas lo ha sido con tan cabal comprensión de su espíritu y en una forma tan pura y nítidamente castellana” (Carta de 1909). ¡Qué magnífico se ve un sacerdote poeta cuando preludia la celebración de una misa declamando uno de sus más inspirados poemas sacros! Yo lo he comprobado ante el poeta franciscano recién fallecido, fray Jerónimo Verduzco. Y don Marcelino concluye, afectuoso: “Estimada en su totalidad, la versión de don Joaquín es el monumento más grandioso de un mexicano para Horacio” (Gabriel Méndez Plancarte, *Horacio en México*, p. 129). Sin ir más lejos, don Gabriel compara a Pagaza con fray Luis de León, autor de *La vida retirada*, oda tan recordada por todos:

¡Qué descansada vida  
la del que huye el mundanal ruido  
y sigue la escondida  
senda por donde han ido  
los pocos sabios que en el mundo han sido!

¡Y cómo se lanza Pagaza danzando en medio de esas perfectas estrofas llamadas liras, prototipo de la lírica hispana, bello reflejo de los endecasílabos asclepiadeos latinos de Horacio:

*Beatus ille qui procul negotiis  
ut prisca gens mortalium,  
paterna rura bobus exercet suis,  
solutus omni foénore  
lo cual canta don Joaquín Arcadio.*

¡Mil veces fortunado  
quien de negocios y de lucro ajeno,  
como el hombre en su estado  
primitivo un terreno  
con bueyes propios fecundiza ameno!

Que no el clangor le asusta  
de bélica trompeta, ni el bramido  
del mar y saña injusta;  
y el foro desabrido  
evita, y el magnate presumido.

¿Y qué decir del lamento líricamente mortuorio del venusino?

*Eheu, fugaces, Póstume, Póstume,  
labuntur anni, nec pietas moram...*

Que así canta la versión de Pagaza:

“¡Oh Póstumo, los años  
debaten fugitivos. Trance fuerte!  
De la vejez, oh Póstumo, los años  
no menguan tu piedad ni los amaños  
de la indomable muerte”.<sup>5</sup>

Nuestro vate vallesano se engolosina con Horacio, y se deleita de antemano con la oda culminante III, 30,<sup>6</sup> que proclama:

*Exegi monumentum aere perennius  
regalique situ pyrámidum altius...*

Pues que este es otro de los banquetes líricos del genio venusino, en la versión de Pagaza:

Acabé un monumento  
más perenne que el bronce y más alzado  
que las regias pirámides. Ni el viento,  
ni mordaz lluvia excavarán su asiento,  
ni el curso arrollador del tiempo alado!

<sup>5</sup> Oda, II, 14.

<sup>6</sup> Oda, III, 30.

(¡Y ahora viene el grito: NON OMNIS MÓRIAR):

No moriré del todo.  
Del funéreo ataúd la parte noble  
de mi ser huye por extraño modo  
y ha de ver alargarse el periodo  
de mi vida, ceñido en lauro y roble!<sup>7</sup>

#### PAGAZA TRIUNFA ANTE VIRGILIO

Don Joaquín Arcadio Pagaza cultivó toda la vida la traducción de los genios latinos gemelos, tanto Virgilio como Horacio. Desde su primer libro, *Murmurios de la selva*, 1887, a sus 50 años, comenzó nuestro vate sus versiones no sólo las horacianas, sino también las virgilianas.

Pagaza se inició vertiendo y publicando en un estilo parafrástico las *Bucólicas* de Virgilio, que contienen 660 versos mayores llamados hexámetros (¿Parecen muchos versos, verdad?). Pues luego, siguió cultivando a este vate, que es sorprendente, pero además muy abundante. Por ello, en 1907, tiene ya terminadas sus versiones nada menos que de las *Geórgicas*, que suman cuatro veces más hexámetros: un total de 2 180.

Pero todo eso no es todavía la cumbre. La obra máxima de Virgilio fue la *Eneida*, la cual suma todavía más: el doble de los más de 2 000 anteriores: un total de casi 5 000 hexámetros.

Ahora se explica uno que los más grandes traductores del clasicismo latino se hayan enfocado en la *Eneida*, como la corona mayor de las epopeyas latinas. Y así sucedió con Pagaza. Su versión de la *Eneida* lo ha inmortalizado. Es magistral el modo como Pagaza traduce los pasajes célebres del citado Virgilio, como cuando vierte el bello pasaje de la *Eneida*, que describe un gran oleaje marítimo: *Fluctusque ad sidera tollit*; el cual el ecuatoriano Espinoza Pólit virtió: “Y hasta el cielo alza el mar”.

<sup>7</sup> Oda, III, 30, 5.

Pero Virgilio dice con precisión algo distinto y más plástico: *Fluctus* son “olas”, y *sídera* son “astros”. Por ello Pagaza vierte brillantemente: “Y levanta las olas a los astros”.

Y en otro lugar igual de colorido, Virgilio proclama: *Pariterque oculos telumque tetendit*,<sup>8</sup> que Espinoza simplificaba así: “Apunta guiando a lo alto el arco y la saeta”. Pero Pagaza, en cambio, refleja preciso el giro virgiliano que muestra la rapidez con que el guerrero mira y dispara, y Pagaza traduce: “Y dispara a la par mirada y flecha”. Y Virgilio cierra la muy célebre *Égloga IV* con un bello pasaje, que comienza:

*Íncipe, parve puer, risu cognoscere matrem;  
matri longa decem tulerunt fastidia menses.*<sup>9</sup>

Pagaza cierra su versión en forma algo libre, pero elegante, que comienza:

Pequeño niño: empieza con sonrisa/ a indicar que conoces a tu madre./  
Diez meses a ella le trajeron largos/ fastidios; ya comienza, niño tierno.

Y don Joaquín concluye majestuoso:

Oh niño celestial: la blanda risa  
conoce —es tiempo... de tu madre hermosa,  
quien, del cielo a las órdenes sumisa,  
en su albo seno te llevó amorosa  
El hijo que no tiene por divisa  
el amor de sus padres, no reposa  
del almo Empíreo en el soberbio estrado,  
ni con diosas veráse desposada.

(Véase cómo nos ha acariciado aquí la rima: -isa, -osa, de honda musicalidad). Por habilidades como ésta, el gran Pagaza se aplicaba a sí mismo lo que —según arriba anotamos— él dijo vertiendo a Horacio:

<sup>8</sup> Virgilio, *Eneida*, V, 508.

<sup>9</sup> *Égloga IV*, 60.

Acabé un monumento  
más perenne que el bronce y más alzado  
que las regias pirámides; ni el viento,  
ni mordaz lluvia excavarán su asiento  
ni el curso arrollador del tiempo alado.

#### EL POETA INSPIRADO

Es curioso que Pagaza haya sido más admirado por escrito que de viva voz. Ya ha señalado Leopoldo Ayala que Pagaza nunca fue un fogoso orador, a diferencia de su colega Ignacio Montes de Oca, obispo poeta de San Luis Potosí, el cual fue gloriosamente contratado por la Real Academia Española, en 1906, para ir a predicar en Madrid por el III Centenario de la publicación del *Quijote*. Su gloriosa alocución madrileña está publicada por nuestra Academia Mexicana, y por cierto contiene la tesis muy debatida de que la figura de Don Quijote es casi la de un santo.

Al respecto, quien aquí habla escribió un soneto alusivo en que comienzo:

Hay quien dice que fue el Quijote un santo  
porque fue de malvados el azote,  
Mas yo creo **que es el santo el que es Quijote,**  
¡pues vuelve triunfo lo que fuera llanto!...

Volviendo a Pagaza, el citado Leopoldo Ayala en su libro *Virgilio mexicano*, en elogio de sus espléndidas versiones de la *Eneida*, las *Bucólicas* y las *Geórgicas*, declara que “la ocupación predilecta de Pagaza era su divino arte y esta dulcemente penosa labor lo absorbía tanto como el episcopado”. “Mi diócesis —decía alguna vez Pagaza— es como un relojito al que se le da cuerda en breves instantes y se le deja andar”. Era como decir: “Quien sepa darles cuerda a los corazones, como adivinaba que lo iba a hacer su sucesor, san Rafael Guízar y Valencia, que lo haga de viva voz, y ya ella lo llevará hasta los altares”.

Yo lo hago “de viva letra” (y Pagaza no se imaginaba que su pluma iba a consagrarlo como árcade romano, así como el áurea lengua hizo árcades al obispo Montes de Oca y al canónigo Federico Escobedo). Por cierto que la letra de Pagaza ha sido inmortal. Dígase si no son memorables algunas estrofas de Pagaza como ésta:

Pasó de Menfis la sañuda gloria;  
pasó a su turno la orgullosa Atenas,  
y Tesalia y la Argólide que apenas  
el nombre transmitieron a la historia.

Uno que otro conserva la memoria  
que el intrépido Jerjes en cadenas  
quiso poner el mar, y las escenas  
de Temístocles grande en la victoria.

Demócrito pasó; Fidias y Apeles  
pasaron el Orfeo y aun Apolo  
sombras fueron ceñidas de laureles.

Todo en el mundo es desencanto y dolor!  
¡Nada hay estable! Y firme en los vergeles  
místicos, queda la virtud tan solo.

(Sonetos religiosos X)

#### PAGAZA ENSEÑA LA POESÍA BUCÓLICA A OTHÓN

Llegamos a una de las glorias mayores de Pagaza. Su magisterio sobre Manuel José Othón. Desde 1890, Othón publicaba en *La República Literaria*, de Guadalajara, su reseña de los *Murmurios...* de Pagaza, en su citado artículo: “El padre Pagaza”. Y proclama Othón: “Muchos de los cantos de aquel inspirado libro (*Murmurios...*) se quedaron grabados en

mi ya perdida memoria... y escribí versos a los que intenté dar sabor y colorido campestre”.

Y cuando parecía que la poesía bucólica ya era cosa del pasado, comenzamos a ver reverdecer la lira de Othón al contacto de los esplendores líricos de Pagaza. Que si don Arcadio canta: “Deavecillas la gárrula **caterva**”, Othón se apresura a imitarlo en su verso: “Y escuchar a la alígera **caterva**”. Y así en varias ocasiones.

Es el momento de asomarnos al taller de poeta bucólico de Pagaza afinando su lira y probando su flauta campestre y poniendo atento oído al soneto impagable de Góngora:

Oh claro honor del líquido elemento,  
dulce arroyuelo de luciente plata,  
cuya agua entre los riscos se dilata  
con regalado son y paso lento.

Y don Joaquín Arcadio canta al propio río mayor de su amado Valle:

Salve, deidad agreste, claro río,  
de mi suelo natal lustre y decoro,  
que resbalas magnífico y sonoro  
entre brumas y gélido rocío.

Si en el soneto de Góngora, EL AGUA, EL RÍO, ese personaje favorito de su lira, es sujeto del verso: “Cuya agua entre los riscos se dilata, ...”, también lo es en la de don Joaquín Arcadio: “Se resbala magnífico y sonoro” en el soneto III. Y “se retuerce gélido y sonante” en el soneto IV. Y “se despeña terrible y bramador” en el soneto VI. Y continúan las melodías líricas resonando en la lira de Pagaza y reflejándose en la de Othón. Pagaza tiene otro protagonista: *los bloques gigantes*, que Othón reflejará:

En Pagaza:

**Bloques gigantes** que arrancó de cuajo...  
y adusta, ni una sombra ni un atajo.

Y en Othón:

**Grandes peñascos** húmedos y escuetos  
sin raudales, sin cielo ni horizonte.

Otra vivencia vibrante redondea las imágenes de Pagaza reflejadas en Othón.  
Dice del Pico de Orizaba en Pagaza:

Del Citlaltépetl, que en el mismo cielo  
**la frente encaja**, raudo oprimiría.

Y le hace eco Othón:

El Pico enhiesto de esplendor se viste  
y **se incrusta** en la atmósfera serena.

Y de nuevo Othón:

Asoladora atmósfera candente  
do **se incrustan** las águilas serenas.

La escena culminante que cierra un soneto del “Idilio salvaje”, ya se anunciaba en otro de Pagaza.

Y los robles, calada **la capucha**  
**de líquen** aunque el cierzo los azota  
mantienen con el Sol eterna lucha.

Esa cabeza encapuchada luchando contra el sol y el viento, la hereda la estrofa más memorable del “Idilio salvaje”:

Y destacada contra el Sol muriente,  
como un airón, flotando inmensamente,  
**tu bruna cabellera** de india brava.<sup>10</sup>

<sup>10</sup> Que por cierto aparece en la portada del libro de Tarsicio Herrera Zapién, *Pagaza, clasicista y precursor del Idilio salvaje*, que se aproximó al premio en el Concurso del Centenario de Pagaza, Instituto Mexiquense de Cultura, 1990.

Ahora bien, hubo un crítico que escribió: “Othón borró del mapa a Pagaza”. Pero la realidad es que no fue Othón el que borró a Pagaza, sino Pagaza el que fecundó a Othón, y ambos ascendieron a cielos líricos paralelos, Pagaza más extático; Othón más intenso.

Caso sorprendente: hoy día, avanzado el siglo XXI, los mayores poetas bucólicos de México son: Carlos Pellicer con sus poemas sobre Tepoztlán y sobre las cumbres de su estado; Manuel José Othón con toda su poesía de las montañas del norte del país, y Joaquín Arcadio Pagaza con sus sonetos sobre su amado Valle de Bravo, al cual dediqué mi libro citado *Pagaza, clasicista y precursor del Idilio salvaje* que concluye con estos dos tercetos impagables de su volumen *Algunas trovas últimas*, con los que culmina sus exuberantes *Sitios poéticos del Valle de Bravo*.

Me ha gustado poner una melodía de mi propia cuerda a estos dos tercetos que culminan el libro más amado de don Joaquín Arcadio Pagaza:

¡Dado séame, oh tierra bendecida,  
bajo tu limpio cielo de zafiro,  
buscar a trechos la quietud perdida!

¡Dado séame hallar en tu retiro,  
cercano ya a la muerte, oscura vida  
y a tu aura dar el postrimer suspiro!

11 de septiembre de 2018

Centenario mortuario de Joaquín Arcadio Pagaza,  
Museo Joaquín Arcadio Pagaza, Valle de Bravo, México



# LENGUA NACIONAL Y LENGUA PATRIMONIAL\*

---

Pedro Martín Butragueño

## UN SUCESO REMOTO

En agosto de 2017 ciertos textos periodísticos aludían a las amenazas emitidas por Corea del Norte acerca de disparar varios misiles balísticos en dirección a la isla de Guam. Y es que, como señalaba Xavier Fontdeglòria, enviado especial de *El País*:

Guam alberga una importante base naval estadounidense desde 1898, cuando Estados Unidos tomó el control de la isla tras varios siglos de dominio colonial español. En 1944, en plena Segunda Guerra Mundial, se estableció además la base aérea Andersen para enviar bombarderos hacia Japón. Ambas instalaciones ocupan actualmente el 30% de la superficie de la isla, que tiene un tamaño similar a Ibiza [...] (15 de agosto de 2017).

La misma noticia mencionaba, entre otros testimonios sobre las medidas que debían tomarse si se producía un ataque nuclear, cómo “[...] Josh Ramírez, un camarero de 32 años, quita importancia a la cuestión [...]: «No es tan distinto de lo que hay que hacer cuando viene un tifón. Los *chamorros* (nombre con el que se conoce a la población local) estamos acostumbrados a casi todo»” (*id.*).

\* Lectura estatutaria presentada en la sesión ordinaria del 8 de noviembre de 2018, en la sede de la Academia Mexicana de la Lengua, Iztaccíhuatl 10, colonia Florida.

Estas páginas formarán parte de un libro de ensayos, apenas iniciado y de carácter divulgativo, cuyo título provisional es *Viaje lingüístico por la variación, el contacto y la historia del español: ensayos y reflexiones*. Agradezco las observaciones y sugerencias bibliográficas realizadas por Nadieszha Torres y Klaus Zimmermann al manuscrito del trabajo, además de las realizadas por varios colegas de la Academia.

¿Quiénes son estos *chamorros* y por qué podrían resultar importantes para entender cómo debe verse el español desde México y desde otros lados? Dejemos por un momento las espadas en alto y recordemos sólo que la isla de Guam, junto al resto de las Marianas, y al igual que las Carolinas y las Filipinas, están todas ellas en el Pacífico occidental, para introducir en seguida algunos conceptos básicos necesarios para seguir adelante.<sup>1</sup>

### ALGUNOS CONCEPTOS BÁSICOS

¿Por qué la historia lingüística del chamorro, en unas lejanas islas del océano Pacífico, habría de ser relevante para la comprensión de la naturaleza del español en general o, incluso, más específicamente, para entender la situación del español en México? La respuesta más amplia tiene que ver con la necesidad de considerar diversas situaciones lingüísticas, unas más periféricas y otras más centrales respecto a los núcleos de influencia del español,<sup>2</sup> para entender mejor la historia de esta lengua, en especial la historia de su expansión y la resignificación de los acontecimientos dependiendo desde dónde y desde cuándo se miren.<sup>3</sup> Esto debería ser evidente por sí mismo, más allá de los matices y de

<sup>1</sup> Para la situación de la isla de Guam con respecto a las islas Marianas, las Carolinas y las Filipinas, puede verse Moreno Fernández y Otero Roth (2016, mapa 3.28, p. 74: “Presencia histórica del español en el sudeste asiático”).

<sup>2</sup> Existe una copiosa bibliografía sobre el pluricentrismo —y diversas formas de entenderlo—. Véase, entre otros, Österreicher (2002), Zimmermann (2008), López García (2010, especialmente el cap. 4, pp. 69-92; 2018, en particular el cap. 12, pp. 145-169), López Serena (2013). Sippola (2016) [artículo del que tuve conocimiento ya prácticamente terminado este ensayo] presenta “Historias alternativas en el Pacífico: el español en la Isla de Pascua y las islas Marianas” y también subraya la importancia de conocer esta periferia para entender mejor la variación del español (véase especialmente el §2, pp. 179-181 y el §4, pp. 190-192). En general, todo el volumen en el que se encuentra ese trabajo, dedicado a las *Varietades olvidadas del español* (Bürki y Morgenthaler García, 2016) es muy sugerente.

<sup>3</sup> No son lo mismo ni igual de relevantes para unos y otros el conjunto de textos, manifestaciones verbales, actitudes, etc., que se tiene por ejemplo desde Madrid al que se tiene desde Ciudad de México. Para una visión de corte perspectivista véase Martín Butragueño (2016 y en prensa a).

que aquí se adopte en particular una visión perspectivista, como se describe brevemente unas líneas más abajo y en más detalle en Martín Butragueño (en prensa a). Una ruta ensayística, en el sentido esencial de reflexionar en términos accesibles sobre cuestiones que afectan a cualquier ciudadano, debería comparar sucesos muy distintos —digamos la perspectiva de los inmigrantes a las grandes ciudades, los contrastes entre tierras altas y bajas, el papel de la prosodia o el léxico en la percepción que tenemos unos hablantes de otros, la construcción de áreas globales, etc.— para sacar lecciones cabales<sup>4</sup> sobre la identidad de los hablantes y de las comunidades en que viven, rehuyendo rutas simplificadoras, como la que entraña una visión de la diversidad atenuada por una idea de algún tipo de panhispanismo.<sup>5</sup>

La historia de las lenguas y de los hablantes de las lenguas, como se insiste en los volúmenes de la *Historia sociolingüística de México* (Rebeca Barriga y Martín Butragueño, 2010–2014, en prensa), es sobre todo la historia de distintas clases de conflictos; así, la historia de la difusión del español en México tiene como reverso el desplazamiento de las lenguas ahora llamadas originarias: ambos hechos son el mismo y nuestra

<sup>4</sup> La idea es recontar diversos hechos y ver qué nos dicen para poder llevar a cabo una interpretación sociolingüística más general de la diversidad del español. Sippola (2016: 180), tras mencionar a Fernández y del Valle (2013) acerca de la importancia de estudiar las áreas marginales, escribe: “¿Cómo definir estas variedades que tanto pueden aportar desde los márgenes? La tarea sería demasiado amplia sin ninguna definición inicial, y podría significar incluir tanto variedades de aprendizaje, como códigos juveniles de las grandes ciudades hispanohablantes, o variedades de contacto, o lenguas criollas con base léxica hispana, etc. Hay que buscar entonces una definición que permita incluir la marginalidad, por un lado, y por otro, limitar el estudio de una manera coherente [...]”, y a continuación refiere a un planteamiento formulado para acotar ciertas variedades marginales del inglés (cf. Sippola 2016: 180–181 y referencias allí citadas, así como §5, pp. 192–193 y otros pasajes). En la visión perspectivista mencionada, lo que se enfatiza es la existencia de diferentes anclajes culturales, sociales y políticos, pues en la medida en que lo relevante cambia de comunidad a comunidad, éstas deben considerarse en sí mismas y no sólo como manifestaciones de un todo; así, no se trata tanto de estudiar el español de o en México, sino el español visto desde México (Martín Butragueño, en prensa a).

<sup>5</sup> La cuestión del panhispanismo requiere, desde luego, una discusión mucho más general, sea que se vea como una metodología de trabajo —sobre todo en el contexto de las colaboraciones entre Academias de la Lengua—, como una política lingüística —emanada esencialmente desde España— o como una teoría de la diversidad del español —que ciertamente sería bastante discutible—. Véase del Valle (2007) para una reflexión bastante mencionada.

identidad depende del lugar desde donde lo observemos.<sup>6</sup> Como recuerda Calvet (2006 [1999]) en su libro clásico sobre la ecología lingüística “[...] los idiomas son un capital, y la posesión de algunos de ellos nos otorga una plusvalía, mientras que otros no gozan de prestigio en el mercado [...]”.<sup>7</sup>

En otro lugar, bajo una visión perspectivista, he expuesto que el español visto desde México es el conjunto de producciones y percepciones lingüísticas y discursivas relevantes para los ciudadanos mexicanos (Martín Butragueño, 2016, en prensa a) ligadas a circunstancias históricas y sociales específicas que no se agotan en las fronteras del país, sino que van mucho más allá, y que deben ser base para cualquier política lingüística y para cualquier obra analítica o aplicada que se quiera llevar a cabo. Esa misma idea sustenta la memoria verbal que se pretende en el *Archivo de la palabra* (AML, en proceso). El español mexicano, especialmente el hablado en varias de las grandes ciudades del país, empezando por la propia Ciudad de México, ocupa sin duda una posición lingüística central en el contexto hispánico, como puede defenderse al hilo de las propuestas sobre la realidad pluricéntrica de las grandes lenguas internacionales,<sup>8</sup> y como puede constatarse por muy diferentes razones sean éstas demográficas, culturales o educativas (Martín Butragueño, en prensa b). El chamorro de Guam y las Marianas del norte, en cambio, ocupa una posición notoriamente periférica en los asuntos de ese concierto hispánico (cf. Sippola, 2016); de hecho, no se trata siquiera de una variedad de español, sino en todo caso de una lengua que ha

<sup>6</sup> Y es que si hubiera que reducir la historia lingüística de México a un solo enunciado sería el siguiente: la historia de la expansión y naturalización del español en México es exactamente la misma historia del desplazamiento de las lenguas previas. Si las cosas son así, entender las causas y las condiciones de ese reemplazo no es un hecho más de historia lingüística, sino el hecho que por excelencia debe estudiarse y comprenderse.

<sup>7</sup> La cita ha sido traducida de la versión en inglés del libro de Calvet, es decir: “[...] languages are a capital, and the possession of certain of them endows us with surplus value while others enjoy no prestige whatever on the market [...]” (2006: 3). Conviene anotar que Calvet no usa *ecología* como ‘ambientalismo’, sino como ‘estudio científico del *habitat*’ (2006, p. 8); véase para más detalles el cap. 1 (pp. 23-57) del libro que se está citando. Véase también Bourdieu (1982).

<sup>8</sup> Véase por ejemplo Muhr y Marley (2015).

sido fuertemente influida por el español (véase el libro de Rodríguez-Ponga, 2009).<sup>9</sup>

Conviene traer a colación algunas ideas básicas que nos permitan poner los hechos en juego en un tablero más general. La primera de esas ideas es la importancia que tiene el contacto de lenguas y el contacto de dialectos en la historia lingüística de una comunidad y en los cambios experimentados por un sistema lingüístico. Esta perspectiva, que en algunos momentos se ha minimizado, ha sido también subrayada por diversos estudiosos (*cf.* Kerswill, 1996, 2006, 2018). Sin defenderlo en todo su extremo, es claro que el contacto consensuado o, las más de las veces conflictivo, es un componente muy importante en la historia lingüística.

Vistas las cosas desde el español, y es la segunda idea general, es necesario entender cuidadosamente cuál es el papel de esta lengua en cada caso, en cada momento histórico y en cada espacio social.<sup>10</sup> Una clasificación entre lengua alta o del poder y los espacios públicos *vs.* lengua baja o dominada y de los espacios privados, en la tradición de estudio de las diglosias (*cf.* Zimmermann, 2010) —aunque sea de modo tan matizado como lo hizo Parodi (2010) para la Nueva España al establecer las relaciones entre el neolatín, el español y las lenguas indígenas (véase asimismo Zimmermann, 2006b)— puede no ser lo suficientemente abarcadora para entender la naturaleza pluricéntrica actual y los fuertes contrastes entre la existencia de áreas periféricas y ciudades si no globales y policéntricas,<sup>11</sup> sí en vías de convertirse en ello, como ocurre con Ciudad de México

<sup>9</sup> Hay muchas preguntas que merece la pena hacerse, además de la diferencia entre áreas periféricas y áreas centrales. Por ejemplo, por qué en México no parecen haberse desarrollado variedades criollas, o, si se generaron, por qué no se han preservado. Pero es esa diferencia de condiciones actuales la que puede ser particularmente iluminadora. Entre la abundante bibliografía sobre los criollos, véase Zimmermann (1995, 2006a), Díaz-Campos y Clements (2008) y McWhorter (2016, 2018).

<sup>10</sup> Véase Vertovec (2007) y Blommaert (2010, 2013) para diversos aspectos que afectan a la caracterización del espacio social.

<sup>11</sup> El policentrismo hace referencia aquí a la complejidad dentro de una misma comunidad, debida a veces a la presencia de grupos con valores sociolingüísticos diferenciados, por ejemplo en diversos grupos de inmigrantes. Véase Blommaert (2010: especialmente 39-41) y Martín Butragueño (en prensa a; en prensa b) para mayores precisiones.

(Martín Butragueño en prensa b). De ahí el énfasis en la necesidad de ver las cosas desde cada comunidad.

La tercera y última idea básica es que conviene distinguir entre varias situaciones históricas y sociales diferentes para una lengua como escenario general, quizá no necesariamente excluyentes entre sí. Pensando en el español, cabe hablar cuando menos, según las ocasiones, de lengua patrimonial, colonial, poscolonial, nacional, recesiva, de herencia y vestigial, y sugerir, para no perderse en largas discusiones,<sup>12</sup> definiciones operativas.

Una lengua es patrimonial cuando se habla en un territorio desde un periodo que se siente de profundidad indefinida, al tiempo que la comunidad que habla esa lengua se identifica con ella, es decir, entre las marcas de identidad, se acentúa como una propiedad. Quizá pueda entenderse incluso de manera muy literal como un bien que se posee y del que pueden obtenerse algunos beneficios. En líneas generales, es posible que los hablantes de español castellano perciban la lengua española como propia, es decir, como más propia de lo que lo pueda ser para otras comunidades hispanohablantes. Es, ciertamente, una cuestión de percepción y de identidad,<sup>13</sup> y es también una ponderación relativa, en la medida en que diferentes comunidades sientan como más o menos patrimonial el español, esto es, en la medida en que se identifiquen históricamente con esta lengua, sean fieles a ella y se sientan legitimados para obtener beneficios derivados de la posesión de la lengua.<sup>14</sup>

El español es o ha sido colonial cuando es la lengua que sólo se emplea en los dominios institucionales: en la administración pública, en los servicios médicos y religiosos, en los entornos militares, judiciales y penitenciarios, en las cabeceras de municipios y de las haciendas. En general,

<sup>12</sup> Aun admitiendo que esas discusiones son necesarias, dados los diferentes puntos de vista e incluso las diferencias terminológicas entre autores.

<sup>13</sup> Véase en este contexto Hernández-Campoy (2011) y Niño-Murcia (2011).

<sup>14</sup> No es el momento ahora para discutir si el español se percibe como patrimonial en México, lo que deberá hacerse con más cuidado y con más datos, pero de entrada no parece que la sociedad mexicana perciba plenamente el español como un patrimonio pleno, en el sentido mencionado. En Martín Butragueño (en preparación) se hace un recuento de algunos problemas que tratan sobre la percepción lingüística del español en México.

la gran masa de la población no habla español o lo conoce muy imperfectamente, y la relación entre la administración y los administrados se produce en buena medida gracias a individuos bilingües que se muevan con comodidad entre uno y otro polo social. Aunque esta situación está ligada a las etapas históricas coloniales, en realidad consiste en una estructura independiente. Por ejemplo, es muy posible que el español en México haya empezado a dejar de ser colonial antes de que terminara la Colonia, pero que al tiempo esta misma situación se prolongara por buena parte del siglo XIX, ya en el periodo independiente.<sup>15</sup> Es probable que sea incorrecto decir que el español se perdió en Filipinas; simplificando los hechos, puede que sea mejor decir que el español no sobrepasó propiamente el carácter de lengua colonial, y que al desmantelarse la estructura administrativa, política y militar que la sustentaba y ser sustituida por otra estructura colonizadora, no fue posible asistir a desarrollos ulteriores (*cf.* Rodao, 1996; Quilis y Casado, 2008, entre otros).

El español poscolonial sería el español que se vuelve general en un territorio determinado, en la medida en que desplaza a las lenguas previas a través de una bilingüización masiva y de un abandono posterior de las lenguas originarias. Sería también el tipo de lengua que sirve para dar cohesión a territorios con gran diversidad étnica, sea ésta vernácula o migratoria, donde las diferencias sociales son extraordinariamente abruptas y las gentes que habitan extensos territorios tienen necesidad de construir una identidad común.<sup>16</sup> Cuando el español poscolonial va adquiriendo carta de naturaleza y desarrolla cierta identidad en un Estado nacional, se convierte básicamente en aquello a lo que se ha llamado lengua nacional en México y en otros países: la lengua que desplaza lo previo y que cimienta lo propio, pero quizá sin ser percibida del todo como un patrimonio pleno, del que se sienta posible extraer un beneficio directo y mutuo; es, hasta cierto punto, una institución traída por otros y de otra parte. Por supuesto, la realidad es siempre

<sup>15</sup> Puede resultar útil en este contexto la lectura de Villavicencio (2010).

<sup>16</sup> Para el asentamiento, expansión y diversificación del español en México véase el libro de Hidalgo (2016), así como diversos capítulos de Barriga y Martín Butragueño (2010-2014, y en prensa).

cambiante y es posible que las cosas muden. Así, cabe concebir que si en México el español pasó de ser una lengua colonial a una lengua poscolonial luego mutada en nacional, podría ser que el español se convierta algún día en una lengua plenamente patrimonial, como probablemente ha ocurrido, o por lo menos en mayor grado, con el portugués de Brasil o con el inglés de Estados Unidos.<sup>17</sup> En palabras llanas, este cambio consistiría en que los ciudadanos mexicanos no se sientan sólo dueños del español de México, sino propietarios del español en general. Es posible también, sin embargo, que esta mutación no ocurra y que el español permanezca como una lengua nacional, a la vista de lo que sucede en buena parte del planeta donde el estatus de las lenguas europeas es hoy día colonial o poscolonial.<sup>18</sup>

Hay más elementos en esta historia, y es necesario tener presente al menos la existencia de español recesivo o residual, así como de herencia y vestigial, siquiera sea de forma operativa. De modo práctico, pues las cosas son más complejas, puede decirse que el recesivo es el que se va dejando de hablar en un territorio dado, como va ocurriendo con el sefardí en casi todas partes; el español de herencia encaja en general con el perfil de muchos descendientes de inmigrantes hispanos en Estados Unidos; vestigial podría ser el árabe andalusí en el español actual o el español en los criollos chabacanos de Filipinas.<sup>19</sup>

#### EL ESPAÑOL EN FILIPINAS Y EN EL PACÍFICO OCCIDENTAL

Volvamos entonces a las islas Marianas y a las Filipinas para mirarnos en el espejo del español colonial, recesivo y vestigial y entender mejor

<sup>17</sup> Aunque el problema debería discutirse en detenimiento, véanse por lo pronto los comentarios de López García (2010: 86-88, entre otros pasajes).

<sup>18</sup> Aquí sólo se puede ofrecer una mención puramente operativa de lo poscolonial, que debe verse en el amplio contexto de los estudios culturales sobre el poscolonialismo; véase por ejemplo Young (2003).

<sup>19</sup> Para los muchos problemas relacionados con los conceptos de lengua recesiva, de herencia y vestigial, es útil consultar Calvet (2006), Lipski (2008), Valdés y Geoffrion-Vinci (2011), Montrul (2013), entre otros.

quiénes somos y quiénes no somos. Partamos entonces de la premisa de que el español del Pacífico occidental nunca pasó de ser una lengua colonial, de que hoy por hoy la lengua española es residual (*cf.* Molina Martos, 2006; Rodríguez-Ponga, 2009; Moreno Fernández, 2009: 441-450; Fernández, 2013; Sippola, 2016, especialmente §3.1, pp. 181-182) y de que sus principales vestigios se encuentran en el papel lexificador del español en ciertas lenguas criollas y en los abundantes préstamos a otras diversas lenguas de la región (Albalá, 2001; Quilis y Casado, 2008; Rodríguez-Ponga, 2009; Lipski, 2012, entre otros).

El léxico es siempre llamativo para mostrar la historia del español en general y, de manera especialmente interesante, la expansión del español mexicano, que no sólo ha permanecido y se ha renovado en Estados Unidos y ejercido su influencia en diversas latitudes hispanoamericanas, sino que fue llevado por el Pacífico desde el siglo xvi. Y es que, visto desde México, un aspecto que hace singularmente interesante al español del Pacífico occidental es que recibió importante influencia novohispana durante la época colonial (*cf.* León-Portilla, 1960; Quilis y Casado, 2008; Rodríguez-Ponga, 2009, entre otros).

La relación de Filipinas con América en general y con México en particular se refleja desde luego en el léxico. Ya en 1960 Miguel León-Portilla, a partir del *Diccionario de filipinismos* de W. E. Retana (Nueva York, 1921) y de los informes de Luis G. Miranda, ofrecía la siguiente relación de nahuatlismos empleados en el español de Filipinas, algunos de ellos con acepciones particulares de aquel país:

Achuete, aguacate, apachurrar, atole, cacahuete, camachile o cuamuchil [*sic*], camote, coyote, chicle, chico ‘chicozapote’, chocolate, chucubite ‘chiquihuite’, jícara, mecate, metate, nana (< nantli ‘madre’), pachón (< pachoa ‘apretar’), pepenar, petaca, petate, tamal, tapanco, tata (< tahtli ‘padre’), tianguis, tiza, tocayo, tomate, zacate.

Muy sugerente resulta el trabajo de Albalá (2001), sobre “Voces indígenas americanas en las lenguas del Pacífico”, que incluye un catálogo de 111 indoamericanismos en varias lenguas de las islas Filipinas

—bicolano (bic.), cebuano (ceb.), ilocano (il.), kapañpangan o pampango (kap.), pangasinan (pang.), tagalo (tag.)—; de las islas Marianas —chamorro (cham.), carolino (car.)—; de las islas Palaos —palauano (pal.)—; de las islas Carolinas —kusaeño (kus.), mokilés (mok.), ponapeño (pon.), trukés (truk.), uleayano (ul.), yapés (yap.)—; y, de las islas Marshall —marshalés (mar.)— (p. 279 y n. 1, p. 281). Algunos de los casos procedentes del náhuatl que anota son:

**aguacate** (náh.) ‘cierto árbol y su fruto (*Persea gratissima*)’ > bic. *abokado*; ceb. *abokado -u*; cham. águagwat ‘obstinado, terco’; il. *abokado*; kap. *abukádu*; tag. *abokado*.

**copal** (náh.) ‘cierto tipo de resina’ > kap. *kúpal*.

**papalote** (náh.) ‘cometa’ > car. *papalote -i*; cham. *papalote, -i* ‘cometa’; tag. *parparó, parparó, aliparó* ‘mariposa’.<sup>20</sup>

**zacate** (náh.) ‘pasto’ > bic. *sakáte*; cham. *sakati, -e*; tag. *sakate*.

Fuente: Albalá (2001, ítem 3, p. 286; ítem 49, p. 290; ítem 89, p. 292; ítem 111, p. 294).

Quilis y Casado (2008), en su extenso volumen de 843 páginas, titulado *La lengua española en Filipinas: historia, situación actual, el chabacano, antología de textos*, tratan la historia de la presencia hispana, el español como primera y segunda lengua, el criollo chabacano, la presencia en la toponimia. Uno de las muchas cuestiones de las que se ocupan Quilis y Casado son los americanismos léxicos (2008, §3.4.11, pp. 408–410):<sup>21</sup> algunos de los casos que mencionan son *gwatsinango* ‘hipócrita’ < de *guachinango* ‘zalamero, bromista’, como se usaría en Cuba y Puerto Rico; *plomero, sayote* < de *chayote, sirkeró, sisiwa* < de *chichigua*, entre muchas otras.

Como señalan también Quilis y Casado (2008, §1.2, pp. 28–37), si bien los portugueses ya habían surcado aguas filipinas, Magallanes alcanza

<sup>20</sup> Albalá aclara que no hay completa certeza de que las últimas voces vengan de *papalote* (2001: 292, n. 27).

<sup>21</sup> Con respecto a los rasgos lingüísticos del español filipino, así como del chabacano y del chamorro, Moreno Fernández presenta, en su libro *La lengua española en su geografía*, una útil síntesis (2009: 441–450). Véase también del mismo autor *La maravillosa historia del español* (2015: 247–250).

el 6 de marzo de 1521 las islas de Los Ladrones —que serán luego las islas Marianas— y el 16 del mismo mes las islas de San Lázaro, ya en dominio actualmente filipino. Aunque hubo viajes intermedios, para una presencia más efectiva hay que esperar al viaje de Legazpi y Urdaneta:

Felipe II —poco después de comenzar su reinado y a instancias de Andrés de Urdaneta, marino, geógrafo y monje agustino residente en México—, ordenó al virrey de Nueva España que organizase una expedición cuyo mando le fue confiado a López de Legazpi, alcalde de México a la sazón, y en la que iba Urdaneta con el objeto de encontrar una ruta estable de regreso a Nueva España. Partió del puerto de Navidad, en México, el 21 de noviembre de 1564; se componía de cuatrocientos hombres que embarcaron en tres naves y un patache. El 22 de enero de 1565, arribaron a la isla de Guam, en el archipiélago de las Marianas, que Legazpi añadió a la Corona.

El 13 de febrero llegaron a Filipinas; desembarcaron el 20 del mismo mes en la isla de Samar para tomar posesión de la misma, y el 27 de abril, en el puerto de Cebú, donde antes había fondeado Magallanes (Quilis y Casado, 2008: 35).

Sin embargo, el español nunca consiguió asentarse plenamente en Filipinas, por diferentes razones, en opinión de Quilis y Casado; la primera y muy importante es la distancia a la que se encontraban las islas Filipinas y la dificultad de llegar a ellas; un segundo factor, es que dada la poca población hispanohablante que llegaba, el mestizaje fue también bastante reducido. La política lingüística con respecto a las lenguas originarias habría sido semejante a la sostenida en América, con vaivenes pero parcialmente mediada por los objetivos evangelizadores; y ya en el siglo XIX, el relativo aumento de la educación, con algunas repercusiones en la expansión del español, se verá interrumpido por el cambio de poder colonial y por la intensa política de expansión del inglés ejercida por Estados Unidos (2008, §1.4.4, pp. 55-68 y §1.4.5, pp. 68-70).

Paradójicamente, la literatura hispanofilipina vivió uno de los momentos de mayor esplendor en el periodo comprendido entre su in-

dependencia de España (1898) y su independencia de Estados Unidos (1946), en la medida en que la mirada a la tradición hispánica adquiere un sentido nacionalista frente a la influencia del país norteamericano, como ha observado Rodao (1996). Un trabajo reciente (2018) publicado por Mojarro Romero en la *Nueva Revista de Filología Hispánica*, dedicado a analizar las bases para el estudio de la literatura hispanofilipina en el siglo xx, aporta numerosas pistas para entender mejor los hechos, considerando por ejemplo que la primera historia de la literatura en español en Filipinas, la de Estanislao B. Alinea, se publica en 1964 y considera que el periodo de oro corresponde a los años 1903-1942 (Mojarro, 2018: 662). En cualquier caso:

La década de los años setenta asistió a la virtual desaparición del sistema de literatura filipina en español. La mengua en el número de hablantes significó irremisiblemente la disminución de lectores y de autores, así como la escasez de editoriales dispuestas a publicar y la reducción de la prensa escrita en español, que empezaba ya a verse desde hacía algunos años como el vestigio de un tiempo pasado [...] (Mojarro Romero, 2018: 666).

#### VESTIGIOS DEL ESPAÑOL EN EL CHABACANO Y EN EL CHAMORRO

Si la situación de la lengua española en Filipinas es hoy en día sólo residual, han quedado numerosos vestigios de ella en diversas lenguas del Pacífico occidental, como ya se vio para el léxico al citar el trabajo de Albalá (2001). Esta presencia es particularmente evidente en algunas de ellas, como en las variedades del chabacano, que es una lengua criolla, o en el chamorro, que es austronésica malayo-polinesia,<sup>22</sup> pero tiene una fuerte relexificación desde el español (*cf.* Rodríguez-Ponga, 2009).<sup>23</sup>

<sup>22</sup> Según Simons y Fennig (2018, en <<https://www.ethnologue.com/language/cha>>), donde pueden verse otros detalles.

<sup>23</sup> Véase Moreno Fernández (2009: 450) para una reflexión acerca de que las lenguas criollas y mixtas forman parte del mundo hispanohablante. En lo personal, mi opinión es que puede

Muy esquemáticamente, debe recordarse que un criollo tiene léxico de una lengua y elementos gramaticales de otra o de otras, incrustados en una estructura sintáctica relativamente simple, donde escasean las flexiones y abundan los elementos analíticos; históricamente, han suscitado actitudes negativas y despectivas, pero son verdaderas lenguas (cf. McWhorter, 2018, para una discusión más amplia). Como ha señalado el propio McWhorter (2018), a pesar de los debates de los últimos años, los criollos supondrían una disrupción total sobre la situación previa, y no serían sólo una cuestión de aprendizaje imperfecto de una segunda lengua o de mezcla de lenguas (véase Zimmermann, 2006a, para una perspectiva constructivista).

El célebre Hugo Schuchardt fue pionero en el estudio del criollo filipino (cf. Quilis y Casado 2008, §5.2, p. 432), el malayoespañol, como lo llamó en su trabajo publicado en 1883, “[...] Über das Malaiospanische der Philippinen”, quince años antes de que las islas dejaran de ser colonia española.<sup>24</sup> Otro trabajo importante en los estudios sobre el chabacano es el de Keith Whinnom cuyo libro de 1956, *Spanish Contact Vernaculars in the Philippine Islands* fue una referencia indispensable durante mucho tiempo.

En la actualidad es posible encontrar abundante información sobre las variedades del chabacano en diversas publicaciones, quizá especialmente sobre el zamboangueno. El libro de Quilis y Casado (2008) incluye un extenso capítulo sobre éste, a modo de gramática descriptiva, además de diferentes textos y grabaciones. La vida del chabacano es, por otra parte, compleja, como ha mostrado por ejemplo Lipski (2012) en relación a *ikaw* ‘usted’, préstamo procedente del tagalo, de modo que el chabacano experimenta ahora la influencia de esa lengua. Con respecto a la génesis

---

estarse de acuerdo sólo en un sentido amplio, y que es más preciso tomarlas como lo que son, es decir, como criollos con relación genética, o como lenguas que en cierto periodo experimentaron una enorme influencia del español. Asimismo, Moreno Fernández (2009: 449) recuerda la consideración de Rodríguez-Ponga (en 2009 y en otros trabajos) y de Munteanu (2003) acerca del chamorro como lengua mixta.

<sup>24</sup> Muy útil es la bibliografía de los trabajos schuchardtianos de criollística, incluida por Glenn G. Gilbert en su edición y traducción de Schuchardt (1980: 127-130), que da idea de la enorme aportación del gran lingüista.

del chabacano, Moreno Fernández (2009: 445) menciona la observación de Whinnom (1956) acerca de que los filipinos tuvieron contacto con el español a través de las tropas hispanohablantes de Zamboanga, hispanohablantes en buena medida de origen mexicano, contacto ampliado luego en el tiempo y en otros espacios sociales.

El *Atlas of Pidgin and Creole Language Structures Online* o APiCS (Michaelis *et al.*, 2013), que contiene una información preciosa sobre docenas de lenguas, incluye conjuntos de datos de seis criollos en los cuales el español aparece como lengua lexificadora: el chabacano de Ternate (Sippola, 2013a, 2013b), el chabacano de Cavite (Sippola, 2013c, 2013d), el chabacano de Zamboanga (Steinkrüger, 2013a, 2013b), el papiamentu (Kouwenberg, 2013; Maurer, 2013), el palenquero (Schwegler, 2013a, 2013b) y el media lengua (Muysken, 2013a, 2013b). El APiCS presenta *de facto* el ternateño, el caviteño y el zamboanguéño como lenguas distintas; no es el único enfoque, pues Quilis y Casado (2008, §5.3, p. 433) hablan de “modalidades” y de “[...] distintas áreas de chabacano, con hablas que presentan algunas variantes” (*id.*), al mencionar el chabacano caviteño, ternateño, ermitaño (desaparecido), zamboanguéño y cotabateño<sup>25</sup>.

Según Steinkrüger (2013a), el zamboanguéño tiene unos 450 000 hablantes, la mayoría en la zona de la ciudad de Zamboanga, en la isla de Mindanao;<sup>26</sup> la lengua tiene usos literarios y en medios electrónicos, y parcialmente en radio, televisión y periódicos y en la escuela.<sup>27</sup>

Resulta muy sugerente echar un vistazo a las características de una lengua criolla como el chabacano zamboanguéño. Si como hispanohablantes consideramos los aspectos fónicos y léxicos, quizá daría la impresión de que nos encontramos ante un exótico dialecto del español; sin embargo,

<sup>25</sup> Los mismos autores puntualizan también “[...] que, en Davao, en isla de Mindanao, no hemos encontrado rastro alguno de chabacano originario de la zona; el que pervive es un *pidgin* que se utiliza para comunicarse, en los negocios, con los comerciantes chinos” (Quilis y Casado, 2008: 433). Véase también Lesho y Sippola (2014) para una perspectiva perceptual, así como las referencias allí citadas.

<sup>26</sup> Sobre esto, *cf.* Steinkrüger (2013a, en: <<https://apics-online.info/contributions/46>>).

<sup>27</sup> Y a propósito de esta cuestión, véase Steinkrüger (2013a, en: <<https://apics-online.info/contributions/46#tsociolinguistic>>).

los datos sintácticos dejan en seguida a las claras que nos encontramos ante una lengua diferente (*infra*). El cuadro 1 muestra los segmentos fónicos propios de esta lengua, acompañados de algunos ejemplos léxicos, siguiendo en todo ello a Steinkrüger (2013a).

Como puede apreciarse a partir de los datos de Steinkrüger (2013a) mencionados en el cuadro 1, el zamboanguense presenta un sistema de cinco vocales, idéntico al del español, aunque con alternancias entre las vocales medias y las altas en las sílabas átonas, es decir, de /e/ con /i/ y de /o/ con /u/;<sup>28</sup> el sistema consonántico es también muy parecido, en especial en los alófonos principales, con el añadido de algunos fonemas, como /ɣ/ y /ŋ/, aunque desde luego ciertos aspectos dotan al zamboanguense de otros caracteres específicos, como la posible pronunciación [dʒ] de Dyos ‘Dios’, o la tendencia a alternar [p] y [f], de modo que *pwénte* es ‘fuente’ y ‘puente’; y en lo que toca al léxico, es transparente el origen hispano de la mayor parte de los ejemplos, a veces con ciertos ajustes, como ocurre en infinitivos como *ganá*, *nasé*, *bené*, *librá*, sin que falten formas de otros orígenes, como *bátaq* ‘niño’.<sup>29</sup>

Probablemente podría asentarse también ese aire hispánico en la prosodia superior, en lo que toca a la entonación, el ritmo y la solidez de los acentos tonales, etc., por lo menos si se juzga, por ejemplo, a partir del audio incluido en Steinkrüger (2013a). El lector puede escuchar diversos ejemplos sonoros de lenguas criollas en el citado *Atlas of Pidgin and Creole Language Structures Online* (Michaelis et al., 2013). Asimismo, Quilis y Casado (2008) ofrecen una amplia selección de fragmentos sonoros relacionados con la presencia hispana en Filipinas.

Pero tales impresiones de notoria cercanía con el español pueden ponerse en seguida en entredicho en cuanto se consideran algunos de los muchos rasgos sintácticos descritos en Steinkrüger (2013a; en: <<https://apics-online.info/contributions/46#tprimary>>): por mencionar un aspecto, en zamboanguense se documentan varios órdenes de palabras,

<sup>28</sup> La información procede también de Steinkrüger (2013a, en: <<https://apics-online.info/contributions/46#tsegments>>, véanse los botones donde se indican más detalles).

<sup>29</sup> Los datos proceden de la fuente citada en la nota previa.

CUADRO 1. Sonidos del zamboanguense y ejemplos léxicos<sup>a</sup>

<i>Grupo</i>	<i>Sonido</i>	<i>Ejemplos</i>
<b>Oclusivos</b>	/p/	pwéde ‘puede’
	/b/	byen ‘muy’
	/t/	táta ‘padre’
	/d/	dále ‘da’
	/k/	kása ‘casa’
	(/k <sup>w</sup> /)	kwándo ‘cuando’
	/g/	ganá ‘ganar’
	/tʃ/	chóngo ‘mono’
	(/c/)	chóngo ‘mono’
	(/tʃ̄/)	chóngo ‘mono’
	(/dʒ̄/)	Dyos ‘Dios’
<b>Fricativos</b>	/ʔ/	bátaq ‘niño’
	(/f/)	ofisína ‘oficina’
	(/v/)	bes ‘vez’
	/s/	ságing ‘plátano’
	(/ʃ/)	informasyón ‘información’
	(/ʒ/)	dyénte ‘diente’
<b>Resonantes</b>	/h/	hénte ‘gente’
	/m/	mareháda ‘ola(s)’
	/n/	nasé ‘nacer’
	/ɲ/	ányo ‘año’
	/ŋ/	mga ‘PL’
	/r/	ríko ‘rico’
	(/r/)	ríko ‘rico’
	/l/	lamúk ‘mosquito’
<b>(Semi)vocales</b>	/ɿ/	yéde ‘hiede’
	(/w/)	wébos ‘huevo’
	/a/	máma ‘mama’
	/e/	bené ‘venir’
	/i/	librá ‘librar’
	/o/	ótro ‘otro’
	/u/	úmo ‘humo’

<sup>a</sup> Los casos entre paréntesis son los señalados como alófonos menores por Steinkrüger (2013a), a quien se remite también para diversos pormenores sobre las grafías, ciertas alternancias entre sonidos, y algunos condicionamientos posicionales y acentuales y según los orígenes de las palabras (<<https://apics-online.info/contributions/46#segments>>).

Fuente: Adaptado de Steinkrüger (2013, en: <<https://apics-online.info/contributions/46#segments>>).

aunque con diferentes frecuencias, de modo que el orden vso es más frecuente que el orden svo, y éste es más frecuente que el orden sov (donde V es el verbo, S el sujeto y O el objeto); los ejemplos (1a) y (1b) ofrecen precisamente dos casos donde los sujetos ‘el hombre’ y ‘los hombres’ aparecen en segunda posición, después del verbo, con un orden vso.

(1)

a. Ya-prepará ei ómbre un baróto.

Ya-prepará ei ómbre un baróto.

PFV-preparar ART hombre un baroto (‘bote pequeño’)

‘El hombre preparó un pequeño bote’.

b. Ya-mirá el mga ómbre un póno de ságing.

Ya-mirá el mga ómbre un póno de ságing.

PVF-ver ART PL hombre un árbol de plátano

‘Los hombres vieron un platanero’.

*Fuente:* Steinkrüger (2013a, en: <<https://apics-online.info/valuesets/46-1>> [se traducen las glosas presentadas en inglés en el original].

Aunque en español también son posibles varios órdenes de palabras, para ejemplos como los de (1) esperaríamos en cambio un orden svo, que de hecho es el más frecuente en nuestra lengua.

Por supuesto, existen muchas otras características morfosintácticas del zamboanguense, para las que se remite a la fuente que se está mencionando (Steinkrüger, 2013a), que hacen obvio que se trata de una lengua relacionada con el español por vía de un proceso de criollización, pero no desde luego español, aun cuando existan vestigios del español en el chabacano.

Muy interesante es también la historia del chamorro.<sup>30</sup> Según Rodríguez-Ponga:

<sup>30</sup> Para mayor información, véase también Sippola (2016: 182-186, §3.2). En Zimmermann (2011) se describe el *Diccionario español-chamorro* de fray Aniceto Ibáñez, de 1865.

En las islas Marianas, la huella hispánica —española y mexicana principalmente— se advierte hoy, entremezclada con elementos autóctonos, asiáticos y norteamericanos, en muy diversos ámbitos de la vida cotidiana, desde los nombres y apellidos de sus nativos, hasta la gastronomía, pasando por la religión (católica) y las huellas arquitectónicas (2009: 17).

Y sigue [tras asteriscos]:

El chamorro es la lengua de las islas Marianas. La hablan actualmente unas 60000 personas, en los dos territorios en los que se divide el archipiélago (el Territorio de Guam y la Mancomunidad de Islas Marianas del Norte), a los que hay que sumar otros hablantes que han emigrado a Estados Unidos. Salvo algunas personas mayores que siguen siendo monolingües, todos los hablantes de chamorro son hoy hablantes de inglés. Más aún: cada vez hay más chamorros que se autoidentifican étnicamente como tales, pero cuya lengua principal es el inglés, y mantienen el chamorro sólo de forma residual (2009: 17-18).

Siguiendo a Rodríguez-Ponga, el léxico chamorro sería más o menos la mitad de origen español, y habría también influencias fónicas y gramaticales (2009: 18). El capítulo v de su libro (pp. 93-103) está dedicado a “La influencia mexicana”, pues más allá de que la Nao de la China recalaba en las islas Marianas, se funda un establecimiento permanente en 1668 y, dada la reducción de la población nativa a finales de esa centuria, los mexicanos serían uno de los principales contingentes repobladores (pp. 93-94). Para Rodríguez-Ponga, la presencia cultural mexicana sería fuerte, bien por nacimiento, bien por estancia al viajar desde la Nueva España, hasta la independencia de México (pp. 94-95). El maíz arraigó en las islas Marianas desde 1690 y hoy se consumen *tamales*, *atole*, *tortilla* y *chilaquiles* (p. 96). En el siglo xix hay testimonios de la *Danza del emperador Moctezuma* (p. 96), aunque parece que se relacionaba a Moctezuma con Perú (p. 98). Otras huellas de esa presencia mexicana, en el seno del léxico hispano, es el *papalote* para la ‘cometa’ o el léxico de las peleas de gallos: *gayu*, *nabaha*, *gayera*, *aposta* (p. 101).

## UNA CIERTA CONCLUSIÓN

¿Por qué es entonces importante fijarnos en el Pacífico occidental para ver con más claridad la lengua española desde México? La respuesta es ésta: al considerar otras situaciones, disponemos de un notorio punto de comparación, de modo que es particularmente llamativo observar que a veces las cosas han ocurrido de manera muy semejante y otras no tanto. Al igual que con el chamorro y con otras lenguas isleñas, algunas lenguas mexicanas han recibido una abundante cantidad de préstamos, y por ejemplo Hill y Hill (1977, *apud* Munztel, 2010: 975) han llegado a hablar de relexificación de algunas variedades del náhuatl.<sup>31</sup>

A diferencia de los criollos chabacanos, no hay hasta el momento pruebas solventes de que en México se hayan desarrollado criollos, lo que es un punto relevante en la polémica de por qué en la América hispanohablante casi no se desarrollaron este tipo de lenguas (como discuten por ejemplo Zimmermann, 1995; Díaz-Campos y Clements, 2008 y McWhorter, 2016).

En especial, y a diferencia de la historia del español filipino, en México se pasó del español colonial novohispano al español nacional mexicano, y ni lo uno ni lo otro ocurrió por razones de estructura lingüística, o por la presencia de una gran variedad de lenguas, o por el aprecio o el desdén por cierta cultura literaria, sino por un complejo conjunto de razones históricas y sociales que nos llevaron hasta el punto en el que estamos y que convendrá seguir examinando a la luz de otras situaciones de variación, diversidad y contacto.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Albalá, Paloma (2001), “Voces indígenas americanas en las lenguas del Pacífico”, *Lo propio y lo ajeno en las lenguas austronésicas y amerindias. Procesos interculturales en el contacto de lenguas indígenas con el español en el Pacífico e*

<sup>31</sup> Para el contacto entre náhuatl y español véase el importantísimo volumen de Hill y Hill (1986) y, más recientemente, Olivar (en preparación), entre otros trabajos.

- Hispanoamérica*, edición de Klaus Zimmermann y Thomas Stolz, Iberoamericana – Vervuert, Madrid – Fráncfort, pp. 279-294.
- AML (Academia Mexicana de la Lengua) (en proceso), *Archivo de la palabra*, dirección de P. Martín Butragueño, Academia Mexicana de la Lengua, México.
- Barriga Villanueva, Rebeca, y Pedro Martín Butragueño (dirs.) (2010-2014), *Historia sociolingüística de México*, El Colegio de México, México, vols. 1-3.
- (en prensa), *Historia sociolingüística de México*, El Colegio de México, México, vols. 4-5.
- Blommaert, J. (2010), *The Sociolinguistics of Globalization*, Cambridge University Press, Cambridge.
- (2013), *Ethnography, Superdiversity and Linguistic Landscapes*, Multilingual Matters, Bristol – Buffalo – Toronto.
- Bourdieu, Pierre (1982), *Ce que parler veut dir: l'économie des échanges linguistiques*, Fayard, París.
- Bürki, Yvette, y Laura Morgenthaler García (coords.) (2016), *Varietades olvidadas del español = Estudios de Lingüística del Español*, 37; en: <<http://infoling.org/elies/37>>.
- Calvet, Louis-Jean (2006), *Towards and Ecology of World Languages*, Polity Press, Cambridge – Malden. [Original: *Pour une écologie des langues du monde*, Plon, París, 1999.]
- Díaz-Campos, Manuel, y J. Clancy Clements (2008), “A creole origin for Barlovento Spanish? A Linguistic and Sociohistorical Inquiry”, *Language in Society*, 37, pp. 351-383.
- Fernández, Mauro (2013), “The Representation of Spanish in the Philippine Islands”, *A Political History of Spanish: The Making of a Language*, edición de J. del Valle, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 364-379.
- Fernández, Mauro, y José del Valle (2013), “Introduction to the Making of Spanish beyond Spain and the Americas”, *A Political History of Spanish: The Making of a Language*. edición de J. del Valle, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 327-334.
- Fontdeglòria, Xavier (2017), “La diminuta Guam siente el aliento de Kim Jong-un”, *El País*, Internacional, 15 de agosto; en: <[https://elpais.com/internacional/2017/08/14/actualidad/1502712387\\_755221.html](https://elpais.com/internacional/2017/08/14/actualidad/1502712387_755221.html)> (consultado el 7 de febrero de 2019).

- Hernández-Campoy, Juan Manuel (2011), “Variation and Identity in Spain”, *The Handbook of Hispanic Sociolinguistics*, edición de M. Díaz-Campos, Wiley Blackwell, Malden – Oxford, pp. 704-727. [Consultado por la edición en *paperback* de 2015.]
- Hidalgo, Margarita (2016), *Diversification of Mexican Spanish. A Tridimensional Study in New World Sociolinguistics*, Walter de Gruyter, Boston – Berlín. [Consultado por la reimpresión de 2018.]
- Hill, Jane H., y Kenneth C. Hill (1977), “Language Death and Relexification in Tlaxcalan Nahuatl”, *Linguistics*, 12, 191, pp. 55-70; en: <<https://doi.org/10.1515/ling.1977.15.191.55>>.
- (1986), *Dynamics of Syncretic Language in Central Mexico*, The University of Arizona Press, Tucson. [Consultado por la reimpresión de 2016.]
- Kerswill, Paul (1996), “Children, Adolescents, and Language Change”, *Language Variation and Change*, 8, pp. 177-202.
- (2006), “Migration and Language”, *Sociolinguistics/Soziolinguistik. An International Handbook of the Science of Language and Society*, edición de K. Mattheier, U. Ammon y Peter Trudgill, De Gruyter, Berlín, 2.<sup>a</sup> ed.
- (2018), “Koeineization”, *The Handbook of Language Variation and Change*, edición de J. K. Chambers y N. Schilling-Estes, Wiley-Blackwell, Oxford, 2.<sup>a</sup> ed., pp. 519-536.
- Kouwenberg, Silvia (2013), “Papiamentu Structure Dataset”, *Atlas of Pidgin and Creole Language Structures Online*, edición de Susanne Maria Michaelis, Philippe Maurer, Martin Haspelmath y Magnus Huber, Max Planck Institute for Evolutionary Anthropology, Leipzig; en: <<http://apics-online.info/contributions/47>> (consultado el 8 de septiembre de 2018).
- León-Portilla, Miguel (1960), “Algunos nahuatlismos en el castellano de Filipinas”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, 2, pp. 135-138.
- Lesho, Marivic, y Eeva Sippola (2014), “Folk Perceptions of Variation among the Chabacano Creoles”, *Revista de Crioulos de Base Lexical Portuguesa e Espanhola*, 5, pp. 1-46; en: <[https://www.academia.edu/10324456/Folk\\_perceptions\\_of\\_variation\\_among\\_the\\_Chabacano\\_creole](https://www.academia.edu/10324456/Folk_perceptions_of_variation_among_the_Chabacano_creole)> (consultado el 27 de febrero de 2019).

- Lipski, John M. (2008), *Varieties of Spanish in the United States*, Georgetown University Press, Washington, D.C.
- (2012), “Remixing a Mixed Language: The Emergence of a New Pronominal System in Chabacano (Philippine Creole Spanish)”, *International Journal of Bilingualism*, 17, 4, pp. 448–478; en: <DOI: 10.1177/1367006912438302>.
- López García, Ángel (2010), *Pluricentrismo, hibridación y porosidad en la lengua española*, Iberoamericana – Vervuert, Madrid – Frankfurt.
- (2018), *Prolegómenos a un estudio de la variación lingüística*, Tirant Humanidades, Valencia.
- López Serena, Araceli (2013), “La heterogeneidad interna del español meridional o atlántico: variación diasistemática vs. pluricentrismo”, *Lexis*, 37, 1, pp. 95–161.
- Martín Butragueño, Pedro (2016), “Ensayo sobre flujos lingüísticos: contacto e identidad en el español visto desde México”, en *VII Congreso Internacional de la Lengua Española*, San Juan de Puerto Rico, Instituto Cervantes – RAE – ASALE, 15–18 de marzo; en: <[http://congresosdelalengua.es/puertorico/mesas/martin-butraguenno\\_pedro.htm](http://congresosdelalengua.es/puertorico/mesas/martin-butraguenno_pedro.htm)>.
- (en prensa a), “El español visto desde México”, para *Historia socio-lingüística de México*, vol. 5, *Nuevas visitas al pasado y al presente*, dirección de R. Barriga y P. Martín, El Colegio de México, México.
- (en prensa b), “Building the Megalopolis: Dialectal Leveling and Language Contact in Mexico City”, para *Spanish in the Global City*, edición de Andrew Lynch, Routledge, Londres.
- (en preparación), “Notas sobre lingüística «popular» y español en México”, ms.
- Maurer, Philippe (2013), “Papiamentu”, *The Survey of Pidgin and Creole Languages*, vol. 2, *Portuguese-based, Spanish-based, and French-based Languages*, edición de Susanne Maria Michaelis, Philippe Maurer, Martin Haspelmath y Magnus Huber, Oxford University Press, Oxford; en: <<https://apics-online.info/surveys/47>> (consultado el 8 de septiembre de 2018).
- McWhorter, John (2016), “The Missing Spanish Creoles are Still Missing: Revisiting Afrogenesis and its Implications for a Coherent Theory of

- Creole Genesis”, *The Iberian Challenge: Creole Languages Beyond the Plantation Setting*, Iberoamericana – Vervuert, Madrid – Fráncfort, pp. 39–66.
- \_\_\_\_\_ (2018), *The Creole Debate*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Michaelis, Susanne Maria, Philippe Maurer, Martin Haspelmath, y Magnus Huber (eds.) (2013), *Atlas of Pidgin and Creole Language Structures Online*, Max Planck Institute for Evolutionary Anthropology, Leipzig; en: <<http://apics-online.info>>.
- Mojarro Romero, Jorge (2018), “El estudio de la literatura hispanofilipina durante el siglo xx”, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 66, 2, pp. 651–681.
- Molina Martos, Isabel (2006), “El español en Filipinas y en el Pacífico: aspectos sociolingüísticos”, *Sociolingüística del español*, Biblioteca virtual Liceus (<http://www.liceus.com>); en: <[https://www.academia.edu/10744078/Aspectos\\_socioling%C3%BC%C3%ADsticos\\_del\\_espa%C3%B1ol\\_en\\_el\\_Pac%C3%ADfico\\_las\\_Islas\\_Filipinas\\_y\\_las\\_Islas\\_Marianas](https://www.academia.edu/10744078/Aspectos_socioling%C3%BC%C3%ADsticos_del_espa%C3%B1ol_en_el_Pac%C3%ADfico_las_Islas_Filipinas_y_las_Islas_Marianas)> (consultado el 27 de febrero de 2019).
- Montrul, Silvina (2013), *El bilingüismo en el mundo hispánico*, Wiley – Blackwell, Oxford.
- Moreno Fernández, Francisco (2009), *La lengua española en su geografía*, Arco Libros, Madrid.
- \_\_\_\_\_ (2015), *La maravillosa historia del español*, Espasa – Instituto Cervantes, Barcelona.
- Moreno Fernández, Francisco, y Jaime Otero Roth (2016), *Atlas de la lengua española en el mundo*, Fundación Telefónica – Ariel, Madrid – Barcelona, 3a. ed.; en: <[https://www.fundaciontelefonica.com/arte\\_cultura/publicaciones-listado/pagina-item-publicaciones/itempubli/539/](https://www.fundaciontelefonica.com/arte_cultura/publicaciones-listado/pagina-item-publicaciones/itempubli/539/)> (consultado el 7 de febrero de 2019).
- Munteanu, Dan (2003), “Reflexiones sobre el estatus lingüístico del chamorro”, *Lengua, variación y contexto. Estudios dedicados a Humberto López Morales*, edición de F. Moreno Fernández *et al.*, Arco Libros, Madrid, pp. 747–761.
- Muntzel, Martha (2010), “Lenguas originarias en riesgo: entre el desplazamiento y la vitalidad”, *Historia sociolingüística de México*, vol. 2, *México contemporáneo*, dirección de R. Barriga, y P. Martín, El Colegio de México, México, pp. 957–996.

- Muhr, Rudolph, y Dawn Marley (eds.) (2015), *Pluricentric Languages: New Perspectives in Theory and Description*, Peter Lang, Fráncfort.
- Muysken, Pieter (2013a), “Media Lengua Structure Dataset”, *Atlas of Pidgin and Creole Language Structures Online*, edición de Susanne Maria Michaelis, Philippe Maurer, Martin Haspelmath, y Magnus Huber, Max Planck Institute for Evolutionary Anthropology, Leipzig; en: <<http://apics-online.info/contributions/73>> (consultado el 8 de septiembre de 2018).
- (2013b), “Media Lengua”, *The Survey of Pidgin and Creole Languages*. Vol. 3: *Contact Languages Based on Languages from Africa, Asia, Australia, and the Americas*, edición de Susanne Maria Michaelis, Philippe Maurer, Martin Haspelmath y Magnus Huber, Oxford University Press, Oxford; en: <<https://apics-online.info/surveys/73>> (consultado el 8 de septiembre de 2018).
- Niño-Murcia, Mercedes (2011), “Variation and Identity in the Americas”, *The Handbook of Hispanic Sociolinguistics*, edición de M. Díaz-Campos, Wiley Blackwell, Malden – Oxford, pp. 728-746. [Consultado por la edición en *paperback* de 2015.]
- Olivar, Stefany (en preparación), *Algunos aspectos en el estudio de la entonación del español en contacto con el náhuatl de San Miguel “Canoa”, Puebla*, tesis doctoral, El Colegio de México, México.
- Österreicher, Wulf (2002), “El español, lengua pluricéntrica: perspectivas y límites de una autoafirmación lingüística nacional en Hispanoamérica. El caso mexicano”, *Lexis*, 26, 2, pp. 275-304.
- Parodi, Claudia (2010), “Tensión lingüística en la Colonia: diglosia y bilingüismo”, *Historia sociolingüística de México*, vol. 1, *México prehispánico y colonial*, dirección de R. Barriga y P. Martín, El Colegio de México, México, pp. 287-345.
- Quilis, Antonio, y Celia Casado (2008), *La lengua española en Filipinas: historia, situación actual, el chabacano, antología de textos*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.
- Retana, W. E. (1921), *Diccionario de filipinismos, con la revisión de lo que al respecto lleva publicado la Real Academia Española*, Nueva York.
- Rodao García, Florentino (1996), “La lengua española en Filipinas durante la primera mitad del siglo xx”, *Estudios de Asia y África*, 31, 1, pp. 157-175.

- Rodríguez-Ponga, Rafael (2009), *Del español al chamorro. Lenguas en contacto en el Pacífico*, prólogo de Gregorio Salvador, Ediciones Gondo, Madrid.
- Schuchardt, Hugo (1883), “Kreolische Studien IV: Über das Malaiospanische der Philippinen”, *Sitzungsberichte der Kaiserlichen Akademie der Wissenschaften, Philosophisch-Historische Classe*, 105, 1, pp. 111-150; en: <[https://ia800306.us.archive.org/21/items/rosettaproject\\_cbk\\_morsyn-2/148.pdf](https://ia800306.us.archive.org/21/items/rosettaproject_cbk_morsyn-2/148.pdf)> (consultado el 16 de febrero de 2019).
- (1980), *Pidgins and Creole Languages. Selected Essay by Hugo Schuchardt*, edición y traducción de Glenn G. Gilbert, Cambridge University Press, Cambridge. [Consultado por la reimpresión de 2009.]
- Schwegler, Armin (2013a), “Palenquero Structure Dataset”, *Atlas of Pidgin and Creole Language Structures Online*, edición de Susanne Maria Michaelis, Philippe Maurer, Martin Haspelmath y Magnus Huber, Max Planck Institute for Evolutionary Anthropology, Leipzig; en: <<http://apics-online.info/contributions/48>> (consultado el 18 de febrero de 2019).
- (2013b), “Palenquero”, *The Survey of Pidgin and Creole Languages*, vol. 2, *Portuguese-based, Spanish-based, and French-based Languages*, edición de Susanne Maria Michaelis, Philippe Maurer, Martin Haspelmath y Magnus Huber, Oxford University Press, Oxford; en: <<https://apics-online.info/surveys/48>> (consultado el 8 de septiembre de 2018).
- Simons, Gary F. y Charles D. Fennig (eds.) (2018), *Ethnologue: Languages of the World, Twenty-first edition*, SIL International, Dallas; versión en línea en: <<http://www.ethnologue.com>>.
- Sippola, Eeva (2013a), “Ternate Chabacano structure dataset”, en Susanne Maria Michaelis, Philippe Maurer, Martin Haspelmath y Magnus Huber (eds.), *Atlas of Pidgin and Creole Language Structures Online*, Max Planck Institute for Evolutionary Anthropology, Leipzig; en: <<http://apics-online.info/contributions/44>> (consultado el 8 de septiembre de 2018).
- (2013b), “Ternate Chabacano”, en Susanne Maria Michaelis, Philippe Maurer, Martin Haspelmath y Magnus Huber (eds.), *The Survey of Pidgin and Creole Languages*, vol. 2, *Portuguese-based, Spanish-based, and French-based Languages*, Oxford University Press, Oxford; en: <<https://apics-online.info/surveys/44>> (consultado el 8 de septiembre de 2018).

- \_\_\_\_\_ (2013c), “Cavite Chabacano Structure Dataset”, *Atlas of Pidgin and Creole Language Structures Online*, edición de Susanne Maria Michaelis, Philippe Maurer, Martin Haspelmath y Magnus Huber, Max Planck Institute for Evolutionary Anthropology, Leipzig; en: <<http://apics-online.info/contributions/45>> (consultado el 8 de septiembre de 2018).
- \_\_\_\_\_ (2013d), “Cavite Chabacano”, *The Survey of Pidgin and Creole Languages*. Vol. 2: *Portuguese-based, Spanish-based, and French-based Languages*, edición de Susanne Maria Michaelis, Philippe Maurer, Martin Haspelmath y Magnus Huber, Oxford University Press, Oxford; en: <<https://apics-online.info/surveys/45>> (consultado el 8 de septiembre de 2018).
- \_\_\_\_\_ (2016), “Historias alternativas en el Pacífico: el español en la Isla de Pascua y las islas Marianas”, *Estudios de Lingüística del Español*, 37, pp. 177-196; en: <<http://infoling.org/elies/37>> (consultado el 18 de febrero de 2019).
- Steinkrüger, Patrick O. (2013a), “Zamboanga Chabacano structure dataset”, *Atlas of Pidgin and Creole Language Structures Online*, edición de Susanne Maria Michaelis, Philippe Maurer, Martin Haspelmath y Magnus Huber, Max Planck Institute for Evolutionary Anthropology, Leipzig; en: <<https://apics-online.info/contributions/46>> (consultado el 8 de septiembre de 2018).
- \_\_\_\_\_ (2013b), “Zamboanga Chabacano”, *The Survey of Pidgin and Creole Languages*. Vol. 2: *Portuguese-based, Spanish-based, and French-based Languages*, edición de Susanne Maria Michaelis, Philippe Maurer, Martin Haspelmath y Magnus Huber, Oxford University Press, Oxford; en: <<https://apics-online.info/surveys/46>> (consultado el 8 de septiembre de 2018).
- Valdés, Guadalupe, y Michelle Geoffrion-Vinci (2011), “Heritage Language Students: The Case of Spanish”, *The Handbook of Hispanic Sociolinguistics*, edición de Manuel Díaz-Campos, Wiley Blackwell, Malden – Oxford, pp. 598-622. [Consultado por la edición en *paperback* de 2015.]
- Valle, José del (2007), “La lengua, patria común: la *hispanofonía* y el nacionalismo panhispánico”, *La lengua, ¿patria común? Ideas e ideologías del español*, edición de J. del Valle, Iberoamericana – Vervuert, Madrid – Frankfurt, pp. 31-56.

- Vertovec, S. (2007), “Super-diversity and its Implications”, *Ethnic and Racial Studies*, 30, 6, pp. 1024-1054; en <<https://doi.org/10.1080/01419870701599465>>.
- Villavicencio, Frida (2010), “Entre una realidad plurilingüe y un anhelo de nación. Apuntes para un estudio sociolingüístico del siglo XIX”, *Historia sociolingüística de México*, vol. 2, *México contemporáneo*, dirección de R. Barriga, y P. Martín, El Colegio de México, México, pp. 713-793.
- Whinnom, Keith (1956), *Spanish Contact Vernaculars in the Philippine Islands*, Hong Kong University Press, Hong Kong.
- Young, Robert J. C. (2003), *Postcolonialism. A Very Short Introduction*, Oxford University Press, Oxford.
- Zimmermann, Klaus (1995), “La lengua de la población afrohispana en el México de la época colonial”, *Papia*, 4, 1, pp. 62-84; en: <<http://revistas.ffch.usp.br/papia/article/view/1783/1594>> (consultado el 24 de febrero de 2019).
- \_\_\_\_\_ (2006a), “Génesis y evolución de las lenguas criollas: una visión desde el constructivismo neurobiológico”, *Revista Internacional de Lingüística Iberoamericana*, 4, 1 (7), pp. 117-138.
- \_\_\_\_\_ (2006b), “La relación diglósica entre las lenguas indígenas y el español en el México colonial”, *Discurso, interacción e identidad. Homenaje a Lars Fant*, edición de J. Falk, J. Gill y F. Wachtmeister Bermúdez, Stockholms Universitet, Estocolmo, pp. 211-228.
- \_\_\_\_\_ (2008), “La invención de la norma y del estándar para limitar la variación lingüística y su cuestionamiento actual en términos de pluricentrismo (mundo hispánico)”, *Standardisation et déstandardisation. Estandarización y desestandarización. Le Français et l’espagnol au xxe siècle. El francés y el español en el siglo xx*, edición de J. Erfurt, y G. Budach, Peter Lang, Fráncfort, pp. 187-207.
- \_\_\_\_\_ (2010), “Diglosias y otros usos diferenciados de lenguas y variedades en el México del siglo xx: entre el desplazamiento y la revitalización de las lenguas indomexicanas”, *Historia sociolingüística de México*, vol. 2, *México contemporáneo*, dirección de R. Barriga, y P. Martín, El Colegio de México, México, pp. 881-955.

\_\_\_\_\_ (2011), “The *Diccionario Español-Chamorro* (1865) by Padre Fray Aniceto Ibáñez del C[a]rmen: A Historiographical Characterization of a Pedagogic-lexicographic Discourse Type in Late Colonial Austronesia”, en L. A. Reid, E. Ridruejo y Th. Stolz (eds.), *Philippine and Chamorro Linguistics Before the Advent of Structuralism*, Akademie Verlag, Berlín, pp. 163-182.

## EL LENGUAJE NO SEXISTA Y LAS ACADEMIAS DE LA LENGUA\*

Alejandro Higashi\*\*

El 29 de julio de 2018 Sabina Berman publicó en *El Universal*<sup>1</sup> una irreverente y muy divertida crónica titulada “No ve la RAE (novela RAE)”, donde documentaba la amenaza de renuncia de Arturo Pérez-Reverte a la Real Academia Española (RAE) tras la solicitud de la vicepresidenta Carmen Calvo para analizar la adecuación de la Constitución española a un lenguaje democrático. El texto no sólo se enconaba en su protagonista Pérez-Reverte (un intolerante Gómez y Gómez), sino que también supo reflejar una demanda social cuyas expresiones más radicales tuvieron muchas veces como trasfondo los múltiples casos de violencia de género y feminicidio ocurridos en los últimos años en España. Huelga decir que parte del triunfo del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) pudo deberse, quizá, a su capacidad para incorporar a la agenda pública un nutrido listado de acciones para fomentar la igualdad de género entre la población. Más allá de la polémica en los medios y de la intención particular de la crónica, me gustaría rescatar la lúcida conclusión de esta sátira; con su negativa, Gómez y Gómez dejaba pasar una oportunidad histórica: “que las nuevas reglas de la lengua las dilucidemos los académicos y las académicas de...”. Las *dilucidemos*, ni las *propongamos* ni las *impongamos*.

Cuando en los medios de comunicación se interpretaron en un sentido negativo las observaciones de la RAE expresadas a través de Darío

\* Lectura estatutaria presentada en la sesión ordinaria del 22 de noviembre de 2018, en la sede de la Academia Mexicana de la Lengua, Iztaccíhuatl 10, colonia Florida.

\*\* Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Iztapalapa, Academia Mexicana de la Lengua.

<sup>1</sup> Sabina Berman, “No ve la RAE (novela RAE)”, *El Universal*, 29 de julio de 2018; en: <<https://www.eluniversal.com.mx/columna/sabina-berman/nacion/no-ve-la-rae-novela-rae>> (consultado el 16 de noviembre de 2018).

Villanueva, su director,<sup>2</sup> la vicepresidenta Calvo no dudó en avisar que “si no hay asesoramiento de la RAE, evidentemente continuaré con el proceso”.<sup>3</sup> No faltan razones para seguir adelante si recordamos el llamado de atención de Francisco Rico a Pérez-Reverte en la sección cultural de *El País*,<sup>4</sup> en ocasión de la solicitud de amparo que interpuso un conjunto de profesores ante la sugerencia de la Junta de Andalucía de imponer en las aulas universitarias el desdoblamiento del sustantivo en su forma masculina y femenina, hasta iniciativas institucionales, como el informe redactado por Ignacio Bosque y firmado por 26 académicos de número y siete correspondientes, titulado “Sexismo lingüístico y visibilidad de la mujer”, que se presentó al pleno de la Real Academia Española durante su reunión del 1º de marzo de 2012.<sup>5</sup>

Ninguna de estas iniciativas puede tomarse en serio con miras a una política pública lingüística. Los señalamientos de Rico tuvieron como consecuencia una virulenta respuesta de Pérez-Reverte, quien lo acusó de atribuirse los derechos del Quijote,<sup>6</sup> y el informe de Ignacio Bosque era en realidad un estudio comparativo, a menudo algo sesgado, de nueve guías de uso del lenguaje no sexista. Para darnos una idea de lo limitado de la muestra, sólo señalo que en el trabajo titulado *Guías sobre el uso del lenguaje no sexista*, publicado por el Ministerio de Sanidad, Servicios

<sup>2</sup> En una nota de *El Mundo*, por ejemplo, Darío Villanueva afirmó la buena disposición de la RAE para trabajar en esta revisión, pero el encabezado reza sorprendentemente “La RAE rechaza el lenguaje inclusivo de la Constitución pedido por el Gobierno: ‘No cabe ninguna sorpresa’” (Darío Prieto, *El Mundo*, 11 de julio de 2018; en: <<https://www.elmundo.es/espana/2018/07/11/5b44ffa6e2704e939f8b45ff.html>> (consultado el 16 de noviembre de 2018).

<sup>3</sup> Anónimo, “Carmen Calvo dice que la adecuación de la Constitución al lenguaje inclusivo se hará con o sin la RAE”, *ABC Cultura*, 18 de julio de 2018; en: <[https://www.abc.es/cultura/abci-carmen-calvo-dice-adecuacion-constitucion-lenguaje-inclusivo-hara-o-sin-201807181836\\_noticia.html](https://www.abc.es/cultura/abci-carmen-calvo-dice-adecuacion-constitucion-lenguaje-inclusivo-hara-o-sin-201807181836_noticia.html)> (consultado el 16 de noviembre de 2018).

<sup>4</sup> Francisco Rico, “Las académicas y los académicos”, *El País*, 14 de octubre de 2018; en: <[https://elpais.com/cultura/2016/10/13/actualidad/1476377157\\_913599.html](https://elpais.com/cultura/2016/10/13/actualidad/1476377157_913599.html)> (consultado el 16 de noviembre de 2018).

<sup>5</sup> Ignacio Bosque, “Sexismo lingüístico y visibilidad de la mujer”, Real Academia Española, 3 de marzo de 2012; en: <<http://www.rae.es/noticias/el-pleno-de-la-rae-suscribe-un-informe-del-academico-ignacio-bosque-sobre-sexismo>> (consultado el 16 de noviembre de 2018).

<sup>6</sup> Arturo Pérez-Reverte, “Paco Rico, autor del Quijote”, *El País*, 18 de octubre de 2018; en: <[https://elpais.com/cultura/2016/10/17/actualidad/1476709450\\_482804.html](https://elpais.com/cultura/2016/10/17/actualidad/1476709450_482804.html)> (consultado el 16 de noviembre de 2018).

Sociales e Igualdad del Gobierno de España en 2015,<sup>7</sup> se indizan 118 guías.<sup>8</sup> El Instituto Cervantes cuenta, desde 2011, con una *Guía de comunicación no sexista*;<sup>9</sup> de las 118 guías mencionadas, ni la RAE ni la Asociación de Academias de la Lengua (ASALE) han participado activamente en ninguna.

La defensa de un lenguaje democrático (donde se inserta con comodidad el lenguaje incluyente y no discriminatorio)<sup>10</sup> no procede de una imposición personal (Carmen Calvo) o partidista (PSOE), sino de la obligación que tienen varios órganos públicos de dar respuesta a los recientes avances en materia de igualdad como la Ley Orgánica 3/2007 del 22 de marzo, para la Igualdad efectiva de mujeres y hombres en España (equivalente a nuestra Ley General para la Igualdad entre Mujeres y Hombres en México, publicada en el *Diario Oficial de la Federación* el 2 de agosto de 2006).<sup>11</sup> Para los medios de comunicación resulta muy atractivo presentar el fenómeno como un capricho personal (sucedió, en su momento, con el presidente mexicano Vicente Fox),<sup>12</sup> pero no podemos perder de vista la legitimidad social, económica y legal de estas propuestas.

<sup>7</sup> Ministerio de Sanidad, Servicios Sociales e Igualdad del Gobierno de España, *Guías sobre el uso del lenguaje no sexista*, sin pie de imprenta; en: <[http://www.inmujer.gob.es/servRecursos/formacion/GuiasLengNoSexista/docs/Guiaslenguajenosexista\\_.pdf](http://www.inmujer.gob.es/servRecursos/formacion/GuiasLengNoSexista/docs/Guiaslenguajenosexista_.pdf)> (consultado el 16 de noviembre de 2018).

<sup>8</sup> Son 17 guías preparadas por centros universitarios y de investigación, 32 por órganos públicos, 69 más generadas en distintos sectores vinculados a la comunicación social, los deportes y la cultura, la educación, las relaciones laborales, sindicatos, instituciones vinculadas al poder judicial, instituciones de salud y de interés público en general.

<sup>9</sup> Instituto Cervantes, *Guía de comunicación no sexista*, Aguilar, Madrid, 2011.

<sup>10</sup> Sigo la denominación del manual del Consejo para Prevenir y Eliminar la Discriminación de la Ciudad de México (Copred), *Manual. Lenguaje incluyente y no discriminatorio en la actuación de la administración pública de la Ciudad de México*, s.e., s.l., s.a.; en: <<http://data.copred.cdmx.gob.mx/wp-content/uploads/2017/01/Lenguaje-incluyente-y-no-discriminatorio-13092016.pdf>> (consultado el 16 de noviembre de 2018).

<sup>11</sup> Cámara de Diputados del H. Congreso de la Unión, *Ley general para la igualdad entre mujeres y hombres*; en: <[http://www.diputados.gob.mx/LeyesBiblio/pdf/LGIMH\\_140618.pdf](http://www.diputados.gob.mx/LeyesBiblio/pdf/LGIMH_140618.pdf)> (consultado el 16 de noviembre de 2018).

<sup>12</sup> Me he referido a ello en “Avatares del lenguaje no sexista”, *Letras Libres*, 27 de julio de 2015; en: <<https://www.letraslibres.com/mexico-espana/avatares-del-lenguaje-no-sexista/>> (consultado el 16 de noviembre de 2018).

Al respecto, la RAE está muy lejos de mostrar una posición neutral. Cuando se le consulta sobre el desdoblamiento del género de ciertos sustantivos, como en las frases *los ciudadanos* y *las ciudadanas*, *los niños* y *las niñas*, se obtiene una respuesta como la siguiente:

Este tipo de desdoblamientos son artificiosos e innecesarios desde el punto de vista lingüístico. En los sustantivos que designan seres animados existe la posibilidad del uso genérico del masculino para designar la clase, es decir, a todos los individuos de la especie, sin distinción de sexos: *Todos los ciudadanos mayores de edad tienen derecho a voto.*

La mención explícita del femenino sólo se justifica cuando la oposición de sexos es relevante en el contexto: *El desarrollo evolutivo es similar en los niños y las niñas de esa edad.* La actual tendencia al desdoblamiento indiscriminado del sustantivo en su forma masculina y femenina va contra el principio de economía del lenguaje y se funda en razones extralingüísticas. Por tanto, deben evitarse estas repeticiones, que generan dificultades sintácticas y de concordancia, y complican innecesariamente la redacción y lectura de los textos.<sup>13</sup>

Esta respuesta, en apariencia imparcial, disimula una calificación negativa en giros como “desdoblamientos [...] artificiosos e innecesarios”, “desdoblamiento indiscriminado” y “repeticiones”, una tendencia que “va contra el principio de economía del lenguaje y se funda en razones extralingüísticas” y un estilo restrictivo (“La mención explícita del femenino sólo se justifica cuando [...]”). Predomina la prosopopeya (como si los hechos mismos pudieran asumir la responsabilidad) y las construcciones están lideradas por verbos existenciales que sugieren que se trata de hechos y no de interpretaciones sobre estos hechos. Puede notarse el encono de quien redacta la respuesta en la concordancia *ad sensum* inicial que subraya los “desdoblamientos [...] artificiosos e innecesarios” en vez de atender al sujeto gramatical (lo correcto sería “Este tipo de desdoblamientos es artificioso e innecesario”). La sentencia de la consulta no deja

<sup>13</sup> Real Academia Española, “Consultas lingüísticas”; en: <<http://www.rae.es/consultas/los-ciudadanos-y-las-ciudadanas-los-ninos-y-las-ninas>> (consultado el 16 de noviembre de 2018).

lugar a dudas de la posición de la RAE: “Por tanto, deben evitarse estas repeticiones”. El ejemplo elegido sólo confirma el sesgo negativo de la respuesta; “Todos los ciudadanos mayores de edad tienen derecho a voto” es una frase que, en mi opinión, se ajusta precisamente a la apostilla de la propia respuesta, “la mención explícita del femenino sólo se justifica cuando la oposición de sexos es relevante en el contexto”. ¿Hay un contexto más relevante que el del sufragio femenino, conquistado en España en 1931 y en México en 1953? ¿En todo caso, no es más económico y menos discriminatorio decir “La ciudadanía que haya cumplido la mayoría de edad tiene derecho a voto”?

Suele repetirse en los debates sobre el lenguaje democrático que la lengua no es sexista, que la gramática es neutral y que la misoginia no está en el lenguaje. La lengua como sistema probablemente no es heteropatriarcal, pero sí lo es el uso que hacemos de ella. En varios manuales se recuerda una frase de Eulalia Lledó, “el lenguaje no es sexista en sí mismo, sí lo es su utilización. Si se utiliza correctamente también puede contribuir a la igualdad y a la visibilización de la mujer”.<sup>14</sup> El género, se arguye, es un componente gramatical que no tiene relación con la definición sexual biológica de las personas; no hace falta mucho sentido común, sin embargo, para advertir que las palabras *luna*, *casa*, *sierra* tienen género femenino y las palabras *hogar*, *monte*, *planeta*, masculino, pero carecen del valor simbólico y referencial de aquellas con correspondencia entre el género gramatical y el sexo de las personas a las que nombran: *maestra*, *campesina*, *ciudadana*, *niña*.<sup>15</sup> El *Día del niño* ofrece una clara exclusión que el desdoblamiento podría solucionar fácilmente (*Día del niño* y *de la niña*) o el uso de un sustantivo abstracto (*Día de la niñez* o *Día*

<sup>14</sup> Oficina de Igualdad de la Universidad Nacional de Educación a Distancia, *Guía de lenguaje no sexista*, sin fecha, p. 1; en: <[https://www.udc.es/export/sites/udc/oficinaigualdade/\\_galeria\\_down/documentos/GUIA\\_LENGUAJE.PDF](https://www.udc.es/export/sites/udc/oficinaigualdade/_galeria_down/documentos/GUIA_LENGUAJE.PDF)> (consultado el 16 de noviembre de 2018).

<sup>15</sup> Ejemplos tomados de María Julia Pérez Cervera, *Manual para el uso no sexista del lenguaje: lo que bien se dice... bien se entiende*, Defensa Jurídica y Educación para Mujeres (Vereda Themis) – Instituto Nacional de Desarrollo Social – Fondo de Desarrollo de las Naciones Unidas para la Mujer, México, 2011, p. 29; en: <[https://www.gob.mx/cms/uploads/attachment/file/55295/11.1\\_Manual\\_para\\_el\\_uso\\_no\\_sexista\\_del\\_lenguaje\\_\\_2011.pdf](https://www.gob.mx/cms/uploads/attachment/file/55295/11.1_Manual_para_el_uso_no_sexista_del_lenguaje__2011.pdf)> (consultado el 16 de noviembre de 2018).

*de la infancia*). Se me dirá que todos son circunloquios producto de una reciente corrección política, pero me pregunto qué pasaría si el 10 de mayo celebráramos el *Día de los padres* en México. Por donde quiera que se le vea, la lengua es cultura y portadora de estereotipos sólidamente afincados en la identidad de quienes la usan.

En todo caso, quizá habría que escuchar a la otra parte, donde se refleja el sentimiento de exclusión de algunos grupos que han encontrado en la ejecución de nuevas políticas lingüísticas su refugio y posibilidades de desarrollo; en el manual de la Oficina de Igualdad de la Universidad Nacional de Educación a Distancia, se señala:

El sistema lingüístico del castellano ofrece posibilidades para que no se produzca discriminación sexual en su uso. Existen múltiples recursos lingüísticos que no requieren desdoblar continuamente (que es lo que la mayoría entiende como solución al sexismo del lenguaje); se trata de utilizar estrategias y recursos que posee nuestra lengua y que no faltan ni a la gramática, ni contravienen el principio de economía del lenguaje, sino todo lo contrario, ya que la mayoría se caracterizan, precisamente, por su brevedad. No podemos olvidar que el principio fundamental del lenguaje es que la comunicación sea efectiva, por lo que, en el peor de los casos, siempre será preferible usar un término más a que el mensaje resulte equívoco y/o sexista.<sup>16</sup>

Los ejemplos sobran en los espacios sociales que frecuentamos. En vez de “el lector interesado en los manuales de lenguaje no sexista” podemos escribir “quien lea con interés los manuales de lenguaje no sexista”; en vez de “los alumnos que asisten a la clase”, podemos preferir “quienes asisten a la clase” o “el alumnado que asiste a la clase”; en vez de “los universitarios”, se impone “el profesorado universitario”, “quienes estudian e imparten clases en la Universidad” y algunos otros circunloquios que den cuenta de la población que hoy frecuenta las aulas univer-

<sup>16</sup> Oficina de Igualdad de la Universidad Nacional de Educación a Distancia, *Guía de lenguaje no sexista*, p. 1.

sitarias y que suele recurrir al masculino inclusivo en memoria de una universidad decimonónica frecuentada exclusivamente por varones. Por desgracia, en ocasiones es la universidad donde se nota una mayor resistencia a contribuir desde sus espacios de enunciación al fenómeno: a menudo, se le considera como un aspecto menor de la lengua (frívolo como una moda o superfluo como una política pública de corrección política), cuando no como algo engorroso y difícil de solucionar por el desconocimiento de fórmulas alternativas no discriminatorias.<sup>17</sup>

Hay usos aberrantes para el sistema lingüístico, sin duda; los medios de comunicación más irresponsables se ceban en ellos: *dentisto*, *pianisto*, *taxisto*, *equilibristo*, etc.<sup>18</sup> Esta opción es claramente agramatical, porque el sufijo *-ista* de origen griego es epiceno. En un comunicado publicado en la página de la Academia Mexicana de la Lengua, Raúl Dorra ve con buenos ojos la adopción del sufijo *e* como indicador de un género universal (superior por mucho al uso de la *arroba*, logograma que pasó de unidad de medida a la cartera de símbolos del *American Standard Code for Information Interchange* o código ASCII y de ahí al correo electrónico);<sup>19</sup> cita como ejemplo: “Entusiasmades con el proyecto, algunes de les primeres egresades están listes para ser sus operadores”.<sup>20</sup>

Muchas otras posiciones son sumamente atendibles, como la de José Emilio Pacheco, académico honorario de esta corporación, que desde su “Carta a George B. Moore en defensa del anonimato” nos dio una muestra de la capacidad poética del desdoblamiento del sustantivo en 1983, en *Los trabajos del mar*:

<sup>17</sup> María Luisa Jiménez Rodrigo, Marisa Román Onsaló, y Joaquín Traverso Cortés, “Lenguaje no sexista y barreras a su utilización. Un estudio en el ámbito universitario”, *Revista de Investigación en Educación*, 9, 2, 2011, pp. 174-183.

<sup>18</sup> José Crespo, “Niños y niñas, ciudadanos y ciudadanas... y la estupidez desafinada de nuestros políticos con la falsa corrección”, *La Paseata*, 6 de julio de 2018; en: <<https://lapaseata.net/2018/07/06/estupidez-lenguaje-politicos/>> (consultado el 16 de noviembre de 2018).

<sup>19</sup> Keith Houston, “The @ Symbol”, *Sh@dy Characters, The Secret Life of Punctuation, Symbols & Other Typographical Marks*, Norton, Nueva York, 2013, pp. 79-95.

<sup>20</sup> Raúl Dorra, “Roles sociales y géneros gramaticales. El feminismo ante el lenguaje”, Sección Noticias, Academia Mexicana de la Lengua, 29 de octubre de 2018; en: <<http://www.academia.org.mx/noticias/item/roles-sociales-y-generos-gramaticales-el-feminismo-ante-el-lenguaje-por-raul-dorra>> (consultado el 16 de noviembre de 2018).

*Escribo y eso es todo. Escribo: doy la mitad del poema.  
Poesía no es signos negros en la página blanca.  
Llamo poesía a ese lugar del encuentro  
con la experiencia ajena. El lector, la lectora  
harán o no el poema que tan sólo he esbozado.*<sup>21</sup>

Pero estas políticas lingüísticas exceden por mucho al arte. El Consejo para Prevenir y Eliminar la Discriminación en la Ciudad de México prevé grupos y personas en situación de discriminación y sus designaciones idóneas conforme a las legislaciones locales: las mujeres, las niñas y los niños, las y los jóvenes, las personas adultas mayores, las personas con discapacidad, las personas, pueblos y comunidades indígenas, la población LGBTTTT (Lésbico, Gay, Bisexual, Travesti, Transexual, Transgénero e Intersexual), personas integrantes de las poblaciones callejeras, personas migrantes, refugiadas y solicitantes de asilo, personas, grupos y comunidades en situación de pobreza o vulnerabilidad económica.<sup>22</sup> Yo mismo, en ocasión de un trabajo sobre poesía mexicana del siglo XXI, me permití usar giros como *quienes escriben poesía, el público lector, quienes editan poesía*, para evitar giros discriminatorios como *los poetas, los lectores y los editores de poesía*. No lo hice por mojigatería, sino por rigor referencial: la poesía de los últimos años está escrita igual por autoras que por autores, publicada igual por editoras que por editores y leída tanto por lectoras como por lectores.

Siempre habrá resistencia a los cambios. No es de extrañar. Álvaro de Córdoba exclamó en el siglo IX “Heu! Proh dolor! Linguam suam nesciunt christiani” frente a los 4 000 arabismos que ingresaron por la Marca Hispánica, adoptados por moda o por fuerza ante la falta de designaciones propias para las *almohadas*, las *zanahorias* y los *alfareros*; el *carmesí*, el *escarlata* o el *azul*.<sup>23</sup> Pero, ¿qué sería de nosotros sin el *cero*?,

<sup>21</sup> José Emilio Pacheco, *Tarde o temprano (poemas 1958-2009)*, edición de Ana Clavel, Fondo de Cultura Económica, México, 4ª ed., 2009, p. 303.

<sup>22</sup> Copred, *Manual. Lenguaje incluyente y no discriminatorio en la actuación de la administración pública de la Ciudad de México*, op. cit., p. 9.

<sup>23</sup> Antonio Alatorre, *Los 1,001 años de la lengua*, Fondo de Cultura Económica, México, 6ª reimp., 1998, pp. 78 y 79-86.

hoy; quejas similares se escuchan contra los anglicismos y en el siglo XIX, peligra la pureza de la lengua por galicismos como *restaurante*, *perfume* o *bombón*.<sup>24</sup> El hecho, en todo caso, es que la ley de igualdad se encuentra ya en muchas legislaciones del mundo y quizá haya que asumir el papel de guías o de censores.

¿*Guías* o *censores* de qué? De hábitos lingüísticos. A nadie le molesta la frase desdoblada de “señoras y señores” cuando se asiste a un espectáculo donde efectivamente el público se conforma por *señoras* y *señores*. Sí nos molesta referirnos al *Día del niño y de la niña* porque estamos mal acostumbrados a escuchar, desde nuestra más tierna infancia, *Día del niño*. Nos recuerda Gabriel Zaid que ya en la *Ilíada* se oía, en traducción de Rubén Bonifaz Nuño, “Escuchad de mí, así todos los dioses [*pantes te theoi*] como todas las diosas [*pasai te theainai*]”<sup>25</sup> y no podemos olvidar que en la Castilla del Cid se decía “burgueses e burguesas por las finiestras son”. Los cambios se impondrán solos con o sin nosotros. Como ha señalado María Julia Pérez Cervera en su *Manual para el uso no sexista del lenguaje: lo que bien se dice... bien se entiende*:

[...] la lengua es un instrumento flexible, en evolución constante, que se puede adaptar perfectamente a nuestra necesidad o deseo de comunicar, de crear una sociedad más equitativa. Las lenguas no son, por tanto, inertes, sino instrumentos en tránsito, ya que si una lengua no cambia, si no evoluciona para responder a las necesidades de la sociedad que la utiliza, está condenada a perecer, se convierte en una lengua muerta. La lengua española al ser una lengua viva, cambia continuamente, incorporando nuevos conceptos y expresiones; en este sentido el castellano no tiene ningún problema en crear palabras para adaptarse a la nueva realidad social, tal es el caso de todo el nuevo lenguaje que ha generado el uso de Internet (*e-mail*, *chat*, *web*) o los cambios que ha supuesto la incorporación de mujeres a profesiones o cargos que antes tenían vetados o de difícil acceso; surgen así *ministras*, *ejecutivas*, *presidentas*. Estos son ejemplos de un cambio en los usos

<sup>24</sup> *Ibid.*, pp. 306-317.

<sup>25</sup> Gabriel Zaid, “Señoras y señores”, *Letras Libres*, 13 de junio de 2014; en: <<https://www.letraslibres.com/mexico-espana/senoras-y-senores-0>> (consultado el 16 de noviembre de 2018).

del lenguaje, lo que antaño se consideraba como un error gramatical, hoy aparece como algo cotidiano y aceptable.<sup>26</sup>

Por supuesto, somos quienes somos y no podemos evitar defender la pureza de nuestra lengua de los atropellos feministas o demagógicos. Nunca podremos condescender, por ejemplo, con el femenino de *presidente*, sustantivo formado por la raíz verbal *praesidere* a través del adjetivo deverbal, llamado tradicionalmente participio activo y traducido naturalmente como *quien preside*, así, sin marcación de género. Estaremos atentos a prevenir sobre el uso de los títulos profesionales conforme a la leyenda que obra en el documento correspondiente y se sabrá, por nosotros, que en la aplicación del *Diccionario de la lengua española* de la ASALE se define *doctora* en su cuarta acepción, coloquial y de poco uso, como ‘mujer del doctor’ y en la quinta como ‘mujer del médico’, razón por la cual se prefiere mantener el cultismo genérico *doctor*. Ello, sin olvidar que, por economía, en la bibliografía académica suelen abreviarse los nombres de pila y se da preferencia al apellido paterno.

En caso de duda, de cualquier forma, podemos preguntarle *al presidente* de la Comisión de lexicografía, quien seguramente nos brindará su generosa orientación al respecto, *el doctor C. Company Company*.

#### BIBLIOGRAFÍA.

##### TRABAJOS ACADÉMICOS SOBRE EL SEXISMO EN EL LENGUAJE

Acuña Ferreira, A. Virginia (2011), *La realización de quejas en la conversación femenina y masculina. Diferencias y semejanzas en el habla cotidiana de las mujeres y los hombres*, Lincom (Studies in Semantics, 4), Múnich.

Arias Barredo, Aníbal (1995), *De feminismo, machismo y género gramatical. El género, un monema no exclusivamente metalingüístico*, Universidad de Valladolid, Valladolid.

<sup>26</sup> María Julia Pérez Cervera, *Manual para el uso no sexista del lenguaje: lo que bien se dice... bien se entiende*, op. cit., pp. 17-18.

- Barbosa, María de Lurdes (2010), *Memoria taller “Comunicar con perspectiva de género”*, Instituto de las Mujeres del Estado de San Luis Potosí, México.
- Bengoechea, Mercedes (2000). “Historia (española) de unas sugerencias para evitar el androcentrismo en el lenguaje”, *Discurso y Sociedad*, 2/3, pp. 33-58.
- Bustos Romero, Olga (2011), *Monitoreo de imágenes que fomentan estereotipos sexistas que propician la desigualdad de género en las campañas de difusión del gobierno del estado de Durango*, Instituto de la Mujer Duranguense – Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, México.
- \_\_\_\_\_ (2011), *Monitoreo de imágenes y lenguaje que fomentan estereotipos sexistas que propician la desigualdad de género en las campañas de difusión del gobierno del estado de Durango (RFQ-136-2011). Informe final de resultados*, Instituto de la Mujer Duranguense – Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, México.
- Buxó Rey, Ma. Jesús (1978), *Antropología de la mujer. Cognición, lengua e ideología cultural*, Anthropos, Barcelona, 1988 (reimpr.).
- Calero Fernández, Ma. Ángeles (1991), *La imagen de la mujer a través de la tradición paremiológica española (lengua y cultura)*, Publicacions Universitat de Barcelona (Tesis Doctorals Microfitxades, 1027), 2 vols.
- \_\_\_\_\_ (1999), *Sexismo lingüístico. Análisis y propuestas ante la discriminación sexual en el lenguaje*, Narcea, Madrid.
- \_\_\_\_\_ (2007), *Percepción social de los sexolectos*, Servicio de Publicaciones, Universidad de Cádiz.
- \_\_\_\_\_ (2012), *Discurso de género y didáctica. Relato de una inquietud*, edición junto con Félix San Vicente, Cooperativa Librería Universitaria Editrice Bologna (CLUEB) – Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, Bolonia – Córdoba.
- Camargo González, Ismael (coord.) (2017), *Argumentación jurídica y lingüística, lenguaje discriminatorio y sexista*, Flores Editor, México.
- Català, Aguas Vivas, y Enriqueta García Pascual (1995), *Ideología sexista y lenguaje*. Galàxia – Octaedro, Valencia – Barcelona.
- Coates, Jennifer (1986), *Women, Men and Language. A Sociolinguistic Account of Sex Differences in Language*, Longman, Nueva York [Trad. española: *Mujeres, hombres y lenguaje. Un acercamiento sociolingüístico a las diferencias de género*, Fondo de Cultura Económica, México, 2009].

- Consejo Estatal de la Mujer y Bienestar Social (2012), *Decálogo para la inclusión del lenguaje no sexista*, Consejo Estatal de la Mujer y Bienestar Social, México.
- Crespo Matellán, Salvador (1984), “Lenguaje y sexo”, *Studia Philologica Salamanticensia*, 7-8, pp. 109-143.
- Demonte, Violeta (1982a). “Lenguaje y sexo. Notas sobre lingüística, ideología y papeles sociales”, en vv.AA., *Liberación y utopía*, Akal, Madrid, pp. 61-79.
- (1982b), “Naturaleza y estereotipo: la polémica sobre un lenguaje femenino”, *Nuevas perspectivas sobre la mujer*, Actas de las Primeras Jornadas de Investigación Interdisciplinaria organizadas por el Seminario de Estudios sobre la Mujer de la Universidad Autónoma de Madrid, Universidad Autónoma, Madrid, pp. 215-221.
- (1991), “Sobre la expresión lingüística de la diferencia”, *Actas de las VIII Jornadas de Investigación Interdisciplinaria. Los estudios sobre la mujer: De la investigación a la docencia*, Universidad Autónoma, Madrid, pp. 287-299.
- Enfoque de Igualdad (2010), *Observatorio de medios de comunicación sobre lenguaje sexista y discriminatorio contra las mujeres en la capital del estado de San Luis Potosí. Diagnóstico 2010*, Enfoque de Igualdad – Indesol – Sedesol – Semillas, San Luis Potosí.
- Facio, Alda (1992), *Cuando el género suena: cambios trae. Una metodología para el análisis de género del fenómeno legal*, ILANUD (Programa Mujer, Justicia y Género), México.
- Fernández de la Torre Madueño, Ma. Dolores, Antonia Ma. Medina Guerra, y Lidia Taillefer de Haya (eds.) (1999), *El sexismo en el lenguaje*, Servicio de Publicaciones. Centro de Ediciones de la Diputación Provincial de Málaga (CEDMA), 2 vols.
- García Meseguer, Álvaro (1988<sup>3</sup>), *Lenguaje y discriminación sexual*, Montesinos, Madrid [1ª ed. 1977].
- (1994), ¿Es sexista la lengua española? Una investigación sobre el género gramatical, Paidós, Barcelona.
- García Mouton, Pilar (1999), *Cómo hablan las mujeres*, Arco/Libros, Madrid.
- González Calvo, José Manuel (1998). “Género, sexo e ignorancia gramatical”, *Variaciones en torno a la gramática española*, Universidad de Extremadura, Extremadura, pp. 393-398.

- González Ruiz, Edgar (1998), *La sexualidad prohibida: intolerancia, sexismo y represión*, Grupo Interdisciplinario de Sexología, México.
- Hampares, Katherine J. (1976), “Sexism in Spanish lexicography”, *Hispania*, 59/1, pp. 100-109.
- Hidalgo Tenorio, Encarnación (1996), “Sobre la polémica de la descripción de una *lengua femenina*: Un acercamiento crítico”, en J. D. Luque, y A. Pamies (eds.), *Actas del I Simposio de Historiografía Lingüística*, Método Ediciones, Granada, pp. 83-102.
- Ibeas, Nieves, y Ma. Ángeles Millán (eds.) (1997), *La conjura del olvido. Escritura y feminismo*, Icaria (Antrazyt), Barcelona.
- (2004), *De mujeres y diccionarios. Evolución de lo femenino en la 22ª edición del DRAE*, Ministerio de Trabajo (Instituto de la Mujer), Madrid [Autoras: Eulàlia Lledó (coord.), Ma. Ángeles Calero, y Esther Forgas].
- Instituto Estatal de la Mujer del Estado de Tlaxcala (2010), *Informe final. Taller de estrategias de comunicación y lenguaje no sexista para funcionarias y funcionarios gubernamentales*, Instituto Estatal de la Mujer del Estado de Tlaxcala, Tlaxcala.
- Instituto de la Mujer Duranguense (2012), *Elaborar una propuesta de lineamientos en materia de comunicación pública incluyente*, Instituto de la Mujer Duranguense – PNUD, México.
- Instituto Nacional de las Mujeres y Mestizas, Género y Gestión Cultural (2012), *Guía de la colección de cuentos no sexistas. Ni príncipes azules ni princesas rosas*, Inmujeres – Mestizas, Género y Gestión Cultural, México.
- Instituto para la Equidad de Género en Yucatán (2012), *Ruta crítica de la Red de uso de lenguaje no sexista en la administración pública estatal*, Instituto para la Equidad de Género en Yucatán, México.
- Instituto Sonorense de la Mujer (2010), *Manual del taller: la perspectiva de género y los medios de comunicación*, Instituto Sonorense de la Mujer, México.
- Izquierdo, María José (1983), *Mujer y lenguaje*, La Sal, Barcelona.
- Juliano, Dolores (1992), *El juego de las astucias. Mujer y construcción de modelos sociales alternativos*, horas y HORAS (Cuadernos Inacabados, 11), Madrid.
- Lakoff, Robin (1995<sup>3</sup>), *El lenguaje y el lugar de la mujer*, Hacer, Barcelona [ed. original en inglés, *Language and Woman's Place*, 1975].
- López García, Ángel, y Ricardo Morant (1991), *Gramática femenina*, Cátedra, Madrid.

- Lovera, Sara (2010), *Seminario Lenguaje Incluyente, un reto para los medios de difusión*, Secretaría para el Desarrollo y Empoderamiento de las Mujeres en el Estado de Chiapas, Chiapas.
- Lledó, Eulàlia (1992), *El sexismo y el androcentrismo en la lengua: análisis y propuestas de cambio*, Institut de Ciències de l'Educació (Universitat Autònoma de Barcelona) (Cuadernos para la Coeducación, 3), Barcelona.
- (1996), *Profesiones en femenino*, Instituto de la Mujer, Madrid.
- (1999), “Ministras y mujeres”, *En femenino y en masculino*, Instituto de la Mujer (Cuaderno de educación no sexista, 8), Madrid, pp. 43-46.
- Lozano Domingo, Irene (1995), *Lenguaje femenino, lenguaje masculino. ¿Condiciona nuestro sexo la forma de hablar?*, Minerva Ediciones, Madrid.
- Morales, Evelyn, Ixmucané Solórzano, y Marleny Mencos (2004), *Resultados del estudio: ¿Existen prácticas sexistas y racistas dirigidas hacia las mujeres en la educación formal y no formal?*, Organización de Mujeres Tierra Unida, Guatemala.
- Moreno, Montserrat (1986), *Cómo se enseña a ser niña: el sexismo en la escuela*, Icaria, Barcelona.
- Moreno Fernández, Francisco (1988), “El lenguaje y los sexos”, *Sociolingüística en EE UU (1975-1985). Guía bibliográfica crítica*, Ágora, Málaga, pp. 143-154.
- Moure, Teresa (2007), *La palabra de las hijas de Eva*, Lumen, Barcelona.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (2011). *Publicidad con equidad. Manual de criterios e instrumentos para la evaluación y la incorporación de la perspectiva de género en las campañas del gobierno federal*, Secretaría de Gobernación – Instituto Nacional de las Mujeres – Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, México.
- Rivera Garretas, María-Milagros (1994), *Nombrar el mundo en femenino. Pensamiento de las mujeres y teoría feminista*, Icaria, Barcelona.
- Tannen, Deborah (1991), *¡Yo no quise decir eso! Cómo la manera de hablar facilita o dificulta nuestra relación con los demás*, Paidós, Barcelona [ed. original en inglés, *That's not what I Meant!: How Conversational Style Makes or Breaks your Relations with Others*, 1986].
- (1992), *¡Tú no me entiendes!*, Círculo de Lectores, Barcelona [ed. original en inglés, *You Just don't Understand. Women and Men in Conversation*, 1990].

- \_\_\_\_\_ (1996), *Género y discurso*, Paidós, Barcelona [ed. original en inglés, *Gender and Discourse*, 1994].
- Torres Ramírez, Isabel de (1989), “En torno al refranero. La mujer en la sabiduría popular”, en Aurora López, y Ma. Ángeles Pastor (eds.), *Crítica y ficción literaria: mujeres españolas contemporáneas*, Universidad de Granada, Granada, pp. 105-130.
- Vargas, Ana, Eulàlia Lledó, Mercedes Bengoechea, Mercedes Mediavilla, Isabel Rubio, Aurora Marco, y Carmen Alario (1998), *Lo femenino y lo masculino en el “Diccionario de la lengua de la Real Academia Española”*, Instituto de la Mujer (Estudios, 53), Madrid.

### *Guías y manuales de lenguaje no sexista*

- Ayala Castro, Ma. Concepción, Susana Guerrero Salazar, y Antonia Ma. Medina Guerra (2006), *Guía para un uso igualitario del lenguaje periodístico*, Diputación de Málaga, Málaga.
- Briz, Antonio (coord.) et al. (2011), *Guía de comunicación no sexista*, Instituto Cervantes, Madrid.
- Calero Vaquera, Ma. Luisa (2003a), *Guía de estilo 1: Lengua y discurso sexista*, en colaboración con M. Lliteras, y Ma. Á. Sastre, Junta de Castilla y León, Valladolid.
- \_\_\_\_\_ (2003b), *Guía de estilo 2: Sexismo y redacción periodística*, en colaboración con M. Lliteras, y M. Bengoechea, Junta de Castilla y León, Valladolid.
- Comunicación e Información de la Mujer (2009), *Hacia la construcción de un periodismo no sexista*, Comunicación e Información de la Mujer, México.
- Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación (2015), *Recomendaciones para el uso incluyente y no sexista del lenguaje*, Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación, México.
- Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación – Instituto Nacional de las Mujeres – Secretaría del Trabajo y Previsión Social (2009), *10 recomendaciones para el uso no sexista del lenguaje*, Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación – Instituto Nacional de las Mujeres – Secretaría del Trabajo y Previsión Social, México, 2ª ed.

- Conselleria de Bienestar Social (2009), *Igualdad, lenguaje y Administración: propuestas para un uso no sexista del lenguaje*, Conselleria de Bienestar Social de la Generalitat Valenciana, Valencia.
- Errazu Colás, Ma. Ángeles (1995), *Recomendaciones para un uso no sexista de la lengua*, Instituto Aragonés de la Mujer, Zaragoza.
- Generalitat de Catalunya (1992), *Indicacions per evitar la discriminació per raó de sexe en el llenguatge administratiu*, Departament de la Presidència, Barcelona.
- Generalitat Valenciana (1987), *Recomanacions per a un ús no sexista de la llengua*, Departament de la Dona – Conselleria de Cultura, Educació i Ciència, Valencia.
- Generalitat Valenciana (2009), *Igualtat, llenguatge i administració: propostes per a un ús no sexista del llenguatge*, Conselleria de Benestar Social, Generalitat Valenciana, Valencia.
- Guichard Bello, Claudia (2015), *Manual de comunicación no sexista. Hacia un lenguaje incluyente*, Inmujeres, México.
- (2008), *Manual de comunicación no sexista: hacia un lenguaje incluyente*, Instituto de la Mujer Oaxaqueña, Oaxaca.
- Institut Català de la Dona (2005), *Marcar les diferències: la representació de dones i homes a la llengua*, Col·lecció Criteris Lingüístics de la Direcció General de Política Lingüística, Barcelona.
- Instituto Estatal de las Mujeres de Tabasco (2008), *Guía para eliminar el lenguaje sexista dentro de la Administración Pública Federal del Estado de Tabasco*, Instituto Estatal de las Mujeres de Tabasco, Tabasco.
- Lledó, Eulàlia (2000), *Apunts sobre... De les dones a la llengua*, Diputació de Barcelona, Barcelona.
- Llisteras, Margarita, Ma. Ángeles Sastre, Rodrigo Carrera, y Carmen Aparecido Lopes (2004), *Género sin dudas en el ámbito profesional*, Junta de Castilla y León, Consejería de Educación, Valladolid.
- Llisteras Poncel, Margarita (coord.) et al. (2003), *Lengua y discurso sexista. Guía de Estilo 1*, Dirección General de la Mujer e Igualdad de Oportunidades de la Junta de Castilla y León, Valladolid.
- Medina Guerra, Antonia M. (coord.), *Manual de lenguaje administrativo no sexista*. Asociación de Estudios Históricos sobre la Mujer de la Universidad de Málaga y Área de la Mujer del Ayuntamiento de Málaga, 2002.

- Ministerio de Asuntos Sociales (1989), *Propuestas para evitar el sexismo en el lenguaje*, Instituto de la Mujer, Madrid.
- Ministerio de Educación y Ciencia (1988), *Recomendaciones para el uso no sexista de la lengua*, Ministerio de Educación y Ciencia (Serie Coeducación), Madrid.
- Ministerio para las Administraciones Públicas (1990), *Uso no sexista del lenguaje administrativo*, Ministerio para las Administraciones Públicas – Instituto de la Mujer (Ministerio de Asuntos Sociales), Madrid.
- \_\_\_\_\_ (1994), *Manual de documentos administrativos*, Tecnos, Madrid.
- Oficina de Asuntos de la Mujer del Ministerio de Educación (2007), *Erradicando sexismo en la educación Panameña*, Oficina de Asuntos de la Mujer del Ministerio de Educación, Panamá.
- Oficina de Igualdad de la Universidad Nacional de Educación a Distancia (s/f), *Guía de lenguaje no sexista*, Universidad Nacional de Educación a Distancia, Madrid.
- Pérez Cervera, María Julia (2006), *Manual para el uso no sexista del lenguaje: lo que bien se dice... bien se entiende*, Defensa Jurídica y Educación para Mujeres (Vereda Themis) – Instituto Nacional de Desarrollo Social – Fondo de Desarrollo de las Naciones Unidas para la Mujer, México.
- Plataforma por un Lenguaje no Discriminatorio (1996), *Alternativas para un lenguaje no discriminatorio*, Ayuntamiento de Valladolid, Valladolid.
- Secretaría Confederal de la Mujer de Comisiones Obreras y Ministerio de Igualdad (2010), *Guía para un uso del lenguaje no sexista en las relaciones laborales y en el ámbito sindical. Guía para delegadas y delegados*, Secretaría Confederal de la Mujer de Comisiones Obreras y Ministerio de Igualdad, Madrid.
- Secretaría de Igualdad, Unión General de Trabajadores (2008), *Guía sindical del lenguaje no sexista*, Secretaría de Igualdad de la Unión General de Trabajadores, Madrid.
- UNESCO (1991), *Guidelines on Non-sexist Language*, UNESCO, París (trad. esp.: *Recomendaciones para un uso no sexista del lenguaje*, Servicio de Lenguas y Documentos de UNESCO, París, 1991).
- Unidad de Igualdad de la Universidad de Granada (s/f), *Guía de lenguaje no sexista*. Unidad de Igualdad de la Universidad de Granada, Universidad de Granada, Granada.

Unidad de Igualdad de la Universidad Politécnica de Madrid (s/f), *Manual de lenguaje no sexista en la Universidad Politécnica de Madrid*, Unidad de Igualdad, Universidad Politécnica de Madrid, Madrid.

Unidad para la Igualdad entre Mujeres y Hombres (2011), *Guía de uso no sexista del lenguaje de la Universidad de Murcia*, Unidad para la Igualdad entre mujeres y hombres de la Universidad de Murcia, Murcia.

Universitat Autònoma de Barcelona, Servei de llengües de la UAB (2008), *Guia per a l'ús no sexista del llenguatge a la UAB*, Universitat Autònoma de Barcelona, Bellaterra.

## SALUDOS Y DESPEDIDAS EN LA AMÉRICA COLONIAL\*

---

Concepción Company Company

Concepción Company presenta las normas utilizadas por nuestros antepasados para saludarse y despedirse en la época colonial, con base en algunas cartas conservadas en el CORDIAM que permiten identificar la normatividad entre hablantes y oyentes, para conocer los rasgos distintivos de la organización y estructura de la sociedad en ese periodo. Los actos de habla —nos dice— resultan de una situación comunicativa concreta, siempre con una intencionalidad y con un efecto en quien los escucha o los lee. Los hay directos y apelativos —donde se espera lograr algo positivo del interlocutor— y también los hay de tipo formulario.

Con imágenes de las cartas y notas estudiadas, ejemplifica su carácter oficial, privado y prohibido, donde se observa claramente un uso particular del papel en términos gráficos. En los ejemplos se identifican distintos tipos de saludos y despedidas en cartas oficiales y privadas; vocabularios y fórmulas en cartas oficiales y privadas, o los usos frecuentes en cartas y notas prohibidas.

Luego de comentar los casos ampliamente, a manera de conclusión, se pregunta la autora: ¿cuándo surge la modernidad o a partir de cuándo puede distinguirse ésta en las normas utilizadas para saludarse y despedirse?, y ella misma responde: la modernidad se presenta en el siglo XVIII tardío y ya en el siglo XIX se generalizan los saludos y despedidas actuales.

\* Resumen de la lectura estatutaria presentada en la sesión ordinaria del 13 de diciembre de 2018, en la sede de la Academia Mexicana de la Lengua, Iztaccíhuatl 10, colonia Florida.



## ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Abad, Diego José, 101  
Abasies, 161, 163  
Abentofail, 162  
Abraham, 183  
Acevedo, Martha, 202  
Aceves, Los, 76  
Acosta, Mariclaire, 238  
Acosta Gamas, Tayde, 226  
Acuña Borbolla, Arturo, 133-135  
Agatías, 177  
Aguilar, Héctor, 99  
Aguilar, Jerónimo de, 376  
Aguirre, Amado, 88  
Aguirre, Estela, 89  
Aguirre Beltrán, Gonzalo, 202  
Agustín de Hipona, san, 130  
Ahuitzotl, rey, 266  
Alarcón, Gabriel, 231  
Alarcón, Próspero María, 381  
Alatorre, Antonio, 75-77  
Alba, Alfonso de, 46, 77  
Albalá, Paloma, 405, 408  
Alcaraz, José Antonio, 237  
Alejandro Magno, 154, 158,  
176  
Alejo, Francisco Javier, 202  
Alemán, Miguel, 48, 72  
Alinea, Estanislao B., 408  
Allan Poe, Edgar, 225  
Almirante de la Mar Océana [Cristóbal  
Colón], 246  
Alonso, Amado, 238  
Alonso, Martín, 48-49  
Altamirano, Ignacio Manuel, 60, 138,  
144  
Alva Ixtlilxóchitl, Fernando, 256, 273  
Álvarez, Federico, 136, 143  
Álvarez, Griselda, 74  
Álvarez, José Rogelio, 78  
Álvarez del Castillo, Manuel, 76  
Amenter, 155  
Amicis, Edmundo de, 102  
Andrade, José María, 143  
Andrea Guadalupe, 145  
Ángeles, Felipe, 95  
Anita, 129  
Antígona, 331  
Anyte, 177  
Apeles, 330  
Apuleyo, Lucio, 182  
Aragon, Louis, 237  
Arguedas [Soledad], 71  
Argüelles, Hugo, 333, 335  
Argüelles, Miguel Ángel, 50  
Aridjis, Homero, 148  
Aristeo, 330  
Aristófanes, 176  
Aristóteles, 177, 293, 330-331, 335

- Arlt [Roberto], 71, 241  
 Arnaiz y Freg, 231  
 Arreola, Juan José, 75-76, 103, 111, 145, 148  
 Arriola Adame, José, 76  
 Atahualpa, 333  
 Atalo I, rey, 180  
 Ático, 180  
 Aub, Max, 136  
 Auerbach, Erich, 246  
 Ávalos [provincia], 278  
 Averroes, 162  
 Avicena, 160  
 Ávila, Felipe, 106  
 Axayácatl, rey, 265, 270  
 Ayala, 123  
 Ayala, Leopoldo, 391  
 Áyax, 331  
 Azar, Héctor, 93  
 Azuela, Salvador, 70-71, 75-76, 201
- Bacca, 108  
 Bacon, 294  
 Balbuena, Bernardo de, 101, 378  
 Ballesteros, José Ramón, 54  
 Baracs, Lydia, 133  
 Barker, Ernest, 182  
 Barragán de Toscano, Refugio, 56  
 Barreda, Octavio G., 143, 197  
 Barriga Villanueva, Rebeca, 399  
 Barthes [Roland], 246  
 Bartra, Roger, 16, 35, 281  
 Basave, Agustín, 76  
 Basho, Matsúo, 174
- Batis, Huberto, 75, 202  
 Bauhaus, 301  
 Beerhom, Max, 147  
 Beltrán, Rosa, 36  
 Beltrán Cabrera, Francisco Javier, 15-16, 213  
 Benítez, Fernando, 140, 237, 310-311, 376  
 Benivieni, Antonio, 294  
 Benjamin, Walter, 302  
 Bergson, Henri, 109, 111, 130  
 Berkeley, obispo, 291-292, 295  
 Berman, Sabina, 425  
 Beuchot, Mauricio, 32  
 Bioy Casares, Adolfo, 147  
 Blackmore, Susan, 281  
 Blanchot, Maurice, 246  
 Blanco, Alberto, 148  
 Blanquel, Eduardo, 81, 90, 92, 99  
 Bojórquez, Juan de Dios, 104  
 Bonaparte, Napoleón, 88, 154  
 Bonifaz Nuño, Rubén, 433  
 Borges, Jorge Luis, 71, 102, 111, 147, 222, 227-228, 233, 239, 241, 245, 304  
 Borja, san Francisco de, 330  
 Borso, Vittoria, 301  
 Bosch García, Carlos, 92  
 Bosch-Gimpera [Pedro], 116  
 Bosque, Ignacio, 426  
 Botta, Émile, 156  
 Boturini, Lorenzo, 83, 93, 96  
 Braudel, Fernand, 162, 164, 172  
 Bravo Ahuja, Víctor, 152

- Brecht, Bertold, 301  
 Briesemeister, 301  
 Brunschvicg, León, 116  
 Buda, 167  
 Buffon, conde de, 247  
 Burckhardt, Jacob, 101, 294  
 Buthuri, Al, 163  
 Buxó, José Pascual, 31
- Cabrera, Luis, 99  
 Cacho, Luis Giménez, 237  
 Calderón, Fernando, 74  
 Calderón de la Barca [Pedro], 332  
 Calvet, Louis-Jean, 400  
 Calvo, Carmen, 425, 427  
 Camoens, 377  
 Campo, Ángel del, 58  
 Campobello, Nellie, 36  
 Campos, Julieta, 237  
 Campos, Marco Antonio, 197  
 Camus [Albert], 246  
 Canedo, Joaquín Díez, 237  
 Capistrán, Julia y Francisca, 227  
 Capistrán, Miguel, 15, 213-218, 221-233  
 Carballo, Emmanuel, 75, 229  
 Cardoza y Aragón, Luis, 237  
 Carlos IV, 73  
 Carlyle, Thomas, 101  
 Caro, Miguel Antonio, 385  
 Carpentier [Alejo], 102  
 Carranza [Venustiano], 95, 99  
 Carreño, Alberto María, 384  
 Casado, Celia, 403, 405-406, 409-411
- Cascales, Francisco de, 331  
 Caso, Alfonso, 142, 189  
 Caso, Antonio, 108, 115  
 Castañón, Adolfo, 15, 26, 33, 45, 69, 115, 133, 227, 238  
 Castañón Rodríguez, Jesús, 143  
 Castaños, Fernando, 238  
 Castellanos, Rosario, 302  
 Castillo, Josué, 229  
 Castro, Américo, 194  
 Catalina de Siena, santa, 73  
 Catulo, Cayo Valerio, 181  
 Cavite, chabacano de [lengua], 410  
 Celan, Paul, 302  
 Celorio, Gonzalo, 16, 32, 45, 238, 241, 373  
 Cervantes [Miguel de], 88, 102, 376  
 Cézanne [Paul], 225  
 Champollion, Jean-François, 154  
 Chardin, Teilhard de, 130  
 Chateaubriand, 101  
 Chávez, Ignacio, 84  
 Chávez, Octavio, 55  
 Chávez, Roberto, 212  
 Chávez-Peón, Mario, 27  
 Ch'ing, dinastía, 167  
 Chou, dinastía, 168, 170  
 Chumacero, Alí, 15, 75, 143, 145, 197-198, 200-204, 207-212, 222, 227, 229  
 Chumacero, dinastía, 211  
 Chumacero, Lourdes de, 210-211  
 Chumacero, María, 211  
 Cicerón, 180

- Ciro el Grande, 158  
 Citium, Zenón de, 180  
 Clavijero [Francisco Javier], 101  
 Clements, 415  
 Cockcroft, James D., 99  
 Cohen, Esther, 238  
 Colina, José de la, 136  
 Coll, Pedro Emilio, 117  
 Collins, 295  
 Colón, Cristóbal, 245-247, 294  
 Company Company, Concepción, 16,  
 19, 23, 25-27, 33, 37, 45, 434,  
 443  
 Confucio, 168-169  
 Copérnico [Nicolás], 247, 294  
 Córdoba, Álvaro de, 432  
 Córdoba, Hazan de, 164  
 Córdova, Arnaldo, 99  
 Cornejo Franco, José, 46, 76  
 Cornford, 293  
 Corominas, Joan, 49  
 Correas Íñigo, Gonzalo, 49  
 Cortázar, Julio, 102, 237, 241  
 Cortés, Hernán, 41, 134, 137, 144,  
 146, 153, 240, 333, 373, 376  
 Cortés, Martín, 302  
 Cortés Bargalló, Luis, 148  
 Cosío Villegas, Daniel, 99  
 Cosroes II, 160  
 Coyolxauhqui, 341  
 Cristo, 122-124, 183, 273, 303, 330  
 Cruz Pérez, Víctor de la, 21  
 Cruz, sor Juana Inés de la, 31  
 Cuéllar, Alfredo B., 66  
 Cuéllar, José T. de, 58  
 Cuervo, Rufino José, 139-140  
 Cuesta, Jorge, 33, 214-217, 222, 224,  
 227-228, 231  
 Cuesta, Natalia, 229  
 Cueva, Juan de la, 377  
 Cuevas, José Luis, 231  
 Cupido, 182, 374  
 Dalai Lama, 146  
 Dante, 88  
 Dantés, 231  
 Dau Flores, Enrique, 46  
 Dávalos, Balbino, 381  
 Dávila Garibi, José Ignacio, 78  
 Dawkins, Richard, 282, 296  
*Delgadina* [canción], 35  
 Delgado, Javier, 357  
 Delgado, Rafael, 61  
 Delorme y Campos, Jorge, 75  
 Derrida [Jacques], 246  
 Descartes [René], 109, 294  
 Desnos, Robert, 116  
 Díaz, José Luis, 26, 35  
 Díaz, Porfirio, 88, 96  
 Díaz Arciniega, Víctor, 136  
 Díaz-Campos, Manuel, 415  
 Díaz Covarrubias, Juan, 58  
 Díaz de la Vega, Silvestre, 331  
 Díaz de León, Enrique, 76  
 Díaz de León, Jesús, 48  
 Díaz del Castillo, Bernal, 101, 144, 187  
 Díaz Ordaz, Gustavo, 201, 230-231  
 Díaz Reinoso, Miguel, 238

- Dickens [Charles], 243  
 Diéguez, Manuel, 88  
 Díez Canedo, Enrique, 145  
 Dilthey, Wilhelm, 91  
 Domínguez, Christopher, 135  
 Dorra, Raúl, 238, 431  
 Dozy, Renier, 164  
 Drummond de Andrade [Carlos], 241  
 Durán, fray Diego, 187  
 Durero, 294
- Echavarría, Salvador, 46  
 Ehécatl-Quetzalcóatl, 338  
 Eliade, Mircea, 167  
 Eluard, Paul, 116  
 Escobedo, canónigo Federico, 392  
 Esquilo, 176  
 Eurípides, 176  
 Evelia [esposa de Á. Matute], 102
- Faetón, 330  
 Farías, Ixca, 76  
 Febo, 330  
 Fernández, Emilio, 238  
 Fernández, Justino, 92, 105  
 Fernández, Macedonio, 241  
 Fernández, Mauro, 405  
 Fernández Perera, Manuel, 136  
 Fernando [II de Aragón], 246  
 Ferrer, Guadalupe, 238  
 Fierro, Julieta, 26, 33  
 Filipo, 335  
 Firdusi, 160  
 Flores, Ernesto, 46, 75, 77
- Flores, Miguel Ángel, 197  
 Fontdeglòria, Xavier, 397  
 Foucault [Michel], 246  
 Foulché-Delbosc, Raymond, 139  
 Fox, Vicente, 427  
 Francisco Javier, 172  
 Frenk, Margit, 32, 238  
 Freud [Sigmund], 246  
 Frías, Heriberto, 60  
 Friedländer, Ludwig, 182  
 Fuentes, Carlos, 199, 237, 241
- Galeno, 330  
 Galileo, 247  
 Galindo, Carmen y Malena, 231, 232  
 Galindo, Sergio, 202, 237  
 Gallegos [Rómulo], 71  
 Gamboa, Federico, 55, 237  
 Gaos, José, 81, 96, 98, 100, 105, 108  
 García Bacca [Juan David], 108  
 García Calderón, Ventura, 193  
 García Cubas, Antonio, 60  
 García Gómez, Emilio, 164  
 García Icazbalceta, Joaquín, 77, 374–375  
 García Márquez, Gabriel, 237  
 Garcíadiego, Javier, 15, 35, 45, 87  
 Garcilaso de la Vega, Inca, 192  
 Garrido, Felipe, 15, 26, 33, 45, 69, 146, 197  
 Garro, Elena, 302  
 Garza y Ballesteros, Lázaro de la, 384  
 Gerbasi, Vicente, 117  
 Gergen, 295

- Gibb, H. A. R., 164  
 Gibbon, Edward, 101  
 Gilgamesh, 157  
 Gilly, Adolfo, 99  
 Glantz, Margo, 16, 26, 32, 90, 102, 238, 301, 310  
 Goebel, Barbara, 301  
 Gómez Robledo, Antonio, 78  
 Gómez y Gómez, 425  
 Góngora [Pimentel], 118, 122, 225, 393  
 González, Aurelio, 26, 35  
 González, César, 238  
 González, José Luis, 237  
 González, Luis, 99, 103  
 González Casanova, Pablo, 182  
 González de Esclava, Hernán, 373  
 González Durán, Jorge, 145-146, 197-198, 203  
 González León, Francisco, 55, 75-76  
 González Luna, Efraín, 76  
 González Martínez, Enrique, 78  
 González Obregón, Luis, 62, 89  
 González Pedrero, Enrique, 91  
 González Peña, Carlos, 78  
 González Rodríguez, Sergio, 232  
 Gorostiza, Celestino, 223-224  
 Gorostiza, José, 32, 76, 111, 223-225, 227-229, 238, 241  
 Gorostiza, Martha, 223  
 Granados, Pável, 136, 226  
 Gran Kan, 170  
 Gucumat, Tepeu, 190  
 Guehenno, Jean, 116  
 Guerra, Francisco Xavier, 82  
 Guillermo, káiser, 301  
 Güiraldes [Ricardo], 71  
 Guízar y Valencia, Rafael, 391  
 Gurría Lacroix, Jorge, 98  
 Gutiérrez, Alfonso René, 148  
 Gutiérrez Nájera, Manuel, 137, 144, 383  
 Gutiérrez Vega, Hugo, 75, 78  
 Guzmán, Martín Luis, 71-72, 95, 103, 237  
 Guzmán, Miguel Ángel, 202  
 Guzmán, Nuño de, 72  
 Habsburgo, Maximiliano de, 52  
 Hammurabi, rey babilonio, 157  
 Han, dinastía, 168  
 Harvey, 294  
 Hayashiya, Eikichi, 174  
 Hegel [G. F. W.], 130  
 Heian (periodo), 171-173  
 Heidegger, Martin, 111, 241  
 Heliodoro Valle, Rafael, 218  
 Henestrosa, Andrés, 20-21, 23, 39, 143  
 Henríquez Ureña, Pedro, 15, 88, 95, 238-240, 243, 249  
 Heráclito, 177  
 Hernández, Amalia, 140  
 Hernández de Martínez Estrada, José, 240-241  
 Hernández Peón, Raúl, 299  
 Hernández Triviño, Ascensión, 15, 19, 34, 37, 45, 151  
 Heródoto [de Halicarnaso], 101, 155

- Herrera Zapién, Tarsicio, 16, 31, 143, 381
- Hesiodo, 176
- Hideyoshi, 173
- Higashi, Alejandro, 16, 26, 36, 45, 425
- Hill, Jane H., 415
- Hill, Kenneth C., 415
- Hiparco, 177
- Hipócrates, 330
- Hipólito, san, 331
- Hiriart, Hugo, 35, 238
- Hobbes [Thomas], 123
- Hofmann Ysenbourg, Herbert, 198
- Hoffmann, E. T. A., 302
- Homero, 101, 176
- Horacio, 101, 141, 181, 331, 385-390
- Huántar, Chavín de, 191
- Hudson, 240
- Huehuateotl, 254
- Huerta [Victoriano], 88
- Huerta, David, 238
- Huidobro, Vicente, 71, 111, 116
- Huitzilopochtli, 337-338, 341
- Huítzol, 376
- Humboldt [Alejandro de], 41, 376
- Hurtado, Javier, 46, 69
- Huxley [Aldous], 242
- Ibarbourou, Juana de, 71
- Ibn Rochs, Mohamed, 162
- Ícaro, 330
- Iglesia, Ramón, 100, 105
- Inclán, Luis G., 62-63
- Iris, 330
- Isabel [I de Castilla], 246
- Iturriz, José Luis, 49
- Jacob, Max, 116
- Jacobsen, Miguel de Anda, 77
- Jaeger, Werner, 179
- Jaldún, Ibn, 164
- Jaramillo, María, 302
- Jaramillo, Rubén, 90
- Je-Pen, 171
- Jerez, Francisco de, 193
- Jesucristo, 167
- Jesús [de Nazaret], 184
- Jiménez de Báez, Yvette, 310, 314
- Jitrik, Noé, 15, 237, 245-249
- Johansson Keraudren, Patrick, 16, 34, 43, 253
- Joseph, S., 278
- Juan, san, 124, 185-186
- Juan, tío, 149
- Julio César, 179
- Junco, Alfonso, 381
- Kahler, Erich, 186
- Kamakura (periodo), 172
- Kan, Gengis, 168
- Kan, Kublai, 168
- K'ang Hi, 351
- Kant, Immanuel, 130, 292
- Kaspárov, Garri, 286
- Katz, Friedrich, 99
- Kennedy [John F.], 90
- Kepler, 294
- Kerswill, Paul, 401

- Khayyam, Omar, 160-161  
 Kiyotsugu, Kan'ami, 175  
 Knight, Alan, 99  
 Knox, Ronald, 292  
 Komachi, Ono no, 173  
 Kouwenberg, Silvia, 410  
 Krauze, Enrique, 99, 135  
  
 Labastida, Jaime, 15, 19, 26, 32, 39,  
     45, 69, 223, 238, 241, 245  
 Lacan, 246  
 Lambert, Jean Clarence, 137  
 Landa, fray Diego de, 190  
 Langagne, Eduardo, 209  
 Lao-Tsé, 168-169  
 Lara, Luis Fernando, 50-51  
 Lara Zavala, Hernán, 238  
 Larocque Tinker, Edward, 66  
 Lastra, Yolanda, 16, 19, 22, 25, 35,  
     37, 43, 357  
 Layard, Henry, 156  
 Lazo, Agustín, 227  
 Ledesma, Paola, 357  
 Lee Benson, Netie, 94  
 Leibniz [Gottfried], 351  
 Leñero, Vicente, 78  
 Leonardo, 294  
 León, fray Luis de, 387  
 León-Portilla, Miguel, 26, 28, 31, 42,  
     45, 81, 189, 405  
 Leprince de Beaumont, Jeanne  
     Marie, 182  
 Lévi-Strauss [Claude], 246  
 Li Po, 170  
  
 Lida, 108  
 Lipski, John M., 405, 409  
 Lizalde, Eduardo, 26, 34  
 Lledó, Eulalia, 429  
 Llorente Maldonado de Guevara,  
     Antonio, 64-65  
 Llosa, Vargas, 102  
 Loaeza, Guadalupe, 136, 238  
 López, Ubaldo, 143  
 López Cámara, Francisco, 91  
 López Castro, Rafael, 199  
 López de Cortegana, Diego, 182  
 López de Legazpi [Miguel], 407  
 López de Santa Anna [Antonio], 60,  
     74  
 López Mateos, Adolfo, 224  
 López Pinciano, Alonso, 331  
 López Portillo, Jesús, 74  
 López Portillo y Rojas, José, 56-57,  
     76-77  
 López Velarde, Ramón, 137, 224,  
     241  
 Lot, 178  
 Luquín, Eduardo, 229  
 Lutero, Martín, 294  
 Luzán, Ignacio de, 331  
  
 Macaulay, Thomas, 101  
 Macedonio, 248  
 Magallanes [Fernando de], 406  
 Magdalena, 231, 238  
 Mahoma, 161  
 Maimónides, filósofo, 183  
 Malinalli, 264

- Malinche, La, 302  
Mallarmé [Stéphane], 225  
Malo, Crates de, 180  
Mamun, Al, 162  
Manes, 159  
Manrique, Jorge Alberto, 92  
Mansur, Al, 162  
Maples Arce, Manuel, 238, 241  
Maquiavelo [Nicolás], 123, 294  
Maragall, 115  
Marcial, Vicente, 37  
Marco Aurelio, 180-181  
Marco Polo, 168, 170, 356  
Marenco, Manuel A., 216  
Marenco, Saúl, 216  
Mares, María, 76  
Margules, Ludvik, 237  
María, virgen, 330  
*Martina* [canción], 35  
Martín Butragueño, Pedro, 16, 19, 25-26, 28, 36-37, 397, 399-400, 402  
Martínez, José Luis, 15, 75-76, 78, 133, 135-148, 151-158, 160, 162-177, 179-192, 194, 197, 199, 203, 229, 231, 237, 240  
Martínez, Juan, 148  
Martínez Assad, Carlos, 99  
Martínez Baracs, Andrea, 133  
Martínez Baracs, Rodrigo, 133-136, 145-146, 148-149  
Martínez Estrada, Ezequiel, 240  
Martínez Hernández, José Luis, 148  
Martínez Rodríguez, José Luis, 145  
Martínez Valadez, Manuel, 76  
Mártir de Anglería, Pedro, 247  
Marx, Carlos, 91, 130, 302  
Mastretta, Ángeles, 211  
Mateo, san, 185-186  
Matos Moctezuma, Eduardo, 15-16, 26, 36, 43, 45, 127, 202, 337, 341  
Matute, Álvaro, 15, 28, 37, 81-85, 87, 89-106  
Maurer, Philippe, 410  
Maya, Daniel, 37  
Maza, Francisco de la, 92-93  
McWhorter, John, 409, 415  
Mecenas, 141  
Medea, 331  
Menandro, 180  
Méndez Plancarte, Gabriel, 310, 387  
Mendoza [Antonio de], virrey, 41  
Mendoza, José María de, 232  
Menéndez y Pelayo, Marcelino, 386-387  
Meyer, Jean, 99  
Meyer, Lorenzo, 99  
Meyer, Michael, 99  
Michaelis, Susanne Maria, 410  
Michelet, Jules, 101  
Miguel Ángel, 134, 294  
Millán, María del Carmen, 201-202  
Minerva, la, 198  
Ming, dinastía, 168-170  
Miranda, Luis G., 405  
Miró [Gabriel], 71  
Mistral, Gabriela, 71, 116  
Moctezuma, 270, 414

- Moisés, 184  
 Molina Martos, Isabel, 405  
 Molina, Silvia, 16, 36, 319  
 Moliner, María, 48  
 Mommsen, Theodor, 101  
 Mondragón, Sergio, 148  
 Monsiváis, Carlos, 231  
 Montenegro, Roberto, 227  
 Montero Alarcón, Arturo, 360  
 Monterroso [Augusto], 76, 237, 241  
 Montes de Oca, obispo, 392  
 Montessori, María, 107  
 Moore, George B., 431  
 Morá, Hakobo, 229  
 Morábito, Fabio, 238  
 Morán, Vicente, 216  
 Moreno de Alba, José G., 78  
 Moreno Fernández, Francisco, 405, 410  
 Mota, Manuela, 137, 145  
 Moto, Kaki no, 173  
 Motokiyo, Zeami, 175  
 Moya Palencia [Mario], 233  
 Munztel, Martha, 415  
 Murià, José María, 15, 45, 69-70, 72, 76-78  
 Muromachi (periodo), 172  
 Murray, Gilbert, 178  
 Muysken, Pieter, 410  
  
 Nanáhuatl, 188  
 Nanahuatzin, 264  
 Nandino, Elías, 33, 75, 224  
 Nara (periodo), 171, 173  
  
 Nauhyohuehue, 254  
 Nava López, Enrique Fernando, 15, 19, 39, 41-43  
 Navarro Sánchez, Adalberto, 46, 77  
 Nebrija, Elio Antonio de, 246  
 Neruda [Pablo], 71, 111, 239  
 Nervo, 383  
 Neter-Jert, 155  
 Newton, 294  
 Nezahalcóyotl, 144, 147, 189  
 Nezahualpilli, 266  
 Nicator, Seleuco, 159  
 Nicholson, Henry, 337  
 Nicholson, Irene, 93  
 Nicol, Eduardo, 81  
 Nietzsche, 130  
 Nise, 330  
 Noah Kramer, Samuel, 158  
 Noh, teatro, 175  
 Novo, Salvador, 89, 134, 223-224, 227, 230-232  
  
 Obregón, Álvaro, 88-89, 95, 99  
 Ocampo, Silvina, 147  
 Ocegüera, Simón, 57  
 O'Gorman, Edmundo, 81, 92, 96-98, 105  
 Ojeda, Jorge Arturo, 202  
 Olimpia, 335  
 Olivé, León, 289, 296-298  
 Oliverio, 238  
 Olmos, fray Andrés de, 188  
 Omeyas, 161  
 Orestes, 333

- Orfeo, 330
- Orfila Reynal, Arnaldo, 148, 201, 237
- Orozco y Berra, Manuel, 143
- Ortega y Gasset, José, 96, 156
- Ortega y Medina, Juan Antonio, 81, 84, 92, 98
- Ortiz de Montellano, Bernardo, 224
- Ortiz Monasterio, Fernando, 238
- Ortiz Monasterio, José, 88
- Othón, Manuel José, 382, 386, 392-395
- Owen, Gilberto, 203-204, 209, 215-218, 223-224, 227
- Pablo, san, 208
- Pacheco, José Emilio, 229, 237, 241, 431
- Padre Guerra, Liceo del, 76
- Padura, Leonardo, 102
- Pagaza, Joaquín Arcadio, 381-395
- Palancares, Jesusa, 302
- Palavicini, Félix, 104
- Paracelso, 294
- Páramo, Roberto, 230-232
- Parcas, 330
- Paredes, Alberto, 229
- Parodi, Claudia, 401
- Pascal, 130
- Paso, Fernando del, 46, 77
- Paso y Troncoso, Francisco del, 337
- Paulo de Tarso, 184
- Payno, Manuel, 60-61, 237, 315
- Paz, Octavio, 36, 89, 103, 110-111, 116, 130, 134, 137-138, 140-141, 143, 145, 148, 174, 228, 230, 240, 302
- Pedro Páramo [*personaje de Rulfo*], 302-307, 309-312, 314-315
- Pedro, san, 73, 208
- Pellicer, Carlos, 33, 71, 134, 227, 395
- Penrose, Roger, 282
- Pereda, Carlos, 238
- Peregrina, Angélica, 46
- Pérez Cervera, María Julia, 433
- Pérez de Villagrà, Gaspar, 375
- Pérez Peniche, T. S., 216
- Pérez-Reverte, Arturo, 425-426
- Pérez Tamayo, Ruy, 16, 26, 32, 289
- Pérez Verdía [Luis], 76
- Perry, Mathew, 173
- Peza, Valdés, 232
- Piazza, Luis Guillermo, 231
- Piña Chan, Román, 191
- Pineda, Agustín, 198
- Pineda, Arnulfo, 324
- Pinocho, 102
- Pirandello, 215
- Pitol, Sergio, 89
- Planudes, Máximo, 177
- Platón, 111, 177, 293, 330
- Plauto, 180, 330
- Plotino, 177
- Pólit, Espinoza, 389
- Ponce, Manuel M., 223
- Poniatowska, Elena, 238, 302
- Porrúa, Manuel, 143
- Porrúa, Rafael, 143
- Portilla, Jorge, 108

- Posidonio de Apamea, 180  
 Prieto, Carlos, 16, 25, 34, 343  
 Prieto, Guillermo, 60  
 Propercio, 181  
 Puga y Acal, Manuel, 75-76  
 Pulido, Marco Antonio, 198, 202
- Qays, Imru'Al, 162  
 Quétzal, 376  
 Quetzalcóatl, 188-189, 341  
 Quevedo, Francisco de, 115-126  
 Quevedo y Zubieta, Salvador, 60  
 Quijote, don, 391, 426  
 Quilis, Antonio, 403, 405-406, 409-411  
 Quirarte, Vicente, 15, 26, 33, 45, 69, 207, 221, 379
- Rafael, 134, 294  
 Rahner, Hugo, 331  
 Ramírez de Lira, María Guadalupe, 135-136, 146  
 Ramírez, Ignacio, 144  
 Ramírez, Josh, 397  
 Ramírez, obispo Francisco, 384-385  
 Ramos Meza, Ernesto, 77  
 Ranke, Leopold von, 101  
 Raschid, Harum al, 162-163  
 Rawlison, Henry, 156  
 Raymundo, 241  
 Reed, John, 199  
 Renan, Joseph Ernest, 101  
 Renard, Jules, 136  
 Retana, W. E., 405
- Revillagigedo [conde de], 41  
 Revueltas, José, 76, 99  
 Reyes, Alfonso, 31, 33, 35-36, 76, 103, 107-108, 122, 134-142, 145, 147-148, 179, 197, 227-228, 230, 239-241, 335, 377  
 Reyes, Alicia, 137  
 Reyes Mota, Alfonso, 137  
 Rico, Francisco, 426  
 Rimbaud [Arthur], 108  
 Rincón Gallardo, Carlos, 54-55  
 Rivadeneyra, Manuel, 139-140  
 Rivera, Diego, 96, 228  
 Rivière, Jean M., 175  
 Roa Bastos, Augusto, 245, 305  
 Robles, Pedro, 58  
 Rodao García, Florentino, 403, 408  
 Rodrigo, 143-144  
 Rodríguez, Fernando, 143  
 Rodríguez Galván [Ignacio], 74  
 Rodríguez Mora, Enrique, 105  
 Rodríguez-Ponga, Rafael, 401, 405, 408, 413-414  
 Rodríguez Prampolini, Ida, 93  
 Rojas Rosillo, Isaac, 197  
 Rolón, José, 76  
 Román, Norma, 333  
 Romano Muñoz, José, 139  
 Romero, Mojarro, 408  
 Rosamaría, 231  
 Ross, Stanley, 94, 99  
 Rousseau [J. J.], 144  
 Rubén, Darío, 240  
 Rueda Smithers, Salvador, 106

- Ruiz, Ángeles, 88  
 Ruiz Castañeda, María del Carmen, 222, 229  
 Ruiz, Gonzalo, 57  
 Ruiz Moreno, Luisa, 238  
 Rulfo, Juan, 32, 75, 78, 103, 111, 141, 228, 237, 241, 301, 303-307, 309-310, 312-316  
 Rummah, 163  
  
 Saavedra Guzmán, Antonio de, 375  
 Sabines, Jaime, 137  
 Saborit, Antonio, 230  
 Safo, 177  
 Sahagún, fray Bernardino de, 144, 146, 153, 187-188, 337-338, 341  
 Sáinz, Gustavo, 202  
 Sakai, Kazuya, 175  
 Salado Álvarez, Victoriano, 59, 75, 78  
 Salazar Bondy, Sebastián, 193  
 Salgari, 102  
 Salinas Lozano, los, 231  
 Sánchez, Julián, 65  
 Sánchez Osorio, Nicolás, 231  
 Santa Cruz Pachacuti Yamqui, Juan, 192  
 Santamaría, Francisco J., 20-21, 23, 39  
 Sants Salomé, viuda [*personaje de Rulfo*], 309  
 Sarmiento [Domingo Faustino], 241, 245, 248  
 Sartre [Jean Paul], 246  
 Saucedo, Arturo, 225  
  
 Saussure [Ferdinand de], 246  
 Savonarola, 294  
 Schmidt Welle, Friedhelm, 301  
 Schneider, Luis Mario, 135, 222, 228  
 Schuchardt, Hugo, 409  
 Schuessler, Michael K., 229  
 Schwegler, Armin, 410  
 Schweitzer, Albert, 167  
 Scott Latourett, Kenneth, 170  
 Seler, Eduard, 41, 189  
 Séneca, 101, 123-124, 180  
 Serrano Migallón, Fernando, 15, 34, 81, 107  
 Severo Maldonado, Francisco, 73  
 Shakespeare [William], 242  
 Shanahan, Murray, 288  
 Shang, dinastía, 168, 170, 348  
 Sheridan, Guillermo, 135  
 Shibuki, Murasaki, 172  
 Shonagon, Sei, 172  
 Shu-sin, rey sumerio, 157  
 Sierra, Justo, 101, 138, 140-141, 144  
 Silva, Atenógenes, 77  
 Silva, Guido de, 117  
 Silva Herzog, Jesús, 99  
 Silva-Herzog Márquez, Jesús, 26, 36  
 Simond, Charles, 167  
 Sippola, Eeva, 405, 410  
 Soames, Enoch, 146  
 Soberón, Óscar, 198  
 Sócrates, 130, 177, 293  
 Sófocles, 176  
 Solana, Rafael, 89  
 Steinkrüger, Patrick O., 410-411

- Steinmueller, John B., 186  
 Suárez Argüello, Roberto, 123, 202  
 Su Tung P'ò, 170
- Tablada, José Juan, 232-233  
 Tagle, Tania, 229  
 Tagliasco, Vincenzo, 285  
 Tamayo, Jorge L., 91  
 Tang, dinastía, 168, 170-171  
 Téllez, Mariano, 383  
 Téllez-Pon, Sergio, 226, 229  
 Terán, Luis, 230-233  
 Teresa, santa, 124  
 Ternate, chabacano de [lengua], 410  
 Terrazas, Francisco de, 373-378  
 Theodor Preuss, Konrad, 41  
 Thompson, Eric S., 189  
 Tláloc, 337, 338, 341  
 Toci, diosa, 258  
 Tolsá [Manuel], 73  
 Tolstoi, León, 186  
 Torquemada, fray Juan de, 268, 275  
 Torres Bodet, Jaime, 116, 133-134, 140, 145, 224  
 Torres Bodet, los, 231  
 Torre Villar, Ernesto de la, 92  
 Torri, Julio, 76, 136  
 Toscano, Salvador, 116, 191  
 Tozzer, Alfred, 191  
 Traven, B., 232  
 Trejo, Evelia, 105  
 Trotsky [León], 102  
 Tsurayuki, Ki no, 173  
 Tucídides, 101
- Tununa, 238  
 Turner, Ralph, 158, 161, 170, 186
- Ulloa, Bertha, 99  
 Unamuno [Miguel de], 71, 123-124  
 Uranga, Emilio, 108, 116, 141, 143  
 Urdaneta, Andrés de, 407  
 Usigli [Rodolfo], 335
- Valadés, Diego, 26, 33, 143  
 Valadés, Edmundo, 231  
 Valero Silva, José, 56  
 Valéry, Paul, 136  
 Valiñas Coalla, Leopoldo, 20-23, 25, 27, 39  
 Vallarta, 76  
 Valle-Inclán [Ramón María del], 71  
 Vallejo, César, 71, 309-310  
 Vargas Vila, 218  
 Vasconcelos, José, 88, 95, 103, 140, 151, 167, 238-242  
 Velarde, López, 225  
 Velasco, Luis de (marqués de Salinas), 278  
 Velázquez, 225  
 Vélez, Amado, 143  
 Venus, 182, 273, 322  
 Verduzco, fray Jerónimo, 387  
 Verlaine, Paul, 117  
 Vesalio, 294  
 Vico, 83, 91, 93, 96, 105, 130  
 Victoria, 123  
 Vigil, José María, 15, 74, 76-77  
 Villa [Francisco], 89

- Villanueva, Darío, 425  
Villaurrutia, María Teresa, 229  
Villaurrutia, Xavier, 89, 134, 197,  
209, 214, 217-218, 221-224, 227-  
228, 378  
Villoro, Luis, 137, 143, 289-290  
Vinci, Leonardo da, 135  
Virgilio Marón, Publio, 180-181, 385-  
386, 389  
Viveros, Germán, 16, 25, 34, 329  
Vives, 123  
Voltaire, 101  
  
Weigel, Helen, 301  
Whinnom, Keith, 409  
Wilde, Oscar, 212  
Winfield, Alan, 285  
Womack, John, 99, 238  
  
Xirau, Ramón, 15, 93, 107-113, 115-  
117, 127, 129-131  
Xirau Icaza, Joaquín, 130  
  
Xirau Palau, Joaquín, 115-116  
Xiuhtecuhtli, 254  
  
Yahvé, 185  
Yáñez, Agustín, 74, 78, 145, 310  
Yáñez Ramírez, Gabriel, 45  
Yehová, 184  
  
Zaid, Gabriel, 433  
Zaitzeff, Serge, 135  
Zamacois, Niceto de, 57, 63-64  
Zamboanga, chabacano de [lengua], 410  
Zaragoza, Ignacio, 384  
Zárate, Fernando, 335  
Zárate Castronovo, Fernando, 334  
Zaratustra, 159-160  
Zea, Leopoldo, 146, 197, 203  
Zermeño, Juan Francisco, 55  
Zhou Enlai, 352  
Zimmermann, Klaus, 401, 409, 415  
Zoraida Vázquez, Josefina, 92  
Zurzoe, 160



GABINETE EDITORIAL  
DE LA ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA

Alejandro Higashi  
*Responsable académico*

Vicente Quirarte  
*Asesor editorial*

Agustín Herrera Reyes  
*Coordinador editorial*

Pablo Labastida  
*Diseñador responsable*

Miliett Alcántar  
*Distribución*



*Memorias de la Academia Mexicana de la Lengua*  
tomo XLIV [2018]

se terminó de imprimir y encuadernar  
en diciembre de 2019, en los talleres  
de Mújica Impresor, S.A. de C.V.,  
Camelia 4, Col. El Manto,  
C.P. 09830, Ciudad de México.

En su composición se utilizaron los tipos  
Bembo MT Pro en 9:11, 11:15 y 12:15 pts.  
La edición, en papel Kromos ahuesado  
de 90 g, consta de 200 ejemplares,  
y estuvo al cuidado de  
*Rebecca Ocaranza.*



## ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA

TOMO XLIV:

- ENRIQUE FERNANDO NAVA LÓPEZ *Para apreciar y aprender*  
JAIME LABASTIDA *Respuesta al discurso de ingreso de don Fernando Nava López*
- JOSÉ MARÍA MURIÀ *La palabra charro*  
FELIPE GARRIDO *Respuesta al discurso de ingreso de don José M. Murià*
- FERNANDO SERRANO MIGALLÓN *Álvaro Matute*  
JAVIER GARCADIEGO *Álvaro Matute: el último historiador culto*
- FERNANDO SERRANO MIGALLÓN *Ramón Xirau*  
ADOLFO CASTAÑÓN *Ramón Xirau sobre Quevedo*
- EDUARDO MATOS MOCTEZUMA *Diálogos son el tiempo*  
ADOLFO CASTAÑÓN *Centenario de José Luis Martínez (1918-2018)*
- ASCENSIÓN HERNÁNDEZ TRIVIÑO *José Luis Martínez y el humanismo antiguo*  
FELIPE GARRIDO *Cien años de Alí Chumacero*  
VICENTE QUIRARTE *Una estatua para Alí Chumacero*
- FRANCISCO JAVIER BELTRÁN CABRERA *Miguel Capistrán y sus contemporáneos*  
VICENTE QUIRARTE *Miguel Capistrán*  
ADOLFO CASTAÑÓN *Miguel Capistrán 2018*  
NOÉ JITRIK *La palabra y la resonancia*  
JAIME LABASTIDA *Elogio de Noé Jitrik*
- PATRICK JOHANSSON KERAUDREN *Tlatolini. Los sismos en los códices nahuas*  
ROGER BARTRA *La construcción de una conciencia artificial*  
RUY PÉREZ TAMAYO *El conocimiento de la realidad y la realidad del conocimiento*
- MARGO GLANTZ *Los hijos de Juan Rulfo*  
SILVIA MOLINA *Zapatos nuevos*  
GERMÁN VIVEROS *Presencia de los clásicos en el teatro novohispano*
- EDUARDO MATOS MOCTEZUMA *Un documento engañoso*  
CARLOS PRIETO *Las lenguas del mundo y la importancia de las lenguas y de la escritura del chino mandarín*
- YOLANDA LASTRA *Algunos términos y relatos en comunidades indígenas en la Cuenca Alta del río Lerma*
- GONZALO CELORIO *Dos sonetos eróticos de Francisco de Terrazas, primer poeta mexicano*
- TARSICIO HERRERA ZAPIÉN *Pagaza, vate horaciano y virgiliano y primer árca de América*
- PEDRO MARTÍN BUTRAGUEÑO *Lengua nacional y lengua patrimonial*  
ALEJANDRO HIGASHI *El lenguaje no sexista y las Academias de la Lengua*
- CONCEPCIÓN COMPANY COMPANY *Saludos y despedidas en la América colonial*